

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17

INVESTIGACIONES

ACERCA DE LA

HISTORIA Y DE LA LITERATURA

DE

ESPAÑA

DURANTE LA EDAD MEDIA

POR

R. DOZY

traducidas de la segunda edicion y anotadas por

D. ANTONIO MACHADO Y ALVAREZ,

DR. EN LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
GRANADA
Nº Documento 11820981
Nº Copia 118945149

TOMO I.

UNIVERSIDAD DE GRANADA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

SEVILLA.

Administración de la Biblioteca
científica-literaria, Moro. 42,

MADRID.

Librería de D. Victoriano Suá-
rez, Jacometrezo, 72.

INVESTIGACIONES

ACERCA DE LA

HISTORIA Y DE LA LITERATURA

DE

ESPAÑA

DURANTE LA EDAD MEDIA

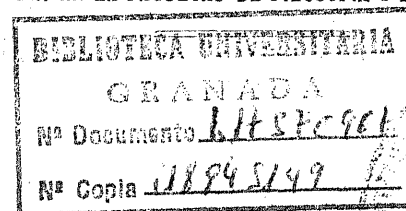
POR

R. DOZY

traducidas de la segunda edicion y anotadas por

D. ANTONIO MACHADO Y ALVAREZ,

DR. EN LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS.



TOMO I.

SEVILLA.

Administración de la Biblioteca
científica-literaria, Mero, 42,

MADRID.

Librería de D. Victoriano Sua-
rez, Jacometrezo, 72.

ADVERTENCIA DEL AUTOR.

Aunque hace diez años apareció el primer volumen de esta obra, otros trabajos y nuestro propósito de acabar ántes la historia de los musulmanes de España, hoy próxima á concluirse, nos ha impedido publicar el segundo. De esta tardanza, hasta cierto punto involuntaria, ha resultado que al ir á comenzar la impresion de este tomo, estaba ya casi agotada la edicion del primero; razon por la cual, al reimprimir este, nos hemos creido en la obligacion de refundirlo para corresponder, en cuanto nuestras fuerzas alcancen, á las exigencias del público ilustrado. Con este objeto hemos cambiado ó adicionado algu-

VI

nos capítulos, corregido y retocado otros, merced á nuevos trabajos, y suprimido además la parte destinada á la controversia que tanto espacio ocupaba en la primera edicion, no ciertamente porque hayamos mudado de parecer respecto á Conde y sus copistas, de lo que estamos muy léjos, sino porque creemos ocioso volver á insistir sobre esta materia cuando orientalistas tan ilustrados y competentes como los señores Fleischer, de Slane, Defrémery, Renan, y William Wright han declarado públicamente que teníamos razon en sostener que el libro de Conde no merece de modo alguno la confianza que tan fácilmente se le ha otorgado. (1) Ha-

(1) Véase por ejemplo lo que dice el Sr. Renan dando cuenta de nuestro libro en el «Journal des Debats»: La historia de Conde está plagada de errores y contrasentidos; de un mismo individuo hace dos ó tres; hay hombre que muere dos veces y aun en ocasiones ántes de haber nacido; los infinitivos los convierte en nombres de ciudades, y personajes imaginarios representan papeles imaginarios tambien. Al servirse por ejemplo del diccionario biográfico de Ibn-al-Abbár, Conde no repára que el inhábil encuadernador ha trabucado el órden de las páginas y embrolla á tontas y á locas la vida de los grandes hombres del IV y V siglo de la hegira, saliendo arrogantemente del mal paso con los mas divertidos despropósitos.

VII

biendo conseguido con nuestros ataques el resultado á que aspirábamos hemos conservado de la controversia solamente el prólogo de la primera edicion.

Al escribir los artículos contenidos en estos volúmenes nos hemos propuesto como fin principal explicar ciertos puntos de la historia de la Europa cristiana con la ayuda de los documentos arábigos, de este modo hemos podido ilustrar la historia de los reyes de Leon, la del Cid, la del héroe normando Guillermo el de las narices cortas, orientándonos tambien en los escritores arábigos sobre algunos pasages de los Sagas Islandeses. Creemos no haber desatendido tampoco la parte árabe, pero teniendo que tratarla con más amplitud en otra parte nos hemos limitado á ocuparnos de aquellas materias que no tenían un lugar oportuno en la otra obra ó exijían mayor desenvolvimiento del que consiente un libro puramente narrativo.

Leiden Diciembre 1859.

EXTRACTO DEL PRÓLOGO

DE LA PRIMERA EDICION.

Son de vosotros conocidos, señores y respetables amigos, (I) los eruditos y concienzudos trabajos acerca de la historia de España durante la edad media, de los Morales, Zurita, Sandoval, Diago, Moret, Salazar, Florez hombres laboriosos que consumieron su vida leyendo inscripciones, cotejando cartas, publicando crónicas y confrontando todos estos documentos unos con otros, trabajos, aunque antiguos, que no envejecerán mientras se estudie la historia de la Península.

Estos profundos investigadores, que han encontrado en nuestros días dignos émulos

(I) Este prólogo estaba en forma de carta dirigida á los M. M. Reinaud y Defrémery.

IX

en los Bofarull, los Yanguas y los académicos de Madrid eran ajenos por desgracia á un ramo de estudios poco cultivado entonces en Europa y especialmente en España, más de todo punto indispensable para quien se proponga estudiar á conciencia la historia de España en la edad media. Desconocedores del idioma de los árabes, que durante ocho siglos habian dominado en la mayor parte de su territorio, é incapacitados por tanto para consultar los escritos musulmanes, tropezaban á cada paso al escribir la historia de la pátria cuando tenian que tratar de los imperios musulmicos y de las guerras y relaciones de los cristianos con los moros, quedando ignorados para ellos muchísimos hechos de extraordinaria importancia, que no se hallaban en las cartas ni en las crónicas latinas ó españolas y sí solo en los cronistas, retóricos y poetas arabigos; pues todos saben que la España musulmana es el país de Europa, donde se ha escrito más durante la edad media y donde el sentimiento histórico ha alcanzado mayor exactitud y desenvolvimiento.

Sabido es de vosotros que en la segunda mitad del siglo XVIII Casiri procuró poner remedio á estos males traduciendo y publicando muchos pasages árabes relati-

vos á la historia de España en su catálogo de la biblioteca del Escorial; pero no se os oculta que estos extractos dejan mucho que desear en punto á exactitud, pues ni estaba bastante familiarizado con la materia que pretendia esclarecer, ni son la lucidez y seguridad de juicio sus caracteres distintivos.

Apareció por último el libro de Conde en 1820, con lo cual se creyó logrado lo más importante y difícil.

Masdeu entretanto publicó su historia crítica en veinte volúmenes y preocupado con probar que ciertos documentos, y en particular un gran número de cartas, eran apócrifos y no merecían confianza alguna, y no conociendo otros libros arábigos que los extractos de Casiri, no era de esperar pudiese desenvolver satisfactoriamente la parte musulmana.

Dos cosas pues parecían conseguidas hace treinta años: el conocer las tradiciones árabes y haberse demostrado la falsedad de muchos documentos latinos y españoles.

Los señores Aschbach, Rosseeuw Saint Hilaire, Romey, Schæfer, en una palabra, todos los historiadores de España posteriores á Conde han compuesto sus obras bajo semejante pauta y aunque no han adoptado sin restriccion todas y cada una de las con-

clusiones de Masdeu, han admitido al menos una gran parte, especialmente vuestro compatriota M. Rosseeuw que ha desechado como fardo inútil una multitud de cartas é inscripciones. «Todos esos documentos eclesiásticos, dice, forjados de ordinario para servir á los intereses de los conventos ó lisongear el amor propio nacional infunden legitima sospecha cuando no descansan en el testimonio de las crónicas». «Por otra parte, no dejó de conocerse que habia errores en el libro de Masdeu, pero considerado en conjunto se reputó digno de confianza». «La obra de Masdeu, dice M. Aschbach, (1) merece ser preferida á todas las historias españolas». «Conde, dice M. Romey, (2) será ya particularmente nuestro guia, es una autoridad en el período árabe, es un maestro á quien es necesario reconocer é inclinar la cabeza.

Estas dos opiniones son las que hemos querido combatir, la de Conde y la de Masdeu.

Hemos dedicado á la polémica una gran parte de este libro procurando hacer ver que muchos documentos rechazados por Masdeu merecen una completa confianza ó que al

(1) Geschichte der Omaiijaden, p. VI

(2) Histoire d' Espagne, t. VI, p. 2.

XII

menos debe dársele mucho mas crédito del que le conceden el autor de la historia crítica y sus discípulos, siendo curioso observar que la autenticidad de algunos de ellos está comprobada mas ó menos directamente por el testimonio de autores árabes.

Nuestro principal objeto ha sido dar á conocer bien el libro de Conde, fuente principal para escribir la historia de la España árabe, y del que acaso tengamos una idea demasiado triste; hemos escrito algunas memorias, comparado luego los relatos de Conde con los textos de que se ha valido y los hemos criticado; quizas hubiera sido mas conveniente para nuestro objeto elegir algunos pasages muy marcados que ponen de manifesto el carácter del libro del académico de Madrid, pero hemos preferido tomar los pasages de Conde como si abierto el libro por cualquier página, nos dejásemos guiar únicamente por la casualidad; podemos decir por tanto sin que pueda acusárenos de parciales y con una confianza ciega, *quidquid attigeris ulcus est!*

Tales son en resumen las censuras que hemos dirigido á Conde y aunque á otros muchos libros históricos pudieran dirigirse las mismas, no son, sin embargo, tan detestables como el suyo; digámoslo de una vez:

XIII

Conde trabajó sobre documentos arábigos sin conocer mucho más de esta lengua que los caracteres en que se escribe, pero supliendo con una imaginacion fecundisima la falta de los conocimientos elementales; con una impudencia sin igual ha forjado fechas á centenares é inventado millares de hechos alardeando siempre de traducir fielmente los textos árabes.

Los historiadores modernos han copiado cándidamente estas mentiras llegando á veces á dejar atras á su mismo maestro, combinando sus invenciones con las enseñanzas de los autores latinos y españoles que de este modo falseaban.

«Apprentif jugléor et escrivain mari

«Ont l' ystoire faussée, onques mès ne vi si.

(Berte aus grans piés, I.)

Cosa singular! Orientalistas de estraordinario mérito se han dejado atrapar en esta red y han seguido sus inspiraciones.

Preciso es confesar que aunque Conde ha tomado sus medidas para que no se conozcan sus engaños, que oculta bajo las apariencias de una falsa hombría de bien, limitándose á mencionar los manuscritos de que se ha valido en sus prefacios, se vé la inexactitud de lo que afirma; pues cuando ase-

gura, por ejemplo, que para la historia de las pequeñas dinastías del siglo oncenno se sirvió en primer término de Ibn Bachowál falta descaradamente á la verdad; vosotros sabeis como yo que este diccionario biográfico, que se encuentra en la biblioteca de la sociedad asiática, escrito en el estilo de un registro de parroquia, contiene muy buenos datos sobre la historia literaria; pero es de muy escasa utilidad respecto á la historia política.

Mas, la obra del señor Gayangos no ha venido á reemplazar en estos últimos tiempos á la de Conde? Aquel sabio, segun su prefacio lo atestigua (pág. XIV) ha pretendido hacer una historia crítica de los árabes españoles.

Contestaremos á la anterior pregunta con las palabras del Sr. conde de Ciscourt sin entrar en el exámen del libro del Sr. Gayangos, sobre el cual tendríamos que decir mucho mas de lo que cabe en los estrechos límites de esta carta. Hé aquí lo que se lee en la Historia de los moros mudejares y de los moriscos: (t. III p. 334): «Los documentos arábigos, que pueden consultarse fácilmente por los no versados en lenguas orientales se reducen á un corto número. Hemos seguido deordinario la historia de la dominacion de los árabes en España por Conde, obra aunque in-

completa *la mas copiosa y trabajada entre todas las hechas bajo el mismo plan*. Los extractos de Casiri y la traduccion publicada por el Sr. Gayangos me han suministrado el medio de *comprobar algunas veces* á Conde. El Sr. Lafuente Alcántara, no versado tampoco en la lengua arábiga, ha adoptado el mismo método en su historia de Granada. El libro del Sr. Gayangos no ha reemplazado pues al de Conde, habiendo en él periodos enteros que apenas ofrecen enseñanza alguna.

En resúmen: si contamos solo el libro de Conde, considerado siempre como el más importante y completo sobre la historia de la España árabe, el público de hoy, y hablo aquí de los literatos no orientalistas, no tiene mas medios para instruirse en esta historia que los que tenía el público para quien escribió Morales en el siglo XVI. Pero hay más todavía, los que han leído y estudiado á Conde se encuentran en la necesidad de hacer todo lo posible para salir de este abominable camino en que se los ha estraviado y de olvidar todo lo que habian aprendido; taréa mucho más árdua que la de aprender de nuevo, pues se deberá considerar el libro de Conde como no publicado: vá en ello la verdad histórica.

Leiden Julio 1849.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

La preciosa é inestimable obra que hoy traducimos, necesaria para todo el que se proponga hacer un estudio profundo de nuestra historia en los siglos medios, es indispensable para el que posea la de los musulmanes españoles del mismo autor, publicada también en esta BIBLIOTECA y traducida y anotada por el ilustre catedrático de Historia de España en esta Universidad, señor D. Federico de Castro. Ambas obras se completan y están llenas de mútuas referencias.

La que hoy nos ocupa, cuya importancia apenas ha decaído desde la fecha en que se publicó no obstante el gran incremento que ha tomado entre nosotros el estudio de la lengua arábica, forma época y ha ejercido poderosa influencia sobre nuestros historia-

dores y literatos, algunos de los cuales como el eminente autor del Romancero llegó á reconocerla y declararla del modo esplicito que puede verse en sus notas á la crónica de España escrita en verso y en prosa rimada.

Estimulados con tan buen ejemplo empezamos á salir del injustificable marasmo que con tanta razon nos censuraba el sabio orientalista holandés, quien ha tratado con demasiada acritud al señor Conde, pues si bien es cierto que este incurrió en algunos descuidos y equivocaciones, no lo es ni pudo serlo que solamente supiera del alfabeto arábigo poco más de las letras; pues de ser así no hubiera confesado su ilustre impugnador que aquel tradujo bien en ocasiones, ni le hubiera atribuido la ficción de testos arábigos como lo hace al negar la batalla de Caltañazor. Conde, maestro de españoles y franceses hasta la publicación del presente libro, es digno de mayor respeto y de mayor estima; trabajador asídúo y hombre de extraordinario talento inició un nuevo camino en los estudios históricos; culpa fué de nosotros el no imitar su conducta y corregir acaso sus defectos: nuestra apatía nos quita todo derecho para no tributarle hoy el testimonio de gratitud que le debemos; la jus-

XVIII

ticia se opone á que el señor Dozy estréme sus ataques hasta tal punto. ¿Qué diría el autor de la historia de los musulmanes de España, si nosotros le negáramos el agradecimiento y respeto que con tanto gusto le rendimos porque sorprendiéramos en su obra algunos defectos y equivocaciones?

El abrazar multitud de materias, estas Investigaciones, semillero inagotable de datos y documentos para la historia de nuestros siglos medios, nos mueve á hacer un prólogo á cada tomo para poder referir de esta manera á una comun unidad sus diversos puntos.

Seis son los principales del tomo primero á saber: el estudio sobre la conquista de España por los árabes, las indagaciones acerca de la historia del reino de Asturias y Leon, un ensayo sobre los Todjibidas, los Beni-Háchim de Zaragoza y los Beni-Somádh de Almería, el poema de Abu-Ishác de Elvira, contra los judíos de Granada, unas observaciones geográficas sobre algunas antiguas localidades de Andalucía y la expedicion contra esta de Alfonso I el Batallador.

Comienza la primera parte, dividida en siete capítulos, con un estudio de la crónica de Isidoro de Beja, cuya autenticidad niega el señor Dozy, despojando á Isidoro

XIX

de su título de obispo, fundado en razones que combate á nuestro juicio victoriosamente el doctor D. Teófilo Martínez de Escobar, traductor de dicha crónica que vió la luz pública en el tomo II (año 1870), de la revista de filosofía, literatura y ciencias de esta ciudad: pone inmediatamente de manifiesto la influencia perniciosa que en la adulteracion de la historia ejercieron los nobles y sacerdotes, los cuales propendian á falsearla en interés de sus ideas, creencias y dogmas religiosos; señalando muy oportunamente la necesidad de estar muy prevenidos contra esta conducta origen de muchos errores históricos. Sigue luego el estudio verdaderamente notable de las tradiciones arábicas donde luce su indisputable competencia y el relato del Ajbár machmua, traducido á la lengua española en 1867, por el erudito académico de la Historia el señor Lafuente Alcántara, (1) quien rindiendo justo acatamiento al señor Dozy, consultó con él su trabajo, uniendo á las copiosas é interesantes anotaciones con que lo enriqueció las advertencias y correcciones de aquel.

(1) Coleccion de obras arábicas de historia y geografia, que publica la Real Academia de la Historia, Ajbár Machmua (coleccion de tradiciones).—Madrid 1861.

Ingenioso y muy acertado es el interesante capítulo del conde D. Julian, en el cual se prueba no solo la existencia de este, negada por muchos autores, sino que está mencionada en las crónicas arábicas y hasta en la misma de Isidoro Pacense, donde bajo el nombre de Urbanus se oculta el de Julianus; opinion á que defiende por completo el señor Escobar, en la traduccion de la referida crónica. Decídese el señor Dozy por la opinion de Ibn-al-Cutia contra la del autor del Ajbár respecto á los nombres de los hijos de Witiza: insuficientes nos parecen las razones alegadas por el autor para asentir á su creencia, pues de que los nombres Romulo, Ardabasto y Olemundo se usasen en aquellos tiempos y de que fuera descendiente de Witiza el que sostenia tal version no se desprende que los hijos del rey visigodo se llamarán así, tanto más cuanto que el autor del Ajbár, cuya opinion no se atreve á desechar del todo el sabio holandés, los apellida Siseberto y Oppas, nombre este segundo que por carecer los árabes de p. se escribiría Oba ó Eba con ó sin teschdid como los transcribió Rodrigo de Toledo, que trabajaba sobre documentos arábicos en cuya lengua era muy versado, segun lo comprueba el autor de la historia general de la

literatura española señor Amador de los Rios; siendo tambien muy facilmente espllicable que el cronista pusiera en vez de Siseberto, Sisebuto porque el re y el uau, escritos á la ligera, pueden confundirse aún por los más espertos. Termina por último esta parte de la obra un capítulo verdaderamente interesante por la materia de que se ocupa «propiedad territorial despues de la conquista», materia tomada de un curioso folleto del señor D. Serafin Estevanez Calderon.

En la segunda parte de este tomo que trata de las investigaciones acerca de la historia de los reinos de Asturias y Leon, indica su autor con sumo acierto la deficiencia de las fuentes latinas y la necesidad de acudir á las arábicas para hacer un estudio completo de este interesantísimo periodo en que dos razas distintas de diferente carácter y civilizacion ocupaban simultáneamente el territorio de España; en que había, por decirlo así, dos historias que se desenvolvian paralelamente dentro de una comun á ambas razas, cada una de las cuales al referir y explicar los hechos en que había tomado parte, como enemiga de la opuesta, los desfiguraba y alteraba á su sabor, segun convenia á su provecho y particulares intereses. Des-

préndese de aquí para todo espíritu juicioso la conveniencia de concordar unas fuentes y crónicas con otras, trabajo que estuvo á punto de plantearse bajo la poderosa iniciativa y acertada direccion del ya referido señor D. Federico de Castro en la revista de filosofía, literatura y ciencias de Sevilla, taréa que se propone llevar á cabo esta Biblioteca con el patriótico concurso de distinguidos literatos, si logra organizar, como espera, los trabajos que tiene proyectados para traducir, revisar, poner en órden y comentar las crónicas latinas y arábicas. Entre tanto y volviendo al libro de que nos ocupamos, hemos de tributar un nuevo testimonio de gratitud á su autor por el eminente servicio que ha prestado á la historia y letras españolas dándonos á conocer los importantes estudios de los célebres analistas Ibn-Jaldum é Ibn-Hayyan á quienes se nos antoja considéra como más versados en el latin y el romance de lo que realmente fueron; pues no habiendo recibido los árabes como los germanos la lengua de los vencidos, á quienes desdeñaban, y siendo por aquel tiempo aquellos más ilustrados que los españoles, razon que explica en parte la excesiva simpatía del Sr. Dozy hácia una raza cuyo idioma conoce tan perfectamente y cuyas bellezas literarias sabo-

réa con delicia, raza que alcanzó quizás por entonces su mayor esplendor, no es de suponer que los analistas musulmanes conociesen á fondo el habla castellana tan solo porque Ibn-Hayyan supiera algunos de sus vocablos, sin que esto haga desmerecer en nada los trabajos de este escritor, ni el bellissimo relato de la historia de los Beni-Alfonso de Ibn-Jaldum, importantísimo á pesar de sus muchos defectos para el conocimiento del periodo á que se refiere. Tan lacónico este embajador granadino cuando refiere las propias desventuras como prolijo y minucioso cuando cuenta las ajenas ó ensalza las glorias de los suyos, recarga con negros colores la figura de D. Pedro á quien siempre apellida Cruel, ocupándose con mayor benevolencia de la que merecía del bastardo D. Enrique, dolido quizás de la dureza de mano y de carácter con que el rey que hoy se apellida «Justiciero» trataba á los de su estirpe que iban ya de vencida en la península. Las faltas de esta crónica las suple el señor Dozy con abundantes notas, deshaciendo tambien con el auxilio de los textos arábicos los errores de fechas, nombres y lugares en que incurrieron los autores que solo consultaron las fuentes cristianas, probando en el capítulo VI de un modo magistral y contra el pa-

recer de los críticos españoles la existencia de un Sancho anterior á Alfonso IV y de las guerras que entre estos ocurrieran, no mencionadas por nuestras crónicas. Diserta también, apoyándose en un texto de Ibn-Hayyan que procura conciliar con uno de Sampiro sobre si Alfonso IV se retiró una ó dos veces al claustro, decidiéndose por esta opinion: se ocupa en fijar la época de la matanza de los monges de Cardeña, rebate á los cronistas arábigos, que pretendieron negar la importancia de las batallas de Simancas y Alhandega, llegando algunos escritores musulmanes hasta guardar completo silencio sobre ella, en la creencia sin duda, como indica el Sr. Dozy, de que el honor nacional imponía el deber de callar hasta el nombre de ciertos campos de batalla, dato que el sábio holandés no ha debido echar en saco roto al juzgar otros silencios no menos significativos, como el de la derrota de Caltanazor; precisa la fecha de la muerte de Ramiro II y determina la de la toma de Zamora por Almanzor, batalla de la Rueda, conquista de Simancas y primer sitio y toma de Leon, tratando de los casamientos del dicho gefe moro con una hija de Ramiro II; señala aproximadamente la época en que nació Alderraman Sanchuelo, poniendo fin á esta

parte con una disertacion erudita acerca de la batalla de Caltanazor, cuyo suceso niega rotundamente, fundado en que callan acerca de este punto las crónicas anteriores á la de Lucas de Tuy, en la inverosimilitud y anacronismo de la narracion de este y en el completo silencio de los analistas arábigos, regalando de paso al ilustrado orientalista Sr. Gayangos piropos no enteramente merecidos. Por nuestra parte que no hacemos motivo de gloria nacional una victoria mas sobre las muchas que alcanzamos contra los sarracenos, como no nos duele tampoco una derrota mas sobre las muchas que sufrimos, creemos sin embargo con el Sr D. Federico de Castro que no son bastante fundadas las razones expuestas para negar la existencia de la batalla en cuestion, cuya importancia quizás exajerarian nuestros cronistas, que alcanzaron tiempos menos ilustrados que nosotros. Al capítulo XIV de este tomo y á la nota última del III de la historia de los musulmanes españoles publicada por esta Biblioteca remitimos á los que quieran estudiar con mas detenimiento este punto.

Bellísimo por más de un concepto es el estudiantan modestamente llamado ensayo por el Sr. Dozy acerca de la historia de los Todjibidas, los Beni-Hachim de Zaragoza y los

Beni-Somadih de Almería, fruto de los estensos y profundos conocimientos del sabio orientalista sobre este oscuro é interesantísimo período de la literatura española, del cual con dificultad pudiera ofrecerse mayor riqueza, ni mayor lujo de detalles. Refiérense primeramente en él las vicisitudes y guerras civiles que acaecieron en el N. E. de España y que dieron origen á la fundacion del reino independiente de Zaragoza, cuyo gobierno recayó sucesivamente en las familias de los Beni-Casi, los Todjibidas y por último de los Beni-Hachim. Cuéntase en seguida el origen de la independencia del reino de Almería regido por la familia de los Beni-Somadih, describiéndose el imperio de Motacim, su último monarca, con tan vivos colores que no parece sino que nos sentimos transportados á aquella época, haciéndose un retrato animado de aquella corte á que acudían atraídos por la munificencia de aquel espléndido príncipe, *antorcha del imperio*, los ingenios más privilegiados de entónces y en donde no la fuerza de las armas, sino la del talento, la delicadeza y la gracia reinaban y se imponían como verdaderas soberanas. Pálido é incompleto llama el Sr. Dozy el magnífico cuadro que nos describe del portentoso movimiento literario de la brillante pleyada de

poetas que circundaban á aquel espléndido príncipe, como otros tantos hermosos luceros que acompañan al sol. Que mucho que Ibn-Charaf de Berja, Ibn-Gamin de Málaga, Ibn-al-Haddar y Abu-Abdalla de Guadix, el mejor de los poetas andaluces, acudiesen en torno á Motacim si sus manos eran pródigas, como las nubes que derraman copiosa lluvia sobre los sembrados, ni que mucho que este iman de las voluntades amase á los poetas, si poetas eran también sus mismos hijos, hermosos pedazos de su corazón? Emporio de la cultura era por entónces Almería; primer puerto de España, sus naves que recorrían en incesante y continuo comercio todos los puertos del mediterráneo, llevaban á Pisa y Génova, á Siria y á Egipto las delicadas joyas y preciosidades que en lienzo, cobre y vidrio sus industriosos hijos fabricaban; cuatro mil telares tejían primorosas telas con que se engalanaban las huries almerienses; mil hosterías ofrecían á los viajeros lujosos alojamientos y exquisitos manjares; reina por su cultura entre todas las otras, esta ciudad tan pequeña que se abarcaba de una mirada, según la frase de un poeta de aquel tiempo, llegó á ser.... Almería, *la vistosa*, la que se veía de todas partes, la que atraía la atención y las miradas de todos. ¡Con cuan-

XXVIII

ta pena no vería á su muerte el noble Motacim su ciudad querida próxima á sucumbir bajo el yugo de los bárbaros almoravides, que con la inquina y el ódio del fanatismo religioso, igual en todas las épocas, cayeron como bandadas de negros y repugnantes buitres sobre aquel emporio de la poesía y del saber, ansiosos de apagar la hermosa luz del pensamiento que en ella resplandecía! Años despues los hijos de Motacim que, como príncipes, tantas pensiones otorgaran á los poetas, acabaron sus dias como poetas, recibiendo una pension de príncipes extraños...!

Al ensayo anterior sigue el poema contra los judios de Granada de Abu-Ishac de Elvira, teólogo que despechado por el favor que alcanzaron con el príncipe Badis los ilustres visires judíos Samuel y su hijo José, se propuso concitar contra ellos el ódio y la animadversion de los estúpidos berberiscos, preparando de este modo la sangrienta hecatombe de que luego fueron víctimas en union con cuatro mil de sus hermanos. Convenimos en un todo con las cuerdas y atinadas observaciones del Sr. Dozy acerca de este fatídico personage, de cuya fotografia por desgracia han quedado algunos ejemplares, como puede verse en el transcurso de nuestra historia; pues no es la catástrofe á que dió mo-

XXIX

tivo el poema citado la única que sobrevino á la infeliz raza judáica; sabidas son por demás las infames persecuciones que sufrieron los desgraciados israelitas motivadas por otros *poemas* que compusieron teólogos, no árabes ciertamente, sino apóstoles de una religion de amor y caridad.

Curiosas por extremo son las observaciones geográficas sobre algunas antiguas localidades de Andalucía, tarea verdaderamente ímproba para quien no habiendo visitado, que sepamos, á España ni mucho ménos á Andalucía, tuvo que escribir fundado únicamente en sus conocimientos arábigos y filológicos, ateniéndose respecto á la situacion de las ciudades y pueblos, sitios y lugares á noticias de pura referencia ó á lo que pudo ver en mapas geográficos no siempre muy exactos. El modo pues que ha tenido el Sr. Dozy de hacer estos estudios, que exigen por su naturaleza un conocimiento mucho más práctico del país, le ha hecho incurrir en algunas equivocaciones como la de suponer por ejemplo, que Talyata no era Tejada como tan cuerdamente opinan Mr. Slane y los señores Castro y Belmonte (1) sino un lugar situado

(1) Véase la historia de los musulmanes españoles, traduccion del Sr. Castro, tomo II, p. 429, donde se sustenta la opinion de que nos hacemos eco la cual coincide enteramente con

media legua O. de Sevilla contra lo que terminantemente se desprende del texto de Ibn-Hayyan citado por el mismo Sr. Dozy. Tampoco nos seducen las razones en que se funda el autor para sostener que Medina Sidonia era Calsana, Jerez Asido, y Poley ó Ilípula minor, Aguilar; como no le creemos absolutamente en lo cierto en lo que asegura respecto á la situacion de Bobastro y Elvira. No por afan de oposicion, no por pretensiones de competencia, ni por un mal entendido amor nacional nos inclinamos al parecer de los autores que combaten, con no escasa copia de datos y á nuestro entender con acertado juicio, las opiniones del Sr. Dozy y son á saber: Pedraza, Florez, Castro y Orozco, Fernandez Guerra y el Sr. Delgado. Segun estos, Elvira no fué Iliberis sino otra ciudad diferente llamada ántes Castella, siendo en el Albaicin donde debe fijarse la situacion de la Iliberis de las monedas, monumentos epigráficos y el santo concilio. D. Emilio Lafuente Alcántara declara inadmisibile que Ilípula, corrupcion

la del distinguido arqueólogo D. Fernando Belmonte, el cual tiene hecho un estudio inédito de Tejada, la antigua Tucci pueblo situado á dos leguas de Huevar que fué adonde se refugió efectivamente el ejército musulman despues de la traicion de Coreb y no á media legua al O. de Sevilla, como equivocadamente supone el eminente orientalista.

de Poley fuese el nombre romano de Aguilar que corresponde próximamente á la antigua Ipagrum. (1) Rodrigo Caro en sus adiciones al convento jurídico sacado de la geografia nubienense, inéditas, afirma que Medina Sidonia fué la antigua Asido y en cuanto á Jerez, el Sr. Delgado en su magnífica obra «nuevo método de clasificacion de las monedas autónomas de España» publicada en 1873, supone que el nombre de dicha poblacion viene de Serit, el cual á su vez proviene del Seritium latino; derivacion á nuestro juicio, más natural que la del Sr. Dozy y confirmada por el encuentro de algunas monedas arábigas que llevan la palabra Seris con schim al principio y al fin, letra que, segun el mismo sabio holandés nos indica en el comienzo de estas observaciones, sirve para transcribir la s latina, como ocurre precisamente en este caso. En cuanto á la situacion de Bobastro tambien parece probable no haber sido en Singilia y sí en la mesa de Villaverde, opinion todavia no incontrovertible, á la que se inclina el Sr. D. Federico de Castro en la nota que po-

(1) Obra citada y discursos leidos ante la Real Academia de la Historia en la recepcion pública de D. Eduardo Saavedra el 28 de Diciembre de 1862. p. 96 de los apéndices que acompañan á estos discursos publicados en Madrid, imprenta de Galiano en el referido año de 1862.

neá continuacion de la que dedica á la antigua Tucci ó Tejada.

En la expedicion de Alfonso I el Batallador contra Andalucía, con que termina este tomo nos dá á conocer su autor los textos arábigos que completan las noticias de los cronistas cristianos, poniendo una vez más de relieve la imprescindible necesidad que hay de concordar las fuentes arábigas y cristianas para poder escribir la historia con la rectitud é imparcialidad á que obliga la cultura de nuestros tiempos.

CAPÍTULO I.

ESTUDIOS SOBRE LA CONQUISTA DE ESPAÑA POR LOS ÁRABES.

La conquista de España por los árabes es, á no dudarlo, un asunto de la mayor importancia, puesto que para poder apreciar rectamente la situacion en que los vencedores colocaron á los vencidos, es necesario conocer de antemano el verdadero carácter de la conquista; pero esta materia muy oscura de suyo, aunque fecunda para el poeta y para el novelista á quienes es lícito suplir con la imaginacion la escasez de documentos, es por el contrario árida y estéril para el historiador. La conquista, triste es confesarlo, forma hasta cierto punto una laguna en los anales de la Península; laguna que subsistirá mientras no se descubran mejores documentos latinos. Nos atrevemos

sin embargo á creer que un atento exámen de las fuentes puede producir resultados más satisfactorios que los obtenidos hasta aquí, y nos daríamos por contentos si nuestras observaciones y los textos inéditos de que vamos á dar cuenta pudiesen contribuir á ilustrar algunos puntos tan interesantes como difíciles. Par lo demás, como no queremos adelantar aquí lo que habremos de decir más adelante, nos limitaremos á tratar ciertos asuntos procurando ante todo dar una idea cabal del grado de confianza que merecen las diversas fuentes.

CRÓNICA DE ISIDORO DE BEJA.

Atribúyese ordinariamente á un tal Isidoro, á quien se ha supuesto obispo de Beja, la crónica latina escrita por el año 754, en el mediodia de España. Posible és que el autor se llamára Isidoro, porque hay manuscritos que llevan ese nombre; pero su título de Obispo fúndase solo en un yerro cometido por el monje que añadió un índice al manuscrito de Oviedo. Este manuscrito acabado de copiar despues del año 1,100, contiene, entre otras crónicas, la de Isidoro, obispo de Sevilla, (Isidorus Hispalensis) y el autor del índice las atribuye á «Isidorus Pacensis Æcclesiæ Episcopus» (1). Es claro, en nuestra opinion, que el monje

(1) Véase Esp. Sagr. t. IV, p. 200.

ha saltado la sílaba *His* y que ha escrito *pacensis* en vez de *palensis* (1); pero no comprendemos como han podido sacarse de este índice las conclusiones siguientes: primera, que ha habido un Isidoro obispo de Beja; segunda, este personaje ha escrito una crónica; tercera, esta crónica es la que comienza con las palabras: «Æra DCXLIX, Romanorum LVII Heraclius» etc., conclusiones tanto más peregrinas cuanto que la crónica en cuestión no se encuentra en el manuscrito de Oviedo. El argumento deducido del índice carece pues de valor. Cítase también el testimonio de Vaseo quien dice haber visto un manuscrito en el que se atribuía la crónica que nos ocupa á Isidoro de Beja. Séanos lícito sin embargo poner en tela de juicio si semejante manuscrito era antiguo ó quizás una copia demasiado reciente para que tenga autoridad en una cuestión de esta índole. Como quiera que sea, estamos convencidos de que el cronista lejos de haber sido obispo de Beja ni aun siquiera escribió en esta ciudad. No habla una sola vez de ella apesar de tener poderosas razones para hacerlo, porque en su tiempo los cristianos de aquella pobla-

(1) Véase la nota A. al final del tomo.

ción se insurreccionaron contra el gobernador musulman de España (1). Todo por el contrario indica que escribiera en Córdoba, ciudad de la que habla con singular predilección (2), dando pormenores tan exactos sobre muchos acontecimientos allí ocurridos que parece testigo presencial de ellos.

La crónica de Isidoro es ciertamente una obra de gran importancia y mucho mas completa que las crónicas musulmanas en lo concerniente á los tiempos anteriores á la llegada de los sirios á España, pues los árabes cuando se pusieron á escribir su historia habian olvidado casi del todo los acontecimientos de aquella época. Es también esta crónica de inmenso valor para el conocimiento de las guerras civiles que precedieron á la llegada de Abderraman I á España, y suministra además sobre la conquista datos verdaderamente preciosos, aunque escasos. Por desgracia es amenudo oscura y aun algunas veces ininteligible, defecto debido en gran parte al autor, cuyo estilo á la vez incorrecto y pretencioso tiene todos los signos de una estremada decadencia literaria. Añádase á esto que escribía en prosa rima-

(1) Maccari, t. II, p. 17 de la edic. de Leyden.

(2) Véase por ejemplo c. 36 hácia el fin.

da, género de composición entonces muy en boga en España (1) que obligaba á nuestro cronista á dar un giro violento á sus frases en más de una ocasión. Creémos sin embargo que aquella falta debe imputarse muy especialmente á los que la copiaron, pues en el texto tal como lo poseemos se encuentran de cuando en cuando palabras alteradas, glosas, interpolaciones, lagunas y hojas colocadas fuera de su lugar, lo cual nos hace caer en la tentación de asegurar que acaso no existe obra latina cuyo texto esté más corrompido. La confrontación de manuscritos hecha para corregir esta falta no ha sido suficiente, pues eran muy malos y provenían todos, tal es mi persuasión, de una misma fuente: un antiguo manuscrito glosado, difícil de leer y en un estado deplorable de deterioro. Es por tanto preciso para corregir el texto recurrir á la crítica basada en conjeturas. Así lo hemos hecho y ahora presentaremos nuestras observaciones sobre algunos pasajes valiéndonos de la última edición, que es la que trae Florez en el tomo octavo de la *España Sagrada*.

Capítulo 18. Isidoro dice hablando del

(1) Véase por ejemplo la inscripción que Alfonso II hizo colocar en la iglesia de Oviedo, *Esp. Sagr.*, t. XXXVII, p. 140.

califa omeya Yezid I:

qui nullam umquam (ut hominibus moris est) sibi, regalis fastigii causá, gloriam appetivit,

sed comuniter cum omnibus civiliter vixit.

Es preciso quitar el adverbio *comuniter* que es una glosa de *civiliter*, palabra que se emplea en el sentido de graciosamente, con afabilidad, en los autores clásicos, tales como Tácito y Cicerón y en el mismo Isidoro; véase capítulo 16 in f., 43 init.. 44 init.

Cap. 36 donde se trata de Muza:

Nonnullos Seniores *nobiles viros* qui utcumque remanserant, per Oppam, filium Egice regis, a Toletó fugam *arripientem*, gladio patibuli jugulat,

et per eius occasionem cunctos esse detruncat.

Sicque non solum ulteriorem Hispaniam, sed etiam citeriorem usque ultra Cesar-Augustam,

antiquissimam ac florentissimam civitatem, dudum iam iudicio Dei patenter aperitam,

gladio, fame et captivitate *depopulatur*; civitates decoras igne concremando præcipitat;

Seniores et potentes sæculi cruci adiu-
dicat;

iuvenes atque lactantes pugiónibus tru-
cidat;

sicque dum tali terrore cunctos stimu-
lat, etc.

En este pasage es necesario borrar las palabras *nobiles viros*, glosa de *seniores* que Isidoro usa muy amenudo en el sentido de *señores*. En lugar de *arripientem* debe leerse *arripientes*. El sentido es que los señores procuraron, aunque sin conseguirlo, sustraerse por medio de la fuga á los verdugos de Opas aliado de los musulmanes. Por último, á causa de la rima debe leerse *depopulat* en vez de *depopulatur*.

Cap. 38—40. Para hacer comprender lo que tenemos que decir sobre estos capítulos, se hace indispensable que primeramente demos á conocer el texto:

38. Nam in Æra DCCL. Muza, expletis
quindecim mensibus,

a Principis iussu præmonitus,

Abdallaziz filium

linquens in locum suum,

lectis Hispaniæ senioribus qui evaserant
gladium,

cum auro argentove, trapeccitarum studio

comprobato (*léase comparato*), vel insignium
ornamentorum

atque preciosorum lapidum.

margaritarum et unionum

(quo ardere solet ambitio matronarum)

congerie, simulque Hispaniæ cunctis spo-
liis,

quod longum est scribere, adunatis,

Ulit Regis repatriando

sese præsentat obtutibus, anno regni
eius extremo quem et Dei nutu iratum repe-
rit repedando,

et male de conspectu Principis cervice
tenus eiicitur pompisando.

Nomine Theudimer, qui in Hispaniæ
partibus

non modicas Arabum (*léase Arabibus*)

intulerat neces, et diu exagitatis,

pacem cum eis

foederat habendam.

Sed etiam

sub Egicâ Wítizâ,

Gothorum regibus, in Græcos, qui *æquo-
reo navalique* (1) descenderant, suâ in patriâ
de palmâ

victoriæ triumphaverat. Nam et multa ei

(1) Ceemos que debe leerse: *qui æquorei navalesque*. La leccion *æquorei* se encuentra en algunos manuscritos.

dignitas et honor refertur,
necnon et a Christianis Orientalibus per-
quisitus laudatur,
cum tanta
in eo inventa
esset veræ fidei constantia,
ut omnes Deo laudes referrent non mo-
dicas. Fuit enim Scripturarum amator, elo-
quentiâ mirificus,
in præliis expeditus,
qui et apud Amiraluminum prudentior
inter cæteros inventos,
utiliter est honoratus,
et pactum
quod dudum
ab Abdallaziz acceperat, firmiter ab eo re-
paratur. Sicque hactenus permanet statibi-
litum (1),
ut nullatenus a successoribus Arabum
tantæ vis
proligationis
solvatur,
et sic ad Hispaniam remeat gaudibun-
dus.—39 Athanildus post mortem ipsius
multi honoris et magnitudinis habetur.
Erat enim in omnibus,

(1) Esta leccion se encuentra en la edic. de Berganza.
Florez trae *stabilitus*.

opulentissimus dominus,
et in ipsis nimium pecuniæ dispensator
sed post modicum Alhoozzam Res Hispaniam
adgrediens, nescio quo furore arreptus,
non modicas
iniurias
in eum attulit,
et in ter novies millia solidorum damna-
vit.

Quo audito, exercitûs qui cum duce Bel-
gi advenerant,
sub spatio fere trium dierum omnia pa-
rant,
et citius ad Alhoozzam, cognomento
Abulchatar, gratiam revocant,
diversisque munificationibus remuneran-
do sublimant.

40. (1) Supradictus Ulit Amiraluminum
(quod idioma regni in linguâ eorum resonat
«omnia prospere gerens») prævisis copiis uni-
versarum gentium, necnon et munera Hispani-
æ cum puellarum decoritate sibi exhibita,
et in oculis eius prævalidâ famâ parvipensâ,
dum eum tormentis plectendum morti adiu-
dicat, impetratu pro eo Præsulum vel Opti-
matum, quibus multa ex illis affluentissimis

(1) Presento el principio de este cap. tal como se encuentra
en la edic. de Florez sin corregir las faltas.

divitiis bona obtulerat, mille millia et decies centena millia solidorum numero damnans, Ulii vitæ terminum dando e sæculo migrat.

Es evidente que todo el pasage relativo á Teodomiro y su hijo está fuera de lugar, mas donde quiera que se hallase colocado lo estaría igualmente, lo cual nos hace presumir que es un fragmento de otra crónica de Isidoro. Este autor atestigua por sí mismo que escribió otras crónicas relativas á la misma época, puesto que dice, c. 65:

Sed quia
nequaquam ea
ignorat omnis Hispania,
ideo illa
minime recenseri tam tragica bella
ista decrevit historia;
quia
iam in aliâ Epitomâ,
qualiter cuncta
extiterunt gesta,
patenter et paginaliter manent nostro
stylo conscripta.

c. 70: Quisquis vero huius rei gesta
cupit scire, singula in epitome temporum
legat, quam dudum collegimus, in quâ cuncta
reperiet enodata;
ubi et prælia Maurorum adversus cultum

dimicantium cuncta
reperiet scripta,
et Hispania bella eo tempore imminencia
releget annotata.

c. 78: Reliqua vero gesta eorum,—nonne hæc scripta sunt in libro verborum dierum sæculi, quem chronicis præteritis ad singula addere procuravimus.

Creemos que una hoja de esas crónicas perdidas hoy, ha sido intercalada por casualidad en la que nos ocupa, y que el cap. 40 debe colocarse inmediatamente despues de las palabras: *cervice tenus eiicitur pompisando*. Aunque no nos hayamos atrevido á proponer correcciones para el principio del capítulo 40, nos parece fuera de duda que la esplicacion del término *amir-al-muminin* no es de Isidoro. Viviendo este autor entre los árabes debía conocer demasiado bien la lengua de aquel pueblo para no esplicar de una manera tan ridícula un término que escuchaba todos los dias.

Cap. 42. Abdalaziz—consilio Ajub occiditur; atque eo Hispaniam *renitente*, Léase *retinente*; el autor quiere decir que Ajub quedó de gobernador de España.

Cap. 56. Huius tempore—Oddifa, vir levitate plenus, auctoritate a Duce Africano acceptâ (qui *sorte* Hispaniæ *potestatem* semper

a monitu Principis sibi gaudet fore collatan), per sex menses absque ullâ gravitate retemptans, præ paucitate regni nihil dignum *adversumque ingeminat*. Debe leerse *sortem* en vez de *sorte* y tachar la palabra *potestatem*. *Potestas* es la glosa de *sors*; el propósito del autor fúe enterarnos de que el califa habia concedido al gobernador de África el derecho de nombrar al gobernador de España. En cuanto á las últimas palabras de la frase resulta del contesto que el autor quiso decir: «Odifa no hizo nada digno de mencionarse»; Pero un copista no supo descifrar su antiguo manuscrito: en vez de *nihil dignu adversumque ingeminat*, palabras que no forman sentido, es necesario leer, *nihil dignu animadversione germinat*. Plinio emplea también el verbo *germinare* como activo.

Cap. 57 Florez dice aquí: Inter quos Zat Saracenum genere, plenum facundiâ, elarum etc.; pero la rima y la fraseología de Isidoro exigen que se puntue de esta manera:

Inter quos Zat Saracenum,
 genere plenum,
 facundiâ clarum
 atque diversarum
 rerum opulentissimum dominum,
 pænâ extortum,
 vel flagris inlusum,

atque colaphis cæsum,
 gladio verberat.

Isidoro emplea á menudo *genere plenus* en sentido de oriundo de una noble raza; comparese c. 63: vir genere plenus et armis militaribus expertus; c. 75: a cunctis ut vir belliger et genere plenus præficitur.

Mas adelante Florez dice: Sed ubi sedem cordubensem Mammet adiit, turbidus Abderraman; pero es necesario colocar los puntos y las comas de este modo:

Sed ubi sedem cordubensem Mammet adiit turbidus,

Abderraman cum necdum fuisset re-
 pertus,
 statim Alhaytam á Mammet rigide extat
 comprehensus.

En el mismo capítulo se lee:

Denique dum quid de eo fieret a regali-
 bus *sedibus regis* expectaretur,
 stylus multis sermocinationibus invol-
 vitur,
 et diversis iudiciis *impetitur*.

Es preciso tachar *sedibus regis*, lo cual es una glosa de *regalibus* y en lugar de *impetitur* es preciso leer *impeditur*.

Cap. 58. Trátase en él de la insubordinacion del gefe berberisco Munuza á quien Isidoro llama Munuz (que así es como convie-

ne leer con casi todos los manuscritos y no Muniz como dice Florez), y el texto dice:

Nempe ubi in Cerritanensi oppido reperitur vallatus,

obsidione oppressus et aliquandiu infra muratus,

iudicio Dei statim in jugam prosiliens cedit exauctoratus;

et quia a sanguine Christianorum, quem ibidem innocentem fuderat nimium erat crapulatus,

et Anabadi, illustris Episcopi *et decore inventutis proceritatem, quam igne cremaverat, valde exhaustus,*

atque adeo ob hoc iam satis damnatus,

Civitatis pœnitudine olim abundantia aquarum affluentis siti praeventus,

dum quo aufugeret non reperit moriturus,

statim, exercitu insequente, in diversis anfractibus manet elapsus.

Las glosas han hecho este pasage completamente ininteligible. En vez de poner estas palabras vacias de sentido: *et Anabadi, illustris Episcopi et decore inventutis proceritatem, quam igne cremaverat*, Florez hubiera hecho mejor en seguir la edicion de Berganza en la que se lee: *et decoræ proceritatis, quem igne cremaverat*. El vocablo *iuventutis* es una

glosa inexacta de *decoræ proceritatis*, expresion que Isidoro ha tomado de Tácito (*Ann XII, 44*). A continuacion debe leerse: *civitatis, plenitudine* (1) *olim aquarum affluentis*, borrando la palabra *abundantia* que es una glosa de *plenitudo*. La expresion *plenitudo* (copia, abundancia) *aquarum* se usaba con mucha frecuencia en la edad media. Du Cange trae entre otros ejemplos el siguiente: «Pons de Brazolo destructus fuit per plenitudinem aquarum; et inundationes diluvii ita venerunt magnæ et maximæ quod dictum pontem destruxerunt». Por lo demás Isidoro, embarazado con la rima, expresa en dos frases lo que hubiera podido expresar perfectamente en una sola. Quiere decir que el gefe berberisco sitiado en una ciudad de la Cerdeña se vió obligado por la falta de agua á abandonar-la; más como antes la ciudad se encontraba abundantemente provista, el piadoso cronista vé en esta circunstancia un castigo con que Dios afligió á Munuza, por haber deramado la sangre de muchos cristianos, y haber hecho quemar al obispo Anabade.

Algo más léjos Florez hubiera debido leer con los manuscritos *insequitat* á causa de

(1) El manuscrito del Arsenal confrontado por mí, y que es muy malo por cierto, confirma esta opinion.

la rima y no *insequitur*, como nos dice siguiendo la edicion de Berganza.

Cap. 61. Cui et mox successor venit nomine Aucupa, qui (*cuius*) *dum potestate excelsa genealogiam.*

et legis suæ custodiam.

cuncta tremere Hispania etc. Léase: *potestatem, excelsam genealogiam, etc.*

Los copistas no han prestado la mayor parte de las veces atencion á la barrita colocada encima de las letras para indicar la *m.*

Más adelante en el mismo capítulo se dice:

Deinde ad cæsaraugustanam civitatem progrediens, sese cum infinitâ classe (1) apte receptat.

Sed ubi rebellionem Maurorum per epistolas ab Africâ missas subito lectitat,

sine morâ, quantâ potuit velocitate, Cordubam repedit,

transductivis promontoriis sese receptat.

En lugar de *transductivis*, Florez hubiera debido leer *transductis* (ó más bien *transductisque*) como se encuentra en la edicion de San-

(1) Creyendo recordar haber leído en historiadores modernos que Ocha se dirigió á Zaragoza *con una escuadra* debemos observar que la palabra *classis* no significa aquí *escuadra*, sino *ejército*. Comparese c. 68: tunc Abulcatar cum classe palatii (con su guardia) *præcepit* *insequitur*.

doval. Aquí y en todas partes la expresion *transductis promontoriis* significa despues de haber pasado la Sierra Morena. Más adelante es necesario sustituir *mali* machinadores á *male* machinadores, *arures* como dice un manuscrito á *augures* y *Trinacrios* á *Tinacrios*.

La obra de Isidoro está cuajada de faltas de copista. Nos parece necesario llamar la atencion sobre esta circunstancia porque despues hemos de presentar algunas correcciones y notas que podrian maravillar al lector, sino tuviese de antemano una cabal idea del estado en que se encuentra el texto.

CAPÍTULO II.

CRÓNICAS LATINAS DEL NORTE DE ESPAÑA.

Desde la invasión árabe iban desápareciendo de día en día en Asturias y Galicia las escasas reliquias de la civilización romana. Obligados sus habitantes á pelear sin descanso para mantener su independencia, descuidaban el cultivo de su espíritu y se apoderó de ellos la barbarie hasta el extremo de que, durante setenta años, no hubo una sola persona que escribiese la historia de su patria, según resulta del formal testimonio de Sebastian de Salamanca, que compuso su crónica en el reinado de Alfonso III (866-910). No conociendo Sebastian la crónica de Isidoro de Beja, ignorada probablemente por todos los españoles del Norte an-

teriores á Rodrigo de Toledo, escritor del siglo XIII, se queja de la incuria y pereza de sus compatriotas, quienes, dice, nada han escrito acerca de la historia de España, desde el tiempo en que Isidoro de Sevilla, muerto en 636, compuso su crónica, confesando que lo que vá á referir en su obra solo lo conoce por tradicion.

Al pasar esta tradicion de boca en boca durante dos siglos, debió sufrir grandes alteraciones, tanto más cuanto que los sacerdotes y los monges propendian mucho á falsear la historia en interés de sus ideas, de sus creencias y de sus dogmas religiosos, de lo que es buena prueba la manera con que se hablaba del penúltimo rey de los godos en tiempo de Sebastian. Según este, Witiza se encenagaba en el vicio como si fuera una bestia. No contento con tener á la vez muchas mugeres, mantenía además una multitud de concubinas. Temeroso de las censuras eclesiásticas, encerró bajo llave los cánones de la Iglesia, prohibió á los obispos reunirse en concilios é hizo obligatorio el matrimonio para los clérigos. Los escritores posteriores, como el monge de Silos, Lucas de Tuy y Rodrigo de Toledo, recargan este cuadro con mas negros colores. Su Witiza es un mónstruo todavía mas

horrendo; sus nobles pasan como él la vida en las orgías y se entregan á toda clase de vicios. Estas acusaciones, estos anatemas que, transmitidos de unos á otros, aumentan como la bola de nieve que desciende de la montaña, contrastan notablemente con el testimonio de Isidoro de Beja, autor casi contemporáneo. Para este, Witiza era un rey clementísimo que dió pruebas evidentes de su amor á la justicia y á la religion, convocando concilios en diferentes ocasiones, restituyendo sus bienes y sus cargos á los que los habian perdido en el reinado de su padre, devolviendo á su patria á los que aquél desterrára y poniendo en libertad á los que gemian en prision por motivos políticos; por todo lo cual, España se consideraba dichosa con tener un rey tan bueno (1). El único reproche que Isidoro le dirigia es el de ser demasiado severo con los eclesiásticos que descuidaban sus deberes. Un cronista árabe, inspirado en antiguas fuentes latinas, hoy perdidas, dice tambien, que Witiza era el rey mas piadoso y mas justo de todos los de la cristiandad. (2) ¡Qué di-

(1) Las expresiones de Isidoro son aún más enérgicas; «*atque omnis Hispania gaudio nimio freta alacriter lætatur,*» dice.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 4.

ferencia entre este excelente Witiza, segun la historia, y el impío, el mónstruo de los cronistas asturianos! Esta diferencia se explica, sin embargo, fácilmente: las acusaciones acumuladas por Sebastian y sus continuadores contra el penúltimo rey visigodo, no provienen de la hostilidad de un partido á este monarca, es preciso buscarles otra causa. Despues de la conquista árabe, muchos cristianos abrazaron la ley de los vencedores; unos, porque á ello les movia su propio interés; otros, porque creian firmemente que el islamismo era la religion verdadera, en consonancia con la célebre teoría del duelo judicial que declara siempre la justicia á favor del partido más fuerte. »Si el catolicismo fuese la verdadera religion, ¿por qué Dios, preguntaban á los sacerdotes, habria entregado nuestro pais, que era cristiano, á los sectarios de un falso profeta? Si nos decís que Dios ha tomado el catolicismo bajo su especial proteccion, si nos contais una multitud de milagros obrados en favor de esta religion en tiempo de las persecuciones arrianas, ¿por qué esos milagros no se repiten hoy que tanto podrian servir para la salvacion de la patria?» Y á la verdad, que en un principio estas objeciones habrian de

poner en grave aprieto á los sacerdotes que no acertaban á explicarse cómo los fieles habian sido vencidos y subyugados por los incrédulos; mas andando el tiempo y cuando aún tampoco se sabia cuál fué la verdadera situacion de España después de la conquista, dieron en el medio de resolver el problema, que no fué otro sino el suponer que los últimos reyes godos, así como sus obispos y sus nobles, habian sido unos grandísimos pecadores, y justo castigo del Altísimo, los infortunios que padecieron. Concordaba esta explicacion con toda la filosofia antigua, y muy especialmente, con la del judaismo, que consideraba la desgracia como un castigo del Eterno, doctrina comprobada por los proverbios de Salomon, que proclaman con variadísimas imágenes la dicha de los hombres virtuosos y la desdicha de los malvados: atormentado por toda clase de infortunios Job, intenta protestar de su inocencia y de su virtud; pero en vano, sus mismos amigos no dejan por eso de creerlo un criminal. La Edad media miraba la cuestion bajo el mismo punto de vista, y los progresos de los sarracenos sobre todo, eran á sus ojos un signo de la cólera divina. «Si los sarracenos triunfan es porque Dios ha querido castigarnos por nuestros pecados», decian en Italia,

(1) y en España razonaban de idéntica manera: Yá en el año 812, Alfonso II decia en una carta redactada por los sacerdotes: «Los godos os habian ofendido de tal modo con su orgullo, oh Señor, que merecian sucumbir bajo la espada de los árabes (2).» En 924, Sancho de Navarra, carta de fundacion del monasterio de Albelda, se expresa en estos términos: «En otros tiempos los cristianos poseian á España; los castillos, las ciudades y los campos estaban llenos de iglesias y la religion de Cristo imperaba en todas partes; pero nuestros antepasados pecaban sin cesar é infringian diariamente los preceptos del Señor: ahora para castigarlos como tienen merecido y para obligarlos á convertirse, el más justo de los jueces los ha entregado á un pueblo bárbaro (3)». «El haber abandonado los reyes y sacerdotes la ley divina, dice á su vez Sebastian de Salamanca, fué causa de que el ejército de los godos pereciese al filo de la espada agarena. Dios, segun el monje de Silos, castigó á nuestros antepasados en esta vida para no verse en la dura necesidad de

(1) Véase Liudprando, *Antapodosis*, lib. II, cap. 46. Este capítulo se titula «Quod Domini hoc factum sit voluntate ob nostram correctionem.»

(2) *Esp. Sagr.*, t. XXXVII, p. 312.

(3) *Esp. Sagr.*, t. XXXIII, p. 466.

castigarlos en la otra.» Y hé aquí cómo llegaron á resultar mónstruos de impiedad Witiza y sus contemporáneos en los piadosos cronistas del Norte, no quedando por la misma razon mejor parados Bermudo y sus coetáneos, á juicio del clero, dominado siempre por sus preocupaciones. Para el monje de Silos, el cronista más antiguo que habla de Bermudo, éste era un rey sábio, clemente, justo y «solicito en castigar á los malos y premiar á los buenos.» Mas fué como capitán poco afortunado, y miéntras, ocupó el trono leonés, el terrible Almanzor descargó al catolicismo español los más rudos golpes que recibiera despues de la conquista. Nada escapó al furor de los sarracenos; veíanse donde quiera ciudades arruinadas; iglesias y conventos reducidos á cenizas, y hasta el santuario de la península, el templo de Santiago, fué completamente destruido. Renació entónces la cuestion: «¿Por qué Cristo ha sido vencido por Mahoma?» Y los sacerdotes respondian como de costumbre: «Es un castigo por nuestros pecados: *peccatis exigentibus*; (1) *propter peccata populi chistiani* (2).—Al-

(1) Expresion del mismo Bermudo en una carta de 985. (Esp. sag. t. XIV. Apéndice 10.)

(2) Mon. Sil., c. 68.

manzor ha sido el azote enviado por la cólera divina (1).» Era preciso, sin embargo, explicar cuáles eran los crímenes que habian traído tamaño castigo, y para ello indispensable demostrar que en esta época la inmoralidad habia sido mucho mayor que en todas las otras, tarea que tomaron sobre sus hombros los escritores del siglo XII. El autor de la Historia Compostelana, aunque era tambien hombre de iglesia, sacrificó sin escrúpulo á los obispos que en el siglo X habian gobernado la de Compostela, y los dió á conocer como gente desenfrenada, pecadores impenitentes y verdaderos mónstruos (2). Pelayo de Oviedo, por su parte, se encargó de Bermudo, de quien decia: «Indiscretus et tyrannus per omnia fuit» haciendo luégo un largo y minucioso catálogo de sus crímenes para sacar al fin la siguiente deduccion: «Los pecados de Bermudo y de su pueblo fueron la causa de que Almanzor,» etc. Así, pues, se procuraba justificar á la Providencia y eximir la de la responsabilidad de que Cristo hubiese quedado á los piés de Mahoma.

(1) Cui (Almanzor) divina ultio licentiam tantam deditcæt Mon. Sil., c. 71.

(2) Florez ha refutado victoriosamente estas calumnias en el vol. XIX de *la España Sagrada*, pero no ha comprendido el motivo que las dictaba.

La tradición oral, como hemos visto, estaba muy desfigurada en tiempo de Sebastian, y como este autor sólo ha bebido en esta fuente, debemos mirar con justo recelo las noticias que nos dá acerca de la época de la conquista.

CAPÍTULO III.

TRADICIONES ÁRABES.

En una crónica arábica titulada *Ahádith al-imâma wa-'s-siyâsa* (Narraciones relativas al poder espiritual y temporal) que contiene una historia de los califas desde la muerte de Mahoma hasta la de Harun ar-Rachid, se encuentra un circunstanciado relato de las conquistas de Muza en Africa y España. El Sr. Gayangos, traductor de este relato (1), lo ha considerado como una fuente antigua y auténtica y desde entonces á acá su opinion no ha sido puesta por nadie en tela de juicio, antes al contrario, los señores Weil y Amari se han servido de es-

(1) *The History of the Mohammedan Dynasties in Spain*, t. I, Apéndice E, y t. II, Apéndice A.

te documento el primero para su »Historia de los Califas« y el segundo para su »Historia de los musulmanes de Sicilia«. Vamos á examinar ahora si esta fuente merece en realidad la confianza que se le ha concedido.

La primera cuestión que naturalmente se presenta es la que sigue: ¿en qué época se compuso el libro? Pudiera creerse que el manuscrito del Sr. Gayangos contesta satisfactoriamente esta pregunta, puesto que en él se atribuye el libro á Ibn-Coteba, célebre historiador del siglo IX (828-889), si el sabio profesor de Madrid no rechazase esta opinion fundado en las razones siguientes: 1.^a Muchos escritores árabes han hablado muy por extenso de la vida y de los escritos de Ibn-Coteba, pero ninguno de ellos le ha atribuido una obra que se titulase *Ahâdith al-imâma*. 2.^a El autor del libro manifiesta en diferentes ocasiones que las noticias que dá le habian sido comunicadas por amigos ó parientes de personas que asistieron á la conquista de España; ahora bien, Ibn-Coteba nació ciento diez y siete años despues de esta conquista, luego no pudo tratar con las personas que vivieron en aquel tiempo. 3.^a El estilo difiere del de Ibn-Coteba. 4.^a Los nombres de sus preceptores no se encuentran mencionados en ninguna

parte del libro. 5.^a Ibn-Coteba permaneció la mayor parte de su vida en Bagdad de donde era natural, en tanto que el autor del *Ahâdith al-imâma* parece haber habitado en Damasco.

Creemos estos argumentos enteramente decisivos y nos sorprende que el Sr. Amari, (1) tan cauto de ordinario, haya podido imaginar que bastaba para refutarlo el opuesto testimonio de Ibn-Chebât, que atribuye tambien á Ibn-Coteba el *Ahadith al-imâma*. Ibn-Chebât, que segun el mismo señor Amari (2) no escribió hasta la segunda mitad del siglo XII, es demasiado moderno para que su dicho pueda inclinar la balanza en una cuestión de esta naturaleza. Estaba desprovisto además de toda crítica, pues, si bien es cierto que en el título del manuscrito de que se servia se encontraba el nombre de Ibn-Coteba, como se encontraba tambien en el del Sr. Gayangos, no deja de serlo que Ibn-Chebât ha debido prestar menos ciega confianza á ese título, y tener mas en cuenta la época cuyo testimonio invoca el autor. Hubiera observado entonces, que la mujer española que suministró al autor noticias y pormenores sobre el asedio de la ciudad donde residía con su familia en el tiempo de la conquista

(1), no ha podido en modo alguno haber conocido á Ibn-Coteba. Supongamos que ella tuviese nada mas que diez años cuando el sitio, esto es, hácia el año 714; supongamos tambien que de la misma edad Ibn-Coteba, en 838, hubiese recogido sus noticias sobre la conquista de España, y resultaría que la dicha señora habria llegado á la edad de ciento treinta y cuatro años, cosa que, sin ser imposible, es á todas luces inverosímil. Por último, si Ibn-Chebát no hubiese sido uno de esos compiladores sin discernimiento que pululaban en el periodo de la decadencia de la literatura arábica, los cuales, plagian-do treinta volúmenes sacaban sin esfuerzo el treinta y uno, hubiese observado que el autor del *Ahádith* dice: »Ibn-abi-Lailá me ha referido esto (2)», y que el tal Ibn-abi-Lailá; cadí de Cufa habia muerto en 765, sesenta y tres años ántes de nacer Ibn-Coteba.

(1) *Storia dei Musulmani di Sicilia*, t. II, p. XL.

(2) *Ibid.*, p. XLV.

(1) Véase la traduccion del Sr. Gayangos, t. I, p. LXXVII.

(2) En el manuscrito del Sr. Gayangos este personaje que llevaba el nombre relativo de Ansari es llamado Todjibi. En vez de esta palabra se lee Hasani en los extractos del *Ahádith* que trae Ibn-Chebát y que el Sr. Amari ha tenido la bondad de copiarme del manuscrito del Sr. Rousseau. Como los dos textos difieren aquí, y como los autores al citar á este Ca-

Aceptemos por de pronto la opinion del señor Gayangos de que el libro se escribió poco despues de la muerte de Harun ar-Rachid, ocurrida en 809. Mas, de que un libro sea antiguo no se deduce que haya de ser digno de fé, y, preciso es decirlo, la obra contiene, á nuestro juicio, un gran número de narraciones que al ménos hacen nacer sospechas acerca de la veracidad de su autor. Cuando se lee allí que un cuerpo de ejército de *quinientos* caballeros musulmanes, despues de haber derrotado un gran ejército berberisco, hizo *diez mil* (1) prisioneros, y cuando en otra ocasion aparecen *seis mil* musulmanes matando millares de enemigos y cojiendo no ménos de *cien mil* prisioneros (2) no puede dejar de sospecharse que el autor, ganoso de aumentar la gloria de su patria, exagerase el valor y los triunfos de los musulmanes. Y esto, sin embargo, es nada en comparacion de lo que hizo Tarik, quien, á creer á nuestro autor, solo tenia *mil setecientos* hombres cuando derrotó el ejército de Rodrigo, compuesto de ochenta mil caballe-

dí de Cufa le llaman Ibn-abi-Lailá á secas creemos que el nombre relativo es solo una adiccion de los copistas.

(1) Traduccion del Sr. Gayangos, t. I, p. LVII y LVIII.

(2) *Ibid.* p. LXI.

ros; verdad es, que segun sabemos, una parte del ejército de este le hizo traicion, circunstancia que por exiguo que fuese el número de los soldados de Tarik hace ménos inverosímil su victoria; mas esto lo sabemos por otros autores no por el del *Ahádith* que nada dice, y en el cual la victoria de Tarik aparece como un verdadero milagro. Pero aún hay otros prodigios en su relato más sorprendentes todavía. Cuenta en efecto muy por estenso y con una gravedad que mueve á risa, como á ruegos de Muza se desplomaron por sí propias las murallas de una fortaleza enemiga como las murallas de Jericó al ruido de las trompetas de Josué; y en el capítulo titulado. «De las cosas maravillosas que vió Muza en Oriente»-capítulo que el señor Gayangos ha creído oportuno omitir en su traduccion, divulga los cuentos más extravagantes como podrán convencerse nuestros lectores si continúan leyendo, puesto que hemos de vernos obligados á referir algunos al tratar de otro libro donde tambien se encuentran.

Estos ejemplos que podrian multiplicarse á lo infinito, prueban bastante, en nuestra opinion, la necesidad de someter las narraciones del *Ahádith al imâma* á una severa crítica. Pero tenemos que ir mucho más allá; cree-

mos que debe dudarse no solo de la veracidad del autor, sino tambien de su antigüedad. Su libro, desconocido para los bibliófilos é historiadores árabes anteriores al siglo XII, no tiene de ningun modo carácter antiguo. En vez de la sobriedad, de la concision nerviosa, de la brevedad, á veces un tanto seca, que caracterizan á los libros históricos del siglo IX, nótese en éste una pueril y enojosa prolijidad. Mas, lo que viene á decidir completamente la cuestion es que quien se apellida historiador del siglo IX, emplea palabras que no pertenecen á la antigua lengua y cita ciudades que no existian en el tiempo de Harun ar-Rachid. Para designar un saco de trigo se vale de la palabra *tellis* usada todavía en esta acepcion en Argelia y Egipto, vocablo que no poseia ni podia poseer el idioma primitivo, pues que este término es una alteracion de la palabra española *terliz*, correspondiente á nuestro *treillis* (1). En cuanto á las ciudades edificadas con posterioridad al siglo IX, nuestro autor habla de que Muza (2) conquistó á Marruecos, ciudad funda-

(1) Véase mi *Diccionario detallado de los nombres de los vestidos entre los árabes*, p. 369.

(2) Véase la traduccion del Sr. Gayangos, t. I, p. LXIII, LXIV.

da en 1062, por Iusuf ibn-Techufin (1) y que no pudo ser conquistada por él á principios del siglo VIII, ni conocida por autor alguno del siglo IX. Cierta es que el señor Gayangos supone que Marruecos existía ya en tiempos de Muza; más, una hipótesis no es una prueba, y sin riesgo de ser desmentidos, podemos sentar que no habla de ella escritor alguno anterior al año 1062. La obra debió pues ser compuesta despues de este año y antes de la época, aún un poco incierta, en que escribió Ibn-Chebát. Procuraremos ahora fijarle su verdadero puesto en la literatura arábica.

Sabido es que las conquistas de los musulmanes bajo el reinado de los primeros califas se encuentran referidas en muchas obras, que sin ser novelas históricas en el sentido que ordinariamente damos á esta palabra, contienen sin embargo ficciones mezcladas con tradiciones antiguas.

Estos libros encabezados con el nombre de Wakidi, célebre historiador del siglo VIII, son de fecha muy posterior. El sabio Hamaker, que las hizo objeto de muy serios estudios, las creía compuestas en la época de las

(1) Así se pronunciaba en España este nombre berberisco, como lo atestigua la crónica de Alfonso VII donde se lee constantemente *Tecufin*.

Cruzadas; según él, los Pseudo-Wakidis se proponían excitar el entusiasmo religioso de los musulmanes, para lo cual exageraban las proezas de los fundadores del Islamismo, inventaban milagros hechos por Dios en favor de su pueblo y ponían sus producciones, más ó ménos fabulosas, al abrigo de toda sospecha, atribuyéndolas á algun historiador antiguo y respetado que hubiese escrito sobre el mismo asunto y cuyas obras fueran ya excesivamente raras (1). El *Ahadith al imâma* nos parece compuesto con el mismo propósito y hácia la misma época. Nuestro novelero, pariente próximo de los Pseudo-Wakidis se dá como ellos tono de escritor antiguo; como ellos cita en su abono á tradicionarios que, según todas las apariencias, nunca existieron mas que en su imaginacion (2); como ellos exagera la bravura de los musulmanes como ellos, por último, se complace en contar los milagros hechos por el Eterno en favor de sus elegidos. Solo en un punto se distingue de sus cofrades: en presentarse con el

(1) La opinion de Hamaker que me es conocida por fen M. Weijers, nos parece preferible á la desenvuelta por M. Lees en el prefacio que puso á la cabeza de su edicion de *Fotuh-as-Cham* escrito por un Pseudo-Wakidi.

(2) Ibn-Chebát al menos ha buscado vanamente su nombre en todas partes.

nombre de Ibn-Coteba en vez de Wakidi. El Sr. Gayangos solo ha visto en esta circunstancia de llevar su manuscrito el nombre de aquel autor, una equivocacion más ó menos voluntaria del copista; y como es cierto que los orientales trafican amenudo con la ignorancia de los bibliófilos, imputando libros medianos á famosos escritores, no vacilaríamos en aceptar esta opinion si la obra solo se considerase de Ibn-Coteba en este manuscrito: mas no sucede así. En la biblioteca del Sr. Splenger, que ha pasado á la de Berlin; se atribuye tambien el libro á Ibn-Coteba, y el compendio que posee la biblioteca de Lund comienza igualmente con estas palabras: «Abu-Mohamed Abdallah ibn-Moslim ibn-Coteba dice: Empezaremos este libro compuesto por nosotros» (1) etc. Además tenemos el testimonio de Ibn-Chebát, escritor tan convencido de que Ibn-Coteba era el autor del *Ahádith*, que habiendo insertado un verso de Motanabbi en su copia del texto de ese libro, dice en una nota: «Este verso no se encuentra en el Kitab *al-imama wa's-siyâsa*, ni podia encontrarse allí porque Ibn-Coteba es más antiguo que Motanabbi. Lo hemos añadido por-

(1) Véase Tornberg, *Códice Orient. Bibla. Lundensis*, p. 12.

que nos parecia convenir á la situacion.» Estamos persuadidos que, á ejemplo de los Pseudo Wakidis, el novelista ha puesto el nombre de Ibn-Coteba á la cabeza de su libro; mas, por desgracia para él y felizmente para nosotros, ha estado tan torpe como lo están de ordinario los orientales que se permiten fraudes de semejante naturaleza. Pero no ha conseguido su propósito; de una parte, ha ido más allá de su objeto, pues por parecer antiguo se ha fingido más antiguo que el autor por quien pretendía pasar; de otra, se ha delatado con su estilo y con el nombre de Marruecos que se le ha escapado.

Respecto á las tradiciones antiguas que traen los Pseudo-Ibn-Coteba están casi todas tomadas de una obra arábigo-española del siglo IX por Tarik ibn-Habib. Este libro que versa sobre muchas materias á la vez—la historia bíblica, la de Mahoma y los primeros califas, la de España, cuestiones teológicas etc., y del cual posee un manuscrito la biblioteca de Oxford (1)—no fué compuesto por el mismo ibn-Habib como parece indicarlo el título y lo han creído los sábios europeos que de él han habla-

(1) M. Wright ha tenido la atencion de copiar para mí algunos capítulos de este libro.

dó. Basta para convencerse de esto con fijar los ojos sobre la lista de los emires de España que se encuentra en el capítulo referente á la historia de este país. Esta lista alcanza al año 275 de la Hegira (888 de nuestra era) primero del reinado de Abdallah, é Ibn-Habib había muerto treinta y cinco años antes en 238 de la Hegira, 853 de J. C. La obra, á juzgar por los lamentables vaticinios que contiene, nos parece compuesta en fecha algo posterior al año 888, suponemos que hácia 891, cuando Ibn-Hafsun gefe de los renegados y de los cristianos del mediodía amenazaba arrebatár á la misma Córdoba del poder del sultán y parecía llegado el término fatal de la dominación árabe. Es lo probable que el redactor llevase el nombre de Ibn-abi-'r-ricá; pues segun un pronóstico sobre la próxima ruina de Cordoba, donde se dice que durante esta catástrofe el sitio más seguro sería la colina de Abu-Abda, «cerca del sitio en que se hallaba en otro tiempo la iglesia» se encuentra esta frase: «Ibn-abi-'r-ricá dice lo siguiente: Un sabio me ha contado que el sitio en que se hallaba otras veces la iglesia está situado en las cercanías de la casa de Asbagh ibn-Jalil (1) y he oido

(1) Este Asbagh ibn-Jalil muerto en 273 de la hegira era

decir también á Abdelmelic ibn-Habib: cuando la casa de los Omeyas haya dejado de reinar» etc. Ibn-abi-'r-ricá, discípulo de Ibn-Habib, escribió la enseñanza oral de su maestro, añadiendo algunas cosas, aunque en corto número, de su propio fondo. Como Ibn-Habib es hasta cierto punto el autor de ese Tarik parece que podrían encontrarse en él tradiciones auténticas sobre la conquista. Todas las apariencias están en su favor, es muy antiguo, está dictado por un teólogo que gozaba de gran reputación, no solo en España, su patria, sino también en Africa y en Asia. Tales apariencias son sin embargo engañosas; hé aquí, por ejemplo, de qué modo cuenta Ibn-Habib la invasión de Tarik:

Muza, que es un gran astrólogo, ha leído en las estrellas que España será conquistada. ¿Pero por quién? ¿Qué general, qué ejército será preciso enviar á ella? Hé aquí lo que se ignora: lo único que se sabe es que hay un anciano que podrá decirlo y que este anciano se encuentra en un barco de rumies, que ha de fondear en la costa de Africa. En vista de esto ordena á Tarik que prepa-

un tradcionario acerca del cual hay un artículo en Homaidi (man. de Oxford, fol 74. v.)

re todos los barcos que han de ir al surgidero. Tarik encuentra por fin al misterioso anciano y le dice: «Tú que lees en lo porvenir ¿sabes por quién será conquistada España? Por tí; respondió el viejo, y por un pueblo llamado berberisco que profesa tu misma religion. Con esta respuesta Muza dió á Tarik estas estrañas órdenes: «Embárcate cerca de un peñasco que encontrarás en la costa; procura descubrir entre los tuyos alguno que conozca los nombres sírios de los meses y cuando llegue el veintiuno de Aiyar date á la vela. Llegarás entónces á una oscura colina. Al oriente de esta colina encontrarás un barranco y una figura que representa un toro. Rompe esta figura y busca luego un hombre de elevada estatura, de atezado rostro, de mirada torva, de manos enjutas y confíale el mando de tu vanguardia. Cumpliré fielmente tus órdenes, replicó Tarik, pero inútil es buscar la persona que has descrito; esa soy yo» (1).

Desembarcados en España los mil setecientos soldados de Tarik derrotaron á los setenta mil caballeros de Rodrigo.

(1) Este relato ha sido copiado por el Pseudo-ibn-Coteba; véase la traduccion del Sr. Gayangos, t. I, p. LXX.

Mas adelante Ibn-Habib cuenta lo siguiente:

»Muza, despues de haber conquistado á Tánger, Algeciras y otras ciudades hizo una espedicion al pais de Tamid en las costas del Atlántico. Llegó á un puente en el cual estaba una figura de cobre con un arco y flechas en la mano. Al aproximarse los soldados á la figura esta disparó una flecha y mató un hombre, luego disparó otra flecha y mató otro hombre. Hecho esto, cayó. Los soldados se adelantaron á examinarla..... era solo una figura de cobre.».....

En otra ocasion Muza sitiaba una fortaleza de cobre y hacía jugar sus máquinas de guerra, cuando de repente los sitiados le gritaron: »¡Oh Rey! no somos lo que tu piensas, somos genios. ¡Déjanos en paz!» Muza les preguntó por la suerte de los soldados que habian franqueado la muralla; ellos contestaron que estaban en su poder pero que iban á ponerlos en libertad, lo que ejecutaron inmediatamente. Preguntados estos soldados por su general acerca de lo que habian visto y del trato que habian tenido, respondieron, que durante su cautiverio habian estado privados de conocimiento. «¡Alabado sea Dios, Señor del universo!» gritó entonces Muza y levantó el sitio.

En el trascurso de sus conquistas llegó á un sitio donde encontró tambien cofres de cobre é ignorando que Salomon habia encerrado unos diablos en ellos hizo abrir uno. Al punto salió de él un diablo y creyendo que tenia que entenderse las con Salomon dijo á Muza moviendo la cabeza: «Alabado seas, ¡Oh profeta de Dios! ¡Cuánto me has castigado en este mundo!» Pero luego aperciéndose de que su libertador no era Salomon huyó á todo correr. Muza creyó lo más prudente ne abrir los demás cofres.

¿No parece que estamos leyendo los fragmentos de «Las Mil y una noches? Y sin embargo, Ibn-Habib cuenta todo esto como si fuera historia. ¡Qué pensar de tan extraño fenómeno! ¿Debemos concluir que en el discurso de un solo siglo la poblacion árabe de España habia olvidado sus tradiciones nacionales, por fábulas tan absurdas? De ninguna manera; nada tienen de comun con las tradiciones populares de España, los cuentos referidos por Ibn-Habib recogidos no aquí sino en Oriente y en particular en Egipto, pues cita las personas de quienes los tomó, sábios extrangeros, entre los que se encontraba Abdallah Ibn-Wahb (-813) célebre doctor del Cairo que, con otras cosas le proporcionó el estravagante relato de la

invasion de Tarik. Otro sábio ejipto á quien no nombra le refirió tambien muchas aventuras de Muza en el pais de Tamid. Véase, pues, como Ibn-Habib en vez de preguntar á sus compatriotas acerca de la historia de Muza y de la conquista, prefirió dirigirse á los doctores ejipticos cuyas lecciones seguia, conducta imitada por casi todos los *talibs* que iban á estudiar á Oriente. Despreciando estos á sus compatriotas á quienes los sabios orientales trataban con arrogante desden de zafios é (1) ignorantes, y llenos de veneracion hácia los profesores que les esplicaban las tradiciones relativas al Profeta y los iniciaban en las sutilezas escolásticas, pensaban que estos ilustres doctores, que sabian tantas cosas, debian conocer mucho mejor la historia de España que sus mismos habitantes; y por lo tanto los importunaban con infinitas preguntas sobre estas materias, colocándolos en una situacion verdaderamente comprometida, pues aunque nada ó casi nada sabian sobre la conquista de la Península, la reputacion que tenían de saberlo todo, les obligaba á no confesar su ignorancia. ¿Qué hicieron para salir de este aprieto? A falta de otra cosa re-

(1) Véase Jochani, man. de Oxford, p. 216.

galaron á sus discípulos historietas ejipticias. Para el pueblo de este pais, España era un Eldorado á y orillas del Atlántico, habíase descubierto el Tamid, un pais de génius, de castillos encantados, de estátuas automáticas y de diablos encerrados en cofres por Salomon. Estas tradiciones fabulosas eran la fuente de donde tomaban los maestros la mayor parte de sus narraciones; algunas veces llegaban hasta inventarlas ellos mismos, de lo que hay raros y curiosos ejemplos en la Historia de los cadíes de Córdoba por Jochani, escritor que, segun él mismo refiere, tenía un amigo que durante su viaje había discutido con los sabios extranjeros sobre los cadíes de Córdoba anteriores á la época en que Abderraman I llegó á España, y cosa digna de llamar la atención! esos sabios pudieron darle noticias precisas y circunstanciadas de cadíes muertos hacía más de dos siglos cuyos nombres eran ignorados en España. Un sabio de Tunez en Africa, refirió al viajero que el Gobernador Ocba ibn-al-Haddjádj habia nombrado cadí á un cierto Mahdí ibn-Moslim quien, á creer su dicho, pertenecía á una familia de renegados españoles;-circunstancia especialísima, porque todos los demás cadíes pertenecian á la nobleza ára-

be, y cuando el sultan Mohammed nombró para esta dignidad á uno de sus clientes, es decir, á un español, aquella innovacion produjo grandes murmuraciones entre los árabes (1). Mas aun, este sabio recitó de cabo á rabo el diploma otorgado por el Gobernador al cadí, diploma de considerable extension, pues ocupa muy cerca de cuatro páginas en el manuscrito de Jochani. Así que cuando el sabio dejó de hablar, el español no pudo contener una exclamacion de sorpresa:

—Teneis una memoria prodigiosa, le dijo, ¿cómo podeis saberos de memoria diplomas tan largos? ¿Cómo habeis podido retener tantas histórias antiguas?

—Todo esto lo aprendí en mi juventud, le respondió el otro; me lo enseñó mi abuelo que tenia entonces próximamente la edad que yo tengo ahora y conocia á las mil maravilla, la historia de Occidente, la de la conquista y la de vuestros Omeyas sobre todo. En su biblioteca tenia magnificas obras de historia, pero habiendo sido mi casa presa de un incendio, aquellas fueron pasto de las llamas..... No ignoro que un príncipe aghlabita ó chiita pretende haber compuesto ese

(1) Véase Jochani, p. 282.

diploma y haber enviado una copia á uno de sus cadies, pero puedo aseguraros que fué Mahdi ibn-Moslim quien lo compuso, lo aprendí de memoria en la niñez y se lo oí á mi abuelo como os decia....

¿Se habla aún entre vosotros de ese cadí?

—Nunca habia oido hablar de él, su nombre mismo me era desconocido.

—He preguntado á muchos compatriotas vuestros si lo conocian y todos me han contestado que no. Es sorprendente que su memoria se haya borrado de tal modo en vuestro país; probablemente habrá muerto sin posteridad ó quizás su recuerdo se habrá perdido durante vuestras guerras civiles.

Mientras que este sabio recitaba al viajero un diploma moderno haciéndolo pasar por una carta antigua, otros le referian milagros muy edificantes. Llegado á al-Arich, en las fronteras de Egipto y Siria un viejo le habló de un cadí de Córdoba á quien llamaba Mohádjir ibn-Naufal el Coreiscita, diciéndole: «Cuando enterraron á este cadí y le echaron la tierra sobre el ataud se oyeron estas palabras que salian de la fosa:—«Os he dicho muchas veces que la tumba es estrecha y que el cargo de cadí conduce á un fin miserable.—Pensando que vivia todavía se apresuraron á quitar la tierra que habian echa-

do sobre el ataud, pero encontraron la cara del difunto envuelta en el sudario; estaba bien muerto (1).

Los estudiantes españoles aceptaban sin restriccion y á ojos cerrados estos inverosímiles cuentos, pues veneraban demasiado á sus profesores para no creer un crimen la menor duda sobre su veracidad, habiendo disipado en ellos los estudios teológicos hasta la menor sòmbra de escepticismo.

Ibn-Habib no es el único escritor antiguo que trae tradiciones egipcias referentes á la conquista. Ibn-Abd-al-hacam (871) cronista de aquel país las ha recogido tambien en su historia de la conquista de Egipto y las que suministra son casi idénticas á las encontradas en Ibn-Habib. Así, refiere tambien, que Tarik con mil setecientos hombres derrotó el ejército de los visigodos: «dícese, añade, que el ejército berberisco de Tarik se componia de doce mil hombres entre los cuales solo habia diez y seis árabes, pero esto no es cierto». Ibn-Abd-al-hacam como Ibn-Habib, trae asimismo la fábula de un palacio que debia permanecer cerrado y que Rodrigo hizo abrir encontrando en él una especie de cuadro que representaba

(1) Véase Jochani man. de Oxford, p. 211, 218.

á los árabes con ésta inscripción: «Cuando se abra esta puerta, hombres semejantes á estos invadirán el reino.» La diferencia entre estos dos autores estriba solo en que el uno ha contado lisa y llanamente todo lo que oyó decir, mientras que el otro, ménos crédulo, aunque mejor informado, ha cuidado de suprimir casi todas las tradiciones notoriamente absurdas, y decimos casi todas, porque aunque su relato tiene cierto aire de verosimilitud, no faltan tampoco en él algunas narraciones inverosímiles. Así, cuenta lo siguiente (p. 3 edic. Jones): Tarik para aterrorizar á los españoles hizo despedazar á un prisionero y guisar su carne en una caldera, luego los soldados fingieron comer de esta carne, y entonces los demás cautivos corrieron entre sus compatriotas la noticia de que los invasores eran hombres que comian carne humana: leyenda popular muy en boga en la edad media. Imputabase esta barbarie á no sabemos cuantos guerreros y conquistadores: Ibn-Adhari, (tomo I, p. 123) la refiere del príncipe aghlabita Ibrahim, Ademár (1), de Rogerio el Normando, Guillermo de Tiro, (IV, 23), de Boemond de Antioquia, todos esos guerreros sin embargo

(1) Apud. Pertz, Monum. Germ., t. VI, p. 140.

tenian el suficiente talento, así al ménos nos complacemos en creerlo, para comprender que semejante atrocidad lejos de favorecer sus proyectos debia hacerlos fracasar. Se somete uno á conquistadores de toda especie, pero no á antropófagos.

Las narraciones de Ibn-Abd-al-hacam son comunmente vagas y estan amenudo en abierta contradiccion unas con otras. El y sus compatriotas conocian algo de esta época, pero lo poco que sabian, lo sabian á medias. El cronista egipcio, por ejemplo, estaba enterado de que Abdalaziz, hijo de Muza, habia contraido matrimonio con una princesa cristiana llamada Egilo ó Eylo, como la llaman los árabes sirviéndose de la forma contracta; más para él esta Eylo era hija de Rodrigo, siendo realmente su viuda como atestigua Isidoro.

Por lo demás, y aún suponiendo que las tradiciones egipcias mereciesen mayor confianza de la que estamos dispuestos á concederles, serian de un interés muy mediano, pues ni sirven para ilustrar las cuestiones de verdadera importancia, ni explican por ejemplo, el género de relaciones que mediaban entre los invasores y una parte de la nobleza española, asunto sobre el cual guardan por el contrario un completo silencio.

Esto tiene á nuestro juicio una explicacion sencillísima; siendo el pensamiento dominante en tales narraciones presentar la conquista como cosa sobrenatural, como una especie de milagro realizado por el Todopoderoso en favor de su pueblo, aunque los doctores egipcios hubiesen conocido las causas reales que facilitaron é hicieron posible la conquista, seria muy dudoso que hubiesen creído conveniente exponerlas.

Las tradiciones españolas nada tienen de comun con las egipcias. Dotados los árabes de España, á excepcion de los teólogos, de un admirable buen sentido, que jamás sabremos encarecer bastante, hubiera sido punto menos que imposible hacerles creer en autómatas, en castillos encantados, en génius condenados por poderes superiores á murmurar y gemir en cofres de metal. Las tradiciones españolas no contienen, en verdad, nada que se parezca á estas extravagancias, siendo por el contrario tan sencillas, tan dignas de aplauso, tan poco engalanadas con incidentes romancescos ó maravillosos que las creemos dignas, no diremos de una confianza absoluta, pero sí de un exámen sério. Desdichadamente estas buenas tradiciones se encuentran mezcladas con las malas en las compilaciones de Ibn-Adha-

ri, de Maccari y de una multitud de autores, confusion que se encuentra ya en Ibn-al-Cuttia escritor del siglo X, que como es fácil ver, no concede el mismo crédito á las tradiciones nacionales que á las egipcias de las que se muestra siempre desconfiado y no pone sino con un «se dice»; más, como al fin las trae, esta mezclanza de heterogéneas narraciones hace la tarea del crítico sumamente delicada y difícil. Para alcanzar, la certeza, no diremos absoluta, pero al ménos relativa, sería preciso una narracion española exenta de toda mezcla.

Afortunadamente esta narracion existe en la preciosa coleccion de documentos antiguos que lleva el titulo de *Ajbâr machmua* (Recopilacion de historias) (1). La suerte ha querido que este relato el más interesante de todos sea precisamente quizás el único que está sin traducir; solo algunos fragmentos se conocen, pero no el conjunto que es lo que más interesa; creemos pues prestar un servicio útil con la traduccion que ofrecemos en el siguiente capítulo.

(1) Man. de París, anc. fonds n^o 706. Véase acerca de este libro mi edicion de Ibn-Adhâri, introd. p. 10-12.

el viaje á España traian sin cesar víveres y refuerzos á los habitantes de Céuta; por lo demás éstos llenos de amor hácia su pátria, combatian vigorosamente en defensa de sus mujeres y sus hijos.

»Ocurrió entretanto la muerte de Witi-za, rey de España, dejando muchos hijos, entre ellos Siseberto y Oppas (1); pero como los españoles profesaban á éstos mala voluntad, la discordia estalló en el país. Convinieron, por último, en dar el trono á un cristiano llamado Rodrigo; valiente guerrero, aunque no de estirpe real, uno de los mejores generales de España. Este fué, pues, proclamado rey.

»Era costumbre que los nobles españoles enviasen sus hijos é hijas al palacio del rey, residente en Toledo, entónce; capital de España. Allí recibian aquellos su educacion, teniendo el derecho de servir al monarca, y á su tiempo casaban con las jóvenes, á las que dotaba el rey. Cuando Rodrigo subió al trono se enamoró perdidamente de las gracias de la hija de Julian y satisfizo su apeti-

IV.

RELATO DEL AJBAR-MACHMUA.

«Muza siguió su marcha contra las ciudades de la costa africana, en que habia gobernadores nombrados por el rey de España, que se habian apoderado de ellas y de sus territorios. La principal de estas ciudades era Céuta, y su gobernador un cristiano llamado Julian. Muchas otras ciudades de las cercanías estaban tambien bajo su dependencia. Muza la atacó, pero habiendo experimentado que la gente de Julian era más fuerte y aguerrida que los pueblos con quienes hasta entónce; habia peleado volvióse á Tánger y mandó asolar las campiñas de Céuta y de sus alrededores. Las razzias que ordenó no produjeron el efecto que se habia prometido, porque barcos que hacian

(1) Rodrigo de Toledo, que trabajaba teniendo á la vista documentos árabes, los llama Eba y Sisebuta, pero como el nombre de Eba era desconocido á los visigodos, creemos que debe pronunciarse Oppa, en hablativo.

to. Enterado el padre por una carta de lo ocurrido, montando en cólera, gritó:—«Juro por la religion del Mesías que lo arrojaré de su trono y que abriré un abismo bajo sus plantas!»—En su consecuencia mandó decir á Muza que se sometería á él, lo invitó á venir, franqueándole las puertas de sus ciudades, concertó con él un tratado ventajoso con condiciones de seguridad para sí y sus súbditos, y hablándole de España lo incitó á emprender su conquista. Esto acaeció á fines del año 90. (1) Muza escribió á Walid (el califa), dándole noticia del acrecentamiento de su territorio y del proyecto de Julian. El califa le contestó:—«Haz explorar á España por tropas ligeras, y guárdate de exponer á los musulmanes á los peligros de una mar borrascosa.»—«Esto no es un mar, le contestó Muza, es solo un estrecho de tan corta estension que desde este lado puede verse la orilla opuesta.»—«No importa, le respondió Walid; haz explorar el país por tropas ligeras.»—Muza envió á España á uno de sus clientes llamado Abu-Zora-Tarif, con cuatrocientos hombres y cien ginetes; los cuales, despues de haber pasado el estrecho en cuatro barcos, arribaron á una penínsu-

(1) Este año acababa el 8 de Noviembre de 709.

la llamada Andalos (1), de donde salian ordinariamente los barcos que iban á África, y donde se encontraban los astilleros españoles. Por haber desembarcado en ella aquél, tomó luego esta península el nombre de Tarif (Tarifa). Cuando todas sus tropas estuvieron en tierra se dirigió á saquear los alrededores de Algeciras; hizo muchas cautivas, tan bellas, como Muzay y sus compañeros jamás las habian visto; recogió mucho dinero y regresó á África sano y salvo. Esto aconteció en el mes de Ramadhan del año 91 (Julio del 710).

»El éxito feliz de esta expedicion encendió en los musulmanes el deseo de apoderarse del país; Muza envió á otro de sus clientes, general de su vanguardia, llamado Tarik ibn Ziyad, persa de Hamadan (2), de quien algunos dicen no era cliente de Muza, sino de la tribu de Sadif. Los siete mil musulmanes que acompañaban á Tarik, berberiscos y clientes, en su mayor parte (porque habia poquísimos árabes entre ellos) pasaron sucesivamente el estrecho en los cuatro barcos de que hemos hablado, únicos que

(1) Volveremos á ocuparnos de este paraje en otro artículo.

(2) La mayor parte dicen que Tarik era un berberisco de la tribu de Nefza, pero otros afirman que era persa.—Ibn-Adhari, t. II, p. 6.

los musulmanes poseían. Esto aconteció en 92 (29 de Octubre de 710—18 de Octubre de 711). Á medida que los barcos le traían hombres y caballos, Tarik los iba reuniendo en una montaña escarpada, situada á orillas del mar.

»Cuando el rey, á la sazón en guerra contra Pamplona, recibió aviso de las correrías de Tarif, las consideró peligrosas y abandonó aquel país para dirigirse al mediodía. Mas tarde, cuando Tarik hubo entrado en España, Rodrigo reunió contra él un ejército de cerca de cien mil hombres, según se cuenta.

»Tarik, enterado de los preparativos del enemigo, escribió á Muza, pidiéndole refuerzos y diciéndole, que aunque gracias á Dios se había apoderado de Algeciras y hecho dueño de las cercanías del lago, (1) no contaba con fuerzas suficientes para resistir al rey de España que venía contra él con un formidable ejército. Muza que desde la marcha de Tarik había hecho construir barcos y que ya contaba con muchos, le envió en ellos cinco mil soldados. Las fuerzas de Tarik se elevaban, pues, á doce mil hombres, disponía de un considerable botín y estaba á su lado Julian, acompañado de muchos españoles, dispuesto á prestarle todo género de servicios,

(1) Este lago es el lago de Jauda.

informándole de cuanto llegaba á su conocimiento y descubriéndole los lados flacos del enemigo.

»Rodrigo, acompañado de la flor de la nobleza de su reino, salió al encuentro de los musulmanes, pero en su ejército se hallaban también los príncipes de la familia de Witiza, los cuales, sabedores de que los musulimes estaban prevenidos y abastecidos de cuanto necesitaban, celebraron entre sí una conferencia en la que uno de ellos habló de la siguiente manera:—Este infame nos ha quitado el trono, al que no le daba derecho su nacimiento, puesto que es uno de nuestros inferiores. En cuanto á esos extranjeros en lo que ménos piensan es en establecerse en el país, lo único que desean es el botín, y en cuanto lo obtengan se marcharán. Empecemos la fuga en los momentos de la batalla y abandonemos á ese infame. —En esta proposición quedaron convenidos.

»Rodrigo, que había confiado el mando del ala derecha de su ejército á Siseberto y el de la izquierda á Opas, ambos hijos de Witiza y jefes de la conspiración, avanzó con un ejército de cerca de cien mil hombres, número que hubiera sido aún mucho más considerable si el hambre, que había desolado el país durante tres años con-

secutivos, desde el 88 hasta el 91, en que Tarik desembarcó en España, no hubiese hecho perecer á la mitad de sus habitantes.

»El rey de España encontró á Tarik, que hasta entónces no habia salido de Algeciras, cerca del lago. Trabado el combate, los dos flancos del ejército español, mandados por Siseberto y Opas, emprendieron la huida. El centro, que dirigia Rodrigo en persona, se mantuvo firme; pero al cabo perdió terreno, y entónces los musulmanes hicieron un gran estrago en sus enemigos. En cuanto al rey Rodrigo se ignora la suerte que le cupo, porque no pudo encontrarsele. Los musulmanes hallaron su caballo blanco metido en un pantano con su silla de oro guarnecida de rubies y de esmeraldas: encontraron tambien su manto tegido de oro y adornado con pérlas y rubies. Cierto es que el rey se hundió en el lodazal y que al procurar salir de él se dejó allí uno de sus borceguies; mas como no se oyó hablar más de él, ni se le encontró vivo ni muerto, su suerte solo de Dios es conocida.

»Tarik despues de su victoria marchó á Écija, cuyos habitantes reforzados con muchos fugitivos del gran ejército, salieron á presentarle batalla. El combate fué reñidí-

simo, muchos musulmanes quedaron heridos ó muertos; con la ayuda de Dios acabaron por derrotar á los politeistas, pero nunca hasta entónces habian encontrado una resistencia tan tenaz. En seguida Tarik estableció su campamento á cuatro millas de Écija, á orillas de su rio (1) y junto á una fuente que recibió el nombre de *fuenta de Tarik*.

»Dios infundió el terror en el corazon de los infieles; estaban en la creencia de que Tarik se volvería á Africa á ejemplo de Tarik. Así, que cuando le vieron avanzar en su pais, se retiraron á toda prisa á Toledo y á otras ciudades, preparándose para la defensa --«Todo está concluido en España, dijo Julian á Tarik, ahora os aconsejo que marcheis á Toledo con el grueso de vuestras fuerzas y de ellas formeis algunos cuerpos que vayan con mis guias á atacar á las demás ciudades.»--Tarik siguió este consejo, envió á Córdoba (entonces una de las mayores ciudades de los cristianos, y hoy capital de España) una division de setecientos hombres bajo el mando de Moghith el Rumi, cliente del califa Walid, todos caballeros, porque despues de la victoria no habia un solo peon en este cuerpo. Tarik mandó

(1) Es decir, en las orillas del Genil.

otra division contra la capital de la provincia de Reiya (1), otra contra Granada, capital de la provincia de Elvira y (2), él en persona, marchó contra Toledo con el grueso de su ejército.

»Llegados Moghith y sus tropas á las inmediaciones de Córdoba, se escondieron cerca de Secunda (3), en un bospue de alerces, situado entre esta poblacion y Tarsail; desde donde Moghith envió de exploradores á algunos de sus guias, los cuales encontraron un pastor que apacentaba su ganado, al que trageron á la presencia de Moghith, que le hizo preguntas acerca de las fuerzas que guarnecian á Córdoba. El pastor respondió--«que la gente principal habia abandonado la ciudad para irse á Toledo y que en Córdoba no habia, sin contar con el gobernador y sus cuatrocientos soldados, más que gente baja.»-A la pregunta de si las murallas eran fuertes, el pastor respondió afirmativamente, añadiendo que habia una brecha encima de la puerta de la estatua

(1) Archidona era entonces la capital de Reiya.

(2) El compilador se engaña en esto, como tendremos ocasion de manifestar en otro artículo.

(3) Secunda era una antigua ciudad romana á la orilla izquierda del Guadalquivir frente á Córdoba. Bajo la dominacion arábica entró en el recinto de esta capital y llegó á ser uno de sus arrabales.

(hoy puerta del Puente).

»Moghith continuó su marcha protegido por la noche. Dios favorecia la empresa del general. La noche estaba cerrada en agua y granizaba de cuando en cuando; los centinelas empapados por la lluvia y transidos de frio, descuidaban la guardia, cambiando algunas voces de alerta á largos intervalos. Los musulmanes pasaron el rio sin que fuera notada su aproximacion, procurando en vano escalar la muralla se dirigieron nuevamente al pastor que les enseñó el portillo, el cual, si bien no se prolongaba hasta el suelo, tenia debajo una higuera. Despues de varios esfuerzos inútiles, un musulman consiguió encaramarse á la copa del árbol adonde Moghith le arrojó la banda de muselina que rodeaba su cabeza á modo de turbante, por cuyo medio y valiéndose de ella como de una cuerda, muchos musulmanes subieron uno tras otro á la higuera y de allí al portillo. Hecho esto, Moghith, que estaba montado á caballo cerca de la puerta de la Estatua, mandó á sus soldados que habian subido á la brecha, que se precipitasen espada en mano sobre los centinelas apostados cerca de esta puerta, (hoy puerta del Puente, aunque en aquella ocasion no existia puente alguno, pues

el que habian tenido antes estaba destruido). Los musulmanes, cumpliendo esta orden, se precipitaron sobre los guardias de la Puerta de la Estátua (llamada entónces de Algeciras), matando á muchos, obligando á otros á emprender la fuga y rompiendo los cerrojos para que Moghith pudiese entrar con sus espías, sus guias y sus compañeros de armas. El general se fué derecho al palacio. El gobernador no estaba ya en él; enterado de que la ciudad habia sido sorprendida, habia salido por la puerta Occidental, llamada puerta de Sevilla, con cuatrocientos ó quinientos soldados y muchos habitantes á buscar un refugio en la Iglesia de San Acisclo (1), cuyas murallas eran firmes y sólidas. Poco despues, Moghith, que se habia

(1) El nombre de este santo era de difícil pronunciacion para los árabes (y aun para los cordobeses, que dicen Cisclo ó Cisco; véase Morales *Cronica*, t. III, folio 244 v): nuestro autor escribió San Achilo, pero no es dudoso que no quiso designar la Iglesia de San Acisclo de que habla Eulogio, escritor del siglo IX, en diferentes ocasiones. Segun Isidoro de Sevilla, (*Hist Ghot*, p. 497), esta iglesia existia ya á mediados del siglo VI. La opinion de Florez. (*Esp. Sagr.* t. X, p. 366), que dedujo de las palabras de Isidoro que la Iglesia estaba fuera del recinto de Córdoba, se encuentra confirmada con el texto árabe que traducimos, el cual prueba además que Florez se engaña al asegurar, sin citar texto alguno en su apoyo, que la iglesia se encontrase al Este de Córdoba, sitio donde en su tiempo habia existido un claustro de San Acisclo.

poseionado del palacio, y que habia dado cuenta á Tarik de los triunfos obtenidos, puso sitio á la iglesia.

«El cuerpo de ejército enviado contra Reiya se apoderó de esta provincia; los cristianos buscaron su refugio en los montes mas elevados. El tercer cuerpo enviado contra Elvira sitió su capital y la tomó confiando su custodia á una guarnicion compuesta de judios y musulmanes. Esta conducta que era la observada en donde habia judios, no pudo seguirse en Málaga (1), capital de Reiya, porque todos los habitantes incluso los judios habian abandonado la ciudad.

»Marcharon en seguida contra Todmir, cuyo verdadero nombre era Oriola (2); llamábase Todmir, del nombre de su príncipe (3), el cual salió con un numeroso ejército al encuentro de los musulmanes, pero despues de una débil resistencia, sus soldados emprendieron la huida por un descampado donde nada los protegía, lo que dió motivo á que los musulmanes se cebaran en ellos, haciéndoles una gran carniceria. Muchos

(1) En vez de Málaga el compilador hubiera debido decir Archidona.

(2) Hoy Orihuela.

(3) Este es el Theudimer (Teodomiro) de Isidoro.

sin embargo, se salvaron en Oriola, pero habian perdido sus mejores guerreros y la plaza estaba mal fortificada; afortunadamente para los cristianos tenian en Todmir, su jefe, un hombre experimentado é ingenioso. Viendo el escaso número de sus soldados mandó á las mugeres que dejaran sueltos sus cabellos, les dió lanzas y las colocó sobre las murallas detrás de los hombres; luego probó á celebrar un tratado con el enemigo. (1) Con este objeto se presentó de parlamentario, insinuándose de tal manera y sabiendo captarse hasta tal punto las

(1) Debemos confesar que este relato nos parece algo sospechoso, y quizás sea una reminiscencia de la estratagema empleada por los defensores de Hadjr, ochenta años antes, cuando vieron su fortaleza sitiada por Jalid. Esta guarnicion tambien habia colocado las mugeres sobre las murallas para presentar al enemigo el simulacro de una fuerza imponente y obtener un arreglo ventajoso. (Véase Caussin de Perceval, *Essai*, etc., t. III, p. 373). No insistiremos, sin embargo, en esta observación: convenimos desde luego en que á Teodomiro pudo ocurrírsele lo mismo que al jefe de los defensores de Hadjr, pero lo que no ofrece duda es que Teodomiro no capituló con un lugarteniente de Tarik, como lo dá á entender nuestro autor, sino con Abdalaziz, hijo de Muza, que en la época de que habla el escritor árabe, se hallaba aun en Africa. Isidoro dice formalmente hablando de Teodomiro: *pactum quod ab Abdalaziz acceperat*, y nosotros poseemos todavía el texto de este tratado, fechado en 4 de Redjeb, -94. (5 Abril 713). Casiri lo encontró en Dhabbi y lo publicó (t. II, p. 106.)

simpatias del general musulman que logró concertar un tratado por el cual él y sus súbditos conservaban todos sus bienes. En su consecuencia, todo el territorio de Todmir quedó pacíficamente sometido al dominio de los musulmanes, los cuales no obtuvieron la mas minima parte de él por derecho de conquista. Conseguido esto, Todmir se dió á conocer é invitó á los musulmanes á entrar en la ciudad, como lo ejecutaron, no sin arrepentirse mucho de las condiciones concedidas, que sin embargo no violaron, cuando vieron la extrema debilidad y poca fuerza de la guarnicion: despues de informar á Tarik de las victorias de sus armas y de dejar algunos musulmanes en Todmir, la mayor parte de ellos emprendieron la marcha hácia Toledo para ir á reunirse con Tarik.

»Tres meses hacia que venia Moghith sitiando á los cristianos en su iglesia, cuando una mañana vinieron á decirle que el gobernador la habia abandonado en secreto y que habia emprendido la huida hácia las montañas de Córdoba (Sierra Morena) para ir á reunirse en Toledo con sus correligionarios. Sin advertir á nadie, Moghith saltó inmediatamente á caballo y se puso en persecucion del gobernador. Cerca de la villa

de..... lo distinguió huyendo en un caballo de pelo alazano. El cristiano miró á sus espaldas y cuando vió á Moghith corriendo hácia él á rienda suelta, perdió la cabeza, abandonó el camino real y encontrándose detenido por un foso obligó á su caballo, que rodó por el suelo y se desnucó. Moghith encontró al cristiano tendido sobre su escudo, y este fué el único príncipe que cayó prisionero, pues los otros ó capitularon ó se retiraron á Galicia. Despues Moghith hizo que se rindieran los cristianos de la Iglesia y les cortó la cabeza, llamándose entonces aquella por los musulmanes iglesia de los cautivos, haciendo meter en prision al gobernador, á quien tenia propósito de presentar mas tarde al jefe de los creyentes. Añadiremos para terminar, que el general musulman confió la custodia de la ciudad á los judíos, que siguió ocupando el palacio y que dió las casas á sus compañeros de armas.

»En esto Tarik llegó á Toledo y despues de dejar guarnecida esta ciudad se dirigió á Guadalajara, y atravesando la sierra (1) por el desfiladero, llamado despues desfiladero

(1) La sierra de Guadarrama.

de Tanik, (1) llegó á una ciudad situada al otro lado de la sierra á que se dió el nombre de ciudad de la Mesa, por haberse encontrado en ella la mesa de Salomon, hijo de David. (2) Los bordes de esta mesa estaban incrustados de esmeraldas, así como sus piés, que eran en número de trescientos setenta y cinco. En seguida Tarik llegó á la ciudad de Amaya, donde encontró mucha plata y objetos preciosos, y en el año 93 se volvió á Toledo.

Sabedor Muza Ibn Nosair de las hazañas de Tarik, general á quien habia tomado ojeriza, desembarcó en España en el mes de Ramadhan del año 93 (Junio 712), acompañado de un gran ejército, que contaba, segun algunos, diez y ocho mil hombres. Llegado á Algeciras le aconsejaron que siguiese el camino que habia seguido Tarik, pero rehusó hacerlo, tanto más cuanto que los cristianos que le servían de guía le dijeron: —«Nosotros te indicaremos un camino mucho mejor que el suyo y en el cual hay ciudades de más importancia que las que él ha

(1) Créese que este es Buitrago.

(2) Segun Arib (*apud.* Ibn-Chebát, p. 90) é Ibn-Hayyan (*apud.* Maccari, t. I, p. 172), esta mesa provenia de legados piadosos y servía para llevar las sagradas Escrituras en las procesiones.

conquistado y de las que podrás hacerte dueño.»—Encantado con esta proposición, tanto como irritado por la conducta de Tarrík, Muza se dejó guiar hacia la capital de Sidona (Medina-Sidonia), que tomó á viva fuerza, y enseguida hácia Carmona. Esta era una de las ciudades más fuertes de España, y no podía ser tomada por asalto ni por asedio, sino solo por engaño; razón por la que Muza envió á ella algunos cristianos sometidos como espontáneamente Julian, (de quien acaso eran súbditos), los cuales llegaron á ella armados y fingiéndose fugitivos. Los habitantes de Carmona les permitieron la entrada y los supuestos prófugos abrieron durante la noche la puerta llamada de Córdoba á los caballeros de Muza, que se precipitaron sobre las guardias.

»Muza, dueño de Carmona, marchó contra Sevilla que era la más grande, importante y mejor construida de todas las ciudades de España, y la más rica en monumentos antiguos. Antes de la conquista de España por los godos, había sido la residencia del gobernador romano; los reyes godos habían elegido á Toledo para la suya, quedando Sevilla como centro de la ciencia sagrada y profana y residencia de la nobleza romana. Muza la tomó después de muchos

meses de sitio huyendo los cristianos á Bexja y dejando él en Sevilla una guarnición de judíos, marchó contra Mérida, donde había también muchos nobles españoles y que asimismo poseía monumentos antiguos, un puente, palacios y magníficas iglesias. Cuando Muza puso sitio á la ciudad, los habitantes salieron á su encuentro, trabándose un combate que fué sangriento á una milla de la ciudad. Al día siguiente el combate comenzó de nuevo, pero Muza había emboscado durante la noche en canchales que había cerca, soldados de á pié y de á caballo, que cuando vieron comenzada la pelea atacaron de improviso á los enemigos, haciendo en ellos una gran carnicería. Los que tuvieron la fortuna de escapar á las espadas musulmanas se retiraron á la ciudad, que era fortísima y de murallas tales que jamás se han construido semejantes. Muza la sitió sin éxito durante muchos meses, al cabo de los cuales hizo abrir una zanja: entonces los musulmanes se pusieron á minar las murallas de una torre; pero se encontraron detenidos en sus trabajos por una sustancia extremadamente dura, llamada *argamasa* en español, contra la cual nada podían sus hachas y sus azadones. Mientras procuraban en vano romperla, los cristianos dieron el

grito de alarma y los musulmanes perecieron como mártires en la zanja, llevando aún hoy esta torre el nombre de *torre de los mártires*, aunque pocas personas conocen el origen de esta denominación.

»Después de esta catástrofe los cristianos pensaron:—«Hemos quebrantado las fuerzas del enemigo, hoy mejor que nunca estará dispuesto á concedernos la paz; es necesario demandársela.»

—Aprobado este parecer, enviaron diputados á Muza; las negociaciones fracasaron, pero la víspera de la fiesta, los diputados volvieron y observando que la barba de Muza, blanca la primera vez que ellos la habían visto, era ahora oscura (porque se la había teñido con *henea*), exclamó uno de ellos maravillado:—«Creo que este hombre es antropófago ó no es el mismo que vimos ayer.»—El día del quebranto del ayuno al volver por tercera vez los diputados vieron que la barba de Muza era negra; de vuelta á sus conciudadanos les dijeron:—«Insensatos, combatís á profetas que se metamorfosean y rejuvenecen á su albedrío! Su rey de un viejo que era se ha convertido en joven (1); es preciso, pues, aceptar las condiciones que

(1) Esto es evidentemente de un cuento popular.

quieran imponernos.»—Los habitantes celebraron entónces un tratado por el cual las propiedades de los cristianos muertos en el día de la emboscada y de los refugiados en Galicia pertenecerían á los musulmanes, mientras que los bienes y los ornamentos de las iglesias pasarían á poder de Muza. Celebrado este convenio abrieron las puertas de su ciudad á los musulmanes el día del quebranto del ayuno del año 94 (1.º Junio de 713).

»Los cristianos de Sevilla, entretanto, tramaron una conspiración contra la guarnición musulmana y reforzados por los cristianos de Niebla y de Beja mataron ochenta soldados; habiendo huido el resto de la guarnición y llegado al campamento de Muza delante de Mérida, rendida esta ciudad, aquél envió contra Sevilla con un ejército á su hijo Abdalaziz quien se apoderó de ella regresando en seguida al lado de su padre.

«A fines del mes de Xauwal (fin de Julio de 713), Muza abandonó á Mérida y se puso en marcha hácia Toledo. Enterado Tarik de su aproximación, salió á recibirle para ofrecerle sus respetos encontrándole en un lugar llamado..... en la provincia de Talavera. Al divisarle echó pié á tierra, pero Muza le dió un latigazo en la cabeza y le reprendió

duramente su desobediencia. Despues, cuando llegaron á Toledo, Muza dijo á Tarik:— «Enséñame el botin que has recogido y sobre todo la mesa.»—Tarik la presentó, pero falta de un pié, que él le habia quitado, y como Muza le preguntase donde estaba aquel pié, le contestó:—«No sé; así es como la hé encontrado.»—Muza hizo ponerle un pié de oro y que envolviesen la mesa en una estera de palma.

»En seguida volvió á ponerse en marcha y conquistó á Zaragoza y demás ciudades de esta provincia, pero en el año 95 (26 de Setiembre de 713-15 de Setiembre de 714) vino un legado del califa Walid á traerle la órden de volver á la córte. Entónces confió el gobierno de España á su hijo Abdalaziz, fijándole como residencia Sevilla, ciudad que por hallarse situada á orillas de un rio ancho que no puede pasarse á nado, pretendia Muza convertirla en ciudad naval de los musulmanes y hacerla puerta de España. Abdalaziz quedó, pues, en Sevilla, mientras su padre abandonó la Península, acompañado de Tarik y Moghith, el cual llevaba consigo al gobernador de Córdoba. Muza le exigió que le entregase aquel cristiano, pero él, orgulloso con su título de cliente del califa, le respondió:—«Te juro que no lo

tendrás, solo á mi toca presentarlo al califa.»—Muza entónces le arrebató de viva fuerza el prisionero, pero hubo quien dijo:—«Un milagro será que lo llevéis vivo á la córte.»—Con efecto, Moghith gritó:—«Yo fui quien lo hizo prisionero; ahora que me lo arrebatan le cortaré la cabeza.»—Así lo ejecutó.

CAPITULO V.

DEL CONDE JULIAN.

Sabido es que Masdeu y otros escritores, en la creencia de que ninguna crónica anterior á la del monje de Silos, compuesta á principios del siglo XII, hacia mencion de Julian, han pretendido negar la existencia de este personaje, afirmacion de todo punto insostenible hoy, pues está averiguado, no solo que las crónicas árabes más antiguas se ocupan de él sino que ya en el siglo XI, segun el testimonio de Becrí, se conservaba su nombre en el de muchas localidades de los alrededores de Céuta, y además que el Sr. de Slane (1) encontró en la parte necrológica de los Anales de Dhahabi un pasaje muy

(1) Véase su traduccion de la Historia de los Berberiscos por Ibn-Jaldum, t. I, p. 346.

curioso del cual resulta que Julian dejó un hijo llamado Pedro, ó Malka-Pedro segun los árabes y que su nieto abrazó el Islamismo tomando el nombre de Abdalah. En lo que aun no han llegado á ponerse de acuerdo los autores es en la verdadera patria de Julian.

¿Era berberisco, era griego, era godo? ¿Era un príncipe independiente ó tributario? ¿Dependía del rey de España ó del emperador de Constantinopla? Cuestiones son estas que han preocupado mucho la atencion de los criticos y sobre las cuales reina todavía gran oscuridad, y que vamos á procurar resolver con el auxilio de un pasaje de Isidoro de Beja, autor casi contemporáneo, de quien se asegura, á nuestro juicio sin fundamento, que nada dijo acerca de este punto.

Al referir Isidoro (c. 40) que Muza á su vuelta á Oriente fué condenado por el califa á pagar una fuerte multa, se expresa en estos términos:

Quod ille (Muza) (1) consilio nobilissimi viri Urbani, Africanæ Regionis sub dogmate Catholicæ fidei exorti, qui cum eo cunctas

Hispaniæ adventaverat patrias (2),

(1) Este nombre no se encuentra en el texto latino. (N. del T.)

(2) En Isidoro esta palabra significa *provincia*.

accepto, complendum pro nihilo exoptat,
atque pro multâ opulentiâ parum (*léase*
parvum) impositum onus existimat;

Sicque fideiisores dando per suos liber-
tos congeriem nummorum dinumerat,

atque mirâ velocitate compositum pondus
exactat,

sicque successoris tempore fisco adsig-
nat.

Este pasaje que no sabemos como se ha escapado á los historiadores y críticos que de esta época se han ocupado, es sin embargo por extremo importante. En ningun otro autor cristiano ó musulman se encuentra el nombre de este Urbano, de este *nobilissimus vir* que había acompañado constantemente á Muza durante el curso de sus conquistas por España; lo cual nos hace abrigar la convicción de que se encuentra alterado ese nombre propio y de que bajo el nombre de *Urbanus* se oculta el de *Julianus*. Obsérvese en primer lugar que la terminacion de los dos nombres es absolutamente la misma, *anus*. La sílaba *ur* y la sílaba *iu* tienen el mismo número de trazos, siendo tanto más difícil distinguir una de otra cuanto que en la escritura antigua la primera letra de los nombres propios era una minúscula y no una mayúscula; y la letra *i* se escribía sin punto. Las corrup-

ciones de este género eran muy frecuentes, y vamos á limitarnos á presentar un solo ejemplo. En una carta del año 1090 publicada por el Sr. Muñoz, (1) se encuentra lo siguiente: «elegerunt ipsius patriæ homines veridicos et huius rei sapitores iam in decrepitâ etate positos, fratrem dominum (dominicum?), fratrem Didacum, —, quos *adiuramentaverunt* in sanctâ eclesiâ ut dicerent veritatem inter episcopum et regem.» Claro está que debe leerse *adiuramentaverunt* (conjuraron). Por último el número de rasgos de la letra *b* y de la sílaba *li* (la *i* sin punto) es tambien el mismo. Por poco familiarizado que se esté con la Paleografía y por poco que se conozca el deplorable estado en que se encuentra el texto de Isidoro, á nadie ha de parecer muy aventurado el cambio de Urbanus en Julianus; en tanto que seria muy de estrañar que hablase el cronista de un aliado de Muza á quien no conoce ningun otro autor.

En cuanto á las palabras que siguen inmediatamente al nombre de Julian «*Africanæ Regionis sub dogmate Catholicæ fidei exorti*» podrian significar á lo sumo que aquel habia nacido en África, pero Isidoro

(1) Fueros, t. I, p. 159.

sabia demasiado latin para atreverse á construir la palabra *exortus* con un genitivo. En vez de *exorti* creemos que debe leerse *exarci* (exarchi), en cuyo caso Julian seria gobernador de Africa por el emperador de Constantinopla, y que estos gobernadores llevaban realmente el título de exarca es cosa que á nadie se le ocurrirá poner en duda. Dos cartas del papa Gregorio el Grande llevan esta direccion: «Gennadio Patricio et Exarcho África» y todos sabemos que Heraclio, padre del Emperador de este nombre era tambien exarca de Africa, pero los ignorantes copistas de la edad media, para quienes este título era casi desconocido, lo substituan amenudo con otras palabras, lo que explica que en la edicion que hizo Struvius de la crónica de Reginon (por el año 755): «se léa *Ravennam cun Pentapoli et omni exercitu* conquisivit et S. Petro tradidit.» Esto es una falta y debe leerse *exarcatu* como lo trae la edicion del señor Perth. Por lo demás, el título de Conde que el Silense y otros autores atribuyen á Julian corresponde al de exarca, porque Isidoro de Beja dá tambien el título de Conde (c. 16) al exarca Gregorio.

Leyendo, pues, como hemos propuesto: «nobilissimi viri Juliani Africanæ Regionis sub

dogmate catholica fidei exarchi,» vemos que un autor mucho mas antiguo que los cronistas árabes habló ya de Julian, lo que viene á poner fuera de duda la existencia de este personage, y nos conduce á la conclusion de que Julian no era súbdito ó vasallo del rey visigodo como ordinariamente se ha creído, sino gobernador por el emperador de Constantinopla de ese pequeño rincón de Africa que los árabes no habian arrebatado aún á los débiles sucesores de Constantino el Grande, esto es, de Céuta y de los lugares inmediatos. En efecto, este país no pertenecía á España á principios del siglo VIII, sino al emperador bizantino desde la época en que lo perdió el rey español Teudis (531-548), acontecimiento de que habla Isidoro de Sevilla (Hist. Goth. p. 496), en los siguientes términos: «Post tam felicis successum victoriæ, trans fretum inconsulte Gothi se gesserunt. Denique, dum adversus milites qui Septem oppidum, pulsus Gothis, invasserant, Oceani freta transissent, idemque castrum magnâ vi certaminis expugnarent, adveniente die Dominico deposuerunt arma, ne diem sacrum prælio funestarent. Hac igitur occasione repertâ, milites, repentino incursu aggressi, exercitum, mari undique terraque conclusum,

adeo prostraverunt, ut ne unus quidem superesset, qui tantæ cladis excidium præteriret.» El cronista árabe Ibn-Adhari refiere también este desastre de la siguiente manera (t. I, p. 211): «Habiendo pasado el estrecho un rey godo español llamado Teudis, para ir á combatir á los que se hubiesen apoderado de Céuta, otros berberiscos reunidos en gran número, cayeron de improviso sobre él y le combatieron tan vigorosamente que fueron contados los godos que consiguieron salvarse. El mismo Teudis tuvo que volver á España y los bereberes se mantuvieron en Céuta hasta que los griegos se hicieron dueños de ella por segunda vez. Desde entónces Julian mandaba en esta ciudad.

La tradicion arábigo-española es pues inexacta al decir que Julian era gobernador de Céuta por el rey de España, aunque creemos muy laudables las demas noticias que suministra acerca de este personage, quien rodeado de bárbaros y separado por inmensos territorios de las otras provincias del imperio bizantino, debia procurar, por la fuerza misma de las cosas, captarse la amistad del rey visigodo, único príncipe cristiano que existía en su vecindad.

VI.

LOS HIJOS DE WITIZA.

La traicion de los hijos de Witiza, de que no hacen mérito los falsos cronicones, tiene en su apoyo muchas congeturas y se encuentra referida en las tradiciones arábigo-españolas. Las crónicas del Norte, (la de Albelda y la de Sebastian) hablan también de ellas; y por último, Oppas, hermano de Witiza, aparece como aliado de los musulmanes en la crónica de Isidoro Pacense, quien asegura además, que en el tiempo de la invasion España era presa de la guerra civil (1) y que Rodrigo fué víctima de una traicion durante la batalla; cap. 34.

(1) Dum per supranominatos Missos Hispania vastaretur et nimium, non solum hostili, verum etiam intestino furore confligeretur, c. 36.

Eoque proelio, fugato omni Gothorum exercitu, qui cum eo æmulanter fraudulentè que ob ambitionem regni advenerant, cecidit.

Sicque regnum simul cum patria male cum æmulum internatione amisit.

Abrigamos también el convencimiento, que á poseer esta crónica tal como salió de manos de su autor, encontraríamos referida en ella la traición de los miembros de la familia de Witiza. Hay en el capítulo 30 una frase en que, á nuestro juicio nadie ha reparado, y que es muy digna de llamar la atención. Isidoro, después de haber hecho el elogio de Witiza, dice: que Apsimaro subió al trono de Constantinopla; y luego continúa en estos términos:

Huius temporibus Witiza decrepito jam patrem pariter regnat.

QUI in Æra ECLXXXIX SUPRAFATÆ CLADIS NON FERENTES EXITIUM, PER HISPANIAM ET PALATIO VAGITANT, quâ de causâ propriâ morte decesso iam patre, florentissime suprafatos per annos regnum retemptat,

atque omnis Hispania,

gaudio nimio freta,

alacriter letatur.

¿Á quién se refieren las palabras anteriormente subrayadas? Á nadie, evidentemente; están fuera de su lugar. En el texto

de Isidoro, tal como ha llegado á nosotros, no se hace mención de acontecimiento alguno funesto que hubiese obligado á ciertas personas á abandonar el palacio y á emprender una vida errante, y sin embargo, debe haberse hablado de tal acontecimiento, puesto que dice: «*suprafata clades*».

Pero si se observa, primero: que Isidoro dice en el capítulo 34: «*Rudericus tumultuose regnum hortante senatu invadit,*» y que en el texto, tal como lo poseemos, guarda un profundo silencio acerca de la muerte de Witiza, cosa muy estraña porque se ocupa de la de los demás príncipes godos, precisando cuidadosamente la fecha en que ocurriera; y segundo: que según una tradición de Ibn-Adhari, (tomo II pág. 4.) Rodrigo se sublevó contra su antecesor y le dió muerte, se verá cuán de presumir es que la *suprafata clades*, sea el asesinato de Witiza, las personas que abandonaron el palacio, los hermanos é hijos de este; y que los pasajes de Isidoro acerca del asesinato del penúltimo rey godó, á excepción de uno, falten en el texto; circunstancia no inexplicable, porque habiendo sido muy sospechosa la conducta de los hijos de Witiza en los tiempos de la invasión, nada de extraordinario tendría que alguno de sus amigos se hubiera esforzado por ha-

cer ilegibles en la crónica los pasajes concernientes á ellos.

Por lo demás, aunque el hecho de la traición esté fuera de duda, es siempre muy difícil por lo vago y contradictorio de los testimonios, precisar sus pormenores. Comenzando por los nombres propios, haremos observar que Ibn-al-Cutia cita á tres hijos de Witiza á quienes llama Olemundo, Rómulo y Ardabast, mientras que el autor del Ajbarmachmua, solo cita á dos con los nombres de Siseberto y Oppás, punto respecto al cual nos parece preferible el testimonio del primer autor porque los tres nombres de que hace mencion no ofrecen dificultad alguna, Olemundo es una alteracion de Audemundus (1) como Alphonsus de Adephonsus; en la carta de los siglos IX y X, este nombre está escrito Olemundus, Olimundus y Olomundus (2) en Sampiro (cap. 20) se encuentra Olmundus. Los nombres de Rómulo y Ardabasto, se hallaban tambien en uso, el primero, p. ej. figura, en una carta del año 818 publicada por Villanueva (3) y el segun-

(1) Léanse las firmas del Concilio XIII de Toledo.

(2) Léanse las cartas publicadas en la España Sagrada; tomo XXXIV, pág. 430, 440 y 458.

(3) Viaje literario á las iglesias de España tom. XIII página 221.

do lo llevaba el bisabuelo de Witiza (1). Advuértase además que Ibn-al-Cutia tenia sobrado motivo para estar bien informado de este punto, pues descendía de un hijo del penúltimo rey goda. No queremos sin embargo decir con esto que deba rechazarse en absoluto el testimonio del autor del Ajbarmachmua. El Oppas á quien alude esta crónica es *indudablemente* el mismo de que habla Isidoro, solo que en vez de hijo hubiera debido llamarse hermano de Witiza. En cuanto á Siseberto ignoramos quien era; acaso fuese un hermano de Oppas, acaso un señor goda, no aliado á la familia de Witiza.

Veamos ahora lo que hicieron los hermanos y los hijos de éste en la época de la invasion.

Sebastian cuenta lo siguiente:

Witizano defuncto, Rudericus á Gothis eligitur in Regno. Filii vero Witizani, invidiá ducti eo quod Rudericus regnum patris eorum acceperat ecallide cogitantes, Missis ad Africam mittunt, Saracenos in auxilium petunt, eosque navibus advectos Hispaniam intromittunt.

Este modo de contar no concuerda con el de ningun autor árabe digno de confianza por lo que vacilamos en admitir que los hi-

(1) Sebastian c. III.

jos de Witiza invitasen á los sarracenos á venir á España y mucho menos que le suministrasen barcos, pues aquellos en que pasaron el estrecho les fueron facilitados por Julian, segun la unánime declaracion de los escritores árabes.

La narracion de Ibn al-Cutia tampoco nos parece enteramente exacta; comienza este autor por decir que los hijos de Witiza estaban en la infancia cuando murió su padre, en cuyo caso no les hubiese sido dado, como hemos tenido ocasion de advertir, ponerse poco tiempo despues al frente de los ejércitos; pero, aun suponiendo que pasáremos por este ligero error, nunca acertaríamos á esplicarnos que los hijos de Witiza hubieran entrado en negociaciones con Tarik desde que los dos ejércitos se avistaron y el otro dia por la mañana se pasasen al enemigo, pues segun Isidoro, los Sarracenos, obtenida la victoria, castigaron con igual rigor á los traidores que á los partidarios de Rodrigo. (*Regnum cum æmulorum internatione amisit Rudericus*). Por otra parte que intencion podian llevar los príncipes en hacer traicion al Rey? ¿Querian solamente asegurar, como pretende Ibn al-Cutia la tranquila posesion de sus dominios patrimoniales? Evidentemente su intento era otro, ambicionaban el

poder y el trono y entregar el país á los musulmanes, no era el medio más apropiado para conseguir su objeto.

La tradicion referida por Ibn-al-Cútia dá margen á muy serias objeciones. Además, el autor del *Ajbar-machmua*, cuyo relato se recomienda por su verosimilitud y por su conformidad con el testimonio de Isidoro, presenta la traicion bajo diferente punto de vista. Segun él, los príncipes (que parece se reconciliaron con Rodrigo despues de la muerte de Witiza,) no anduvieron en trato con Tarik antes de la batalla ni durante la misma; lleno su corazon de odio contra el usurpador, resolvieron abandonarle, sin que entrara remotamente en sus cálculos que al hacerlo, entregarian su patria á los africanos.

«Esos extranjeros, decian, no traen el propósito de establecerse en nuestro país, su único deseo es el botin, y en cuanto lo consigan, se volverán al Africa.» Este razonamiento era exacto. Tarik, lo mismo que Tarif su antecesor, no había venido á España en son de conquista, su única mision era explorar el país y saquear la costa, pues si Muza hubiese sospechado que una simple raza llegaría á convertirse en una conquista hubiese dado á Tarik un ejército más consi-

derable, ó mejor dicho, hubiese venido á España él en persona á recoger la gloria y las ventajas materiales de la conquista. También las crónicas arábicas están todas conformes en asegurar que Muza, á pesar de las deslumbradoras victorias de su lugar-teniente ó quizás por ellas mismas, se irritó furiosamente contra él y recompensó su inmoderado celo á latigazos. ¿Por qué, le dijo, según una tradición contada por Arib, por qué has avanzado sin mi permiso? Te mandé solo que hicieses una razia y te volvieses á África inmediatamente.

Tenian, pues, fundamento los miembros de la familia de Witiza, para creer que el enemigo no había venido á su territorio á establecer en él su dominación, implantar su bandera y traer su religión y sus leyes; pero las cosas tomaron un rumbo muy distinto del que los príncipes Muza y el mismo Tarik se hubieran atrevido á imaginar. Viendo este último que el ejército de los godos huía ante él, en vez de volver al África, traspasó las órdenes recibidas y se internó denodadamente en la península. Desde entonces España fué suya. Este reino enervado por la servidumbre y encerrando en su seno á una inmensa población, que veía en los berberíes más bien á unos libertadores que á unos ene-

migos, debía derrumbarse al primer choque y así sucedió en efecto, con una prodigiosa rapidez. Comenzaron entonces los grandes á capitular y los príncipes de la casa de Witiza; siguiendo su ejemplo, obtuvieron de Tarik el convenio de que se ocupa Ibn-al-Cutia, convenio que fué ratificado por el Califa.

En resúmen; los príncipes de la familia de Witiza han sido menos culpables de lo que aparecen por el relato de Sebastian ó el de Ibn-al-Cutia; esto, no obstante, fueron, por su ciega ambición y mezquino egoísmo, la causa principal de la pérdida de su patria. El deplorable estado del país hizo lo demás.

CAPÍTULO VII.

TEXTOS RELATIVOS Á LA PROPIEDAD TERRITORIAL DESPUES DE LA CONQUISTA.

Así como al escribir esta memoria no teníamos intención de referir la conquista, sino solo de discutir algunas cuestiones que se relacionan con ella, así, tampoco es nuestro propósito ahora exponer la situación á que redujeron los vencedores á los vencidos. Mas adelante tendremos ocasion oportuna de hacer algunas indicaciones sobre la conquista y sus consecuencias; ahora vamos á limitarnos á dar la traduccion de dos textos inéditos que consideramos del mayor interés.

El primer pasage de que vamos á ocuparnos y que debemos á la esquisita galantería de nuestro sabio amigo de Madrid, D. Serafin Estévez Calderon, se encuen-

tra en la relacion de un viaje á España, hecha por un embajador marroquí en tiempo de Carlos II. Este embajador al tratar de las ciudades de la costa de Andalucía, suministra noticias acerca de la conquista árabe tomadas al pié de la letra por historiadores antiguos hoy perdidos ó al menos desconocidos en Europa. El señor Calderon que posee un magnífico manuscrito de este libro, del que se ha ocupado (1), ha tenido la amabilidad de facilitarme una copia del pasage siguiente:

En el libro de Mohamed (2) se encuentra lo siguiente: Muza, que habia repartido entre sus soldados despues de la conquista de España los prisioneros y el resto del botin, repartió tambien entre ellos las tierras conquistadas; pero declaró propiedad del Estado la quinta parte de estas tierras y de las casas edificadas sobre ellas, como lo habia hecho antes con la quinta parte de la propiedad mueble y de los cautivos, eli-

(1) Véase el Folleto publicado en Madrid por el Sr. Calderon en 1851 con este título: *De la milicia de los árabes en España; fragmento tomado de la Infanteria española*, p. 7.

(2) Es decir de Mohamed Ibn-Mozaim á quien el autor de la relacion ha citado anteriormente. Este Mohamed Ibn-Mozaim, que vivia en el siglo XI, era hijo de un principe de Silves, destronado por Mothadhid de Sevilla. Véase *Scriptorum Arabum loci de Abbadidis*, t. II, p. 123.

giendo entre los mejor educados de estos y entre sus hijos cien mil personas para presentarlas á Walid gefe de los creyentes, y dejando á los aldeanos y á los niños de poca edad sobre el Joms (1), con el objeto de que lo cultivasen y diesen al Erario la tercera parte de los productos. Aquellos eran los de las llanuras y se les daba el nombre de *ajmas* (2) y á sus hijos el de *beni-ajmas*. Tocante á los otros cristianos que, en tiempo de la conquista se encontraban en las fortalezas ó en las altas montañas, Muza les dejó sus bienes y el libre ejercicio de su culto, á condicion de que pagasen la contribucion territorial (*djizya*) (3). Aquellos conservaron en el norte una parte de sus bienes, pues cuando capitularon con los musulmanes se comprometieron con ellos á cederles el resto y á pagar el impuesto territorial (*djizya*) por las tierras de labor y por las destinadas al cultivo de árboles frutales. Al convenir en estas

(1) Esto es, sobre las tierras hechas propiedad del Estado. La palabra *Joms* significa *quinta parte*.

(2) Plural de *joms*.

(3) El pasaje que se encuentra un poco mas adelante prueba que esta palabra, que se emplea en él como sinónimo de *caraih* no designa en nuestro autor la *capitacion* sino el *impuesto territorial*.

condiciones, Muza se atemperó al mejor ejemplo, al del Profeta que habia otorgado las mismas á los judios de Jaibar para sus plantaciones de palmeras y sus tierras labrantias.

«Muza, despues de haber señalado la quinta parte al tesoro, dividió entre sus soldados las tierras de todos los distritos conquistados á viva fuerza á escepcion de los tres Santaren y Coimbra en el Oeste y (1). . . . en el Este. El reparto se verificó en presencia de los *tabiis* (2). Hemach Canású, Abn-Abderraman Djobboli é Ibn-Rabáh, que se hallaban en el ejército de Muza, y desde entónces estas tierras han venido trasmitiéndose por herencia de padres á hijos.

«Al hablar de las tierras conquistadas por la fuerza de las armas debe entenderse el *joms*; las incorporadas al dominio del islam por capitulacion son las del norte, region en la que los cristianos conservaron la propiedad de sus tierras y la de sus árboles frutales, pero no la de sus demás bienes.

(1) Este nombre propio está alterado en el manuscrito.

(2) Así se llamaba á los discipulos de los compañeros de Mahoma.

»Segun los sábios de los tiempos antiguos mas enterados de la condicion de España, toda ella, á escepcion de un corto número de localidades muy conocidas, quedó anexionada al imperio musulman por capitulacion, porque despues de la derrota de Rodrigo todas las ciudades pactaron con los musulmanes, quedando á consecuencia de esto los cristianos que habitaban en ellas en posesion de sus tierras y de sus demás propiedades y con el derecho de enagenarlas.

«Cuando Muza y muchos de sus compañeros de armas llegaron á presencia del califa Walid á pedirle permiso para abandonar á España y volverse á sus hogares, este les recibió con gran amabilidad y les trató con todo género de consideraciones, concediéndole feudos en la Península, pero rehusándoles los medios de abandonarla bajo pretesto alguno. En seguida los hizo volver á España con la órden expresa de comunicar su respuesta á sus camaradas.

«Más tarde, el califa Omar-ibn-Abdala-ziz (Omar II) se interesó mucho por España. Quitó al gobernador de Africa el derecho que hasta entónces habia tenido de nombrar el de España, y concedió el gobierno de este país á Sam ibn-Malic. Llegado Samh á la Península con sus soldados, quiso que

estos tuviesen tambien su parte en las propiedades dadas antiguamente á los de Muza, que entónces enviaron diputados á la córte del Califa á quejarse de Samh y á pedirle que los soldados de este los reemplazasen en España y que á ellos se les diera permiso para volver á sus antiguas moradas. Mas el califa no quiso escucharlos, los apaciguó, los confirmó en sus derechos con cartas patentes expedidas en presencia de testigos y concedió nuevos feudos á los soldados de Samh. Si Omar hijo de Jatab (Omar I) no hubiese dado en la India feudos á los soldados dijo, la defensa de ese país hubiera sido imposible. Lo que ha sido verdad tratándose de la India, lo es mucho más tratándose de España. ¡Ojalá que los musulmanes no se vean un día obligados á abandonar este país! (Sin embargo, esto sucederá. Los decretos del destino deben cumplirse).

«Segun otra tradicion, (1) Muza no habia aún dividido todas las tierras conquistadas entre sus soldados y el tesoro, cuando fué llamado á la córte. Allí suplicó al califa Walid que concluyese lo comenzado, pero esto no se verificó hasta el califato de

(1) Esta tradicion es la mejor por que está confirmada por el testimonio de Isidoro (c. 48)

Omar, que dió el gobierno de España á Samh ibn-Malic el Jaulanita, mandándole formar el catastro del dominio del Estado. Atemperándose á esta orden, Samh envió á diversos puntos las personas encargadas de esta tarea.

«Algunos de los que habian conquistado á España bajo Muza y Tarik llegaron á la córte de Walid, quien por cartas patentes los confirmó en sus derechos sobre las tierras que les habian tocado en el reparto. En cuanto á los que habian llegado después á España les dió en feudo muchas tierras pertenecientes al *joms*.

«Abdelmelic ibn-Habib dice lo siguiente: (1) Cuando en el año 100 (718-719) bajo el califato de Omar II fué nombrado Samh gobernador de España, los soldados árabes que le acompañaban quisieron tener su parte en los dominios de los soldados de Muza, pero entónces algunos de estos fueron á ver á Omar, á quien dijeron que Muza habia dividido las tierras entre ellos después de haber señalado la quinta parte para el tesoro, y que Walid los habia confirmado en sus derechos, como lo probaban las letras pa-

(2) Este pasaje no se encuentra en el manuscrito de Oxford; está tomado de otro libro de Ibn-Habib sobre la conquista, citado con feiurn aeeentre los autores árabes.

tentes de este califa. Omar II confirmó á su vez con nuevas cartas los derechos que Walid les habia conservado, y escribió á Samh mandándole respetar sus órdenes y hacer cumplir lo que él habia dispuesto en favor de los peticionarios, los cuales volvieron llenos de alegría, deshaciéndose en alabanzas á la generosidad y justicia del califa. Este ordenó además á Samh que diese en feudo las tierras del *joms* á los soldados que habian ido con él á España.

«Otro sábio dice lo que sigue: Los terrenos del *joms* permanecieron separados de los demás y se cultivaban en provecho del tesoro musulman durante el periodo de los gobernadores. Bajo los Omeyas se cultivaron á nombre de estos hasta el periodo de las insurrecciones, en que los Xeques se insubordinaron en todas partes. El *joms* ha existido mucho tiempo, y bajo diferentes regímenes. Dios es el heredero de la tierra y de sus moradores; Dios es el mejor de los herederos.»

En el prefacio del «Diccionario Geográfico» publicado por Ibn-al-Jatib, con el título de *al-iháta fi tarij Gharnáta*, se encuentra un pasaje en que se trata de los árabes de Siria, y de su establecimiento en España, concebido en estos términos: «Cuando los árabes de Siria que por la nobleza de su nacimiento

y por su amor á la gloria eran como los leones de Xara, (1) entraron en España con Balaj su emir, los baladies, es decir, los árabes que habian venido ántes de ellos, se encontraron muy reducidos; en su consecuencia, pretendieron que los extranjeros abandonasen el pais. — Este pais, dijeron, nos pertenece porque lo hemos conquistado, y no hay aquí sitio para más gente. — Luego, viendo que los Sirios no querian marcharse, acudieron á las armas para obligarlos á ello. La guerra duró hasta la llegada de Abu-l-Jattár-Hosám ibn-Dhirár el Kelbita. Embarcado éste secretamente en la costa de Túnez, llegó de improviso á Córdoba, y cuando enseñó el título en que Handhala ibn-Safwan gobernador de Africa lo nombraba para el gobierno de España, se sometieron á sus órdenes los dos partidos que aún estaban en guerra. Haciendo detener á los jefes sirios los obligó, como es sabido, á abandonar el pais, y luego, deseoso de impedir que la guerra civil se encendiese de nuevo, formó el proyecto de establecer las tribus sirias en las provincias. Puso por obra su plan y señaló á estas la tercera parte de lo que produjesen

(1) Xara era una region montañosa de Arabia, en que habia muchas bestias feroces.

los terrenos de los cristianos. (1) En su consecuencia las tribus sirias abandonaron á Córdoba.

«Segun Abu-Merwan (2), Ardabasto, conde de España, jefe de los cristianos y cobrador del *caratch* que estos tenian que pagar á los emires, fué quien sugirió este expediente. Alcanzaba este conde gran nombradía en los primeros tiempos de la dominacion musulmana por su sabiduría y gran penetracion en los negocios. El fué quien aconsejó al gobernador alejar á los sirios de Córdoba, la residencia, donde no habia sitio para ellos y establecerlos en las provincias donde vivirian, como habian vivido antes en las de Siria. El gobernador siguió este consejo, despues de asegurarse de que podía contar con el asentimiento de los mismos sirios. En vista de es esto, estableció el *djond* (3) de Damasco en la provincia de Elvira, el del Jordan en la provincia de Reiya, el de Palestina en la de Sidona, el de Emeso en la de Se-

(1) Abu-l-Jattár estableció á los sirios sobre el joms, como ántes se habian establecido los soldados de Samh. Bajo el aspecto pecuniario, nada perdieron los cultivadores cristianos con esta medida, solo que desde entonces tuvieron que dar á los sirios la tercera parte de los productos de la tierra que ántes daban al Estado.

(2) Es decir, Ibn-Hayyan el célebre historiador.

(3) Ejército, division.

villa, el de Kismnerin en la de Jaen y el de Egipto, parte en la provincia de Beja y parte en la de Todmir. El gobernador dió á los árabes de Siria, para que pudiesen subsistir, la tercera parte de lo que producian las tierras de los cristianos. Los berberiscos y los árabes baladíes permanecieron asociados (1) con éstos; conservando ellos sus cortijos y no quitándoles absolutamente nada. En cuanto á los sirios cuando vieron que las tierras en que se habian establecido se parecian á las que habian ocupado en su patria les tomaron cariño, llegando á hacerse muy pronto poderosos y ricos. Sin embargo los de entre ellos que á su llegada á España se habian establecido en los lugares que desde luego les agradaron, no abandonaron sus moradas, permaneciendo allí con los baladíes é incorporándose al *djond* á que pertenecian cuando llegaba la ocasion de pagar el sueldo ó ponerse en campaña. En aquel tiempo se les llamaba los *separados*.

«Ahmed (ibn-Mohammed) ibn-Muza (2) di-

(1) En árabe *charik*. Este nombre equivalente del *hospes* de las leyes germánicas era comun al propietario y al aldeano cultivador. El último daba al primero las cuatro quintas partes de las recolecciones y de los demás productos de la tierra Véase mi Glosario sobre Ibn-Adhâri. p. 15 y 16.

(2) Este es el célebre historiador Razi, nacido en 888 y muerto en 955.

celo que sigue: El califa nombraba ordinariamente (en cada *djond*) dos gefes, uno que iba á la guerra y otro que permanecía en el *djond* (1). El primero recibía un sueldo de doscientas monedas de oro; el segundo estaba sin sueldo durante tres meses, pero al cabo de ese tiempo iba á reemplazar á su colega, bien perteneciese á la misma tribu, bien á tribu diferente: Los sirios que iban á la guerra, esto es, los hermanos, hijos ó sobrinos del gefe recibian diez monedas de oro cada uno al fin de la campaña. (Al pagar á las tropas) el gefe tomaba asiento allado del general, declaraba las personas que habian adquirido por su servicio activo derechos al sueldo, el cual se regulaba por su declaracion dándosele con esto una señalada muestra de consideracion y estima. Además, él solo cuidaba de que los soldados de su batallon desempeñasen el servicio, y él, sin intervencion de nadie, los inspeccionaba. Los soldados sirios que no pertenecian

(1) Al pié de la letra «El califa daba ordinariamente dos banderas, una que iba á la guerra, y otra que permanecía en su puesto. En los ejércitos musulmanes los gefes eran los que llevaban las banderas, (véase Abu-Ismaél Basri, *Fotuh as Cham*, p. 77, 117, 131, 495 ed. Lees; Tabari, t. II, p. 216, 218 edición Kosegarten; Ibn-Jalicán, t. I, p. 386 ed. de Slane); de aquí proviene que *abanderado* es sinónimo de gefe: compárese con Ibn-al-Jatib en mis *Noticias*, p. 258, c. 9, y p. 259, c. 14.

á la familia del gefe (1), recibían cinco monedas de oro por cabeza al fin de la campaña. Otra cosa ocurría respecto á los baladíes; entre estos, solo se les daba sueldo á los pertenecientes á la familia del gefe, teniendo á su vez ellos dos, uno que iba á la guerra y otro que no salía del punto en que se hallaba (2). El primero recibía cien monedas de oro de peso y era reemplazado por su colega á los seis meses. El Divan y el *Küba* (3) existían exclusivamente para los sirios. Estos se hallaban exentos del diezmo (4), estaban destinados al servicio militar y solo podían cobrar el impuesto establecido sobre las tierras de los cristianos que les estaban confiadas; los soldados árabes baladíes por el contrario pagaban el diezmo como todo el mundo.

Algunos de sus familias iban á la guerra del mismo modo que los sirios; pero sin

(1) Los Voluntarios.

(2) Los baladíes como lo prueba la continuacion de este pasaje constituían una reserva que solo se llamaba á las armas en caso necesario.

(3) Estas dos palabras, que son sinónimas, designan el rol de los soldados pagados con regularidad por el tesoro público. Isidoro (c. 75) llama al Divan, *publicus codex scrinarii*.

(4) Como los sirios no poseían tierras (Isidoro c. 75 dice también que subsistían de los impuestos que pagaban los cristianos) esta exención estaba fundada en la naturaleza de las cosas.

percibir sueldo y se les trataba entonces como hemos dicho mas arriba (1). Los baladíes solo se alistaban en el caso en que el califa formaba dos ejércitos y enviaba cada uno de ellos en direccion distinta: entonces llamaba los baladíes en su ayuda (2). Había además un tercer cuerpo que se llamaba la *reserva* (3) compuesta de sirios y baladíes (4).

(1) Creemos que el autor quiere decir que el servicio de los baladíes estaba reglamentado por sus propios gefes.

(2) Este pasaje muestra evidentemente que los baladíes eran solo una reserva.

(3) *les remplaceuts* dice el testo. (N. del T.)

(4) Nos hemos visto obligados á suprimir la última frase de este pasaje, porque no hemos conseguido entender completamente bien su sentido.

INDAGACIONES SOBRE LA HISTORIA DEL REINO
DE ASTURIAS Y DE LEON.

Ademas de las inscripciones y de las cartas, las fuentes latinas referentes á los trns primeros siglos de la historia del reino de Asturias y de Leon son las que siguen:

Crónica de Albelda (1) escrita en 881 y continuada en 883 (publicada en la *Esp. Sagr.* t. XIII)

Crónica de Sebastian (2) escrita hácia la misma época (*ibid.*).

(1) Esta crónica se encuentra traducida en la *Revista de Filosofia, Literatura y Ciencias* de Sevilla por el Sr. D. Rafael Bocanegra, profesor de latin en varios establecimientos, año de 1871, t. III. (N. del T.)

(2) Traducida tambien en la misma *Revista* por D. Ramon Cobo y Sanpedro, catedrático de Latin en el Instituto de Badajoz, años 1873-74, t. IV y V. (N. del T.)

Crónica de Sampiro (1) (866-984) *ibid.* t. XIV.

Fragmentos de una antigua crónica relativos á los reinados de Alfonso III, de Garcia y de Ordoño II. (*Esp. Sagr.* t. XVII) que se hallan en la obra del monge de Silos (c. 39-47); como este cronista acostumbraba á copiar con bastante fidelidad las crónicas antiguas creemos que esta parte de su compilacion es una copia casi literal de una crónica hoy perdida.

Los cronicones impresos en el tomo XXIII de la *Esp. Sagr.* solo traen algunas fechas y estas frecuentemente alteradas por descuidados copistas.

En cuanto á los cronistas del siglo XIII Lucas de Tuy y Rodrigo de Toledo, que no han tenido á su disposicion otros documentos que los que poseemos, solo son útiles alguna vez cuando se trata de restablecer un texto corrompido, pero casi nunca merecen crédito cuando refieren algo que no se encuentra en las crónicas antiguas. Las latinas tan escasas en número son además descarnadas é incompletas, lo cual hace que reine gran oscuridad en los prime-

(1) Traducida en la misma *Revista* por el Sr. Cobo, año 1873 t. IV. N. del T.)

ros siglos de la historia de Asturias y de Leon. Afortunadamente estas fuentes no son las únicas; los anales árabes contienen por menores tan nuevos como curiosos acerca de la misma materia. Los hábiles y concienzudos cronistas de Córdoba, que vivían en medio de un pueblo llegado á un grado muy alto de civilizaci6n, se interesaban mucho por la historia de los Estados del norte, y como no perdían ocasi6n de instruirse, sus obras pueden y deben servir para corregir y sobre todo para completar las cr6nicas latinas.

Al frente de estos analistas musulmanes conviene colocar al célebre Ibn-Hayyan que florecía en el siglo XI. Este fué el que conoció mejor no solo la historia de su patria sino también la de los Estados vecinos, y si poseyésemos aun los diez volúmenes de su *Moctabis* y los sesenta de su *Matin* se aclararía la historia del reino de Leon mucho más que la de cualquier otro Estado cristiano de la primera mitad de la edad media. Por desdicha todo lo que poseemos se refiere á un solo volumen del *Moctabis* y á fragmentos ó extractos que se encuentran en los historiadores posteriores; fragmentos preciosísimos que importa recoger con sumo esmero, y que en su mayor parte se refieren á la his-

toria del reino de Leon encontrándose principalmente en la Historia universal de Ibn-Jaldum, el cual los insertó ora en su capítulo sobre los Omeyas de España, ora en el que consagró á los reyes cristianos de este país.

¿Cuáles eran las fuentes á que acudían los analistas cordobeses del XI siglo y especialmente Ibn-Hayyan? ¿Sabían el latín ó al menos el romance, esa lengua que sin ser latín no era sin embargo todavía español? ¿Fundaron sus trabajos únicamente en referencias hechas de viva voz ó se sirvieron también de las crónicas latinas? Estas cuestiones que se presentan por sí solas son difíciles de contestar.

En tésis general puede asegurarse que los árabes, extremadamente enorgullecidos con su idioma y su literatura, tenían á ménos hacerse de la lengua de los vencidos, á quienes obligaban, para poder conversar con ellos, á aprender la lengua árabe, (1) y esto constituye una de las diferencias esenciales entre la conquista germánica y la árabe; los rudos germanos adoptaron la lengua y la religi6n de los vencidos, más civilizados que ellos; los musulmanes, por el contrario, superiores á

(1) Véase Eulogio y Alvaro, *passim*.

los vencidos, les impusieron su lengua y aún hasta cierto punto su religion. No dejaba por esto de haber en las clases elevadas de la sociedad árabe personas que supiesen algo de romance. Una anécdota muy curiosa, aunque demasiado picante, prueba que Abderraman III y sus visires comprendian y hablaban algunas palabras de esa lengua, (1) y en cuanto á los analistas de Córdoba, conviene no echar en olvido que en su mayor parte no eran de origen árabe, sino español. Ibn-Hayyan se encuentra en este caso y nos parece cierto que sabia romance, pues refiere (2) una frase de esta lengua que habia pronunciado ántes Omar ibn-Hafsun. Añádase á esto que sus noticias sobre la antigua historia de Leon son demasiado exactas para estar inspiradas únicamente en la tradicion oral, lo que nos hace creer que ha consultado crónicas cristianas perdidas hoy.

Intentamos publicar en este artículo algunos textos árabes, relativos á la historia de Leon, y discutir con su ayuda algunos puntos que aún permanecen muy oscuros; mas ántes de comenzar este trabajo, queremos

(1) Véase esta anécdota en Ibn-Adhari, t. II p. 243; en Macari, t. II, p. 417 y en el Badayí man. de Copenagne fol. 105 v. 106 r.

(2) Man de Oxford, fo. 74 v.

decir algunas palabras sobre un manuscrito latino de que nos hemos servido, perteneciente á la Biblioteca de Leiden. Este manuscrito (fonds Vossius, n.º 91, en 8.º) mencionado, aunque de un modo vago é incompleto en el Catálogo de 1716 (p. 390,) está en pergamino, su escritura es del siglo XIII, y consta de 113 hojas. Llámase ordinariamente *libro de Pelayo*. Sabido es que éste, Obispo de Oviedo á principios del siglo XII (1101-1129) compiló en un solo volumen muchas crónicas antiguas, que interpoló y que unió á sus propias obras. A esta coleccion se dá el nombre de *manuscrito de Oviedo ó libro de Pelayo*; pero hay dos libros de este autor, el grande, descrito por Morales, (véase esta noticia en la *Esp. sagr.* t. XXXVIII, apéndice 40) y el pequeño, de que existen muchas ediciones. La del manuscrito de Leiden parece casi la misma que la que se encuentra en un manuscrito de la Biblioteca Real de Madrid, descrito por Bayer en una de sus notas sobre la *Bibliotheca vetus* de Nicolás Antonio, p. 14. Exceptuando algunos trozos cortos y de ninguna importancia, contiene una lista de las ciudades Episcopales bajo este título; Hec sunt civitates quas regebant reges Gothorum et sui pontifices (en la *Esp. sagr.*, t. IV, p. 253 y sig.)

Florez ha publicado muchas listas de esta especie, pero no la que sigue:—Annales complutenses;—Breve crónica del claustro de Corias (en Asturias) (impresa en la *Esp. sagr.*, t. XXXVIII, p. 372)—Tratado de Pelayo de Oviedo sobre Toledo, Zaragoza, Leon y Oviedo (*ibid.* p. 372-376)—Coleccion de antiguos documentos, conocida con el nombre de *Chronicon Albeldense*, (estos fragmentos están aquí colocados en otro orden que en el t. XIII de la *Esp. sgr.*)—Ultima parte de la crónica de Sebastian (capítulo 20 hasta el final)—Crónica de Sampiro.—Crónica de Pelayo.—Concilio de Leon del año 1020.—Chronicon Iriense.—Privilegium votorum (*Esp. sagr.* t. XIX, p. 329-335.)

Aunque casi todo lo contenido en este manuscrito ha visto la luz pública nos ha sido sin embargo muy útil su consulta sirviéndonos para corregir en muchos lugares el texto de las ediciones; mas adelante tendremos ocasion de dar á conocer algunas buenas lecciones que en él se encuentran.

I.

HISTORIA DE LOS REYES DE ESPAÑA
POR IBN-JALDUM.

El célebre historiador Ibn-Jaldum, oriundo de una ilustre familia sevillana y que fué enviado de embajador á la corte de D. Pedro el Cruel por el sultan Mohamed V de Granada en el año 1364 ha consagrado un capítulo de su Historia universal á los reyes cristianos de la península. Este capítulo no está exento de defectos; el autor no tuvo siempre á su disposicion materiales suficientes y cayó en alguna ocasion en errores genealógicos, cronológicos y aun de otra índole; errores ciertamente disculpables en un hombre extranjero perteneciente á otra raza y á distinta religion: lo único de estrañar, es que esas faltas no sean infinitamente mas numerosas, siendo innegable que, tomado en conjunto, ese trozo histórico honra sobremanera

á la literatura árabe; por lo menos es cierto que la de los cristianos de la edad media nada tiene que pueda resistir el paralelo con él: no ha habido cronista cristiano que haya espuesto un bosquejo más luminoso y exacto de cualquier Estado musulman.

El capítulo de Ibn-Jaldum es importantísimo para estudiar la historia del siglo X. Las crónicas latinas de Leon no pueden ser mas lacónicas respecto á este interesante periodo, pues como los monges no podian referir más que desastres y humillaciones de todo género en esta época, adoptaron el medio más sencillo; el de callarse. Los fragmentos de Ibn-Hayyan, que cita Ibn-Jaldum, suplen á su silencio.

De tres manuscritos nos hemos servido para publicar este capítulo; dos de ellos se encuentran en la Biblioteca imperial de Paris (1), el tercero pertenece á la Biblioteca de Leiden. El man. A (man. de Paris 742) es el mejor de todos; el que designamos con la letra B. (man. de Paris 742) es menos correcto. El man. de Leiden (n.º 1350, t. IV) el más defectuoso de los tres, es sin

(1) El Sr. de Fremery ha tenido la galanteria de facilitármelos confrontados con su original.

embargo notable porque contiene dos pasajes que no se encuentran en los otros ejemplares, de los que se desprende que el autor hizo dos ediciones de este capítulo. Por él mismo (1) sabemos que la primera (la que traen los man. de Paris) apareció hácia el año 1380 en Túnez, donde á la sazón se encontraba. La segunda (que tenemos á la vista) fué publicada doce años mas tarde próximamente hácia el año 1392. El autor habitaba entonces en el Cairo (2) y la gran distancia entre esta ciudad y España explica la más grave de las faltas en que incurre, al referir que Juan I de Castilla des. pues de haber perdido la batalla de Aljubarrota, derrotó á los portugueses, se apoderó de Lisboa y colocó en el trono de Portugal á un jóven de la real familia, novela, con toda evidencia que circuló por el Cairo, pero que estaba completamente pespro- vista de fundamento.

Las notas que hemos añadido á nuestra traduccion tienen únicamente por objeto rectificar las faltas del autor por lo comun muy ligeras. Si hubieramos pretendido dar á

(1) Véase la autobiografía de Ibn-Jaldum (*Journ. asiat.*, IV.ª série, t. III, p. 303).

(2) Véase *ibid.* p. 337, 338.

esas notas mayores proporciones y dejándonos llevar del deseo de discutir cuestiones históricas, nos hubiésemos puesto á comparar el relato de Ibn-Jaldum con otros, los comentarios hubiesen acabado por ahogar el texto. Hemos huido de este peligro con tanto más gusto, cuanto que nuestras observaciones encontrarán mas adelante su lugar oportuno.

HISTORIA DE LOS BENI-ALFONSO DE GALICIA,
REYES DE ESPAÑA DESPUES DE LOS GODOS
DURANTE LA DOMINACION MUSULMANA. NO-
TICIAS DE SUS VECINOS LOS FRANCOs, LOS
VASCOS Y LOS PORTUGUESES.

»Hay hoy cuatro reyes cristianos que reinan sobre cuatro países que rodean al país musulmán. Y es evidente, que con el tiempo nuestros correligionarios que no poseen ya las provincias conquistadas por sus abuelos, no podrán sostenerse al lado de ellos á la otra parte del mar. El más poderoso de estos cuatro reyes es el rey de Castilla. Su reino tiene una gran extensión, pues abraza todas las provincias de Galicia á saber, Castilla, Galicia propiamente dicha, la Frontera (es decir el llano de Córdoba) (1) Sevilla, Toledo y Jaen comprendiendo

(1) La frontera es la llanura que se extiende desde Córdoba y Sevilla hasta Jaen. Autobiografía de Ibn-Jaldum p. 16.

casi todo el Norte de la Península de Poniente á Oriente. Por el Oeste confina con el de Portugal que es pequeño; Lisboa con su territorio. Ignoro á qué familia pertenece este rey; creo que descende de uno de los condes que se apoderaron con el tiempo de las provincias de los Beni-Alfonso, como referiremos despues, acaso sea de esta familia, pero no sé nada de cierto (1). Al Este del reino de Castilla se halla el de Navarra, es decir de los vascos. Este pequeño estado, cuya capital es Pamplona, separa las provincias castellanas de las del rey de Barcelona. Este último gobierna las provincias orientales de la Península desde los distritos de Almería hasta mas allá de Barcelona.

Entremos ahora en algunos detalles acerca de la historia de estos pueblos, desde la época de la conquista.

Cuando los musulmanes vencieron á los cristianos el año 96 de la hegira y mataron á Rodrigo, rey de los godos, se estendieron por todas las provincias de España, mien-

(1) Los reyes de Portugal descendian de D. Enrique de Borgoña, aventurero que recibió en recompensa de los servicios prestados al rey de Castilla y de los grandes triunfos que obtuvo sobre los musulmanes, la mano de la hija natural de Alfonso VI y un condado, que estendiéndose, llegó á ser un reino.

tras que los cristianos, huyendo de ellos, pasaban los desfiladeros de Castilla y se retiraban á la parte del Norte. Reunidos en Galicia proclamaron rey á Pelayo, hijo de Favila, que reinó diez y nueve años y murió en 433. (9 de Agosto 750, -30 de Julio 751). Sucedióle su hijo Favila que reinó dos años. A su muerte los cristianos proclamaron á Alfonso, hijo de Pedro, cuyos descendientes reinan todavía. Estos reyes son de una familia de Galicia; verdad es que Ibn-Hayyan pretende que son descendientes de los godos; mas tal opinion es errónea á mi parecer, pues esta nacion habia perdido ya el poder y rara vez acontece que nacion que lo ha perdido llegue á recobrarlo. Era una nueva dinastía que reinaba sobre un pueblo nuevo; pero solo Dios sabe la verdad. (1).

Alfonso, hijo de Pedro, reunió los cristianos y los excitó á defender las tierras que los musulmanes no les habian quitado aun. Estos habian avanzado hasta Galicia; pero no se encontraron en estado de proseguir

(1) Ibn-Jaldum se ha dejado engañar aquí por su espíritu filosófico. Ibn-Hayyan tiene razon, pues Sebastian (c XIII) asegura tambien que Alfonso I, hijo de Pedro, duque de Cantabria y nieto de Pelayo, descendia de Recaredo, primer rey católico de los visigodos.

sus conquistas y mientras que su poder se debilitaba más y más, los cristianos reconquistaron gran parte de lo que habían perdido.

»Muerto Alfonso, hijo de Pedro, en 142 (4 Mayo 759-22 Abril 760), después de un reinado de diez y ocho años le sucedió su hijo Fruela, que reinó once años, durante los cuales su poderío fué siempre aumentando pues que este fué precisamente el tiempo en que Abderraman I se hallaba ocupado en fundar su nueva dinastía. Fruela pudo pues recobrar á Lugo, Porto, Zamora, Salamanca, Segovia y la Castilla que habían sido ocupadas por los musulmanes al tiempo de la conquista. (1).

»Muerto Fruela en 52 (14 de Enero 769-4 de Enero 770) su hijo (2) Aurelio reinó seis años y murió en 58. (11 Noviembre 774-31 Octubre 775). Su hijo Silo (3) reinó diez años y murió en 68. (24 Julio 784-14 Julio 785). En su lugar eligieron á Alfonso que fué des-

(1) El engrandecimiento del reino de Asturias no se verificó bajo el reinado de Fruela I sino bajo el de su predecesor Alfonso I.

(2) Según Sebastian (c. 17.) Aurelio no era hijo, sino primo hermano de Fruela I.

(3) Silo que no era hijo de Aurelio llegó á la dignidad real por su matrimonio con la hija de Alfonso I.

tronado y muerto (1) por Mauregato que reinó siete años.

«Entonces Abderraman (2) cuyo poder se había acrecentado, envió á Galicia sus tropas que obtuvieron victorias, haciendo botín y prisioneros.

Para que pueda compararse la cronología de los primeros reyes asturianos de Ibn-Jaldum con los que traen Sebastian y el cronicon albeldense, colocaremos los dos cómputos uno al lado del otro:

CRÓNICA LATINA.	IBM-JALDUM.
Pelayo.. . . 718-737	731 (2)—750 (1)
Favila. . . . 737-739	750 (1)—752 (3)
Alfonso I. . . 739-757	752 (3)—759 (60)
Fruela.. . . 757-768	759 (60)—769
Aurelio. . . . 768-774	769 —774 (5)
Silo. 774-783	774 (5)—784 (5)
Mauregato.. 783-789	784 (5)—791 (2)

La cronología de las crónicas ha sido impugnada por muchos sábios españoles tales como Pellicer, el marqués de Mondejar, No-gueras y Masdeu, quienes pretenden que el levantamiento de Pelayo se verificó, no en 718 como dicen las crónicas latinas, sino en

(1) Esto es un error Alfonso II sobrevivió 53 años á Mauregato.

(2) En vez de Abderraman que murió antes de Mauregato, Ibn-Jaldum hubiera debido nombrar á Hicham I.

754 ó en el año siguiente. Esta opinion no ha encontrado favorable acogida, siendo tan débiles las razones en que se ha fundado, que con gran facilidad han logrado rebatirlas victoriosamente. Risco en el volúmen XXXVII de la España sagrada y el señor de Govantes en el VIII volúmen de las *Memorias de la Real Academia de la Historia*. No es nuestro ánimo sin embargo, defender la cronología de las fuentes latinas; pues segun el testimonio de Rázi y de Ibn-Hayyan (1) á que damos gran importancia, el levantamiento de Pelayo ocurrió durante el gobierno de Anbasa Ibn-Sohaim, es decir, entre el año 721 y 725.

Respecto á la cronología de Ibn-Jaldum encierra una flagrante contradiccion, pues por una parte, de acuerdo con las crónicas latinas, concede á Alfonso I un reinado de diez y ocho años y por otra pone el principio del reinado de este príncipe en el año 135 de la hegira y el fin en 142, lo que no son mas que siete años. Además, parece lo cierto que el alzamiento de Pelayo ocurrió no en 731, como pretende Ibn-Jaldum, sino muchos años antes; siendo estremadamente difícil, por no decir imposible, resolver tamañas dificultades.

(1) Apud Maczari t II, p. 9 y 671.

des. porque falta el hilo que nos sirva de guia para salir de este laberinto.

»Otro Alfonso (1) reinó cincuenta y dos años y cuando murió en 227 (21 Octubre 841-10 Octubre 842) le sucedió su hijo (2) Ramiro I. El trono fué ocupado sucesivamente por los descendientes de este último hasta los tiempos de Ramiro II, hijo de Ordoño II, último de los reyes que reinaron sobre todos los cristianos de este país. Hé aqui lo que dice Ibn-Hayyan. Este Ramiro subió al trono, cuando su hermano Alfonso IV que habia reinado antes de él, se hizo monge el año 319 (931) en tiempo de Nácir (Abderraman III). Este consiguió fácilmente victorias sobre Ramiro; pero al fin sufrieron los musulmanes una gran derrota en el año de Alhandega es decir en 329 (939). Esta batalla ocurrió en Alhandega cerca de la ciudad de Simancas, como hemos referido en la historia de Nácir.

«Ramiro murió en 39 (20 Junio 950-8 Junio 951). Su hermano Sancho (3) que le sucedió era vano, orgulloso y guerrador. Su

(1) El mismo Alfonso de que ha hablado ya Ibn-Jaldum, es decir Alfonso II llamado el Casto.

(2) Ramiro I era hijo de Bermudo I.

(3) Sancho no era hermano, sino el segundo hijo de Ramiro II y sucedió á su hermano mayor Ordoño III.

poder se debilitó más y más; lo mismo que el de los miembros de su familia, los condes de su reino se rebelaron contra él y en adelante los Beni-Alfonso no volvieron á reinar solos sobre los Gallegos, hastapasado el tiempo de las pequeñas dinastías, como diremos luego. Según Ibn-Hayyan, su poder fué quebrantado principalmente por Fernan Gonzalez, conde de Alava y de Castilla, el mas poderoso de los condes, es decir, de los gobernadores de las provincias nombrados por el rey. Este Fernando se levantó contra Sancho y proclamó rey á su primo hermano Ordoño IV, hijo de Alfonso IV, en cuyo nombre [se apoderó del poder. Abandonando á Sancho los cristianos, hicieron con Fernando causa comun, y fueron sostenidos por el rey de los vascos. (1) Sancho llegó á Córdoba, cerca de Nácir en demanda de ayuda y habiéndola obtenido, se apoderó de Zamora é hizo ocupar esta ciudad por sus auxiliares musulmanes. Continuó la guerra entre Sancho y Fernando hasta que este último fué hecho prisionero por el rey de los vascos; entonces reinó solo Ordoño, hijo de Alfonso. En este entretanto habia subido al trono

(1) Esto es un error, García rey de Navarra y tio materno de Sancho, tomó partido por este último.

Hacam Mostancir, que concluyó la paz con el rey de los vascos, á condicion de que le entregase á su prisionero Fernan Gonzalez, conde de Alava y de Castilla: pero el rey de los vascos rehusó cumplir esta cláusula del tratado y devolvió á Fernando la libertad.

»En el año 51, Ordoño huyó de Alfonso, el competidor de Sancho, se llegó á Mostancir para darle socorro y éste le dió tropas á las órdenes de su cliente Ghalib.

»Sancho de la familia de los Beni-Alfonso murió en Badajoz (1) y le sucedió su hijo Ramiro III. Fernan Gonzalez, el conde de Alava, tuvo por sucesor á su hijo Garcia.

»Ramiro III encontró en la frontera á los musulmanes que hacian una correría y los puso en fuga. Los musulmanes sufrieron otras muchas graves derrotas despues de la muerte de Hacam Mostancir hasta la época, en que Dios le dió á Almanzor Ibn-abi-Amir el *hadjib* de Hicham [hijo de Hacam. Almanzor invadió muchas veces el reino de Ramiro y le asedió primero en Zamora, luego en Leon, despues de haber combatido y vencido á Garcia, hijo de Fernando, señor de Alava y á su aliado el rey de los vas-

(1) Ibn-Jaldum se engaña, compárese con Sampiro c. 27.

cos. Estos dos príncipes se unieron después con Ramiro y juntos marcharon contra Almanzor. Dióse la batalla cerca de Simancas. Almanzor puso en fuga á los cristianos, se apoderó de Simancas y la destruyó.

»Disgustados los gallegos con Ramiro, á quien la desgracia parecía perseguir siempre, se sublevó contra él su primo hermano (1) Bermudo II, hijo de Ordoño III. Estalló entónces la guerra civil entre los cristianos. En el año 74 (4 Julio 984-23 Mayo 985) de nuevo reconoció Ramiro la soberanía de Almanzor, y cuando murió algun tiempo después, su madre la reconoció igualmente; pero los gallegos resolvieron ofrecer la corona á Bermudo, hijo de Ordoño, al que dió Almanzor, bajo ciertas condiciones acepta-

(1) En vez de primo hermano los manuscritos traen tío. Creemos con la mayor parte de los historiadores, que Bermudo II era hijo de Ramiro III y por tanto sobrino de Sancho el Craso y primo hermano de Ramiro III. Algunos escritores han pretendido atribuirle otro origen, siguiendo al monje de Silos, que lo llama (c. 63) hijo de Ordoño, hijo de Fruela II; pero sin notar que tienen en contra suya el testimonio del mismo Bermudo, pues en una carta publicada por Yepes (t. V escr. 17) este príncipe llama tía (*amita* y no *amica* como ha escrito Yepes) á Teresa y á Elvira, esposa y hermana de Sancho el Craso. También su hijo Alfonso V llama á estas princesas tías; (tías abolengas) véase Esp. Sagr. t. XXXVI Escr. 2. Además Ordoño, hijo de Fruela II, no reinó y el padre de Bermudo II reinó como consta de las cartas en que se le dá el título de rey.

das por Bermudo, Zamora, Leon y el territorio comprendido entre estas ciudades y el mar. Pero mas adelante, se sublevó Bermudo, descontento é irritado de las violencias, que Almanzor se permitia en el pais de los gallegos y del menosprecio, que hacía ellos manifestaba. En consecuencia, Almanzor partió contra él el año de 78. (21 Abril 988-10 Abril 989). Después de haber tomado á Leon, vino á asediar á Bermudo en Zamora, pero este huyó de la ciudad, que sus habitantes entregaron á Almanzor, quien la abandonó al furor de sus soldados. Desde entónces el rey de los gallegos, que no poseia ya mas que algunos castillos en las montañas de la costa, ora reconocía la autoridad de los musulmanes, ora se levantaba contra ella, mientras que Almanzor hacia frecuentes incursiones en el pais. Al cabo se sometió Bermudo, retiró su proteccion al coraiscita, que se habia sublevado contra el *hadjib* (1) y se le entregó el año de 85. (995). Entónces Almanzor le impuso un tributo, estableció en 89 (999) una poblacion musulmana en Zamora y confió el mando de esta plaza á Ahwae Man Ibn-Abdalaziz el Todjibida.

(1) Este coraiscita es el príncipe de la sangre Abdallala llamado Pedro el Seco.

»Enseguida (1) marchó contra García, hijo de Fernando, señor de Alava que concedía asilo de ordinario á los que se levantaban contra Almanzor. Entre ellos se encontraba su propio hijo.

»Almanzor asedió, tomó y destruyó á Astorga, capital de Galicia. (2)

»Muerto Garcia, le sucedió su hijo Sancho.

»Almanzōr impuso un tributo á los gallegos, y todos los cristianos reconocieron su autoridad, de modo que sus príncipes pare-

(1) Esta palabra está aquí fuera de su lugar. La guerra contra Garcia Fernandez ocurrió en 989 y en el año siguiente.

(2) Los manuscritos ponen aquí *Lisboa*. Ciertamente que medio siglo antes Ordoño III había tomado esta ciudad pero se había limitado á saquearla y no había quedado en poder de los leoneses (véase á Sampiro c. 25.) Bajo el reinado de Almanzor que había tomado á Coimbra en el año 987, aquella ciudad había pertenecido constantemente á los musulmanes y estaba aun muy distante de la frontera. Además el título de capital de Galicia no conviene en modo alguno á Lisboa, pues los árabes no daban el nombre de Galicia al país en que se encuentra. No puede tratarse aquí de Lisboa y creemos que Ibn-Jaldum ha leído mal el manuscrito de que se valió. En la escritura árabe la palabra que corresponde á Lisboa se diferencia poco de la que significa Astorga, siendo sin duda de esta ciudad de la que se ha propuesto hablar el autor copiado por Ibn-Jaldum. Cronistas latinos atestiguan que había sido tomada por Almanzor y habiendo sido Leon completamente arruinada, Astorga había legado á ser la ciudad principal del reino.

cian gobernadores nombrados por él á excepcion de Bermudo, hijo de Ordoño, y de Menendo Gonzalez, conde de Galicia, pues estos eran más independientes que los otros: no obstante, Bermudo envió en 83 (993) su hija á Almanzor, que hizo de ella su esclava si bien más adelante la emancipó y se casó con ella.

«Habiéndose levantado de nuevo Bermudo, Almanzor avanzó hasta Santiago, cerca de la costa de Galicia, en un lugar de peregrinacion para la cristiandad donde se encuentra el sepulcro del Apostol Santiago. Almanzor destruyó la ciudad, que encontró abandonada é hizo trasportar sus puertas á Córdoba, donde las mandó colocar en el techo de la mezquita que agrandaba por aquel entónces. Enseguida Bermudo, hijo de Ordoño imploró la paz y envió su hijo Pelayo á Man-ibn-Abdalaziz, gobernador de Galicia, el que se volvió á Córdoba con él. Concluida la paz volvió Pelayo con su padre. (1)

«Almanzor combatió vigorosamente á la familia de los Gomez. Estos condes reinaban en el país que se estiende entre Zamora y

(2) Este Pelayo, que era segun las apariencias bastardo, firmó cartas en los años 998, 999 y 1006, en ellas se llama proles Beremundi regis, véase Esp. sagr. t. XVI esc 11, Yepes t. V esc. 7, Berganza t. I p. 304.

Castilla en la frontera de Galicia y su capital se llamaba Santa Maria. (1) Almanzor tomó esta ciudad en 85 (955.)

«Después de la muerte de Bermudo, hijo de Ordoño, de la familia de los Beni-Alfonso subió al trono su hijo Alfonso V, nieto por su madre (2) del señor de Alava Garcia Fernandez. Como era aún de menor edad, el conde de Galicia Menendo Gonzalez fué su tutor y reinó en su nombre; pero Sancho hijo de Garcia, tío materno de Alfonso, le disputó la tutela y eligieron por árbitro á Abdalmalic, hijo de Almanzor, quien ordenó al juez de los cristianos (de Córdoba) Asbagh (3) decidir este asunto. El juez sentenció en favor de Menendo Gonzalez. Quedó, pues, Alfonso bajo la tutela de Menendo, hasta que este murió asesinado, es decir, hasta el año de 98, (17 Setiembre 1007-4 de Setiembre 1008.) Desde esta época Alfonso reinó por sí. Trató de someter á los condes que desde el tiempo de su padre ó

(1) Santa Maria éra el antiguo nombre de Carrion, véase á Sandoval, *Cinco Reyes* fol. 12, col. 2 fol. 29 col. 1, y su catedral estaba consagrada á la Virgen, véase Lucas de Tuy p. 98 y Rodrigo de Toledo, VI c. 16.

(2) La madre llamada Elvira era, en efecto, hija de Garcia, conde de Castilla y de Alava. Véase Risco, *Historia de Leon* t. I p. 231; *Esp. sagr.* t. XXXVI escr. 5

(3) Este nombre es dudoso.

antes se habían emancipado de la autoridad real. Logró su proyecto, y reemplazó los condes por adictos suyos, de modo que en adelante no se oyó hablar más de los Beni-Gomez, ni de los Beni-Fernando, que como ya hemos dicho se habían insurreccionado en tiempo de Sancho, hijo de Ramiro. Enseguida Alfonso reunió á los cristianos, y acompañado de su aliado el rey de los vascos, fué á combatir á Modhafar, hijo de Almanzor. La batalla se dió cerca de Clunia. Modhafar puso en fuga á sus enemigos y se hizo dueño de Clunia que capituló.

Al fin del siglo IV, cuando la familia de Almanzor hubo perdido el poder y los berberiscos encendieron la guerra civil, el señor de Alava, Sancho, hijo de Garcia, se aprovechó de la discordia de los musulmanes. Ayudando á un partido contra el otro, obtuvo una parte de lo que deseaba, pero en 406, (21 Junio 1015-9 Junio 1016) (1) fué muerto por el rey de los vascos. No obstante los cristianos reconquistaron lo que Almanzor les había arrebatado en Castilla y en Galicia.

(2) Segun su epitafio (apud Berganza. t. I p. 340) Sancho murió el 5 de Febrero de 1017. Tres pequeñas crónicas (en la *Esp. Sagr.* t. XXIII p. 309, 320, 385) traen la misma fecha.

«Alfonso y sus descendientes continuaron reinando en Galicia durante el período de los reyes de las pequeñas dinastías, y aún después, cuando los Almoravides, es decir, los reyes de la Mauritania, de la tribu de Lamtuna, vencieron y destronaron á los reyes de las pequeñas dinastías y la dominación arábiga cesó en España enteramente. Se dice en las crónicas de los Lamtuna que el rey de Castilla que impuso un tributo á los reyes de las pequeñas dinastías en el año 454, se llamaba Alvitus. (1) Este, á lo que parece, se había levantado contra Sancho (2) hijo de Abarca, de la familia de los Beni-Alfonso (3) que reinaba entonces, y que se menciona muchas veces en las crónicas cristianas, donde se vé también que después de su

(1) Este nombre está alterado en los manuscritos que le dan una terminación en *in*, falta muy común de los autores ó copistas árabes, cuando tienen que escribir un nombre latino en *us*; así, por ejemplo, Maccári escribe (t. I p. 287) Romanin en vez de Romanus. Por último, el Alvitus de que habla el texto, no es un rey de Castilla, como han supuesto Ibn-Jaldum y el autor del Kitáb-al-ictifá (en mis escritos Arab. leci. de Abbad, t. II p. 14); era el obispo de Leon, que se encontraba al frente de la embajada enviada por Fernando I á Sevilla en 1063 (455 de la hegira) acerca de la cual daremos adelante más detalles.

(2) Es equivocada semejante suposición.

(3) Ibn-Jaldum se engaña; el rey de que se habla aquí, Sancho el Grande de Navarra, no era de la casa de Leon.

muerte sus hijos Fernando, Garcia y Ramiro se dividieron el reino. Fernando cuando reinó solo se hizo dueño de Coimbra y de muchas provincias de Ibn-al-Aftas. Al morir dejó tres hijos, Sancho, Garcia y Alfonso, que se disputaron el trono. Alfonso (VI) quedó por señor. En su tiempo, año de 467, (27 de Agosto 1074-15 de Agosto 1075) murió Tahir Ismail ibn-Dhi-'n-noun (1) Alfonso se apoderó de Toledo en 78, (1085) y esta ciudad llegó á ser, desde entonces, el centro de la dominación cristiana en España. Alfonso, que contaba á Alvar Fañez entre sus condes, llevaba el título de *Imperator* que significa *rey de reyes*; combatió en 81 (1088) contra Yusuf-ibn-Techuffa, en Zalláca, donde fué vencido. Asedió también á Ibn-Hud en Zaragoza. Su primo hermano Ramiro, que le disputaba el trono, vino á sitiarse á Toledo, pero no pudo tomarla. Alfonso asedió á Valencia, Almería lo fué por García, Murcia por Alvar Fañez y Játiva y Zaragoza por el campeador que se apoderó de Valencia en 89, (1096) (2) pero esta ciudad le

(1) En vez de nombrar á este príncipe Ibn-Jaldum hubiera debido nombrar á su hijo Mamun-Yahya que murió en Junio de 1075.

(2) Léase en 87 (1094)

fué arrebatada por los Almoravides (1) luego que estos hubieron destronado á los reyes de las pequeñas dinastías.

«Muerto Alfonso en 501 (21 de Agosto de 1107-10 de Agosto de 1108) (2) reinó su hija sobre los gallegos. Casó con Ibn-Ramiro (3) pero divorciada de él, casó en segundas nupcias con uno de sus condes de quien tuvo un hijo, que se llamaba comunemente el reyezuelo.

«En 503, (31 de Julio 1109-19 Julio 1110) (4) Ibn-Ramiro dió á Ibn-Hud (5) una célebre batalla en que éste perdió la vida. Habiéndose apoderado Ibn-Ramiro de Zaragoza, Imad-ad-daula (6) y su hijo, fueron á

(1) Valencia no fué tomada por los Almoravides hasta tres años después de la muerte del Campeador, á saber, en 1102.

(2) Alfonso VI murió en 1109.

(3) Es decir, Alfonso I, rey de Aragon y nieto de Ramiro I.

(4) Esta enseñanza sacada por Ibn-Jaldum del Kitáb-al-ictifá no es completamente exacta. Urraca casó tres veces: primero con Raimundo de Borgoña, luego con Alfonso I, de quien se divorció, y por último con el conde Pedro Gonzalez de Lara. (Este matrimonio fué secreto.) De su primer marido tuvo á Alfonso VII de su nombre, que elevado al trono niño todavía conservó por mucho tiempo el apodo de Reyzeuelo. Los árabes le llaman siempre as-solaitín, el sultancillo, y Orderico Vital que escribió en 1144 dice: *Puerum Ildefonso regem, sibi statuerunt; et huc usque parvum regem vocitantes, libertatem regni sub eo viriliter defendunt.*

(5) Ahmed Mostain.

(6) El hijo de Ahmed Mostain; pero este príncipe habia ya

buscar auxilio en Rueda. En esta ciudad permaneció (el hijo de Imad-al-daula, Saif-ad-daula Ahmed,) hasta que el reyezuelo después de haberle obligado á retirarse le trasportó á Castilla.

«Hubo entre Ibn-Ramiro y los castellanos una guerra en que fué muerto Alvar Fañez año de 507, (18 de Junio 1113-6 de Junio 1114.)

«Tocaba á su fin la dominación de los Lamtuna ó Almoravides: esta dinastía fué destronada por los Almohades, que le arrebataron primero la Mauritania y enseguida la España. Se halla en las crónicas de los Almohades que en tiempo de Almanzor, Yacub hijo del emir de los creyentes Yusuf ibn-Abd-al-muman reinaban tres reyes sobre los cristianos, á saber: Alfonso (VIII) el Baboso (1) é Ibn-Henrique

abandonado á Zaragoza en 1110, ocho años antes de que esta ciudad fuese tomada por Alfonso I. Véase Ibn-al-Abbár en mis Noticias, p. 223.

(1) Alfonso IX de Leon: el Baboso significa el que echa ó está lleno de baba, como dice Abd-al-Wahid (p. 235) pero en la Edad Media este apodo, como se ha observado ya en la nueva edición de Ducange (t. I p. 629) tenia un sentido mucho más injurioso que hoy, siendo sinónimo de loco, porque estos banean á menudo. David cuando quiso fingirse loco con el rey Akis, dejaba correr su saliva por la barba; como dice la escritura. También se encuentra á menudo la palabra *bavosus* en sentido de loco-

(1) Alfonso, el más poderoso de ellos, mandaba á los cristianos en la batalla de Alarcos dada en 591 (1195). En esta batalla fué derrotado por Almanzor. El Baboso, rey de Leon, fué el que engañó á Nazir el año de la batalla de Al Icab, (las Navas.) Yendo á su lado ganó su confianza, fingién-

Así, y citamos este ejemplo por que no se encuentra en Duncange, cuando los monjes paseaban en triunfo al Papa Alejandro II, el pueblo de Roma que le detestaba, gritaba: Vade leprose; exi babose; discede perose. El Obispo Benzo es quien nos refiere este hecho, (lib. II c. 2,) y su editor hace notar, con razon que *bavusus* significa *stultus*.

Los españoles daban á Alfonso IX el epítelo de loco pero solo sabemos esto por los escritores arábigos pues los apodos que generalmente se daban á los reyes cristianos solo por ellos nos son conocidos: los cronistas latinos no los traen, bien que tuvieran muchos miramientos que guardar, bien que les escrupulizase la conciencia de faltar á la dignidad histórica. ¿Merecia Alfonso que le llamasen así? ¿Tenia efectivamente el cerebro trastornado? El cronista latino de esta época, Lucas de Tuy, se guarda muy bien de decírnoslo. Escribiendo bajo el reinado del hijo del Baboso, le era imposible ser explícito sobre este punto: pero lo que no dice lo deja adivinar. (Véase p. 109.) Allí pinta á Alfonso como un hombre cuyos gestos cuando estaba á caballo, revestido de su armadura, expresaban la ferocidad más que el valor. Pronto á montar en cólera, «en cuyo caso su voz semejaba el rugido del leon,» se apaciguaba al instante, para convertirse en el más dulce de los hombres. Hé aquí lo que Lucas podia decir sin faltar á las conveniencias; en su boca tales palabras eran muy significativas.

(1) Los árabes daban este nombre á todos los reyes de Portugal porque descendian de Enrique de Borgoña.

dose su amigo, y despues de haber recibido mucho dinero, le hizo traicion y causó su derrota. (1)

«Habiendo sucedido Mostancir á su padre Nácir y aminorándose el poder de los Beni-Abd-el-mumen, reconquistó Alfonso todas las fortalezas que los musulmanes habian ocupado en España.

«Alfonso tuvo por sucesor á su hijo San Fernando, apellidado el Bizco (2) que quitó á los musulmanes Córdoba y Sevilla. Hácia la misma época el rey de Aragon reconquistó á Játiva, Denia, Valencia, Zaragoza, en una palabra, todas las fortalezas de Levante. Entonces los musulmanes retrocedieron hácia la costa y proclamaron reyes primero á Ibn-Hud, luego á Ibn-al-Ahmar.

«Fernando tuvo por sucesor á su hijo Alfonso X. Enseguida el hijo de este último, Fernando, subió al trono (3) Durante su rei-

(1) En su *Historia de los berberiscos* (t. II p. 226 de la traduccion) Ibn-Jaldun refiere tambien este hecho no indicado por los autores cristianos.

(2) Sabido es que San Fernando no era hijo de Alfonso VI sino de otro Alfonso, del que Ibn-Jaldun llama el Baboso: tambien se habrá advertido que nuestro autor ha descuidado hablar del reinado de Enrique I.

(3) El Fernando de que habla aquí Ibn-Jaldun no ha reinado nunca; era el hijo mayor de Alfonso X, pero murió antes que su padre. El error en que incurre el escritor árabe se ex-

nado los Beni-Merín vinieron á España como auxiliares de Ibn-Al-Ahmar y su sultán Yacub hijo de Abd-al-hacc combatió á los cristianos, mandados por el conde don Nuño (1) cerca de Guadalete y los derrotó. Esta batalla en la que murió D. Nuño, tuvo lugar en 673, (7 de Julio 1274-26 de Junio 1275.) (2)

»Cuando Fernando (léase Alfonso X) reinó solo, tuvo que sostener una guerra continua contra Yacub-ibn-Abd-al-hacc. Este último, sin embargo, nó le presentó más batallas contentándose con hacer varias razias en el país de los cristianos; pero hizo tantos destrozos que estos concluyeron por pedirle la paz. Más adelante, cuando Sancho, hijo de Fernando, (léase Alfonso X) rey de Castilla, se levantó contra su padre vino éste á pedir au-

plica fácilmente; hacía la época de la batalla de que aquí se trata, Fernando había quedado de regente del Reino, mientras su padre había ido á Beaucaire á celebrar una entrevista con el Papa.

(1) D. Nuño Gonzalez de Lara.

(2) En su *Historia de los berberiscos* (t. IV p. 77 y siguientes de la traducción) Ibn-Jaldum coloca esta batalla en el año 674 fecha que concuerda con la que trae el *Cartas* (p. 244:º 13 Rabi. 1.º = 674 es decir 8 de Setiembre 1273. Mas hay aquí una diferencia de un día, la batalla ocurrió la víspera, que era un sábado, pues los *Anales toledanos* III (Esp. Sagr. t. XXXIII p. 420) dice: *Sábado* el sétimo de los Idus (que así debe leerse en vez de *nonas*, como ha observado Florez) de Setiembre de 1273.

xilio á Yacub ibn Abd-el-hacc y le besó la mano. Yacub accedió á su demanda y le suministró tropas y dinero. Fernando (léase Alfonso X) por su parte, prometió devolverle estas sumas y le dejó en prenda la célebre corona que de antiguo formaba parte de los tesoros de sus predecesores. Desde entonces esta corona permanece en el palacio de los Merinitas ó Beni-Abd-al-hacc donde se encuentra cuando escribo.

»Muerto Fernando (léase Alfonso X) en 83, (1284) su hijo Sancho IV que le sucedió vino á Algeciras cerca de Yusuf, sucesor de Yacub y concluyó la paz con él; pero mas adelante rompió las hostilidades acechando á Tarifa de que se apoderó. Murió en 93 (1294). (1) Su hijo y sucesor Fernando IV murió en 712 (1312) dejando un hijo de poca edad llamado Pedro (2) que tuvo por tutor á su tío Juan. Pedro y Juan perdieron la vida en 718 (1318) (3) en expedición contra Granada.

»Alfonso XI hijo de Pedro (léase de Fernando IV) después de haber estado bajo la

(1) Sancho IV murió en 1295.

(2) Ibn-Jaldum se engaña, Sancho IV tuvo por sucesor á su hijo Alfonso XI: D. Pedro, tío del joven monarca era su tutor en unión con D. Juan.

(3) En Junio de 1319.

tutela de los grandes, marchó en 41 (27 Junio 1340-16 Junio 1341) contra Abu'l-Hasan que asediaba entonces á Tarifa. Todos saben que los musulmanes sufrieron en aquella ocasion una gran derrota.

»Muerto Alfonso de la gran peste en 51 (1350) cuando asediaba á Gibraltar, le sucedió su hijo Pedro (Pedro el cruel). Para escapar á las asechanzas de este rey huyó el conde (1) á Barcelona cuyo rey (2) le tomó bajo su proteccion. Pedro marchó contra este último en distintas ocasiones y asedió á Valencia mas de una vez, pero habiendo conseguido el conde la victoria en 768 (7 Setiembre 1366-27 Agosto 1367) y apoderándose de Castilla se aliaron con él los castellanos cansados del gobierno duro y tiránico de Pedro. Éste se fué entonces al país de los francos que habitan al norte de Castilla, en Alemania, en Bretaña, (Inglaterra) en las costas é islas del Océano y habiendo dado luego la mano de su hija al hijo de aquel rey, el príncipe de Gales (3) volvió acompañado de este último y de innumerable tropa. De este

(1) Enrique de Trastámara.

(2) El rey de Aragón.

(3) Ibn-Jaldum se engaña: no fué el príncipe Negro quien casó con Constanza hija de D. Pedro y doña Maria de Padilla sino su hermano Juan de Gante, duque de Lancaster.

modo se apoderó de Castilla y de la frontera; pero habiendo muerto de la peste gran número de estos estrangeros, los otros regresaron á su país.

»En guerra continua con su hermano el conde, Pedro fué vencido al fin y se vió obligado á refugiarse en una fortaleza. Sitiólo el conde en ella y ya estaba á punto de tomarla cuando Pedro mandó á pedir secretamente asilo á un señor. (1) Concedióselo éste, pero informó al conde de lo sucedido quien de esta manera mató á su hermano, despues de haber luchado con él en la tienda del señor, lo que aconteció en el año de 772 (26 Julio 1370-14 Julio 1371) (2) Desde entonces quedó el conde en posesion de todo el reino de los Beni-Alfonso, obligando á rendirse al hijo de Pedro que, despues de la muerte de su padre, se habia fortificado en Cármona con Martin Lopez su ministro.

»Habia llegado así el conde á ser rey de Castilla pero el príncipe de Gales, (léase el duque de Gante) rey de los francos, le disputó el trono, pretendiendo que le pertenecía al hijo que habia tenido de la hija de Pedro.

(1) Beltran Dugueselin.

(2) En la noche del 23 de Marzo de 1369.

(1) En efecto, la costumbre autoriza entre los cristianos que suceda el hijo de la hija, y por otra parte alegaba el príncipe que el conde no procedía de legítimo matrimonio. Siendo de larga duración la guerra entre ambos competidores y no pudiendo el rey de Castilla ocuparse de los musulmanes, se aprovecharon de esta circunstancia para no pagar el tributo que á sus predecesores habían pagado.

»Muerto este conde en 781 (1379) le sucedió su hijo D. Juan I. Su otro hijo Gomez, (2) fué á buscar asilo en Granada, luego volvió á Castilla (más adelante pasó al lado del rey de Portugal, (3) y levantó tropas en su favor. D. Juan, reuniendo á los gallegos, marchó contra su hermano y el rey de Portugal, pero fué batido por los portugueses, y su ejército muy maltratado, año 88 (1386). (4) Mas adelante, Gomez, volvió al lado de su hermano y se reconcilió con él, despues de lo cual D. Juan marchó contra el portugués, lo derrotó, se apoderó de Lisboa y colocó en el trono á un joven de la familia

(1) Sabido es que el duque de Lancaster reclamó para si la corona.

(2) Los autores cristianos no hablan de este Gomez.

(3) Juan I, el fundador de la dinastía de Avis.

(4) La célebre batalla de Aljubarrota de que aquí se trata, se dió en 14 de Agosto de 1385.

real que se encontraba allí. (1)

»Muerto D. Juan en 91, (1389) (2) su pueblo elevó al trono á su hijo Pedro, (léase Enrique III) y como éste era aun de menor edad, el *marqués*, (3) tío materno de su abuelo el conde, hijo de Alfonso XI, (4) se encargó de su educación y del gobierno. En la actualidad está todavía el joven rey bajo la tutela del marqués). (5)

»Tal es en este momento el estado de las cosas y como los castellanos continúan en guerra con el príncipe, rey de los francos, (6) dejan descansar á los musulmanes. Dios tenga á nuestros hermanos en su santa guardia.»

»El reino de Portugal, situado al oeste de España, al rededor de Lisboa, es pequeño.

(1) Véase mas arriba p 47.

(2) En 1390.

(3) El marqués de Villena.

(4) No era este el parentesco que existía entre el marqués de Villena y Enrique III. Este era hijo de Leonor, hija de Pedro IV de Aragon, hijo de Jaime II. El marqués de Villena (Alfonso) era hijo del infante Pedro y nieto de Jaime II.

(5) El pasaje que está entre paréntesis solo se encuentra en el man. L que contiene la segunda edicion.

(6) Esto era verdad en el momento en que publicó Ibn-Jaldum la primera edicion de su obra pero no cuando hizo la segunda pues á fines del reinado de D. Juan I, en 1388, el duque de Lancaster habia renunciado ya á sus pretensiones al trono de Castilla.

Era antes una provincia de Galicia, hoy su rey es independiente. Está aliado á la familia de los Beni-Alfonso, pero ignoro de qué manera.

»El reino de Barcelona, al este de España, es muy estenso, pues comprende á Barcelona, el Aragon, Xátiva, Zaragoza, Valencia y las islas Cerdeña, Mallorca y Menorca. La familia reinante es de origen franco. La historia de este reino, segun la narracion de Ibn-Hayyan es la siguiente: Los godos de España despues de haber estado bajo el dominio de los francos se insurreccionaron contra ellos, sin embargo, Barcelona pertenecía aun al reino de los francos (1). Cuando Dios reveló el islamismo y los musulmanes comenzaron la conquista de España, los francos irritados contra los godos, rehusaron ayudarles. Destruido el reino de los godos los musulmanes atacaron á los francos, los espulsaron de Barcelona, haciéndose dueños de esta ciudad y pa-

(1) Se advertirá que en el siglo XI quedaban todavía algunas reminiscencias del tiempo en que España se separó de imperio romano y de las guerras que los visigodos tuvieron que sostener contra los francos; mas estos recuerdos es fácil conocer que estaban muy confusos. Sabido es además que en la época de la conquista árábica Barcelona pertenecía á los godos.

sando los desfiladeros llegaron á los llanos donde tomaron á Gerona, Narbona y otras ciudades. Pero hácia el fin del reinado de los Omeyas de Oriente y al principio del de los abasidas hubo una época de abatimiento por haber estallado la discordia entre los árabes españoles. Aprovecháronse de él los francos para reconquistar el pais que habian perdido: adelantáronse hasta Barcelona, reconquistaron esta ciudad cerca de doscientos años despues de la Hegira y pusieron allí un gobernador. Desde entónces formó parte Barcelona de los estados del rey franco de Roma que era entónces Cárlos Magno famoso conquistador. Pero habiéndose introducido mas tarde la discordia entre los débiles reyes de los francos, los señores les disputaron el poder de la misma manera que los musulmanes lo disputaban cuando sus reyes eran débiles. Arrogábanse los gobernadores donde quiera la soberania sobre las provincias confiadas á su custodia y los de Barcelona hicieron otro tanto. Los Omeyas de España al comenzar su imperio tuvieron por norma llevarse bien con estos principes, temerosos de tener que combatir si los atacaban, primero con el rey de Roma, y, luego, con el de Constantinopla; pero Almanzor ibni-ab-Amir habiéndose cercio-

rado de que los barceloneses estaban enteramente separados del reino de los francos, los atacó vigorosamente, saqueó y asoló su país, tomó á Barcelona y la destruyó abrumando á sus habitantes de humillaciones y dolores. El príncipe de Barcelona Borrel, hijo de Suniario, fué tratado como los otros príncipes cristianos de este tiempo. A la muerte de Borrel, sus tres hijos (1) Raimundo y Ermengaudio dividieron entre sí el país de Barcelona; muerto luego el mayor, Raimundo quedó con Barcelona y su hermano Ermengaudio con las fronteras. Ermengaudio fué atacado por Abdalmelic hijo de Almanzor contra el que se había rebelado y después de capitular fué hecho prisionero en la frontera. Más adelante tomó parte en la guerra civil promovida por los bereberes y perdió la vida en la batalla que tuvo lugar en cuatrocientos (25 de Agosto 1009-14 de Agosto 1010) en que los bereberes fueron vencidos. Raimundo, que después de la muerte de su

(1) Solo se conocen dos hijos de Borrel, Raimundo y Ermengaudio: el mismo Borrel en su testamento no cita más que á estos. Ignoramos cual sea el nombre que se encuentra en Ibn-Jaldum (Foloppo, Foloppa ó Foloppo, según los manuscritos). Este nombre podría ser Felipe, pero las vocales de los manuscritos no permiten pronunciar así este nombre, que por otra parte tampoco estaba entonces en uso en Cataluña.

hermano quedó único príncipe de Barcelona, murió después del año 410. (4 Mayo 1019-26 Abril 1020) (1). Sucedióle su hijo Berenguer bajo la tutela de su madre, la que estuvo en guerra con Yahyâ ibn-Mondhir (2) uno de los reyes de las pequeñas dinastías y conquistó también la frontera de Tortosa.

Continuó la corona en la casa de Raimundo. El que reinaba hacia el fin del imperio de los Almohades era Jaime hijo de Pedro, hijo de Alfonso, hijo de Raimundo. Este fué el que reconquistó á Valencia. El que reina ahora se llama Pedro IV, pero su genealogía me es desconocida. Ha comenzado á reinar después del vigésimo año de este siglo (3) y vive aun cuando escribo, pero como es de edad muy avanzada, su hijo es quien gobierna en realidad.

(Pedro ha muerto casi septuagenario en el año de 789. (1387). Sus dos hijos *el duque* (4) y Martin han dividido entre sí los estados de su padre y Martin es el que ha

(1) Compárese con *Bofarull Condes de Barcelona* t. I, p. 214 y siguientes.

(2) El rey de Zaragoza pero creemos que Ibn-Jaldum hubiera debido escribir Mondhir-Ibn-Yahya.

(3) 720 (1320) Pedro IV subió al trono en 1336.

(4) D. Juan, Duque de Gerona, más tarde D. Juan I.

obtenido á Zaragoza (1). Algunos años más tarde (2) ha conquistado la Sicilia, merced á su armada y esta isla le pertenece hoy).

»Dios es el heredero de la tierra y de los que la habitan y él es el mejor de los herederos!»

(1) Sabido es que no fué Martín sino el Duque, es decir, D. Juan I quien sucedió á Pedro IV.

(2) En 1300.

II.

CAUSAS DEL ENGRANDECIMIENTO DEL REINO ASTURIANO, BAJO EL REINADO DE ALFONSO I, Y DEL ORIGEN DE LOS MARAGATOS.

Obsérvase al leer la crónica del Alben-dense y la de Sebastian, que el reino de las Astúrias, muy reducido aún bajo la dominación de Pelayo y de Favila, sucesor suyo, se engrandeció notable y repentinamente en el reinado de Alfonso I, quien, si hemos de creer á las crónicas latinas, arrebató á los musulmanes multitud de ciudades, algunas fortísimas, rechazándolos más allá del Duero, y quizás hasta las orillas del Mondego y del Tajo. ¿Cómo pueden explicarse estas rápidas conquistas? ¿Debíalas Alfonso únicamente á su valor y á la buena estrella de sus armas? Los cronistas cristianos así las

explican; mas nó se concibe por qué especie de milagro el pequeño reino cristiano adquirió de la noche á la mañana, como suele decirse, una superioridad tan grande sobre el vasto y poderoso imperio musulman, si bien es cierto, que á partir de la época en que Alfonso, yerno de Pelayo, subió al trono de Astúrias, encontrábanse casi duplicadas las fuerzas de los cristianos. Era este príncipe, por derecho propio, duque de Cantabria, es decir, del país que, siguiendo la costa, se extiende desde las fronteras orientales de Astúrias hasta las francesas (1) país no subyugado por los musulmanes (2). Aunque reunidos por su advenimiento al trono asturiano los dos estados independientes del Norte fueron más poderosos, no basta sin embargo esta circunstancia á explicar las grandes conquistas de Alfonso, toda vez que, apesar de ellas, entrambos estados cristianos no tenían fuerzas suficientes para luchar con el imperio árabe, que comprendia todo el resto de la península, asegurando las crónicas arábicas, que los asturianos debieron el repentino engrandecimiento de su estado á otras dos causas, á saber; á una guerra civil que estalló entre los musulmanes y á una

(1) Risco.—Esp. Sagr., t. XXXII, págs. 74 80.

(2) Leb., c. 14-13; cron. alb., c. 52.

gran calamidad pública, á una horrible hambre.

Berberiscos y nó árabes eran los conquistadores establecidos en las provincias lindantes con Astúrias. Su dominio se hallaba en todas partes, aún en Galicia, sólidamente establecido, tanto que un antiguo autor arábigo no exagera, al parecer, cuando asegura que bajo el gobierno de Ocba-ibn-al-Hadjádj (734-741) no habia un solo pueblo gallego que no hubiese sido conquistado (1), pues está fuera de duda que una ciudad tan apartada como la antigua Britonia (situada entre Mondoñedo y el rio que lleva el nombre de Eo) fué destruida por los musulmanes (2). Durante el reinado de Alfonso todo cambió de faz.

Largo tiempo hacia que los berberiscos estaban muy descontentos con los árabes, creyéndose, con razon, los verdaderos conquistadores de la península, porque ellos eran los que habian batido al ejército de Rodrigo, mientras que Muza y los suyos llegaron al país en ocasion de que solo faltaba ocupar algunas ciudades dispuestas á rendirse á la primera intimacion, apesar de lo

(1) Ajbar Machmua, fól. 64 v.

(2) Carta de 830.—Esp. Sagr., t. XIII, pág. 21.

cual, cuando se trató de repartir los frutos de la conquista, se atribuyeron la presa del leon, se apropiaron la mejor parte del botín, el gobierno del país conquistado y las tierras más fértiles, y guardando para sí la bella y opulenta Andalucía, relegaron á los compañeros de Tarik á las áridas llanuras de Extremadura y de la Mancha, y á las ásperas montañas de Leon, Galicia y Asturias, donde era necesario estar en continuas escaramuzas con los cristianos mal domados. Poco escrupulosos acerca de lo tuyo y de lo mio, mostraban una extremada rigidez cuando se trataba de los berberiscos, á los cuales, cuando expoliaban á los que se habian rendido por capitulacion, hacian sufrir el látigo y la tortura, dejándoles luego que se pudriesen, cargados de cadenas y cubiertos de miserables andrajos, en el fondo de inmundos é infectos calabozos (1).

Hallábanse los árabes muy irritados contra los berberiscos de España, cuando entre los de Africa, á quiénes aquellos oprimian de una manera muy cruel, estalló una insurreccion política y religiosa que encontró en la península un eco prodigioso, hasta el punto de que, acogiendo con los brazos

(1) Isid., c. 44.

abiertos á los misioneros no conformistas venidos de Africa para predicarles y excitarles á tomar las armas y exterminar á los árabes, secundando á los africanos, dieron el grito contra ellos, cuyo grito se propagó por todo el Norte, á excepcion del distrito de Zaragoza, único en esta region donde estaban en mayoría los árabes, á quienes batieron y rechazaron en todas partes. En seguida los berberiscos de Galicia, Mérida, Coria, Talavera y otros lugares se reunieron y marcharon juntos contra el Mediodía, pero batidos á su vez, fueron cazados á ojeo como bestias salvajes. Diezmados por la espada y más aún por el hambre que desde el año 750 á 755 (1) asoló á España, resolvieron abandonarla y reunirse con sus contributos que permanecian en Tánjer, en Acila y en otros puntos de la costa africana, embarcándose en la provincia de Sidonia, y por encontrarse los buques destinados á trasportarles en el rio Barbate, los musulmanes llaman desde entónces á aquellos desastrosos años, los años del Barbate (2).

Aprovechándose de esta emigracion los

(1) Isid., c. 76.

(2) La antigua traduccion española de Razi, (pág. 38,) explica ésta expresion de una manera diferente. Hémos seguido al Ajbar Madjmua y á Ibn-Adhári.

gallegos, se insurreccionaron en masa contra sus opresores desde el año 751; reconocieron á Alfonso por su rey, y secundados por él, destrozaron á una gran parte de sus enemigos, obligando á los demás á retirarse á Astorga. En el pais abandonado por los musulmanes apénas quedó huella de su dominio, y los indijenas que por diferentes razones habian abrazado el islamismo, tibios aún en su nueva fé, se dieron prisa á ampararse de nuevo bajo la bandera de la Iglesia, tan luégo como vieron á la Cruz triunfante (1). En el año 753 (2) los berberiscos debieron retirarse más aún hácia el Mediodía; desalojaron á Braga, Porto y Viseu, dejando libre toda la costa hasta más allá de la embocadura del Duero, y retrocediendo siempre y no pudiendo mantenerse en Astorga, ni en Leon, Zamora, Ledesma y Salamanca, se replegaron sobre Cória ó quizás sobre Mérida, por más que muchos de ellos permanecieron siempre en los alrededores de Leon, y especialmente en los de Astorga. Más al Este abandonaron á Saldaña, Simancas, Segovia, Avila, Oca, Osma, Miranda de Ebro, Cenicero y á Alesanco, ám-

(3) *Ajbar Madjmua*, folio 73 v.

(4) *Id. id.*, y *Ibn-Adhari*, t. II, págs. 38-39.

bas en la Rioja, siendo desde entónces las principales ciudades fronterizas del pais musulman consideradas de Oeste á Este: Coimbra sobre el Mondego, Coria, Talavera y Toledo sobre el Tajo, Guadalajara, Tudela y Pamplona.

Hé aquí cómo una gran parte de España quedó libre del imperio musulman, que sólo duró unos cuarenta años. La guerra civil y la terrible hambre de 750, más que las armas de Alfonso, consiguieron este resultado; engañanse, pues, los cronistas cristianos al atribuir á este rey la conquista de las ciudades nombradas, que mal puede haber conquista donde no hay resistencia. Los musulmanes habian abandonado estas ciudades, y los indígenas que aún quedaban en ellas recibieron á su rey cristiano, correligionario y compatriota suyo, con los brazos abiertos.

Alfonso se aprovechó muy poco de las ventajas obtenidas, recorriendo el pais abandonado y pasando á cuchillo á los escasos musulmanes que encontró, y léjos de poseionarse de él le robó sus habitantes, que llevó consigo cuando volvió á sus estados. La razon de esta conducta salta á la vista. Hubiérase necesitado un gran número de siervos y de trabajadores para cultivar un pais

tan extenso, y como el hambre había arre-
tado á las Astúrias, así como á las demás
provincias de España, multitud de hombres,
apénas conservaban los magnates del Nor-
te número suficiente para cultivar sus
propias tierras, y además, aunque así
no fuese, todavía hubiera sido necesario
proveer con fortalezas á la defensa del
pais, y como los musulmanes, en su
afán de no dejar á sus enemigos más que
ruinas, las habían desmantelado ó destruido
antes de partir, hubiera sido preciso mucho
tiempo y mucho dinero para reconstruirlas,
teniendo en su consecuencia que conten-
tarse el rey Alfonso con tomar posesion de
los distritos más cercanos de sus antiguos
dominios, que eran la Liebana, es decir,
el S. O. de la provincia de Santander, Casti-
lla la Vieja, llamada entónces la Bardulia,
la costa de Galicia y acaso la ciudad de Leon.
Lo demás no fué más que un desierto du-
rante mucho tiempo, desierto que formaba
una barrera natural entre los cristianos del
Norte y los musulmanes del Mediodia. Ciu-
dades importantes tales como Astorga y Tuy
no fueron repobladas hasta después del año
850 bajo el reinado de Ordoño I.

Por lo demás, este gran pais no quedó
completamente deshabitado. manteniéndose

durante más de un siglo los berberiscos en
las cercanías de Astorga y de Leon, separa-
dos por una vasta soledad de los musulma-
nes del Mediodia, hecho comprobado por los
nombres de los testigos que figuran en las
cartas de estas dos ciudades, nombres en su
mayor parte musulmanes, que jamás se
encuentran en las otras cartas del Norte á
excepcion de las de Castilla. Tales nombres
son árabes en su mayoría, segun la conocida
cortumbre berberisca de tomarlos de la len-
gua arábica, aunque algunos, como Taurel
y December, son de puro origen berberisco.
El primero de estos nombres lo es á no du-
darlo, y así se llama el abuelo del berberis-
co Dhu-n-nun; en cuanto al segundo no
sé de árabe ni de cristiano que lo haya usa-
do jamás, aunque creo que el Avalfeta, hijo
de December y el December hijo de Abul-
frelí, nombrados en las cartas de Leon, eran
de aquel origen. Por lo demás, hoy, aun
cuando la palabra December no se emplea
como nombre propio en la Cabylia, no por
esto deja de ser posible que se usára en otro
tiempo por hombres de raza berberisca, se-
gun la opinion de uno muy entendido á quien
mi buen amigo el Sr. Slane consultó sobre
esta materia, el cual le dijo que ellos ha-
bían empleado siempre nombres romanos

para designar la época de lasiembray la dela recoleccion, y que estos nombres pueden muy bien haber sido empleados como propios, del mismo modo que se emplean como tales en la actualidad los de los meses árabes, como por ejemplo: Redjeb, Chabán y Ramadhán.

Los cristianos del Norte, que sentian un ódio instintivo hácia estos berberiscos de Astorga y de Leon, dieron al pais que habitaban y que formaba parte de los campos góticos, el nombre de Malacutia ó Malagotia. Esta poblacion, parte de la cual á causa de su mezcla con los indígenas habia abrazado el cristianismo, tampoco dejaba á su vez de inquietar á los asturianos. En el año de 784 estos montañeses de Malacutia, como les llama una crónica, estos extranjeros y muchos falsos cristianos, á las órdenes de Mahmud, (1) ministro del demonio é hijo de per-

(1) Annal. Comp'ut: «In Era DCCCXXII exierunt foras Montani de Malacouria (léase Malacoutia), et venerunt ad Castellam.» Esta noticia se halla reproducida en los Anal. Toledanos I, donde debe leerse Era DCCCXXII en vez de Era DCCCXXVI y donde el nombre de *Malacoutia* está convertido en *Malacuera*. Concilio de Oviedo, c. II, (Esp. Sagr. t. XXXVII p. 300): «Surrexerunt namque alienigenæ et plerique falsi christiani cum duce Mahamut, ministro diaboli, et filio perditionis, tum temporis principante Asturiensibus christianis Mauregato.»

La autenticidad de este documento ha sido rotundamente

dicion, segun la expresion de otro documento, salieron de su pais é invadieron primero la Castilla y luego las Astúrias, donde á la sazón reinaba Mauregato, lograron llegar hasta la iglesia de San Pedro, en las inmediaciones de Oviedo; pero yá allí, empeñada la batalla, fué la victoria ardientemente disputada, muriendo por ámbas partes multitud de soldados, hasta que al fin Mauregato puso en fuga á los enemigos, persiguiéndolos hasta el rio Miño, en cuyas aguas encontraron la muerte, pereciendo otros muchos en la huida.

Curioso por demás sería saber las relaciones que ligaron á cristianos y berberiscos

negada por unos y defendida por otros con apasionamiento. De ambas partes han presentado argumentos muy plausibles y es necesario reconocer que este fragmento contiene al par que signos evidentes de falsedad, datos completamente exactos que no hubiera podido inventar un falsario del siglo XII. La verdad, á nuestro juicio, está entre ambos extremos y el documento en cuestion no es completamente falso ni completamente auténtico, es una especie de falso mosaico compuesto de actas de un concilio más ó ménos alteradas y de fragmentos interpolados de un discurso pronunciado por el rey Alfonso II al fin de este concilio. Estos últimos fragmentos (de que nos hemos servido en el texto) se encuentran en los párrafos 6.º (nótese que el interpolador de Sampiro pone parte de estas palabras en los lábios del rey) 10.º (donde las palabras *quam Dominus elegit Metropolitanam et videlicet Asturiis* son interpolaciones) y el 11.º (donde *de invasore regni adefonsi Casti* es una glosa).

cuando aquellos poblaron á Astorga y á Leon. De esta materia no poseemos otros datos que las deducciones que puedan sacarse de las cartas, las cuales hacen pensar si, no habiendo encontrado los cristianos resistencia por parte de los berberiscos, dejarían á estos en posesion de sus bienes, como parece indicarlo el poseer castillos segun lo que se refiere en una carta leonesa del año 916 que dice: «In rivulo Ceja subtus Castro de Abatub (léase Abaiub).» El cristianismo fué probablemente la religion dominante entre ellos, aunque el islamismo tambien tuviese sus sectarios. En 1020, se encontraban aún musulmanes en Leon, ó al ménos en la cercania de esta ciudad; pues su fuero dado por Alfonso V, dice (Art. 22): «Servus qui per verídicos homines servus probatus fuerit, tam de cristianis quam de agarenis, sine aliqua contentione detur dominio suo.» Es asimismo curioso observar cómo los berberiscos que habian abrazado el cristianismo, conservaban sus nombres musulmanes, llevándolos aún sus sacerdotes, segun resulta de las cartas: Mahamudi, el diácono: Marvanus el diácono, Aliaz el sacerdote, Méliki el sacerdote, Kazzem el sacerdote, Hilal el abad, Aiuf el sacerdote, Agegi el sacerdote, etc.

Diez siglos han trascurrido desde la épo-

ca en que estos berberiscos se sometieron á la autoridad de un rey español, y sin embargo, sus descendientes permanecen separados hasta hoy del resto de los habitantes de la península. Tales son los *Maragatos*, que viven al S. O. de Astorga en un pais árido, ingrato y pedregoso, conservando nó solo el nombre de sus antepasados (porque el de Maragatos es una ligera alteracion del de Malagoutos), sino sus costumbres y su modo de vestir, que apénas difiere del que llevan al presente los berberiscos de Africa. A escepcion de una pequeña coleta que dejan crecer en la parte posterior de la cabeza, llevan ésta afeitada, como sus antepasados del siglo VIII, cuando abrazaron las doctrinas no conformistas y se sublevaron contra los árabes, que se apellidaban ortodoxos. En esta singular y notable poblacion de *arrieros* todos llevan el sello de un origen extranjero, y aunque olvidados de la lengua de sus mayores, sus habitantes no hablan correctamente el español, tienen la pronunciacion tan dura, tan lenta y tan embarazosa que al oír á un maragato, cualquiera se figuraría estar oyendo á un alemán ó á un inglés que empezase á hablar en castellano.

III.

DE LAS GUERRAS QUE TUVO QUE SOSTENER
ALFONSO II CONTRA LOS SULTANES
HICHAM I Y HACAM I.

Los cronistas musulmanes Ibn-Adahri, Nowairi é Ibn-Jaldum (en su capítulo sobre los Omeyas de España), traen ciertas circunstancias particulares sobre estas guerras que será de gran utilidad dar á conocer; pero antes nos vemos obligados á entrar en algunos detalles acerca de la historia de Asturias en esta época, época muy oscura y que es necesario en cierto modo adivinar.

Después de la muerte de Silo, que no dejó hijos, su viuda Adosinda en vez de tomar el velo, como debía hacerlo la viuda de un rey con arreglo á una antigua costum-

bre á que habia dado fuerza de ley (1) un decreto conciliar, procuró conservar el poder haciendo proclamar á su sobrino Alfonso, segundo de su nombre, salido apenas de la niñez, á cuya sombra pensaba gobernar por sí misma. Pero sus esperanzas fracasaron. Un gran número de magnates y de obispos quisieron dar la corona á Mauregato, su hermanastro, habido por Alfonso en una sierva. Mauregato venció y obligó á su competidor á ir á buscar un asilo á Alava, en casa de la familia de su madre y Adosinda entónces, muy contra su voluntad, se vió obligada á ir á tomar el velo en el claustro de S. Juan de Pravia (26 de Noviembre de 785), (2) en donde reposaba su marido que lo habia fundado. (3).

Alfonso no volvió á Asturias hasta después de la muerte de Mauregato. En Octubre de 789 (4) fué proclamado rey por segun-

(1) Véase Florez, t. I, p. 53 y el tit. 5 del concilio XIII de Toledo.

(2) Véase la carta de Eterius y de Beatus á Elipando, de la que cita Florez un fragmento (*Esp. Sagr.* t. V, p. 339) y Risco *Esp. Sagr.*, t. XXXVII, p. 124.

(3) Véase *Esp. Sagr.*, t. XXXVII, p. 117, 118 y Sebastian, c. 18.

(4) Sabido es que la época en que comenzó á reinar Alfonso II es muy dudosa. Risco (*Esp. Sagr.* t. XXXVII p. 132, 133, 150, 151) ha discutido muy por estenso pero sin gran re-

da vez, pero no habia aún reinado dos años cuando muchos grandes, sin que se sepa con qué razon ó pretexto, se levantaron contra él y proclaron rey á uno de sus parientes llamado Bermudo, apesar de ser este un hombre de Iglesia, un diácono. Los grandes triunfaron: Alfonso fué encerrado en un cláustro (1) y Bermudo reinó en su lugar.

El tal diácono aunque piadoso, clemente y magnánimo, al decir de los cronistas,

sultado las diferentes fechas; la de la muerte de Alfonso nos parece cierta; el 20 de Marzo de 842. Esta fecha, que se encuentra en un calendario de Oviedo y en un martirologio de esta ciudad, (Véase Risco p. 151) merece, á nuestro juicio, completa confianza, pues resulta del martirologio que el día de la muerte de Alfonso era fiesta aniversaria en Oviedo, y como los cronistas están de acuerdo en atribuir á este rey un reinado de 58 años, cinco meses y algunos días (diez y ocho, diez y siete ó trece) debe haber comenzado á reinar en el mes de Octubre (el dos, el tres ó el siete) del año 789, en el cual murió Mauregato, segun se lee en la edicion que Sandoval ha dado de la crónica de Sebastian: la de Florez trae 788, pero es un error pues el mismo Sandoval dice que Mauregato reinó seis años y que Silo, su antecesor, habia muerto en 783; por otra parte, es claro que los que conceden á Alfonso II un reinado de 52 años no cuentan á Bermudo entre los reyes y lo consideran como un usurpador, lo que era realmente; su nombre tampoco se encuentra en las tres listas de estos reyes, en la del *Cron. Complut.*, la del *Cron. ex hist. Compost. códice* y la de *Ibn-Jaldum*.

(1) Chron. Albed., c. 58.

era un mal capitán y tuvo la desdicha de comenzar su reinado cabalmente en la época en que los árabes se pusieron á atacar vigorosamente á los Asturianos á quienes hasta entónces casi habian dejado en completo reposo. Ocupaba á la sazón el trono de Córdoba el virtuoso Hicham I que consideraba la guerra santa como uno de sus más sagrados deberes. Firmemente decidido á no dar paz ni sosiego á los asturianos, envió en el año 791 dos ejércitos contra ellos, uno mandado por el viejo cliente Omeya Abu-Othmán, que debia atacar á Alava y Castilla, y otro á las órdenes de Yusuf Ibn-Bojt que operase contra la frontera occidental del reino de Bermudo. Ambos generales consiguieron grandes ventajas; Abu-Othmán derrotó completamente á los cristianos y cortó nueve mil cabezas; Yusuf presentó batalla al mismo Bermudo, lo derrotó, saqueó su campamento y degolló á diez mil cristianos. (1).

Mientras Bermudo se dejaba batir, Alfonso fué sacado de su prision por alguno de sus partidarios y entonces Bermudo que ha-

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 65 (este autor refiere estos acontecimientos por el año 792). Véase tambien á Nowairi, p. 446, é Ibn-Jaldum.

bia llegado á convencerse de que no tenia las dotes militares que las circunstancias exigian, cayó de repente en la cuenta de que no podia ser rey por haber recibido las órdenes (1), y abdicó en favor del que habia destronado, viviendo durante el resto de su vida en perpétua inteligencia con él (2).

Alfonso II tuvo muy luego que defenderse contra los árabes. En el año 794, Hicham envió contra él dos ejércitos, uno que debia atacar á Alava y Castilla y otro la frontera del oeste, siguiendo en ésto su táctica ordinaria que era obligar al enemigo á dividirse acometiéndole simultáneamente por dos puntos distintos. Dos hermanos, Abdal-Carim y Abdalmelic, hijos de Abd-al-Wahid ibn Moghith, mandaban los dos ejércitos. Abd-al-Carim solo hizo una *razia*, pero su hermano se apoderó de la capital de Alfonso y la destruyó despues de haberla saqueado. Su ejército, no obstante, fué desgraciado en la retirada, pues extraviados los guias, tuvo que errar á la ventura por las montañas perdiendo muchas armas, monturas y soldados. (3)

(1) *Reminiscens ordinem sibi impositum diaconi*, Sebastian, c. 20.

(2) Sebastian, c. 20, Crónica Abeld, c. 57.

(3) Nowairi. Véase tambien Ibn-Jaldun por el año 178.

Asi es como los historiadores musulmanes refieren esta campaña y aunque no confiesan su derrota no niegan que aquella tuvo un resultado funesto; los cronistas cristianos, en cambio, nos enseñan que Alfonso atacó y derrotó al ejército musulman en su retirada en un lugar que, por estar ordinariamente lleno de barro, llevaba el nombre de Lutos ó Lutis, y añaden que en este combate fué muerto el general enemigo. (1). Segun una tradicion que se conserva en Asturias, Lutos estaba situado cerca de la Narcea, entre Tineo y Cangas (de Tineo), lugar que aun hoy se llama *Llamas del Mouro, el barrizal del Moro*, y en las cercanias hay un campo llamado *campo de la mantanza* (2). Por los demás, los escritores cordobeses se esfuerzan en ocultar las pérdidas sufridas por el ejército musulman y el cronista cristiano, Sebastian de Salamanca, las pondera sin duda al elevarlas á cerca de sesenta mil hombres, siendo tambien cosa digna de observarse que los analistas lati-

(1) Sebastian, c. 21, *Chron. Abeld.*, c. 58. Sebastian llamo al general árabe *Mokehit*. Siendo Moghith segun se ha visto el nombre del abuelo del general, este llevaba el nombre de Ibn-Moghith, que era por decirlo así su nombre de familia

(2) Véase á Carvallo citado por Risco, *Esp. Sagr.* t. XXXVII, p. 156.

nos pasan prudentemente en silencio la toma de la capital donde residia Alfonso.

¿Cuál era esta capital? No era Cangas de Onis, ni Právia, pues aunque los reyes asturianos habian residido alternativamente en estas ciudades, nada indica que los musulmanes despues que Pelayo los arrojó de Asturias, se hubiesen apoderado de ninguna de ellas. Creemos que se trata de Oviedo, fundada por monges y por el rey Fruela I. En el año 761 el terreno, entonces inculto, sobre que ahora se asienta habia fijado la atencion del sacerdote Máximo. Sus aires eran sanos y la tierra solo pedia un poco de cultivo para dar ciento por uno. Incitados por estas favorables condiciones, Máximo se dedicó á desmontar el suelo y secundado por los monjes, su tío el abad Fromistan y sus siervos edificó sobre la montaña una iglesia y un convento (1). Luego el rey Fruela que desde el principio habia tomado un vivísimo interés en esta empresa, colocó siervos sobre otros terrenos todavía incultos (2) y man-

(1) Véase el testamento de los monges, del año 781 en la *Esp. Sagr.* t. XXXVII, p. 309-311.

(2) Pobló á Oviedo, dice el antiguo traductor de la crónica de Rodrigo de Toledo, (*Esp. Sagr.* t. XXXVII, p. 100).

dó edificar la iglesia llamada *del Salvador* en la que hizo colocar doce altares consagrados a los doce apóstoles (1). Oviedo parece pues haber sido la residencia ordinaria del rey; y en ésta capital fué donde nació su hijo Alfonso, segun este mismo lo atestigua en una donacion que hizo á la iglesia del Salvador (2): En este suelo he nacido; en este templo he sido regenerado con las aguas del bautismo». Fruela dotó ricamente en su testamento á la iglesia que habia edificado (3) y en ella fué enterrado con su esposa (4). Ninguno de sus inmediatos sucesores pertenecientes á las otras ramas de la familia real se sabe que vivieran en Oviedo; está averiguado que Silo y Muregato residian en Pravia donde fueron enterrados (5); pero todo induce á creer que Alfonso en cuanto tomó posesion del reino fijó su residencia en su ciudad natal hácia la que sentia especial predileccion. Esta ciudad fué la tomada y destruida por los árabes en 794, y aunque los cronistas cris-

(1) Véase la inscripcion hecha colocar por Alfonso II en la Iglesia del Salvador (*Esp. Sagr.*, t. XXXVII, p. 140).

(2) *Esp. Sagr.*, t. XXXVI., p. 313.

(3) Véase la carta de Alfonso, *Esp. Sagr.* t. XXXVII, p. 313.

(4) Sebastian, c. 16.

(5) Véase *Chron. Albeld.*, c. 55; Sebastian, c. 18, 19.

tianos guarden completo silencio acerca de este punto, el hecho está fuera de toda duda por el testimonio del mismo Alfonso, que en una inscripción que hizo colocar en la iglesia del Salvador dice, que había reconstruido esta iglesia después de haber sido destruida en parte por los paganos (1), testimonio que concuerda en todo con el texto de Nowairi, el cual hace constar expresamente que el ejército de Ibn-Moghith destruyó las iglesias de la residencia del rey (2).

Hicham, para reparar el fracaso experimentado, envió en el año siguiente de 795 un ejército muy numeroso contra Asturias bajo el mando de Abd-al-Carim, quien

(1) *Esp. Sagr.*, t. XXXVII, p. 140.

(2) Risco que desconocía el texto de Nowairi ha pensado (*Esp. Sagr.*, t. XXXVII, p. 183) que la inscripción de Alfonso se refiere á la expedición de los berberiscos, de los maragatos de que se trata en las actas del concilio de Oviedo, y que se verificó en el reinado de Maurgato. Esta opinión es fácil de refutar. En primer lugar, solo algunos de los agresores eran musulmanes, los otros eran cristianos, ó al menos lo eran bastante para no profanar ó destruir una iglesia; en segundo lugar de ningún modo resulta de las actas del concilio que los maragatos se hubiesen apoderado de Oviedo: la ciudad corrió ciertamente un gran peligro (*gladius furoris imminēbat Oveto*), pero antes de que los maragatos hubiesen podido apoderarse de ella, Maurgato los había derrotado á alguna distancia de la ciudad.

tenía que vengar la muerte de su hermano. (1). Todo parecía pronosticar que los árabes iban á tomar una revancha completa; y como Alfonso no se sentía bastante fuerte para resistirlos llamó en su ayuda á los vascos y á los aquitanios. Aquitania formaba entonces, como es sabido, un reino aparte, dado por Carlo-magno á su hijo Luis (el piadoso) y como en este tiempo los francos se hallaban también en guerra con Hicham, existía entre ellos y los asturianos una estrecha alianza. Alfonso consideraba al poderoso Carlo-magno como su protector natural y se llamaba cliente suyo en las cartas que le dirigía. (2).

Cuando llegaron sus aliados, Alfonso escalonó sus tropas en las montañas que se extienden desde la sierra de Covadonga hasta la bahía que separa Asturias de Galicia, después de haber ordenado á los habitantes de las llanuras que fuesen á ponerse en seguridad en las más altas montañas de la costa. Su propósito era, á lo que parece, atraer los invasores al interior del país, para atacarlos en el momento preciso

(1) Nowairi é Ibn-Jaldum se engañan al nombrar á Abdal-Melic en vez de Abd-al-Carim, ibn-Adhari cuyo relato es más detallado y exacto no incurrió en este error.

(2) Véase á Einhard, *Vita Karoli Magni*, c. 15.

en que se internasen en las quebradas; pero tenia que habérselas con un general circunspecto. Abd-al-Carim que se habia informado, quizás por los maragatos, de las disposiciones del enemigo, tuvo la precaucion al abandonar á Astorga, de llevar una descubierta exploradora compuesta de cuatro mil caballeros á las órdenes de Faradj Ibn-Kinâna, el cual tropezando muy pronto con un destacamento de cristianos, que á lo que parece estaba á la entrada de un desfiladero, lo atacó y lo obligó á emprender la huida. Los musulmanes hicieron en este encuentro muchos prisioneros, pero el general en jefe que no quiso conservarlos, temiendo que dificultasen su marcha, dió la bárbara orden de degollarlos á todos. Despues ordenó á sus caballeros que hiciesen correrias por el pais, lo cual ejecutaron talando los campos é incendiando las aldeas.

Los musulmanes llegaron en seguida á un rio llamado Narcea ó Trubia (1), donde encontraron á Gundemaro (2) que con tres

(1) El man. de Ibn-Adhâri dice Carcea; esto es una falta, pero podría leerse lo mismo Barcea, que Tarbea.

(2) En Ibn-Adhâri este nombre es Godescharo, pero como tal nombre no existe que sepamos, leemos Gondemaro, Gonde-maro. En una carta de Alfonso II del año 842 (*Esp. Sagr.*, t.

mil caballeros quiso atajarles el paso; les atacaron, mataron un gran número de ellos, dispersaron á los demás y cogieron prisionero al mismo Gundemaro (18 de Setiembre de 795).

Abd-al-Carim, siguiendo su marcha victoriosa, llegó junto á una montaña donde estaba Alfonso con el grueso de sus fuerzas. El rey no esperó al enemigo, se retiró al principio á una fortaleza construida por él á orillas del Nalon (1) al sur de Oviedo, luego á otra que era su residencia ordinaria, segun un cronista árabe, es decir, á Oviedo. Abd-al-Carim pudo, pues, sin necesidad de llegar á las manos, ocupar la fortaleza situada sobre el Nalon, donde encontró considerables provisiones y muchos objetos preciosos que Alfonso no habia tenido tiempo de recoger. Al dia siguiente dió á Faradj orden de ir á atacar á Oviedo con un cuerpo de diez mil caballeros; mas como la reparacion de las murallas de esta ciudad no estaba aun lo bastante adelantada para ponerla al abrigo de un golpe de mano, Alfonso la abandonó á los enemigos que en-

XXXVII, p. 315) se encuentra entre los nombres de los testigos el de Gundemarus, que es quizás el mismo.

(1) En Ibn-Adhari debe leerse Balon en vez de Nalon.

contraron en ella un opulento botin.

Segun parece, los musulmanes no penetraron mas en Asturias, en la creencia sin duda de que debian contentarse con los brillantes resultados obtenidos. Además, se aproximaba el invierno, y en aquel tiempo las campañas finalizaban en esta estacion; contribuyendo quizás tambien á la resolucion de los musulmanes de no continuar su marcha hácia el norte, el rudo golpe que sufrió una de sus divisiones en otra parte del pais. Abd-al-Carim verificó, pues, su retirada sin que durante ella, al menos que se sepa, fuera molestado por los cristianos. (1).

Por legítimo que sea el interés que inspieren esos montañeses que defendian valerosamente su independencia contra las fuerzas infinitamente superiores del sultan de Córdoba, séanossin embargo lícito dudar que á la larga su valor hubiese bastado para resistir la poderosa energia de Hicham I. Tres veces habia sido invadido su pais en el breve espacio de cinco años, dos veces habia sido tomada y saqueada su ciudad, y en la última campaña habian sufrido grandes

° (1) Ibn-Adhari, t. II, p. 66, 67; Nowair; véase tambien á Ibn-Jaldum por el año 179.

pérdidas, apesar del socorro que le habian prestado vascos y aquitanios. Felizmente para ellos, Hicham sobrevivió pocos meses á la brillante campaña de Abd-al-Carim; su hijo Hacam I, que le sucedió, deseando seguir las huellas de su padre, envió tambien á Abd-al-Carin á Galicia al principio de su reinado (en 796) (1); pero muy poco despues tuvo que acudir á su propia defensa contra dos tios suyos, que le disputaban la corona y que habian celebrado una alianza con el formidable Carlo-magno. Alfonso entró tambien en esta coalicion: era demasiado buena la ocasion que se le presentaba de tomar la revancha para no aprovecharla, y se vengó á su sabor; despues de atravesar con su ejército el vasto pais inculto que separaba las fronteras musulmanas de las suyas, atacó á Lisboa, se apoderó de ella y la entregó al saqueo. Característica por demás fué la manera que tuvo de participar su triunfo á Carlo-magno: hizole ofrecer por dos magnates, siete musulmanes de distincion con sus armas y sus mulos (2).

Llegó un dia en que Hacam se halló en estado de volver á tomar la ofensiva. Los

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 70, 71; Novari; Ibn-Jaldum.

(2) Einhardi Annal. año 798; Poete Saxo.

cronistas cristianos hablan de la campaña verificada en el año 816, y Sebastian (c. 22), dice sobre este punto: «En el año trigésimo primero del reinado de Alfonso, dos ejércitos musulmanes marcharon contra Galicia; uno mandado por Alhabbez, y otra por Melih, ambos corejschitas. Los dos ejércitos entraron denodadamente en el país, pero pagaron cara su audacia, pereciendo uno de ellos en un sitio llamado Nahalon y otro en el río Anceo.» El colocar Sebastian esta campaña en el año treinta y uno del reinado de Alfonso, ha dado lugar á que se crea que ocurrió en el año de 820; pero los historiadores árabes Ibn-Adhari (t. II, p. 76, 77), Nowairi é Ibn-Jaldun, la creen ocurrida en el año 200 de la hejira, 816 de J. C. Vamos á limitarnos á traducir aquí el relato de Ibn-Adhari, que es el más detallado de todos. «En el año 200, dice este cronista, Hacam dió orden á su visir Abd-al-Carim ibn-Moghith de ir á atacar el país de los politeistas. Llegó este visir hasta el riñon del país, arruinó los sembrados, taló los trigos, destruyó las casas y los castillos hasta asolar por completo todos los pueblos del Wadí-Aron. Habiendo llamado el rey, (Dios le maldiga), sus súbditos á las armas, llegaron los cristianos de todos lados y se establecieron en el río

de Aron (nahr Aron), frente á los musulmanes. Al día siguiente Abd-al-Carim y sus soldados quisieron pasar el río por un vado, pero los infieles se opusieron á ello y los combatieron en todos los puntos vadeables. Los musulmanes entonces se condujeron como hombres que querian ganar el Paraiso, pero fueron rechazados y los infieles consiguieron atravesar el río. Los musulmanes entonces los atacaron con vigor, los rechazaron á los desfiladeros y haciéndoles retroceder hácia los sitios por donde no podia pasarse, mataron un número infinito de ellos á lanzazos y cuchilladas. Sin embargo, la mayor parte de ellos perecieron en el río donde al caer, se ahogaban unos á otros. Despues de combatir con lanzas y con espada se apedrearon. Terminado el combate se pusieron centinelas junto á los pasos vadeables y se fortificaron detrás de las empalizadas y los fosos.» (Nowairi é Ibn-Jaldun añaden que los dos ejércitos permanecieron á la vista trece dias durante los cuales peleaban diariamente). «Luego comenzaron las lluvias, los infieles carecian de víveres y los musulmanes tambien; por tanto Abd-al-Carim verificó su retirada, y el ocho de Dhu'l-cada (8 de Junio de 816) volvió á entrar victorioso en la capital».

Esta detallada narracion prueba que los asturianos no conseguirian en las orillas del Naharon ventajas tan grandes como Sebastian pretende hacer creer; acaso fueron más felices peleando á las orillas del Anceo contra el otro ejército. Los cronistas musulmanes callan sobre este punto, y su silencio es muy significativo.

IV.

MAHMUD DE MÉRIDA.

Sebastian (1) y la crónica de Albelda (2), traen las siguientes noticias acerca de este personaje:—Mahmud era un habitante de Mérida, que despues de estar largo tiempo

(1) Subsequente itaque hujus regni tempore adveniens quidam vir nomine Mahzmúth fugitivus á facie Regis Cordubensis Abderrahman, cui rebellionem diuturnam ingesserat, civis quodam Emeritensis, susceptus est clementia regia in Gallæcia, ibique per septem annos moratus est: octavo vero anno aggregata manu Sarracenorum convicinos prædavit, seque tutandum in quodam Castellum, quod vocatur Sancta Cristina, contulit. Quod factum ut regalibus auribus nuntiatum est, præmovens Exercitum, Castellum in quo Mahumuth erat, obsedit, acies ordinat, Castellum bellatoribus vallat, moxque in prima congressione certaminis famosissimus ille bellatorum Mahzmúth occiditur, ejus caput Regis aspectibus præsentatur, ipsumque castrum invaditur, invaditur, in quo fe quinquaginta millia Sarracenorum, qui ad auxilium ejus ab Hispania confluxerant detruncantur, atque feliciter Adefonsus victor reversus est in pace Ovetum. Continuando este reinado, cierto va-

en continua rebelion contra su soberano Abderraman II, se vió por último precisado á emprender la fuga, yendo á buscar un asilo cerca de Alfonso II. Este le tomó bajo su proteccion y durante siete años todo marchó bien, pero como al octavo aquel se entregase á saquear á sus convecinos, al frente de una partida de musulmanes, y se guareciese del castillo de Santa Cristina, D. Alfonso le puso sitio, y Mahmud pereció en el primer asalto; el castillo cayó en poder del rey y los musulmanes que lo defendian fueron pasados á cuchillo.

Nowari é Ibn-Jaldum, refieren los hechos casi del mismo modo, pero dan más pormenores sobre este Mahmud, cuyo padre

ron advenedizo, de nombre Mahzmuth, fugitivo de la presencia del rey de Córdoba Abderrahman, contra quien se había rebelado diariamente, ciudadano en otro tiempo de Mérida, fué recibido por la clemencia del rey en Galicia y allí vivió siete años; más al octavo, uniéndose á la tropa de los sarracenos, saqueó á sus convecinos, y para refugiarse se marchó á cierto castillo que se llama de Santa Cristina. Cuyo hecho luego que llegó á oídos del rey, poniendo en movimiento el ejército, cerca el castillo en que estaba Mahzmuth, ordena las filas, rodea el castillo de guerreros é inmediatamente al primer ataque es muerto aquel Mahzmuth, famosísimo entre los combatientes, cuya cabeza es presentada á la vista del rey, y es invadido el mismo campamento, en donde son decapitados cincuenta mil sarracenos que habían venido de España en su auxilio, y felizmente Alfonso volvió victorioso en paz á Oviedo. (Sebastiani Chronicon nomine Alfonsi tertii recens vulgatum,

se llamaba Abd-al-djabbar y acaso pertenecía á una familia de renegados, punto sobre el cual nada nos atrevemos á afirmar, porque en los frecuentes disturbios ocurridos en Mérida, de los que tenemos muy pocos datos, parece que á los berberiscos tocó llevar mejor parte que á los renegados. Más, sea de esto lo que quiera, hé aquí lo que refieren los dos cronistas árabes anteriormente citados.

Habiéndose insurreccionado los habitantes de Mérida y dado muerte á su gobernador, el sultan Abderraman II envió contra ellos un ejército en 822. Sometiéronse por entónces y consintieron en dar rehenes, más cuando se pretendió destruir sus mu-

tomado de la España Sagrada del P. Florez, traducido por don Ramon Cobo Sampedro, y publicado en la Revista de Filosofia, Literatura y Ciencias de Sevilla, año de 1870, t. II, págs. 536 y 537.) N. de T.

(2) Suoque tempore quidam de Spania nomine Mahamut á Rege Cordobense fugatus cum suis omnibus Asturias ab hoc principe est susceptus. Posteaque ad rebellium in Gallæcia in Castro Sanctæ Cristinae perversum, ibidem cum hic Rex prælio interfecit; Castrumque ipsum cum omnibus rébus suis cepit. —En tiempo de este príncipe un tal Mohamed de España, que huía del rey de Córdoba, fué recibido por él con todos los suyos; pero habiéndose rebelado más tarde en el castillo de Santa Cristina, lo mató allí Alfonso en un combate, cayendo en su poder el mencionado castillo con cuanto en él había. (Obra citada, t. III, año 1871, p. 448. Cronica Albeldense, traduccion de D. Rafael Bocanegra.) N. del T.

rallas, volvieron á tomar las armas, echaron á las tropas del sultan y lograron mantenerse independientes hasta el año 833 en que fué tomada la ciudad). En esta época fué cuando Mahmud se alejó de su pátria, y cuando acompañado de sus más turbulentos conciudadanos, que ya lo habian reconocido por gefe, se estableció desde luego en Monte-Salud; pero viendo en 835 que las tropas del sultan se dirigian contra él, se encaminó hácia Galicia derrotando sucesivamente á los tres cuerpos de ejército que el sultan habia enviado en su persecucion. Llegado al territorio cristiano, se apoderó de una fortaleza, y después de haberla poseído cinco años y tres meses, fué sitiado por D. Alfonso, quien le hizo perecer con todos sus soldados. Tuvo este hecho lugar en el mes de Redjeb del año 225. (Mayo de 840.)

Hace, finalmente, mencion de este Mahmud, una carta de Lugo, publicada en el apéndice XV, tomo XL de la España Sagrada, pero dudamos mucho de la autenticidad de tal documento.

V.

TOMA DE LEON EN 846.

Segun Sebastian, (c. 25,) y el Albeldense, (c. 60,) la ciudad de Leon no fué repoblada hasta el reinado de Ordoño I (850-866); otra crónica precisa la fecha, á saber, el año 856; (1) sin embargo, en una carta se lee que ya bajo el reinado de Ramiro I (842-850) se hallaba esta ciudad rodeada de murallas y habia en ella claustros é iglesias (2).

El desacuerdo entre estos dos testimonios, que ha causado mucho embarazo á los historiadores de Leon, es solo aparente. Los historiadores musulmanes nos enseñan esto: En el año 846, Mohamed, heredero presunto

(1) Véase Risco, *Historia de Leon*, t. I, p. 10.

(2) Véase *Esp. Sagr.*, t. XXXIV, p. 27; Risco, *Historia de Leon*, loco laud.

del trono, puso sitio á la ciudad de Leon. Reducidos los sitiados al último extremo, salieron de la ciudad durante la noche, y fueron á buscar un refugio á los bosques y á las montañas. Los musulmanes entónces saquearon é incendiaron la ciudad, y pretendieron destruir tambien sus murallas, lo que no consiguieron, porque como tenian diez y siete codos de espesor, resistieron á todos sus esfuerzos (1). Véase, pues, que la ciudad estaba habitada en tiempo de Ramiro I, pero que tomada é incendiada por los árabes en 846, fué repoblada diez años más tarde por Ordoño I; acaso lo habia sido tambien antes por Alfonso I, como asegura Rodrigo de Toledo, mas confesamos que, tratándose de una época tan remota, no podemos conceder gran confianza á un cronista del siglo XIII.

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 91; Nowairi é Ibn-Jaldum.

VI.

ÁLFONSO IV Y SANCHO.

En las cartas de los años 927, 928 y 929, se cita amenudo con el título de rey á un tal Sancho hijo de Ordoño II, de quien tambien se dice que fué coronado en Santiago de Compostela y á quien Bermudo II cuenta entre sus predecesores en una ejecutoria del año 997 (1). Este Sancho, sin embargo, no se encuentra nombrado, al menos así se asegura, en las antiguas listas de los reyes de Leon, y Sampiro, único cronista original de esta época (pues los otros se limitaron á copiar á este), no lo cita tampoco entre los reyes leoneses, ni aun siquiera lo nombra, limitándose á decir, al tratar del reinado del Alfonso IV, que despues de

(1) *Apud.* Yepes, t. V, fol 438 v.

la muerte de Fruela II (925) su sobrino Alfonso, hijo de Ordoño II, le sucedió en el trono, haciéndose monge mas tarde, despues de abdicar en favor de su hermano Ramiro II. Los sabios españoles han deducido de aquí que Sancho nunca reinó en Leon, pero viendo en las cartas que llevaba el titulo de rey, han tomado el partido de hacerlo rey de Galicia. Tal es la opinion de Florez que ha escrito en la *España Sagrada* (t. XIX, p. 119-135) una disertacion muy ámplia sobre este Sancho, disertacion de que el mismo Florez, á juzgar por sus propias palabras, no se encontraba satisfecho, y que contiene independientemente de la cuestion principal, muchos crasos errores. Así, por ejemplo, al explicar porqué Sancho llama en una carta año primero de su reinado al 926, dice, apoyándose en la autoridad de Rodrigo de Toledo, que Alfonso IV abdicó en el segundo año de su reinado, esto es, en 926, sucediéndole entónces Ramiro II en el reino de Leon y Sancho en el de Galicia. Semejante explicacion es completamente inadmisibile, pues Risco (4) continuador de Florez, ha probado por medio de las cartas que Alfonso no abdicó hasta

(4) *Esp. Sagr.*, t. XXXIV, p. 241.

el año 931; afirmacion robustecida por un cronista cordobés contemporáneo, Arib (t. II, p. 203), que dice formalmente que Alfonso abdicó en aquel año; testimonio al que puede añadirse el de Ibn-Hayyan citado por Ibn-Jaldum (véase lo que hemos dicho mas arriba en la página 155.) En cuanto á la cuestion principal, las equivocaciones de Florez son muy excusables, pues este sábio no pudo consultar mas que las crónicas latinas y estas no bastan para resolver la dificultad. Ex Oriente lux! Un precioso fragmento de Ibn-Hayyan, conservado por Ibn Jaldum en el capítulo en que se trata de Abderraman III, nos proporcionará datos precisos acerca de Sancho Ordoñez, y nos probará que ha sido rey no solo de Galicia, sino tambien de Leon. Hé aquí las mismas palabras del historiador cordobés:

«Ibn-Hayyan dice: despues de la muerte de Fruela (II), hijo (*léase* hermano) de Ordoño (II) ocurrida en 313 (925), su hermano (*léase* su sobrino; Alfonso era hijo de Ordoño II) Alfonso (IV) subió al trono; pero su hermano Sancho se lo disputó y se apoderó de Leon una de las principales ciudades del reino. Alfonso tuvo por aliado á su sobrino (*léase*: su primo hermano) Alfonso,

hijo de Fruela II, y su suegro Sancho, hijo de Garcia rey de los vascos (1). Juntos marcharon á combatir á Sancho, pero fueron derrotados y se separaron. Después, reunidos de segunda vez, depusieron á Sancho y lo arrojaron de la ciudad de Leon, obligándole á emprender la huida hácia los confines de Galicia (2). Este encargó á su hermano Ramiro, hijo de Ordoño II, el mando de la parte occidental de su reino, de modo que este último gobernó en la provincia que tiene á Coimbra por fronteriza. Algun tiempo despues Sancho murió sin dejar sucesion.»

Este texto prueba que Sancho Ordoñez ha reinado no solo en Galicia, sino tambien en León; enseñanos además que hubo una guerra civil despues de la muerte de Fruela, que era lo que se ignoraba.

Veamos ahora hasta qué punto es verdadero el aserto de los sábios españoles de que en ningun catálogo de reyes se encuentra mencionado Sancho Ordoño. Consulté-

(1) La esposa de Alfonso IV, llamada Onneca, era en efecto hija de Sancho de Navarra; véase el manuscrito de Meya, p. 15. El nombre de esta reina se encuentra en los privilegios; véase *Esp. Sagr.*, t. XXXIV, p. 239. El interpolador de Sampiro le dá el nombre de Jimena.

(2) Es decir, hácia Galicia propiamente dicha.

mos la lista que se halla en la colección de antiguos documentos, conocida con el nombre de *Chronicon Albeldense* (c. 47, 48). En él se encuentran estas palabras que trascribimos añadiéndole la nota del editor.

Deinde Ordonius.

Deinde frater eius Froila.

Post filius eius Adefonsus.

Deinde Sancius filius Ordonii.

} Duo hi versus
redundant.

Deinde Adefonsus, qui dedit Regnum suum et convertit ad Deum.

El editor se ha equivocado, nada hay de sobra en este pasage, y los reyes de Leon se hallan mencionados en el mismo orden que en Ibn-Hayyan. El autor ha querido decir:

Ordoño II.

Fruela II, su hermano.

Alfonso IV, hijo suyo (Ordoño II).

Sancho Ordoñez.

Alfonso IV por segunda vez, el cual abdicó y se hizo monje.

Sobre estos puntos procuraremos, valiéndonos de las cartas, precisar las fechas de los hechos referidos por Ibn-Hayyan y explicar este periodo de la historia de Leon.

En el siglo X era aún electiva la corona entre los leoneses como lo habia sido entre los visigodos; pero hacia largo tiempo que

los electores, es decir, los magnates, los obispos, los abades y los condes (1) usaban tan pocas veces de su derecho, que la eleccion era simplemente una fórmula: cuando el trono quedaba vacante los electores se limitaban á saludar al nuevo rey, que lo era ya en virtud de su nacimiento. Sin embargo, aunque existió una tendencia muy señalada á hacer hereditaria la corona, esta forma no habia sido aún formalmente reconocida. Hallábanse en un período de transicion: la corona hereditaria de hecho, no lo era aún de derecho, situacion preñada de peligros y que tarde ó temprano habia de engendrar guerras civiles; pues no regulado por una ley el orden de sucesion á la corona, todos los miembros de la familia real se creian con opcion á ella. Á la muerte de Alfonso las cosas se habian arreglado amigablemente repartiéndose sus estados entre sus tres hijos; á García habia tocado Leon; Galicia á Ordoño y á Fruela las Asturias, tomando cada uno de los hermanos el titulo de rey pero sin desmembrar la monarquía, pues el rey de Leon era el único soberano y los de Galicia y Asturias solamente gobernadores (2). Parece que los tres hermanos habian

(1) Véase el Monge de Silos, c 44.

(2) Véase *Esp. Sagr.*, t. XIX, p. 124, y t. XXXVII, p. 269.

convenido entre sí, probablemente con la aprobacion de los electores, que si García moria primero, Ordoño le sucederia en Leon, y si Ordoño moria le sucederia Fruela. Si no existió tal trato, por lo ménos es cierto que las cosas ocurrieron de ese modo: García (910-914) tuvo por sucesor en Leon á su hermano Ordoño II (914-924), y Fruela II (924-925) sucedió á este último. ¿Pero quién sucederia ahora á Fruela? Aunque este rey dejó á su muerte tres hijos, Alfonso, Ordoño y Ramiro, á nadie le ocurrió que debia darse la corona á ninguno de ellos; antes por el contrario, todos opinaron que debia recaer en un príncipe de la rama primogénita, en uno de los tres hijos de Ordoño II, Alfonso IV, Ramiro II y Sancho, el cual era el primogénito, pues en las cartas expedidas por su padre firmó siempre antes de Alfonso (1), y es sabido que los príncipes firmaban constantemente en las cartas por orden de nacimiento. Si la corona hubiera sido hereditaria, Sancho solo hubiese tenido derecho á ella, más como no lo era y nada habia reglamentado sobre el particular, Alfonso, que

(1) Véase la carta de 919 publicada en la *Esp. Sagr.*, t. XXXIV, escr. 12, la de 920 citada por Morales, t. III, fol. 197 v. la de 921 citada por Risco, *Esp. Sagr.*, t. XXXVII, p. 269, 270, la de 922 publicada en la *Esp. Sagr.*, t. XIV, p. 334 etc.

era el más fuerte de los tres, porque contaba con el apoyo del poderoso Sancho rey de Navarra con cuya hija acababa de casarse, (1) y con el de su primo hermano Alfonso, hijo mayor de Fruela, triunfó sobre su hermano y subió al trono, reinando un año y algunos meses, según se infiere de algunas cartas en las cuales se cita el año 926 como segundo del reinado de Alfonso en León (2). En este intervalo, Sancho, que no era hombre de dejarse suplantar por su hermano menor, y que tenía á su hermano Ramiro por aliado, reunió sus tropas, y después de hacerse coronar en Santiago de Compostela (3) puso sitio á León, tomó esta ciudad y destruyó á su hermano. Esto debió ocurrir en el verano ó en el otoño del año 926, pues en una carta del 16 de Abril de 927, Sancho llama á este último año el primero de su reinado (4). Por lo demás, el hecho de que la carta anteriormente citada lleva no solo la rúbrica del rey Sancho, sino también la del rey Alfonso,

(1) En Enero de 924 Onneca aún no estaba casada, como resulta de una carta que se encuentra en la *Esp. Sagr.*, t. XXIII, p. 468.

(2) *Esp. Sagr.*, t. XXXIV, p. 235.

(3) Carta del 21 de Noviembre del año 927 en la *Esp. Sagr.*, t. XIX, p. 360.

(4) *Esp. Sagr.*, t. XVIII, p. 321.

que firma, como apenas hay necesidad de decirlo, después de su hermano, nos hace creer que lo trató con mucha consideración y que le dió una provincia para que la gobernase.

Alfonso procuró reconquistar la corona en 928, según nuestra creencia, pues aún cuando Ibn-Hayyan dá á entender que Alfonso fué alzado en el escudo antes del año 926 ó en este mismo año, fundado en que fué auxiliado por Sancho de Navarra que murió en el citado año, como las cartas se oponen á que pueda admitirse semejante aserto, preferimos creer que Ibn-Hayyan nombró por equivocación á Sancho, en vez de nombrar á su hijo y sucesor García. Es por lo demás muy inverosímil que los navarros llevarán sus armas al reino de León en el año 925 ó en el siguiente, porque en el 924 Abderraman III había assolado su país, sin exceptuar su capital, de la manera más terrible, y alejado el sultán les quedaba que hacer demasiado en su propia casa para intervenir con las armas en la mano en las contiendas de sus vecinos.

Alfonso, pretendiendo reconquistar el trono, pidió ayuda á su cuñado García, rey de Navarra, y al otro Alfonso, hijo mayor de Fruela II. Ambos acudieron á su llamamien-

to, pero la campaña fué desgraciada; quedaron derrotados y se separaron; la espresion que emplea Ibn-Hayyan parece dar á entender que sobrevino entre ellos la discordia. Mas tarde, sin embargo, se reconciliaron y marcharon de nuevo contra Sancho, á quien, esta vez con mejor fortuna, arrojaron de la Capital. Una carta (1) nos enseña que en Octubre de 928 Alfonso reinaba en Leon y otros muchos privilegios muestran que permaneció en el trono hasta el 1.º de Marzo de 931 (2) por lo ménos.

Arrojado de Leon, Sancho, buscó y encontró un asilo en Galicia, provincia que parece haberle sido muy adicta y que siguió reconociéndolo por rey, segun resulta de una carta del 10 de Junio de 929 en la que, en muy mal latin, se llama á Sancho: »serenissimus Rex Dns. Sancius, universe urbe Galleciæ princeps (4).»

Segun Ibn-Hayyan, Sancho cuando se encontró reducido á Galicia solo, confió á su hermano Ramiro el gobierno de la parte occidental, mejor dicho, meridional, de su reino, que era la mas cercana al territorio

(1) *Esp. Sagr.*, t. XXXIV, p. 238.

(2) Véase la carta publicada por Berganza, t. II, p. 378; *Escr.*, 21.

(4) *Esp. Sagr.*, t. XIX, p. 131.

musulman; es decir, de la provincia que aun hoy conserva el nombre de Beira. Un pasage de Sampiro que confirma indirectamente este aserto del historiador árabe, dice que Alfonso IV cuando tomó la resolucion de hacerse monge, «nuntios misit pro fratre suo Ranimiro in partes *Visei*, (1) dicens qualiter vellet á Regno discedere et fratri suo tribuere.» De lo dicho resulta que Viseu era la capital de la provincia que gobernaba Ramiro, y que habia sido residencia tambien de Ordoño en la época en que aun no era gobernador de Galicia (2).

La muerte de Sancho debió ocurrir en el mes de Junio del año 929, como lo demostró Florez, haciendo notar que segun la carta citada mas arriba, Sancho vivia aun en el 10 de Junio de aquel año; que á par-

(1) La edición de Florez dice *Virci*, palabra en que ha querido reconocerse al condado de Bierzo ó Vierzo, pero se ha olvidado que el Vierzo se llamaba en la edad media nó *Vircus* ó *Vircena*, sino *Bergidum*, *Bercidum* ó *Berizum*: véase *Esp. Sagr.*, t. XVI, p. 31, 32. Segun el mismo Florez, la misma buena leccion *Visei* se encuentra en muchos manuscritos de Sampiro. Nosotros la hemos hallado en el man. de Leiden, en el monge de Silos, en Lucas de Tuy y en la *Chronica general*.

(2) Véase el *Mon. Sil.* c. 42 in fine.

tir de esta época su nombre no vuelve á reaparecer en las cartas y que en el mes de Agosto de este mismo año, Alfonso debió estar reinando en Galicia, porque confirió por entónces el gobierno de una parte de esta provincia al conde Gutierre.

VII.

ALFONSO IV Y RAMIRO II.

Ibn-Hayyan vuelve á hablar, desupes del pasage citado, de la guerra que estalló contra Alfonso IV y Ramiro II, concordándolo que dice acerca de esta materia con el relato de Sampiro; pero como trae algunos detalles mas, creemos no desagradará que reproduzcamos tambien este pasaje: Hélo aquí:

»Alfonso IV ocupó el trono siete años; luego se hizo monge (1) y su hermano Ramiro II reinó en su lugar; pero mas adelante renunció á la profesion monacal, se sublevó contra su hermano Ramiro y se hizo dueño de la ciudad de Simancas. La reprobacion general que encontró su conduc-

1) En el año 931.

ta le hizo volver al claústro, pero lo abandonó por segunda vez y se apoderó de la ciudad de Leon. Ramiro que estaba entonces en marcha para hacer una *razia* por la parte de Zamora, desanduvo lo andado, puso sitio á Leon y se apoderó á viva fuerza de esta ciudad en el año 320 (932) haciendo meter en prision á su hermano á quien mas tarde hizo saltar los ojos, así como á muchos primos hermanos (1) suyos que consideraba peligrosos para su corona.»

Si comparamos este relato con el de Sampiro (c. 21), se observará que segun este último, Alfonso abandonó el claústro una sola vez, mientras segun Ibn-Hayyan dejó el hábito, lo volvió á tomar y lo abandonó de nuevo, y se verá tambien que Sampiro no habla de Simancas.

No vemos razon alguna para poner en duda el testimonio del historiador cordobés y nos parece que su relato puede conciliarse perfectamente con el del cronista

(1) En vez de *primos hermanos* el texto dice *hermanos*. Esto es un error: se sabe por Sampiro que los príncipes á quienes Ramiro hizo saltar los ojos, como habia hecho con Alfonso IV, eran los tres hijos de Fruela II, Alfonso, Ordoño y Ramiro. Lo que hay de singular en el caso es que en otro pasage (c. 26), Sampiro dice como Ibn-Hayyan: »*Adephonsi Regis, qui orbatu fuerat oculis cum fratribus suis.*»

crístiano. Notaremos solo que Alfonso tuvo poderosos motivos para hacer á Simancas teatro de su levantamiento, pues para favorecer á uno de sus amigos, habia separado esta ciudad de la diócesis de Leon á que correspondía, erigiéndola en obispado (1) con el ánimo de poder contar en su dia con la gratitud del nuevo obispo.

(1) *Esp. Sagr.*, t. XXXIV, escr. 20. El obispado de Simancas fué suprimido en 974 por Elvira, regenta del reino.

VIII.

MATANZA DE LOS MONGES DE CARDEÑA.

Quizás ninguno entre los numerosos monasterios castellanos de la edad media gozaba de más renombre que el de San Pedro de Cardena. Situado á dos leguas al este de Burgos, en un país frio y de un aspecto tan desolado como apropósito por su mismo aislamiento para servir de refugio á las almas piadosas que renunciaban á las vanidades mundanales por entregarse á una penitencia continúa, gloriábase de poseer los sepulcros del Cid, de su esposa Jimena y de una multitud de reyes, de reinas y de otros ilustres personajes; pero su mejor título para la veneracion de los fieles eran sus doscientos mártires, asesinados en un solo dia, en una sola hora por los feroces sarracenos. Hasta el

fin de la edad media, hasta la época en que Fernando é Isabel arrojaron á los infieles de su último baluarte en la Península española, un milagro anual constantemente repetido, venia á perpetuar la memoria de aquellos santos: en el aniversario de su muerte las losas que cubrian sus cadáveres se tenían de sangre.

¿Qué ejército llevó á cabo la matanza de estos monges? ¿En que época se verificó? He aquí una cuestion aún no resuelta, aunque á primera vista parece estarlo por una antigua inscripcion de Cardena (1) concebida en los siguientes términos:

Era DCCC. LXXII. IIII. f. VIII. idus ag. adlisa est karadigna et interfecti sunt ibi per regem zepham CC. monachi de grege domini in die ss. martyrum iusti et pastoris.

Observemos desde luego con Florez que esta inscripcion (único documento que existe acerca de los mártires, pues la noticia de la crónica española de Cardena (2) es solo una traduccion de aquel) encierra un contradictorio. Ningun rey moro llevó nunca el nombre de Zepha; esta palabra que los cro-

(1) Se encuentra entre otros autores, en Morales, *Opusculos*, t. I, p. 28, en Berganza, t. I, fol. 134, y en la *Esp. Sagr.*, t. XXVII, p. 442.

(2) *Esp. Sagr.*, t. XXIII, p. 371.

nistas latinos escriben ordinariamente *Azei-pha* es el término árabe que significa expedición veraniega, de donde toma nombre el ejército que hace semejante expedición. El autor de la inscripción ha confundido pues por un error un nombre común con uno propio. Pero lo que causa aún mayor embarazo es la fecha, porque el 6 de Agosto del año 834, día de los santos Justo y Pastor, no caía en miércoles sino en jueves, observación hecha hace mucho tiempo; más hay una circunstancia en que no se ha reparado, no obstante merecerlo mucho, y consiste, en que en el año 834 (216 de la hegira), el ejército musulmán lejos de penetrar en Castilla se había limitado á asolar el territorio de Toledo cuya capital se había insubordinado contra el sultán (1).

Los sabios españoles, viendo que no conciertan el día de la semana y el del mes, han procurado resolver esta dificultad de diferentes modos que sería prolijo enumerar; baste decir que el mayor número de esos sabios, entre ellos Berganza, Florez y el P. Alfonso Chacon el cual ha publicado un opúsculo sobre los mártires de Cardeña, están de acuerdo en creer que la palabra *era*

(1) Véase Ibn-Adhari, t. II, p. 86.

no designa en la inscripción la era de César, sino el año de la encarnación, visto que, en el año 872, el 6 de Agosto caía realmente en Miércoles. Debemos confesar que esta explicación nos parece inadmisibles; es siempre muy aventurado cuando se trata de un documento antiguo (y nadie ha puesto en duda la antigüedad de la inscripción) dar á la palabra *era* un sentido distinto del que tiene en todas partes. Es simplemente una equivocación y, nada más. Además é insistimos sobre esta observación, en el año 872 (258 de la hegira) no hubo expedición alguna ni contra Castilla, ni contra ningún otro país cristiano (1).

En nuestra opinión, la dificultad debe resolverse de otra manera. La tradición conservada en el convento, colocaba la matanza en el siglo X y no en el IX, mas esto consiste, á nuestro juicio, en que el grabador incurrió en una falta, y por un descuido omitió una C: en vez de poner tres, debió haber puesto cuatro. En la era 972, es decir, en el año 934, el 6 de Agosto caía en miércoles, y en este año encontramos efectivamente el ejército musulmán en las inmediaciones de Cardeña. Ibn-Jaldum dice

(1) Berganza, t. I, p. 136.

que en el año 1322 de la hegira, (934 de J. C.) Abderraman III, después de sitiar á Ramiro II, en la fortaleza de Osuna, destruyó á Búrgos y un gran número de castillos. En Búrgos distaba solo dos leguas de Cardaña, y ese convento se encontraba precisamente en su camino puesto que el venia del lado de Osuna. De lo dicho deducimos que el ejército, el *zepha*, de Abderraman III fué el que tuvo la crueldad de degollar á los pobres monjes. Abridamos la conviccion de que el califa era demasiado humano para mandar un acto tan bárbaro; pero carecia de fuerza moral suficiente para impedir que su ejército, compuesto en gran parte de africanos, berberiscos, y de soldados tan indisciplinados como feroces, llevasen á cabo atrocidades semejantes. Sabemos que podria objetárse nos con el parecer de muchos sábios españoles para quienes el claustro de Cardaña fué repoblado, segun la expresion consagrada, en el año 899, que, en su consecuencia, la matanza debió verificarse ántes de esta época, pero semejante observacion, si se hiciera, sería fácil de refutar. El texto de donde se sacó que Cardaña fué repoblada en 899, texto que se encuentra en los anales de Compostela, dice sencillamente: en el año 899 «fuit Cardaña populata;» (estas pa-

labras significan que el convento fué fundado en 899, y que unos monjes vinieron á establecerse en él:) tambien se lee en un antiguo libro de Cardaña, citado por Yepes (t. I, fol. 91, col. 2): «Este claustro (fundóse) en la era 937» (año 899). Asi, este texto, léjos de estar en contradiccion con mi manera de ver, le sirve de apoyo, por el contrario; y prueba que la época en que se ha querido fijar la matanza es anterior á la fundacion del claustro.

IX.

BATALLAS DE SIMANCAS Y DE ALHANDEGA.

Ningun vínculo ligaba en el siglo X á España con Europa ni con Asia, pues aquel pais se hallaba en cierto modo aislado del resto de la tierra. Las antiguas divisiones de los musulmanes de allende los mares y los de España le habian ahondado cada vez más, en cuanto era posible, desde la época en que Abderraman III trocó su título de Sultan por el de Califa. Por otra parte, Francia, á partir de la muerte de Carlo-magno, aliado de Alfonso II, habia cortado relaciones con Astúrias, y como los condes de la Marca se habian aprovechado de la debilidad de los carlovingios para declararse independientes, el lazo que ligaba á esta provincia con Francia habia quedado roto por completo. Nadie cuidaba ya, en Oriente ni en Occiden-

te, de lo que ocurría en ese rincon del mundo, donde habian chocado violentamente dos religiones y dos razas que combatian sin tregua hacia más de dos siglos.

Solo una vez, en el transcurso del siglo X, los europeos y los asiáticos salieron de su apatia, y fué cuando Ramiro II derrotó el gran ejército del poderoso Abderraman III, victoria tan completa y tan brillante, que aunque con impresiones distintas se habló de ella en el fondo de Alemania y en los paises más remotos de Oriente. Aquí se alegraban, allí se entristecian; unos la consideraban como garantia cierta del triunfo de la fé, otros como causa de muy sérias alarmas.

Hoy, sin embargo, es muy difícil dar noticias precisas acerca de la campaña de 939, tan célebre en otro tiempo. Los cronistas latinos de España son extremadamente avaros de detalles, aunque se ocupen de las victorias de sus correligionarios, y los árabes, que en otras circunstancias, las completan tan amenudo, aparecen por esta vez más lacónicas todavía, siendo un polígrafo de Bagdad el único escritor musulman que nos suministra un relato algo detallado; en cuanto á los cronistas arábigo-españoles ó africanos, pasan como sobre áscuas sobre esta desastrosa expedicion, que hubiesen querido

borrar por completo de sus anales, y áun algunos procuraron hacerlo guardando un profundo silencio cuando tuvieron que ocuparse del año 939. Ibn-Adhari por ejemplo, cuya crónica es acaso la más completa de todas las que poseemos, no dice absolutamente nada de la campaña de 939, en la creencia sin duda de que el honor nacional impone el deber de callar hasta el nombre de ciertos campos de batalla.

No imaginen nuestros lectores, sin embargo, que las crónicas árabes no contengan sobre esta materia absolutamente nada que sea digno de referirse. Algunos datos suministran, que aunque escasos, son preciosos y dignos de ser conocidos. Presentaremos, pues, los textos que hemos podido recoger, reproduciendo antes los textos latinos, por creer de gran utilidad hacerlo en este orden.

Sampiro (c. 22, 23) se expresa en estos términos:

Postea Abderrachmam, Rex Cordubensis, cum magno exercitu Septimancas prope-
ravavit (1). Rex noster Catholicus haec audiens, illuc ire disposuit cum magno exer-

(1) El interpolador de Sampiro ha añadido esta frase: Tunc ostendit Deus signum magnum in caelo, et conversus est sol in tenebras in universo mundo per unam horam.

citu, et ibidem dimicantibus ad invicem, dedit Dominus victoriam Regi Catholico, qualiter die II. Feria imminente festo Sanctorum Justi et Pastoris (1), deleta sunt ex eis LXXX. millia Maurorum. Etiam ipse Aboiahia (2), Rex Agarenorum, ibidem a nostris comprehensus est, et (3). Legionem adductus (4), et ergastulo trusus; quia mentitus est Domino Ramiro Regi, comprehensus est recto iudicio Dei (5). Illi vero qui remanserant, itinere arrepto, in fugam versi sunt. Rege vero illos persequentes, dum ipsi pervenerunt (6) ad urbem quae dicitur Alhandega, a nostris ibidem comprehensi et extincti sunt. Ipse vero Rex Abderrahman semivivus evasit. Unde nostri

(1) La vispera de los santos Justo y Pastor, es decir el 5 de Agosto, que en el año 939 caía realmente en lunes.

(2) Este personaje de que antes ha hablado Sampiro es Mohamed ibn-Hachim, gobernador ó virey de Zaragoza sobre el cual daremos detalles en otro artículo. Por lo demás pronto veremos que Ibn-Jaldum dice también que este virey cayó prisionero en la batalla de Simancas.

(3) La copulativa no se encuentra en Florez; el man. de Leiden la trae.

(4) Nuestro manuscrito dice: advectus.

(5) Había reconocido desde luego el dominio eminente de Ramiro II; pero más tarde se había reconciliado con el califa.

(6) Creemos deber rectificar la puntuación de este pasaje, que Florez ha puntuado de la siguiente manera: in fugam versi sunt, Rege vero illos persequente. Dum ipsi pervenerunt, etc.

multa attulerunt spolia, aurum videlicet (1) et argentum et vestes pretiosas. Rex quidem, iam (2) securus, perrexit ad domum suam cum victoriâ magnâ in pace.

Deinde secundo mense post Azeipham, ad ripam Turmi ire disposuit (3), et civitates

(1) En Florez la palabra *videlicet* se encuentra despues de *argentum*. Hemos seguido el man. de Leiden.

(2) La palabra que falta en Florez la trae nuestro manuscrito.

(3) La edicion de Florez dice aquí: Deinde post duos menses Azeipham, id est exercitus, ad ripam Turmi ire disposuit. El man. de Leyden: Demum post duos dies azeipham idem exercitus ad ripam cæt. Ya hemos dicho más arriba que la palabra *azeipha* significa *expedicion veraniega*, y tambien el *ejército que hace semejante expedicion*. Rodrigo de Toledo que ignoraba esto, encontrando en su manuscrito de Sampiro la misma leccion que se encuentra en la edicion de Florez, y tomando *azeipha* por un nombre propio escribió que un ejército de sarracenos mandado por el príncipe Azeipha llegó á las orillas del Tormes, error que se encuentra repetido en no sé cuántos historiadores. Más tarde, cuando llegaron á comprender que *azeipha* no era el nombre de un general, cayéron en un error ménos extraño aunque no ménos grave, diciendo, que *azeipha* significa aquel ejército de Ramiro y que el sentido del pasaje es: dos meses más tarde Ramiro se puso de nuevo en campaña con un ejército y se dirigió hácia el Tormes, pero áun suponiendo que *azeipha* pudiese significar el *ejército de Ramiro*, el autor no hubiera podido construir el verbo neutro *ir* con un acusativo, y en vez de decir: *azeipham ire disposuit*, hubiera dicho: *cum azeipha ire*, ó bien, *azeipham mittere*: el vocablo en cuestioit, sin embargo, no puede designar un ejército leonés, y los cronistas no lo emplean ni podian emplearlo más que hablando de un ejército musulman. Cierto es que el texto ha sido alterado por un copista ignorante, y que es necesario corregirlo como lo hemos hecho. Sampiro sin duda escribió así: Deinde II mense post

desertas ibidem populavit. Hæc sunt Salmantica, sedes antiqua castrorum, Letesma, (2) Ripas (3), Balneos (4), Alhandega, Penna (5), et alia plurima castella, quod longum est prænotare.

Antes de seguir adelante, debemos decir donde se encontraba Alhandega, lugar que hace mucho tiempo ha desaparecido, pero que Sampiro cita dos veces, diciendo prime-

Azeipham. La trasposicion hecha por un copista descuidado: post II mense (menses) lo ha echado todo á perder, y las palabras: *id est exercitus*, son evidentemente una glosa del vocablo *azeipha*. Este texto puede compararse con el pasaje enteramente análogo del Monge de Silos, que dice (c. 28), hablando de la muerte de Bermudo II: Et secundo anno post Azeipham (después de la expedicion de Almanzor contra Santiago de Compostela) terrâ Bericensi proprio morbo in confessione Domini emisit spiritum.

(2) Florez trae: Salmantica Sedes antiqua Castrorum, Letesma. En el man. de Leiden, donde las capitales están puestas con caracteres rojos, dice: Salmantica sedes antiqua, Castrorum letesma. Más como ni Salamanca ni Ledesma (la Bletisa de los antiguos), habian sido un campamento romano, creemos que Sampiro nombra aquí tres lugares de los cuales uno solo habia servido de campamento á las tropas romanas.

(3) Pelayo (c. 11) cita entre las ciudades conquistadas por Alfonso IV á Ribas, lugar que no existe.

(4) Los Baños, cerca de Ledesma.

(5) Peña-Ausende, entre Ledesma y Zamora.—Risco asegura en su *Historia de Leon*, (t. I, p. 196), que los archivos de esta ciudad encierran cartas relativas á la repoblacion de algunos de estos lugares, cartas que seria muy de desear se publicasen.

ro, que la segunda batalla se dió en ella y despues que Ramiro la repobló. Los árabes la llaman Al-Jandec, nombre que se ha tomado por apelativo y que cuando se ha encontrado en los autores musulmanes *'wac'a-al-jandec*, se ha traducido *batalla del foso*; no obstante comparándolo con lo que dice Sampiro es fácil ver que era un nombre propio y que debia traducirse *batalla de al-Jandec*. En efecto, los árabes dieron el nombre de *al-Jandec* á muchos lugares rodeados de un foso; los diccionarios geográficos árabes *Mochtaric* (p. 160) y el *Maracid* (t. I, p. 368) cita cuatro. El lugar, objeto de esta controversia, lo coloca Ibn-Jaldun (más arriba, p. 104) cerca de Simancas, indicacion algo vaga. En el siglo XVI la tradicion del país que era mucho más precisa, colocaba á Alhandega á las orillas del Tormes (1), al sur de Salamanca, afirmacion que nos merece confianza.

Entre los autores extranjeros, el italiano Liudprando que escribió su *Antapódosis* en Francfort por el año 958 y á instancias de Recemundo, obispo de Elvira y embajador de Abderraman III en la corte de Oton I, se expresa del modo siguiente (*Antap.*, Liv. V, c. 2 ed. Pertz):

(1) Véase Morales, t. III, fol. 226 v. y Iepes, l. V, fol. 4, col. 4.

Hoc in tempore, ut ipse bene nostis, sol magnam et cunctis terribilem passus est eclipsin, sextâ feriâ, horâ diei tertiâ; quâ etiam die Abderahamen, Rex vester, á Radamiro christianissimo Rege Gallicia in bello est superatus.

En la parte de los grandes Anales de San Gall, escrita en 956, se encuentra en el año 939 (veas. Pertz, Monum. Germ. t. I, p. 78):

Ecclipsis solis facta est circa horam tertiam diei XIV kal. Aug. in IV anno Ottonis regis in VI feriâ, lunâ XXIX. Eodem die in regione Galliciaë innumerabilis exercitus Saracencrum a quâdam reginâ, nomine Toia (*lisez Tota*) (1), penitus extinctus est, nisi rex illorum et quadraginta novem viri cum eo.

Engañanse estos dos autores al decir que la batalla se dió el dia mismo del eclipse, es decir, el 19 de Julio; equivocacion frecuente en otras crónicas alemanas, por ejemplo, en el Annalista Saxo (2) dónde á

(1) La reina regente de Navarra. No es inverosímil que los navarros tomaran parte en la batalla. Nasudi como veremos mas tarde, confirma el testimonio de los Anales de San Gall sobre este punto; y Tota, muger de ánimo guerrero y varonil, pudo muy bien haber mandado en persona sus ejércitos en aquella ocasion.

(2) Coleccion de M. Pertz, t. VIII, p. 605.

mayor abundamiento es falsa la fecha. Pasemos ahora á los autores arábigos sin detenernos en los singulares errores de Casiri (t. II, p. 49), quien al extractar un artículo biográfico de Ibn-al-Abbar (1), que nada tiene que ver con la materia que nos ocupa, ha tomado Jindif, nombre de una abuela de los Omeyas, por *Jandec* (foso) y quien despues de haber cambiado arbitrariamente una fecha llegó á imaginar que la batalla de Alhandega habia sido ganada por los árabes y cantada por uno de sus generales.

El pasaje mas curioso indudablemente, es el de la excelente compilacion de antiguos documentos conocida bajo el título de *Ajbar machmua*, cuyo autor dice que si Abderraman hubiera manifestado siempre la misma energía que al principio de su reinado, ganado hubiese con la ayuda de Dios, no solo el occidente sino tambien el oriente; luego continua en estos términos:

»Pero el califa, á quien Dios perdone, se acabó de entregar á los placeres y sus triunfos lo llenaron de vanidad. Desde entonces concedió los empleos al favor y no al mérito, eligió para ministros á personas incapaces é irritó á los nobles elevando á las mas

(1) Este artículo lo he publicado en mis «Noticias» p. 140.

altas dignidades á hombres salidos de la nada sugetos tales como Nadja de Hira y otros del mismo jaez. Entregó á este Nadja el mando de su ejército y le confió la direccion de los negocios mas importantes, obligando á los generales y visires, aun á los árabes, á humillarse ante él y á obedecerle en todo. Como este Nadja era un hombre incapaz, arrogante y estúpido como lo son de ordinario la gente de su especie, los generales de noble alcurnia acordaron entre sí dejarse derrotar, proyecto que llevaron á cabo en la campaña del año 326 (1). El califa, que habia llamado á sus banderas un número inmenso de soldados y que habia gastado enormes sumas en esta expedicion, la habia bautizado de antemano con el nombre de: campaña del poder supremo; pero sufrió la mas vergonzosa derrota. Durante muchos dias consecutivos los enemigos persiguieron á sus soldados de etapa en etapa, llevando la muerte por todas partes y haciéndoles un gran número de prisioneros. Muy pocos oficiales lograron reunir bajo sus banderas una parte de sus soldados dispersos y volverlos á conducir á sus hogares. Desde entonces el cal-

(1) El autor debió decir 327.

fa renunció acompañar al ejército cuando iba á campaña y desde aquel día solo se ocupó de sus placeres y de sus barcos.»

Este precioso relato es evidentemente de un contemporáneo que participaba de las pasiones de la época. El autor no disimula sus simpatías por la nobleza ultrajada, ni su odio á los advenedizos, especialmente hácia Nadja, á quien abruma con todo el peso del mas soberano desden. Ni una palabra de censura para los traidores; el único culpable á sus ojos es el califa que se habia atrevido á preferir pecheros, hombres salidos de la nada, esclavos, á los árabes de pura sangre, á la gente de elevada alcurnia que contaba á los héroes del Desierto entre sus antepasados; no se aflije por la terrible derrota, habla de ella con una calma que asombra, con una sangre fría que repugna y subleva. Por poco no vé en ella una advertencia saludable para el monarca y un justo castigo de sus tuertos y crímenes para con la nobleza. Solo un contemporáneo pudo escribir de esta manera; un escritor mas reciente no se hubiese dejado llevar hasta ese punto de las preocupaciones de los nobles del siglo X.

Otro autor árabe, Ibn-Jaldum, solo habla de la campaña muy sucintamente. Ya

hemos visto mas arriba (p. 155) que en su capítulo sobre los reyes cristianos remite al lector en lo concerniente á la materia que nos ocupa á lo dicho anteriormente por él al tratar del reinado de Abderraman III, pero lo que allí cuenta es muy poco y se reduce á lo siguiente:

»En el año 327 (939) Abderraman hizo la campaña de Alhandega contra Galicia. Se vió obligado á huir; los musulmanes sufrieron un gran descalabro y Mohamed Ibn-Hachim el Todjibida cayó prisionero. El califa hizo cuanto pudo para conseguir su libertad, la que por última recobró Mohamed despues de una prision de dos años y tres meses. A partir desde esta época el califa no hizo por sí mismo mas campañas y se redujo á enviar muy amenudo sus ejércitos (1) contra el enemigo.»

El célebre polígrafo Masudi, nacido en Bagdad y que pasó su vida recorriendo el Africa y el Asia, habla tambien de la campaña de 939 en los pasages de sus *Praderas de Oro*, en el primero de los cuales dice lo siguiente: (2)

(1) El autor emplea aquí la palabra *saiifa* de que ya hemos hablado.

(2) Man. de Leiden, n. 282, p. 91. Este texto se encontrará en Maccari, t. I, p. 228.

«Abderraman salió á campaña con más de cien mil hombres y fué á poner sitio á Zamora, capital de los gallegos. Esta ciudad tiene siete murallas, estremadamente sólidas construidas por los antiguos reyes y que están separadas unas de otras por escavaciones y fosos profundos llenos de agua. Abderraman se apoderó de los dos primeros antemurales, pero enseguida los musulmanes atacados por los defensores de la plaza, perdieron cuarenta mil hombres y aún hay quien eleva esta cifra á cincuenta mil, entre los que perecieron al filo de la espada y los que murieron ahogados. Esta victoria fué conseguida por los gallegos y los vascos.»

En el segundo pasaje (1) el autor se expresa en estos términos:

«Los enemigos más terribles de los andaluces entre los pueblos que los rodean, son los gallegos, gente más brava que los francos (2) con quienes también están en guerra.»

«Abderraman, hijo de Mohamed, que reina ahora en Andalucía, tenía un visir de la casa de Omeya llamado Ahmed ibn-Ishac á quien hizo detener y condenar á muerte á

(1) Man. de Leiden, n. 282, p. 220. Maccari ha copiado este pasaje casi entero.

(2) Es decir, los catalanes.

causa de sus opiniones chiitas. Este visir tenía un hermano llamado Omeya que se encontraba en Santander, ciudad situada no lejos del mar, y este Omeya cuando supo la muerte de su hermano se sublevó contra Abderraman. (De cuando en cuando) iba al territorio de Ramiro, rey de los gallegos, lo ayudaba contra los musulmanes y le indicaba los parages por donde podría atacar el imperio de aquellos con mejor resultado. Más tarde, habiendo salido un día de la ciudad para ir á cazar á una de sus tierras, uno de sus oficiales se apoderó de Santander, le impidió la entrada en ella y se puso en relación con Abderraman. Entonces, Omeya ibn-Ishac, hermano del visir condenado á muerte, se dirigió á la corte de Ramiro que le manifestó mucha amistad nombrándolo su ministro; desde esta época Omeya servía en el ejército de este rey.»

«Abderraman, dueño de Andalucía, hizo una expedición contra Zamora capital de los gallegos con un ejército de cien mil hombres por los ménos. Presentó la batalla á Ramiro en el mes de Chauwal del año 327 (939), tres días después del eclipse que ocurrió en este mes (1). Los musulmanes consi-

(1) Es decir, el 22 de Julio, habiendo ocurrido el eclipse

guieron la victoria, pero enseguida los cristianos que se habían visto obligados á buscar un asilo en la ciudad y que estaban sitiados en ella, recobraron ánimo y después de pasar aquellos el foso, (Aljandec) mataron á cincuenta mil. Ramiro tenía la intención de perseguir el resto del ejército enemigo; pero Omeya ibn-Ishac lo hizo desistir de este propósito inspirándole temor á una emboscada y aconsejándole que se apoderase más bien de las municiones de guerra y de los tesoros que se encontraban en el campamento musulmán. Á no haber Ramiro renunciado á su primer plan, los musulmanes hubiesen sido exterminados hasta el último.

«Más tarde Omeya demandó y obtuvo su perdón, y habiendo encontrado el medio de evadirse de Galicia, fué acogido por Abderaman del modo más honroso

«Después de pérdida esta batalla Abderaman siguió enviando sus ejércitos y generales contra los gallegos, dándose en estas guerras una ocasión en que consiguieron tan señalada victoria que hicieron perecer á tantos gallegos como musulmanes habían

el 19 de este mes. Por lo demás hay aquí un ligero error, porque el 22 de Julio corresponde precisamente al 1.º de Chawal y en la época del eclipse aún no había terminado el mes de Hamadhan.

muerto en la batalla aludida. Ramiro reina aún en los momentos en que escribo esto, es decir en el año 332 (1) (943-4)»

Si esta relación fuese digna de crédito y pudiera combinarse con las ya conocidas, resultaría que el califa había sido derrotado tres veces; el 22 de Julio junto á Zamora, el 5 de Agosto cerca de Simancas y algunos días después en Alhandega; más no debemos creer que fuera así, la narración de Masudi encierra errores manifiestos, y descansa toda ella en una falsa interpretación. El *Morudj ad-dheheb* es un libro algo superficial. Sería casi increíble, como lo ha notado M. Quatremere en su *Notice* sobre la vida y obras de Masudi (2), que obra tan voluminosa pudiera haberse escrito en solo un año, cosa de todo punto increíble si el mismo autor no lo atestiguase á cada paso con cierta jactancia. Además, Masudi no bebía siempre en las mejores fuentes; á menudo—como lo advierte también M. Quatremere—se refería al testimonio de esos mercaderes judíos ó musulmanes, que arrastrados por el amor al

(1) Esta fecha se encuentra en el man. de Leiden (compárese *Jour. asiat.* 3.ª série, t. VII, p. 14.) Maccari trae 336; año en que á lo que parece publicó Masudi la segunda edición de su obra.

(2) *Jour. Asiat.* III série, t. VII.

lucro, iban hasta los últimos confines del mundo entonces conocido, desnaturalizando más de una vez, en su ignorancia, la historia de los pueblos en cuyo seno habian vivido. El relato que acaba de leerse lleva el sello de semejante origen, y no podria resistir el exámen de una crítica juiciosa. Lo ménos inesacto que contiene es la historia de los Beni-Ishac que yá conocemos por el *Ajbar-machmua* y por Ibn-Jaldum; pero esta parte no está aún al abrigo de la crítica y en cuanto al resto está plagado de faltas. Así pues, el autor se engaña al llamar á Zamora capital del reino de Ramiro, y al asegurar más adelante que este rey, dando oídos á los consejos de Omeya, no persiguió á los enemigos, se encuentra en oposicion con el testimonio formal del autor árabe-español citado en el *Ajbar-machmua*. Pero su error capital es haber ignorado que Aljandec era un nombre propio; tomando esta palabra en el sentido de foso, creyó que la batalla de Alhandega se habia dado cerca de un foso de Zamora. Ningun escritor español habla de Zamora en esta ocasion, y segun Sampiro, cuyo testimonio está confirmado por el de otras dos crónicas (1), los musulmanes

(1) *Annales Complutenses. Annales Toladensis I.*

atacaron, nó á Zamora, sino á Simancas. Todas las apariencias concurren á hacer creer que Masudi, que escribió á una gran distancia de España y no habia visitado este pais, no oyó hablar jamás de Alhandega, ni de Simancas. Nosotros no pretendemos censurarle por eso, porque sabemos que por aquel tiempo, y aún mucho despues, era extraordinariamente difícil para los que vivian en Oriente procurarse noticias exactas acerca de lo que pasaba en España. ¿No hemos visto ya que Ibn-Jaldum, ordinariamente tan bien enterado de los asuntos de este pais, se dejó sin embargo engañar cuando estaba en el Cairo, por una noticia tan absurda que aún hoy mismo nos inspira risa? Necesario es, por tanto, perdonar á Masudi, teniendo en cuenta el siglo en que vivió y el pais donde nació, las muchas equivocaciones y yerros; no podríamos nosotros aspirar á igual indulgencia si en el siglo en que estamos no supiéramos estar alerta contra esas relaciones basadas en noticias inexactas á todas luces.

X.

SOBRE LA FECHA DE LA MUERTE DE RAMIRO II.

Segun la opinion generalmente admitida Ramiro II murió en Enero de 950, opinion que parece apoyada no solo en el testimonio de dos cartas, una del 25 de Enero y otra del 25 de Agosto del 950, que citan este año como el primero del reinado de Ordoño III, sino tambien en el del cronista Sampiro. Sin embargo, como otras cartas atestiguan que Ramiro vivia todavia diez meses despues por lo ménos del 5 de Enero de 950, Florez (1) y Risco (2) han pensado que Ramiro, sintiéndose gravemente enfermo, abdicó el 5 de Enero del 950 y que sobrevivió diez meses á su abdicacion.

(1) *Esp. Sagr.*; t. XIV, p. 449.

(2) *Ibid.* t. XXXIV, p. 255.

Bien consideradas estas dos opiniones nos parecen igualmente inadmisibles. La última está contradicha por el texto del cronista Sampiro que se expresa de esta manera: «Ad Legionem reversus, ab omnibus Episcopis, Abbatibus valde exhortatus confessionem accepit, el vespere Apparitionis Domini ipse se ex proprio (1) Regno abstulit, et dixit:—Nudus egressus sum ex utero matris meæ, nudus revertar illuc. Dominus sit adiutormeus, non timebo quid faciat mihi homo.— Proprio morbo decessit, et sepultus fuit» etc. Á poco que leamos este texto sin prevencion deduciremos lo siguiente: Ramiro abdicó el 5 de Enero en los últimos instantes de su vida, segun era costumbre entre los reyes; pero no sobrevivió á esta abdicacion y si no murió precisamente el 5 de Enero murió al ménos pocos dias despues.

Creemos que la muerte de Ramiro debe fijarse en el mes de Enero de 951: he aqui las razones en que nos apoyamos.

1.º En nuestro manuscrito de Sampiro la fecha no es la era 988, como en la edicion de Florez, sino 989, es decir 951 de J. C. 2.º Sampiro concede á Ramiro un reinado de

(1) La edicion de Florez añade *morbo*. Esta palabra sobra; tampoco la trae el man. de Leiden.

19 años 2 meses y 25 días, cálculo que no sería exacto si Ramiro hubiera muerto en Enero de 950, pues entonces hubiera comenzado á reinar en Octubre de 930 y las cartas (1) nos enseñan que su predecesor Alfonso IV reinaba todavía en Marzo de 931. La leccion buena, por lo tanto, es la del manuscrito de Leiden.

3.º Dos cronistas árabes Ibn-Adhari (t. II, p. 233) é Ibn-Jaldum (más arriba p. 156) refieren que Ramiro murió en 339 de la hegira, año que comenzaba el 20 de Junio de 950 y acababa el 8 del propio mes de 951. Además Ibn-Adhari, á juzgar por el orden con que cuenta los hechos, coloca la muerte del rey leonés despues del mes de Redjeb, es decir, despues de Diciembre de 950 y como copia ordinariamente al cronista Arib que vivía en aquella época su testimonio es de mucho valor.

4.º Ocho cartas de 950 acreditan que Ramiro vivía y reinaba en este año. He aquí sus fechas:

22 de Enero. Regnante Serenissimo Rex Ranimiro in Obieto et Comite Fredinando Gundisalvis in Castella, Berganza, t. II, Escr. 45.

(1) Véase más arriba pág. 227.

1.º de Febrero. Regnante Rex Ranimiro in Legione et Comite Fraedinando Gundisaviz in Castella. Berganza, t. II, Escr. 46.

1.º de Márzo. Príncipe Ranimiro in Obieto et Comite Fredinando in Castella. Berganza, t. II, Escr. 47.

1.º de Mayo. Regnante gloriosissimo Príncipe Ranimiro in Oveto et in Castella Comite Fredinando Gundisalviz. Berganza, t. II, Escr. 48.

7 de Mayo. Regnante Principe Ranimiro in Obieto et filio eius Sanctio in Burgos. Berganza, II, Escr. 49.

17 de Junio. Esp. Sagr., t. XXXIV, p. 252. Esta carta está firmada por el mismo Ramiro y por sus dos hijos Ordoño y Sancho.

16 de Setiembre. Regnante Rex Ranimiro in Obieto, et Sanctio in Castella. Berganza t. II, Escr. 49 (in fine).

1.º de Noviembre. Rex Ranimiro in Obieto, et Sanctio prolis in Burgos. Berganza, t. II, Escr. 50.

5.º Una carta del 15 de Setiembre de 952 llama á este año *segundo* del reinado de Ordoño III (Lepes t. V, Escr. 14).

Todas estas razones parecen probar que Ramiro no murió hasta Enero de 951 y que

en las cartas donde se encuentra nombrada la era 998, como primer año del reinado de Ordoño III, los copistas han omitido una unidad, pues es sabido que las faltas de este género son frequentísimas en los cartularios.

XI.

TOMA DE ZAMORA POR ALMANZOR, BATALLA
DE LA RUEDA, TOMA DE SIMANCAS,
PRIMER ASEDIO DE LEON.

Las fechas de estos acontecimientos han sido muy inciertas hasta ahora; una carta trae una, al menos aproximada pero acaso no ha sido examinada con bastante atención y las crónicas latinas no las traen ó las traen equivocadas. Solo Ibn-Jaldum en su historia de los reyes cristianos nos dá un hilo para salir de este laberinto. Con todo, debemos advertir de antemano que las cuestiones cronológicas de que vamos á ocuparnos son muy espinosas; exigen una gran paciencia, reclaman una atención muy sostenida y no ofrecen, consideradas en sí mismas, atractivo alguno. Pero sin crono-

logia no hay historia; ciencia árida, é ingrata con frecuencia, jamás el historiador la ha desdeñado impunemente. Dispénsennos pues, nuestros lectores por la aridez de este estudio á que hemos creído conveniente dar cabida para justificar la cronología adoptada en nuestra Historia de los árabes de España.

Hechas estas observaciones para que el lector se revista de paciencia, entremos en materia.

Ibn-Jaldum coloca los hechos en el órden siguiente:

Almanzor sitia á Ramiro III primero en Zamora y despues en Leon.

Ramiro celebró una alianza con Garcia Fernandez conde de Castilla y con el rey de Navarra.

Los aliados presentan la batalla á Almanzor cerca de Simancas (en la Rueda, al S. O. de Simancas como ya sabemos por la crónica de Cardeña); son derrotados y Almanzor toma á Simancas y la destruye.

Los gallegos cansados de Ramiro á quien la desgracia parecia perseguir, eligen por rey á Bermudo (II).

Este hecho ocurrió, segun Sampiro, (c. 29) el 15 de Octubre de 982. Los demás acontecimientos de que habla Ibn-Jaldum deben ser anterior á esta época. Por otra

parte no pueden haber ocurrido antes del año 981, porque entonces (basta con leer el tomo III de mi obra Historia de los árabes en España para convencerse de ello), Almanzor tenia demasiados asuntos entre mano para emprender una espedicion seria contra el rey de Leon.

Hemos seguido en la colocacion de estos hechos el mismo órden que ibn-Jaldum, sin otra alteracion que la de poner el asedio de Leon despues de la toma de Simancas, porque seria cosa rarísima que Almanzor marchase contra Leon, dejando á sus espaldas una fortaleza tal como Simancas, que era entre todas, despues de Zamora, la primera en importancia.

Procuremos ahora precisar las fechas.

La de la toma de Zamora no puede dudarse porque Ibn-al-Abbar en un artículo biográfico sobre Abdallah príncipe de la sangre, llamado Pedro seco, dice lo siguiente:

»Este príncipe mandaba la vanguardia de Almanzor en la época en que despues de haber matado á Ghalib en la frontera, hizo una escursion á Galicia á principios de Moharram 371-acompañado con la caballería de Toledo, tropas regulares y toda la infantería. En esta ocasion Abdallah asedió

á Zamora pero no consiguió apoderarse de la ciudadela. Recorrió á sangre y fuego todo el país de los alrededores y en solo un distrito destruyó cerca de mil aldeas cuyos nombres son conocidos y donde habia muchos cláustros é iglesias. Volvióse á Córdoba con cuatro mil cautivos despues de cortar la cabeza á otros tantos cristianos.

Consultando el texto arábigo de este pasage, podria aparecer dudoso á primera vista si la fecha que allí se encuentra se refiere á la muerte de Ghalib ó á la expedición contra Galicia, esplicacion mucho mas natural y confirmada por el testimonio de Ibn-Adhari, el cual no indica la época precisa de la muerte de Ghalib, sino que después de hablar de ella, comienza un nuevo capítulo donde refiere los acontecimientos del año 371, todo lo cual evidencia que Ghalib fué muerto antes de este año, probablemente hácia fines del 370, y que la fecha citada en Ibn-al-Abbar es la de la expedición contra Galicia. Zamora fué, pues, tomada hácia el mes de Moharram de 371, es decir, hácia el mes de Julio de 981. Creemos que Simancas fué tomada poco más ó ménos en la misma época. Los *Annales Complutenses* fijan este acontecimiento en el año 983, y la crónica de Cardena como los *Annales Toleda-*

nos I en el año siguiente; pero ámbas fechas están equivocadas. Lo cierto es que Simancas fué tomada ántes del mes de Julio de 982, y lo comprueba el epitáfio de la mujer de un personaje que, como ahora veremos, habia caido prisionero después de la toma de la ciudad, epitáfio grabado en una gran losa de mármol que se encontraba en el siglo XVI en el cláustro de S. Acisclo de Córdoba, y publicado (t. III, fol. 268 v.) por Morales. Hé aquí su contenido.

Obiit. Famula. Dei.

(1) DOMINICUS. SARRACINI.

Uxor. Era. T. Vicesim.

V Kal: AGS.

La mujer de Domingo Sarracinez murió pues en Córdoba en 28 de Julio de 982.

Una interesantísima carta de Bermudo II nos enseñará más que las pequeñas crónicas. Hé aquí lo que el rey refiere en ella: los Sarracenos, después de tomar á Simancas, pasaron á cuchillo á sus habitantes; algunos sin embargo, entre los que se hallaba Domingo Sarracinez, poseedor de cuantiosos bienes en Zamora y sus alrededores, fueron llevados á Córdoba cargados de cadenas, permaneciendo prisioneros en esta ciudad

(1) En vez de: Dominici.

dos años y medio. Bermudo II se interesó vivamente por estos desgraciados y queriendo rescatarlos, envió con ese objeto mensajeros á Córdoba, pero ya era tarde, pues los Sarracenos habian degollado á los prisioneros. (1) Entónces Ramiro III, competidor de Bermudo II, se apoderó de los bienes de Sarracinez, que habia muerto intestado y sin dejar herederos. Bermudo II censura muy duramente este acto, pues, á su juicio, no es permitido á un lego poseer el patrimonio de un mártir, de un santo—semejante herencia sólo á la iglesia pertenece—y ahora que reina solo (porque su competidor ha muerto) hace donacion por esta carta de una gran parte de los bienes de Sarracinez á la iglesia de Santiago de Compostela.

Morales que fué el primero que publicó esta carta, segun el cartulario de Compostela, en su edicion de Eulogio, (2) trae la siguiente fecha: IV Idus Februarii Era post millenam terlia scilicet et decimam, esto es 10 de Febrero de 975; mas, como Bermudo no fué proclamado rey hasta 982, y Ramiro III no murió hasta 984, inútil es decir, que

(1) Etiam nuntii mei in via erant, quos pro illis miseram, quando ipsum martyrimum consummatum est.

(2) Apud Schott Hisp illust. t. IV. p. 353; 354. La carta ha sido reimpressa en la Esp. Sagr. t. XIV, apénd. X.

esta fecha es falsa. Florez la ha hecho comprobar en el cartulario, (1) y allí ha encontrado VII Idus Februarii. Era post millenam III. scilicet XX, es decir, el 7 de Febrero de 985 (2).

Segun esta carta Simancas fué tomada más de dos años y medio ántes de la muerte de Ramiro III: debemos pues, comenzar por comprobar la fecha de esta muerte. Morales consideraba esta fecha cronológica como una de las cuestiones mas difíciles de su tiempo, como en efecto lo era; pero hoy tenemos ya, en mi opinion, materiales suficientes para resolverla. Muchas cartas del año 984 llevan la fórmula «regnante rege Ranimiro in Legione» mas todas son, si no nos equivocamos, de la primera mitad de este año y aun anteriores al 24 de Abril, por una razon que dentro de poco esplicaremos; la última es, segun parece, del 13 de Marzo (3). Al principio de 985 Ramiro habia dejado de vivir, testigo la carta de Bermudo II que hemos analizado; debió pues morir á mediados de 984 y merced á los

(1) Véase Esp. Sag. t. XIX, p. 179.

(2) Conviene no cambiar esta fecha como Florez ha pretendido hacerlo, es buena; pero la de la carta de Celnova citada por Florez en el tomo XIX, p. 167 es falsa.

(3) Véase Esp. Sagr. t. XXXIV p. 294, 295.

anales complutenses donde la era está gravemente alterada (en vez de MXLIII como trae la edicion de Berganza debe leerse MXXII) podemos precisar el mes y aun la parte de él: léese allí que Ramiro murió el jueves 26 de Junio y como en el año 984 este día caía realmente en jueves, tal fecha es sin duda exacta. Hay sin embargo una dificultad: una carta del 24 de Abril nombra á Ramiro II como reinando en Leon, (1) (antes solo reinaba en Galicia). Mas esta dificultad es solo aparente, pues todo induce á creer que Bermudo se apoderó de Leon y arrojó á su competidor de dicha ciudad entre el 13 de Marzo y 24 de Abril. En efecto, á su muerte Ramiro no se encontraba en Leon como pretende Sampiro, si hubiese estado allí, hubiera sido enterrado, como era natural, al lado de su padre y de su abuelo y no á una gran distancia de Leon en Destriana al S. de Astorga, como nos enseña el interpolador de Sampiro, que por esta vez estaba bien informado, pues Lucas de Tuy refiere (p. 106) que cerca de doscientos años mas tarde, es decir, en su tiempo, Fernando de Leon hizo trasportar á Astorga los restos de Ramiro III que repo-

(1) Esp. Sagr. t. XXXIV. es. 22.

saban en Destriana. Es pues verosímil que Ramiro, arrojado de su capital, hubiera ido á buscar un refugio á los alrededores de Astorga, que esperáse allí á los musulmanes entónces aliados suyos (1) y que muriese en Destriana el 26 de Junio de 984 (2).

Si recordamos ahora: primero, que Simancas fué tomada mas de dos años y medio antes de la muerte de Ramiro; segundo, que este acontecimiento no pudo verificarse en invierno puesto que en aquel tiempo no se emprendian asedios ni campañas en esa estacion; y, tercero, que no pudo ocurrir antes del año 981, entonces convendremos, así nos atrevemos á esperarlo, en que Simancas fué tomada poco mas ó menos por la misma época que Zamora, es decir, hácia el mes de Julio ó Agosto de 981.

La cronología de los hechos de que acabamos de hablar es pues como sigue:

Julio ó Agosto de 981, toma de Simancas.

28 de Julio de 982, muerte de la muger de Sarracinez en Córdoba.

(1) Compárese con Ibn-Jaldum mas arriba, p. 58.

(2) La carta analizada por Morales, t. III. fol. 264 v. no tiene utilidad alguna para esta cuestion.—Tampoco es, en nuestra opinion, de Bermudo II sino de Ordoño III y del año 951. Bermudo II, la habrá confirmado solamente.

Enero ó Febrero de 984, Bermudo II envia mensageros á Córdoba. Decapitación de Sarracinez y demás prisioneros.

Marzo ó Abril de 984, Bermudo quita Leon á Ramiro.

26 de Junio, muerte de Ramiro.

7 de Febrero de 985, Bermudo hace donacion de los bienes de Sarracinez á la iglesia de Compostela.

En cuanto al sitio de Leon que quedó sin efecto, del cual ha dado interesantes detalles el monge de Silos (c. 71), ocurrió, segun este cronista, á fines del otoño y antes de la época en que Bermudo fué proclamado rey en Galicia, ibn-Jaldum lo asegura y el historiador latino está de acuerdo con él. Es pues preciso fijarlo en el otoño del año 984.

XII.

TOMA DE LEON POR ALMANZOR.

Lúcas de Tuy p. 87 es el único autor que trae algunos pormenores sobre la toma de Leon, y aunque en general le concedemos poca confianza cuando habla de épocas anteriores á la suya, merece en esta circunstancia completo crédito, porque la toma y total destruccion de la capital del reino era un acontecimiento de una importancia verdaderamente escepcional, una de esas espantosas catástrofes, cuyo recuerdo jamás se borra de la memoria, y además porque la tradicion de Lúcas se recomienda por su sencillez y en nada peca contra la verosimilitud. ¿Sería verdad que el sitio duró un año como el cronista asegura? lo dudamos, pues no creemos que en aquel tiempo los musulma-

nes hubiesen invernado jamás en países enemigos; error ligero y fácil de explicar; lo que es mucho más grave, en nuestro juicio, es que Lúcas diese al conde gallego que mandaba en la plaza el nombre de Guillermo Gonzalez, pues en aquella época el nombre de Guillermo, introducido más tarde por los franceses, era aún completamente desconocido en el reino de Leon, como lo prueba que en los millares de nombres que traen las cartas del siglo X no aparece una sola vez el de Guillermo. Si Lúcas hubiese escrito realmente ese nombre podria deducirse que ignoraba como se llamaba el conde y aún quizás que su relato no merecía confianza por el gran papel que en él desempeñaba aquel personage, pero no creemos que haya sido así y nos inclinamos á ver en este nombre, inusitado entónces, un error del copista. Sabido es que en la edad media se espresaban muchas veces el nombre de bautismo ó de familia con solo las iniciales (en la historia compostelana; por ejemplo, Alfonso de Aragon está constantemente designado con la letra A. la reina Urraca por la letra U. etc). Tambien se sabe que estas llamadas abreviaturas han sido á menudo mal interpretadas por los copistas ó los editores que se han tomado

la libertad de escribir los nombres propios con todas sus letras (1). Encuéntrase, por ejemplo, en el cartulario de Astórga una donacion de Bermudo II fechada en el año 988 en la que se lee: «Á tí nuestro padre y señor Sampiro, Obispo de Astórga (2). El que ejercía entonces la dignidad de Obispo llevaba el nombre de Scemeno y salta á la vista que el compilador del cartulario encontró solo una S en el original que copiaba y esplicó mal esta abreviatura. Otro ejemplo; una carta de 1156 tiene estas palabras: «Vobis Domino ITudensi episcopo (3). Sandoval creyó que esta abreviatura significaba Joannes, pero significa Isidoro como lo ha probado Florez. Creemos que Lúcas de Tuy escribió tambien G. Gundisalvi y, cuando se conocen los nombres de bautismo que estaban en uso en el reino de Leon en el siglo X, se sabe que esta abreviatura no significa Guillermo sino Gonzalo. El nombre del conde de Leon era pues Gonzalo Gonzalez.

Ibn-Jaldum es el único entre todos los

(1) Véase Nouveau Traité de diplomatique, t. III, p. 506—508; Schœnemann, Versuch eines vollständigen System der Diplomatiek, t. I, p. 392—394.

(2) *Esp. Sagr.*, t. XXVI, escr. II.

(3) *Esp. Sagr.*, t. XXII, esc. 13.

cronistas latinos y arábigos que trae la fecha de la toma de Leon y dice, como hemos visto más arriba, (p. 158) que este acontecimiento ocurrió en el año 988. No ignoramos que se encuentra otra fecha, 983, en la traducción inglesa de Maccari (t. II, p. 889); pero este autor no es responsable de semejante yerro pues no habla una palabra de la toma de Leon, de lo que fácilmente puede convencerse el que quiera consultando su texto que ya está impreso. El hecho es que el traductor señor Gayangos encontró la fecha de 983 en Conde, el cual no la encontró en ninguna parte y puso en boca de Maccari un compendio de un pasaje de Conde, sin despojarlo siquiera de la forma bárbara de Lyonis, inventada por este último.

XIII.

MATRIMONIO DE ALMANZOR CON UNA HIJA DE BERMUDO II Y CON OTRA PRINCESA DEL NORTE. ABDERRAMAN SANCHUELO.

Nuestros antepasados de la edad media, mas crédulos todavía que piadosos, no podían pasar sin lo sobrenatural; necesitaban milagros á toda costa y si Dios no los hacia, siempre se encontraba alguno que los inventase. De aquí una multitud de leyendas que, preciso es convenir en ello, repugnan tanto el sentido comun como al buen gusto, las cuales por insípidas que parezcan han sido tegidas sobre un fondo histórico, razon por la que el historiador ha podido sacar provecho de ellas; así ha acontecido con una que Pelayo, Obispo de Oviedo y escritor del siglo XII refiere en estos ó parecidos términos (c. II).

Después de la muerte de Bermudo II, su hijo y sucesor Alfonso V, con el objeto de obtener la paz de su enemigo el rey de Toledo, le dió á su hermana Teresa en matrimonio, mas esta, que era una piadosa cristiana se estremecía de horror á la sola idea de que seria la muger de un infiel y cuando llegó junto á su esposo le dijo: no quiero que te acerques á mí porque eres un pagano y si lo haces el angel del Señor te matará: el rey se burló de su amenaza y durmió con ella, pero una vez solo, porque fué herido al punto por el angel del señor; entonces, sintiendo su fin cercano, ordenó á sus ministros que volviesen á Teresa á Leon y que ofreciesen á Alfonso magníficos regalos. De vuelta á Leon, Teresa tomó el velo y murió en Oviedo en el convento de San Pelayo en donde fué enterrada.

Esta Teresa ha existido efectivamente como se ha probado ya por las cartas. En el año 1017 firma una donacion hecha por su madre á la iglesia de Compostela. Por un acta del 27 de Enero de 1030 ella y su hermana Sancha donan á esta misma iglesia la quinta ó aldea de Sarantes, llámase allí hija del rey Bermudo y de la reina Elvira, siendo muy de notar qué en el cartulario de Compostela, donde ha sido retrata-

da como religiosa, lleva un cetro y una corona (1), circunstancia en la que es necesario ver sin duda una alusion á su matrimonio con un principe musulman, toda vez que jamás reinó en el norte. Mas tarde estuvo realmente en el convento de S. Pelayo de Oviedo (firma un diploma de Oviedo fechado en 31 de Diciembre de 1037) (2) y allí fué donde murió el 25 de Abril de 1039 como lo atestigua su largo epitafio, publicado por Yepes (t. III fol. 338), donde es llamada: Tarasia Christo dicata, proles Beremundi Regis et Geloircæ Reginæ, clara parentatu, clarior et merito.

¿Qué es pues lo que hay de cierto en la leyenda que nos refiere Pelayo, quien la escuchó sin duda en el convento donde Teresa pasó los últimos años de su vida? desde luego es falso que su esposo fuera un rey de Toledo, pues Teresa, las cartas lo atestiguan, habia vuelto ya al lado de su familia en el año 1017 y la leyenda dice, creemos que con razon, volvió á su patria despues de la muerte de su esposo; y, el principe que reinaba en dicha ciudad desde el principio de la guerra civil, era

(1) Morales t. III, fol. 313. r. 319 r. y v.

(2) Sandoval *Cinco Reyes*, fol. 57 r.

Yaich-ibn-Mohammed ibn-Yaich que no murió hasta 1036 (1), es decir, muchos años despues de la vuelta de Teresa á Leon. Hay tambien otra razon para no admitir que la hija de Bermudo casára con este Yaich y era que este hombre era un reyezuelo de quien Alfonso V nada tenia que temer; antes por el contrario él podia temerlo todo de Alfonso, quien parece imposible se humillara ante Yaich hasta dar con él el denigrante paso de ofrecerle la mano de su hermana: el que casó con Teresa debió ser un príncipe muy poderoso, un enemigo muy terrible. Ibn-Jaldum nos enseña quien era refiriéndonos, como hemos visto mas arriba, que en el año 993 Bermudo II envió su hijo á Almanzor que, al principio, la hizo su esclava; pero que luego le dió la libertad y casó con ella. Esta hija de Bermudo era Teresa á no dudarle, su esposo no era ya un príncipe insignificante, de quien apenas habla la historia; sino el gran conquistador del siglo X, el famoso Almanzor, cuyo solo nombre hacia temblar á los cristianos.

Engañase, pues, la leyenda acerca del nombre del esposo de Teresa, error que no nos asombra cuando recordamos que fué

(1) Ibn-Jaldum fol. 26, v.

escrita mas de un siglo despues del matrimonio de que se trata. El resto de la leyenda nos parece completamente cierto y no dudamos, en modo alguno, que despues de la muerte de su esposo, ocurrida en 1002, Teresa fuese vuelta á enviar á su hermano Alfonso V, opinion que nos confirma la paz celebrada en el año 1003 entre Mudhafar hijo y sucesor de Almanzor y Alfonso V (1). Este estipularia en esta ocasion que le devolviesen á su hermana y por su parte Mudhafar que no tenia interés alguno en retener en Córdoba á la viuda de su padre, accederia á su pretension sin gran dificultad.

Despojando ahora á la leyenda de lo que tiene de milagroso é inexacto queda lo siguiente: una hija de Bermudo II, llamada Teresa, casó con un rey musulman; enviada á su hermano Alfonso V, despues de la muerte de su padre y de su esposo, tomó el velo y murió en Oviedo en el claustro de San Pelayo.

Hasta aquí lo concerniente al matrimonio de Almanzor con una hija de Bermudo, pero como creemos cierto que este ministro casó todavía con una princesa del norte,

(1) Risco, historia de Leon t. I, p. 236.

vamos á ocuparnos ahora de ese matrimonio.

Sabido es que á Almanzor sucedió su hijo Abdalmalic llamado Mudhaffar y nadie ignora que despues de la muerte de este, acontecida en 1008, otro hijo de Almanzor, Abderraman, llegó á ser primer ministro. Dábase á este último un apellido que los árabes escribian *Schanschol* ó *Schanjol*. Qué significa este vocablo? El autor del *Kitab-al-ictifá* (1) dice que es un apodo y lo esplica por Ajamá el loco, pero esta esplicacion es errónea y Rodrigo de Toledo estaba en lo cierto al decir en su *Historia Arabum* «derisorie Sanchiolus dicebatur.» Sanchol, que así debe pronunciarse, como lo acreditan los anales toledanos t. II, (2) es seguramente un diminutivo de Sancho, pues Ibn-Hayyan nos ofrece el ejemplo de un diminutivo semejante en la lengua romanceada del medio-dia de la península, al hablarnos de un lugar-teniente de Omar-ibn Hasun á quien llama ora Al-ohaimir, ora el Royol (3). La primera de estas palabras es el diminutivo del apellido árabe *ahmar* (rojo) la segunda es el dismi-

(1) En mis *Scriptorum Arab.* loci de Abbad., t. II, p. 13.

(2) *Esp. Sagr.*, t. XXIII, p. 403.

(3) Ibn-Hayyan man de Oxford fol. 18 v. y 70 v.

nutivo de la palabra romanceada *Royo* (Rojo) que existe aún en español. El Royo ha sido desde muy antiguo un apodo y en el siglo XI se daba por ejemplo á Mocâtil capitan berberisco del príncipe de Granada Abdallah ibn-Bologguin. Este Mocatil, dice Ibn-al-Jatib llevaba el nombre de el Royo á causa de ser su piel muy encendida de color. Hoy los españoles cuando quieren designar á un hombrecillo coloradote dicen el *royuelo*, porque en ciertos casos su lengua cambia la *o* latina-romanceada en *ue*, más en el siglo IX decíase el royo, palabra sinónima de Al-ohaimir pues una es traducción de otra, Sanchol es por tanto un diminutivo de Sancho, como Royol de Royo, y, lo prueba de una manera convincente, los versos que compuso un poeta contemporáneo, cuando el cadi Ibn-Dhacwân y el secretario de estado Ibn-Bord persuadieron al califa Hicham II á declarar la guerra á Abderraman, heredero presunto del trono. Estos versos que nos ha conservado Ibn-al-Abbar, p. 150, están concebidos en los siguientes términos:

«Ibn-Dhacwan é Ibn-Bord han herido de muerte la religion. Se han rebelado contra el Dios de verdad declarando al nieto de Sancho heredero del trono.»

Véase pues porqué se daba á Abderraman

el apodo de Sanchol ó Sanchillo; su madre era hija de un príncipe cristiano, de un Sancho y he ahí por qué fué tan indignamente calumniando ese desdichado jóven y porqué los sacerdotes musulmanes procuraban con tanto ahinco causar su perdicion! Su nacimiento era á sus ojos una mancha que no podia borrarse, el solo pensamiento de que subiría al trono el hijo de un infiel, de un Sancho, los hacia estremecerse de horror; así que no se dieron punto de reposo hasta que lo vieron degollado.

Almanzor, esto es ya incontestable, casó tambien con una princesa cristiana distinta de Teresa, la hija de Bermudo II; pero ¿quién era el padre de aquella muger? ¿de qué Sancho se trata? Comencemos para dirimir esta cuestion examinando hácia qué época se verificó el matrimonio, cosa que está ya á nuestro alcance, pues sabemos aproximadamente la fecha del nacimiento de Abderraman Sanchuelo.

Sabido es que los musulmanes hacen circuncidar á sus hijos cuando tienen cinco ó seis años (1). Tambien nos consta por Maccari, (t. I, p. 348), que el año que Abderraman fué circuncidado habia una gran

(1) Lane Modern. Egyptians. t. I, p. 77.

hambre á causa de una larga sequía y que el dia mismo de la circuncision cayó una abundante lluvia. Es posible al presente determinar la época en que tuvo lugar esta hambre y precisar su término? Consultado él *Cartás*, donde se encuentran anotadas con escrupulosa exactitud las calamidades de este género, vemos (p. 72 y 73) que la carestia que originó la falta de lluvias comenzó en el año 399 de la hegira (989 de J. C.) y duró hasta fines de 381; es decir, hasta Febrero ó Marzo de 992 en que comenzó á llover abundantemente. Abderraman fué pues circuncidado á principios del año 992 y, como entónces tendria cinco ó seis, años deberia nacer hácia el 986. El matrimonio de Almanzor con la hija de Sancho pudo por tanto verificarse en 985?

¿Qué Sancho habia entónces que tuviera una hija casadera? ¿Era Sancho de Castilla? No, seria imposible, pues aun cuando es cierto que Sancho no sucedió á su padre Garci-Fernandez y que no murió hasta el 1017, quince años despues de Almanzor; ya en 972 aparecen firmando cartas (1), él y otros hijos de Garci-Fernandez, siendo por tanto lícito suponer que nació por los

(1) Borganza t. II, esc. 69 y siguientes.

años 950 y podría casarse hácia el 969 y tener una hija casadera para el 985. El Sancho, pues, de que se trata pudo haber sido Sancho de Castilla, suposicion tanto mas probable cuanto que existieron relaciones amistosas entre él y Almanzor que le habia prestado su apoyo cuando trató de rebelarse contra su padre. Mas la esposa de Almanzor pudo haber sido tambien la hija de Sancho de Navarra que sucedió á su padre Garcia en 970. Nos vemos, pues, aquí embarazados con la eleccion.

Ibn-al-Jatib, en su artículo acerca de Almanzor, habla tambien del matrimonio de este ministro con una princesa del norte; pero es dudoso á qué princesa se refiere, si á Teresa ó á la hija de Sancho, inclinándonos nosotros á creer que trata de esta última. Sea de esto lo que quiera, hé aqui el pasaje de Ibn-al-Jatib que nos parece muy curioso (man. G. fol. 180 r. y d).

Almanzor hizo cerca de 70 campañas; conquistó provincias, arrancó los escaramujos de la impiedad, humilló á los incrédulos, desordenó las filas de los infieles, rompió las cruces, recorrió el pais de los enemigos hasta sus últimos confines y les impuso tributos. El gefe de los rumies le tenia tanto miedo que quiso unir su casa á la

suya y le ofreció su hija, esta fué entónces la muger favorita de Almanzor y sobrepujó á todas sus compañeras en piedad (1) y en virtudes.

(1) Es casi inútil decir que esta señora habia tenido que abrazar el islamismo.

XIV.

SOBRE LA BATALLA DE CALATAÑAZOR.

En la primavera del año 1002, cinco años despues de su gloriosa expedicion contra Santiago de Compostela, Almanzor, ya enfermo, reunió veinte mil hombres y saliendo de Toledo, se puso en campaña contra el reino de Leon y principalmente el de Castilla. Estaba en los decretos del destino que esta campaña, á que los árabes llaman campaña de Canales y del claustro, seria la última del gran capitán, pero fué afortunada como todas las anteriores. Castilla fué llevada á sangre y fuego y los musulmanes penetraron hasta Canales (en la Rioja) (1) y hasta un claustro que, segun todas las apariencias, era el de S. Emilio, patron de Castilla. Efec-

(1) Canales se encuentra á nueve leguas S. de Nájera.

tivamente, en una carta de 1027 (1) Sancho el Grande, rey de Navarra, cita ese célebre convento que se hallaba en las cercanías de Canales como uno de los que fueron destruidos por los «bárbaros» y por el feroz perseguidor.

Almanzor, sin embargo, se sentia empeorar de dia en dia. Desconfiado de los médicos, que no habian logrado ponerse de acuerdo respecto á la naturaleza de su enfermedad, ni al tratamiento que debia seguirse, se negaba obstinadamente á recibir los socorros del arte, convencido además de que su mal no tenia curacion. No pudiendo sostenerse á caballo, se hacia llevar en litera; sufría cruelmente. «Veinte mil soldados, decia, están alistados bajo mis banderas; ninguno hay que sea tan desgraciado como yo.»

Llevado así en hombros durante catorce dias, llegó por fin á Medinaceli; un solo pensamiento bullia en su mente. A pesar de sus numerosas victorias y su gran renombre, su autoridad habia vacilado y estado siempre en tela de juicio, y temia, que al morir, estallase la insurreccion y arrebatase el poder á su familia. Atormentado incesante-

(1) Apud Llorente *Provincias Vascongadas* t. III, p. 336.

mente por esta idea, que envenenaba sus últimos días, hizo venir á su hijo mayor Abdalmelic junto á su lecho, y dándole sus últimas instrucciones, le recomendó que confiase el mando del ejército á su hermano Abderraman y que se fuese sin perder momento á la capital, y allí se apoderase del gobierno, estando dispuesto á reprimir inmediatamente cualquier tentativa de insurrección. Abdalmelic le prometió seguir sus consejos; mas la inquietud de Almanzor era tan grande, que cada vez que su hijo iba á retirarse, creyendo que su padre habia acabado de hablar, volvía á llamarle: el moribundo temía siempre haberse olvidado de algo y siempre encontraba un nuevo consejo que añadir á los que ya habia dado. El joven lloraba, su padre le reprendía su dolor como un signo de debilidad. Ido Abdalmelic, Almanzor se sintió algo mejor é hizo venir á sus oficiales, que apenas le reconocieron; estaba tan pálido y tan flaco, que parecia un espectro y habia perdido casi por completo el uso de la palabra. Mitad por gestos, mitad con palabras entrecortadas, se despidió de ellos y poco tiempo despues, en la noche del lunes del 10 de Agosto, exhaló su último suspiro.

Tales son los detalles que nos refieren

los escritores árabes (1) acerca de la última campaña y de la muerte del primer ministro de Hichâm II; pero los cronistas latinos del siglo XIII, Lúcas de Tuy y Rodrigo de Toledo saben mas todavía. A creer á estos, Almanzor, ese héroe que, segun el testimonio unánime de los árabes y de los cristianos, (2) jamás habia sido vencido, habria sido derrotado durante su última campaña en Calatañazor entre Osma y Soria, y esta batalla ganada, á lo que se dice, por los leoneses, castellanos y navarros, se ha hecho muy célebre; mas, por renombre que haya alcanzado, séanos licito preguntar si puede uno fiarse de lo que dicen los cronistas del siglo XIII respecto á este punto; para examinarlo como se merece, comenzaremos por traducir el relato de Lúcas, mas antiguo y completo que el de Rodrigo.

Lúcas se expresa en estos términos, p. 88.

»En seguida,—es decir, despues de la expedición de Almanzor contra Compostela,—en seguida el rey Bermudo envió mensajeros á

(1) Maccari t. II, p. 65. Ibn-al-Abbâr en mis *Noticias* p. 451; Ibn-al-Jatib artículo sobre Almanzor man. G. fol. 181. v.

(2) Almanzor qui semper invictus fuerat. Rodrigo I, v. c. 16.

García Fernandez, conde de Castilla, y á García, rey de Pamplona, para que les suplicaran que le ayudasen á combatir á tan terrible enemigo. El rey García le envió entónces la mayor parte de su ejército, y el conde García Fernandez vino en persona con todas sus tropas. Por su parte el rey Bermudo que, atormentado con la gota y no pudiendo mantenerse á caballo, se hacia conducir á hombros, acudió con un gran ejército al encuentro de Almanzor, cuando este, despues de abandonar á Galicia, se proponia asolar de nuevo las fronteras de Castilla. Empeñada la batalla cerca de Calatañazor, muchos miles de sarracenos perdieron la vida, y á no salvarse con la oscuridad de la noche, el mismo Almanzor hubiese caido prisionero. Con todo eso, no fué vencido aquel dia, y por la noche emprendió la huida con los suyos. Al dia siguiente el rey Bermudo dió orden de colocarse nuevamente en batalla y que estuviesen dispuestos para atacar á los sarracenos al despuntar la aurora. El ejército llegó al campamento enemigo donde no encontró mas que las tiendas y un inmenso botin; pero el conde García Fernandez, que perseguia á los sarracenos fugitivos, mató á un sin número de ellos. Maravilloso es que el

mismo dia que Almanzor llevó la peor parte en Calatañazor, un cierto pescador gritase con voz lamentable á las orillas del Guadalquivir, ora en español, ora en caldeo, (1)

En Calatañazor
perdió Almanzor
el tambor.

lo que significa «en Calatañazor perdió Almanzor su tímbal ó su sistro, su alegría.» Bárbaros de Córdoba venian hácia él, pero cuando se aproximaban, se desvanecia y aparecia en otros lugares repitiendo la misma cancion. Creemos que era el diablo que lloraba de este modo la derrota de los sarracenos. En cuanto á Almanzor, á partir desde el dia en que sufrió su derrota no quiso comer ni beber, y llegado á la ciudad de Medinaceli, murió.

Es cosa singular que ningun autor árabe hable de esta batalla, que solo se encuentra mencionada en la traduccion inglesa de Maccari (t. II, p. 197); pero con gran pesar nuestro nos vemos obligados á repetir lo que digimos en otra ocasion, á saber, que el traductor se ha tomado la libertad de poner en boca de Maccari un compendio de un pasaje de Conde, el cual á su vez tuvo á bien

(1) Es decir, en árabe.

desfigurar el relato de Lúcas y presentarlo como una narracion árabe. Los autores musulmanes, pues, no hablan de esta batalla; siendo seguramente no ménos notable, que los escritores anteriores al siglo XIII tampoco la conocen, pues no se encuentra mencionada ni en las pequeñas crónicas, ni en la del Monge de Silos, ni en la de Pelayo de Oviedo, ni en la historia compostelana, y sin embargo, esta batalla, si hubiese existido, merecia la pena de referirse: el honor nacional imponia á los cronistas el deber de hablar de ella; ¿por qué no dijeron que Almanzor, vencedor constante de los cristianos, fué vencido á su vez? Pero lo que maravilla sobre todo, es el silencio del Monge de Silos, quien despues de haber trazado un cuadro sombrío de las calamidades con que el terrible hádjib habia afligido á la España cristiana, exclama: «Al fin Dios tuvo piedad de tantos infortunios!» ¿Qué aconteció entónces? ¿Fué Almanzor vencido, y vencido en Calatañazor? De ningun modo; murió, ó como expresa el piadoso cronista, un demonio que lo habia poseido durante su vida, se lo llevó.

Si el absoluto silencio de todos estos escritores hace ya sospechar de la verdad del relato de Lucas, el mismo relato, considerado en sí mismo, es tambien inverosímil. Ob-

serveimos primero que segun esta relacion, Almanzor no pasó de Calatañazor, donde fué detenido por el ejército de los aliados, más esto no sucedió así; Almanzor se internó mucho más en el pais y luego avanzó hasta Canales; los aliados no detuvieron, pues, á los musulmanes en Calatañazor, pero ¿quiénes eran los aliados? Bermudo de Leon, muerto hacia tres años, y Garcia de Castilla, que habia dejado de existir siete años antes. Que extraños anacronismos. Pero hay más aún; todo el relato es un puro anacronismo; Lucas, que en el conjunto de su texto no deja lugar á dudas respecto de este punto, coloca la batalla de Calatañazor en el mismo año que la expedicion á Compostela, ignorando que Almanzor sobrevivió cinco años á esta expedicion. Qué decir, por último, del diablo disfrazado de pescador que cantaba versos arábigos y españoles en las márgenes del Guadalquivir? Esta milagrosa historia no pone de relieve que este relato es un cuento popular ó una leyenda de monges, en cualquiera de ambos casos fabuloso é indigno de figurar en la historia?

La batalla de Calatañazor forma parte de una série de leyendas que deben su origen á la expedicion de Santiago de Compostela. Las victorias de Almanzor, y especialmente

la toma de Compostela, habia seguido siendo para los cristianos un misterio impenetrable. Por qué Dios habia consentido que los fieles hubiesen sido hollados por los infieles? Respondian á esto, como hemos visto más arriba, que Bermudo y sus contemporáneos habian merecido semejantes castigos por la enormidad de sus pecados; pero tal respuesta no bastaba á explicar por qué el santuario del apóstol Santiago habia sido profanado; el apóstol al ménos no era pecador ni merecia castigo; además, violada su iglesia, por qué no habia castigado á sus profanadores, él, que en otras circunstancias habia sabido tan valerosamente defender el pais de que era patron; él, el bravo guerrero que habia combatido á caballo con una bandera blanca en la mano, en las batallas de Clavijo y Simancas? Semejantes cuestiones que ponian en grave riesgo el honor del santo, causaron al principio gran embarazo á los sacerdotes, pero poco á poco fueron perdiendo el miedo. No es cierto; dijeron entónces, que los sarracenos hayan vuelto á Córdoba sin accidente alguno y que Santiago haya dejado de castigar el insulto hecho á su templo; al contrario ha enviado á los infieles una disenteria que los ha hecho morir á casi todos, y el mismo Almanzor murió de remordimiento cuan-

do llegó á Medinaceli. Tal es la tradicion que se encuentra en la historia compostelana: la del interpolador de Sampiro, aunque parecida, vá mucho más allá. Segun aquella, la iglesia de Compostela no fué destruida, se salvó de una manera milagrosa pereciendo hasta el último hombre del ejército musulman. «Almanzor, cito las palabras del cronista, tuvo la audacia inaudita de querer acercarse á la iglesia y áun al sepulcro de Santiago, pero detenido por el Todopoderoso, retrocedió lleno de espanto. Nuestro rey, que está en los cielos, no olvidó al pueblo cristiano, envió una disenteria á los descendientes de Agar y ni uno solo sobrevivió, ni uno solo logró volver á su pais.»

Segun estas tradiciones, Santiago ó Dios mismo, fué quien castigó á los infieles que murieron de enfermedad y no á manos de los hombres. Pero dados los primeros pasos, ¿por qué no seguir hasta el fin? ¿Salvado el honor de Santiago, por qué no salvar tambien el honor nacional? ¿por qué no decir que durante su retirada, los árabes fueron esterminados no solo por mano de Santiago sino por la de los soldados de Bermudo? Y en efecto los eclesiásticos entraron en este camino, pero al principio, dicho sea en honra suya, entraron con marcada timidez; un cierto pudor, un cier-

to respeto hácia la veracidad histórica los contenian aun; la mano de los hombres aparece yá aunque de un modo muy vago en el »Monge de Silos (c. 68) quien se limita á decir lo siguiente: *Rex cœlestis, memorans misericordiæ suæ, ultionem fecit de inimicis suis: morte etenim quadâm (1) subitanè* ET GLADIO ipsa gens Agarenorum cœpit interire et ad nihilum quotidie devenire.« Pelayo de Oviedo (c. 4) se limita á repetir esta frase, pero Lucas de Tuy es mucho mas explícito. En la época en que escribia habian pasado ya dos siglos y medio desde la espedicion de Compostela y podia decirse sobre este punto cuanto se quisiese sin temor de ser desmentido. Así, Lucas, despues de copiar el pasage del «Monge de Silos.» que hemos citado, añade denodadamente: »El rey Bermudó envió muchas tropas ligeras en persecucion de los sarracenos, y estas tropas ayudadas por Santiago, mataron á los infieles en las montañas de Galicia, como los carniceros á las reses.

¿Basta este relato para contentar el amor propio nacional? Casi, casi; pero una victoria obtenida por los cristianos en campo raso hubiera sido mejor, esto es innegable.

(1) Esta leccion que se encuentra en Pelayo de Oviedo es mejor que la de *morte quidem*.

Pues bien, los cristianos han derrotado á Almanzor el invencible, lo han derrotado en Calatañazor; esta penosa batalla ha sido añadida como corolario á la série de leyendas inventadas no de una vez, sino sucesivamente, para salvar el decoro de Santiago, y el honor nacional.

ENSAYO SOBRE LA HISTORIA DE LOS TODHIBIDAS,
LOS BENI-HACHIA DE ZARAGOZA, Y LOS
BENI-SOMADIH, DE ALMERIA.

I

«Es fácil vencer á los españoles, es casi imposible someterlos» habian dicho ya los romanos, y los árabes cuando intentaron á su vez subyugar la península, pudieron comprobar por sí mismos la exactitud de esta observacion. Su autoridad, reconocida en las grandes ciudades, era disputada en las demás partes, y apenas si se dejaba sentir en las provincias lejanas.

Un gobierno fuerte hubiese conseguido indudablemente con el tiempo dominar la poblacion indigena, pero el árabe era débil porque el espíritu turbulento y anárquico de los encargados de su ejecucion, desconcertaban siempre sus mejores planes.

En Aragon, provincia que bajo la dominacion arábica se llamaba la frontera superior, una antigua familia visigoda (1) la de los Beni-Casí, se aprovechó de la debilidad del gobierno para fundar un principado independiente. En la época de la conquista estos Beni-Casí habian abjurado la religion cristiana, y hechos clientes del califa Walid (2), habian conservado los vastos dominios que poseian en la márgen derecha del Ebro. (3) Despues de la muerte de Abderraman I, (788) cuando sus dos hijos So-leiman é Hichâm se disputaban el trono, Muza I, hijo de Fortunio, entónces gefe de los Beni-Casí, casado con una hija de Iñigo Arista, primer rey de Pamplona (4), se declaró en favor de Hichân y arrebató Zaragoza á los adversarios de este príncipe (5) Sus herederos dejaron de reconocer la soberanía de los sultanes, y Hakam I, aunque consiguió sujetar á todos los demás rebel-

(1) Sebastian, c. 25.

(2) Ibn-al-Cutia, fol. 26 v.

(3) La crónica navarra, conocida bajo el nombre de man. de Meya, dá á Muza I el título de señor de Borja (en Aragon) y de Terrero ó Trero. Véase el texto de esta crónica en las *Memo-ria de la Academia de la Historia*, t. IV, p. 52.

(4) Se llamaba Asona, man. de Meya.

(5) Nowari, p. 446; Ibn-Adhari, t. II, p. 63 y 64; Ibn-Jaldun, fol. 3. v.

des, en vano intentó subyugar á aquellos. (1) Hacia mediados del siglo IX esta casa alcanzó tan gran poder, gracias á las buenas dotes de Muza II, que podía sostener la competencia con las casas soberanas.

Muza, gobernador de Tudela en un principio, mandaba los ejércitos de Abderrahman II cuando iban á asolar las fronteras francesas; indispuerto luego con un general que gozaba de gran favor con el sultan, se sublevó, celebró un tratado de alianza con el rey de Navarra, y en union de este, derrotó el ejército del Sultan. (2) Poco despues Abderrahman hubo de suplicarle que viniese en su ayuda, porque no teniendo bastantes tropas que oponer á los normandos, que desembarcados en Lisboa (844) habian tomado y saqueado á Sevilla, hizo decir á Muza que faltaria al honor en su calidad de cliente de los Omeyas si se negaba á venir á salvar á sus patronos. Muza, despues de hacerse de rogar un poco, marchó hácia el Sur, con un ejército numeroso, y secundado por las tropas del sultan, cayó de improviso sobre los piratas del Norte y los obligó á

(1) Ibn-al-Cutia, fol. 22 v.

(2) Nowairi, p. 460, Ibn-Jaldum, fol. 8 v. Ibn-Adhari t. II, p. 88-89.

embarcarse de nuevo, (1) y desde entonces supo acrecentar y robustecer más su poder. En la época en que Mohammed subió al trono (852) era dueño de Zaragoza, de Tudela, de Huesca (2) y de toda la frontera superior (3). Toledo habia celebrado con él un tratado de alianza, y su hijo Lope era cónsul en aquella ciudad. (4) Guerrero infatigable é intrépido, ora volvía sus armas contra el conde de Barcelona ó el de Alava, ora contra el conde de Castilla ó el rey de Francia. Llegado al colmo de la gloria y del poder, respetado y mimado por todos sus vecinos incluso el mismo rey de Francia, Carlos el Calvo, que le enviaba magníficos presentes, (5) Muza decidía como soberano sin que nadie se atreviese á oponérsele; y en fin, deseoso de serlo de nombre, como lo era de hecho, tomo arrogantemente el título de *Tercer rey de España* (6) Pero, cuando comenzó á envejecer, la fortuna, *que no quiere á los viejos* (7) le volvió las espaldas.

(1) Ibn-al-Cutia, fol. 26 r.

(2) Sebastian, c. 25.

(3) Ibn-al-Cutia, fol. 41 r.

(4) Sebastian, c. 25-26.

(5) Sebaetian, c. 26.

(6) Sebastian, c. 25.

(7) Palabras de Carlos V.

Vencido por Ordoño I rey de Leon en la batalla de Albelda, perdió diez mil caballeros y él mismo desmontado y herido tres veces, apenas si pudo escapar con la vida, merced á la generosidad de un amigo, que tenia entre los vencedores, el cual le prestó un caballo para salvarse (860) (1); nada, sin embargo, pudo abatir su valor; lo que habia perdido de un lado quiso recobrarlo de otro, y para ello concibió el proyecto de quitar á su rival de Córdoba, el gobernador de Guadalajara, servidor de una fidelidad á toda prueba. Acompañado de sus tropas emprendió un dia el camino hácia aquella ciudad. Izrac, tal era el nombre del gobernador, creyendo que venia á atacarle, salió á su encuentro con sus soldados; pero cuando los dos ejércitos se hallaron á la vista, Muza le pidió una conferencia. «No he venido á combatirte; le dijo, otro es el objeto que me trae. Tengo una hija á quien ninguna mujer sobrepuja en belleza; no quiero casarla sino con el hombre mas bello del pais, y como todo el mundo te tiene por tal, te la ofrezco por esposa.» Izrac aceptó, pero sin comprometerse á seguir en política las huellas de su futuro suegro, quien adquirió muy pronto la certeza

(1) Sebastian, c. 26; Cron. Albeld. c. 60.

de que su yerno, que después de gozar las primicias del matrimonio, habia marchado secretamente á Córdoba, se mantenía en la mejor inteligencia con el sultan. Resuelto á castigarle, vino á sitiario delante de Guadalajara. Un dia que Izrac dormia en una cámara de su castillo con la cabeza reclinada en el seno de su jóven esposa, esta vió á su padre precipitarse sobre los viñeros y cultivadores, y arrojarlos al rio. Llena de admiración hácia el héroe que en su lozana vejez desplegaba todavia el ardor y la agilidad de un jóven, despertó á su marido gritando: «¡Mira lo que hace el leon!—Ah! le respondió su esposo, celoso de esta ingénua simpatía que su mujer manifestaba hácia otro hombre que no era él; parece que prefieres tu padre á mí? Le crees más bravo que yo! Pues te engañas! Y esto diciendo se puso su coraza, voló al encuentro de su suegro, y lo hirio mortalmente, disparándole una javalina (862) (1).

Merced á la muerte de este hombre extraordinario, el sultan pudo volver á posesionarse de Tudela y Zaragoza; pero su gozo no fué duradero. Diez años despues de la muerte de Muza, sus hijos ayudados por

(1) Ibn-al-Cutia, fol. 41 r. y v. Ibn-Adhari, t. II, p. 100.

los habitantes de la provincia, que se habían acostumbrado á no tener otros dueños que los Beni-Casí, arrojaron á las tropas del sultan. (1). En vano trató este someterlos: los Beni-Casí, secundados por el rey de Leon Alfonso III, que habia celebrado con ellos una alianza, estrecha hasta el punto de confiarle la educacion de su hijo Ordoño, (2) rechazaron victoriosamente sus ataques. (3.)

El sultan Mohammed comprendió al fin que sus solas fuerzas eran insuficientes, y á riesgo de crearse un rival no menos peligroso, buscó un aliado en Abderraman gefe de los Todjibidas.

La noble y poderosa familia á que pertenecia Abderraman, habitaba el Aragon desde el tiempo de la conquista y habia ejercido siempre sobre su tribu una autoridad patriarcal, mas nunca sancionada formalmente por los sultanes. Mohammed comenzó por reconocer á Abderraman por gefe de su tribu, recomendándole que organizase sus hombres y los estableciese en las ciudades de Calatayud y Daroca cuyas fortificaciones habia hecho reparar. Nada

(1) Ibn-Adhari, t. II. pág. 103.

(2) *Crónica albed contin.* c. 67.

(3) Ibn-Adhari, t. II, p. 104-106.

descuidó para atraerse estos árabes á su dinastía, y cada vez que hacia una expedicion le colmaba de regalos; (1) hábil política, cuyos frutos no tardó en recoger.

Gracias á sus aliados y tambien á la discordia que habia estallado entre los mismos Beni-Casí desde el año 882 (2) el poder del sultan se acrecentaba á espensas del de sus adversarios. Mohammed, gefe de estos últimos, hijo de Lope y nieto del gran Muza II, se vió obligado en el año 884 á vender Zaragoza á Raimundo, conde de Pallars (3) ya por falta de dinero, ya porque comprendíese la imposibilidad de defender por mas tiempo á su capital contra los rudos é incesantes ataques del sultan. Raimundo hizo un mal negocio, el sultan le quitó á Zaragoza. (4).

Mientras la autoridad real se robustecia de este modo en el Nordeste, declinaba por el contrario en las demás provincias con una pasmosa rapidez. En todas partes los españoles corrian a las armas con inde-

(1) Ibn-Hayyan man de Oxford, f. 15 v.

(2) *Crónica albed. cont. c.* 67.

(3) Ibn-Hayyan, f. 13 r. y v., donde conviene leer 271 en vez de 261 como lo prueba la comparacion del *Cron. albed contin.*

(4) Ibn-Jaldum, f. 9 v.

cible entusiasmo para arrojar ó destrozar á sus opresores. y por su lado la aristocracia árabe, anhelosa de sustraerse al poder real, del que siempre fué hostil, se aprovechaba del general desconcierto, hasta el punto que en la época en que Abdallah subió al trono, el estado parecia amenazado de una completa disolucion. Para colmo de males el sultan estaba rodeado de traidores. Él lo sabia y ya receloso por naturaleza, se hizo mas desconfiado cuando tuvo ocasion de experimentar por sí propio que no podia fiarse de nadie, ni aun de los ministros que en apariencia le eran mas adictos. Aconteció pues, que el visir Barrá-ibn-Málic el coraichita dejó escapar en presencia de todos sus cólegas, algunas palabras imprudentes, de las que la malevolencia podia colegir que él y su hijo Almed, gobernador de Zaragoza, tramaban un complot contra el sultan. Abdallah al menos vió en ellas la prueba de una traicion; pero ¿qué hacer? ¿Depondría al visir y á su hijo? No se atrevia; conocia que esto hubiera sido precipitarlos á rebelarse contra él; resolvió entonces recurrir á uno de esos medios reprochados que empleaba habitualmente, y valerse para ello de los Todjibidas. Sin embargo, no se dirigió al gefe de esta familia,

sino á su hijo Mohammed al-Ancar (1) conocido suyo de la juventud á quien escribió que (deberia asesinar al gobernador de Zaragoza si se encontraba en estado de hacerlo). Le envió al mismo tiempo un diploma de gobernador recomendándole mucho que no lo enseñase á nadie, hasta que el de Zaragoza hubiese dejado de existir. (2). Al-Ancar presentó á su padre la carta del Sultan, pero no el diploma. Uno y otro eran árabes en el verdadero sentido de la palabra, es decir, estremadamente pérfidos. No vacilaron en encargarse de la ejecucion de la orden del soberano; para ello solo se trataba de elegir el medio que mejor pudiera conducirles á su fin. El plan que concertaron fué muy singular, convinieron entre sí en que el padre representaría el papel de verdugo y el hijo el de víctima; luego este último huiria á Zaragoza, allí procuraría ganarse la confianza del gobernador y esperaría una ocasion favorable para asesinarlo, y hecho esto, abriría á su padre las puertas de la ciudad. Convenidos en esto, Abderraman fingió estar muy irritado contra su hijo, lo

(1) Abu Yahya Mohammed ibn-Abderraman apellidado al Ancar.

(2) Ibn-at-Cutia, f. 47 r. y v.

mandó azotar y poner en prision, cuidando de que toda la provincia se enterase; luego Abderraman se escapó y se fué á Zaragoza, donde imploró la proteccion de Ahmed, maldiciendo al autor de sus dias quien, decia, habia sido para él un implacable verdugo. Con tal destreza desempeñó su papel que consiguió engañar al gobernador. Otros muchos árabes que tambien se decian víctimas de la crueldad de Abderraman llegaron sucesivamente á la ciudad. El gobernador los recibió á todos con los brazos abiertos, tan grande era su confianza en la sinceridad de su huésped. Por ultimo, en el mes de Enero del año 890 cuando Al-Ancar creyó poder ejecutar su designio sin arriesgarse mucho, hizo que algunos de sus guardianes, que se le habian vendido, diesen de puñaladas al gobernador, lo cual ejecutado, enseñó el diploma que recibiera y se apoderó del gobierno. Poco tiempo despues se presentó su padre ante las puertas de la ciudad en la seguridad de que su hijo le cederia el puesto; pero Al-Ancar, mas astuto que él, nada hizo y Abderraman se vió obligado á volverse como se habia venido. (1).

(1) Ibn-Hayyan, f. 15 v. 16 r. 65 r.; Ibn-al-Cutia f. 47 v.

El sultan habia logrado sus designios, mas como en el fondo solo Ahmed, que disponia de una gran fuerza militar, le habia inspirado temores, pudo despedir á Barrá sin riesgo alguno; (1) aunque por otra parte no parece haber encontrado en Al-Ancar un partidario muy sumiso. La posicion de este árabe para con el sultan era ambigua: los cronistas arábigos poco consecuentes consigo mismos lo cuentan ora entre los súbditos fieles, ora entre los insurrectos, de donde se desprende que Al-Ancar, sin romper abiertamente con el soberano, le obedecia solo en aquello que le convenia. Únicamente en un punto, sin embargo, habia comunidad de miras en ellos; en su ódio á los Beni-Casi. Durante largos años Al-Ancar le hizo la guerra, y cuando su gefe Mohammed ibn-Lope fué muerto delante de los muros de Zaragoza (898) quiso dar al sultan una prueba de su adhesion enviándole la cabeza de su enemigo. (2) Desde entónces los Beni-Casi dejaron de ser temibles. Las guerras habidas entre ellos y las sostenidas contra los Todjibidas y el rey de Navarra los habian de-

(37) Ibn-al-Cutia, f. 47 v

(28) Ibn-Hayyan, f. 42 r. 13 v.; Ibn-al. Cutia, f. 47 v. Ibn-Adhari t. II, p. 143.

bilitado hasta el punto que el sultan Abderraman III, cuando dominó en todas partes con tanta firmeza como habilidad las numerosas insurrecciones que habian conducido al Estado á las puertas de su ruina, pudo cerrarle la frontera y obligarlos á entrar al servicio de su ejército (924), (1).

Al-Ancar de quien Abderraman no habia tenido que quejarse, dejó de vivir en el año (2) y su hijo Hâchim, de quien toda la familia tomó nombre, el de Beni-Hachim, pero de quien por lo demás solo sabemos que murió en 930, (3) parece haberle sucedido como Gobernador de Zaragoza, dejando dos hijos Abu-Yahyâ-Mohammed y Hodhail. El segundo fué uno de los más distinguidos generales de Abderrahman III y Hakam II; (4) el primero fué gobernador de la frontera superior, y como veremos tomó una parte muy activa en los acontecimientos de su tiempo.

La familia de los Beni-Hâchim, lejos de tener que quejarse del califa Abderraman III, era por el contrario quizás la única á

(1) Ibn-al-Cutia, f. 47 v.; Arib. t. II, p. 175-176-187-195.

(2) 312. Ibn-Hayyan, f. 16 r.

(3) Arib. t. II, p. 219.

(4) Ibn-Adhari, t. II, p. 385, Ibn-Khaldom, f. 16 v.

quien este monarca, que habia despojado de toda influencia política á la nobleza árabe por una parte y por otra al pueblo español, conservó su brillo y elevada posición. Sin embargo Mohammed Ibn-Hâchim no estaba contento del califa y bien que estuviese interesado en vengar las injurias de su casta, bien que solo viera en la benevolencia de Abderraman hácia él, un cálculo dictado por el miedo, bien sea por último que soñase en un trono para él y sus hijos, es lo cierto que entró en negociaciones con Ramiro rey de Leon, y le prometió que si queria ayudarle contra el califa, lo reconoceria por soberano. Ramiro prestó oídos á sus insinuaciones, y cuando en el año 934 Abderraman III hubo emprendido una expedición contra la fortaleza de Osma, Mohammed se declaró en abierta rebelión, rehusando unirse al ejército musulman. Tres años mas tarde reconoció la soberanía de Ramiro: algunos de sus generales se negaron á seguirle en el camino de la traición y rompieron con él; pero entónces Ramiro llegó con sus tropas á la provincia, sitió y tomó las fortalezas que se mantenian fieles al califa y las entregó á Mohammed. (1) Hecho esto,

(1) Sampiro, c. 22.

Ramiro y Mohammed concertaron una alianza con Navarra, de modo que todo el Norte estaba coaligado contra Abderraman. El peligro era grande, pero el califa hizo frente á él con su energía acostumbrada. Puesto á la cabeza de su ejército marchó al principio contra Calatayud, donde mandaba Motarrif pariente de Mohammed, y cuya guarnicion se componia en parte de cristianos de Álava enviados por Ramiro. Motarrif fué muerto en la primera escaramuza. Su hermano Hakam le sucedió en el mando, pero obligado á evacuar la ciudad y á retirarse á la ciudadela, consintió en tratar y estipulando una amnistía para él y sus soldados musulmanes, entregó el fuerte al califa. Los alaveses no comprendidos en la capitulacion fueron pasados á cuchillo.

Abderraman, despues de esta primera victoria, se apoderó de unos treinta castillos, luego volvió sus armas, ora contra Navarra, ora contra Zaragoza, y el éxito coronó sus esfuerzos. Sitiado en Zaragoza, Mohammed capituló, y esta vez Abderraman se mostró mas tratable que de costumbre. Rara vez perdonaba á los súbditos rebeldes, pero Mohammed no era un rebelde ordinario, era despues del monarca el hombre mas poderoso y considerado del Estado y la pruden-

cia aconsejaba hacerle gracia. El califa lo perdonó y lo dejó en su puesto (1).

En el año 939, Mohammed se encontró con su soberano en la desastrosa batalla de Simancas, donde tuvo el infortunio de caer en manos del vencedor Ramiro II, quien irritado de lo que llamaba su perfidia y su defeccion, lo trató de una manera muy dura haciéndole encerrar en un calabozo, en Leon, y aunque el califa hizo cuanto pudo por devolverle la libertad, no la recobró hasta dos años despues (2).

Su hijo el visir Yahyá mandó algunas veces los ejércitos de Abderraman III y Hakam II en España y en África, y en el año 975 fué nombrado gobernador de Zaragoza. (3) Otro hijo de Mohammed llamado Mofarrif, no parece haber desempeñado un papel importante, pero dejó un hijo llamado Abderraman, que era gobernador de la frontera superior en tiempo de Almanzor y que insistió en el proyecto que su abuelo habia procurado realizar en vano.

Abderraman, viendo que Almanzor habia batido sucesivamente á los hombres

(1) Ybn-Jaldum ubi supra, cf. Sapiro, c. 22.

(2) Véase mas arriba p. 241, 249.

(3) Ibn-Adhari, t. II, p. 234-234-263-265-266; Ibn-Jaldum, fól. 16 v.

más nobles y poderosos del imperio, temia con razon que siendo él el último de los nobles que conservaba algun poder, cayése pronto á su vez víctima de la ambicion del primer ministro, y solo esperaba para rebelarse una ocasion oportuna que creyó encontrar cuando Abdallah, primogénito de Almanzor, llegó á Zaragoza. Este jóven estaba descontento de su padre porque en todas las ocasiones daba la preferencia á su hermano Abdalmelic. El gobernador de Zaragoza fomentó su descontento y le imbuyó poco á poco la idea de rebelarse contra su padre. Resolvieron tomar las armas cuando las circunstancias se lo permitiesen y convinieron en que si salian vencedores en la lucha, se repartirian la España, de suerte que Abdallah reinaria en el Mediodia, y Abderraman en el Norte. Muchos funcionarios de alta categoria, tanto del poder civil como del ejército, entraron en esta conspiracion, y entre otros Abdallah Pedro-seco, príncipe de la sangre y gobernador de Toledo. El complot era formidable, pero sus ramificaciones eran demasiado extensas para que pudiese permanecer oculto mucho tiempo á la vigilante mirada del primer ministro. Vagos rumores en un principio, que fueron adquiriendo cuerpo poco á poco, lle-

garon á sus oidos, y tomó en seguida medidas eficaces para deshacer los planes de sus enemigos. Llamando cerca de sí á su hijo, le inspiró una falsa confianza colmándole de atenciones y de pruebas de cariño. Tambien hizo venir á Abdallah Pedro-seco y le quitó el gobierno de Toledo; pero lo hizo bajo un pretesto muy plausible y de una manera muy cortés, de suerte que el príncipe al principio no sospechó nada. Poco despues, sin embargo, Almanzor le privó de su título de visir y le prohibió que abandonase su alojamiento.

Habiendo inutilizado de este modo á los dos principales conspiradores, el ministro se puso en campaña para ir á combatir á los castellanos, despues de ordenar á los generales de la frontera que viniesen á unirle. Abderraman obedeció así como otros generales. Entónces Almanzor excitó por bajo de cuerda á los soldados de Zaragoza para que se querellasen de él. Hiciéronlo así y cuando acusaron á Abderraman de haber detenido su sueldo para apropiárselo, Almanzor lo destituyó (8 Julio 989). Sin embargo como no queria romper abiertamente con toda la familia de los Beni-Háchin nombró para el gobierno de la frontera superior al hijo de Abderraman Yahyâ Simedja. Algunos dias

después hizo detener á Abderraman sin dejar traslucir que tenía conocimiento del complot, ordenando solo que se procediese á una informacion para averiguar la manera como aquel había gastado las sumas que le confiara para pagar á las tropas; y habiéndole hecho condenar por malversacion, le mandó cortar la cabeza (1).

Así los Beni-Háchim habian tenido dos veces el pensamiento de fundar en el Norte un Estado independiente y ámbas habian fracasado; pero lo que no les habia sido posible bajo Abderraman III y Almanzor, es decir, bajo los gobiernos más fuertes que habia tenido la España árabe, se hizo empresa fácil después de la caída de los Omeyas, cuando los capitanes berberiscos y esclavos se disputaban el imperio.

Sin embargo no probaron hacerlo desde luego. Su primera idea, cuando Alí-ibn-Hammud, descendiente de Alí, el yerno del profeta, hubo arrebatado la corona, fué restablecer la dinastía legítima sin perjuicio no obstante de reinar en su nombre.

Mondhir, un hijo de Yahyá-Simedja era entonces jefe de los Beni-Háchim. Habia servido otras veces bajo Almanzor, que en una

(1) Ibn-Alhari, t. II. p. 303, 304.

de los últimos años de su vida lo había elevado al grado de general y en la época de que nos ocupamos era gobernador de Zaragoza. De acuerdo con Jairán, señor de Alava, y el jefe más poderoso entre los esclavos, que se habian malquistado con Alí-ibn-Hammud hizo proclamar califa á un biznieto de Abderraman III, del mismo nombre que su bisabuelo, y que en la época de su eleccion tomó el título de Mortadhá. Luego marchó hácia el Mediodía con numerosas tropas en las que habia muchos cristianos catalanes ó navarros y se reunió á Jairán.

Alí-ibn-Hammud por su parte enterado de que sus adversarios habian avanzado hasta Jaen, se disponia á salirles al encuentro y habia anunciado una gran revista, para el 17 de Abril, 1018; pero en el dia señalado los soldados lo esperaron en vano y como empezaran á impacientarse, algunos oficiales fueron á palacio á informarse del motivo de su ausencia y lo encontraron asesinado en el baño. Este crimen había sido cometido por los esclavos que habían estado ántes al servicio de los Omeyas (1) y todo induce á creer que Mondhir y Jairán no eran extraños á este crimen. Desembarazados de un ad-

(1) Maccari, t. I. p. 316, 4. 1.

versario incómodo, se apresuraron á convocar para el 30 de Abril á todos los jefes con quienes creían poder contar. La asamblea que fué numerosa y en la que tomaron parte muchos eclesiásticos, resolvió que el califato fuera electivo y ratificó la eleccion de Mortadhá. Hecho esto marcharon contra Granada.

El príncipe que reinaba en ella Zâwî-ibn Zirî era berberisco y pertenecía al partido de Cásim-ibn-Hammud que había sucedido á su hermano Alî. Mortadhá le escribió en términos muy corteses intimándole á reconocerlo por Califa. Habiendo oido la lectura de esta carta, Zâwî mandó á su secretario que escribiese en el reverso la sura 109 del Corán concebida en estos términos:

«O infieles, yo no adoraré lo que vosotros adorais y vosotros no adorareís lo que yo adoro, yo no adoro lo que vosotros adorais y vosotros no adorais lo que yo adoro. Vosotros teneis vuestra religion y yo tengo la mia.»

Despues de recibir esta respuesta, Mortadhá dirigió á Zâwî una segunda carta llena de amenazas en la cual le decía entre otras cosas: «Marcho contra vosotros acompañado de una multitud de cristianos y de todos os bravos de Andalucía. Que hareis pues?»

La carta terminaba con este verso: «¡Si estais con nosotros vuestra suerte será dichosa; pero si estais contra nosotros será deplorable!» Zâwî le respondió citándole la sura 102 concebida así: «El deseo de aumentar el número de los vuestros os preocupa y visitais hasta los cementerios para contar á los muertos, (1) dejad de hacerlo, ¡más tarde conoceréis vuestra locura! Una vez mas dejad de hacerlo ¡más tarde conoceréis vuestra locura! dejad de hacerlo, si tuviéseis la verdadera sabiduría no obraríais así. Seguramente vereis el infierno; una vez más, lo vereis con vuestros propios ojos. ¡Entonces se os pedirá cuenta de los placeres de este mundo!»

Exasperado con esta respuesta Mortadhá resolvió probar la suerte de las armas.

Sin embargo Jairán y Mondhir habían comprendido que este califa no era lo que buscaban; á ellos les importaba poco en el fondo los derechos de la familia Omeya y si combatían por un Omeya, era á condicion que se dejase gobernar por ellos. Mortadhá tenía demasiado orgullo para desempeñar semejante papel y no se contentaba con solo

(1) Véase la explicacion de estas palabras en una nota de Sale sobre su traduccion inglesa del Coran.

la sombra del poder sino que en vez de conformarse con la voluntad de sus generales, quería imponerles la suya. Estos habian desde luego resuelto hacerle traicion prometiendo á Zawí que abandonarían á Mortadhá tan luego como se trabase el combate.

No lo hicieron, sin embargo, y se batieron muchos dias seguidos; entónces Zâwi hizo que rogasen á Jairân que cúmpliese su promesa. Solo hemos tardado en hacerlo, respondió Jairân, para daros una idea exacta de nuestras fuerzas y de nuestro valor y si Mortadhá hubiese sabido ganar nuestros corazones, la victoria se hubiera ya decidido en su favor; pero mañana cuando hayais colocado vuestras tropas en batalla, lo abandonaremos. Al dia siguiente por la mañana Jairân y Mondhir volvieron efectivamente la espalda á los enemigos. Pero no todos los oficiales aprobaron su conducta; muchísimos al contrario se indignaron vivamente, entre este número se hallaba Soleiman-ibn-Hud que mandaba las tropas cristianas en el ejército de Mondhir, y que sin dejarse arrastrar por los fugitivos, continuaba colocando sus soldados en batalla. Al pasar cerca de él, Mondhir le gritó: «Sálvate miserable, piensas que tengo tiempo para esperarte?— Ah! exclamó entónces Soleiman, nos sumerges en una

espantosa desgracia, y cubres á tu partido de oprobio!» Convencido sin embargo de la imposibilidad de resistir, siguió á su jefe.

Abandonado por la mayor parte de sus soldados, Mortadha se defendió con el valor de la desesperacion y estuvo á punto de caer entre las manos de sus enemigos; sin embargo, escapó y ya habia llegado á Guadix fuera de los límites del territorio de Granada, cuando fué asesinado por los emisarios de Jairân. (1). Este espió con la ruina de su partido su villana é inicua traicion. Los esclavos no volvieron mas á ponerse en estado de reunir un ejército, y los berberiscos sus enemigos eran ya los dueños de Andalucia; mas como su poder no se extendía hasta el Norte, Mondhir pudo declararse independiente, tomando el título de Almanzor. Reinó largo tiempo y no sin gloria. Verdad es que no pudo impedir que Soleiman ibn-Hud á quien habia confiado el gobierno de Lérida, se sustrajese á su autoridad; pero al menos rechazó los ataques de este príncipe que queria también privarle de sus otros dominios y que combatia en nombre del ex-califa Hicham III, hermano de Mortadhá, á quien habia dado

(1) Maccari t. I, p. 316-317 y *apud* Hoogvliet, p. 22.

asilo (1). Además, Mondhir estendió sus límites, quitando Huesca á su pariente Abu Yahyá Mohammed, de la rama de los Beni-Somadih (2). Tambien tuvo que sostener una guerra contra Ermesinda que gobernaba el condado de Barcelona durante la minoría de su hijo Berenger I, y en general se dedicaba á vivir en perfecta armonia con sus vecinos los cristianos, tomando parte en sus guerras (3) y llevando á tal punto su predileccion por los soldados cristianos que se murmuraba de esto en Zaragoza. Por lo demás era algo aficionado á las bellas letras y recompensaba generosamente á los poetas.

Mondhir murió asesinado hácia el fin del mes de Agosto de 1039. Leia una carta que acababa de recibir, rodeado solo de algunos servidores esclavos, cuando un general de su familia, Abdallah ibn-Hacam entró en su habitacion y le sepultó un puñal en el pecho. Los esclavos emprendieron la huida, á escepcion de uno solo, que mas valeroso que los demás, probó todavia, aunque en vano, detener el golpe, pagando con la vida su desinterés.

(1) Nowairi, p. 491.

(2) Ibn-Jallican, libro VII, p 112, edicion Wüstenfeld.

(3) Mon. Sil. c. 76.

Ignórase el motivo que habia puesto el puñal en manos de Abdallah, solo se sabe que se apoderó del gobierno y reñoció á Soleiman-ibn-Hud por su soberano, si bien no gozó largo tiempo del fruto de su crimen. El pueblo de Zaragoza, que habia querido mucho á Mondhir se insurreccionó contra su asesino. Abdallah habia previsto la tempestad y tomado medidas para precaverla. Conociendo que en caso de una revuelta no podría mantenerse en Zaragoza, lo habia preparado todo para poder irse inmediatamente á Rueda una de las fortalezas más importantes de la península. Ejecutó su designio sin descuidar llevarse los tesoros de Mondhir. Despues de su marcha, Zaragoza quedó entregada á la anarquía. El populacho comenzó á saquear el palacio y lo hubiese completamente destruido si Soleiman-ibn-Hud que llegó a toda prisa, no hubiese restablecido el órden (Octubre 1039).

II.

Poco años despues de perder su reinado los Beni-Háchim, una rama de su familia espulsada por ellos de Aragon, la de los Beni-Somadih, logró fundar otro reino á orillas del Mediterráneo.

Menos ilustres que los Beni-Hâchim no parecen haber desempeñado un papel importante bajo el reinado de los Omeyas, á menos que fuese de su familia el Todjibida Abu-l-Ahwac Man ibn-Abdallaziz, uno de los más distinguidos generales de Almanzor, como nos inclinamos á creer, atendiendo á que un Somahidita, de que hablaremos pronto llevaba también el nombre de Abu-l-Ahwac Man. Más sea de esto lo que quiera, es lo cierto que en la época en que Mondhir se declaró independiente en Zaragoza, el somahidita Abu Yahyá Mohammed era gobernador ó príncipe de Huesca. Era este en sagacidad y elocuencia el más aventajado de todos los capitanes de su tiempo, pero disponía de escasas tropas y atacado por el poderoso Mondhir, que quería redondear sus dominios, se vió obligado á cederle á Huesca é ir á buscar un asilo á Valencia donde reinaba Abdallaziz, nieto de Almanzor. Este príncipe le dispensó la más favorable acogida dando dos hermanas suyas en matrimonio á los dos hijos de su huésped, llamado uno Abu-l-Ahwac Man y otro Abu-Otba-Somâdih. En seguida Mohammed quiso ir á Oriente, probablemente para hacer la peregrinación de la Meca: mas sobrevino un naufragio y pereció entre las olas.

Algún tiempo despues, en el año 1038, Zohair sucesor de Jairân en Almería, fué muerto peleando contra Bâdis, príncipe de Granada (1), y como no habia dejado herederos, Abdallaziz de Valencia se apresuró á tomar posesion de su principado, uno de los mas bellos y considerables de España, con el pretexto de que siendo Zohair cliente de su familia, á él le tocaba por derecho de devolucion; pero cuando aun se hallaba en Almería, Modjehid, príncipe de Denia, que veia con malos ojos el engrandecimiento de los estados comarcanos, invadió al país de Valencia, por lo que Abdallaziz obligado á acudir á la defensa de sus posesiones, abandonó á Almería hácia el año 1041, despues de haber confiado el gobierno á su cuñado Abu-l-Ahwac Man. (2).

Si el príncipe de Valencia creyó encontrar en su aliado un sugeto fiel, se equivocó de medio á medio. En aquel tiempo cada gobernador aspiraba á ser independiente, y como Man. no era una escepcion de la regla general, no tardó en sustraerse á

(1) Ibn-al-Athir en mis *Scrip. Ar. loci de Abbad*, t. II, p. 34 Ibn-al-Jatib man. G. fol. 435 r.; Ibn-Jaldum fol. 27 r.

(2) Ibn-Jallican libro VII p. 142. Segun Ibn-Jaldum (fol. 27 r.) Man. llegó á ser gobernador de Almería en 433 de la Hegira.

la autoridad de su cuñado.

Después de su muerte, ocurrida en 1051 (1), su hijo Mohammed, conocido por el título de Motacim, que solo contaba catorce años de edad, le sucedió bajo la tutela de su hijo Somádih (2), quien si hubiese querido, hubiera ocupado el trono, pues Man. tenía intención de nombrarlo su sucesor; pero Somádih que no quería obtener una corona en perjuicio de su joven sobrino, le suplicó que desistiese de su proyecto.

En esta época el principado de Almería, aunque no de tanta importancia como había sido bajo Zohair, era aun bastante extenso y comprendía entre otras ciudades las de Lorca, Baeza y Jaen; (3) pero después de la muerte de Man. se redujo más y más á consecuencia de las revueltas de los gobernadores y las usurpaciones de los príncipes vecinos. El gobernador de Lorca Ibn-Chabib, parece haber sido el primero que enarboló la bandera de la insurrección. Queriendo someterle, Somádih marchó contra el acompañado de su aliado Badis de Granada y tomó algunas fortalezas en las

(1) Ibn-al-Athir, fol. 54 r.; Nowairi, p. 309; Ibn-Jaldum.

(2) Ibn-al-Athir

(3) Ibn-al-Athir; Nowairi.

cercanías de Lorca; mas como Ibn-Chabib había sido reforzado por Abdallaziz de Valencia, no pudo apoderarse de la misma Lorca. (1). Después de la muerte de Somádih (1054). Motacim reinó por sí mismo y todo fué de mal en peor. Los otros príncipes, viendo el trono de Almería ocupado por un joven sin experiencia y desprovisto de talentos militares, se creyeron con el derecho de quitar á su débil vecino las ciudades y distritos que les parecieron mejores: de suerte que Motacim fué despojado en poco tiempo de todos sus estados á escepcion de la capital y sus alrededores (2).

Era este un reino muy pequeño, tan pequeño que los contemporáneos solo hablaban de él en son de burla, porque en general estaba tambien poco favorecido de la naturaleza. Hé aquí, por ejemplo, de qué manera espresa el autor árabe Ibn-Jákán. (3). Esta provincia es muy pequeña, produce poco y se abarca con una mirada: las nubes esparcen allí inútilmente sus gotas bienhechoras, pues no produce frutos ni cereales, casi todos los campos son estériles, solo crece en ellos la yerba. Pero, Diós

(1) Ibn-Jaldum.

(2) Ibn-al-Athir; Nowairi.

(3) Caláyd, artículo sobre Motacim.

me perdone! me olvido hablar del rio Pechina, de ese gran rio que llega á tener á veces el grosor de una cuerda! Su fuente le falta con frecuencia pero se consuela con las gotas del rocío ó de la lluvia que vienen á engrosarlo. En sus orillas hay campos de trigo y praderas tan estensas como la palma de la mano, buenas solo para que pasten las vacas y coman las palomas. »Estas maliciosas palabras son muy verdaderas. El pais situado entre Almanzora y Almeria es arenoso y estéril, y la llanura que se extiende desde esta ciudad hasta el cabo de Gata es un verdadero desierto. En compensacion, el pais es más fértil hácia el sudoeste. Berja, por ejemplo, está pintorescamente situada en un hermoso valle rodeado de montañas por todos lados. La llanura de Daleya (campo de Dalías) está inculta en la actualidad; pero todavia se encuentran allí algunos *algibes* (depósitos), contruidos por los Moros, y segun un viajero moderno (1), algunos estanques bastarian para convertirla en un delicioso jardin. Así era bajo los Moros, pues segun dice el autor árabe que acabamos de citar, nada parcial por el territorio de Almeria, al ha-

(1) El capitan Cook.

blar de Berja y de Daleya: «Son dos distritos como nadie los ha visto semejantes. El céfiro juega con las ramas de los árboles; los arroyos son límpidos; los jardines exhalan toda clase de perfumes, los parques alegran el alma y ofrecen á la vista el mas encantador espectáculo.»

Con todo y á pesar de los estrechos límites de su reino, Motacim no podia quejarse del país que le habia tocado en suerte, tanto mas cuanto su capital, gracias al comercio y á la industria estaba floreciente y próspera. En bien poco se parecia á la Almeria de nuestros tiempos, pues si el aspecto morisco de la ciudad con sus casas bajas y de techos planos, si las maneras seductoras y la exquisita cortesía de sus habitantes, (1) si la voz melodiosa y el tinte un tanto moreno de sus mugeres, si todo esto trae todavia á la memoria el recuerdo de la noble nacion, un dia la más civilizada y emprendedora del globo; nada por el contrario, escepto sus ruinas, hace sospechar que Almeria fuese en la edad media el puerto más importante de España, que recibia los barcos de Siria y

(1) A pesar de las diferencias de los tiempos el autor árabe Checundi (apud Maccari t. II, p 148) y un turista inglés, el capitan Cook (t. I, c. 43) emplea casi los mismos términos sobre el mismo asunto.

Egipto así como los de Pisa y Génova, que contenía mil hosterías y cuatro mil telares y donde se trabajaba en toda clase de utensilios en hierro, en cobre y en vidrio.

El soberano que allí residía era un modelo perfecto de las más conmovedoras virtudes. Pácifico ante todo y no queriendo esponer la tranquilidad de sus súbditos por cuestiones de interés personal, contentábase con su pequeño Estado sin pretender engrandecerlo. Trataba á sus parientes, á su pueblo y sus soldados con una bondad completamente paternal, y los extranjeros que venían á su corte, encontraban en ella una generosa hospitalidad. Protector ilustrado de las artes y ciencias, animaba y recompensaba toda clase de talentos. Lleno de respeto hacia la religion y sus ministros, se complacía en oír á los faquires discurrir acerca de los textos sagrados, con cuyo objeto los reunía regularmente una vez por semana en una sala de su palacio. Gobernaba con justicia; cuando hizo construir un magnífico palacio, conocido despues bajo el nombre de Somadibia, los trabajadores se apoderaron de un jardín que pertenecía á unos huérfanos. El tutor de estos protestó, aunque sin resultado, contra esta medida arbitraria y resolvió dirigirse al mismo príncipe. Un día que Motacim se encontra-

ba en su parque, vió flotar en el canal, que lo atravesaba, una caña cerrada con cera por ámbos lados; hizola traer, y rompiendo la cera, encontró un billete en el cual el tutor le hacia responsable de la injusticia cometida por sus trabajadores. El príncipe lo hizo venir inmediatamente, los reprendió con aspereza, y aunque el terreno de que se trataba era muy necesario para la simetria del edificio; lo restituyó á los huérfanos. Acabado el palacio, todo el mundo observó que faltaba en él alguna cosa y aun hubo alguno que se atrevió á indicárselo al príncipe. «Teneis completa razon, respondió este último, pero viéndome en el caso de elegir entre la censura de los hombres de gusto y la del Eterno, mi eleccion no podia ser dudosa; os aseguro que lo que más me agrada del palacio es el defecto que tiene» (1).

Si Motacim era justo, tambien era amigo de perdonar las ofensas. Habia colmado de favores al poeta Abu-'l-Walid Nahli de Badajoz: mas cuando este fué á Sevilla á la corte de Motadhid ibn-Abbád, fué lo bastante ingrato para atreverse á insertar estos versos en un ditirambo compuesto en honor de este príncipe.

(1) Maccari t. II, p. 249.

«Ibn-Abbad ha esterminado á los berberiscos, Ibn-Man á las gallinas de las aldeas.»

Motacim se enteró de la burla del poeta, mas el frívolo hijo de las musas olvidado de esto, volvió á Almería algun tiempo despues. Invitado á cenar en casa del príncipe, se admiró de no ver en la mesa mas que gallinas: «Pero señor, exclamó, no teneis en Almería otros manjares que gallinas?—Tene-
mos otros, le replicó Motacim pero he querido probaros que os engañábais al decir que Ibn-Man habia esterminado á todas las gallinas de las aldeas.» Nahli se acordó entón-
ces de su malhadados versos y procuró escusarse, pero el príncipe le dijo: «Tranquilízate; un hombre de tu profesion no gana su vida mas que como tú lo haces; mi cólera es solo para aquellos que oyéndote recitar ese verso han consentido que ultrajes de ese modo á uno de sus iguales!» Luego queriendo demostrar al poeta que no le guardaba rencor alguno le hizo regalos. (1).

Ciertamente si un príncipe tan noble, tan justo, tan generoso, tan amigo de la paz hubiese reinado en otra época y en un país más extenso, su nombre brillaría entre aquellos reyes verdaderamente grandes, que no

(1) Maecari t. II, p. 420, 421.

deben su renombre á torrentes de sangre vertida para estender algunas leguas los límites de su territorio, sino á los beneficios que hacen y á las medidas que emplean para mejorar la suerte de sus súbditos. En aquel tiempo tales reyes eran raros como lo han sido en todos los tiempos y comparado con los otros príncipes, que reinaban entónces en España, Motacim era un hombre verdaderamente extraordinario. Solo tenia de comun con aquellos una sola cualidad, su apasionada aficion á las letras; y puesto que ningun acontecimiento notable ocurrió durante su largo reinado, anterior á la llegada de los Almoravides, intentaremos presentar aquí un bosquejo, siquiera sea pálido é incompleto del movimiento literario en la pequeña corte de Almería.

III.

Gran número de poetas habia atraído á la capital la munificencia de Motacim, cuando cierto dia un jóven pobremente vestido, desconocido en la córte, que venia de la villa de Berja, donde habia sido educado por su padre, hombre de mucho ingenio é instruccion y que se llamaba Abul-Fadhl Djafar-ibn-Charaf, se presentó en ella. Deseoso de

adquirir fortuna, se introdujo en palacio esperando que no obstante la humildad de su traje, las puertas se le franqueáran á la vista de su título de poeta. Realizada su esperanza y cuando estuvo en presencia del príncipe, le recitó un poema, cuyo principio es como sigue:

«Largo tiempo hacía que la noche perezosa para partir habia prometido que la aurora apareceria, y, ya los astros se quejaban de su larga vela, cuanto de repente un viento fresco del Este vino á disipar las tinieblas. Las flores exhalaban entónces su perfume y la aurora enseñó, enrojeciéndose de pudor, sus mejillas teñidas por el rocío, mientras la noche iba de estrella en estrella dándoles permiso para que se retirasen á descansar. Las estrellas entónces cayeron lenta y sucesivamente, así como se ven caer las hojas de los árboles.

«Lo juro por mi padre! Abatido con una larga vigilia, me habia dormido en el momento en que la brisa de la mañana esparcía sobre las flores lágrimas de rocío, cuando la imagen del objeto de mis suspiros vino á visitarme después de abandonar la mansion, cuya entrada me está prohibida. Ah! cuán bella estaba la amada mia con sus anchas caderas y su delgada cintura! Cuan-

do apartó de su rostro su larga cabellera me acordé de la aurora arrojando las tinieblas: porque sus cabellos son negros como la noche, y diríase que la aurora le ha prestado sus mejillas de rosa. Sus ojos son tan penetrantes como la espada que lleva en su costado, y sus mejillas brillan como el acero.

«Cuán bella está mi amada cuando galopa sobre un corcel de ojos ardientes y fieros, y que sin embargo se deja conducir por ella como una tímida gacela.»

Continuando en este tono y valiéndose, segun el uso, de espresiones ambíguas que hasta cierto punto podian aplicarse tanto á su querida como al príncipe (extraño equivoco posible en árabe, por emplear los poetas de esta nacion el género masculino cuando tratan de una mujer) Ibn-Charaf terminó su poesía con un pomposo elogio de Motacim.

Encantado el príncipe de lo que acababa de oír, manifestó públicamente su admiración hácia el jóven poeta, que sabia revestir su pensamiento con tanta gracia y colorido. Desde entónces la fortuna de Ibn-Charaf quedó hecha; quizás él mismo lo ignoraba; pero ya los poetas no tenían duda de ello y algunos concibieron una violenta envidia. Entre este número se contaba Ibn-okht-Ghánim de Málaga, cuyo verdadero nom-

bre era Abu-Abdallah Mohammed ibn-Mamar, mas como era de humilde cuna, y el único mérito de su padre era haber sido marido de la hermana del célebre filólogo Ghánim, no se le llamaba de otro modo que Ibn-okht Ghánim; *el hijo de la hermana de Ghánim*, apodo muy desagradable y humillante para un hombre que vivia en una sociedad tan aristocrática como era entonces la sociedad andaluza. Por lo demás era muy buen poeta y un verdadero pozo de ciencia. Habia leído infinidad de libros sobre gramática, jurisprudencia, teología, medicina; mas aún, se los sabia de memoria, pues tenia una retentiva prodigiosa; pero era envidioso y veia en el recién llegado un rival que podria suplantarle con el tiempo en el favor del soberano. Queriendo desconcertarlo se puso á mirar su traje rústico con impertinente curiosidad, y le preguntó de qué desierto venia. Esta insolencia le costó cara; sin perder su aplomo en lo mas mínimo, Ibn-Charaf, cuyo nombre tomado en el sentido de apelativo, significa hijo de la nobleza, respondióle con arrogancia: «Aunque mi traje sea el de un habitante del desierto, desciendo sin embargo de una noble familia. No tengo que avergonzarme de mi condicion ni llevo el nombre de un tio ma-

terno.» Los zumbones se pusieron de su lado, y en aquel momento su adversario avergonzado de su derrota, guardó silencio; pero mas tarde se vengó componiendo contra Ibn-Charaf la siguiente sátira.

«Preguntad al poeta de Berja si se imagina que ha venido del Irá y que posee el génio de Bohtori. Trae versos que en sus manos hacen morir de fastidio á cualquiera: las gentes se preguntan, cómo vamos á gastar nuestro tiempo escuchando á semejante poetastro? créeme Djafar, deja la poesia á los verdaderos poetas, deja de imitar inútilmente á los grandes maestros y renuncia á tus ridiculas pretensiones, porque los delicados labios de la poesia rechazan tus inmundos besos!»

Por fortuna Ibn-Charaf, podia pasar-se sin la estimacion del sobrino de Ghanim. Habia sabido agradar al monarca que lo colmaba de favores. Cierta vez que tuvo un altercado con un intendente, que queria hacerle pagar un impuesto demasiado considerable por un campo que poseia cerca de una aldea, elevó sus quejas al monarca y despues le recitó un poema, en el que se encontraba este verso:

«Bajo el reinado de este príncipe han desaparecido todas las tiranías excepto la

que ejercen los brillantes ojos de las jóvenes de esbelto talle.»

¿«Cuántas *bait* (casas) hay en la aldea de que me has hablado? le preguntó entónces Motacim.—Cerca de cincuenta, contestó Ibn-Charaf.—Pues bien, dijo el príncipe, todas te las doy por este solo *bait* (verso)» Y al instante le concedió por diploma el derecho de propiedad sobre la aldea con escepcion de todo impuesto (1).

Ibn-Charaf, no solo era poeta, se distinguió tambien en la medicina (2) y como moralista publicó dos colecciones de máximas, una en prosa y otra en verso. (3) Uno de sus contemporáneos, Ibn-Jácán nos ha conservado algunas de sus reflexiones, y como no carecen ni de exactitud, ni de gracia, he creído deber traducirlas:

El hombre virtuoso que vive en un siglo corrompido es como una antorcha colocada en un desierto; esparciria la luz si los vientos la dejasen en paz.

—Envidia más la dicha que crece, que la dicha suprema; porque cuando la luna está en su lleno, es cuando comienza á menguar.

(1) Maccari. t. II, p. 267-270.

(2) Ibn-Jácán man. A. t. II, p. 237.

(3) Ibn-Jácán copiado por Hádji-Jalifa, t. III, p. 592.

—Preferid confiaros á vuestras propias fuerzas por pequeñas que sean, que á la de vuestros amigos por grandes que os parezcan; porque el vivo sostenido por sus propias piernas, que no son mas que dos, es mas fuerte que el muerto llevado por las piernas de los que le conducen al cementerio, aunque sean ocho. (1).

—Enseñar es cultivar el espíritu de los demás; pero no todas las tierras producen frutos.

—El hombre prudente y firme es el que reflexiona muy despacio cuando duda y obra con prontitud cuando posee la certeza.

—Muchos hombres serian sábios si no hubiesen dicho »mañana.«

—Decir la verdad por nobleza de caracter es obrar como un espejo de excelente acero, que retrata fielmente la imágen de los objetos.

—El hombre generoso que está dando siempre, es á menudo más rico que el avaro que está siempre recibiendo.

—No sufre un desaire el que pide y no le dan, sino aquel á quien se promete y no se le cumple.

(36) En Oriente el feretro es llevado por cuatro amigos del difunto, véase al Sr. Lane, *Modern. Egyptians* t. II p. 324-325.

—¡Oh hijo de Adam! escarneces á los hombres de tu siglo como si fueses el único virtuoso y los demás unos malvados.... Te engañas, has sido injusto y lo han sido contigo, pero solo te acuerdas de lo que hacen los otros y te olvidas de lo que tú mismo has hecho.

— Un talento superior que no ocupa un rango elevado ó cuyo merito está desconocido, es como una antorcha cuya luz no se vé ó que no está colocada á bastante altura; y un imbécil de quien no puede sacarse provecho sino humillándole, es como el ancla de un barco que no presta servicio hasta que la han tirado al fondo.

Entre los poetas de la córte de Motacim se distinguia tambien Abu-Abdalláh ibn-al-Haddád, de Guadix, autor de un tratado sobre la versificacion en que procuró poner de acuerdo el sistema musical con las reglas establecidas por el célebre gramático Jalil. En poesía es tan célebre que le llamaban el mejor poeta de Andalucia. De él son los siguientes versos tan en boga en su tiempo, que todó el mundo los sabia de memoria y los cantaba:

»Abandona el valle de Akic, me han dicho, porque la que amas no quiere ceder á tu amor; no vuelvas mas al arroyo de

Odhaib donde la encontraste cubierta de diamantes, y embalsamando el aire con sus perfumes, porque su espada y sus dardos herirán nuevamente tu corazon. Ah! me han prohibido que me acerque á tí; pero no pueden impedir que tu imágen esté siempre presente á mi espíritu; léjos de tí me figuro que tú estás siempre a mi lado. ¡Oh amigos míos! los que me alabais por mi resignacion y porque léjos de velar quiero dormir, no merezco vuestros elogios, porque cuando duermo estoy seguro de que mi amada se me aparecerá en sueños.»

No obstante estos versos graciosos y tiernos, Ibn-al-Haddád no parece haber sido siempre un modelo de fidelidad, como lo acreditan los consejos que dá en la siguiente composicion.

«Engaña á tu querida como ella te engaña y obrarás con justicia; sabe vencer con el olvido y la indiferencia el amor que te ha inspirado; porque las jóvenes son tan bellas y tan pródigas de sus dones como los rosales, que todo el que vá pasando vá cogiendo una rosa.

Este poeta gozaba de gran favor con Motacim. Lo perdió por su ingratitude, su espíritu irascible y su palabra cáustica. El príncipe de Almeria no se incomodaba fácilmente.

uando uno de los literatos de su corte le hubo recitado estos versos:

«Perdona á tu hermano si comete una falta contigo, porque la perfeccion es una cosa muy rara; todo tiene su lado malo, y no obstante su resplandor la antorcha dá humo.»

Motacim se admiró y preguntó que poeta los habia compuesto; enterado que eran de Ibn-al-Haddád.

«Sabeis, dijo sonriendo, lo que ha querido indicar?—No respondió el otro, solo sé que es un pensamiento ingenioso.

—Cuando yo era jóven y él estaba á mi lado, dijo entónces Motacim, yo llevaba el título de *Antorcha del imperio*. Maldiga Dios al chusco impertinente y que versos tan admirables componel» A veces, sin embargo, eran tan graves las injurias de los poetas que obligaban al mismo Motacim, á pesar de su bondad y dulzura, á salir de su habitual moderación. Los poetas eran muy exigentes en aquel tiempo, montaban en cólera cuando no conseguian sus pretensiones y, entónces como verdaderos niños mimados, abusaban del permiso que tenian para decirlo todo. Esto aconteció á Ibn-al-Haddád. Picado porque Motacim le habia rehusado una peticion exorbitante, compuso contra

él esta sangrienta sátira:

«Oh vosotros los que buscais regalos, abandonad la corte de Ibn-Somádh, de este hombre que cuando os dá un grano de mostaza, os quiere retener en sus cadenas como si fuéseis un cautivo suyo condenado á muerte. Aunque pasáseis junto de él una vida más larga que la de Noé, no por eso seriais menos pobres que si jamás lo hubiéseis conocido.»

Este ultraje era demasiado grande para ser perdonado. Motacim habia podido sufrir que Nahli se burlase de él á causa de su amor por la paz, pero no podia tolerar que lo acusasen de avaricia. Hallábase muy resuelto á tomar medidas eficaces para castigar la insolencia del poeta, pero este informado á tiempo del peligro que le amenazaba, abandonó á Almería á toda prisa. Esta vez sin embargo, Motacim quiso vengarse á toda costa y en su cólera llegó hasta cometer una injusticia, pues hizo prender al hermano del poeta, que despues de todo era inocente. Cuando Ibn-al-Haddád que amaba tiernamente á su hermano, recibió la fatal noticia, gritó:

«Siempre el destino enemigo nos persigue: debemos someternos á sus decisiones cualesquiera que sean. Ah! ahora lo conozco,

mientras la dicha no nos acompañe, una sola alegría no basta para hacernos felices (1). ¿De qué sirven todos nuestros esfuerzos para escapar del peligro si la fortuna se niega á ser nos propicia? Ay! que será de mí ahora semejante á una lanza sin punta?»

Habiendo oido recitar esta composicion dijo Motacim: « En sus versos hay más buen sentido que en sus acciones; ha dicho la verdad; para él no hay dicha mientras que su hermano no esté á su lado, pues bien quede su hermano en libertad (2).

Ibn-al-Haddád acusando á Motacim de escatimar sus dones, lo habia herido precisamente en su lado flaco. Como Motacim tenia todo su prurito en conservar su reputacion de príncipe generoso, de protector liberal de los literatos, poner en duda esta cualidad, á sus ojos la primera de todas, era herirlo en la cuerda mas sensible de su corazon; reconocerla por el contrario, el medio mas seguro de grangearse su voluntad, y esto era necesario hacerlo si no con finura (el príncipe estaba demasiado acostumbrado á la adulacion para ser exigente en estepunto) al menos de una manera graciosa y so-

(1) El poeta se refiere á su evasion de Almería.

(2) Maccari, t. II, p. 338, 340.

bre todo poética. Así aconteció un dia que Omaribn-as-Chahíd le recitó un poema donde decia entre otras cosas:

«Vuestras manos derraman una lluvia de beneficios tan abundante que podrian tomarse por las nubes del cielo. Solo á vuestro lado se vive feliz, y sin vos los dias de nuestra existencia se arrastrarian tristemente.»

Esta comparacion, cuyo buen gusto seria muy disputable entre nosotros, agradó al príncipe en extremo. Dirigiéndose á los poetas les preguntó:

—¿Hay alguno entre vosotros [que pueda ganar mi corazon con versos semejantes?

—Ciertamente, señor, le respondió Abudjafar ibn-al-Jarráz, pero no siempre es uno dichoso (1). Hace algun tiempo que os dirigí un poema en el que os decia:

«Cuando la fortuna, semejante á una tierra esteril, me negaba sus favores y no habia para mí ni frutos que recoger ni granos que sembrar, acepté los dones que me ofreciais. Vuestra beneficencia hacia mi era como el árbol que ofrece al viagero fatigado sus frutos y su sombra, y yo lleno de reconocimiento hacia vuestra inagotable bondad,

(1) Es decir no siempre se tiene la dicha de agradecerlos.

cantaba vuestras alabanzas en accion de gracias, como cantan los pájaros posados en las ramas.»

—Vive Dios, exclamó el príncipe me parece que es la primera vez que oigo esos versos; y dices que me los habias recitado antes? Pues bien; tienes razon en decir que no siempre se es dichoso; pero ahora te recompensaré doblemente, primero por tus versos y luego por el tiempo que te he hecho esperar (1).

El número de los poetas de la corte de Motacim era muy considerable, y muchos de ellos, aunque no todos, eran almerienses, habiendo, sin embargo, una colonia completa de refugiados granadinos. Los habitantes de este reino eran entónces muy desgraciados. Se habian entregado atados de piés y manos á los extravagantes y sanguinarios caprichos de sus príncipes africanos, á quienes despreciaban tanto por su falta de civilizacion, como temian por sus crueldades. Los hombres de letras tenian aún más de que quejarse que el resto de la poblacion, porque á los ojos de los feroces tiranos de Granada la inteligencia humana era una enemiga poderosa que era preciso exterminar

(1) Maccári t. II, p. 280, 281.

á toda costa. Viendo, pues, los representantes del pensamiento que la espada estaba pendiente sobre sus cabezas, emigraron en masa, aunque en diferentes épocas, y la mayor parte se fueron á Almería en la certeza de ser bien recibidos por el generoso soberano que reinaba en ella, el cuál, como verdadero árabe, odiaba á los bárbaros tanto como ellos mismos. El sobrino de Ghânim, de quien hablamos antes, era uno de los refugiados. Su tío, el gran filólogo, con quien vivia, lo habia incitado á abandonar los estados de Badis. «Este tirano, le dijo, ódia de muerte á todos los hombres de letras. En cuanto á mí, la existencia no me importa; yo soy viejo y moriré el dia ménos pensado, pero tengo cariño á mis obras y no quisiera que pudiesen. Hélas aquí, tómalas; tú eres jóven, y vé á establecerte en Almería. El tirano podrá matarme, pero llevaré al ménos al sepulcro el consuelo de que mis obras me sobreviván.»

Otro de los refugiados era Somaisir, de Elvira, (1) uno de los poetas más ingeniosos de la época. Proscrito á causa de las sátiras que habia compuesto contra los berberiscos en general, y particularmente contra

(1) Ibn-al-Jatib, man. B.

su rey Abdalláh ibn-Bologguín, habia llegado al territorio de Almería, donde se creí seguro, cuando fué detenido por orden de Motacim, á quien se hizo creer que habia compuesto tambien sátiras contra él mismo. Conducido á la presencia del principe y habiéndole ordenado que recitase sus sátiras exclamó:

—«Juro por el que me ha entregado e vuestras manos que nada malo he dicho contra vos. Ved aquí mis versos:

»Habiéndoseme aparecido Adam en sueños le dije:—Oh padre de los mortales! ¿Será verdad lo que cuentan? ¿Serán los berberiscos hijos vuestros?—Ah! gritó indignado si así fuese me divorciaria de Eva!» El príncipe Abdalláh me ha proscripto á causa de estos versos; afortunadamente he podido escaparme de él, poniendo la frontera de por medio. Entónces se le ocurrió sobornar á alguno que os viniese á referir versos que nunca he hecho. Esperaba que me mataríais, y la estratagema era buena, pues á la larga, hubiera quedado vengado y al mismo tiempo echado sobre vos toda la odiosidad de este acto inicuo.

—Lo que me cuentas me parece muy laudable; pero supuesto que has recitado los versos que has compuesto contra su na-

cion en general, quisiera tambien oír los que le conciernan mas especialmente.

—Cuando lo ví ocupado en fortificar el castillo de Granada, dije:

Como insensato, construye su prision, ¡Ah! es un gusano de seda que hila su capullo!

—Lo has maltratado de lo lindo y has hecho bien. Yo quiero hacer algo por tí, te daré un regalo, pero si lo aceptas será necesario que salgas de mi reino, ó bien te haré inscribir en la lista de mis poetas en cuyo caso no recibirás regalo alguno, elige.

Habiendo contestado el poeta en dos versos muy bien hechos, que á su parecer estas dos proposiciones podian conciliarse, le dijo Motacim:

—Eres el mismísimo diablo; pero vaya, te daré un regalo y te permitiré inscribirte. (1).

Somaisir permaneció en la corte de Motacim hasta la muerte de este príncipe. Publicó un volumen de sátiras bajo este título: *Remedio contra las enfermedades; reputaciones usurpadas reducidas á su justo valor.* (2). Jamás tuvo que quejarse de Motacim;

(1) Maccari, t. II, p. 280; compárese el *Cartás* p. 89.

(2) Maccari, t. II, p. 496.

pero una vez entró en contestaciones con un patricio de Almería, que despues de haberle encargado un poema en su alabanza, se habia negado á pagárselo. El poeta supo sacar partido de esta afrenta para vengarse; pues como el patricio hubiese hecho gastos escesivos para un banquete á que habia convidado al rey, Somaicir se colocó en el camino por donde el príncipe tenía que pasar para ir á casa de su huésped, y no bien le apercibió le dirigió estos dos versos:

«Oh rey dichoso! A vuestra aproximacion el hombre que ha dispuesto el festin palpita de orgullo y alegria, pero no vayais á buscar alimento en casa de otro, los leones no van á la caza cuando tienen de qué alimentarse.»

»Por Dios, dijo Motacim, que tienes razon y se volvió á su palacio. El patricio quedó con sus gastos hechos y el poeta vengado. (1).

La córte de Almería se vanagloriaba no solo de sus poetas sino tambien de sus sábios, entre los cuales los habia de primer órden, tales como Abu-Obaid Becri, el mejor geógrafo que la España árabe habia pro-

(1) Maccari, t. II, p. 217.

ducido. Hijo de un soberano en miniatura (de un señor de Huelva que habia vendido su principado al rey de Sevilla) y educado en Córdoba, donde se habia atraído las simpatías por la gracia de su figura, la vivacidad de su talento y la estension de sus conocimientos literarios, era el amigo íntimo de Motacim, quien lo colmaba de honores y riquezas. Comprendiendo la vida como la entendia la sociedad de entónces, compartia alegremente su tiempo entre el estudio y el placer. Nada más variado que sus ocupaciones: ora iba á negociar en nombre de su dueño un tratado de alianza ó de paz, ora trabajaba en su gran obra sobre los Caminos y los Reinos (libro capital del que todavía poseemos algunas partes, tales como la descripcion del África) ó bien en su diccionario geográfico, su *Modjam*, que ha llegado completo hasta nosotros, y que contiene la nomenclatura razonada de una multitud de lugares, de montañas, de rios de que se trata en la historia y en los poemas de los antiguos árabes; ora, en fin, descansaba de sus graves negocios tomando parte en los festines donde reinaba una loca alegria.--«Ah, amigos míos! exclamaba entónces, ardo en deseos de tener la copa entre mis manos y respirar los perfumes de las violetas y de

los mirtos! Vamos á entregarnos á los placeres, prestémos oído á los cantares, aprovechémos este día huyendo de las miradas indiscretas!» —Al día siguiente, fuese remordimiento de conciencia, fuese que quisiera imponer silencio á sus enemigos, que lo acusaban sin rebozo de borracho, se entregaba al trabajo con nuevo ardor, y esta vez para escribir un libro muy sério y edificante, un tratado en el que se proponia demostrar, á despecho de las objeciones de los incrédulos, que Mahoma habia sido realmente el enviado de Dios. (1)

Nada por lo demás bastaria á dar una idea suficientemente clara de la pasión hácia los ejercicios de la inteligencia, que formaba uno de los caracteres más distintivos de la corte de Almería. Todo el mundo hacía versos allí; el mismo Mohacim los componia y sus hijos y hasta sus hijas. El príncipe Abu Djafar, por ejemplo, envió á su querida estos versos, cuya expresion es aguda y picante, pero tan concisa que al traducirlos hemos necesitado recurrir á una perifrasis:

(65) En la primera edicion de esta obra habia un artículo aparte, sobre Becri, acompañado de todos los hechos que habia podido recoger sobre él y su familia. Este es uno de los que hemos suprimido, porque no queriamos aumentar demasiado estos volúmenes.

«Te escribo con el pecho lleno de deseos y de tristezas. Ah! si este pobre corazon pudiese, iría él mismo á llevarte este mensaje. Mientras mis manos trazaban sus caracteres, me imaginaba que miraba tiernamente tus ojos y que las letras negras y el blanco papel eran tus negras pupilas bordadas en blanco. Adios, beso este billete pensando que tus dedos, que Dios bendiga, van á tocarlo muy pronto! (1)

Su hermano Raffiad-daula, el mejor poeta de su familia, segun los críticos árabes, dirigió los siguientes versos á un amigo:

«Las copas, oh Abu-'l-alá! están llenas de un vino generoso y los alegres convidados las hacen pasar de mano en mano; el céfiro agita dulcemente las hojas de los árboles; los pájaros hacen oír su gorgojo y las palomas arrullan posadas en las ramas más altas. Ven á beber con nosotros á orillas del arroyo de este vino rojo y claro que parece exprimido de las mejillas de nuestra graciosa escanciadora!

La princesa Omm-al-kirám, hija de Motacim, se distinguió por sus poesías á su amante Sammár, un hermoso jóven de Dénia. Solo nos queda el siguiente fragmento:

(1) Maccari t. II, p. 632.

«Si, con razon se admiran de la violencia de mi amor, pero es porque mi amante es para mí el sol mismo, el sol que dejando las elevadas regiones del cielo, ha venido á vivir en medio de nosotros; él es mi único bien y si me abandonase, mi corazon le seguiria por todas partes!» (1).

IV.

Encantador espectáculo era el de estas pequeñas c6rtes de Andalucía, donde sin pensar en el ayer ni en el mañana se entregaban descuidadamente al placer, lanzándose á la ventura al alegre país de las quimeras. Pero, ¡ay! todo esto era muy bello para ser duradero. Al lado de la poesía habia la triste y severa realidad personificada en dos reyes vecinos, que despreciaban los ejercicios de la inteligencia, de los que nada entendian, pero que poseian en cambio una firmeza inquebrantable y un valor á toda prueba, cualidades que los andaluces habian perdido hacía tiempo.

¿Cuál sería el conquistador de Andalucía? El castellano Alfonso VI ó el africano Yusuf ibn-Techufin? Los príncipes andaluces te-

(1) Maccari t. II, p. 538.

mian más al castellano. Además algunos de ellos tampoco suponian al africano proyectos ambiciosos. Así, pues, dirigieronse á éste, llamáronle á España y le suplicaron que viniese á arrancar á sus correligionarios de las garras de los infieles.

Vino con una nube de bárbaros, y la brillante victoria que consiguió en Zalláca reanimó á los andaluces respecto al riesgo que corrian por parte de Alfonso. Mas apénas se hubo alejado este peligro, se presentó otro nuevo. Yusuf habia quedado admirado tanto de la debilidad de Andalucía, como de sus riquezas y hermoso clima. Sonreíale la idea de apoderarse de ella y Motacim fué quien sin quererlo, ni apercibirse, precipitó la caída de todas las dinastías andaluzas, incluso la suya.

Bueno y benévolo de ordinario, el rey de Almería ódiaba, sin embargo, á una persona y ésta era el caballeresco Motamid de Sevilla, el rey más poderoso entonces del Mediodía. ¿De qué dimanaba este ódio? Se ignora: mas parece tener su origen en una mezquina rivalidad más bien que en agravios reales y serios. Fuese lo que quiera, Motacim habia escrito al principio á su vecino cartas llenas de ódio; luego, saliendo de sus costumbres

pacíficas le había declarado la guerra. (1) Es verdad que á ésta había seguido una reconciliación. Los dos príncipes se habían citado en la frontera de sus estados respectivos y durante tres semanas habían permanecido juntos (2); mas si Motamid había sido sincero en sus protestas de amistad, no así Motacim en las suyas; y aún se hallaba muy vivo su ódio, cuando Yusuf, acompañado del rey de Sevilla, vino á sitiar la fortaleza de Aledo, no léjos de Almería, que á la sazón estaba en poder de los castellanos. Desde entónces solo tuvo un pensamiento, perder á Motamid en el ánimo del monarca africano, á quien aún no había visto. Antes de la batalla de Zalláca, cuando todos los príncipes andaluces habían sido invitados á tomar parte en la campaña que se preparaba, habíase escusado, so pretexto que la amenazadora vecindad de los castellanos de Aledo no le permitía ausentarse de sus estados y en su lugar había enviado á uno de sus hijos con un regimiento de caballería. (3)

(1) Maccari, t. II, p. 666.

(2) Abd-al-Wahid, p. 95-96.

(3) Ibn-al-Abbar en su artículo sobre Omar Motawakkil Holaf. 21 v.

El autor del *Cartas* (p. 94) se engaña al decir que Motacim asistió á la batalla de Zalláca.

Habiendo salido entretanto al encuentro de Yusuf, procuró ganarse su voluntad á fuerza de respetos, de miramientos, de consideraciones y de atenciones infinitas. Un día llevó su complacencia hasta el extremo de presentarse ante él en traje africano con el turbante á la cabeza y el albornoz á la espalda. Al verle Motamid en este extraño disfraz, que le hacía parecer mitad á un bárbaro soldado del Atlas, mitad á un hombre de ley ó á un eclesiástico (únicos que en España usaban entónces el turbante), no obstante ser hombre de mundo, no pudo reprimir una sonrisa. El príncipe de Almería se desconcertó un poco, mas lo importante para él era triunfar y esto lo consiguió por completo. Ganó el favor de Yusuf y se aprovechó de él para hacerle odioso el rey de Sevilla, que de nada de esto sospechaba, y á quien la tibieza de Motacim más bien lo admiraba y entristecía que lo irritaba, pues de carácter apacible y tratable solo deseaba vivir en paz con su vecino, de quien hizo alguna vez elogios en presencia de Yusuf, elogios que por lo demás Motacim merecía por muchos conceptos, y un día queriendo atraérselos le dirigió estos versos:

—«Oh, tú que estás tan léjos de mi, aunque eres mi vecino, cuánto deseo verte

á mi lado! Mis aspiraciones se reducen á una sola, á poseer tu amistad. Ojalá que alimentases los mismos sentimientos hácia mí!»

Luego cuando Motacim aparentó dar oído á sus confidencias, le habló con el corazón en la mano y sin desconfianza alguna de Yusuf y de sus Almoravides y como aquél le expresase sus temores por su prolongada permanencia en la península:—«Sin duda, le respondió con un tono de fanfarronería completamente meridional, sin duda que este hombre permanece mucho en nuestro país; pero cuando me fastidie no tendré más que mover los dedos y él y sus soldados tendrán que irse. Parece que temes que nos juegue alguna mala partida; pero, ¿quién es ese miserable príncipe, y quiénes son sus soldados? en su país eran pordioseros que se morían de hambre; queriendo hacer una buena obra los hemos llamado á España para que se atraquen y cuando estén hartos los enviaremos á donde han venido.» Estos discursos en manos de Motacim se convirtieron en armas terribles; cuando los refirió á Yusuf, éste montó en violenta cólera y lo que hasta entonces solo había sido en él un proyecto vago, se convirtió en una resolución decidida é irrevocable. Motacim triunfaba, pero no había previsto lo que iba á acontecer «No

había previsto, como dice, muy oportunamente un historiador árabe, que él mismo caería en los abismos que había abierto para sepultar á su enemigo y que se vería herido á su vez por la misma espada que había hecho desenvainar.» (1)

Su ilusión duró poco. Yu-suf no tardó en arrojar la máscara. Por lo demás nada le obligaba á prolongar su disimulo, pues si tenía en contra suya la inteligencia y el talento, contaba en cambio con cien mil soldados africanos ciegamente adictos á su causa y en España con las masas y el clero con las primeras porque esperaban de él que rebajasen los impuestos, con el clero porque este no podía perdonar á los príncipes andaluces la protección que en su mayor parte dispensaban á los libres pensadores. Afectando pues con sus aliados un tono de maestró, les hechó en cara su tibieza por la religion, su amor por los placeres, su tendencia á querer aumentar los derechos del fisco, y los intimó á entrar en la legalidad, no exigiendo otras contribuciones que las establecidas en el Coran; luego viendo que no se apresuraban á obedecer sus preceptos, rivalizando por el contrario unos con otros en no suministrar

(1) Abd-al-wahid p. 96-97. (La palabra que he dejado en claro en mi edición de este autor es Dantijarán).

á su ejército ni tropas ni provisiones, hizo que el clero africano y andaluz que los condenase á ser depuestos (1). El príncipe de Granada Abdalláh ibn-Bologguín fué el primero que sufrió los efectos de esta sentencia. Cuatro ejércitos marcharon contra su capital; odiado y despreciado por sus súbditos, esperaba aún que Alfonso viniera á salvarle. Esperó en vano. Entonces sus ministros le hicieron ver que sería imposible defenderse. Cediendo á sus consejos y á los de su madre, salió de la ciudad para ir á someterse. Fué cargado de cadenas y trasportado al África (Setiembre de 1090) (2).

Semejantes actos ejecutados á la luz del día no dejaban ya duda acerca de los ulteriores proyectos de Yu-suf. Motacim debía comprender que su trono estaba amenazado así como el de los demás y acaso se reprochaba en su interior por su conducta desleal para con Motamid. Sin embargo, aún no había perdido todas las esperanzas. Las numerosas pruebas de benevolencia y amistad que había recibido de Yu-suf le habían hecho alimentar la idea de que él solo escaparía al naufragio universal, á

(1) Ibn-Jaldum *Hist de los Berberiscos* t. II, p. 79-80.

(2) Ibn-al-Jatib man. E. artículo sobre Abdalláh; *Kitáb al-Ictifá* en mis *Scrip Ar et loci* t. II, p. 26.

condicion de seguir adulando al Almoravid. Así pues, y para no faltar á la conducta que se había propuesto, no bien supo que Yu-suf, había hecho su entrada en Granada, le envió á su hijo Obaidalláh para felicitarlo, más Yu-suf tuvo muy buen cuidado de sacarlo de su error y de desvanecer sus últimas esperanzas, reduciendo á prision á Obailladáh.

Informando este á su padre de su infortunio, insertó en su carta los siguientes versos:

«Después de haber vivido en medio del lujo y rodeado de homenajes, me encuentro reducido á la más miserable existencia! Cadenas imposibilitan mis movimientos, mientras que hace poco domaba los más fogosos corcéles. Antes era libre y estaba rodeado de honores, ahora soy cautivo y me encuentro despreciado como un esclavo! Llegado á Granada de embajador, me ha sorprendido una terrible desgracia: sin tener en consideracion el carácter de que estoy revestido, me han reducido á prision. Ah! el pesar me consume cuando pienso en la noble Almería que no volveré á ver más!

Oh tu á quien tanto quiero, le respondió su padre en una composicion en verso, mis lágrimas y mis sollozos atestiguan el dolor

de que estoy poseído! Cuando llegó aquí la fatal noticia, nuestras espadas rompieron sus vainas, nuestras banderas se desgarraron, nuestros tambores lanzaron un doloroso gemido. Mi tristeza es tan grande como la de Jacob cuando perdió á José, pero procuremos sobrellevar nuestra desgracia con firmeza!»

Motacim recurrió á toda clase de estratagemas para libertad á su hijo, como al fin lo consiguió; pero la alegría que sintió al estrecharlo de nuevo contra su corazón, duró muy poco, pues cuando volvía de concluir una alianza con Motamid contra Yu-suf (1). vino á atacar su reino un ejército almoravid mandado por el general Abu-Zacariá ibn-Wásinawá (2). El infortunado Motacim estaba entonces gravemente enfermo y conociendo que la muerte le evitaría, el dolor de presenciar la caída de su trono, aconsejó á su hijo mayor Izz-ad-daula que no bien se enterase de que Motamid se habia entregado, fuese á buscar un asilo á la corte de los Beni-Hammád, Señores de Bugía. Izz-ad-daula le prometió hacerlo así.

Triste y enternecedor espectáculo era él

(1) Ibn-Jhallicán, libro VII, p. 143

(2) Ibn-Uasinana como dicen tres man. del *Holal*.

que presentaba aquel buen rey cuya existencia habia sido tan dulce, tranquila y apacible, enfermo y batallando en su lecho con dolores físicos y morales á un tiempo. Un día cuando ya apenas conservaba el uso de la palabra y casi habia perdido el de las manos, oyendo el ruido de las armas en el campo enemigo dijo tristemente: «Ah, Dios mio! No me permitireis siquiera morir tranquilo?» Oyendo estas palabras la anciana Arwa, mujer del serrallo de su padre, se deshizo en lágrimas. El príncipe le arrojó una mirada llena de compasión y suspirando profundamente recitó con una voz, que apenas podia oirse, este verso de un antiguo poeta:

»Guardad vuestras lágrimas para el porvenir porque males horribles os esperan.» Las pruebas de gratitud que le daban los literatos de su corte eran el único alivio que mitigaban un tanto su sufrimiento. Un día el poeta Ibn-Obáda le recitó estos versos llenos de ternura:

»Si no fuese esclavo de los nobles descendientes de Somádi, si mis antepasados no hubiesen nacido en su país, si yo mismo no hubiera tenido allí mi casa y mi hogar, emprendería un largo viaje para vivir durante el día, la mañana y la tarde bajo el hospitalario techo de su palacio.»

Estos versos hicieron asomar una sonrisa melancólica en los pálidos y lívidos labios del moribundo, y dirigiéndose al poeta le dijo:

—Es preciso que no te hayamos tratado como te mereces, pues eres libre y no esclavo. Pero dame á conocer tu deseo y lo obtendrás.

—Soy vuestro esclavo, replicó Ibn-Obáda y puedo decir con Ibn-Nobáta.

Vuestra generosidad nada me ha dejado que desear, me habeis concedido todos los bienes de que puede gozarse y no puedo ni aun formar un deseo. «

—Sí quieres hacer bien por alguien, dijo entónces Motacim dirigiéndose á su hijo Rafi-ad-daula, hazlo por hombres como este. ¡Que sea en adelante tu poeta, no olvides jamás que soy yo quien te lo ha recomendado, y hazme presente á su memorial

La muerte vino por fin á poner término á los dolores del infortunado príncipe: el jueves 12 de Junio del año 1091 exhaló el último suspiro á la edad de 54 años y 40 de su reinado.

Cuatro ó cinco meses mas tarde cuando su sucesor Izz-ad-daula recibió la noticia de que Sevilla habia caído en poder del enemigo, se embarcó para Bujia y entónces los

Almoravides entraron en Almeria á tambor batiente y con banderas desplegadas. (1).

V.

Entre los hijos de Motacim (2) uno solo Obaidalláh el que que habia caído prisionero en Granada, tomó alegre y filosóficamente su partido acerca de las vicisitudes de la fortuna. Habiéndose ido con un capitán almorávid que le habia tomado cari-

(1) Ibn-al-Abbar, p. 172-174; Ibn-Jaldum, libro VII, p. 145-146; Maccari t. II p. 279-280; Ibn-Jacán, Ibn-al-Athir: Nowairi. Algunos de estos historiadores dicen por error que Motacim murió en el mes de Rebi *primero*; deberían haber dicho en el mes de Rebi *segundo* como se encuentra en Ibn-al-Abbár.

(2) SOBRE LOS NOMBRES DE LOS HIJOS DE MOTACIM.

Los historiadores árabes no están de acuerdo entre sí sobre los nombres de estos príncipes:

1.º El mayor es llamado *Ahmed* por Ibn-al-Abbár y por Ibn-Jaldum (en el man. de Paris, porque el nombre falta en el man. de Leiden) y Abu-Mohammed Abdalláh por Maccari (t. II, p. 250) el que en otro lugar (t. II, p. 280) donde hemos creído que trataba de su hermano Rafi-ad-daula (véase p. 280) le llama al-wáthic Yahyá. Lleva el título de Izz-ad-daula en Ibn-Jacán, en Ibn-al-labbaná (dos autores contemporáneos) y en Maccari (t. II, p. 250); en este último lugar él lleva tambien el título de al-wathú pero Ibn Allabár le dá constantemente el título de Moizz-ad-daula siendo su hermano Abu-Merwán-Obaidalláh el que nombra Izz-ad-daula. Ibn-al-Jatib (segun Casiri, t. II, p. 214) dá al príncipe hereditario el título de Usám-ad-daula.

Se vé que los nombres Izz-ad-daula Ahmed tienen en su fa-

ño, pasó su vida, valiéndonos de un historiador árabe, (1) entre las flores y las copas. Sus hermanos, menos fáciles de consolar, no dejaron de llorar su patria y su pasada grandeza. Izz-ad-daula había sido muy bien recibido por el príncipe de Bujia, antiguo aliado de su padre, que más tarde le señaló la ciudad de Tenez para su residencia, (2) pero los siguientes versos muestran hasta qué punto el fastidio le hacía sufrir.

»Dios mío, me resigno á vuestros decretos; después de haber poseído un trono, arrastro al presente una vida oscura en la tierra

vor las autoridades más graves. Añadiremos además que Ibn-al-Aithir (al fin de su capítulo sobre los Abbasidas) y Abu-'l-fedá (t. III, p. 274) que lo ha copiado, no nombran á nuestro príncipe sino que le dan el título de hádjib.

2.º Maccari llama á otro hijo de Motacim (t. II, p. 251) Rafi-ad-daula al-hádjib Abu-Zacariyá Yadyá. Ibn-al-Abbár parece que ignoraba su nombre, pero nos enseña que dos historiadores árabes le daban el pronombre de Abu-Yahyá, y añade, cosa que también sabíamos, que Ibn-Jacán le dá el de Abu-Zacariyá.

3.º Abu-Merwán Obaidaliáh es llamado Izz-ad-daula por Ibn-al-Abbár, pero creemos que se engaña.

4.º Abu-Djafár cuyo nombre propio nos es desconocido no se hace mención de él que sepamos más que en Maccari (t. II, p. 252).

(1) Ibn-al-Abbar, p. 175.

(2) Ibn-al-Abbar. En vez de Tenez, Nowairi en su Historia de Africa nombra Tedles ciudad que está igualmente situado al Oeste de Bujía aunque á menor distancia.

del destierro, una vida sin pesares, pero también sin placeres. Aquí mis piernas han olvidado de oprimir los hijares de un corcel que se lanza á galope. Aquí mis oídos no escuchan los melodiosos cantares de los poetas, y jamás mis manos se estienden para esparcir beneficios.»

Este príncipe era un hombre muy instruido y de un gran corazón. Ibn-al-Labbána uno de los más célebres poetas de la corte de Sevilla, tributó un brillante homenaje á sus virtudes: hé aquí como se expresa acerca de este asunto: »Jamás he visto un ejemplo más sorprendente de la injusticia de la fortuna que cuando encontré en Bujía á Izz-ad-daula, hijo de Motacim. Era el hombre más excelente que puede verse y Dios no parecía haberle criado sino para reinar, para mandar y para dar el ejemplo de todas las virtudes. La belleza de su carácter se abría paso á través de su oscura condición, así como el brillo de una lámina de excelente acero á través del moho. Conocía perfectamente la literatura y la historia, gustaba oír á los hombres instruidos y él mismo hablaba como un hombre sábio; su alma estaba abierta á todas las tiernas inspiraciones, su talento era vivo y penetrante. Un día que le dije que uno de mis amigos,

literato de Bujia, me habia manifestado deseos de que se lo presentára á él, me respondió:—Sabeis que habiendo perdido la riqueza, vivimos en la actualidad oscura y pobremente. No nos corresponde recibir visitas y mucho menos la de un literato renombrado, que creeria hacernos un favor viniendo á nuestra casa. Agregad á esto que sus cumplimientos de conmisericordia y sus miradas compasivas despertarian nuestro antiguo dolor y darian nueva vida á la tristeza que procuramos alejar de nosotros. No olvidéis tampoco que no podríamos darle una cabal idea de nuestra generosidad, puesto que estamos reducidos á lo estrictamente necesario. Que no venga, pues, á vernos y que prefiera imaginar que hemos bajado al sepulcro. En cuanto á vos, estáis unido á nosotros como la sangre á la carne, como el agua al vino y no creemos haber revelado á un extraño nuestra desgracia y el dolor que nos causa cuando os hablamos de ella; pero no impongáis á otro la carga que vos sobrellevais.—Mientras hablaba así, yo no sabia qué admirar mas, si su elocuencia, su claro talento ó su legítima fiereza. (1).

Rafi-ad-daula pasó tambien la vida en

(1) Maccari, t. II, p. 230.

Africa, donde tuvo que sufrir muchos ultrajes. Cuéntase, por ejemplo, que un pobre loco tomó la maña de gritar cada vez que le veia: «hé ahí un alf y nada más!» Con estas palabras queria dar á entender que el príncipe no era ni aun la sombra de lo que habia sido, porque es sabido que en árabe la primera letra del alfabeto cuando está desprovista de *hamza* y de vocal no produce articulacion. Rafi-ad-daula se quejó de este hombre á uno de sus amigos que le prometió hacer que el loco no lo insultase más. Con este objeto le dió algunos dulces diciéndole: «Cuando veas á Rafi-ad-daula, hijo de Motacim, dále los buenos dias y bésale la mano, pero no le digas «hé aquí un alf y nada más!»—Muy bien, dijo el loco y prometió que no volveria á decir estas palabras. Algun tiempo despues habiendo visto á Rafi-ad-daula corrió hácia él, le besó la mano y gritó: «Hé aquí un bá con un punto debajo!» Esta frase hizo montar al príncipe en violenta cólera; le pareció más insultante aun que la primera, pues tenia mal de piedra y pensó que el loco lo sabia y que habia hecho alusion á ella; así que cuando en adelante veia venir al loco, se apresuraba á dar un rodeo á fin de evitar su encuentro.

Refiérese que en otra ocasion, habiéndolo

se hecho anunciar en casa de un alto personaje de la corte de los Almoravides, uno que se encontraba en la sala gritó con un tono despreciativo:—“¿Qué nos quiere ese hombre de una familia caída?” Informado de este insulto Rafi-ad-daula, hizo llegar á él los siguientes versos:

“Mi familia está caída pero yo no lo estoy; la rama del árbol basta cuando la raíz no existe. ¿Qué daño os hubiera venido con decir:—Lo poco que hace, lo hace noblemente!—Todos los vasos conservan alguna gota de la materia flúida de que estuvieron llenos; pero las avispas, por mucho que hagan, jamás darán miel. Si todos los caminos por donde marchó hubiesen de conducirme hacia vos, me volvería atrás cuando os apercibiese en una morada, porque el lugar en que os encontráis no será nunca un lugar honroso y lo que en semejante lugar se diga y se haga, no puede agradar á un hombre de buena educación.»

«Os he reprendido en la esperanza de que os habeis de corregir, pero ya lo veis, las reprensiones de los nobles son corteses y amables. (1).»

Padece el corazón al ver á esta noble

(1) Maccari, t. II, p. 251-252.

raza insultada por los bárbaros é insolentes advenedizos; á esta raza que conservaba en su miseria su arte de vida y sus aristocráticas maneras, y que aun tenia una ráfaga de genio para exhalar sus quejas lastimeras.

Un nieto de Motacim llamado Rachid-ad-daula parece que concibió el temerario proyecto de restaurar el abatido trono de sus abuelos. Al menos fué acusado de atentar contra la seguridad del Estado y lo redujeron á prision donde compuso estos versos:

»Mis nobles amigos me han acusado injustamente, pero cuando un hombre acusa puede decirse: ese es un delator. Han proferido palabras ridículas cuyo alcance no conocian, mas de las cuales debieran sin embargo avergonzarse. Suceda lo que quiera, me resigno con mi suerte: resignarse y alimentar la esperanza de ser recompensado en otra vida; hé aquí el carácter del hombre noble. Acaso, he pensado, estas no son mas que tinieblas que me rodean momentáneamente: despues de la noche viene el dia! si la muerte viniese á herirme, la sufriría sin murmurar, y si he cometido un pecado que Dios me lo perdone.»

»Sufrid con paciencia los reveses de la fortuna; todo puede convertirse en mejor;

ved la aurora, disipa las tinieblas! sabeis que Dios regula vuestra suerte, fiais de él porque muy pronto vereis al ángel Gabriel acudir en vuestra ayuda. Cuando el hombre se somete á los desiguos de la providencia en la esperanza de una recompensa en la vida futura, rara vez acontece que no goce al dia siguiente de las grandes alegrías del paraiso.»

Llama la atencion en estos versos el espíritu de piadosa resignacion que en ellos reina. Antes la poesia andaluza era vigorosa, llena de sávia, completamente mundana, se recreaba con los bienes de la vida y gozaba de ellos sin pensamiento ulterior; los poetas cantaban el vino y los placeres sin cuidarse de la ortodoxia. Era aquella una poesia que solo queria accion y los poetas orgullosos de su talento y de su importancia, criticaban sin piedad las faltas de los príncipes; todo lo que á los ojos de los árabes llevaba un carácter de hermosura y nobleza, escitaba su entusiasmo. Por el contrario, bajo el reinado de Ali el Almoravid, de este monarca insignificante y devoto, las mugeres y los sacerdotes reemplazaron á los patricios y la poesia reflejó fielmente la imágen de la época. De vigorosa, de ligera, de frívola que era se convirtió en tímida,

severa, melancólica, religiosa. Los tiempos eran tan malos que se apartaban los ojos de la tierra para elevarse al cielo: los hombres, léjos de luchar contra la fortuna, como hubiesen hecho los del siglo anterior, sufrían y se resignaban. Las formas bellas desaparecieron: cuando los poetas pretenden imitar á los grandes modelos caen en la hinchazon ó en la vulgaridad. Solo se encuentran insípidas lisonjas acerca del monarca representado como imágen de la Divinidad y alardes de sentimientos de una fingida devocion, unida á una gran corrupcion de costumbres, y á un completo desquiciamiento en el órden social.

En efecto, tal era el estado de la sociedad que se hacia inevitable una revolucion. Un oscuro habitante del Sus, Mohammed ibn-Tumart dió la señal. Ocultó, como era natural, sus proyectos ambiciosos bajo la mascara de reformador y asoció á su obra á un jóven de extraordinario talento llamado Abd-al-Muman que llegó á ser el fundador de la dinastia de los Almohades. Sus triunfos fueron rápidos y en el año 1142, cuando Téchufin sucedió á su padre Ali, Abd-al-Muman habia ya conquistado la mayor parte del África setentrional.

Fácil es de comprender la alegría de los

hijos de Motacim al ver vacilar el trono de una dinastía que les había arrebatado el suyo, alegría que no procuraron disimular aunque al manifestarla se esponían á perder la cabeza. Su conducta en Tlemcen es una prueba evidente de su imprudencia y de su odio hacia los Almoravides. Dos de ellos Rafi-ad-daula, que era ya viejo y Rachid-ad-daula, su sobrino, se encontraban en esta ciudad el año 1144, en ocasión que los Almohades habían establecido su campamento en una montaña próxima. Un día que hablaban con uno de sus amigos, Ibn-al-Achiri, que despues se dió á conocer por una historia de los Almohades, oyeron en el campamento, donde acababan de recibir la noticia de una victoria, un alegre redoble de tambores.» Ah! gritó entonces Rafi-ad-daula. si mi vejez no me lo hubiese impedido ya me hubiera ido con ellos, porque los amo con todo mi corazón! Pues bien, le dijo su sobrino, improvisemos versos en su honor ya que no podemos servirle de otra manera más eficaz.» Aceptada esta proposición, Rafi-ad-daula comenzó de la manera siguiente:

—Gracias al rey Abd-al-Muman el astro de la dicha vuelve á aparecer en el cielo.

Rachid-ad-daula continuó:

—Es un héroe y el brillo de su frente se-

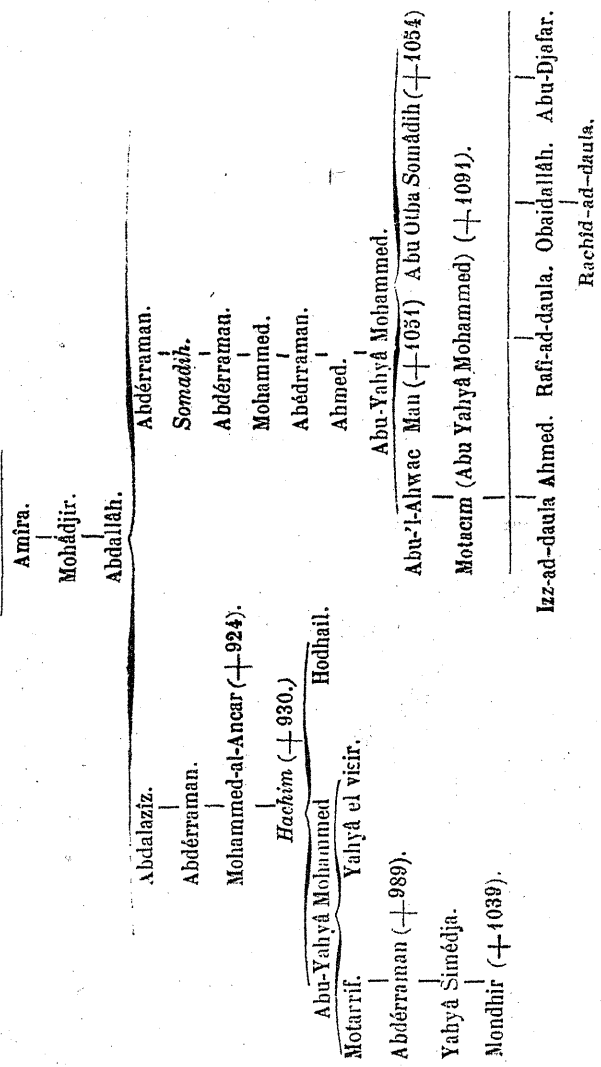
meja al resplandor que esparce la luna en medio de la noche.

Ibn-al-Achiri continuó:

—Id á reuniros á él, encontrareis un príncipe que posee la arrogancia de un rey, pero de quien nadie tiene que temer cuando implora su protección.

Estos versos no quedaron en secreto y cuando llegaron á oídos del gefe de la plaza, Rafi-ad-daula (el más comprometido de los tres, porque el gefe había hecho confianza en él, encargándole que vigilase la reparación del muro del arrabal), se vió obligado á buscar su salvación en una pronta fuga. Consiguíó escapar de la ciudad y ganó el campamento de los Almohades. Algun tiempo despues cuando murió Techufin, los Almoravides se vieron obligados á evacuar á Tlemcen. Rachid-ad-daula abrazó entonces el partido de Abd-al-muman en cuyo honor compuso estensos poemas, y por un extraño capricho de la fortuna, este nieto de un rey que había pensionado á toda una pleyada de poetas, acabó por descender él mismo al rango de poeta pensionado.

Tabla genealógica de los Beni-Hachim y de los Beni-Somadih.



POEMA

DE ABU-ISHAC DE ELVIRA

CONTRA

LOS JUDIOS DE GRANADA.

Pocos personajes hay entre los que figuran en la historia de los judíos de España que inspiren tanto interés como Samuel ha-Lévi y su hijo José, quienes, en el siglo XI, desempeñaron sucesivamente el empleo de visires en la corte de los príncipes berberiscos de Granada. Ya despues de las noticias suministradas por el señor Munk en el *Journal Asiatique*, de Setiembre de 1850 (cuarta série t. XVI, p. 201 y siguientes), y las dadas por mí en la introduccion que acompaña á mi edicion de la Crónica de Ibn-Adhá-rí, (p. 80, 102), no esperábamos encontrar

nuevos datos acerca de estos visires judíos, en los escritos árabes que tenemos en Europa, cuando tuvimos la agradable sorpresa de hallarlos en la obra donde ménos lo esperábamos, á saber: en el Compendio del diccionario biográfico de Ibn-al-Jatib.

Sabido es que este célebre visir granadino escribió en la segunda mitad del siglo XIV un libro muy instructivo titulado: *al-Ihâta fi tarîji Gharnâta*, con noticias biográficas acerca de los hombres ilustres nacidos en Granada, ó que al ménos habian permanecido en dicha ciudad durante algun tiempo. El señor Gayángos posee el primer volumen de esta obra, el segundo se encuentra en la biblioteca del Escorial. En 1391, diez y siete años despues de la muerte de Ibn-al-Jatib, apareció un compendio de *al-Ihâta* con este título: *Marcaz al-ihâta bi-oda-bâi Gharnâta*, compendio compuesto por un literato egipcio llamado Bedr-ad-dîn Bechteki (1), que en general sólo ha conservado los artículos relativos á los hombres de letras, suprimiendo casi todos los que se refieren á príncipes, ministros, generales y teólogos, etc., calculando Maccari que habla con al-

(1) Mohammed ibn-Ibraim, ibn-Mohamed, Maccari, segunda parte (inérito) libro VI, al principio.

gun detenimiento de este compendio, que contiene solo una cuarta parte de la obra original. A pesar de las supresiones, el libro es muy útil, porque se ha hecho teniendo á la vista una edicion mucho más completa que la nuestra y porque en él se encuentran poesías y aún artículos enteros que en vano buscaríamos en *el-Ihâta*. (1)

La biblioteca de París posee el segundo volumen del *Marcaz*, la de Berlin ha adquirido recientemente un ejemplar completo. Este volumen comprado por el señor Petermann en Oriente se acabó de cópiar en el año 1,029 de la hegira, 1,630 de nuestra era; su escritura (nesji) es muy bella y muy correcta en general, siendo únicamente de lamentar que le faltan las primeras páginas (2). En este manuscrito, que han tenido la bondad de prestarnos, hemos encontrado detalles desconocidos y curiosos acerca de un encarnizado enemigo de los visires judíos de Granada. El artículo que allí hemos visto y que falta en el manuscrito del señor Gayángos

(1) Compárese con mi *Script. Arab*, loci de Abbad, t. II, p. 169-172.

(2) Cuando citamos en esta obra los diferentes manuscritos de *el-Ihâta*, los indicamos por las iniciales B. (manuscrito de Berlin), E. (man. del Escorial), G. (man. del señor Gayángos), y P. (man. de París).

versa sobre el teólogo Abu-Ishac de Elvira, del que hasta ahora únicamente sabíamos que compuso un poema contra los judíos de Granada, muy en boga en su tiempo y que preparó la sangrienta catástrofe de que fueron víctimas José y sus correligionarios. Macari cita cinco versos de este poema que han sido publicados y traducidos por M. Munk pero Ibn-al-Jatib trae cuarenta y siete, suministrándonos además interesantes noticias sobre su autor; creemos pues que será útil traducir este artículo.

»Abu-Ishac de Elvira, Ibráhm ibn-Masud ibn-Said de la tribu de Todjib, el devoto, el excelente y piadoso faqui, el literato, el tradicionalista.

»Refirió tradiciones relativas al profeta, oídas de los mismos labios de Ibn-abí-Zamanain (1). Espulsado de la capital por el príncipe Abu-Manád Badis ibn-Habbus con el cual había sido calumniado por el visir Yusuf (Josef) hijo de Ismael (Samuel) ibn-Naghdéla se estableció en Elvira donde se entregó en cuerpo y alma á la devoción. Uno de sus poemas que quedó grabado en la mente de los hombres en el cual escitaba á los Cinéhjitas contra José, fué causa

(1) Uno de los teólogos más célebres de su época.

de la muerte de este, pues insurreccionados aquellos, asaltaron el palacio del sultan y mataron al judío que había ido allí á buscar un refugio. Sus correligionarios fueron tambien víctimas del furor de los Cinéhjitas. Sálimi cuenta que en aquella ocasion fueron degollados cerca de cuatro mil judíos y sus bienes saqueados. Esto ocurrió el 11 de Safar del año 459. (1).

»Los poemas religiosos de Abu-ishac tenían tanta fama que los conductores de los carruages fúnebres, los muezines y los predicadores sabían de memoria un gran número de ellos. Hé aqui una muestra.

»Vé mensajero mio, vé á saludar á la colina (2) y á sus habitantes y deséales toda suerte de prosperidades! Cuando llegué á ella mis penas se disiparon y disfruté de un dulce reposo. Y no porque en sus cercanías no haya una multitud de lobos, (3) sino porque esos lobos son inofensivos como faquies. No he llorado la ausencia de mis hermanos, porque sé por experiencia que ellos son la causa de nuestras desgracias: lo

(1) El degüello de los judios ocurrió el 30 de Diciembre de 1066 é Ibn-al-Jatib hubiera debido nombrar el 9 de Kafar que en el año 459 caía realmente en sábado.

(2) El poeta habla sin duda de Elvira.

(3) Hombres salvajes, berberiscos.

que me ha desencantado del mundo ha sido ver que los honores y las dignidades no son el patrimonio de los que las merecen. No encontrando á nadie digno de mi amistad, he preferido vivir en el aislamiento.»

«Tambien son muy notables los siguientes versos:

«Ayúdame Señor porque las fuerzas me faltan y perdóname porque pecco á cada momento. Si me castigas, confieso que merezco tus castigos; pero espero que serás clemente para mí, quién perdonaría si el Todopoderoso no perdonára aún á los mayores pecadores?

«En su poema contra los judíos se encuentran estos versos:

«Vé, mensagero mio, vé á referir á todos los Cinhédjitas, las lunas llenas y los leones de nuestros tiempos, estas palabras de un hombre que los ama, que los compadece y creería faltar á sus deberes religiosos si nó les diese consejos saludables:

«Vuestro dueño ha cometido una falta de que los malvados se alegran; pudiendo elegir su secretario entre los creyentes, lo ha elegido entre los infieles! Gracias á este secretario, los judíos, que eran despreciados, se han convertido en grandes señores y ya su orgullo y su arrogancia no conocen limi-

tes. De repente y sin esperarlo han obtenido todo cuanto podian desear, han llegado al colmo de los honores de tal modo, que el mico más vil entre esos infieles cuenta hoy entre sus servidores una multitud de piadosos y devotos musulmanes; y todo esto no lo deben á sus propios esfuerzos, nó; quien los ha elevado á tanta altura es un hombre de nuestra religion!... Ah, porqué ese hombre no sigue para con ellos el ejemplo que le han dado los príncipes buenos y devotos de otros tiempos? por qué no los deja en su miserable esfera? por qué no los hace los más viles de los mortales? entónces, marchando en rebaños arrastrarian en medio de nosotros una vida errante, expuestos siempre á nuestro desprecio y nuestro desden; entónces, no tratarian á nuestros nobles con altivez, á nuestros santos con arrogancia; entónces, no se sentarian á nuestro lado esos hombres de raza impura, ni cabalgarian al par de los grandes señores de la córte!

»O'Bádís! sois un hombre de una gran sagacidad, y siempre sabeis lo que ha de acontecer; qué pasa que no veis el mal que hacen esos diablos, cuyos cuernos asoman por do quiera en vuestros dominios? ¿cómo podeis tener cariño á esos bastardos que os han hecho odioso al género humano? con qué

derecho esperais asegurar vuestro poder cuando esa gente destruye lo que edificáis? cómo podeis otorgar tan ciega confianza á un malvado y hacerlo vuestro amigo íntimo? habeis olvidado que el Todopoderoso dice en la Escritura que es necesario no unirse á los malvados? no tomeis á esos hombres por ministros y abandonádos á las maldiciones, pues toda la tierra clama contra ellos; pronto temblará y entónces pereceremos todos!... Dirigid vuestras miradas á los demás países y vereis que donde quiera se trata á los judíos como á perros y se les tiene aislados; por qué vos solo habeis de obrar de otra manera? vos que sois un príncipe querido de vuestros pueblos, vos que descendéis de una ilustre familia de reyes, vos que sobresalís entre vuestros contemporáneos, como ellos sobresalian entre los suyos?

»He llegado á Granada y he visto que los judíos reinaban en ella. Habian dividido entre sí la capital y las provincias; donde quiera imperaba uno de esos malditos; ellos cobraban las contribuciones, tenían buena mesa, estaban magníficamente vestidos, mientras vuestros ajuares, oh musulmanes, estaban viejos y harapientos. Ellos conocian todos los secretos del Estado; qué imprudencia confiarlos á traidores! los creyentes ha-

cian una mala comida á un dirhem por cabeza, mientras ellos se regalaban opíparamente en palacio; ellos os han suplantado en el favor de vuestro señor, oh musulmanes! y vosotros se lo consentís y nada haceis para impedirlo? sus rezos hacen el mismo ruido que los vuestros; no lo ois? no lo veis? ellos matan bueyes y carneros en nuestros mercados y vosotros comeis sin escrúpulo los animales muertos por ellos! el jefe de esos micos ha enriquecido su alcázar con incrustaciones de mármol, haciendo construir en él fuentes de donde corre el agua más pura, y mientras nos hace esperar en su puerta, se burla de nosotros y se bafa de nuestra religion. Dios, qué desgracia! yo no mentiría si dijera que es tan rico como vos, oh! mi rey! ah, degolladlo pronto y ofrecedlo en holocausto; sacrificadlo, es un carnero cebado; no perdoneis tampoco á sus parientes ni á sus aliados; ellos han acumulado tambien tesoros inmensos; apoderáos de su dinero, al que teneis más derecho que ellos; no creais que será una perfidia matarlos, nó; la verdadera perfidia sería dejarlos reinar: ellos han roto el pacto que con nosotros tenían celebrado; quién se atreverá á censuraros que castigueis á esos perjuros? Cómo podríamos aspirar á distinguirnos

cuando vivimos en la oscuridad y los judíos nos deslumbran con el brillo de sus grandezas? Comparados con ellos somos despreciados, y no parece sino que nosotros somos los malvados y ellos los buenos! No consentais un momento más que nos traten como hasta aquí, porque vos nos respondereis de su conducta: acordaos que un día tendreis que dar cuenta al Eterno de la manera con que habeis tratado al pueblo que Él ha elegido y que gozará de la beatitud eterna!»

Este poema causó la ruina de los judíos.

El maldito judío de que se ha tratado estaba lleno de presuncion y orgullo, hasta tal punto, que tuvo la audacia de ridiculizar ciertos versículos del Coram y de declarar en público que eran absurdos los dogmas musulmanes. Dios lo castigó por esto de una manera terrible.

Poséo una cópia, hecha por mí mismo, del tratado que el visir Abu-Mohammed ibn-Uazm compuso para refutar las objeciones de ese judío contra muchos versículos del Coram.

Abu-Ishac murió hácia fin del año 459 y fué enterrado en Elvira. (1)

Tambien en Maccari se encuentran algu-

(1) T. II, p. 330, 480, 499, 649, 650, 668.

nas poesías de Abu-Ishac, de las que vamos á traducir las más notables y que mejor retratan el carácter de este personaje.

I.

El especulador más desgraciado es el sábio cuando imita á la multitud que procura enriquecerse, pues cambia entónces sus sentimientos piadosos por la sed de riquezas. Las ganancias ilicitas no traen la dicha y aún es muy raro que el que se enriquece legítimamente entre en el cielo. Conténtate con lo necesario sin ambicionar lo superfluo, porque llegará un día en que tengas que rendir una cuenta terrible del uso que de ello hayas hecho.

II.

Hé ahí al que ayer era todavía tan rico! Imaginaba en su loco orgullo que la fortuna no lo abandonaria nunca: lleno de audacia y de presuncion se envolvía magestuosamente en su manto de púrpura; los reveses de la fortuna acaban de quitárselo; hélo ahora que se paséa cubierto de harapos! No confiéis en la riqueza, la pobreza la reemplaza pronto, porque la fortuna es variable. Lo ne-

cesario basta; no te afanes jamás por enriquecerte.

III.

Mis hijos mueren unos despues de otros y sé qué muy pronto los he de seguir: yo los llevo al sepulcro, yo estoy delante cuando los entierran y, sin embargo, nada veo, soy semejante á un hombre que no duerme y tiene, no obstante, cerrados los ojos.

IV.

La vejez dá útiles consejos á los tontos y á los sábios, pero éstos le dan oídos y aquéllos no prestan atención. Hasta cuándo me ocuparé de cosas fútiles y me dejaré engañar por esperanzas ilusorias? Un viejo que se entrega al placer dá al mundo el más triste espectáculo que puede imaginarse. Su belleza es la piedad; no le sienta enamorarse de los hermosos ojos. Ay! lo que era para él antes un placer, le arranca ahora gritos de dolor. Cuando jóven lo comparaban á la luna llena, ahora lo comparan á una imperceptible estrella de la osa mayor. Cansado de la vida quisiera poder desear aún, y recuerda con amargura el tiempo en que se entregaba

á todos los caprichos de su imaginación.

El simple rie á carcajadas cuando vé á un viejo que suspira y llora sus pecados; que ria enhorabuena... conozco que exhortarle sería perder el tiempo; pero que confiese que el viejo á su edad debe guardar continencia. Ha perdido á sus hijos, y, sin embargo, en lugar de ver en su desgracia una advertencia saludable, se ha dejado llevar más todavía por el torbellino del mundo. Ah! cuán digno de lástima sería si no se apartase de él en los últimos momentos de su vida.

V.

(Esta composición es la última de Abulshac, y la recitó en su lecho de muerte cuando un visir granadino, que se interesaba por él y habia venido á visitarle en su pobre cabaña, le ofreció una morada más cómoda).

Me han preguntado si no deseaba poseer una buena casa. Nó, respondi; una cabaña es ya demasiado para un miserable mortal. Si no hubiese invierno, ni calor abrasador, ni labrones que pudieran quitarme el pan, ni mujeres que fuese necesario sustraer á las miradas indiscretas, me construiria una casa parecida á la de la araña.

Acaso nos equivoquemos, pero el autor del poema contra los judios se nos antoja más bien un ambicioso contrariado que un fanático sincero. Segun confesion propia, su juventud habia sido borrascosa; en medio de una sociedad espiritual, pero lijera y corrompida, habia bebido copiosamente en la copa de los placeres y ní áun la misma pérdida de sus hijos, por dolorosa que le fuese, logró hacerle entrar en una vida más arreglada. Agotado el amor, pasiones no ménos enérgicas dominaron su alma. Al principio la sed de riqueza; combate esta pasion á cada instante en sus versos ascéticos, pero el mismo encarnizamiento con que la abomina, es á nuestros ojos una prueba de que él mismo no habia sido insensible al cebo del oro y de que acaso no se puso á despreciarla hasta que se convenció de que no podia adquirirla. Más tarde tocóle su vez á la ambicion: procuró obtener en la córte un rangó á que su nacimiento parecia darle derecho; no lo consiguió. José deshizo sus planes y lo envió á un destierro: entónces, y solo entónces, fué cuando se acordó de entrar en la vida devota, único partido que le quedaba, aunque no era su vocacion, pues no estaba hecho para una vida de reflexion y de reposo y su organizacion le hacia imposible el cumpli-

miento de los rígidos deberes que impone el misticismo. Reverenciado como un santo por la multitud ignorante, jamás se consoló de haber perdido las ardientes voluptuosidades de su juventud y de haber visto frustrados sus sueños de gloria y poderío. Vengarse de José; tal fué desde entónces su pensamiento dominante, si no único; para conseguir este fin compuso su violento poema contra los judios. El sentimiento que en este poema predomina es más que el fanatismo religioso, el orgullo herido del noble árabe que se vé suplantado por una raza que desprecia. Abu-Ishac, que era un hombre ingenioso y hábil, conocia perfectamente lo que hay que hacer para conmover y amotinar á la multitud. Explotando las más bajas pasiones de los ignorantes y avariciosos berberiscos, les echa en cara su pobreza y les dice desnudamente que para enriquecerse, lo que tienen que hacer es saquear á los judios, empezando por José, el más rico de todos. El éxito coronó sus empresa; poco tiempo antes de su muerte tuvo la satisfaccion de poder decir que habia vengado no solo el insulto hecho á la religion musulmana, sino su propia injuria, que era lo que más le interesaba.

OBSERVACIONES GEOGRÁFICAS
 ACERCA
 DE ALGUNAS ANTIGUAS LOCALIDADES
 DE
 ANDALUCÍA.

OBSERVACIONES GENERALES.

Entre los castillos y pueblos de Andalucía, hay muchos que llevan un nombre árabe y aún berberisco, tomado ordinariamente del de una tribu ó familia poderosa; pero no acontece lo mismo con los nombres de ciudad, que pertenecen en su mayoría á la antigua lengua del país. La razon de esto es, que antes de la fusion de las razas, es decir, antes del reinado de Abderraman, muy pocos árabes vivian en las ciudades; pues no siendo amigos de encerrarse en sus murallas vivian casi todos en el cam-

po y daban á los castillos que edificaban ó restauraban y á las aldeas que de ellos dependian, nombres tomados de su propia lengua. Las ciudades por el contrario, que excepto dos (1) eran todas de fecha anterior á la conquista, conservaron generalmente no solo su poblacion, sino tambien sus nombres romanos. En la mayor parte de los casos los conquistadores se limitaban á modificar estos nombres, acomodándolos en cuanto era posible á la índole de su lenguaje, siendo las alteraciones que sufrieron ménos graves de lo que pudiera creerse, si se atiende á la gran diferencia que existia entre su lengua y la latina. Es preciso observar además que estos nombres habian sido ya alterados mucho antes de la conquista por los españoles mismos. Así para no hablar más que de las terminaciones, empleaban hacía muchos siglos el ablativo en lugar del nominativo, cuando los nombres propios estaban en singular, (2) y el acusativo en vez del nominativo cuando estaban en plural (3).

En lo tocante á la trascripcion árabe de

(1) Almería y Santander. Ibn-Haukal.

(2) Ukert *Geographie der Grieghen nud Römer*, t. II, p. 264.

(3) Caro; *Antigüedades de Sevilla*, fól. 153, col. 1.

Los nombres romanos es preciso atender á las siguientes reglas:

1.^a Los árabes no alargan nunca los nombres latinos, sino que á menudo los abrevian; suprimen las sílabas no acentuadas en las palabras que tienen tres ó cuatro. Así han hecho *ilbira* de *illibéri* suprimiendo la sílaba breve *li*. Más tarde los castellanos hicieron lo mismo: de *Castro Sigerici* como llamaban á una fortaleza al Oeste de Burgos, hicieron *Castroixeriz*, y de *bib almáristán*, nombre de una puerta de Granada hicieron *bib almásan* (1).

Creemos que solo hay una escepcion á esta regla, escepcion que en el fondo no lo es verdaderamente. Los árabes parecen haber alargado el nombre de Toledo al decir *Tolétula* en vez de *Toleto*; pero *Tolétula* no es forma árabe, ni tal terminacion existe en esta lengua. Es una alteracion de *Tolétulo* (Véase más abajo el n.º 4 b) ablativo de *Toletulum*, y este es el diminutivo latino de *Toletum* así como *Granatulo* nombre de una aldea cerca de Granada (2) es el diminutivo de *Granato*. En las ciudades del Mediodía fué donde los árabes, á nuestro juicio, oyeron

(1) Marmol *Rebelion de los moriscos*, fól. 6, col. 2.

(2) Ibn-al-Khotib man. G. fól. 13 r.

decir *Toletulo*. Comparado con estas ricas y grandes ciudades, Toledo, que solo habia llegado á ser residencia de los reyes visigodos por estar en el centro del país, era una ciudad de poca consideracion, «parva urbs,» como decia Tito Livio (XXXV, 22) así que su nuevo título le habia acarreado la envidia, y se mofaban de ella, llamándola con desprecio *Toledillo*.

2.^o La *s* latina y la *c* que se pronuncia como *s*, se trascriben ordinariamente por el *schim* y alguna vez tambien por el *sim*, como en *Saracusta* César Augusta y en la última sílaba de *baschcones* Bascones ó Vascones.

3.^o La *cc* latina se espresa por el *schim*, ejemplos: *Aschi-Tuschi*, *Acci*, *Tucci*.

4.^o La terminacion árabe en *a* representa diferentes terminaciones latinas á saber:

a la terminacion latina en *a*.

b el nominativo ó el ablativo en *o*. Ejemplos: *Ostippo*, *Astaba*, hoy *Estepa*: *Egabro*, *Cabara*, hoy *Cabra*. Alguna vez se ha conservado la terminacion latina escribiendo he con un *domna* ó *uau*. Así el nombre de Darro es *Hadarrh* en el manuscrito de Ibn-Sáhibi-'s-salât (fol. 29 r.) *Hdrh*. en Maccari (t. I, p. 109) y *Hdru* en Edrisi (t. II, p. 52). El de Tajo es *Taja* en el manus-

crito de Leyde de Ibn-Haucal y Taju en el manuscrito de Oxford. Pero como esta terminacion es estraña á la lengua árabe se escribe ordinariamente *te* femenino con fatja.

c El hablativo en *i* (del nominativo *is*). Ejemplos: Sætabi, Schataba, Jativa, Iliberi Ilibira, Elvira; Astigi, Astaja, Ecija; Calagurri Calahra, Calahorra.

Por un vicio de pronunciacion los árabes de España trasladan la *a* latina por *i* como en Hispalis, Ischbilia, Ispilia, (Sevilla) y aun cuando trasladan la *a* por *elif* con fatja este se pronuncia amenudo *é, è, ó í*.

Podrian multiplicarse estas observaciones; pero las dadas son, á nuestro parecer, las principales ó al menos las de más frecuente aplicacion.

ANDALOS.

El origen del nombre que se dá hoy á la antigua Bética y que los árabes aplicaban á toda España, no ha sido aun explicado satisfactoriamente. Verdad que se ha sospechado (y esta opinion es muy antigua puesto que ya se encontraba en Razió (996) que el nombre de que se trata provie-

(96) *Apud Ibn-Chebát*, p. 96.

ne de los vándalos, que, ántes de establecerse en Africa, ocuparon durante algun tiempo al Mediodia de España; pero por otra parte se ha observado, con fundamento á nuestro parecer, que la permanencia de los vándalos en la Bética, fué demasiado corta para que dejaran su nombre en este pais.

Lo que no ofrece duda es que los musulmanes, y no los españoles, fueron los que dieron á la Bética ó España el nombre de Andalos. Los cronistas del Norte de la península no lo conocen y siempre llaman Spania al pais que poseian los sarracenos. En los autores árabes, pues, debemos buscar la esplicacion de este nombre y por fortuna la encontramos en ellos. El autor del *Ajbar machmua*, como hemos visto más arriba, dice que Andalos era el nombre de la península donde desembarcó Tarif, llamada desde entónces de Tarif, hoy Tarifa. El antiguo cronista Arib dice lo mismo (1) «Tarif desembarcó frente á Tánger en al-Andalos que hoy se llama península de Tarif.» Andalos no era pues el nombre de un pais, sino el antiguo nombre de Tarifa.

Si se pregunta ahora qué tiene Tarifa

(1) *Apud Ibn-Adhari*, t. II, p. 6.

de comun con los vándalos, Gregorio de Tours se encargará de responder. Segun los más sábios conocedores de la geografia antigua, el nombre romano de Tarifa era Traducta (1). Ahora bien, Gregorio de Tours dice lo siguiente: (t. II. 2): «Prosequentibus Alamannis usque ad Traductam transito mari Vandali per totam Africam ac Mauritaniam sunt dispersi.» En Traducta ó Tarifa fué donde los Vándalos se embarcaron para pasar el Africa y es muy natural que su nombre quedase en apuel puerto de mar. Tampoco es sorprendente que los ignorantes berberiscos de Tarif, desembarcados en Vándalos, diesen este nombre á todo el territorio que saquearon, ni que mas tarde los soldados de Tarif lo aplicasen, en un principio á toda la Bética y despues á toda España.

CALSANA, MEDINA-SIDONIA.

La ciudad que lleva hoy el nombre de Medina-Sidonia existía sin duda bajo la dominacion romana, pues se han encontrado en ella inscripciones y monumentos romanos, (véase Florez, España Sagrada, t. X, p. 11); pero ¿qué nombre tenia entonces? el de Medina-Sidonia, ó mejor, Medina-Sido-

na, le fué dado por los árabes y solo significa *capital de* (1) (la provincia de) *Sidona*. Algunos escritores han pensado que Medina-Sidonia es la antigua Asido; (2) pero esta opinion ha sido ya refutada por Florez, t. X, p. 20 y siguientes.

Los escritores árabes son los que nos dan el nombre romano de esta ciudad. Se llamaba Calsana. Ibn-Haiyan (fól. 85, r. y v.) da á Calsana (Calsana) el titulo de capital hadhara de la provincia de Sidona y Arib (t. II, p. 210) dice tambien: «La ciudad de Calsana es la capital de la provincia.»

Rodrigo de Toledo parece dar á Medina Sidonia, otro nombre latino puesto que dice (t. III, cap. 24): «Venit ad locum munitum, que atine *Civitas salva*, ab Arábibus *Medinatsidona* exinde fuit dicta.» Pero la contradiccion entre este testimonio y el de los autores árabes es solo aparente. *Civitas salva* no es un nombre propio, sino un sobrenombre y es sabido que bajo la dominacion romana casi todas las ciudades tenian el suyo.

El nombre de Calsana estaba todavía en

(1) Véase sobre el sentido de la palabra Medina la obra del Sr. Gayangos, t. I, p. 529.

(2) Véase la nota B. al final del tomo.

(1) Véase Forbiger *Handbuch der alten Geographie*, t. III, p. 54.

uso en tiempo de Edrisi, es decir, en el siglo XII. Este geógrafo escribe Galsana; al ménos encuentro esta leccion en un manuscrito de Paris (n.º 893 del supl. ar.); en la traduccion francesa del Mr. Haubert, (t. II, p. 13) se lee: Galschana. El *Máracid* (t. II, p. 440), conocia tambien á Calsana.

ASIDO, XEREZ.

Jerez es la antigua Asido; (1) Florez, (t. X, p. 20 y sig.) lo ha demostrado y los mejores geógrafos han adoptado su opinion (véase Forbiger, t. III, p. 48). ¿Pero de dónde proviene el nombre de Jerez? Se ha llegado á buscar su origen hasta el fondo de la Persia: personas que pretendian conocer la lengua arábica han hecho creer al sábio Florez que Jerez es una alteracion de Chíráz y que un general, nacido en la dicha villa, ha conquistado á Asido. Inútil sería detenernos en tales acepciones porque es fácil ver que Scherisch nada tiene de comun con Schiraz. Plinio nos dará á conocer mejor esto. «Asido, quee Cæsariana,» dijo, y estas palabras esplican el origen del nombre árabe. El cambio de *Asido* en *Asidona* era anterior á

(1) Véase la nota C. al fin del tomo.

la conquista porque esta última forma se encuentra ya en la crónica de Juan de Biclara (1) y los musulmanes que oian decir. *Cæsaris Asidona* escribían Scherischschadona, *Cæris Sidona*, (2) ó bien quitando la última palabra scherisch, *Cæris*, completamente corto. Han suprimido pues la segunda sílaba de Cæsaris, como en Cæsar Augusta, que pronunciaban Cœraugusta. Á ella se veian forzados por la índole de su idioma en el cual Schecharisch hubiera sido una cacofonía insoportable.

EL WADI BECCA.

Segun una opinion generalmente admitida la batalla en que Taric venció á los godos se dió á las orillas del Guadalete, pero esta opinion, propalada por cronistas relativamente modernos y mal informados, se encuentra desmentida por los mejores testimonios. El sábio español señor Gayangos expresó ya sus dudas respecto á este punto. (Tomo I, p. 526-527).

(1) Esp. Sagr., t. VI, p. 384; cf. p. 412, y t. IV, p. 256-259.

(2) Razi, p. 57 de la antigua traduccion española. El término *Xerez Sidonia* se encuentra todavía en las cartas latinas de los siglos XIII y XIV, véase Esp. Sagr., t. X, p. 20-21.

Parece haber conocido que el campo de batalla debió estar situado mucho más al Sur, cerca del lago de la Janda y del rio Barbate; pero sus observaciones son extraordinariamente confusas, puesto que dice al principio que Barbate llevaba, bajo la dominación árabe, no solo su nombre actual, sino también el de Wádi Becca, y á renglón seguido dice que este último rio es el mismo que el Guadalete, de modo que esta palabra sería una alteración de Wádi Becca. Dejando á un lado estas opiniones erróneas, preferiremos consultar acerca de ellas á los antiguos cronistas arábigos.

El autor del Ajbar-Machmua coloca el campo de batalla cerca del lago de la Janda. Ibn-Alcutia es más esplicito todavía: «Taric y Rodrigo, dice, combatieron á orillas del Wádi Becca, en la provincia de Sidona.» Trátase, pues, de determinar cuál era el rio á que los árabes daban este nombre, lo que puede hacerse consultando á Edrisi (t. II, p. 48), quien indicando el camino de Algeciras á Sevilla, se expresa en los siguientes términos: «De Algeciras á ar-Rimál (las arenas), en la embocadura del rio Barbate en el mar, veintiocho millas; de aquí á la embocadura del rio Becca, seis millas;» de donde resulta que es necesario colocarla á legua y

media (1) al Norte de la del Barbate, es decir, no lejos del cabo de Trafalgar, entre Vejer de la Frontera y Conil. A juzgar por dos artículos del excelente diccionario geográfico del Sr. Madoz (los que se ocupan de Conil y Vejer) el Wádi Becca lleva hoy el nombre de Salado, que, como todos saben, es común á una multitud de rios y torrentes de Andalucía.

La ciudad de Becca, de quien tomaba su nombre el Wádi Becca (véase Edrisi, t. II, p. 13), y que no es Vejer como se ha creído, porque este está situado cerca de Barbate, es el Besaro de Plinio; los árabes han trasladado esta palabra con toda la exactitud que podían, escribiendo Baischaru. (2) La ciudad de Beca, decimos, parece haber desaparecido; pero acaso la huella de su nombre se ha conservado en los de Altos de Meca y Torre de Meca.

ILIPULA MINOR, POLEI, AGUILAR.

La fortaleza de Polei, en árabe Boley, que Edrisi coloca (t. II, p. 54) á 20 millas (5 leguas) de Córdoba, en las cercanías de San-

(1) Cuento por leguas españolas.

(2) Ibn-Hayyan, man. de Ofrord, f. 35 v.

taella, desempeña un papel importante en la historia de Omar ibn-Hafsun. Este lugar se llama hoy Aguilar (1) (de la Frontera), según aparece en una carta de 1258, citada por Lopez de Cárdenas en sus *Memorias de la ciudad de Lucena*, (Ecija 1,777 p. 165): «Aguilar, que se llamaba otras veces Polei,» y como allí se encuentran muchas antigüedades romanas, creemos reconocer en Polei la Ilipula Minor, nombrada por Plinio entre las ciudades del *conventus* de Ecija. Los árabes han suprimido *Ili* y Boley es evidentemente el genitivo Pulæ.

TALYATA. (2)

Aunque los escritores árabes hablan frecuentemente de la aldea de Talyáta, en la provincia de Sevilla, es, sin embargo, bastante difícil, por carecer de noticias exactas, determinar su situación. El autor del *Marâcid* la coloca en el distrito de Ecija y cerca de Córdoba; pero este testimonio no concuerda con el de los autores árabes españoles, y en general la autoridad de este Dic-

(1) Véase la nota D al fin del tomo.

(2) Véase la historia de los musulmanes españoles de M. R. Dozy, traducida y anotada por D. Federico de Castro para esta biblioteca científico-literaria, t. II, p. 429. (N. del T.)

cionario geográfico no es muy grande cuando trata de la topografía de la península. También un sábio distinguido, el señor Slane, ha indicado una opinión diferente en una nota de su traducción de Ibn-Jaldum (t. II, p. 185). Observando que éste dijo que en el reinado de Adil los musulmanes fueron derrotados en Talyáta y que Lucas de Tuy atestigua que éstos sufrieron hácia esta época una derrota en Tejada, el señor Slane dedujo de aquí que Tejada y Talyáta son idénticas.

Convenimos que á primera vista el razonamiento del sábio traductor de Ibn-Jaldum, parece muy plausible; pero cuando se mira más de cerca ocurren grandes objeciones. No está fundado sobre un hecho incontestable, porque en la época de que se trata, es decir, algún tiempo antes de la toma de Sevilla por San Fernando, se dieron un gran número de combates en el territorio sevillano y nada nos obliga á admitir que Ibn-Jaldum y Lucas de Tuy se refirieran á la misma batalla. Prueba además que Talyáta no es Tejada, el que las ruinas de esta última villa se encuentran á siete leguas (28 millas) al Norte de Sevilla, (1) mientras

(1) Morgado, *Hist. de Sevilla*, f. 39.

que Talyâta solo estaba á dos millas *aly my-layn* (una media legua) de Sevilla, como resulta del formal testimonio de Ibn-Adhâri (t. II, p. 90,) donde cuenta la invasion de los Normandos en el año 844.

Rodrigo de Toledo cuando encuentra á Talyâta en los escritos árabes escribe Tablata, como hace por ejemplo cuando cuenta la invasion de los normandos (Historia Arabum, apud Schott, t. II, p. 175). Parece pues haber creído que Talyâta era Tablada, es decir, la gran llanura que se estiende al Sur de Sevilla y atraviesa el Guadaira; (1) pero si tal fué su opinion, dudamos que pueda ser admitida. Esta Tablada donde un rey granadino fué traidoramente asesinado por el rey D. Pedro el Cruel, se haya nombrada (2) por Ibn-al-Jatib (3) donde refiere el asesinato; pero este autor escribe Tablata (el manuscrito dice por error Taylata) lo que representaba con mucha exactitud á Tablada, pero no á Talyâta.

Hay además en Ibn-Hayyan un relato que no nos permite colocar á Talyâta en la orilla izquierda del Guadalquivir donde está Tablada. Despues de decir que los berberiscos

(5) Véase Morgado fól. 31, col. 4.

(6) Ayala, *Crónica de D. Pedro*, p. 347.

(7) Man, ger. fól. 138, v.

de Mérida y de Medellin penetraron en el territorio sevillano, Ibn-Hayyan (fól. 51, r.) dice que saquearon á Talyâta, que batieron á las tropas sevillanas y que avanzaron hasta *Ubar*, es decir, Huévar ó Guebar, á cinco leguas O. de Sevilla, en el distrito de Aznalcázar (4). El conjunto de este relato demuestra que Talyâta estaba igualmente al O. del Guadalquivir, porque no se encuentra allí nada que haga pensar que los berberiscos atravesasen este rio lo que hubiesen tenido que hacer si Talyâta fuese idéntico á Tablada.

En vista de lo espuesto, creemos deben colocar á Talyata á media legua O. de Sevilla.

Antes de abandonar esta materia debemos esplicar el nombre del distrito en que se encontraba Talyâta. Este distrito se llamaba *Aclim-Albesol* tanto por Ibn-Hayyan como por Ibn-al-Abar (9) y acaso se inclina uno á reconocer en Albesol pronunciado Albasul, a Pæsula de los antiguos hoy Salteras á dos leguas O. de Sevilla. Tal opinion nos ha sido comunicada por un sábio español, aunque debemos confesar

(8) Véase Morgado fól. 39. col. 2, y el *Repartimiento* apud Espinosa, *Hist. de Sevilla* fol. 22, col. 4.

(9) Artículo sobre Abdallah ibn-Abdalaziz el Becrita.

que vacilamos en admitirla, pues pensamos que si los árabes hubiesen tenido que trasladar á su lengua la palabra Pæsula, hubiesen escrito Beschula y no Albesul. Mas bien nos inclinamos á creer que es preciso dar al término de que tratamos un origen árabe, en cuyo caso significaría el distrito de las cebollas, y es necesario notar que otro distrito de Sevilla citado por ibn-Hayyan llevaba un nombre análogo, el de *el distrito del trigo*, Aclim-al-burr.

REIYA.

Los árabes dan á la gran provincia en que se encuentra Archidona y Málaga el nombre de Rayya, Reiya. pues así es como ha de pronunciarse, según el autor del Marocid. ¿De dónde viene este nombre? De diferentes maneras han procurado explicarlo; mas no queriendo detenernos en añejas interpretaciones, referiremos solo la opinión del Sr. Gayangos (t. I, p. 356) quien piensa que Reiya ha tomado su nombre de la ciudad de Rei, en Persia, de la cual vinieron un gran número de habitantes, á establecerse en los alrededores de Málaga, según Razi, que era oriundo de aquella ciudad.

Esta manera de ver tiene en su con-

tra muchas objeciones:

1.º La ciudad de Rei se llama *Al-rayyo*.

¿Porqué se ha suprimido el artículo en el nombre de la provincia española?

2.º ¿Porqué se ha añadido ya *r*, (re conye) á una terminación femenina *rayya*?

3.º El nombre relativo de *Alrri* es *Al-rasi*, mientras que de *raya* se forma *alrayi*.

¿De donde proviene esta diferencia?

4.º ¿Sería esta provincia con Algeciras las únicas que tomaron su nombre de los conquistadores, cuando todas las demás conservaron sus nombres latinos!

5.º El geógrafo é historiador Razi, cuyo padre vino á España por sus asuntos de comercio, no dice en parte alguna que hubiera venido á establecerse á la península una colonia de Persas.

Ibn-Haucal nos pondrá en buen camino. Este viajero, que visitaba á España hacia mediados del siglo X, no escribió *raya* sino *reyo*. (1) Luego oía pronunciar un nombre en *o*, es decir un nombre latino: *Reiyo* no puede ser otra cosa que *Regio*, (compárese *Lion* que se ha formado de la mis-

(10) Esta lección se encuentra no solo en el man. de Leyden, sino también en el de Oxford.

ma manera de Legione). Regio debió estar seguido de un adjetivo, el cual, aunque los árabes lo han suprimido, era segun todas las apariencias, *montana*.

El nombre de Regio Montana convendría perfectamente á esta provincia y dos circunstancias vienen en apoyo de la derivacion propuesta: 1.^a segun la antigua tradicion española de Razi (p. 61), dábase el nombre de Reiya á la sierra, á la cadena de montañas que atraviesa la provincia; y 2.^a Reiya era solamente el nombre de una comarca y no habia ciudad alguna de este nombre. Ciertamente que dos compiladores árabes, que escribían en una época en que esta denominacion estaba ya en desuso, han creído que Reiya era el antiguo nombre de Málaga. Ibn-Jaldum, por ejemplo, dice lo siguiente, (t. IV, f. 10, vuelta:) «El sultan Mondhir sitió á Ibn-Hafsum en Bobastro, y le arrebató todas sus fortalezas, entre las cuales se encontraba Reiya, es decir, Málaga. Aichum, que mandaba allí en nombre de Ibn-Hafsum, cayó prisionero y fué condenado á muerte. Pero es tambien cierto que Ibn-Jaldum se ha engañado aquí gravemente al pensar que las palabras Medina Reiya, que encontró en el autor que tenia delante, significaban la ciudad de Reiya, pues denotan la capital de (la pro-

vincia de) Reiya, es decir, Archidona. En efecto, formalmente atestigua Ibn-Adhári (t. II, p. 119-120), que Aichum mandaba en Archidona y que allí fué donde cayó prisionero.

Archidona fué largo tiempo la capital de Reiya. Ibn-al-Cutia dijo (f. 11, v.), hablando del reinado de Abderrahman I: «Archidona era entonces la capital de Reiya.» Ibn-Haucal dijo tambien: «Reiya es una provincia considerable y fértil cuya capital (Medina) es Archidona, y estos testimonios concuerdan con el de Ibn-Hayyan (f. 74, v.) y el de Razi (p. 59); pero hácia el fin del reinado de Abderrahman III ó hácia principios del de su hijo Hakam II, Málaga fué elevada al rango de capital. Algunos historiadores árabes, tales como Arib (t. II, p. 166) y el autor del Ajbar-Machmua jamás han reparado en esta circunstancia: cuando hablan de tiempo anterior al de Hakam II, nombran á Málaga en vez de Archidona, dando lugar generalmente á mucha confusion la manera con que los antiguos autores empleaban la palabra Medina.

BOBASTRO (1).

Bobastro, situado sobre la cima de una escarpada montaña en la provincia de Reiya fué durante más de medio siglo el baluarte de la nacionalidad española contra la dominación árabe, pero hoy hasta el nombre de esta fortaleza, otro tiempo tan famosa, es desconocido en Andalucía y para fijar su posición se hace indispensable combinar diversos testimonios.

Edrisi (t. II, p. 53) coloca á Bobastro al N. de Marbella, indicación que nos parece muy vaga por la considerable distancia que á nuestro juicio hay entre estos dos lugares. Ibn-Hayyan es más explícito. Señalando el camino que siguió un cuerpo de ejército, dice (fól. 91, v.) que este cuerpo fué de Jochin (Gaucin) á Sohail, luego á Decwen ó Decwin (Dacuin) (2) en el río, (Coin en el río grande); luego á Casar-Bonera (Cazarabonela): luego al río de los Feni-Abderraman frente á Bobastro; luego á Archi-

(1) Véase la historia de los musulmanes españoles por M. R. Dozy traducida y anotada por D. Federico de Castro para esta biblioteca científico-literaria t. II, p. 431.

(2) Dacuin en Macarí, t. II, p. 803, y en Ibn Batuta, t. IV, p. 373.

dona. Si se sigue este camino sobre el mapa, fácilmente nos convenceremos que el río á que los árabes daban el nombre de los Beni-Abderraman es el Guadaljorce y que en su consecuencia, Bobastro estaba situado cerca de este río. Por otra parte Ibn-al-Cutia (fól. 39, r.) asegura que el castillo de Djaudhâres estaba al O. de Bobastro. Á mi parecer este Djaudâres que el autor árabe llama *Sajara Djaudares* (las vocales se encuentran en el manuscrito) la *peña de Djaudhâres* es el pueblecito construido sobre un peñasco que lleva hoy el nombre de Ardales. La terminación *dhâres* corresponde á *dales*, pues es sabido que las letras *r* y *l*, pertenecientes al mismo órgano, se permutan. Puede pues suponerse que la primera sílaba ha sido alterada por los españoles á no ser que se prefiera leer *Hurdhâres* en vez de *Djaudhâres*, cambio que sin duda no es muy aventurado. En este caso *Hardhâres* respondería perfectamente á *Hardalés*, como otras veces escribían los españoles (1).

Los testimonios citados nos llevan á creer que Bobastro se encontraba en el lugar en que hoy se hallan las ruinas á que

(1) Esta ortografía se encuentra en Marmol, Caro y otros autores.

la gente del país dá el nombre de *el Castillon*, y que están sobre una montaña muy alta é inaccesible por el E. y S., á un cuarto de legua de Guadaljorce y á una legua O. de Antequera. (1). Todas las noticias que dán los autores árabes pueden aplicarse á esta localidad, pues está al N. de Marbella y al E. de Ardales; también está entre Cazarabonela y Archidona, y cerca de Guadaljorce. Pero lo que sobre todo nos induce á identificar la residencia de Ibn-Hafsum con el Castillon, es el reconocer en Bobastro el nombre que llevaba aquel bajo la dominación romana.

Ante todo es necesario ver cual es la forma primitiva de la palabra Bobastro y examinar á qué lengua pertenece.

En un documento latino del siglo X, la vida de Santa Argentea (2) se llamaba á la villa *urbs Bibistrensis*. Al contrario, los geógrafos árabes, tales como el autor de *Marâcid*, dicen que debe pronunciarse Bobastero, y esta ortografía se encuentra también en los manuscritos de Homaidi y de Abd-al-wâhid (véase p. 45 de mi edición). La é muda que no se encuentra en la trans-

(1) Véase Sanchez Sobrino, *Viaje topográfico* apud La Fuente Alcántara, *Historia de Granada*, t. I, p. 318-323.

(2) Esp. Sagr. t. X, apéndice núm. VII.

cripción latina, ha sido sin duda añadida por los árabes con el objeto de facilitar la pronunciación y de evitar el concurso de tres consonantes; es un *cheva* nada más. Tenemos pues Bobastro ó Bibistro y si la primera forma es la más correcta como me inclino á creer, el nombre es español porque la terminación en *astro* (ablativo de *astrum*) no se encuentra en árabe ni, en berberisco; sino en la antigua lengua del país, como lo acreditan *Oleastrum* y algunos otros. Además este nombre se encuentra bajo diferentes formas en provincias que no estaban sometidas al dominio musulmán, como Barbastro en Aragón, según todos saben. En una carta del año 916 (1) se encuentra nombrado un *Castrum Vibester* en la provincia de León, entre Carrion y Dueñas. Otro sitio llamado Bivlester se encontraba en Castilla y se trata de él en una carta del 968. (2).

El nombre, pues, es de origen español; pero es Bobastro la forma primitiva? Lo dudamos; la diferencia de las vocales y la trascripción árabe y latina nos induce á creer que el nombre ha sufrido una alteración. En efecto Ibn-

(1) Publicada en la Esp. Sagr. t. XXXIV, p. 435.

(2) *Apud* Berganza, t. II, Escr. 64.

Adhâri escribió muchas veces Barbaster, Barbastro y esta ortografía me parece la más antigua, tanto por su perfecta conformidad con el nombre de la ciudad aragonesa, cuanto por comenzar una multitud de antiguos nombres de lugares españoles con la sílaba *bar* (Barbesula, Barcino, etc.) Así las inscripciones romanas encontradas en las ruinas del Castillon dicen; *Municipium Sing. Barb.* El nombre Singili se encuentra en Plinio, y no ofrece dificultad alguna; mas, cómo debe leerse el otro nombre? Los arqueólogos no han sabido que hacerse; han leído *Barbarorum*, *Barbanorum* ó *Barbitanorum*, (4) pero confesando que esto eran solo conjeturas. Por nuestra parte creemos que el Municipio se llamaba *Municipium Singiliense Barbastrense* y que le han dado este último epíteto á fin de distinguirlo del otro Singili, que cita Plinio, y que á juzgar por un pasaje de Ibn-Hayyan (f. 84) se encontraba más hácia el N. y en las cercanías de Priego.

CASTRA VINARIA, CAZARABONELA.

Ya hemos visto que Ibn-Hayyan nombra á Casarbanaira, considerándola situada

(4) Véase Florez, Esp. Sagr. t. XII, p. 19, y Sanchez Soriano.

entre Coin y el Guadaljorce. Es preciso pronunciar Casar-bonera. Hoy se llama esta antigua fortaleza *Cazarabonela*, la cual es á nuestro juicio la *Castra Vinaria* de Plinio. De *Castra* los árabes han hecho *Casar*, *castillo*. *Vinaria* parece haber degenerado al principio en *Vinera*, *Binaira*, pero más tarde los árabes pronunciaron este nombre de una manera conforme á la índole de su lengua, es decir, dándole la forma de su diminutivo *Bonaira*, *Bonera*.

Razi, (p. 60) la llama *Cazarbonera*, pero el nombre está alterado en los manuscritos. Uno de ellos dice *Bovera* (léase *Bonera*) y otra *Babera*.

BENAMEJÍ.

Este lugar, colocado en el camino real que conduce de Lucena á Antequera, tomó su nombre de una tribu berberisca muy conocida, la de Meghila. «El ejército, dice Ibn-Hayyan (fól. 83, r. v.) pasó el Genil y colocó el campamento entre los Meghila, fi-Almagalin en las fronteras del país de Omar Ibn-Hafsun.» En las antiguas crónicas españolas, en la de Alfonso XI, por ejemplo, se encuentra todavía la letra *l* al fin de este nombre (p. 469: *Benamexil*, es decir *Beni-Meghila*). En la crónica de D. Pedro (pag. 340) la *l* está

convertida en *r* (Benamexir.) Esta ciudad fué conquistada por San Fernando; pero su nombre ha sido alterado en el *Chronicom San Ferdinandi* (p. 331, acta Sanct) donde se lee Bennaexit, y en la Crónica general (fól, 412, col. 4), donde se encuentra Tenexir.

ELVIRA.

La provincia de Elvira ó Ilibira, porque así es como la pronunciaban los árabes (1) tomaba su nombre de la ciudad episcopal de Ilibéri ó Elibéris—tambien se encuentra Illiberi, Eliberi, Elberri, etc.,—(2) la cual ha llegado á ser célebre en la historia eclesiástica porque en ella tuvo lugar hácia el año 300, el primer concilio español. Estaba situada segun Ibn-al Jatib (man. G. fól. 5, r.) á dos parasangas y dos tercios de Granada, más el autor del *Marácid* (en el artículo *Granada*) gradua la distancia entre estas dos villas en cuatro parasangas. Ibn-Batuta (t. IV, p. 373) dijo: cerca de ocho millas (dos leguas.)

Marmol, (3) ha indicado ya con gran precision la situación de la antigua Ilibira que se encontraba al N. O. de Granada, al

(1) Véase el *Marácid* t. 1, p. 87.

(2) Esp. Sagr., t. IV, p. 254-256-259.

(3) Rebelion de los Moriscos fól. 3, col. 4; fól. 4, col. 2.

pié de la cadena de montañas, hoy todavía llamada sierra de Elvira, y, en las orillas del rio que lleva el nombre de Cubila ó Cubillas. (1) El pueblo de Pinos Puente que en el siglo XIV, llevaba entre los árabes el nombre de *Fanat Binosch*, Puente Pinos, (2) célebre en las últimas guerras de Castellanos y Granadinos, era un barrio de la ciudad. En tiempo de Marmol, es decir, en el siglo XVI, se veian allí todavía las ruinas de la antigua Eliberis y se encontraban entónces en ella un gran número de medallas romanas. En el siglo IX, se daba el nombre de Elibéris ó Ilibira tanto á la provincia como á su cabeza de partido, segun lo acredita el siguiente pasage de Eulogio de Córdoba. (Memoriale Sanctorum. L. II, c. 13): «Quum adhuc præfatos martyres ergastula haberent, ecce ali duo supervenerunt eadem quam cæteri professionem tenentes, eodemque voto hostem fidei expugnantes. Quorum unus Eliberi progenitus, ex vico qui dicitur Parapanda, monachus et eunuchus, iam senex propectæ que ætatis nomine Rogellius advenit. Alter, Servio Deo vocatus, spado, adhuc juvenis, ante paucos annos ab-Oriente par-

(1) Véase la nota E. al fin del tomo.

(2) Ibn-al-Jatib man G. fól. 13 r.

tibus ultra maria in *prædictam urbem* habitaturus peregrinus accessit» Como el lugarejo de Parapanda está situado al N. O. de Elibéris, cerca de Illora, (1) claro es que para Eulogio, Elibéris es á la vez una provincia y una ciudad. El autor del *Marácid* dice lo mismo y en Edrisi se encuentra lo siguiente (t. II, p. 52): «La principal ciudad de este país era (antes) Ilbira, cuyos habitantes emigraron y se trasportaron á Granada.» Comparad tambien con Maccari (t. I, p. 95): «Antes de Granada, Ilbira era la capital (Medina) de la provincia.»

«Sin embargo, esta capital llevaba aún otro nombre el de *Castalla* (2). *Castella* ó *Castyla*, Castela. En un pasage de Râzi que cita Ibn-al Jatib (man G. fól. 6, v.) se lee: «Entre las ciudades de importancia de esta provincia se encuentra la de *Castella* (3) que es la capital y la fortaleza más importante (de la provincia) de Ilbira. El autor del *Marácid* (en el artículo Ilbira) dice que las principales ciudades de esta provincia son *Castylya* y Granada. En Ibn-Hayyan (fól. 41,

(1) Véase Florez, Esp. Sagr., t. XII, p. 217.

(2) Estas vocales están indicadas en el *Marácid* t. II, p. 441.

(3) La antigua traduccion española de Razi dice *Cazalla* ó *Gazela*.

v.) se encuentra: «Los habitantes de *Castella* que es la cabeza de partido de Ilbira» y además (fól. 76, v.) «El emir Abdalláh marchó hácia *Castella*, capital de Ilbira.» Por último Ibn-al-Jatib (fól. 5, r.) dice tambien: «Antiguamente se la llamaba *Castella*.»

Preguntáse si Elibéris y *Castella* eran la misma ciudad. Nosotros creemos que, poco más ó ménos, así era. Ibn-al-Jatib (man. G. fól. 7 r.) atestigua que cuando los musulmanes tomaron á Elibéris armaron á los judíos que allí se encontraban (sabido es que los judíos oprimidos por los visigodos hicieron en todas partes causa comun con los musulmanes) y los instalaron en la ciudadela con una division musulmana. De esta ciudadela proviene, á nuestro juicio el nombre de *Castella*. Se la llamaba *Castellum*, en el ablativo *Castello*, y los árabes convirtieron esta palabra en *Castella* cambiando la *o* en *a*, segun su costumbre. Elibéris parece haber sido arruinada por los conquistadores hasta tal punto que en los primeros tiempos de la dominacion musulmana ya no se nombra á esta ciudad, ya no se hablaba más que del *Castillo* (de la ciudadela); pero era natural que más tarde se reconstruyesen las casas de Elibéris ó se edificasen otras nuevas á una corta distancia de la antigua y que entónces

se diese á esta ciudad, mitad antigua y mitad moderna, el nombre que en otro tiempo habia tenido.

Ilbíra tuvo mucho que sufrir por la guerra civil que estalló despues de la caída de los Amirides y hácia el año 1,010 sus habitantes emigraron y se trasladaron á Granada (1), de modo que en el siglo XIV Ilbíra era solo un villorro. El sultan de Granada, Mohamed V, la dió en féudo, en el año 1364 á Ibn-Jaldum, autor de la célebre *Historia Universal*. (2) «Habiendo sido abandonada Ilbíra por sus habitantes, dice Mármol, solo quedaron en ella la ciudadela y algunos barrios á orillas del rio. Los reyes moros tenian allí un lugarteniente ó gobernador, que era siempre una persona de consideracion y á veces de la familia real. Cuando me hallaba en Granada en el año 1571 un moro me enseñó dos diplomas por los que dos antepasados suyos habian sido investidos de este gobierno. La ciudadela subsistió largo tiempo y fué destruida durante una expedicion que los reyes Católicos (3) hicieron á la Vega; pero

(1) Ibn-Hayyan, *apud*. Ibn-al-Jatib, man. G. f6l. 5 v.; Maccari t. I, p. 65.

(2) Aubiografía de Ibn-Jaldum en el *Journ. Asiát.* 4.^a série, t. III, p. 58.

(3) Sabido es que los españoles dan este nombre á Fernando é Isabel.

aún hoy se ven cerca del rio dos barrios que se llaman Pinos de la Puente.»

Resulta de lo que precede que Pedraza, Florez y otros sábios se han engañado al creer que Elibéris era Granada, error en que tambien han incurrido muchos escritores árabes que vivian despues de la época en que Elvira fué abandonada por sus habitantes, y dichos escritores cuando encontraban en sus documentos el término *Medinat-Ilbíra* ó *Hadhara Ilbíra*, la *capital de Ilbíra*, creian que se trataba de Granada, pues en su tiempo esta ciudad era realmente la capital de la provincia.

GRANADA.

Los geógrafos árabes, tales como Rázi, autor del *Marácid* y Cazwini (t. II, p. 367) convienen en decir que Granada es una ciudad muy antigua y aún quizás la más antigua de todas las de la provincia. Decididamente las noticias que los autores griegos nos han dejado acerca de España, son tan incompletas que es imposible decir cuál era el nombre de Granada bajo la dominacion romana. Todo lo que sabemos es que bajo los visigodos, Granada ó uno de sus barrios llevaba el nombre de Nativola, como lo acredita

una inscripcion latina de que á continuacion nos ocuparemos.

Segun Rázi, Granada se llamaba bajo la dominacion árabe, la ciudad de los judíos; aunque estos solo ocupaban una parte de ella, y habia tambien un barrio cristiano con iglesias, tres de las cuales habian sido fundadas por un tal Gudila, como resulta de una inscripcion grabada en mármol blanco, que se encontró en los cimientos de Sta. María de la Alhambra, en cuya fachada meridional ha sido colocada. Aunque muchas veces ha sido impresa, creemos sin embargo deber reproducirla, pues hemos de tratar de esplicarla y puede ser que el lector no tenga á la mano los obras donde se encuentra. He aquí pues el texto de que se trata:

IN. NOIE. DNI. NSI. IHV. XRI. CONSACRATA.
EST. ECCLESIA. SCI. STEFANI. PRIMI. MARTYRIS.
IN. LOCVM. NATIVOLA. A. SCO. PAVLO. ACCITANO. PONFC.
. AN DNI. NSI. VVITTIRICI. REGS.
ER. DCXLV. ITEM. CONSACRATA. EST. ECCLESIA.
SCI. IOHANI. MARTYRIS. TE
.
ITEM. CONSACRATA. EST. ECCLESIA. SCI. VINCENTII.
MARTYRIS. VALENTINI. A. SCO. LILLIOLO. ACCITANO.
PONFC.
XI. KAL. FEBR. AN . . . GL. DNI. RECCAREDI. REGS. ER.
DC XXXII.

HEC. SCA. TRIA. TABERNACVLA. IN. GLORIAM. TRINIT. . .
. . . HOPERANTE. SCIS. EDIFICATA. SUNT. AB. INL.
GUDILA . . .
. . . VM. OPERARIOS. VERNOLOS. ET. SVMPTV. PROPRIO.

En la última línea debe sin duda leerse *cum* operarios. La construcción de la preposición *cum* con el acusativo en vez del ablativo no es de admirar en un documento de esta época, y en esta misma inscripción se encuentra: *consacrata est ecclesia in locum*, en lugar de *in loco*.

Resulta de esta inscripción que el ilustre Gudila, hizo construir por sus siervos y á espensas suyas tres iglesias; concluida una en 594 bajo el reinado de Recaredo, y otra en 607 bajo el de Witiza.

Creemos encontrar á este Gudila, que debe haber sido un señor godo tan rico como piadoso, en un pasaje de Ibn-al-Jatib, donde leemos: «Los cristianos (de Granada) poseian una célebre iglesia á dos tiros de ballesta de la ciudad, frente á la puerta de Elvira. Habia sido construida por un gran señor de su religion á quien cierto príncipe habia puesto á la cabeza de un numeroso ejército de Rum y era única por la belleza de su construcción y ornamento. El término Rum, que los árabes solo emplean al tratar de españoles independientes, indi-

ca que Ibn-al-Jatib se refiere á una época anterior á la conquista musulmana y creemos reconocer en el señor mencionado al Gudila de la inscripcion latina, el cual quizá mandó una espedicion contra los imperiales que, en la época de que se trata, aun poseian una gran parte del Mediodia de España. Por lo demás Ibn-al-Jatib no dice el nombre de la iglesia situada fuera de la puerta de Elvira, ignorando nosotros si era la de San Estéban, la de San Juan ó la de San Vicente.

En el siglo IX habia ya pocos árabes en la ciudad, pero si en las fortalezas que componian la Alhambra, entre las cuales se encontraba una que hoy lleva el nombre de Alcazaba (el castillo). En la actualidad hay tres torres arruinadas unidas entre sí por un lienzo de muralla (1), una de las que sirve todavia de prision. Antiguamente esta fortaleza se llamaba Hisn-ar-rommán, *el castillo de los granados*, como puede verse en Mármol, y de ella ha provenido el nombre de Granada, que ha sido objeto de una multitud de etimologias, á cual más singulares. Nada mas frecuente entre los árabes

(1) Jimenez Serrano, *Manual del artista y del viajero en Granada*, p. 131.

que tomar los nombres propios de los árboles frutales. Cerca de la misma Granada habia un Hisn-al-lauz (1) (hoy Iznalloz) es decir, un *castillo de los almendros*, y cerca de Wásit en Asia tambien habia un casr-arrommán, *castillo de los granados*, (2). Los mismos árabes que decian Garnáta en vez de Granata, porque el concurso de dos consonantes les disonaba, conocian perfectamente el sentido de esta palabra. «Garnáta significa rommána (granada) en español» dicen Cazwíni (t. II p. 317) y Maccari (t. I, p. 93).

SOBRE EL ANTIGUO NOMBRE DEL DARRO

Como ya hemos indicado el Darro lleva entre los autores árabes el nombre de hadaro ó hadarro; pero en la antigua traduccion española de Râzi se lee lo siguiente (p. 39): «Granada está atravesada por un rio que lleva el nombre de Salom, el cual tiene su nacimiento en una montaña de la provincia de Elbira, llamada Dayna (*léase Raihân*). Este rio, en el que se recogen granos de finisimo oro, desemboca en otro, el Ge-

(1) Véase Maccari, t. II, p. 804.

(2) Yácout, *Mochtaric*, p. 209.

nil, que tiene su origen en las montañas de la nieve (Sierra Nevada). Nosotros al ménos creemos que debe leerse de esta manera y nó «un rio que llevaba (en otro tiempo) el nombre de Salom y que hoy se llama Guadalxénil,» como trae la antigua traduccion. Evidentemente Râzi no habla del Genil, habla del Darro, el cual tiene en realidad su nacimiento en la Sierra de Elvira y es aurífero. Tambien se lee en el *Râzi* de Mármol: «en medio de Granada corre el rio de Salom que nace en la montaña de los mirtos y en cuya arena se encuentran granos de oro fino. Con él se reúne un rio más considerable que se llama Singilo (el Genil) el cual viene de las montañas de la nieve.»

Cazwini (t. II p. 367) escribió *Cáalom*, *Calom* ó *Colom*. «Granada, dijo, está atravesada por el Calom y este rio goza de un gran renombre, porque en sus arenas se recogen (1) granos de oro puro.» Los manuscritos del *Marâcid* (en el artículo *Granada*) dice *Calsom*, pero está fuera de duda que la segunda sílaba es *lom*. En cuanto á la primera nos parece ser *Ca*, habiéndose engañado, á

(1) En la edicion del Sr. Wüstenfeld debe leerse *yolcasto* en vez de *yolfatho*. La misma falta se encuentra en la edicion del *Marâcid*.

nuestro juicio, los copistas de la traduccion del *Râzi* al leer esta palabra con una *c* cedi-lla, de la cual ha venido la *s*.

Por lo demás el artículo del *Marâcid* sobre Granada, que acabamos de citar está lleno de contrasentidos, sea por falta del autor ó de los copistas.

MARACENA.*

Maracena, en árabe Marasénat, se encuentra citado, como veremos más adelante, en el relato de la expedicion de Alfonso el Batallador. Este lugar está situado cerca de Albolote, y pertenece hoy al partido judicial de Granada. Es preciso tambien leer Marasénat en vez de Carbasénat, como se encuentra en el manuscrito del Escorial, en el artículo de Ibn-al-Jatib sobre Sauár, donde se lee que el cuarto abuelo de este jefe «se estableció en la villa de Maracena, la cual está en el distrito de Albalat (Albolote) y pertenece al territorio de Granada.

ALHENDIN.

Este lugar que se encuentra al Sur de Granada, cerca del Dilar, tomó su nombre de una tribu árabe que se estableció en él; la de Hamdán ó Hendin como se pronuncia-

ba en España, (véase Maccari t. I, p. 167) Ibn-Sáhibi-s-salat (man. de Ofordx, fól. 29, r.) habla también de corya Alhendin, cerca del Dollar, como indica el manuscrito.

EL SENED DE GUADIX Y EL SENED DE SEVILLA.

La palabra árabe Sened designa: *el declive de uno de los flancos de una cadena de Montañas* como en esta frase de Arib (t. II, p. 192): «Cortó los árboles frutales que se hallaban todavía sobre la pendiente de la montaña de Bobastro,» y con frecuencia se daba este nombre á distritos situados sobre una vertiente. Así la setentrional de la Sierra Nevada, al Sud de Guadix, se llamaba el Sened de Guadix. Maccari (t. I, p. 95) habla de este distrito y también se menciona en la relación de los *Fechos de D. Miguel Lúcas* (publicada en el *Memorial* histórico t. VIII) donde se encuentra (p. 83): «Cavalgando toda la noche, llegó, más allá de las dos grandes ciudades que se llaman Baza y Guadix, á ciertos lugares que se encuentran al pie de una sima llamada el Cenét.» En su artículo sobre Ahmed Ibn-Abdalaziz, el Caisita, Ibn-al-Jatib dijo (man B.) que este personaje era originario «de Aryanteira en el Sened de

Guadix.» En este Aryanteira creemos reconocer la ciudad que lleva hoy el nombre de Lanteyra y que, como pronto veremos, se encontraba realmente en el Sened.

Este distrito, conquistado por los Castellanos llegó á ser á ser un marquesado y Marmol (*Rebellion* fól. 93, r. y. u.) habla de él en estos términos:

«Por el nombre de Marquesado del Zennete se entiende la vertiente septentrional de la Sierra Nevada. Al Mediodía confina con los Taás (distritos) de Uxixar y de Andarax, que se encuentran en las Alpujarras, y por las demás partes confina con el distrito de Guadix. Contiene nueve lugares, á saber: Dolar, Ferreyra, Guenijar (léase Gueneja, como se encuentra en la *Historia de D. Juan de Austria* por Vander Hammen y Leon, Madrid, 1627, fól. 36, r.; hoy se escribe Huéneja) al Deyre (la *Relacion de los fechos de don Miguel Lúcas, loco laud*, nombró este lugar entre los del Sened, pero en vez de *Aldeysa* debe leerse *Aldeyra*, lugar que todavía existe,) Lanteyra, Xeriz, Alcázar, Alguif y la Calahorra.»

Á juzgar por las contradicciones en que han incurrido muchos sábios españoles cuando han encontrado esta denominación en los autores árabes (pues uno de entre

ellos ha creído que era una villa y la llama, Sinda ó Serida: á otro se le ha figurado reconocer en ella la villa de Zujar y un tercero por último ha traducido *as-Sened* por una montaña) á juzgar por estos errores, creeríamos que el nombre de Sened está hoy completamente desconocido en Andalucía. Sin embargo, no es así, aún se habla en nuestros días del marquesado del Zenete (1).

Habia todavía otro Sened, el de Sevilla, que Ibn-Hayyan (fól. 43, r.) coloca á 15 millas (cerca de 4 leguas) de distancia de esta ciudad. Se encontraba, según todas las apariencias, entre Sevilla y Niebla.

SOBRE LA EXPEDICION
DE
ALFONSO EL BATALLADOR
CONTRA
ANDALUCIA.

Hacia fines del siglo XI, cuando Andalucía trocó sus príncipes indígenas por un monarca africano que, habiendo venido en calidad de aliado, acabó por imponerse como dueño, se operó en este país una brusca y violenta revolución: la civilización cedió su puesto á la barbarie, la inteligencia á la superstición, la tolerancia al fanatismo. El país gemía bajo el régimen abrumador del clero y de la soldadesca y en vez de las sábias y espirituales discusiones de las academias, de los profundos discursos de los filósofos y los armoniosos cantares de los poetas, solo se oía la voz monótona de los sacerdotes y el

(1) Véase Madoz, *Diccionario geográfico*, t. IV, p. 308.

ruido de los sables arrastrándose por el pavimento.

Pero si la situación de los andaluces musulmanes era deplorable en esta época, éralo mucho más la de los andaluces cristianos, hacía quienes los Marabutos africanos no guardaban ninguna consideración. La tolerancia usada hasta entonces con los cristianos les parecía impía y criminal. Las iglesias eran á sus ojos el oprobio de la península é insistieron con el monarca acerca de la necesidad de destruirlas, y siendo este casi tan santurrón como ellos, accedió fácilmente á sus deseos. Qué hicieron entonces? Imposible es decirlo; los musulmanes guardan silencio acerca de este asunto y entre los cristianos andaluces no había escritores; pero no es de presumir que los faquíes se detuviesen en la mitad del camino, pues su odio contra los cristianos era demasiado grande, para que no los vejasen y persiguiesen por cuantos medios tuvieron á mano.

Los cristianos devoraron en silencio sus sufrimientos durante largos años, hasta que por último en 1125, colmada la medida, suplicaron al rey de Aragon, Alfonso el Batallador, que llenaba entonces á España con la fama de su nombre, que viniese á libertarlos del insoportable yugo que sobre ellos pesaba.

Alfonso respondió á su llamamiento y marchó hácia Andalucía.

La expedición de Alfonso, que fué por decirlo así la revancha de la que hizo Almanzor, más de un siglo ántes, contra Santiago de Compostela, ha sido referida por dos cronistas cristianos, Orderico Vital (1) y el autor de una antigua crónica aragonesa, hoy perdida, pero de que Zurita ha hecho uso. (2) Es preciso completar sus relatos valiéndonos de los de dos historiadores árabes, Ibn-al-Jatib y el anónimo autor de la obra que lleva el título de *al-Holal-al-Mauchîa*. Conde ha traducido este relato y aunque su traducción no está exenta de defectos, es, sin embargo, mucho mejor de lo que son ordinariamente sus traducciones. Desdichadamente todos los nombres de lugares están desfigurados, hasta tal punto, que es imposible reconocerlos, y no nos sorprende que un sábio alemán haya expresado su deseo de ver tratada esta expedición en una memoria especial, donde se determine la posición de las localidades. Procurando satisfacer este deseo, daremos aquí una traducción del relato de Ibn-

(1) *Hist. Ecles. L. XIII, apud. Duchesne, Hist. Norm. Script* y en la *Esp. Sagr. t. X, p. 607-608.*

(2) *Anales de Aragon, t. I, f. 47 v.*

al Jatib y del autor del Hoyal, que hemos refundido en uno solo, cosa no difícil, porque ambos han seguido á un tercer autor, á saber: Ibn-as-Sairafi de Granada, que escribió, hácia mediados del siglo XII, una historia de los Almoravides. El relato que vá á leerse es, hablando con propiedad, el de un historiador contemporáneo.

«Breve y sucinta relacion de lo ocurrido en esta provincia entre los musulmanes y sus aliados cristianos.»

«El autor dice: Cuando el Islamismo hubo echado raices en esta noble provincia y el emir Abu-'l-Jattár hubo señalado en ella morada á las tribus árabes de la Siria, dándole la tercera parte de los productos de las tierras de los aliados (1), estas tribus se establecieron en medio de los cristianos que cultivaban las tierras y habitaban los pueblos, bajo gefes de su religion. Estos gefes eran hombres experimentados, inteligentes, afables y que sabian lo que cada uno de sus correligionarios tenia que pagar por su capitacion. El último que se llamaba Ibn-al-Callás era muy renombrado y gozaba de una gran consideracion con los gobernadores de las provincias.

(1) Es decir, de los cristianos.

«Estos cristianos tenian una célebre iglesia á dos tiros de ballesta de la ciudad, frente á la puerta de Elvira. Habia sido construida por un gran señor de su religion que un cierto príncipe habia colocado al frente de un numeroso ejército de rum y era única por la belleza de su construccion y sus ornamentos; pero el emir Yusuf ibn-Techu fin cediendo al ardiente deseo de los faquies que habian dado un *fetfa* en este sentido, mandó destruirla. Ibn-as-Sairafi dice sobre este asunto:—Los Granadinos fueron á destruirla el lunes día del Djomádá, II del año 492 (23 Mayo 1099). Fué demolida hasta sus cimientos y cada uno llevó algo de sus restos y de los objetos destinados al culto.—Aun se conoce en nuestros dias el sitio donde se encontraba este templo, y su muralla que todavia subsiste manifiesta que fué muy sólida. Una parte del terreno que ocupaba es hoy el conocido cementerio de Sahl ibn-Málic. (1).

«Bajo el reinado de los Almoravides cuando las armas del rey Ibn-Rademiro, enemigo de Dios, estaban todavia victorio-

(1) Sahl ibn-Malic era un célebre predicador que murió en 1241. Aun se sabe en Granada que la plaza del Triunfo ha sido un cementerio musulman. Véase á Jimenez Serrano, *Manual del artista y del viagero en Granada*, p. 286.

sas (pues el eterno, como se sabe, aniquiló más tarde su poder en la batalla de Fraga) (1) los aliados cristianos de esta provincia concibieron la esperanza de saciar su odio y erigirse en dueños del país; dirigieron pues, á Ibn-Rademiro, le enviaron carta sobre carta y mensajero tras mensajero para suplicarle que se aprestase al combate y que viniese á Granada. Luego viéndole vacilar, le presentaron una lista con el nombre de doce mil de sus mejores guerreros y en la cual no habia inscripto ningun viejo, ni celibatario. Le informaron tambien que, además de las personas que habian nombrado y que ellos conocian por ser de su misma vecindad, habia otras muchas que ellos no habian podido descubrir porque vivian á una gran distancia, pero que se presentarian en cuanto el rey se dejase ver. De esta manera le inspiraron el deseo de intentar la empresa, y trataron tambien de escitar su codicia, describiéndole todas las escelencias de Granada, que hacian de esta ciudad el más bello país del mundo. Le hablaron de su gran Vega, de sus producciones, de sus higos, de su cebada, de su lino, de su abundancia en sedas, viñas y olivos, en frutos de

(1) La batalla de Fraga se dió en 1134.

todas clases, en fuentes y en rios, de su fortificado castillo, del buen carácter de sus labradores, de la finura de sus ciudadanos, de la belleza de sus nobles y de sus mugeres; agregaron que esta ciudad de bendicion, una vez conquistada, sería para él base de nuevas conquistas, y que, como se lee en las historias de la provincia, esta ciudad habia sido siempre llamada por los reyes la perla, (la mejor parte) de España. En resumen, se dieron tan buenas trazas, que consiguieron su objeto. El rey reunió tropas escogidas y se puso en marcha acompañados de cuatro mil caballeros aragoneses (1) seguidos á su vez por sus gentes de armas que habian jurado todos sobre el evangelio no abandonarse. El rey partió para Zaragoza á principios de Chabán del año 519, (principios de Setiembre de 1125), ocultando su designio. Pasó cerca de Valencia donde habia una division almoravid mandada por el jeque Abu-Mohammed, ibn-Bedr Ibn-Warcá, y mientras atacaba esta ciudad, un gran número de cristianos vinieron hácia él, ofreciéndose bien para engrosar su ejér-

(4) La crónica de que Zurita se ha servido, nombra entre estos guerreros: Gaston, vizconde de Bearn, Pedro, obispo de Zaragoza y Estéban, obispo de Huesca.

cito, bien para servirle de guías, bien, en fin, con objeto de indicarle lo que debería hacer en perjuicio de los musulmanes para salir airoso con su empresa. En seguida llegó cerca de Alcira á la que atacó durante muchos días consecutivos, pero perdió mucha gente y no consiguió ventaja alguna. De allí se dirigió hácia Denia, que atacó en la noche en que se celebra la fiesta del quebranto del ayuno, (31 de Octubre), y recorrió todo el Este de jornada en jornada y de etapa en etapa, haciendo razias en cada distrito que encontraba á su paso. Habiendo atravesado el desfiladero de Játiva, llegó á Murcia, luego á Vera (4), luego á Almanzora (1) en seguida subió hácia Puchena y permaneció ocho días á orillas del río Tíjola (2). De allí se dirigió á Baza y viendo que esta ciudad estaba situada en una llanura y que la mayor parte de sus barrios no tenían murallas, quiso apoderarse de ella, pero Dios no lo ayudó. El viernes á principios de Dhu-'l-Cada (4 de Diciembre) se dirigió á Guadix

(1) No lejos del mar.

(2) Aquí no se trata del río, sino del lugar que lleva este nombre. Si el autor hubiese querido hablar del río, hubiese dicho Wádí-Almanzora, como escribe Ibn-al-Jatib, fol. 129 r.

(7) Tíjola se encuentra entre Puchena y Leron. El río de que se trata tiene otro nombre en la actualidad.

y atacó esta ciudad por la parte de los cementerios hasta el Lunes (7 de Diciembre) El Mártes (8 de Diciembre) partió hácia Sened (1) donde preparó emboscadas. El Miércoles (9 de Diciembre) abandonó el Sened, se estableció en el lugarejo de Ghayena (hoy Graena) y atacó la ciudad (de Guadix) por el lado del Oeste. Luego, acampando en el lugarejo llamado Alcázar (2), atacó de nuevo la ciudad pero sin conseguir ventaja alguna. Permaneció cerca de un mes en los alrededores de Guadix.

«El autor del libro titulado *al-anwâr al-djalâ* se expresa en estos términos: «Durante estos sucesos se había descubierto el complot formado por los cristianos aliados de Granada, descubriéndose que habían llamado al rey. El gobernador de España, Abu-'t-Tâhir Temím ibn-Yusuf, que residía en Granada, quiso reducirlos á prision, pero se vió obligado á renunciar á su deseo. Los cristia-

(1) Véase sobre este distrito que comprendía las montañas septentrionales de la Sierra Nevada, lo que hemos dicho anteriormente, p. 430.

(2) Mármol nombra este lugar entre los del Sened de Guadix. Según la crónica de Zurita, Alfonso celebró la fiesta de la Natividad de Nuestro Señor en Alcaraz, al pié de una montaña; pero nuestro texto demuestra que en vez de Alcaráz, debe leerse Alcázar.

mos se aprovecharon de las circunstancias para deslizarse, siguiendo caminos diferentes, al campamento del rey, mientras que las tropas musulmanas acudían de todos los puntos á reunirse al gobernador, y el hermano de éste, jefe de los musulmanes, le enviaba de África un gran ejército. De este modo las tropas formaban un círculo alrededor de Granada.

«Ibn Rademiro, habiendo partido de Guadix, se estableció en el pueblo de Dedjma, hoy Diezma. El día de la fiesta del sacrificio (10 Du-'l-hiddja—7 Enero 1126), los granadinos armados de pies á cabeza rezaron la plegaria del miedo (1), y el día siguiente al medio día distinguieron las tiendas de los Rum en an-Nibal (2), al Este de la ciudad.

«Combatióse durante algún tiempo á dos parasangas de Granada: el populacho había ya abandonado la ciudad y los demás habitantes se apiñaban en las calles.

«En el momento de llegar cerca de Grana-

(1) Esta es la oración ordinaria aunque compendiada.

(2) Los manuscritos dicen an-Nil; pero creemos con el señor Lafuente Alcántara que se trata de Nibar, pueblo que se encuentra á una legua E de Granada. Ibn-al-Jatib habla de ella en otro lugar; (fól. 13 v.) donde el man. dice, *alnabil*, lo que puede fácilmente cambiarse en *alnabal*. La permutación de la *l* y de la *r* es frecuente.

da, Ibn Rademiro tenía bajo sus banderas 50,000 hombres. El día de la fiesta del sacrificio (7 de Enero) se había establecido á las orillas del Fardes; de allí se había dirigido á (1) y de allí al lugar de an-Nibal cerca de Granada, donde permaneció más de diez días; pero como llovía sin cesar y reinaba una espesa niebla, no pudo enviar tropas á los alrededores y tuvieron los aliados cristianos que abastecerle de víveres.

«Viendo que no conseguiría tomar la ciudad, levantó el campo el 25 Dhu-'l-hiddja del año 519, (22 Enero 1126), después de haber reprendido á los que le habían llamado y sobre todo á su jefe Ibn-al-Callás, quienes se escusaron diciendo que él mismo era la causa del mal resultado de la expedición, porque con sus tardanzas y frecuentes detenciones habían dado tiempo para que llegasen las tropas musulmanas, añadiendo que se lo habían sacrificado todo, pues no podían esperar perdón de los musulmanes. (2)

(1) Este nombre es dudoso. Nuestro man. del *Holal* dice: *Adharucat* ó puede ser *Almarucat*, y el de Gayangos *Almasarucat*.

(2) Según Orderico Vital, unos diez mil Mozárabes pidieron á Alfonso permiso para acompañarlo y establecerse en Aratón con sus familias. Esta petición fué concedida por el rey.

«De Maracena (1) el rey fué á Pinos. (2) Al día siguiente llegó á as-Sicca (3) en el distrito Cala Yahçob (Alcalá la Real) despues á Luque, despues á Baena, despues á Ecija, despues á Cabra, despues á Lucena, mientras que las tropas musulmanas marchaban sobre sus huellas. Habiéndose detenido algunos días en Cabra marchó de allí á Polei (4), seguido siempre por las tropas musulmanas, que de tiempo en tiempo lo atacaban con resultado. Por fin hicieron alto él y el emir Abu-'t-Tahir en Arnisol (5), cerca de Lucena. Los musulmanes atacaron al enemigo al salir la aurora y le arrebataron un gran número de tiendas. Ibn-Rademiro hacia el medio día, vistió su armadura y colocando á sus

(1) Cerca de Albuñete.

(2) Pinos Puente.

(3) Este lugar es desconocido para nosotros.

(4) Hoy Aguilar. En Polei se encontraba Alfonso muy cerca de Córdoba y según la crónica de Zurita, le puso sitio.

(5) La antigua crónica aragonesa de que se ha servido Zurita, llama á este lugar *Arinsol*; pero la manera con que los árabes escriben este nombre (*Arnisol*) demuestra que debe leerse *Arnisol* en vez de *Arinsol*. Ibn-al-warrán, como se verá más adelante, escribe *Arnisual*; es decir *Arnisuel* esto es solo una diferencia de dialecto; es sabido que en español se cambia con frecuencia la *o* en *ue* y la misma forma se encuentra en los *Anales Toledanos*, donde debe leerse *Arnisuel* en vez de *Aranzuel*. Hoy se dice *Anzul* y es un despoblado á tres leguas de Lucena.

hombres en batalla, formó cuatro divisiones con una bandera cada una. Entónces los cristianos atacaron á los musulmanes y como éstos en vez de estar alerta se habian dispersado ó retirado del campo (lo que era una gran falta), los designios de Dios se cumplieron y los musulmanes sufrieron una vergonzosa derrota. Llegada la noche su emir mandó que trasportasen su tienda, que estaba en un bajo, á una altura; pero despertando esta órden las sospechas, todo fué de mal en peor, y cada uno buscó su salvacion en la huida. El enemigo se aproximó al campamento y habiendo entrado en él en una hora muy avanzada de la noche lo saqueó. (1)

«Ibn-Rademiro marchó enseguida hácia la costa y atravesó el *iclim* (2) y las Alpujarras cuyos habitantes no esperaban seme-

(1) La batalla de Arnisol se dió el 9 de Marzo de 1126 como más adelante se verá por un pasage de otro autor árabe: Orderico Vital dice: *Remotas quoque regiones usque ad Cordubam peragravit, et in illis sex hebdomadibus cum exercitu degnit*. Al decir *seis semanas* este autor, parece haber querido hablar de la permanencia de Alfonso en las cercanías inmediatas á Córdoba, de su permanencia en la campiña, provincia de que dependian Córdoba, Baena, Ecija y Lucena, (véase á Edrisi, t. II, p. 14) y si tal ha sido su pensamiento, su cálculo es exacto.

(2) Si se consultan los mapas y se comparan con Edrisi (t. II p. 14) nos convenceremos facilmente que el *iclim* (sábase que esta palabra es derivada de *clima*) era la provincia que llevaba anteriormente el nombre de Regio.

jante cosa. Un jeque de esta parte del país asegura que cuando el rey pasó por los valles del río de Salobreña, (1) que estaba estrechamente cerrado entre rocas muy escarpadas, dijo en su lengua á uno de sus principales caballeros: «¡Qué sepulcro si alguno arrojase desde lo alto arena sobre nosotros!» Despues tomó á la derecha y llegado á Velez (2) cerca del mar, mandó construir allí un barquito é hizo coger pescado del que comió. ¿Era un voto que cumplia ó la hacía solo para que se hablase de esto en adelante? Lo ignoro. Luego, volviendo á tomar el camino de Granada, fué á acampar en el pueblo de Dilar, á tres parasangas al Sur de la ciudad. Dos dias despues se fué al pueblo de Hemden (Alhendin) (3) y miéntras se encontraba allí los musulmanes trabaron con el muchos sangrientos combates. Los granadinos tenían una prediccion acerca de los acontecimientos que debian cumplirse un dia en este lugar. Esta llanura, dice Ibnas-Sairafí, se encuentra indicada en los libros

(1) De Motril, dice el *Holal*, lo que viene á ser lo mismo. Este río lleva hoy el nombre de Guadalfeo y de río de Motril. Salobreña se encuentra al Oeste y Motril al Este de este río.

(2) Velez-Málaga.

(3) Véase lo que hemos dicho hablando de Alcudia.

de adivinacion por una letra que significa huérfanos y viudas y aquel dia parecia el indicado para qué tal prediccion se cumpliera; pero Dios protegió á los granadinos.

«Dos dias más tarde Ibn-Rademiro se trasladó á la Vega que llenó con sus tropas, pero habiéndole obligado á evacuarla la caballería musulmana se estableció cerca de la fuente de.... (1) rodeado de nuestras tropas. Siempre estaba apercebido para el combate y maniobraba con tanta prudencia que era imposible sorprenderle.

«Pasando por la Sierra Nevada llegó al principio á Alicun (2), luego llegó á Guadix; pero en el entretanto muchos de sus mejores soldados habian muerto. Continuando su marcha hácia el Este, pasó cerca de Murcia y de Játiva, siempre seguido y casi siempre atacado por las tropas musulmanas; además la peste se habia declarado en su ejército. Por último, se volvió á su patria, donde se alabó de haber derrotado á los musulmanes, de haber recorrido su país de un extremo al otro y de haber cogido un gran botin y hecho muchos prisioneros. Sin embargo,

(1) Este nombre es incierto. Respecto á las fuentes próximas á Granada puede consultarse á Marmol, *Rebellion de los Moriscos* libro I, c. 10.

(2) Alicun de Ortega, en el partido judicial de Guadix.

no habia tomado ninguna ciudad amurallada, grande ni pequeña: solamente habia destruido en los campos aquellas casas abandonadas por sus moradores á su aproximacion, mientras que su propio ejército habia sufrido, sin combatir, pérdidas considerables; casi todos sus guerreros habian perecido. (1) Yendo y viniendo habia pasado un año y tres meses en el territorio musulman.

«Cuando los musulmanes se apercibieron por lo que habia ocurrido, de la traicion de sus vecinos, los aliados, su irritacion fué tanta como su inquietud y mientras tomaban toda clase de precauciones el cadí Abu'l-Walíd ibn-Rochd (2) creyó hacer una obra meritoria encargandose de ir á África. Fué, pues, á Marruecos, donde expuso al emir Ali ibn-Yusuf ibn-Techufin el estado de España. Le contó las tribulaciones que habian pasado los musulmanes de este país á consecuencia del crimen de los cristianos aliados que llamando á los Rum, habian roto todo tratado y perdido el derecho de

(1) Orderico Vital confirma hasta cierto punto este aserto cuando dice: Arragones enim ut remeaverunt, totam regionem bonis omnibus spoliata inveniunt, nimiaque penuria et fame, antiquam proprios lares contigissent, vehementer aperiati sunt.

(2) El abuelo del célebre Averroes.

ser protegidos. Después dió un fetfa por el que, los culpables en el caso de aplicarseles la pena ménos grave, debian ser desterrados de su país. Su opinion fué adoptada y se publicó un edicto del emir en este sentido. En el mes de Ramadhán de este año (Setiembre-Octubre 1126) muchos cristianos fueron trasportados al África (1) y estos tuvieron que sufrir mucho durante el viaje á causa del mal tiempo y de los malos caminos (2). Muchos quedaron sin embargo en Granada y, gracias á la proteccion que ciertos príncipes les dispensaron, llegaron á ser muy numerosos; pero en el año 559 (1164) se dió una batalla en la que fueron esterminados casi todos. Hoy solo resta de ellos un escaso número desde largo tiempo acostumbrado al desprecio y la hu-

(1) El *Holal* añade que se estableció á los deportados en los alrededores de Salé y Miquenés.

(2) Compárese á Orderico Vital que se expresa en estos términos: Porro Cordubenses aliique Sarracenorum populi valde irati sunt, ut Muceravios cum familiis et rebus suis discesisno viderunt (cf supra p. 353, núm. 1). Quapropter communi decreto contra residuos insurrexerunt, rebus omnibus eos crudeliter spoliaverunt, verberibus et vinculis multisque iniuriis graviter vexaverunt. Multos eorum horrendos supplicis interemerunt et omnes alios in Africam ultra fretum Atlanticum relegaverunt, exilioque truci pro christianarum odio, quibus magna pars eorum comitata fuerat, condemnaverunt.

millacion. ¡Quiera Dios dar por fin el triunfo á sus servidores!»

Gracias á la bondad de nuestro amigo el erudito Sr. Amari podemos agregar á esta larga y curiosa relacion algunos pasages interesantes especialmente para la cronología y que se encuentran en el apéndice de las Conferencias de Ibn-Rochd recogidas por Ibn-al-Warrán, (1) uno de sus discípulos (2). En este apéndice, Ibn-al-Warrán explica la causa que obligó á Ibn-Rochd á interrumpir sus lecciones y véase lo que dice acerca de este asunto:

«El cadí Abu-'l-Walid comenzó á explicar el *Kitáb-at-tahcíl* á principios de Moharram, el año 518 (Febrero 1124); pero interrumpió sus lecciones en el mes de Ramadhan de 519 (Octubre 1125) á causa de la muy alarmante invasion que el rey Ibn-Rademiro

(1) Abu 'l-Hasan Mohammed ibn-abi-'l-Hosain ibn-Ibralhim ibn-Yahya, conocido bajo el nombre de Ibn-al-Warrán.

(2) Man. de la Bibl. imper. suppl. ar., núm. 398. M. de Renan ha hecho mencion de este manuscrito en su bello libro de Averroes (p. 10).

hizo entónces en el país musulman.

«Preocupado con la invasion del rey cristiano, no dió lecciones hasta que este, despues de haber combatido á los musulmanes en Arnisuel, cerca de Córdoba, el miércoles 13 Safar del año 520 (9 Márzo 1126), se retiró á su país. Entónces el cadí Abu-'l-Walid rogó al Todopoderoso que bendijera el viage que quería hacer á Mauritania, para ir á esplicar al emir de las musulmanes, al defensor de la fé, Ali ibn-Yusuf ibn-Techufin (¡qué Dios le depare un largo y glorioso reinado!) cual era el estado de las cosas en la Península, y cuando hubo hecho sus preparativos de partida á principios de Rebi 1.º de dicho año, y le pregunté en la mañana del lunes, tercer dia de este mes (29 Márzo) etc.

«Partió para Mauritania dos dias despues, el miércoles (31 de Marzo) por la mañana. Fué recibido por el emir de los musulmanes con muchos honores, y permaneció con él, rodeado de atenciones hasta que le hubo explicado, en un gran número de conferencias, los motivos que le habian obligado á trasladarse á la córte. El emir dió crédito á su narracion y prometió tomar las medidas que las circunstancias exigian. En seguida el cadí volvió á Córdoba en la ma-

ñana del miércoles 22 Djomádá 1.º del año antes citado (16 Junio) y refirió á los musulmanes que el emir lo habia colmado de atenciones y de benevolencia, de lo cuál todos se regocijaron.»

Ibn-al-Warrán agrega que el cadí á ruegos de sus discípulos, reanudó sus lecciones á principios de Djomádá II (hacia el fin de Junio); que las continuó hasta el sábado 23 Djomádá II (17 Julio) en que cayó enfermo y que murió en la noche del domingo 11 Dhu'l-cada del año 520 (28 de Noviembre de 1126).

FIN DEL TOMO PRIMERO.

NOTAS DEL TRADUCTOR.

NOTA A. (p. 36).

En un bien escrito y cuerdisimo apéndice que pone el doctor D. Teófilo Martinez Escobar á la crónica de Isidoro Pacense, publicada, como hemos dicho, en el tomo II, año de 1870, de la *Revista mensual de filosofia, literatura y ciencias de Sevilla*, combate, á nuestro juicio victoriosamente, como ya indicamos en el prólogo, las razones con que el Sr. Dozy niega la autenticidad de la crónica á que nos referimos, y despoja á su autor Isidoro de su titulo de obispo. «Es una cosa rara, dice el Sr. Escobar, que yendo unidos en los manuscritos el nombre de Isidoro y su titulo de obispo, se admita aquel sin escrúpulo y se rechace este sin mas prueba que una sospecha. Si hubiese manuscritos que llevasen solo el nombre, ya habria algun fundamento plausible, pero nó habiéndolos, ¿porqué no dudar tambien de él? «Por lo demás, añade más adelante el señor Martinez, suponer la posibilidad de que el autor del índice en lugar de escribir Hispalensis escribiera Pacencis, omitiendo la sílaba His y convirtiendo la l en c, dando por resultado estas alteraciones un titulo que no ha existido, y deducir

de esta pura posibilidad que tal obispo de Béja es invención del manuscrito, sin haber tenido existencia real, no es argüir con lógica, según creemos.»

«La simple lectura del repetido índice basta para comprender que, lejos de haber allí una invención de nombre ó título, se manifiesta la íntima convicción que tenía su autor de que habían existido dos Isidoros cronistas. En primer lugar porque cita á ámbos, atribuyéndole á cada uno distintas obras; en segundo, porque á Isidoro de Beja dá el epíteto de *Junior* para distinguirlo del otro.»

Si pues existieron dos Isidoros, como se prueba de lo espuesto y si también la afirmación de Vaseo, de haber visto el manuscrito con el nombre de Pacense, (sobre cuya afirmación pasa como sobre áscuas el crítico holandés), no ha sido seriamente desmentida, y además descansa en la común persuasión de autores, tanto españoles como extranjeros, ¿podrá pensarse que el manuscrito de Pelayo, archivado en Oviedo, tuviese tal influencia, que diese origen al error no solo de los españoles, sino de los extranjeros, y que el convencimiento de tantos autores pudiera destruirse por un puro pensar sin prueba ni argumento? Creemos que no, y que fuera cualquiera el lugar donde el Pacense escribiera su crónica, no está probado que esta fuese del Hispalensis, como pretende el señor Dozy, ni que pueda negarse su autenticidad; podrá haber alguna duda, alguna leve sospecha sobre ella, pero juzgando imparcialmente creemos poder afirmar, conforme á las muy cuerdas y atinadas observaciones del Sr. Escobar que «si bien no puede asegurarse completamente y *sin ningún género de duda* que Isidoro, obispo de Beja haya sido el autor de la crónica, que nos ocupa, tampoco los argumentos del Sr. Dozy desvirtúan *en nada* las pruebas que aduce el padre Flo-

rez y su juicioso modo de tratar la cuestión de la autenticidad de esta obra.»

En las páginas 442 á la 447 de la referida *Revista* hallarán nuestros lectores, más por extenso, las razones que aquí dejamos apuntadas.

NOTA B. (p. 399).

Dozy, apoyándose en la opinión de Ibn-Hayyan y de Arib, de que Calsana era la capital (Hadhara), de la provincia de Sidona, sostiene que Medina Sidonia era Calsana, nombre que se hallaba en uso en el siglo XII, según Edrisi, la traducción de M. Jaubert de un manuscrito de París y el autor del Marácid, si bien los dos primeros decían Galsana y Galschana y no Calsana.

Estos argumentos no nos parecen bastantes fundados, porque Medina Sidonia significa ciudad de Sidonia. La palabra medina, en su acepción ordinaria, significa, como el Sr. Dozy sabe mejor que nosotros, ciudad y no capital, pues el mismo Hayyan, á quien cita, llama á Calsana, Hadhara, (capital) y no medina, (ciudad). Edrisi y el manuscrito de París tampoco dicen Calsana, sino Galsana, lo cual no es lo mismo, mas aunque lo fuera y en el Maracid se encuentre el nombre de Calsana, no se deduce de aquí que esta fuera Medina-Sidonia. El Sr. Delgado, cuya autoridad en numismática es indisputable y reconocida, posee una serie de monedas, encontradas en la actual Medina Sidonia, que dicen Asido. Pero á mayor abundamiento nos dá una prueba enteramente convincente de que el erudito Florez y por ende los que sostienen su opinión, están equivocados al negar que Medina Sidonia sea la antigua Asido, nombre que parece naturalmente derivado de Sidon, antigua y primitiva metrópoli de la Fenicia. Su razonamiento no puede ser mas contundente.

te. Dice que la ciudad de Asido fué conquistada por los romanos que cambiaron su nombre por el de Cesariana y Cesarina. Esto lo acredita con el testimonio de Plinio, que es incontestable. Añade que los romanos al mudar oficialmente el nombre á las poblaciones antiguas, las llamaban de la manera adoptada nuevamente y no con el antiguo nombre, como á Córdoba, Patricia, y á Hispalis, Romúlea. Luego está fuera de duda que la Fenicia Asido tomó, en tiempo de los romanos, el nombre de Cesarina. Ahora bien, en la ciudad de Medina Sidonia se encontró en el año 1789 la inscripción siguiente:

FABIO. CN. F.

GAL. SENECAE. IIII. VIRI. MVNICIPES. CAESARINI.

donde la palabra Cesarini equivale á Asidonenses.

Creemos, pues, equivocados á los señores Florez, Masdeu, Cortés, que sostuvieron que Asido estaba situada donde hoy Jerez de la Frontera y á Gutierrez Bravo, Cean Bermudez y Heiss que la creían situada entre esta última ciudad y el puerto de Santa María, y aceptamos en un todo la opinion de Rodrigo Caro, el padre Ceballos en el magnífico manuscrito que para probar esta opinion escribió, impreso recientemente por la diputacion arqueológica de Sevilla bajo el titulo de Sidonia-Bética y la del Sr. Delgado, (véase su obra *Medallas autónomas*) segun las cuales, Médina Sidonia es la ciudad del Asido, sin que á esto pueda, á nuestro juicio oponerse, el reparo de que los árabes hubieran podido, llamarla Medina Cesarina de su nombre romano; pues si este era el nombre oficial, el pueblo se siguió llamando Sidona ó Asido por lo que los árabes no tuvieron más que agregarle Medina para formar el nombre que en la actualidad conserva.

NOTA C. (P. 400).

Fundado en la creencia de Florez, combatida ya en la anterior nota con la respetable del señor Delgado, á que deferimos por completo, y en el hecho de que Asido fué ciudad Cesarina, el señor Dozy sostiene la opinion verdaderamente extraordinaria de que Jerez es la antigua Asido, con la misma razon con que nosotros pudiéramos asegurar que era Archidona, por ejemplo. En efecto, de Cesaris-Sidona (Schascharisch Schadona) Dozy hace Cæris Sidona (Scharisch Schadona) luego le quita á esta frase el Schadona (Sidona) porque sí y dá por probado como dos y dos son cuatro que Schacharis Schadona, es Scherisch, Jerez. Con el respeto que nos merece el sábio orientalista, hemos de decir que nos parece aventurada en extremo la teoría que sostiene, y nos parece poco fundada; pues de que de Cesar Augusta se haga Ceraugusta, quitándole una sílaba, no se deduce que de Schacharis Schadona se haga Scherisch; cuando más se haría Scherischadona y aún si se quiere Scheredona, de la cual por el procedimiento del señor Dozy, podría hacerse Schardana, Scherdona y Schirdona y uniéndole el artículo al, alchadona ó archadona y archidona. Las monedas encontradas en Jerez dicen Ceret, Serit, palabra que los árabes transcribieron scherich comose ve en una moneda de plata de los Almohades. Dice el Sr. Delgado (en su obra *Monedas autónomas* págs. 28 á 34) que Seritium, Serit, era un oppidum romano, citado no solamente en muchos autores de la edad media, sino en el Cronicon antiguo, titulado *Indice rerum ab Aragonice regibus gestarum I*; que al tratar de la batalla de Guadalete dice que *acaeció inter Seritium et Asidonam urbem*, no faltando escritor de aquel tiempo

que tambien lo asegure; siendo indudable que entonces existia una ciudad importante situada en el territorio donde se dió esa batalla y siendo tambien verdad que Asido es Medina-Sidonia, como hemos visto en la nota anterior, aparece evidente que el Seritium ó Serit es la ciudad que los árabes llamaron Scherisch y nosotros Jerez, para lo cual no hay que apelar á los titánicos prodigios etimológicos á que recurre el ingenioso y eminente orientalista: esto se demuestra por las monedas árabes y antigüedades romanas que se han encontrado en Jerez; pues aunque es cierto que las antigüedades se han hallado en unas ruinas entre Jerez y Medina Sidonia, D. Adolfo de Castro, en la historia de Cádiz resuelve esta cuestion manifestando que esas ruinas que tienen el nombre de Seria pudieron ser muy bien una fortificacion avanzada de Jerez y llevar su nombre, caso no infrecuente, pues tambien una sierra cerca de Medina Sidonia lleva el nombre de Sierra de Jerez y es comun que los fuertes, montañas, etc., tomaran el nombre de la poblacion importante más inmediata.

POLEY. NOTA D. (404).

El señor Dozy fundado en que en la moderna Aguilar, llamada en otros tiempos Poley, se encuentran muchas antigüedades romanas, ha creido reconocer en este nombre (Boley) la Ilipula minor, citada por Plinio entre las villas del convento de Écija. Pero el señor Lafuente Alcántara, en un índice biográfico puesto como apéndice á la traduccion del Ajbár, publicada en Madrid en el año 1867, si bien conviene en que Aguilar y Poley son la misma poblacion, se opone, á que este sea una corrupcion de Illipula, apoyándose en que las inscripciones romanas encontradas en Aguilar ó en sus inmediaciones,

jamás ofrecen el nombre de Illipula y si el de Ipagram y en que los antiguos itinerarios demuestran que la moderna Aguilar corresponde próximamente al antiguo Ipagram. Esta misma afirmacion del señor Lafuente se encuentra robustecida por el digno académico de la historia señor D. Eduardo Saavedra, en su magnífico trabajo sobre itinerarios y vias romanas, con motivo de su recepcion pública en el año 1862, donde al mismo tiempo que se confirma que las ruinas de Ipagro se vén en las dehesas de los moriles, término de Aguilar de la Frontera, se indica que la Ilipla estuvo en los cerros y cortijos de Repla, término de los Corrales, donde nace el arroyo de los Hachuelos; opinion á que asiénte por completo el eminente numismático señor D. Antonio Delgado, que considera este Ilipla á que se refiere el señor Saavedra, la misma que Plinio llama Ilipula minor, dentro del convento Astijitano.

NOTA E. (418).

El referido Sr. Delgado en su obra sobre monedas autónomas españolas, sostiene que Illiberi y Elvira son ciudades distintas y que esta y no aquella fué la que se llamó ántes Castela, como lo acreditan los mismos historiadores árabes Ibn-al Jatib, el autor del Marácid é Ibn-Hayyan citados por el sabio orientalista que dicen que Castela era la capital del distrito de Elvira; y como Illiberri habia desaparecido en esta época es claro que no podia ser Castella, tanto más cuanto que esta poblacion é Illiberri concertaron *omonia* para la acuñacion de sus monedas de cobre, lo cual pone fuera de duda el que eran ciudades distintas.

Respecto á la cuestion de si Illiberri ocupaba el mismo sitio que la actual Granada, que tanto ha preocupa-

do á los eruditos, el Sr. Delgado se decide en favor de la opinion sustentada por Pedraza, Florez y en nuestros dias, Castro y Orozco y Fernandez Guerra, contra la sostenida por los escritores del siglo XVI Mármol y Navagerio y los hermanos La Fuente Alcántara y varios orientalistas que se han ocupado de la historia de Granada y su topografía. Funda especialmente su opinión el sábio numismático en el hecho de haberse encontrado en distintas partes y diferentes tiempos en el barrio de Granada, llamado el Albaicin, vestigios de antigüedades romanas, fragmentos de lápidas, columnas, pedestales con inscripciones latinas del mismo tiempo y entre ellas varias de las que se encontraban en las curias de las municipalidades, dedicado por el municipio florentino illiberitano á emperadores, emperatrices y otros personajes de posición elevada; prueba evidente á su juicio de que iliberri estuvo en el lugar que hoy ocupa parte de Granada, pues no es fácil explicar de otra manera el encontrarse allí los monumentos citados, siendo ridiculo el suponer que fuesen trasladados á Granada por los moros; pues para curiosidad y estudio es evidente que no podian servirle y mucho menos para materiales de construccion, pues mejores y más cercanos podian proporcionarselos, sin necesidad de los excesivos gastos á que daria lugar su conduccion.

Con no escasa copia de datos y muy por estenso, dilucida el Sr. Delgado este punto en su citada obra páginas 82 a 89, tomo II, y allí remitimos á los aficionados á estas cuestiones que tanta curiosidad é interés inspiran á los eruditos.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS COMPRENDIDAS EN ESTE TOMO.

	<u>Páginas.</u>
Advertencia del autor.	V
Estracto del prólogo de la primera edicion. . .	VIII
Prólogo del traductor.	XVI
Estudios sobre la conquista de España por los árabes.	33
Cap. 1.º—Crónica de Isidoro de Beja.	35
Cap. 2.º—Crónicas latinas del N. de España. . .	52
Cap. 3.º—Tradiciones árabes.	61
Cap. 4.º—Relato del Abjar Machmua.	86
Cap. 5.º—Del conde Julian.	108
Cap. 6.º—Los hijos de Witiza.	115
Cap. 7.º—Textos relativos á la propiedad territorial despues de la conquista.	124
Indagaciones sobre la historia del reino de Asturias y Leon.	138
I. Historia de los reyes de España por Ibn-Jaldum. . .	145
II. Causa del engrandecimiento del reino Asturiano bajo el reinado de Alfonso I y del origen de los maragatos.	181
III. De las guerras que tuvo que sostener Alfonso II, contra los sultanes Hicham I y Hacam I. . .	194

IV. Mahmud de Mérida.	210
V. Toma de Leon en 846.	215
VI. Alfonso IV y Sancho.	217
VII. Alfonso IV y Ramiro II.	229
VIII. Matanza de los monges de Cardeña.	232
IX. Batalla de Simancas y de Alhandega.	238
X. Sobre la fecha de la muerte de Ramiro II.	256
XI. Toma de Zamora por Almanzor, batalla de la Rueda, Toma de Simancas, primer asedio de Leon.	261
XII. Toma de Leon por Almanzor.	271
XIII. Matrimonio de Almanzor con una hija de Ramiro II y con otra princesa del N. Abderaman Sanchuelo.	275
XIV. Sobre la batalla de Calatañazor.	286
Ensayo sobre la historia de los Todjibidas, los Beni-Hachim de Zaragoza y los Beni Somadih de Almeria.	298
Poema de Abu-ishác de Elvira contra los judios de Granada.	377
Observaciones geográficas acerca de algunas antiguas localidades de Andalucía.	392
Observaciones generales.	» »
Andalos.	396
Calsana, Medina Sidonia.	398
Asido, Jerez.	400
Wadi-Becca.	401
Ilipula minor, Poley, Aguilar.	403
Talyata.	404
Reiya.	408
Bobastro.	412
Castra-vinaria, Cazarabonela.	416
Benameji.	417
Elvira.	418

Granada.	425
Sobre el antiguo nombre del Darro.	427
Maracena.	429
Alhendin.	» »
El sened de Guadix y el sened de Sevilla.	430
Sobre la expedicion de Alfonso el batallador contra Andalucía.	433
Notas del traductor.	453

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-LITERARIA.

OBRAS PUBLICADAS

FLORES DE INVIERNO.—Cuentos, Leyendas y Costumbres populares, artículos por Federico de Castro, Ex-Rector y Catedrático de la Universidad de Sevilla.—Un tomo, 14 reales.

La primera parte de este precioso libro contiene los siguientes Cuentos: *El Enigma de Ahrimanes*.—*El Mendigo opulento*.—*La Codicia*, Cuento popular.—*El Anteojo del Príncipe*.—*El Anillo de la Condesa*.—*El príncipe Hermoso*.—*La Esclava Perfecta*.—*El Niño y el Rosal*.—*Las tres Damas imperiosas*.—y *El Talisman de las feas*. La segunda parte expone las Leyendas y Costumbres populares siguientes: *La Torre de las Arcas*. Tradición popular.—*La Maya*.—*Juegos populares cómicos*.—*La Flor del Agua*. Leyenda. La Tercera Parte contiene los siguientes Artículos: *Analogías*.—*El Vestido*.—*La Casa*. Fragmento.

EL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA, por J. D. Passavant, Director del Museo de Francfort, traducido del Aleman y anotado por Claudio Boutelou, Ex-Director y Catedrático de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla.—Un tomo, 14 rs.

El señor Passavant traza en este libro de la Arquitectura, Escultura y Pintura españolas hasta el año de 1852, sin olvidar las miniaturas, y en un orden cronológico riguroso, en vista de los monumentos que estudió en la visita que hizo á nuestro país en esa misma fecha. Por estas cualidades este libro es indispensable á toda persona culta que desee poseer alguna instrucción acerca de las Bellas Artes en nuestro país; pues en él se traza con claridad, inteligencia y copia de datos el hermoso cuadro de la marcha del arte pátrio, notando los caracteres propios que constituyen nuestra originalidad, y señalando la presencia en España, ya del arte del Norte, ya del Italiano. Realzan el mérito de este libro las notas que le ha puesto

el traductor, unas para aclarar ó rectificar el texto, otras para dar noticia de varios monumentos importantes que omite el autor, y todas tomadas de buena fuente, ó en vista de las obras que se citan. Completa el asunto un apéndice del traductor, en que se dá noticia del notabilísimo progreso en las Bellas Artes realizado en España desde el año 1852 hasta hoy, sin olvidar los nombres de los artistas que más se han distinguido durante este período.

FILOSOFÍA DE LA MUERTE.—Estudio hecho sobre manuscritos de D. Julian Sanz del Rio por Manuel Sales y Ferré.—Un tomo, 14 reales.

Este libro, precedido de una Introducción en que se expone el análisis de la conciencia, contiene dos partes, divididas ambas en secciones. Las secciones de la Primera Parte son: primera, *Estudio de la muerte en la conciencia*; segunda, *Estudio de la muerte en sí*; tercera, *De la supervivencia*; cuarta, *De la muerte de las partes en el hombre*. La Segunda parte titulada, *La Comunión de los vivos con los muertos*, indaga el fundamento de nuestro sentimiento de comunión con los muertos, y lo que hemos de hacer para que nuestra comunicación con los muertos, sea verdadera y bienhechora. Como se vé trata este libro todas las cuestiones comprendidas en el pavoroso problema de la muerte, y las resuelve á la luz de la Filosofía, señalando los límites eternos de nuestro conocimiento en lo que á la otra vida se refiere.

LA PINTURA EN EL SIGLO XIX, por Cláudio Boutelelou, Ex-Director y Catedrático de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla.—Un tomo, 14 rs.

Llamar la atención de todos, dice el autor de este libro, para que se fijen en los progresos alcanzados en nuestro siglo, á fin de que la pintura salte de nuevo con mayor vigor en una senda noble y distinguida, condicion esencial de la manifestación de la belleza, es el objeto que nos guía al escribir el presente libro. Después de consagrar algunas páginas á expresar nuestras ideas respecto al Arte en general y á la Pintura en particular, nos ocupamos en la primera sección en trazar la marcha de esta última desde el fin del siglo XVIII hasta la época presente, destinando las otras dos á tomar nota de los medios empleados en el siglo XIX, en bien de sus progresos, y á reseñar su estado actual en cada uno de los géneros que comprende, cuidando de indicar las tendencias que se descubren.

HISTORIA DE LOS MUSULMANES ESPAÑOLES HASTA LA CONQUISTA DE ANDALUCÍA POR LOS ALMORAVIDES (711-1110), por R. Dozy, traducida y anotada por Federico de Castro, Ex-Catedrático de Historia de España en la Universidad de Sevilla.—4 tomos, 64 rs.

Esta obra, que ahora se traduce al Castellano por primera vez, há tiempo que goza entre nosotros de grande y merecida celebridad. Fruto de un trabajo de veinte años, durante los que su autor ha consultado todos los manuscritos relativos á la historia de los árabes que se conservan en Europa, es de aquellas que están llamadas á formar época en este género de estudios; hoy es considerada justamente como la mejor, y lo será siempre como una de las clásicas en esta materia.

HISTORIA DE LA GEOGRAFÍA Y DE LOS DESCUBRIMIENTOS GEOGRÁFICOS, por Vivien de Saint-Martin, traducida y anotada por Manuel Sales y Ferré, Catedrático de Geografía—Histórica en la Universidad de Sevilla.—Con mapas intercalados en el texto, 2 tomos, 40 rs.

Este libro, que expone el curso y desarrollo del conocimiento geográfico desde los tiempos mas remotos hasta nuestros dias, sin omitir ninguna obra ni descubrimiento importantes, además de ser el único que se ha escrito de este asunto, tiene el mérito de instruir y deleitar á la vez, por su exposición ordenada y bella, por la proporción de sus dimensiones y por abarcar toda la materia. Publicado en Francia el año 1873, el traductor lo ha continuado hasta nuestros dias, narrando, entre otros, los importantísimos viajes de Nachtigal, de Cameron y de Stanley al interior de Africa; los de Warburton y de Forrest al interior de Australia; el de Payer y Weyprecht encima de Nueva Zembla, y el del inglés Nares á la region polar por el estrecho de Smith.

ESTUDIOS POLÍTICOS Y SOCIALES, por Herbert Spencer, traducidos del inglés por Cláudio Boutelelou.—Un tomo, 14 rs.

Este libro de Herbert Spencer, uno de los más grandes pensadores de nuestra época, es la introducción al vasto monumento filosófico que ha levantado para sintetizar el conjunto

de la ciencia filosófica fundada en las ideas modernas. El autor estudia la ley y Causa del Progreso; examina el estado actual de la legislación en todos los pueblos modernos; expone un organismo social conforme á los principios de la ciencia, y termina por un estudio de las Maneras y de las Modas, proponiendo los medios de corregirlas. Como en todos sus libros, aduce el autor en éste tal riqueza de hechos y de observaciones en comprobación de sus ideas, que proporcionan vasta instrucción al lector, á la vez que le dan la prueba de los principios que se sustentan.

LIBRO DE AGRICULTURA por el árabe Abu-Zacaría, seguido del Catecismo de Agricultura por Victor Van Den Broeck y de las Conferencias agrícolas sobre los Abonos químicos por M. Goorges Ville, dos tomos, 32 reales.

Este libro es una verdadera enciclopedia, que ofrece al agricultor español todos los conocimientos que necesita para la labranza. Por una parte, el Tratado de Abu-Zacaría le enseña lo que ha sido hasta aquí la agricultura patria; por otra, el Catecismo de Broeck y las Conferencias de Ville le presentan los últimos adelantos que ha hecho la agricultura á la luz de las ciencias naturales. Le precede, además, una introducción escrita por el Ingeniero Sr. Boutelou, en que se traza á grandes rasgos la historia de la agricultura española desde la dominación romana hasta nuestros días.

OBRAS QUE SE PUBLICARÁN Á CONTINUACION.

EL SOL, por el P. Sechi.

SOCIOLOGÍA, por Herbert Spencer.

COMPENDIO RAZONADO DE PREHISTORIA Y ORIGEN DE LA CIVILIZACIÓN, por Manuel Sales Ferré.

ESTUDIO JURÍDICO Y FILOSÓFICO SOBRE EL ARRENDAMIENTO, por Federico de Castro.

SEVILLA.—1878.

IMPRENTA DE D. RAFAEL TARASCÓ,

SIERPES 73.

INVESTIGACIONES
ACERCA DE LA
HISTORIA Y DE LA LITERATURA
DE
ESPAÑA

DURANTE LA EDAD MEDIA

POR

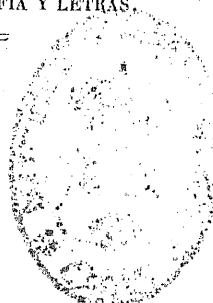
R. DOZY

traducidas de la segunda edición y anotadas por

D. ANTONIO MACHADO Y ALVAREZ,

DR. EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS.

TOMO II.



SEVILLA.

Administración de la Biblioteca
científica-literaria, Moro, 12,

MADRID.

Librería de D. Victoriano Sua-
rez, Jacometrezo, 72,



INVESTIGACIONES
ACERCA DE LA
HISTORIA Y DE LA LITERATURA
DE
ESPAÑA

DURANTE LA EDAD MEDIA

POR

R. DOZY

traducidas de la segunda edición y anotadas por

D. ANTONIO MACHADO Y ALVAREZ,

DR. EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS.

TOMO II.



SEVILLA.

Administración de la Biblioteca
científica-literaria. Moro, 12,

MADRID.

Librería de D. Victoriano Sua-
rez, Jacometrezo, 72.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

Menos variado que el primero, aunque más interesante, si cabe, por las materias de que se ocupa, este segundo tomo puede considerarse dividido en tres partes, á saber: el Cid segun los documentos modernos, extractos del Siradj-al-moluc y los normandos en España.

El estudio de Rodrigo Diaz de Vivar, asunto siempre palpitante y nunca antiguo para los españoles, de lo que es una prueba el juicioso trabajo que de la representacion politica del Cid en la epopeya, acaba de publicar el profesor de la Institucion libre de enseñanza D. J. Costa, el estudio del Cid, parte la mas interesante de este tomo, divídelo el eminente orientalista muy atinada-

VI

mente en tres partes: las fuentes, el Cid de la realidad y el Cid de la poesía, á las cuales precede una brevísima introduccion, encabezada á su vez por las palabras de Gil Vicente

«*decidme por Dios, señor,
quién sois vos?*»

pregunta en que, á nuestro juicio, se condensa todo el pensamiento del señor Dozy y á la cual, perdónesenos lo atrevido de la afirmacion, acaso no logra darse satisfactoria respuesta. Al preguntarse en la introduccion de su estudio, qué es el Cid? por qué su historia ha sido el tema favorito de los poetas de la edad media?, en qué difiere el Cid de la tradicion, de el Cid de la historia? dá, á nuestro entender, equivocadamente, más valor á la segunda que á la primera, y considera la realidad y la poesía como términos antagónicos, siendo así que la poesía no es lo contrario de la realidad, sino una realidad más rica, más completa, más llena y que en ella, más que en la historia misma, es necesario estudiar para responder á la pregunta que tan hondamente ha preocupado al distinguido orientalista. Y

VII

nos permitimos esta observacion al principiar este prólogo, llamado por más de un motivo á ser más corto de lo que deseáramos, porque este modo de ver trasciende á toda la obra, y preocupado con él vá el autor disponiendo suavemente y sin apercibirse una solucion al problema, menos acertada de lo que debiera esperarse de su claro ingenio. Juzgando sin duda la genialidad de nuestra nacion por nuestra degradacion presente, á que el fanatismo religioso y la ignorancia de una parte y la conversion de nuestra cualidad de indómitos en ingobernables nos ha traído; y, apasionado á su vez por su amor á los árabes, ha procurado empequeñecer la figura del Cid, sin observar que ni ha acertado á comprender lo que este significa, ni aun los notabilísimos textos arábigos con que enriquece nuestra historia, justifican su estremado afan de crítica y de singularidad.

En efecto, en el relato de Ibn-Basam sobre *la conquista de Valencia por el enemigo y de la vuelta de los musulmanes á esta ciudad*, relato que se encuentra en el capítulo sobre Ibn-Tahir del tomo tercero de la Dajira, obra del citado autor y primera fuente que examina el señor Dozy, preséntase á Rodrigo

VIII

como un traficante de esclavos, hombre sin fé ni ley, que no respeta los tratados y que por solo placer, cuando no por barbárie, alanceaba á las jóvenes y quemaba á los principales personajes de Valencia, pretendiéndose por medio de estos datos tan fehacientes, cuanto que la historia se escribió solamente diez años despues de la muerte del héroe, y aun con referencia á una persona que conoció á Rodrigo, enseñar á los españoles, desvanecidos acaso con la decantada caballeridad de su campeador, cual era el verdadero Cid de la *realidad*, y como la poesía es solo un caprichoso prisma que descompone la luz y altera los colores, que hace lo blanco negro, como decirse suele, y de vanas sombras, espantosos gigantes. El Cid de Ibn-Basam será en todo caso, como el señor Dozy puede comprender, el Cid pintado por el enemigo; pero aun así, cual fuera la importancia de éste, y como no era un hombre que solo peleaba por tener de qué comer, como con el apoyo de los *Gesta* pretende asegurar, lo prueba que el historiador árabe, á fuer de hombre que conoce la altura de la mision que desempeña, cita las palabras del héroe «un Rodrigo perdió á España; pero otro Rodrigo la recobrará» y confiesa que

IX

la victoria siguió siempre las banderas del castellano, de quien afirma que por su amor á la gloria, prudente firmeza de carácter y valor heroico, era *uno de los milagros del Señor*. Ahora bien; si entre sus enemigos, si entre los individuos de una raza escéptica y descreida se le llama milagro del Señor, qué mucho que entre sus compatriotas haga milagros, y gane batallas despues de muerto, y desenvaine la espada haciendo caer consternado al crédulo y amedrantado judío, que pretendió mesar barbas *que nadie se atrevió á mesar en vida*. Influido por la idea de que es solo la realidad *lo que cuenta el enemigo*, no levantando su pensamiento á mayor altura, y olvidando que no es la credulidad la condicion predominante de los españoles, muy parecidos en ésto á los árabes, y menos religiosos en su fuero interno de lo que se cree por defuera, el señor Dozy no repara el profundo sentido con que nuestro pueblo canta hechos que sin necesidad de haber sucedido materialmente, son sin embargo reales dentro de una concepcion más alta.

Con esta idea, pues, hace el estudio de la *Crónica general*, donde luce la profundidad de sus conocimientos y la agudeza de su ingenio, tan apropiado para este género de co-

sas. Supone que su cuarta y última parte es la traducción de un relato árabe cuyo autor murió quemado cuando la toma de Valencia. Nuestro erudito Amador cree también que esta parte es efectivamente una traducción de un relato árabe, hecha por Alfonso, combatiendo la opinión contraria de Florian de Ocampo, origen de muchos errores, y admirablemente rebatida por el sábio holandés, que prueba prolijamente y hasta la saciedad la procedencia árabe del relato que atribuye, acaso con razón, á Abu-Djafar-Batti cuyo estilo cree reconocer á través de la traducción española; cosa creíble y aun probable, por más que no pueda darse enteramente por averiguada.

Magistral es en verdad la merecida lección que dá el señor Dozy al señor Masdeu volviendo por el valor de los *Gesta*, que tan despiadadamente trató el citado jesuita, con total desconocimiento de las fuentes arábigas y aun de muchos documentos cristianos de importancia. En cuanto á los *Gesta Roderici Campidocti*, que supone escritos en 1150, el señor Amador los cree anteriores al 1127; en cuyo caso son poco más de una decena de años posteriores al relato de Ibn-Basam y por la fecha la primera fuente des-

pues de este. También indica ligeramente las noticias contenidas en el *Liber Regum* y las de Pedro, obispo de Leon, en la historia de Alfonso VI, reproducida en la obra *Cinco Reyes* de Sandoval.

Pasando al exámen de las fuentes poéticas, despues de citar los fragmentos publicados por Edelestand du Meril en sus poesías populares latinas de la edad media, obra que considera histórica por su fondo, examina *el Poema del Cid* suponiendo que es de principio del siglo XIII y que Sanchez y Capmani están equivocados al concederle mayor antigüedad: Amador, sin embargo, acepta la opinión de estos últimos en la honrosa compañía de Moratin, Marina, Quintana, Duran, Martínez de la Rosa, Gil y Zárate, Pidal, Boutewek, Schelegel Menechet, Huber y Wolf y la sustenta con muy valderas razones, no conviniendo tampoco con el sábio holandés acerca del carácter de este poema, del cual hace un meditado y concienzudo estudio en los capítulos II y III del tomo tercero de su *Historia Crítica de la literatura española*.

Tratando luego de la *Crónica rimada* la considera mas bien que un poema que tenga á Rodrigo por héroe, una crónica en

verso donde se trata de muchos guerreros queridos de los castellanos: opinion de la que difiere Amador que sostiene la mayor oportunidad del título «leyenda de las mocedades de Rodrigo» á la de «crónica rimada de las cosas de España desde la muerte del rey D. Pelayo hasta D. Fernando el Magno y más particularmente de las aventuras del Cid», título con que se publicó primero; y este título, y el aparecer interrumpida la Crónica justifican á la verdad un tanto la opinion del señor Dozy, conforme con el señor Amador en atribuirle mayor antigüedad que al *Poema*; cosa si indubitable por la superioridad de formas artísticas de éste sobre aquella, digna de meditar-se todavía respecto á la antigüedad del language, tanto mas cuanto que ya al poema se atribuye un origen más remoto del que le supone el sábio Dozy, quien con motivo de ésto hace un precioso trabajo acerca del color de los lutos y del empleo de algunos vocablos; trabajo, en nuestro juicio, tan delicado y prolijo, como ligero es el del poema.

Terminado de este modo el estudio de las fuentes y advirtiendo de antemano que los autores arabes son justos con sus adversa-

rios, pues alaban la clemencia y dulzura de Alfonso VI, y observando que los autores latinos tratan tambien desfavorablemente al Cid, empieza la segunda parte considerando á nuestro héroe como un modelo de perfidia y crueldad.

Refiérese en esta parte de la obra la historia del Cid desde que éste, al servicio de Sancho de Castilla, derrotó á Alfonso de Leon hasta su muerte; y bajo la influencia de una idea preconcebida aprovecha el autor todas las ocasiones que estima oportunas para hacer resaltar lo que él cree refinamiento de crueldad ó de perfidia en el caballero castellano, pasando como sobre ascuas por aquellos hechos que le enaltecen y subliman. No es nuestro ánimo ni vindicar al Cid como particular, si vale esta espresion, ni presentar como modelo de dulzura y clemencia al dueño de celada y tizona; pero sí debemos observar que el autor exagera sus censuras en ocasiones sin motivo bastante; asi, por ejemplo, le acusa de pérfido por aconsejar a su soberano Sancho que caiga sobre las descuidadas huestes de Alfonso, bajo pretesto de que aquel no respetó el pacto que supone celebrado entre ambos hermanos de ceder su reino el que perdiese la batalla. Pe-

ro es lo cierto que ni comprueba la existencia de tal pacto, ni Sancho se creyó vencido, ni el Cid hizo otra cosa que dar un consejo á su soberano, dictado por el amor á la independencia del suelo en que naciera; y por último, á ser cierto todo lo que cuenta el señor Dozy, la nota de perfidia recaería sobre Sancho, nunca sobre Rodrigo que ni lo celebró, ni era hombre de tratos semejantes. Tambien le censura el haber entrado al servicio de los reyes árabes de Zaragoza, sin observar que esto no ocurrió hasta que don Alfonso, que jamás le perdonó ni la pérdida de sus reinos, ni el juramento de Santa Gadea, lo desterró malamente de sus estados movido por las pérfidas insinuaciones de García Ordoñez, que combatía á las órdenes del rey moro de Granada contra Mutamin de Sevilla, tributario de D. Alfonso. Rodrigo solo entró al servicio de los árabes cuando le fué imposible vivir entre los suyos, cuando fué desatendido por el conde Berenguer; jamás combatió contra su rey, y como decía con razon, las luchas intestinas de los árabes en que tomó parte fueron favorables á Castilla: procuró muchas veces volver á la amistad de su rey, que siempre le tuvo ojeriza y le hizo cuanto daño pudo. Viviendo siem-

pre entre enemigos, gente pérfida comunmente, fué, por qué no hemos de decirlo? cruel en ocasiones; pero no hemos de consentir aunque esto sea cierto, que el señor Dozy fundado en textos árabes las más veces, cuando no cristianos y de enemigos del Cid, infame á éste con un simple *se supone* ó *se cree*, como lo hace en más de una ocasion.

Con un tipo de tal género como histórico, fácil es de adivinar la idea que el señor Dozy habrá formado del Cid de la poesia; idea que le lleva á preguntarse si tendrán razon los que piensan que el pueblo en la eleccion de sus héroes cuida poco de la realidad y que las grandes reputaciones encubren casi siempre un contrasentido ó un capricho.

Para nosotros las grandes reputaciones como todo, tienen su razon de ser en el mundo, siquiera sea más cómodo que averiguarla decir una novedad. No se trata, á nuestro juicio, de afirmar que en moralidad como en todo hay progreso, y que lo que pudo hacerse en concepto de bueno puede reputarse malo despues; mas aun, dentro de cada época los hombres más adelantados tienen un criterio de moralidad superior á la inmensa

mayoría de las gentes. Si fué cruel el Cid lo fué como Napoleon y César, quienes no por serlo, dejan de ser hombres verdaderamente grandes. Lo que se trata de saber en el Cid es, no si quemó á dos literatos más ó menos; el Cid como Rodrigo Diaz, nada nos importa; nos importa en tanto que es representacion del sentimiento nacional; razon por la que nos explicamos que Felipe II, más español que católico, no tuviera reparo en canonizarlo, quemára ó no quemára iglesias y vistiera ó no vistiera de moro. El héroe y el pueblo son aquí, como acertadamente dice con razon Amador de los Rios, inseparables; y el primero una encarnacion del segundo. Cuando la curia romana, siempre egoista y siempre invasora, envió á nuestro país los afrancesados monges de Cluny, y el débil Alfonso, oponiéndose á los deseos de su pueblo, consintió en cambiar el rito muzárabe por el galicano, hiriendo de este modo aun más que el sentimiento religioso, el sentimiento nacional simbolizado en los preclaros nombres de Leandro é Isidoro, cuando se inoculó en nuestro país el virus del feudalismo, tan opuesto á la índole de los españoles que supieron conciliar en la monarquía, por las especiales circunstancias en que esta nació, el respeto á la ley

y la libertad, cuando el rey llamado el Emperador, sin duda porque contaminado con los pensamientos dominadores del papado, siempre codicioso de poder, acarició en su mente esas ambiciosas ideas de unitarismo, concentracion y absorcion de toda vida individual, y lastimó con múltiples alianzas extrangeras las aspiraciones de sus súbditos, que veian en el Cid, no un fanfarron como Roldan y los doce pares, sino un *hombre* con temple de alma suficiente para exigir del rey el juramento de no haber tomado parte en la muerte de su hermano, con ese incontrastable valor, que solo la justicia sabe inspirar; entónces, el pueblo necesitó protestar de aquella maquinacion estrangera que, con capa de religion, pretendía dominar y bastardear el espíritu pátrio y exaltó la hermosa figura del Cid, tan admirablemente simbolizada en estas inimitables frases «*Mio Cid, el que en buen ora fué nado: el que buen ora cinxió espada. Dios mio, qué buen vasalo, si hobiera buen señor!*» protesta enérgica y elocuentísima contra un rey vasallo de extrangeros y á favor del vasallo que era verdaderamente rey en la conciencia popular.

En los *Estractos de Siradj-al-moluc* ma-

XVIII

nual para el uso de los príncipes, compuesto por Tortochi en el año 1122, el señor Dozy presenta una variada colección de narraciones donde se fija el verdadero sentido de la palabra *mobariz*, sinónima de *Campeador*, dá cuenta de la tolerancia de los faquíes y del escaso valor que concedían á la prueba testifical, y al par que se esclarecen algunos hechos históricos, como el desastre y herida de Ramiro en la batalla de Grados, rectificándose algunas fuentes latinas, se espone la batalla de Alcoráz y rendición de Huesca por un testigo presencial, y se relatan algunas anécdotas y singularidades de la sociedad musulmana.

Los normandos en España, es la tercera parte de la obra; en ella se dan á conocer importantes textos arábigos acerca de las repetidas invasiones de los Madjus en los siglos IX y X, y las expediciones de los vikingues ó reyes de mar, con las de los normandos de Francia y otros cruzados piratas; invasiones que pueden considerarse como correrías ó algaras que, si dejaron muy escasa huella en la península, influyeron no poco en la poesía francesa. Interesante es por demás y digna de ser conocida la toma de Sevilla por los Madjus, las delicadas observaciones del se-

XIX

ñor Dozy acerca de Guillermo, el de *la nariz cortada* y el relato de la toma de Barbastro y la recuperación de esta ciudad por los musulmanes, cuya traducción, como tantas otras, nunca agradecerán lo bastante literatos é historiadores al eminente orientalista holandés.

EL CID

SEGUN LOS DOCUMENTOS MODERNOS.

Ich weiz wol, ir ist vil gewesen,
die von Tristande hant gelesen:
unde ist ir doch nih vil gewesen,
die von im rehte haben gelesen.

Gottfried von Strassburg.

Tristan und Isolt, vs. 31-34.

INTRODUCCION.

Decidme por Dios, Señor,
Quién seís vos?

Gil Vicente, *Comedia do vtro.*

Entre todos los héroes que España produjo en la Edad Media, tan solo uno ha adquirido una reputacion verdaderamente europea: Rodrigo Diaz de Vivar, el Cid Campeador. Los poetas de todos tiempos lo han cantado: el monumento más antiguo de la poesia castellana lleva su nombre; mas de

ciento cincuenta romances celebran sus amores y sus combates: Guillen de Castro, uno de los más varoniles ingénios de la península, Diamante y otros, le han elegido para héroe de sus dramas. Todo el mundo lo conoce; en Francia por la tragedia de Corneille, en Alemania por la traducción del Romancero, hecha por Herder.

¿De qué proviene ese poderoso interés, ese prestigio unido á su nombre? qué es lo que há hecho ese Cid para que España esté tan orgullosa de él, para que haya llegado á ser el tipo de todas las virtudes caballerescas; para que haya eclipsado completamente á todos sus compañeros de armas, á todos los héroes españoles de la Edad Media? Y además el *Cid de los cantares*, de los romances, de los dramas, es el mismo Cid de la Historia, ó es solo una magnífica creación de los poetas de la península?

Largo tiempo hace que estas cuestiones ocupan á los historiadores de España y de la Europa entera. Hallábase aún balbuciente la Historia crítica y ya un poeta historiador del siglo XV, Fernan Perez de Guzman (1), ex-

(1) Véase su poema titulado *Loores de los claros varones de España*, copla CXXIX, (en Ochoa, *Rimas inéditas del siglo XV*).

presó sus dudas acerca de ciertos puntos de la historia del Cid, y en el siglo que corre el jesuita Masdeu no ha vacilado en aventurar que nada absolutamente se sabe sobre este asunto, que no poseemos acerca de este famoso héroe ninguna noticia cierta ni fundada, ni aún la de su existencia. Ningun otro escritor ha llevado tan léjos su escepticismo, aunque no por ello es ménos cierto que algunos romances y alguna parte de la *Crónica general* encierran errores y ficciones, y también que los antiguos testimonios latinos ó españoles son muy raros y pobres de datos, pues todo lo que tenemos sobre este punto se reduce al contrato matrimonial de Rodrigo y Jimena (2), y á algunas líneas de una crónica latina, escrita en el Mediodía de Francia, y que solo alcanza hasta el año 1141. Las demás fuentes de la historia del Cid son todas posteriores al año 1212. Sucintas son, por demás, las noticias que se encuentran en la crónica latina de Búrgos, en los *Anales Toledanos primeros*, en el *Liber Regum*, en los Anales latinos de Compostela, en la *Crónica*

(2) Este documento se publicó en 1601 por Sandovañ (*Monasterio de San Pedro de Cardaña*, f. 43 r. -44 v.) y reimpreso por Sota, (*Crónica de los principes de Asturias y Cantabria*, p. 651), y por Risco, (*La Castilla*, p. 6, y siguientes del apéndice).

de Lúcas de Tuy y en la de Rodrigo de Toledo, y no ha faltado quien se pregunte si podia concédese mucha confianza á los cronistas del siglo XIII, tratándose del Cid, quien, como nos enseña el biógrafo de Alfonso VII, era ya el héroe de los cantos populares, medio siglo despues de su muerte. Poseemos además los *Gesta Roderici Campidocci*, obra descubierta por Risco en la biblioteca del convento de San Isidoro en Leon y publicada por él en 1792, en un libro titulado *La Castilla y el más famoso castellano*. Esta biografía, que es bastante extensa, debió escribirse antes del año 1238, época de la conquista de Valencia por Jáime I de Aragon, pues hablando el autor de la toma de esta ciudad por los sarracenos, despues de la muerte de Rodrigo, dice: «Et nunquam eam ulterius perdiderunt.» Hoy no es permitido poner en duda la existenciu del manuscrito de Leon, como lo hizo Masdeu en 1805, pues este manuscrito se encuentra en la actualidad en la Biblioteca de la Academia de la Historia, de Madrid, que tambien posee otro ejemplar de este libro, cuya escritura es del siglo XV (1), mientras que la del manuscrito de Leon, á juzgar por el fac-símile de las

(1) Véase el *Memorial histórico español*, t. IV, p. 12.

cinco primeras líneas que se encuentran en la traduccion española de la obra de Bouterweck, es del siglo XII ó de principios del XIII (1). Pero queda áun por examinar si este libro es completamente digno de confianza, como creyeron Risco y Juan de Müller, célebre historiador de la Confederacion suiza, que publicó en 1815 una historia del Cid, ó es un tejido de fábulas, como Masdeu ha procurado demostrar en una disertacion de 168 páginas, que se encuentra en el volumen XX de su *Historia crítica de España*.

Por otra parte preguntase si hay algo verdadero en la antigua Cancion del Cid, publicada por Sanchez en 1769, y en la parte de la *Crónica general* donde se trata de nuestro héroe. Juan de Müller considera la *Cancion* como una fuente en que puede beber el historiador, opinion que ha encontrado defensores aún en nuestros dias. El sábio alemán Sr. Huber (2) opina respecto á la *Crónica general* que la parte de este libro que trata de los asuntos de Valencia, no es como ordinariamente se piensa fabulosa y absur-

(1) Tal es la opinion de los traductores de Bouterweck; tal es tambien la de nuestro sábio arqueólogo el Sr. Dr. Janssen á quien hemos consultado sobre esta materia.

(2) Véase la introduccion que añadió este sábio á su edicion de la *Crónica del Cid*, Marbourg 1844, p. LVI y siguientes.

da, creyendo por el contrario muy posible que este relato fuese escrito por un árabe valenciano contemporáneo del Cid, porque es á la vez sencillo y circunstanciado y no poético y trata al Cid de una manera muy poco favorable.

Cuestiones son estas todas más ó ménos espinosas, más ó ménos contravertidas hasta aquí. ¿Qué es la Crónica latina? ¿es historia ó ficción? ¿qué es la *Cancion del Cid*? ¿Es una obra de imaginacion ó una crónica rimada? ¿Hay algo verdadero en la parte de la *Crónica general* que trata del Cid, en la crónica que lleva su nombre, en los romances, en la Crónica rimada publicada por Francisco Michel? ¿En fin qué es el Cid? ¿qué ha hecho? ¿cómo y por qué ha llegado á ser el héroe español por excelencia? ¿Por qué su historia, verdadera ó falsa, ha sido ha el tema favorito de los poetas de la edad media? ¿en qué difiere el Cid de la tradicion del Cid de la historia?

PRIMERA PARTE

LAS FUENTES.

I.

Right well I wote, most mighty Sovereine,
That all this famous ántique history
Of some th' 'abundance of an ydle braine
Will iudged be, and painted forgery,
Rather then matter of iust memory.

But let that man with better sence advize.
That of the world least part to us is red;
And daily how through hardy enterprize
Many great regions are discovered,
Which to late age were never mentioned
Spenser, *The Faerie Queene*, Book II.

Sus treib ich manige süche,
unz ich an einem büche
alle sine jehe gelas.
wie dirre aventure was.

Gostfried von Strassburg.
Tristan, vs. 63-66.

Un descubrimiento inesperado nos ha permitide desembrollar y esclarecer la materia que nos ocupa. Durante nuestra permanencia en Gotha, en el verano de 1844

examinamos el manuscrito árabe 266, que el catálogo presenta como un fragmento de la historia de España por Maccari y no tardamos en reconocer que este título es falso, y que el manuscrito contiene la primera parte del tercer volumen de la *Dhajira* de Ibn-Bassám, obra que trata de los hombres de letras que florecieron en España en el siglo V de la Hegira (1). Bien pronto conocimos también que este monumento contiene un largo é importante pasage sobre el Cid, tanto más importante, cuanto que Ibn Bassám escribió este volumen en Sevilla el 503 de la Hegira (2), 1109 de nuestra era, es decir, solamente diez años despues de la muerte del Cid. Su relato es, pues, el más antiguo de todos los que poseemos, y anterior en treinta y dos años á la crónica latina, escrita en el Mediodia de Francia, viniendo á acrecentar su mérito que su autor invoca en él,

(1) Véase *Scriptorum Arabum loci de Abbadidis* t. I, p. 189 y siguientes donde hemos tratado largamente de Ibn Bassám: de su *Dhajira*, del man. de Oxford (2.º volumen) y del de Gotha.

(2) Véase *ibid.*, p. 197. El año árabe 503 empieza el 31 de Julio 1109 y acaba el 19 Julio 1110; pero es muy cierto que Ibn-Bassám escribía el pasage en cuestion ántes del 24 de Enero de 1110, época de la muerte de Mostain de Zaragoza, príncipe, que como pronto se verá, aún vivía cuando Ibn-Bassám escribió.

el testimonio de una persona que habia conocido al Campeador.

Hállase el pasage de que se trata en el capítulo que versa sobre Ibn-Táhir, ex-rey de Múrcia, que despues de perder su trono se habia establecido en Valencia. Vamos á traducirlo completo, pues como todo lo que contiene puede sernos evidentemente útil, creemos deber hacerlo así, por más que sea muy difícil verter á una lengua moderna aquel estilo retórico, lleno de verbosas perifrasis y extrañas metáforas. Procuraremos, pues, traducir las palabras del autor tan literalmente como sea compatible con la claridad y con la índole de la lengua francesa:

«Ibn-Táhir escribió una carta á Ibn-Djahnáf, cuando el primo hermano de éste se sublevó en Valencia. De ella tomamos lo que sigue:

«Como las pruebas de benevolencia que me habeis concedido son para mí, mi respetable amigo, un hábito que jamás dejaré de llevar y como el reconocimiento que os debo es para mí como una preciosa carga que me acompañará siempre, voy á confiarme á vos con los ojos cerrados, imputando lo ocurrido á un destino injusto. Despues de su rebelion, que á lo que piensa, lo ha encaramado á las estrellas, haciéndolo muy superior á los

habitantes del cielo, vuestro primo, (háganos Dios gozar por muchos años de su talento) me miraba de reojo, creyendo que le tenia envidia ó que era su rival. Maldiga Dios al que le envidie este magnífica rebellion.

«*Ella solo estaba hecha para él y él para ella*». (1)

«Mas tarde su noble cólera se ha desencadenado contra mí y me ha atormentado de todas maneras. Yo, sin embargo, devoraba mis penas por agudas que fuesen; yo aparentaba no apercibirme de sus designios; yo ocultaba mis mayores dolores, mi venganza era hacerle bien. Mas hoy se le ocurrió la idea (y las tiene detestables) de colmar la copa de la iniquidad y de la insolencia; me ha ocurrido una cosa que jamás me hubiera atrevido á imaginar; la causa de su conducta es tambien inesplicable para mí. Cuando un mensajero mio fué á buscarle para dirigirle unas preguntas sobre ciertas cosas, le puso un semblante ceñudo y con malísimo

(1) Este verso que Ibn-Táhir coloca aquí por ironía es, sin duda, de un poeta antiguo, y suponemos que se hallaba en un poema compuesto en alabanza de un príncipe. El pronombre femenino se referiría entónces á la palabra *al-risa* y el sentido seria: El trono no estaba hecho más que para él y él para el trono.

gesto le volvió las espaldas, haciendo ostentacion de un orgullo insoportable. Tambien he sabido contenerme, respetando la buena crianza, y, deseoso de no faltar á la urbanidad; pero no es el respeto á Abu-Ahmed el que me ha contenido, ni tampoco los procedimientos que conmigo ha empleado.

Lo juro solemnemente; si el destino os trae á ésta y me encuentro aquí todavía, os haré disfrutar de todos los placeres y os llevaré á cabrito á vos y á vuestros amigos(1) tambien; pero que Dios os deje largo tiempo en vuestra morada y que la proteja contra las desdichas! que os conserve vuestra dignidad, que os servirá de peldaño á cargos todavía más eminentes! que la elevacion del que os he hablado no os traiga desgracia, sino que su caída os traiga la dicha. Porque no se sufre demasiado tiempo á un hombre semejante, ni permanece en su puesto muchos dias, ni se le concede un largo plazo!»

Dice Abu-L'Hassan (1): «Éste, Abu-Abderraman ibn-Táhir, vivió bastante tiempo para ser testigo de la caída de todos los prin-

(1) En el texto Ibn-Táhir se compara á un camello, y dice: «Os llevaré sobre mis espaldas y sobre mis hombros á vos y á vuestros amigos.

(1) Es decir: Ibn-Bassám (Abu-'l-Hasan, Alí ibn-Rassám), como dice el man. B.

cipes de las pequeñas dinastías y de la calamidad que sufrieron los musulmanes de Valencia; calamidad causada por el tirano Campeador, á quien Dios deshaga en mil pedazos! Fué entónces arrojado á prision en esta frontera el año 488 (2). En su prision escribió á uno de sus amigos una carta en que dice: «Os escribo á mediados del mes de Safar. Hemos caido prisioneros despues de desventuras sin ejemplo, por lo continuadas y lo grandes. Si pudiérais contemplar á Valencia (Dios quiera favorecerla con una sola de sus miradas y devolverle su luz!); si pudiérais ver á lo que su destino ha reducido á ella y á su pueblo, la compadeceriais y llorariais sus infortunios, pues las calamidades le han robado su hermosura, sin dejarla vestigio de sus lunas y de sus estrellas. No me preguntéis lo que sufro, cuáles son mis angustias, cuál mi desesperacion. Obligado me veo ahora á comprar mi libertad al precio de un rescate, despues de haber arrostrado peligros en que casi he perdido la vida. Ya solo espero en la bondad de Dios, que siempre nos asiste y en la miseri-

(2) Esta fecha es falsa, como más tarde veremos. Ibn-Táhir escribió la carta que vá á leerse en medio de Safar del 487, es decir, el 6 de Marzo de 1094. Estaba entónces prisionero en el campo del Cid, al cual habia sido entregado por Ibn-Djahhaf.

cordia que nos ha prometido. Os hago partícipe de mis penas porque es preciso partir todo con el amigo y conozco vuestra fidelidad y el mucho interés que os tomáis por mí. Lo hago también para pedir os que me encomendeis á Dios en vuestras oraciones y acaso vuestros ruegos alcancen mi libertad, porque Dios (glorificado sea su nombre) acoge favorablemente las súplicas humildes y sinceras. Ojalá sus bendiciones os acompañen donde quiera que estéis!»

Dice Abu-l-Hasan: «puesto que hemos hablado de Valencia, debemos también hacer mencion de la calamidad que le sobrevino y decir algo de la guerra de que fué teatro esta provincia, guerra cuyo precipitado curso se prolongó demasiado para el Islam y que los grandes y continuos esfuerzos de hombres con justicia alarmados no pudieron reprimir. Debemos también dar á conocer los motivos de los crímenes cometidos durante esta guerra y de los males que los musulmanes tuvieron que sufrir; debemos nombrar á los que marcharon por el camino de esta guerra y los que entraron y salieron por las puertas de estos sangrientos combates.

RELATO
DE LA
CONQUISTA DE VALENCIA POR EL ENEMIGO
Y DE LA
VUELTA DE LOS MUSULMANES
Á ESTA CIUDAD.

Dice Abú 'l-Hasan: En el cuarto tomo (1) colocaremos, si Dios quiere, algunas sentencias y algunas frases que pondrán de manifiesto cómo Alfonso (Dios lo haga pedazos), tirano de los gallegos, pueblo infiel, se apoderó de la ciudad de Toledo, de esta perla colocada en medio del collar, de esta torre, la más elevada del imperio en la península. Entonces esplicaremos las razones que hicieron obtener á Alfonso el gobierno de la ciudad y que le proporcionaron en ella un

(1) Este cuarto tomo no existe en Europa ó al ménos no se ha encontrado todavía.

dulce lecho, de suerte que pudo manejar con facilidad suma á los habitantes, semejantes ya á dóciles camellos y establecer su residencia en sus altas murallas. Yahyá Ibn-Dhi-'n-nun que llevaba el sobre nombre real de al-Cádir Billáh fué el que atizó primero el fuego de la guerra y la hizo arder. Cuando cedió Toledo (quiera Dios renovar su esplendor pasado y volver á escribir su nombre en el registro de las ciudades musulmanas) á Alfonso, estipuló que este último se comprometería á someterle la rebelde Valencia y á prestarle su apoyo para conquistar y ocupar esta capital, apoyo que debiaservirle de poco, pues Cádir sabia que no seria con Alfonso más que un prisionero ó un criado. Púsose en camino, pero las puertas de los castillos se cerraron ante el y las posadas no quisieron darle hospedaje. Llegó al fin á la fortaleza de Cuenca, cerca de sus partidarios los Bení-'l-Faradj como referiremos, con la voluntad de Dios, en el cuarto tomo. Los Bení-'l-Faradj eran los más fieles servidores y ejecutores ciegos de sus órdenes tanto de las que el reconocia como de las que negaba. Con su apoyo consiguió su objeto en un principio; á la postre se retiró entre ellos, luego comenzó á entenderse con Ibn-Abdalaziz, supo hilvanar escusas con escusas y dar á

su negocio un giro especioso en sus cartas. Poco reía entonces Ibn-Abdalaziz pero lloraba mucho; algunas veces decía lo que tenía en su pensamiento, pero comunmente lo ocultaba. Los astros giran incesantemente y lo que Dios ordena se cumple apesar de todo!

En este entretanto supo que Ibn-Abdalaziz habia exhalado el último suspiro, y que sus dos hijos contendian en Valencia. Entonces Ibn-Dhi-'h-Nun se dirigió tan rápidamente á esta ciudad como las *catas* se precipitan á las riberas (1) y llegó allí de improviso como espía que viene á interrumpir de repente una cita de amor.

«Más tarde en el año 479 los príncipes de nuestro pais entraron, como hemos dicho antes, en relaciones con el emir de los musulmanes (2) (Dios le sea propicio), y este consiguió sobre el tirano Alfonso (Dios lo haga pedazos) aquella gloriosa victoria del

(1) La *cata* es una especie de perdiz; el Sr. Saey ha hablado de ella muy por estenso en su *Crestomacia árabe* (t. II. p. 367 y siguientes) Chanfara en el magnífico poema traducido por el Sr. Fresnel con tanta maestría como talento, se gloria de que gracias á la velocidad de su carrera llega antes que las *catas* á la cisterna

(2) Tal era el título que llevaba Insof-ibn-Techufin el Almoravid.

viernes como hemos referido. (1) Alfonso (Dios lo maldiga) volvió entonces á su pais: como un pájaro con las alas rotas, un enfermo que se ahoga. Entonces ya Yahya-ibn-Dhi-'n-Nun encontró su pecho franco, aspiró el aire vital, y dichoso con tener todavía un soplo de vida hizo lo que hicieron todos los otros príncipes, pactó una alianza con el emir de los musulmanes.

Pero, como hemos dicho, la mala voluntad de los príncipes iba cada dia en aumento y las calumnias arrastrándose iban de uno á otro. Dios permitió entonces que el emir de los musulmanes desbaratase sus intrigas, curase los males que causaban sus celos y libertase á todos los musulmanes de sus malas acciones y abominables desiguos. Comenzó á hacerlo, como hemos dicho, en el año 483. Pronto su autoridad fué reconocida en todas las provincias, y en las oraciones públicas, los predicadores pronunciaban su nombre con orgullo. El resto del año 283 y el siguiente continuó echando á los reyezuelos de sus tronos, así como del sol á su presencia ahuyenta las estrellas, y haciéndolo desaparecer hasta los últimos vesti-

(1) Trátase de la batalla de Zalúca dada el viernes 23 de Octubre de 1086.

gios de su poder. En esta ocasion Abu-Tam-mám ibn-Riyáh compuso este verso:

Sus países se parecen á mugeres á quien un destino inexorable obliga á divorciarse de sus maridos.

Y cuando los Beni-Abbád fueron destronados, Abu-'l-Hosain ibn-al-Djadd compuso los siguientes en los cuales hace alusion al Sr. de Mayorca. (1):

«Id á decir al que espera poder dormir tranquilo: aun falta mucho para que encontréis cama donde acostaros! Cuando veis que el destino ha quebrantado las montañas de Radha (2) ¿Qué creéis que hará con una mariposa?»

«Cuando Ahmed ibn-Yusuf ibn-Hud que todavia en la actualidad gobierna la Marca de Zaragoza, (3) se apercibió de que los sol-

(1) El Sr. de Mayorca era entónces Nácir ad-Daula Mo-baschir. Habia sido nombrado para el gobierno de esta isla por Ali-ibn-Modjehid, Señor de Denia, pero cuando este quedó privado de sus estados por Moctadir de Zaragoza, se declaró independiente. Véase Ibn-Jaldum man. t. IV, fol. 28 v.

(2) Radha es el nombre de una cadena de montañas cerca de Medina. Aquí es donde el poeta alude á los Abbáides á los que por su bravura y poderío ampara con las altas montañas.

(3) Ahmed Mostain, rey de Zaragoza murió en este mismo año 504, en que escribe Ibn-Bassám. Ibn-al-Abbár (p. 225) dá la fecha precisa de la muerte de este principe cuando dice: Fué muerto en la guerra santa, no léjos de Tudela, el Lunes

dados del emir de los musulmanes salian por todos los desfiladeros, y que desde lo alto de todas las torres espiaban sus fronteras, achuchó contra ellos á un perro de Galicia (1) llamado Rodrigo, de sobrenombre el Campeador. Era este un hombre traficante de prisioneros; el azote del país; habia dado muchas batallas á los reyezuelos árabes de la Península en las que les habia causado toda clase de males. Los Beni-Hud le habian hecho salir de su

primer día de Redjeb del año 503.» El primero de Redjeb de 583 cae realmente en Lunes y corresponde al 24 Enero 1110. La muerte de Mostain está fijada en el mismo año en una carta de Santa Maria de Yrache que cita Moret (*Anales de Navarra* t. II, p. 83). En otra carta citada por Blancas (*Aragon rer. comment.*, p. 637), se lee: «Facta carta Era 1118, anno quo mortuus est Almustahen super Valterra.»—Valtierra se encuentra al Norte de esta ciudad.—et occiderunt cum milites de Aragone et de Pampilona, noto die VIII. Kal. April. Regnante Domino nostro Jesu Chisto et Sub *ei*u gratia Anfusus. —Alfonso I, rey de Aragon y de Navarra, el marido de Urraca de Castilla y Leon.—«gratia Dei Imperator de Leone et Rex totius Hispaniæ, maritus meus.» Blancas, Briz Martinez (*Historia de San Juan de la Peña*, p. 724) y Moret (*loco laud* y p. 86) han deducido aquí que Mostain murió el 24 de Marzo (que cae en Jueves) 1110; pero la fecha que sigue á las palabras solemnes *noto die* es aquí como siempre, aquella en que la carta fué escrita y no de la del acontecimiento de que acaba de hablarse entre paréntesis. La carta, pues, no indica el día, sino solamente el año en que mataron á Mostain.

(1) Por la palabra *Galicia*. Iba-Bassám y los autores de su tiempo entienden á Castilla y á Leon.

obscuridad (1); se habian valido de él para ejercitar sus violencias y sus viles y despreciables proyectos; le habian abandonado diferentes provincias de la Peninsula, de suerte que habia llegado hasta recorrer los campos como vencedor y fijar su bandera en las más hermosas ciudades. Así que su poder habia llegado á ser muy grande y no habia país de España que no hubiese saqueado. Por lo tanto, cuando este Ahmed, de la familia de los Beni-Hud temió la caída de su dinastía y vió que se embrollaban sus negocios quiso poner al Campeador entre él y la vanguardia del ejército del emir de los musulmanes. Por consiguiente le proporcionó la ocasion de entrar en el territorio valenciano, dándole tropas y dinero. El Campeador puso, pues, sitio á Valencia, donde habia estallado la discordia, y cuyos habitantes se hallaban divididos en muchas facciones. Hé aquí la causa. Cuando el faquí Abu-Ahmed ibn-Djahnáf, que desempeñaba entonces en Valencia el empleo de cadí, vió de un lado el numeroso ejército de los Almoravides y de otro á este tirano, á quien Dios maldiga, promovió una sedicion, á imitacion del rate-

(1) Aquí solo debe verse una de esas frases de retórico que dicen más de lo que el autor hubiera querido decir.

ro que encuentra excelente ocasion para ejercer su oficio, cuando hay alboroto en el mercado; quiso obtener el mando engañando á ambos partidos; pero habia olvidado la fábula del zorro y los dos revezos. (1) Primeró tomó á su servicio un corto número de los soldados del emir de los musulmanes, luego cayó con ellos sobre el palacio del malvado Ibn-Dhî-'nun cuando estaba desprevenido y sin soldados, de suerte que no tenia más defensores que sus lágrimas, y nada podia apiadarse de él más que el hierro de la lanza (que lo hirió). Entónces, se dice, que lo mató por mano de los Beni-'l-Hadîf,

(1) Un zorro vió un día á dos revezos que se daban de cornadas muy fuertemente, su sangre corria á raudales. Es necesario aprovecharse de todo pensó el astuto compadre, y se puso á lamer la sangre que habian perdido ambos campeones; pero éstos que, segun parecia, tenian ideas muy rígidas sobre la propiedad, no les agradó mucho la idea de tan artero proceder, y, olvidando su querella, lo atacaron juntos y lo mataron allí mismo.

Me hallaba en el mismo caso que Ibn-Djahnáf, como él habia olvidado esta fábula, que, sin embargo habia leído en Bidpai (p. 94). Mi buen amigo el Sr. Defrémery ha tenido la bondad de recordármela añadiendo que tambien está contada en el Pantchatantra (lib. 1, cap. titulado *Aventuras de Déva-Sarma*, citado por Aug. Loiseleur des Longchamps, *Ensayo sobre las fábulas indias y su introduccion en Europa*, (p. 33-34), en el *Anvari Sohaili*, (edit. 1829, p. 72) y en el *Homayun Nameh*. (Cuentos y fábulas indias de Bidpai y Lokman, traducidas por Galland, p. 310-311).

que deseaba vengar á algunos parientes suyos muertos ó privados de sus dignidades por Ibn-Dhí-'n-nun. (La historia de estos Beni-'l-Hadidi será contada más tarde, Dios mediante, y sus detalles se expondrán en este libro en su lugar oportuno). (1) Abu-Abderrahman ibn-Táhir compuso con ocasiou del asesinato de Ibn-Dhí-'n-nun Cadir por Ibn-Djahbáf, los siguientes versos:

«Anda con tiento, oh tu, que tienes (2) un ojo azul y otro negro pues has convertido un crimen horrible, has matado al rey Yahyá y te has vestido con su túnica (3). Llegará inevitablemente el día en que tengas tu merecido!»

Cuando Abu-Ahmed ejecutó su proyecto y afirmó su poder como deseaba, estallarou disturbios y las espadas se volvieron unas contra otras. Y en esto nada habia de sorprendente pues Abu-Ahmed se encontró obligado á reglamentar los negocios públicos cuya suerte jamás habia sondeado, á desempeñar funciones al ministrativas á cuyo fácil despacho no estaba habituado y cuyas

(1) Segun el man. B. el pasaje á que Ibn-Bassám nos remite se encuentra en el cuarto tomo de su obra.

(2) Cuando se lee alhnafa como dice el man. B. conviene traducir. «Oh tú, hombre de las piernas torcidas.»

(3) Es decir, te has apropiado los vestidos reales, has usurpado el trono.

numerosas dificultades desconocia; no sabia que gobernar es cosa muy distinta que decir á hombres que disputan lo que manda la ley, no sabia que mandar tropas es cosa diferente que declarar un contrato de mayor valor que otro ó elegir entre diversos testimonios. Solo se ocupó de los tesoros de Ibn-Dhí-'n-nun de los que se habia apoderado, y estos tesoros le hacian olvidar que era deber suyo reunir soldados y administrar las provincias. Fué abandonado por el pequeño cuerpo de Almoravides que habia tomado á su servicio, y en el que veian los valencianos su mejor apoyo contra los peligros con que le amenazaba la presencia de su cruel enemigo.

Rodrigo ambicionó con más ardor que nunca apoderarse de Valencia, se asió á esta ciudad con el afan con que el acreedor procura asir al deudor y la amó como aman los amantes á los lugares testigos de sus placeres. Le cortó los víveres, mató á sus defensores, le causó toda especie de males y se presentó á ella en cada colina. De cuantos soberbios parajes adonde nadie se imaginaba llegar y que superaban en belieza á las lunas y á los soles) se apoderó este tirano y profano el secreto! Cuántas encantadoras muchachas (cuando se lavaban la cara con

leche la sangre saltaba de sus mejillas y el sol y la luna envidiaban su belleza y el coral rivalizaba con las perlas en su boca) contrajeron matrimonio con las puntas de sus lanzas y fueron aplastadas bajo los pies de sus insolentes mercenarios!

El hambre obligó á los valencianos á comer animales inmundos. Abu-Ahmed no sabia que hacer; los males de que él mismo era causa, le habian hecho perder la cabeza. Imploró socorro al emir de los musulmanes, aunque este estaba á una gran distancia, algunas veces pudo hacerle oír sus quejas y escitarle á venir en su socorro, otras se lo impidieron. El emir de los musulmanes se interesó por su suerte, pero como estaba léjos de Valencia y el destino habia dispuesto este asunto de otra manera no pudo socorrerle á tiempo. Cuando Dios ha dispuesto una cosa, abre las puertas y allana los obstáculos!

«El tirano Rodrigo logró la realizacion de sus infames deseos. Entró en Valencia el año 488 (1), usando de engaños, segun su costumbre. El cadí se habia humillado ante él, lo habia reconocido por soberano y habia

(1) Esta fecha es falsa, como observa muy bien Ibn-al-Abbár. El autor hubiera debido decir 487.

obtenido de él un tratado; pero éste no fué observado mucho tiempo. Ibn-Djahháf permaneció poco al lado de Rodrigo, á quien molestaba su presencia y que queria derribarle. Encontró medio de hacerlo, segun se dice, con motivo de un tesoro de grau valor que habia pertenecido á Ibn-Dhi-'n-nun. Rodrigo desde que entró en Valencia, habia preguntado al cadí á este propósito y le habia hecho jurar en presencia de un gran número de hombres de ambas religiones que no poseia este tesoro. El cadí habia prestado los juramentos más solemnes sin saber las calamidades y dolores que el porvenir le tenia reservado. Rodrigo habia concluido con él un convenio en presencia de los dos partidos, convenio que habia sido firmado por los hombres más importantes de las dos religiones, y en el que se habia declarado que si en adelante Rodrigo encontraba este tesoro en casa del cadí tendria derecho á retirarle su proteccion y á derramar su sangre. Poco despues Rodrigo descubrió que el cadí poseia el tesoro, al ménos así lo pretendió; pero quizá no fué más que un falso pretexto. Sea lo que fuere, le quitó sus bienes y lo hizo poner en tortura, así como á su hijo, hasta que el desdichado cadí, traspasado de dolor, perdió toda esperanza; despues lo hizo

quemar vivo. Un testigo ocular me ha referido que el cadí fué enterrado hasta los sobacos en una fosa que habia sido abierta al efecto, y, que cuando ya estaba el fuego encendido á su alrededor, aproximó á su cuerpo los tizones ardiendo, á fin de precipitar su muerte y abreviar su suplicio. Quiera Dios escribir este hecho en la página en que ha registrado las buenas acciones del cadí, quiera mirarlo como suficiente para borrar los pecados que haya cometido, y en la vida futura se digne evitarnos estos horribles castigos y nos ayude á hacer cosas que merezcan su aprobacion.

«El tirano (maldigalo Dios) quiso entónces quemar tambien á la mujer y á las hijas del cadí, pero uno de los suyos le suplicó que les perdonase la vida, y, despues de no pocas dificultades, consiguió hacerle desistir de su proyecto. Libertó, pues, á esas mujeres del suplicio que Rodrigo queria hacerles sufrir.

«Esta terrible calamidad fué un rayo para todos los habitantes de la península y llenó á todas las clases de la sociedad de dolor y de oprobio; el poder de este tirano iba siempre en aumento, de suerte que llegó á ser una pesada carga para las comarcas bajas y para las comarcas elevadas, y llenó de temor á los nobles y á los pecheros. Alguno

me ha contado haberle oido decir en un momento en que sus deseos eran vivisimos y su avaricia llegaba á su extremo: «En tiempo de un Rodrigo fué conquistada esta península; pero otro Rodrigo la libertará;» frase que llenó de terror á todos los corazones é hizo pensar á todos los hombres que lo que temian y les asustaba llegaría bien pronto! Sin embargo, este hombre, azote de su tiempo, era por su amor á la gloria, prudente firmeza de carácter y valor heroico, uno de los milagros del Señor. Poco tiempo despues murió en Valencia de muerte natural. La victoria seguia siempre la bandera de Rodrigo (Dios lo maldiga); triunfó de los bárbaros; batió en diferentes encuentros á sus gefes, tales como García, llamado por irrision Boca de tortuga, el conde de Barcelona (1) y el

(1) En el texto dice: *El príncipe* (el gefe) *de los Francos*. Los historiadores árabes más modernos dan indistintamente el nombre de Francos á todos los pueblos cristianos de la Península; pero Ibn-Bassám llama constantemente á los castellanos y leones, *gallegos*; á los navarros, *vascos* y á los catalanes, *francos*. La Crónica General los llama tambien *Franceses*. Los trovadores llaman regularmente á los catalanes por su propio nombre, pero alguna vez le dan tambien el de *Francos*; véase por ejemplo el llamamiento á la Cruzada contra el Almohah-Jacob-Almanzor, por Gavaudan el viejo, (apud. Raynouard, *Choix des poésies, originales des troubadours*, t. IV, p. 87). Sábese que Cataluña era un feudo francés.

hijo de Ramiro (1). Entónces puso en fuga á sus ejércitos y mató, con un reducido número de guerreros, á sus numerosos soldados. Dicese que estudiábanse libros en su presencia y leyéndose los hechos y proezas de los antiguos héroes de la Arábia, cuando se llegó á la Historia de Mohallab quedó extasiado y se manifestó lleno de admiracion hácia ese héroe.

«En esta época, Abu-Ishâc ibn-Jafádja compuso sobre Valencia los siguientes versos (2): «Las espadas se han cebado en tu corral oh! palacio; la miseria y el fuego han destruido tu belleza; cuando al presente te se contempla, se medita largo tiempo y se llora.... Ciudad infortunada! Los desastres jugaban á la pelota con tus habitantes; todas las angustias han recorrido tus desiertas calles, la mano del infortunio ha escrito so-

(1) Todos los reyes de Aragon llevan entre los árabes el nombre de hijos de Ramiro.

(2) El célebre poeta Ibn-Jafádja habia nacido en Alcira en 1058 y murió en 1139. Ibn-Bassâm (man. de Gotha fól. 144 r. 183 v.) Ibn-Jácân (*Calâyid*, lib. 4^o. c. 1) é Ibn-Jallicân (t. I, p. 19-20 ed. de Slane) le han consagrado artículos. Su *Diwân* se encuentra en la biblioteca del Escorial n^o. 376, en la del Museo asiático en San Petersburgo, en la de Copenhague, en la de Cid Hammuda en Constantina y en fin en la Bibl. imperial (Asselin 418, 1518 del suppl. ar.) El Sr. Defrémery ha tenido la bondad de hojear este último ejemplar, pero no ha encontrado en él los cuatro versos citados por Ibn-Bassâm.

bre las puertas de tus patios, tu no eres ya tu, tus casas no son ya casas! Cuando el emir de los musulmanes (Dios le sea propicio) hubo oido esta horrorosa nueva y se hubo enterado de esta terrible desgracia, hizo grandes esfuerzos. Valencia era para él como una paja que se mete en un ojo; no pensaba más que en ella, ella sola ocupaba sus manos y su lengua. Habiéndolo enviado para reconquistarla tropas y dinero, tendió sus lazos. La suerte de las armas fué desigual; ya la victoria se declaraba por el enemigo ya por el ejército del emir de los musulmanes. Por fin este borró la mancha que habia caido sobre la ciudad y labó el ultrage que habia recibido. El último de los generales que envió allí á la cabeza de un numeroso ejército, fué el emir Abu-Mohammed Masdali, (1) la punta de la espada del emir de los musulmanes y el cordon de que se servia para ensartar sus perlas. Dios le hizo conquistar la ciudad y permitió que fuese libertada por él, en el mes de Ramadhán

(1) Este nombre era de origen berberisco, los lexicógrafos árabes no traen su pronunciaci6n, pero hemos creido deber seguir la que se encuentra en un manuscrito de Ibn-Jaldun que posee la biblioteca de Paris (Masdali), y en una antigua cr6nica española, los *Anales Toledanos segundos* p. 403, Almazdali; el artículo está de sobra.

(1) del 495. Quiera Dios concederle un puesto en el sétimo cielo y dignarse recompensarle por su celo y sus combates en favor de la santa causa, concediéndole las mayores recompensas, que están dedicadas á aquellos que practican la virtud.

En esta época Abu-Abderraman ibn-Táhir escribió al visir Abu-Abdalmelic ibn-Abdalaziz una carta en que le dijo:

«Os escribo en medio del mes bendito (2); hémos conseguido la victoria, puesto que los musulmanes han entrado en Valencia (quiera Dios volverle la fortaleza) despues que ha sido cubierta de oprobio. El enemigo ha incendiado la mayor parte y la ha dejado en un estado tal, que se quedan estupefactos cuantos se informan de ella y se sumergen en una silenciosa y sombría meditacion. Aun lleva los vestidos negros con que ha sido cubierta; su mirada está velada y su corazon, que se agita entre carbones ardiendo,

(1) Esta noticia es inexacta. En 495 Ramadhán comenza ha el 19 de Junio y acababa el 18 de Julio de 1002, pero segun ibn-al-Abbár Valencia fué reconquistada en el mes de Redjeb 495, é Ibn-al-Jatib trae la fecha precisa á saber: el 15 de Redjeb, es decir, el 5 de Mayo de 1102. Los Anales Toledanos I, dicen tambien. «El rey D. Alfonso dexó deserta á Valencia en el mes de Mayo, Era 1140. «El hecho es que Ibn-Bassám ha sacado una falsa conclusion de la carta de Ibn-Táhir.

(2) Ramadhán.

áun lanza suspiros. Pero le queda su cuerpo delicioso, le queda su terreno elevado que se parece al musgo oloroso y al oro rojizo; sus jardines que abundan en árboles, su rio lleno de límpidas aguas, y gracias á la buena estrella del emir de los musulmanes y á los cuidados que le prodigará, se disiparán las tinieblas que la cubren, recobrará su tocado y sus joyas, por la tarde se adornará de nuevo con sus magníficos vestidos y aparecerá en todo su esplendor, semejante al Sol cuando ha entrado en el primer signo del Zodiaco (1). ¡Alabado sea Dios, el Rey del Reino eterno, porque nos ha purgado de politeistas! Ahora que ha sido devuelta al Islam, podemos de nuevo gloriarnos de ella y consolar nos de los dolores que el destino y la voluntad de Dios le habian causado.

»Hácia la misma época escribió al visir y faquí Ibn-Djahháf esta carta de pésame por la muerte de su primo hermano, que habia sido quemado y de la cual hemos hablado más arriba.

«Un hombre que, como vos (quiera Dios evitarnos las desgracias!) está lleno de religion y es inquebrantable en la fé; que tiene

(1) Sabido es que el Sol entra en el signo de Aries en el equinocio de primavera.

una conciencia pura, que vanamente busca quien la iguale; que posee una incontestable superioridad de espíritu y que conoce las vicisitudes de la fortuna; un hombre de esta especie sobrelleva pacientemente las calamidades, las desdeña y las desprecia, porque sabe que tales son las vicisitudes del destino y de la fortuna, que hay un tiempo en que es preciso morir, y que la suerte ha dispuesto de antemano todo lo que sucede. Pues bien; la desgracia (plegue á Dios que jamás os persiga ni os arrebatase de nosotros) ha querido que el faquí, el cadí Abu-Ahmed, (á quien Dios haya perdonado!) fuese privado de su alta dignidad y condenado á muerte. Las estrellas de la gloria, lo juro, han desaparecido cuando murió este hombre; los cielos de la nobleza derramaron lágrimas cuando murió y abandonó este mundo. Se parecía por su noble conducta y el socorro que prestaba á los desgraciados, á la lluvia durante un verano estéril, á la leche en el tiempo que escasea; lejos de ser cruel gustaba de perdonar las ofensas; afable con sus vecinos y muy estimado de sus amigos, con su cortesía seducía los corazones y cautivaba á los hombres libres con su bondad. Ahora que ha muerto y el fuego ha consumido sus restos, el mundo viste de luto por él. Como

governaba celosamente la ciudad y exterminaba á sus enemigos, ésta derrama ahora lágrimas tan abundantes como las gotas de lluvia en la primavera y donde quiera deplora su pérdida. Oh! ¡Cuán presto le ha arrebatado la muerte, y precisamente cuando era vuestra alegría, cuando os habia dado la gloria por collar y habia elevado sobre todos vuestro poder! Pero, tened confianza, por grande que sea nuestra desdicha hemos sido criados por Dios y volveremos á él, sepamos sobrellevar nuestra pérdida con una resignacion de que Dios nos recompensará largamente en la vida futura, aunque tengamos verdadero motivo para afligirnos porque el difunto era de un origen ilustre y para nosotros una montaña inaccesible á nuestros enemigos y un asilo situado sobre la altura. La misma desgracia nos ha herido á los dos; pero procuremos consolarnos; si lo conseguimos será para nosotros el más precioso tesoro en la otra vida y tendremos derecho á la mayor remuneracion.

«Dice Abu-'l-Hasan: Abu-Abderramam ha compuesto tantas obras excelentes y sus pensamientos y sus acciones son tan bellas, que sus hechos no cabe referirlos aquí, ni tampoco desenvolver toda la nobleza de su carácter. Pero yo he copiado la mayor parte

de sus composiciones en un libro aparte, al que he puesto el título de *Hilo de perlas*, sobre los cartas de Ibn-Táhir. En este momento vive en Valencia, ha conservado el uso completo de sus facultades; aunque tiene cerca de ochenta años, conserva buen oído, aún vierte sobre el papel ideas que roban todo su brillo á los collares de perlas y en comparacion de las que, las noches iluminadas por la hermosa luna, son oscuras: pero lo que hemos escrito debe bastar, porque ¿qué hombre podia agotar todo lo que hay que decir sobre el asunto?»

Ibn-Bassám, como se vé, no da una biografía propiamente dicha del Cid; contentóse con indicar los principales hechos que señalaron el curso de su vida, aunque las noticias que suministra son de gran importancia: segun él, Rodrigo habia estado al principio al servicio de los Beni-Hud, reyes árabes de Zaragoza. Los *Gesta* dicen lo mismo pero á Masdeu (p. 177-178) le parece esta circunstancia completamente increíble; los autores contemporáneos del Cid, pretenden, jamás se ocuparon de tal cosa ni los de los dos siglos siguientes; es pues una fábula inventada por los romanceros y juglares, pues es imposible creer que un príncipe mahometano concediese su confianza y su amistad á

un enemigo de su religion, y que los súbditos de este príncipe tolerasen entre ellos semejante hombre. Esto sería llevar las cosas hasta un extremo increíble, dice Masdeu. Sin duda que hay en esto algo ridículo; pero no es el relato del historiador latino robustecido por el testimonio de un autor árabe contemporáneo del Cid.

Ibn-Bassám atestigua tambien que Rodrigo combatió en diferentes ocasiones al conde de Barcelona, al rey de Aragon y á García apellidado Boca de tortuga, apodo que los autores cristianos han evitado á su compatriota García Ordoñez, el conde de Najera, enemigo mortal del Cid. Masden niega que tuviese lugar ni una sola de las guerras referidas en los *Gesta*.

El relato del sitio de Valencia tal como lo trae Ibn-Bassám, ofrece muchos puntos de contacto con el de la *Crónica general* que ha sido considerada como absurda.

Por último; no hay nada que no se encuentre; hasta la terrible palabra pronunciada por Rodrigo, aunque está no en un escrito que pretende pasar por histórico, sino en un romance. Verdad es que la idea de Rodrigo ha revestido aquí una forma ménos altanera; pero es preciso tener en cuenta que en Ibn-Bassám, el Cid habla á un árabe,

miéntras que en el romance se dirige á su señor. «No soy tan mal vasallo, dijo á Alfonso; pues si hubiera otros muchos como yo, se conseguiría recuperar en breve lo que el rey godo perdió.

Como el pasaje de Ibn-Bassán parece demostrar que los documentos cristianos y especialmente los *Gesta* y la *Crónica general*, merecen más confianza de la que los historiadores modernos le han concedido, creemos deber someter estos documentos á un nuevo examen comenzando por la *Crónica general*.

II.

Francisco.

Remember she's the dutchess

Marcella.

But used with more contempt, than if I were
A peasan's daughter; baited, and hooted at,
Like to á common strumpet.

Massinger, *The Duke of Milan*, II, 1.

Let me see the jewel, son!

'T is a rich one, curious set,

Fit a prince's burget.

Fletcher, *Women pleased*, IV, 4.

En la segunda mitad del siglo XIII, Alfonso X, apellidado el Sábido, compuso la *Gran crónica de España*, conocida con el nombre de *Crónica General*, consultando para ello las crónicas latinas de Lúcas de Tuy y de Rodrigo de Toledo, y valiéndose tambien de los poemas españoles que trataban de asuntos históricos, como hizo Tito Livio, no tomándose en algunas ocasiones, ni aún el trabajo de hacer desaparecer la medida ó las asonancias. Además disponia de algunos libros árabes, entre los cuales si habia algu-

nos dignos de crédito, otros, como los que trataban de la conquista de España por los musulmanes, eran más bien romances históricos.

Indudable es que hay poca crítica en este gran trabajo, y no podía ser de otro modo, pues en aquella época aún no existía en la España cristiana la crítica histórica. Sin embargo, el libro tiene grandes méritos. Encuéntrense en él las investigaciones de una multitud de poemas épicos, que de otro modo no hubiéramos conocido y ha creado la prosa castellana (no esa pálida prosa del día, que, falta de carácter é individualidad, es, en la mayor parte de los casos, francés traducido palabra por palabra) sino la verdadera prosa castellana, la del buen tiempo antiguo, la que retrataba tan fielmente el carácter español, esa prosa vigorosa, abundante en largos períodos, viva, grave, noble y sencilla á la vez, y esto en un tiempo en que los otros pueblos de Europa, sin exceptuar los italianos, estaban aún muy léjos de haber producido una obra en prosa que se recomendase por su estilo.

La historia del Cid llena más de la mitad de la cuarta ó última parte de la *Crónica General*, sobre la cual han ocurrido dudas sobre si fué ó no compuesta por Alfonso, co-

mo las tres precedentes. Florian de Ocampo, que dió á luz, en 1541, una pésima edición de la obra, nos enseña en dos notas colocadas al fin de la tercera y cuarta parte, que en su tiempo muchas personas instruidas pensaban que ésta no había sido añadida hasta después de la muerte de Alfonso X, por orden de su hijo Sancho; que se compone de fragmentos dispersos, escritos por autores antiguos á los cuales ha faltado una mano hábil que los corrija, como Alfonso había corregido las otras tres partes. Estas notas de Florian de Ocampo descansan en el falso supuesto de que Alfonso no escribió la *Crónica*, mereciendo tomarse en consideración si se tratase realmente aquí de una tradición algo antigua; mas, después de un maduro exámen solo veo lo siguiente: algunas personas del siglo XVI observaron cierto hecho y de él han sacado una conclusión. En efecto, Florian de Ocampo y sus amigos encontraron que el estilo de la cuarta parte difería del de las otras tres y observaron en ella *vocablos más groseros*. Esta diferencia no es, sin embargo, tan palpable como se asegura, pues dejando á un lado el relato del sitio de Valencia, todo el resto de la cuarta parte está escrito en el mismo estilo que las otras tres. Pero Florian de Ocampo parece

haberse fijado especialmente en lo estenso del relato y lo ha encontrado demasiado mal escrito para poder admitir que el sábio rey lo hubiese dejado correr; de ahí sin duda su conjetura, pues no otro nombre nos atrevemos á dar á su observacion. El mal estilo del acriminado relato puede explicarse, á nuestro parecer, de diferente manera; pero es preciso observar además que el príncipe D. Juan Manuel, que escribió un compendio de la crónica de su tío, no dice en modo alguno que el fin no fuera de aquél; presenta la obra toda como de Alfonso y nadie, á lo que parece, habia dudado de ello antes de que Florian de Ocampo escribiese sus dos notas. No hay, pues, ninguna razon verdadera para no atribuir esta cuarta parte al autor de las tres precedentes.

Alfonso se valió para escribir la vida del Campeador de Lúcas de Tuy, de Rodrigo de Toledo, de los *Gesta* y de la *cancion del Cid*, mas cuando de su relato se excluyen los fragmentos sacados de estos cuatro libros y algunas cortas narraciones fundadas evidentemente sobre la tradicion ó sobre poemas, queda un gran pedazo que no se encuentra en las citadas obras. En este largo fragmento se distinguen dos partes que tienen un carácter completamente distinto; y la última

llena de milagros y hechos que están en abierta oposicion con el testimonio de los historiadores, no es, en nuestro sentir, más que una leyenda compuesta en el cláustro de San Pedro de Cardaña, de la que volveremos á ocuparnos oportunamente. La primera parte es una historia detallada de Valencia, desde la toma de Toledo por Alfonso VI hasta la conquista de Valencia por el Cid.

No sabemos á punto fijo los agravios que hay contra esta crónica, pues en ninguna parte hemos hallado una crítica robustecida con razones y pruebas, sin duda se creyó que este relato no merecía semejante honra. Masdeu, que ha consagrado muchas páginas al exámen de los *Gesta*, se desentiende no solo del relato en cuestion sino de toda la *Crónica General*, con estas pocas palabras: «Coloco ésta historia entre el catálogo de los romances, porque, á juicio de los sábios, tal es el lugar que conviene á la mayor parte de estos relatos y sobre todo á aquellos que se ocupan de la vida y las hazañas del Campeador.» Tal es poco más ó ménos la opinion de todos los historiadores modernos. Uno solo entre ellos, el Sr. Huber ha abandonado últimamente la opinion general de que aún participaba en 1829 al publicar su *Historia del Cid*. La opinion emitida por el Sr. Hu-

ber de que dimos cuenta en la introducción, hace sin duda mucho honor á su tacto y crítica, pero desconociendo el árabe y no encontrándose familiarizado con las narraciones de los historiadores musulmanes no ha podido probar su tesis; tampoco sabemos que hasta ahora haya encontrado prosélitos, así que limitándonos á recomendar á nuestros lectores el argumento del Sr. Huber nos vemos obligado á seguir nuestras propias inspiraciones.

Si este trozo no es historia, ¿qué es? Ningun milagro contiene, nada que caracterice la leyenda; por el contrario, el punto de visto del cronista, léjos de ser católico es esencialmente musulman, pues un autor católico jamás hubiera compuesto un relato de tal naturaleza y se hubiera guardado mucho de emplear frases como la siguiente (fól. 331, col. II): (1) «Entónces vió (tratase de Ibn-Djahláf) la imprudencia que habia cometido arrojando á los Almoravides fuera de la villa y fiandose en hombres de diferente religion.» Este trozo no es, pues, una leyenda: ¿será por casualidad un poema refundido en prosa? Pero no es nada poético, á ménos que la poesía hubiese tenido la extravagancia de ir

(1) Citamos la edición de Zamora, del año 1544.

á sepultarse en tarifas de viveres y en otras cosas tan llanamente prosáicas. Además sería nesario tener una idea muy singular de la poesía española y de la fiereza castellana para pensar que un poeta hubiese representado al héroe de su nación como á un traidor infame que conculca los tratados más solemnes, como á un monstruo impio que hace quemar en un solo dia diez y ocho afamados valencianos y hace despedazar á otros tantos por los perros. ¿Es este el Cid siempre leal, siempre noble de la *Cancion* y de los romances? ese Cid de quien hubiera podido decirse:

Deus! con se joignent en lui bel

Cuers de lion et cuers d'aignell (1)

No, mil veces no. Este es el Cid de Ibn-Basam y de otros historiadores árabes.

Hay, en efecto, pruebas evidentes de que este relato fué traducido del árabe. El estilo contrasta singularmente con el estilo ordinario de la *Crónica*: crudo y embarazoso, ambiguo é incompleto tiene todas las trazas de una traducción no solo fiel, sino servil; de una traducción que quiere conservar hasta las construcciones mismas del original; algunas veces es tan oscuro, sobre

(1) *Partonopeus de Blois*, vs. 8599, 8600.

todo cuando el escritor se embrolla en los pronombres posesivos (el empleo de estos pronombres hace oscura toda traducción servil de una obra árabe) que nos atrevemos á decir que una multitud de sus frases son inteligibles para quien no sabiendo el árabe, le es imposible traducir estas enrevesadas frases. El estilo es estremadamente sencillo, aunque de cuando en cuando se encuentran locuciones muy frecuentes entre los historiadores árabes más sobrios de adornos, locuciones que por su frecuente uso han llegado á perder su fuerza en árabe, pero que producen un singular efecto cuando se traducen en lengua europea literalmente, como lo ha hecho el traductor español de este trozo. Un castellano jamás hubiese escrito en medio de una narración muy prosáica: «la candela de Valencia matóse y se oscureció la luz (1).» En árabe la frase citada es muy frecuente. Encuéntrase además (fól. 333, col. 3): «y todo el pueblo estaba ya en las ondas de la muerte.» Jamás un español hubiese empleado esta metáfora árabe. En otro lugar (fól. 328, col. 2): «dando grandes voces así como el trueno é sus amenazas de los

(1) «Amatóse la candela de Valencia é escureció la luz.» Fól. 314 col. 3.

relámpagos,» lo cual no puede traducirse en otra lengua, excepto la árabe, por más que vertido al castellano palabra por palabra sea efectivamente: «á sus amenazas de los relámpagos,» «et eorum mince ex fulminibus.» La expresión es muy conocida en árabe pero es necesario traducirla ménos servilmente si queremos que nos entiendan. La traducción española es efectivamente muy servil. En vez de hacer decir á Ibn-Djahláf que quería entrar en la vida privada ó que habia entrado en ella, se le hace decir «que el quería ser como uno dellos» (1) «que se consideraba en el lugar de uno de ellos;» (2) expresiones tan poco españolas como francesas, aunque sí enteramente árabes. En un discurso del Cid se lee: «ca yo amo á vos é quiero tornar sobre vos», expresión arábiga. Más arriba se encuentra: «e mando que no metan cautivo ninguno en la villa,» lo que traduce un autor francés del modo siguiente: «he ordenado que no hagan entrar cautivos en la villa:» siendo este en efecto, á lo que parece, el sentido de las palabras españolas, aún cabe preguntar el porqué prohibiría el Cid que entrasen cautivos en Valencia.

(1) «É que quería ser como uno dellos. Fól. 328, col. 4.»

(2) Fól. 330, col. 4.

Las palabras árabes que en otro texto se emplean responden perfectamente á las españolas y significan: «Ordeno que no se detenga á nadie en la ciudad;» y traducéndolo de esta manera resulta un sentido enteramente racional y claro. Además se lee: «el rey de Zaragoza no le tornó la cabeza (1);» lo que debe significar que este rey no hizo caso del mensajero de Ibn-Djahháf y no quiso escuchar sus proposiciones. En árabe efectivamente en este sentido se usan estas palabras, mas esta frase no se emplea en español ni en ninguna lengua románica. En otro lugar (f. 324, col 3.^a) se encuentra una expresión no ménos singular. Cadir ha sido asesinado por órden de Ibn-Djahháf, «é vino gran compañía é tomó el cuerpo é puso en las treses del lecho.» En vez de *treses*, que nada significa (2), debe leerse *trozos*. Traduzcamos; «y vino una gran compañía y tomó el cuerpo y lo colocó sobre los pedazos del lecho.» Lo que aquí no conviene de modo alguno, pues no se ha dicho anteriormente que el lecho estuviese roto, ni aun se ha tratado

(1) Nol tornó cabeza el rey de Saragosa, (f. 332, col. 2.^a).

(2) La edición, así como los antiguos manuscritos, lleva siempre una ç cedilla cuando esta letra tiene el valor de z, bien se encuentre antes de la a, la o, la u, bien preceda á r ó i.

de él. Tampoco el antiguo editor Florian de Ocampo ha comprendido esta frase, puesto que hizo imprimir *treses* en lugar de *trozos*; ni el redactor de la *Crónica del Cid* la entendió, pues dijo «y le puso sobre cuerdas y sobre un lecho. (1)» La palabra árabe, que aquí se emplea significa, en efecto, troncos, pedazos de leña, y significa un lecho. (2). Podemos, pues, traducir, *sobre los troncos del lecho*; traducción que de ninguna manera espresa la idea del autor, significando también la palabra árabe una *camilla*, y la otra palabra, que en el mismo párrafo se emplea, las piezas de madera de que ésta se compone. Aun hoy no es usada la caja en Marruecos, aunque sí en Egipto; cuando se ha lavado el cuerpo se le coloca sobre una camilla, se le cubre con una pieza de tela y se le lleva al cementerio. (3) La misma costumbre existía en España, y los autores árabes de este país se valen á menudo de la palabra en cuestión «pedazos de madera,» tomada aisladamente, para desig-

(1) E puso sobre unas sogas é en un lecho, (cap. 165.)

(2) Esta significacion falta en los diccionarios, pero hace tiempo que hemos dado ejemplos de ello. Véase *Script. Arab. loci de Abbad.*, t. I, p. 263 y compárese la excelente traducción de los *Viages de Ibn-Batutah en la Persia y en el Asia central*, que han sido publicados por M. Deffrémery, (p. 48).

3) Jackson, Account of Marocco, p. 157.

nar la camilla sobre la que se lleva un muerto al cementerio. Así que Ibn-Jácân (1) dice de un hombre que acababa de morir: «fué colocado sobre una camilla,» literalmente «en unas piezas de madera.» En un poema (2) que compuso Motamid, ex-rey de Sevilla, cuando sintió aproximarse su muerte, se encuentran estos versos: «Antes de haber visto esta camilla ignoraba que las montañas (así es como los árabes llaman á los héroes) eran trasportados sobre pedazos de madera.» Esta frase es también muy frecuente, y en vez de traducir «se colocó el cuerpo sobre los pedazos del lecho,» el traductor español hubiera debido decir «se colocó el cuerpo sobre la camilla.» En efecto, inmediatamente se dice que «se le cubrió de una vieja *acitara*, (gualdrapa ó mantilla) se le llevó fuera de la ciudad y se le enterró.»

Aun debo hacer notar otra simpleza del autor español que bastará para convencer á los más incrédulos que este relato ha sido realmente traducido del árabe. Después de la insurrección de Ibn-Djahláf, todos los partidarios de este rey emprendieron la huida. «Fuxeron para un castello que dezien Ju-

(1) «Calâyid,» man. A., t. I, p. 96.

(2) Apud. Abd-al-wáhib, p. 112.

bala con un *pañó* de Benalfarax, aquel preso que fuera su alguazil del rey é del Cid.» Huyeron hácia un castillo llamado Jubála con una *pieza de tela* de Benalfarax (Ibn-al-Farádj) el que estaba ahora prisionero y había sido antes el visir del rey y del Cid.» Preciso es confesar que esta pieza de tela produce aquí un singular efecto, sobre todo si se atiende á que en adelante no se vuelve á hacer mérito de ella. Siguiendo la traducción encontramos otra frase que, sin duda, puede significar: “con una pieza de tela, de Ibn-al-Farádj,“ pues la palabra árabe que aquí se emplea significa muy á menudo una pieza de tela (1); pero este sentido no es aquí el adecuado, pues puede significar también un batallón, un escuadrón, una cuadrilla de soldados. (2) Conviene, pues, traducir “con una cuadrilla, (con soldados) de Ibn-al-Farádj,“ y entónces todo queda perfectamente.

En rigor bastarian estos argumentos sacados del carácter y del estado del relato; pero los hechos vienen aún á comprobar lo que venimos sustentando y á disipar hasta

(1) Véanse los ejemplos que hemos citado en el Diccionario detallado de los nombres de los vestidos entre los árabes, (p. 368).

(2) Véase *Script Arab. loci*, t. II, p. 232.

el ménor asomo de duda. Este relato podemos inspeccionarlo á menudo con ayuda de los autores árabes y á veces con el auxilio de las crónicas y de las cartas cristianas; así lo hemos hecho y hé aquí el resultado de nuestro exámen. Hemos encontrado que este relato concuerda siempre perfectamente con los autores árabes más antiguos y más dignos de crédito; que en él no se hallan las faltas que ofrecen las obras de los autores arábigos más modernos; que contiene hechos y nombres propios poco conocidos y que solo por accidente se ven en los autores musulmanes, pero que son de una escrupulosa exactitud, así como los detalles tipográficos; que aún las palabras y las frases empleadas por el autor se encuentran en los escritos arábigos que tratan de esta época, sobre todo en el *Kitab-al-ictifá* excelente crónica que fué compuesta en la segunda mitad de siglo XII, por un faqui africano Ibn-al-Cardebous (1). Para robustecer con algunas pruebas lo que acabamos de manifestar notaremos desde luego que la crónica habla de una puerta de Valencia que llama Belsahanés, lo que significa, dice, «Puerta de la culebra.» Es necesario leer *Bebal-*

(1) Abu-Mewârn Abdalmelic ibn-at-Tauzari. Conozco el nombre del autor del *Kitab-al-ictifá* por Ibn-Chebât que lo cita muy á menudo.

hanés (comparese Alcalá, en la palabra culebra.

Habia efectivamente en Valencia una puerta llamada así; Ibn-Jácán habla de ella en su capítulo sobre Ibn Tâhir. En otro lugar la crónica hace mencion de un personaje de Valencia que llama *Mahomad abenhayén alaronxa*. Es preciso leer Abu-Mahomad y alarouxa ó alarouxa (los autores españoles de la edad media dan frecuentemente á los nombres relativos la terminacion *a* en vez de *i*). Este personaje vivía realmente en Valencia hácia la época de que habla la crónica; el biógrafo Dhabbí le ha consagrado un artículo del cuál Casiri, (t. II, p. 138,) ha publicado un extracto y el Sr. Defrémery ha tenido la bondad de copiárnoslo del manuscrito de la Sociedad asiática, Léese en él, que Abdalláh ibn-Haiyán (ó Hayén segun la pronunciacion de los árabes de España,) al-Arauchí (1) era un sábio teólogo nacido en el 409, de la Hégira y que fué á establecerse en Valencia, donde murió en 487, 1094 de nuestra era. Habla también la Crónica de un gobernador de Játiva que llama Abenmacor, personaje que también se encuentra incidentalmente nombrado por los autores árabes. Así Ibn-Bassám dijo: (man. de Ox-

(1) En el manuscrito así se lee con las vocales.

ford fól. 109, v.) que cuando Motamid hubo hecho poner en prision á su visir Ibn-Am-már en el año de 1084, muchas personas pidieron su indulto y entre otras el gobernador de Játiva Ibn-Mahcur. Si no nos es infiel la memoria Ibn-Bassâm ha copiado la carta que Ibn-Mahcur escribió á Motamid en esta ocasion y tenemos á la vista el extracto de otra que Motamid hizo escribir en respuesta á la de Ibn-Mahcur. Este extracto se encuentra en la enciclopedia de Nowairí man. de Leyden n.º. 273, p. 549. El gobernador de Játiva se halla allí nombrado por error Ibn-Yahfur más por lo demás la pronunciacion de la crónica es enteramente exacta, pues los árabes de España apénas dejaban percibir la *h* dando además al wan el sonido de *o*. En otro lugar (fól. 324, col. 4,) cuenta la crónica que Ibn-Djahháf aborrecia á su primo hermano (1) el *alcalde mayor* de la ciudad que encerraba la autoridad de su primo en límites muy reducidos (*nin mandaba nin vedava*, dice el texto lo cual es tambien una frase árabe); que solo le daba muy corto sueldo, y en fin lo vejaba de todas las maneras posibles. Ibn-Jácán é

(1) En vez de hermano como dice la edicion de la crónica debe leerse *primo cormano* con la crón. del Cid c. 466.

Ibn-Bassâm refieren lo mismo y su testimonio se confirma con la carta dirigida por Ibn-Talúr á este primo de Ibn-Djhháf, traducida más arriba. Además (fól. 330, col. 4 y fól. 331, col. 2) la crónica da á un oficial de Ibn-Djahháf el nombre de *Atetoin* ó *Atetorui*. Una y otra version se encuentran alteradas, pero la última se acerca más á la verdad. Es preciso leer *Atecorni* pues en los manuscritos la *c* y la *t* asi como la *n* y la *u* se permutan fácilmente. Este nombre relativo se escribe en árabe de tal manera que todo el mundo pronunciaria *at-Técornî* si no se supuese por el *Lobb-al-lobb* de Soyuti y por los Diccionarios geográficos que es necesario pronunciar *at Técoronî* (1). Así pues, los *Técoronî* eran realmente una familia valenciana, y sabemos por Ibn-Bassâm (man. de Gotha, fól. 10 r.) que uno de ellos Abu Amir ibn *Técoronî* habia sido visir bajo el reinado del rey de Valencia, Abdalaziz Almanzor.

Cuenta la crónica que cuando Cádiz emprendió la fuga, ocultó en su faja un collar de gran precio y luego añade: «é diz que fué de Seleyda mujer que fué de Abenarre-

(1) Este nombra relativo proviene de una ciudad del Mediodia llamada Tecoronna. Esta es la palabra latina *corona* á la que se ha unido el prefijo berberisco.

xit el que fué señor de Belcab: é que pasó despues á los reyes que dizien Benuiuoyas que fueron señores del Andaluzia.» Todos los nombres propios han sido alterados aquí por los copistas ó por el editor, pero el autor habia querido decir que este collar habia pertenecido al principio á Zobaida esposa del califa de Bagdad Hárun ar Rachíd y despues á los Omeyas de España. Un pasage de Ibn-Addárf (t. II. p. 93) confirma esta noticia. En él se lee: «cuando Mohamed Amín hijo de Hárun ar Rachíd fué muerto en el año 813 y sus riquezas saqueadas, sus joyas y sus muebles preciosos fueron traídos á España y se envió á Abderrahman II, sultan de este país, el collar conocido con el nombre de *Collar de las lentejas* (créese que se llamó así por estar compuesto de piedrecitas verdes y redondas, de pequeñas esmeraldas) que habia pertenecido á Zobaida.

En otro lugar (fól. 325, col. 1 y 2) se lee que despues de la muerte de Cádiz, Abu-Isá-Ibn-Labbun, señor de Murviedro, cedió sus castillos á Ibn-Razín, con la condicion que este habia de proveer á su subsistencia, y él fué á establecerse al Albarracin con sus mujeres, hijos y amigos. Esta noticia se confirma no solo por Ibn-al-Abbár, Ibn-Jacân é Ibn-Bassâm, sino tambien por algu-

nas composiciones poéticas hechas por los mismos Ibn-Razín é Ibn-Labbun.

Las semejanzas entre el relato de la crónica y el Kitáb-al-ictifá, son tan numerosas y sorprendentes que nos hemos de limitar á citar un solo ejemplo de ellas. Haremos observar que las noticias que dan estas dos obras sobre los bandos del Cid y de Alvar Fañez son absolutamente las mismas. «Estos bandos, añade la crónica, (f. 331, col. 4.^a) daban un moro por un pedazo de pan ó un jarro de vino.» La misma frase se encuentra en la crónica árabe.

Mas el relato traducido por Alfonso el Sábios mucho más completo, más circunstanciado y más exacto que todos los de los demás autores árabes. Y lo es de tal manera, que no pudo ser hecho más que por un árabe que residiese en Valencia mientras el Cid sitiaba á esta ciudad. El autor parece haber escrito la historia de su tiempo hasta el momento en que Ibn-Djahnáf fué arrojado en prision y creo que no pudo continuarla porque fué uno de aquellos á quienes el Cid hizo quemar á fines de Mayo ó principios de Junio del año 1095, juntamente con Ibn-Djahnáf.

En efecto, el relato es exacto hasta la época en que éste fué puesto en prision; pero

su muerte se cuenta de un modo singular. El Cid lo hizo juzgar por el faquí que habia nombrado el cadí y por los patricios de Valencia, los cuales decidieron que, puesto que habia matado á su rey, merecía, segun la ley musulmana, ser muerto á pedradas. A este relato pueden hacerse dos objeciones: primera, que está en contradiccion con el testimonio de Ibn-Bassân, autor contemporáneo, y con el de Ibn-al-Abbâr, historiador muy exacto y además valenciano: segunda, que no hay ley musulmana, al ménos que sepamos, que diga tal cosa. Despues de colocar este inventado relato, Alfonso se vale exclusivamente de libros cristianos, donde no se encuentran huellas de la crónica árabe. ¿Cómo explicar esta circunstancia? ¿Supondremos acaso que Alfonso alterase la narracion del suplicio de Ibn-Djahlháf porque presentaba al Cid bajo un aspecto muy desfavorable? No lo cremos; Alfonso no pudo tener este motivo, toda vez que no ha disimulado otros hechos en que el Cid se manifestaba más cruel todavía que en estas circunstancias. Preciso es, pues, admitir que la crónica árabe no contaba el suplicio de Ibn-Djahlháf; que Alfonso lo tomó de una obra cristiana, y especialmente de la leyenda de Cardeña, y por último, que el cronista

musulman se vió obligado por un accidente cualquiera á interrumpir bruscamente su trabajo.

Ahora está fuera de duda que el Cid hizo quemar vivos en 1095 no solo á Ibn-Djahlháf y sus parientes sino á otros muchos: entre éstos desdichados se encontraba un hombre de letras, que habia desempeñado el empleo de secretario cerca de un visir, y se llamaba Abu-Djafar-Battî (es decir originario de Batta, uno de los pueblos situados en los alrededores de Valencia). (1) ¿No podria suponerse que este escritor es el autor del relato traducido en la *Crónica*? Admitido esto, naturalmente se explicaria por qué este relato se interrumpe tan bruscamente, y por qué no se hace mencion en él del suplicio de Ibn-Djahlháf. Aun debemos hacer observar que á través de la ruda y pesada traduccion española puede vislumbrarse con facilidad una edicion árabe elegantísima circunstancia que aboga en pró de nuestra suposicion, pues Abu-Djafar-Battî era un literato muy distinguido.

Por lo demás, esta crónica, cualquiera que sea su autor, es sin disputa el mejor ejemplar que poseemos de la historiografía

(1) Véase Maccari, t. II, p. 429 y 755.

árabe del siglo XI, y Alfonso el Sábio tiene derecho á nuestro reconocimiento por habernos conservado siquiera sea en una traduccion bárbara ésta, joya inapreciable.

Todavía nos resta explicar cómo y por qué esta traduccion de la crónica árabe se encuentra en la *Crónica General* y refutar la opinion de los que piensan que el relato que nos ocupa tiene por autor á un cierto Abenalfange ó Abenalfarax; opinion generalmente aceptada cuando Escolano escribió su excelente *Historia de Valencia*, es decir, á principios del siglo XVII y adoptada últimamente por M. Huber. Mas antes de abordar esta cuestion, diremos lo que es la *Crónica del Cid*.

En pocas palabras resumiremos el resultado de nuestro exámen acerca de esta crónica, publicada por primera vez en Búrgos en 1512 por Juan de Velorado, abad de San Pedro de Cardeña, segun el manuscrito de aquel convento. Diremos, pues, que no es otra cosa que la parte correspondiente de la *Crónica General* retocada y refundida arbitrariamente por algun ignorante del siglo XV ó cuanto más de fines del XIV; probablemente por un monge de San Pedro de Cardeña, y de nuevo retocada y refundida tambien, arbitrariamente, á principios del

siglo XVI por el editor Juan de Velorado.

Para probar la última tésis, citaremos el testimonio de Berganza, el cual no ha sido notado ni aún por el último editor, M. Huber, ni á nuestro parecer, por ninguno de aquellos que en estos últimos tiempos han hablado de la *Crónica del Cid*. Es preciso observar que Berganza que publicó su libro en 1719 y que es el único escritor que ha comparado la edicion de Velorado con el manuscrito de Cardeña, dice lo siguiente (t. I, p. 390): “Debo advertir que la *Crónica del Cid* impresa, no concuerda en lo concerniente á ciertos detalles y á ciertos capítulos, con la crónica manuscrita; así me atenderé á la que se encuentra en nuestros archivos. He visto además por algunos cotejos suministrados por el señor Defrémery que la edicion de Velorado difiere muy notablemente del manuscrito de la *Crónica del Cid*, que posee la Biblioteca imperial (n. 9988). Este manuscrito se aparta ménos de la *Crónica General* que la edicion de Velorado; pero, sin embargo, cuando no se tiene á la vista el manuscrito de Cardeña, es imposible manifestar qué cambios es preciso atribuir al antiguo monge y cuales á Velorado, aunque todos, sin escepcion, son muy importunos y á menudo ridiculos. En el relato árabe, los dos

redactores no han comprendido una multitud de frases, poco españolas, en verdad, saltando por ellas ó cambiándolas con poquísimos acierto. Además aunque los detalles de este relato, tal como se encuentran en la *Crónica General* concuerdan perfectamente con los arábigos, no sucede otro tanto con la *Crónica del Cid*, por más que ésta, en el fondo, sea el mismo relato. Observaremos además que el autor de este mosaico desafortunado ni aún se ha tomado el cuidado de desechar lo que nunca hubiera debido encontrarse en él y al escribir una crónica del Cid ha admitido, sin duda, muchas cosas que se hallan en la *Crónica General*, y que nada tienen que ver con el héroe castellano. Al fin de su trabajo, dice que ha mezclado todas estas noticias, porque la Crónica no podía escribirse de otro modo. No sabemos si el redactor pudo hacerlo, aunque lo dudamos mucho; pero una de dos, ó debió apartar de su libro lo que no le pertenecía ó no debió escribirlo. Más aún; este torpe monge dice sencillamente: «como hemos dicho más arriba,» cuando trata de hechos anteriores á la época del Cid, hechos de que no se ocupa poco ni mucho; también añade: «como diremos luego,» al tratar de cosas que no acaecerán hasta el siglo XIII y

de los que no hace mencion. De esta crónica es de donde nos ha venido la noticia de que Abenalfange escribió el relato árabe, pues dice (c. 180): «Y entónces Abenalfange, un moro, que escribió esta historia en árabe en Valencia, anotó cuanto valian los víveres para ver cuanto tiempo podia subsistir aún la ciudad y dijo que el *cafiz*, etc.» En árabe no existe el nombre propio de Ibn-al-Fandj, y por el libro de Berganza (t. I, p. 390) sabemos que el manuscrito dice Abenfax y suponiendo que este fuera Abenfax, Abenfarax, Ibn-Faradj, el pasage merecia ciertamente tenerse en consideracion si se encontraba en la *Crónica General*; pero solo lo hallamos en un libro donde, algunas líneas más arriba, el relato árabe ha sido interpolado de esta manera: «Mas Nuestro Señor Jesucristo no quiso que fuese así, etc.»

Lo cierto es que el monge del siglo XV que compuso la *Crónica del Cid* atribuyó el relato árabe al personaje fabuloso que pasaba por autor de la antigua leyenda de Cardeña, y queriendo dar á su trabajo una apariencia de verdad, este legendario lo habia atribuido á su vez á un contemporáneo del Cid; especie de fraude muy comun en la Edad Media. Los autores de los romances del siglo carlovingio pretenden casi siempre que estos li-

bros han sido encontrados en San Dionisio (Saint-Dénis); así dicen que el romance provenzal conocido bajo el nombre de *Philomena*, fué escrito por un maestro de historia, contemporáneo y amigo de Carlo Magno, llamado Philomena. Aun los poemas históricos se publicaban bajo un pseudónimo, pues la Cruzada contra los Albigenses, relato bastante exacto, compuesto por un trovador contemporáneo, se dice escrito por un personaje que había estudiado mucho tiempo la geomancia, llamado maestro Guillermo, de Tudela, en Navarra. Cervantes pone en ridículo esta costumbre, cuando pretende que su obra *El Quijote* es una traducción de otra árabe, escrita por Cide Hamete Benengeli; siendo muy posible que haya querido burlarse especialmente de la *Crónica del Cid*, en la que el verdadero relato árabe abunda en frases cristianas interpoladas y en donde la leyenda católica de Cardeña (así como en la *General*) se atribuye á un árabe valenciano. Esta suposición parece tanto más probable cuanto que se vé á Cide Hamete comenzar un capítulo con estas palabras: “Juro como cristiano católico.” (1)

(1) *Don Quijote*, segunda parte, c. 27.

El Testaferro, el Turpin de la leyenda, es, pues, el valenciano Abenalfarax, el sobrino de Alfaraxi, que se encuentra á menudo nombrado en la leyenda y del que hablaban probablemente las tradiciones monásticas seguidas por el legendario. Este Alfaraxi, al abrazar el cristianismo, había tomado el nombre de Gil Diaz, y después de la muerte del Cid, se había hecho monge en el monasterio de Cardeña. A creer á la leyenda, el Cid lo había nombrado cadí de Valencia, pues allí es donde se detiene el verdadero relato árabe; la *General* (f. 327, col. 2.^a) dice: “Los valencianos pidieron al Cid que nombrase su *alguazil* (visir) y que le diesen por cadí á uno suyo llamado Alhugi, siendo éste el personaje que había compuesto los versos (es decir, la elegía sobre Valencia), según refiera la historia. Después que el Cid se hubo establecido en la ciudad de Valencia, el moro de que tratamos se convirtió y el Cid lo hizo bautizar, como la historia contará más adelante. En lugar de Alhugi, la *Crónica del Cid* (cap. 208) dice *Aya-Traxi*; pero es lo cierto que es preciso leer *Alfaraxi*, pues más adelante se refiere (f. 359, col. 1.^a y 2.^a) que el faquí nombrado cadí de los moros por el Cid y llamado Alfaraxi, “el que había hecho é inventado los versos

sobre Valencia, " vino á encontrar al Cid y era de tan buen entendimiento y tan recto juicio, y tan latino que parecia cristiano, y á causa de esto el Cid lo apreciaba mucho." Si se lee aquí que el Alfaraxi de la leyenda habia compuesto la elegía sobre Valencia, que se encuentra en la narracion árabe, conviene no ver en ésto más que una asercion sin fundamento del autor de la *General*; esta noticia no podia verse en la leyenda, como inmediatamente veremos. Allí donde el relato árabe se detiene, la *General* sigue desde luego la *cancion del Cid* (Gener f. 338, col. 1.^a med.—f. 359 col. 2.^a: *cancion del Cid*, vers. 1215 hasta el fin) añadiéndole de tiempo en tiempo algunas noticias enteramente fabulosas tomadas de la leyenda de Cardeña. Luego dice (f. 359, col. 3.^a): "Segun lo que refiere la historia del Cid, que á partir de este punto compuso Aben-alfarax, el sobrino de Gil Diaz en Valencia. etc." (Un poco más abajo, col. 4.^a, Abenalfarax se encuentra citado nuevamente, y f. 362, col. 2.^a: "Segun que cuenta Abenalfarax el que fizo esta estoria en arávigo.") " No conviene creer que la *Cronica* comience solo desde aquí á servirse de la leyenda de Cardeña, sino que á partir desde este punto se sirve exclusivamente de ella.

Parece probable todavía en vista de esto que el relato árabe fuera traducido en la antigua leyenda? Creemos que no. Estos dos relatos tienen un carácter completamente distinto; uno es musulman y presenta al Cid bajo un aspecto muy desfavorable; el otro es ultra-católico y el Cid se convierte en un santo que hace milagros. Es imposible que el legendario, que veía en su héroe un modelo de piedad y devocion, haya copiado un relato que lo presenta como un mónstruo de crueldad, y por creer imposible este hecho, hemos dicho que la frase donde se afirma que Alfaraxi ó Gil Diaz habia compuesto la elegía sobre Valencia, ha sido añadida por Alfonso el Sábio. Cuando se supone que se encontraba en el legendario, se dice al mismo tiempo que éste conoció y siguió en gran parte el relato árabe, y no pudiendo ser así, es indispensable creer que esta frase es una de esas muchas adiciones arbitrarias que se advierten en la *General*, cuando se compara su relato con las fuentes de que fué tomada.

Suponiendo que Alfonso X tradujera el relato árabe, nos esplicaríamos entonces cómo éste, tan poco lisongero para el Cid se encuentra en la *General*. Alfonso que sabia el árabe y gustaba de rodearse de los sábios de

esta nacion, detestaba la nobleza que tuvo muchas veces que combatir y que acabó por destronarle, y esto explica el que se apresurara á aceptar el relato árabe valenciano, hostil al Cid. El Cid, en efecto, exaltado siempre en los romances como rebelde y enemigo de la magestad real; el Cid, tan querido de Castilla porque triunfa del rey que lo desterrara; el Cid era un enemigo de Alfonso, quien debió creerse feliz al poder desacreditar al representante ideal del noble castellano. Creemos, pues, que el mismo Alfonso tradujo el relato árabe tan literalmente como le fué posible, á fin que no pudiese acusársele de que calumniaba al ídolo de la nobleza. Hé aquí explicado por qué el estilo de la traduccion es tan malo y difiere tan notablemente del estilo ordinario del régio autor.

Hasta aquí solo nos hemos ocupado de los relatos árabes, y hemos creido deber comenzar por ellos, no solo por su gran antigüedad sino porque el Cid no llegó á ser nunca entre los musulmanes un personage semi-fabuloso, pues la sociedad árabe habia llegado á ese grado de civilizacion y de cultura que excluye las tradiciones populares y poéticas; siendo, por lo tanto, para los árabes el Campeador un caballero cristia-

no como otro cualquiera; á quien odiaban con todo su corazon y nada más. Pasemos ahora á examinar las narraciones cristianas.

III.

Ne tout mesonge, ne tout voir;
Ne tout faulte, ne tout savoir.

Robert Wace *Roman de Rou.*

Né chi piu vaglia, ancor si trova il vero;
Che resta or questo or quel superiore.

Ariosto, *Orlando furioso*, XXV, I.

Sabido es que fué Masdeu quien combatió los *Gesta* sobre todos los puntos y procuró probar que este libro no merece la menor confluencia; y es sabido tambien que los que le siguieron han considerado convincentes sus argumentos.

Por nuestra parte debemos confesar que no participamos de esta opinion y que salvadas contadas escepciones, no adoptamos los razonamientos de Masdeu, no pudiendo, por tanto, aceptar sus conclusiones.

En cuestiones que no son pura y simplemente filosóficas no basta razonar con lógica, es tambien preciso erudicion: por tanto, creemos obligacion nuestra manifestar que, en nuestro sentir, Masdeu no poseia los co-

nocimientos necesarios para cumplir la tarea que se habia impuesto, y en su libro se encuentran numerosas y sorprendentes pruebas de lo contrario: así el autor de los *Gesta*, dice, por ejemplo, que Jimena, hija de Diego, conde de Oviedo, esposa de Rodrigo, era la *neptis* de Alfonso VI; y en efecto, era hija de Jimena, hija de Alfonso V, y en su consecuencia prima hermana de Alfonso VI (1), y Masdeu (p. 168-169) se esfuerza todo lo posible por negar esta circunstancia; mas no pudiendo encontrar argumento alguno admisible se lanza como un desesperado sobre la palabra *neptis*, á la cual no reconoce otro sentido que el de *nieta*, y pretende que el autor ha confundido á Alfonso V con Alfonso VI, puesto que dice que Jimena era nieta de este último, lo que hubiera sido completamente absurdo. Masdeu parece, haber ignorado que en el latin de la Edad Media *nepos* y *neptis* se toman á menudo en el sentido de *primo hermano* y *prima hermana*, ignorancia muy poco excusable en un autor que se llama cri-

(1) Véase á Florez, *Reinas Católicas*, t. I, y los autores que cita. Hé aquí la tabla genealógica:

ALFONSO V.

Sancha, casada con Fernando I. Jimena, esposa de Diego de Oviedo.

Alfonso VI.

Jimena, esposa del Cid.

tico, pues si no conocia este hecho, ¿por qué no se tomó el trabajo de buscar esta palabra en el glosario de Ducange ó en el suplemento de Carpentier?

Tambien se le han escapado lamentables equivocaciones hablando del sobrenombre de Rodrigo *el Campeador*. Dice que este sobrenombre no se encuentra más que en los autores del siglo XIII y que no es un título honorífico, pues *campeada* significa una escursión á un país enemigo, tal como la hace un capitán de caballería ligera, y no un general de ejército; un *campeador* es simplemente un soldado aventurero y atrevido que no posee conocimientos superiores en el arte de la guerra, ejerciendo en ella un empleo humilde («el más baxo oficio.») Siguiendo á Masdeu habria que decir que el título de *Campeador* no es muy antiguo; y, sin embargo, sin mencionar todos los documentos latinos y españoles donde se encuentra, ¿no es cierto que se hallan en todos los autores árabes que hablan de Rodrigo, á contar desde Ibn-Bassán que escribió en 1109? Así es en efecto; los árabes escriben *alcanbayator* y teniendo en cuenta que la *n* antes de *b* se pronuncia *m*, que los árabes no tienen *p* y que en España el *wau* con *doña* se pronuncia *o*. tendremos el *Cambeyator*. Esta

transcripción del latín *Campeator*, no es completamente exacta? Habrá todavía quien se atreva á sostener que este título se encuentra solo en los autores del siglo XIII? Pero este no es un título honorífico, dice Masdeu, sino más bien un apodo injurioso. Si el autor que nos ocupa hubiese leído los antiguos poetas de su nación, sabria que Gonzalo de Berceo que floreció hácia el año 1220 dice en su *Vida de Santo Domingo de Silos*, copla 127:

El rey D. García de Nágera Sennor,
Fijo del rey D. Sancho el que dicen Mayor,
Un firme caballero, noble *campeador*,
Mas para sant Millán podrie ser mejor.

¿Es aquí por ventura *Campeador* un apodo injurioso? ¿Desempeñaba el rey García en el ejército el más bajo empleo?

Pero creemos llegado el caso de explicar este título de *Campeador*. El de *Mio Cid* que llevaba Rodrigo (*Mio Cid* semper vocatus, dice el antiguo biógrafo de Alfonso VII), se explica fácilmente: es mi *Seid*, mi Señor; y esta calificación la daban los soldados árabes y valencianos al caballero castellano cuando llegaban á ser súbditos de él. Pero el de *Campeador* es ménos fácil de interpretar y nos parece que no solo Masdeu no lo ha comprendido sino que en general ninguno se ha apoderado de su verdadero sentido. El Sr. Huber

(1) mas prudente en esto que otros escritores ha declarado que no pueden darse sino conjeturas sobre la significacion de este hombre.

Inútil es decir que *Campeador* nada tiene que ver con la palabra latina *campus*; pues se deriva de la teutónica *champf* que responde á las palabras *duellum* y *pugna*; el verbo *kampfjan* corresponde á *præliari*, y el sustantivo *kamfo* ó *kamfo*, á las palabras *gladiador*, *athleta*, *tiro*, *pugil*, *pugillator*, *agonista*, *venator*, *miles*, encontrándose estos términos en los mas antiguos monumentos de la lengua alemana (2.)

El anglo-sajon tiene la palabra *cœmpa* que era el equivalente del aleman *kamfo*, y el verbo *campjan*. En el aleman de la edad media, la palabra *kampf* se empleaba en el sentido de *duelo* y era la opuesta á *lantstrit* (3): esta raiz y sus derivados se han conservado en todas las lenguas germánicas, excepto en inglés (4). El islandes tiene el verbo *keppa* y el sustantivo *kempa* (*champion*); el

(1) Geschichte des Cid, p. 96

(2) Véase Graff, Althochdeutsches Sprachschatz IV p. 406, 407.

(3) Véase Ziemann Mittelhochdeutsches Wörterbuch en la palabra *campf*.

(4) Los ingleses han recibido su *champion* de los Normandos.

sueco, el danes y el holandés tienen *kampi*; en alemán *kampf*; el verbo es *kampa* en sueco, *kiæmpe* en danés, *kempen* en holandés y *kämpfen* en alemán; el campeón se llama *kâmp* ó *kâmpare* en sueco, *kiæmpe* en danés, *kempe*, *kamper* ó *kemper* en el holandés antiguo y *kämpfe* en alemán. En el latín de la edad media se encuentran los sustantivos *campio*, *campio*, *campius*; los verbos *campare*, *campire* y probablemente *campear* (de donde se deriva *campeator*). La raiz teutónica ha pasado también á las lenguas romanas: en francés *champion*, en provenzal *champion*, *campion*, *champien*; en italiano *campione*, en catalán *campion* en portugués *campeao*, *campiao* y en español *campeon*.

Se ha creído generalmente que *campeador* era sinónimo de *campeon*;—pero esta opinion es errónea. El *campeon* era un hombre que iba de lugar en lugar para prestar sus servicios en los combates judiciales: Combatía á pié, nunca á caballo; sus únicas armas eran un baston y un escudo; eran tenidos por infames y las leyes los colocaban en la misma línea que á los ladrones (1).

(1) Véase el excelente artículo *campio* en Ducange y compárese en Ziemann, Mittelhochdeutsches Wörterbuch, en la palabra *kempfe*.

Si pues *campeador* fuera el equivalente de *campeon*, Masdeu hubiera tenido razon, sin saberlo, al decir que Campeador era un apodo injurioso; pero el verdadero sentido de la palabra *campeador* indica un uso que los españoles habian tomado de los árabes y en virtud del cual algunos atrevidos salian de las filas para desafiar á los enemigos, cuando los dos ejércitos estaban uno en presencia del otro, con objeto de obligar á algunos de los contrarios á aceptar un singular combate. Ordinariamente el que hacia el llamamiento al combate, improvisaba algunos versos en el metro *redjez*, á los que su adversario respondia en el mismo metro y empleando la misma rima. Salir de las filas para llamar un enemigo al combate se decia con la única palabra *baraza* y (1) al que lo hacia, dábase el nombre de *mobáriz* que Pedro de Alcalá ha traducido con mucho acierto por

(1). Este sentido es en extremo frecuente y si no supiésemos que las significaciones mas usadas faltan amenudo en nuestros diccionarios árabes, tendríamos el derecho de admirarnos al no encontrarlas allí. Para no llenar una media página de citas nos limitaremos á las siguientes: *Fábulas de Bidpai* p. 6; *Ibn-ál-Athir*, t. XI, p. 257, edc. Tornberg; *Nowairi*, *Hist. de España*, man. 2 h, p. r. 443; *Hosri*, *Zah*, *al-ádáb*, man. 27, fol. 21 r.

desafiador (1) y al que tenia la costumbre de hacer tales desafios que por decirlo así constituia un oficio se llamaba *barráz*.

Esta costumbre antiquísima, existia aún en el siglo XI y un autor árabe llamado Tortóchi, que había vivido en Zaragoza y era contemporáneo del célebre Campeador nos ofrece sobre esto un relato que nos parece lo bastante curioso para dar aquí su traducción (2).

«Había en Zaragoza un caballero llama-

(1). El mismo lexicógrafo traduce tambien con mucho acierto *desafio* por *uno* por *mobaraza*.

(2) Ibn-abí-Zandaca Tortóchi (de Tortosa) nació en 1059: Vivió en Zaragoza donde tomó lecciones de Abu l'-Walid Bádji y estudió bellas letras en Sevilla bajo la direccion del gran Ibn Hazm: en 426 (1083, 4) abandonó á España, hizo la peregrinacion á la Meca, y se estableció por algun tiempo en Siria, despues gozó el favor de Ibn-al-Batáyihí que despues de la muerte de Afdhal Cháháncháh, en Diciembre de 1121, fué elegido visir por los emires ejiptos. A este noble personaje dedicó su *Siradj al-moluc*, obra que dobió componer entre 1122 y 1126, cuando Ibn al Batáyihí fué arrestado y muerto por el califa fatimita Amir.

Véase Ibn Jalicán, Fasc. VI, p. 141-143, y Maccari en su V libro.

El *Siradj al-moluc* es una especie de manual para el uso de los príncipes que contiene una multitud de pequeñas historias, con frecuencia muy curiosas.

Hemos traducido el pasaje aquí citado segun tres manuscritos, núm. 70, 354 a y 354 b. Se encuentra en el capítulo 61 que trata del arte de la guerra.

do Ibu-Fathun que pertenecía á mi familia, pues era tío de mi madre. Ningun árabe ni bárbaro (cristiano) le igualaba en bravura; Mostain, padre de Moctadir (1) le estimaba mucho y le pagaba quinientos ducados de sueldo. Todos los cristianos conocían su valor y temían mucho encontrarlo en el campo de batalla. Cuéntase que cuando un cristiano ponía un caballo á beber y el animal no quería hacerlo le decía: — Bebe pues, ¿has visto á Ibn-Fathun en el agua? — Sus camaradas envidiosos de su gran sueldo y de las grandes consideraciones que el sultan le manifestaba, encontraron medio de ponerlo en mal concepto con Mostain, que le cerró sus puertas durante algunos días; en este tiempo hizo Mostain una escursión al país de los cristianos y cuando estaban los dos ejércitos uno frente de otro salió un infiel de las filas (*baraza*) y se puso á gritar: — Hay un *Mobáriz*? — Un caballero musulmán fué á su encuentro (*baraza ilaihi*); pelearon algún tiempo, habiendo dado muerte el cristiano á su adversario, los politeístas gritaron llenos de alegría, mientras los musulmanes, por el contrario, se dejaron dominar por el desa-

(1) Trátase aquí de Mostain I, el fundador de la dinastía de los Beni-Hud, que empezó á reinar en 1039 y murió en 438 de la Hegira (1046,—7).

lento. Colocóse de nuevo el cristiano entre las dos filas y gritó: — Dos contra uno! — Un musulmán salió á atacarle, pero también fué muerto. — Tres contra uno! — gritó entonces el cristiano; pero nadie vino á medir sus armas con él y exclamaron: — Solo Abu', -Walid ibn-Fathun es quien puede servir aquí. — Mostain lo llamó, tratóle con mucha bondad y le dijo: — ¿No veis lo que hace este infiel? — Sí, lo veo. — Pues bien, ¿qué hay que hacer? — ¿Qué deseais? — Que nos libreis de este hombre. — Eso será hecho en un instante, si Dios quiere. — Inmediatamente despues revistióse Ibn-Fathun de una camisa de tela y montó á caballo, pero sin proveerse de arma alguna, tomó un látigo con un largo cordelillo, rematado en un nudo grueso y salió al encuentro (*baraza*) del cristiano que lo miró lleno de asombro. Precipítanse uno sobre otro los dos adversarios, y el cristiano saca del arzon á Ibn-Fathun de un lanzaso; mas éste se agarra al cuello del caballo, se desembaraza de los estribos, se echa á tierra, vuelve á colocarse otra vez sobre la silla, se precipita sobre su adversario y le asesta un latigazo en el cuello. Tuércese el cordelillo alrededor del cuello del cristiano é Ibn-Fathun lo arranca con la mano de su silla y lo arrastrá hácia Mostain. Entonces este reco-

noció que no había obrado bien con Ibn-Fathun, le dió las gracias calurosamente y le devolvió todo lo que le había quitado.»

Hé aquí el *barráz* árabe; lo que Ibn-Fathun era en el ejército de Mostain, lo era Rodrigo en el de Sancho de Castilla; pues *campeador* corresponde exactamente á *barráz* y esto no es una conjetura sino un hecho muy bien averiguado. El autor del antiguo poema latino sobre Rodrigo, dice expresamente que éste debia su sobrenombre á un combate singular:

Hoc fuit primum *singulare bellum*
Cum adolescens devicit Navarrum;
Hinc Campidoctor dictus est maiorum
Ore virorum.

Además en una carta escrita al Cid por Berenguer; conde de Barcelona y copiada ó traducida en los *Gesta* (p. XXXVII) se lee según la edicion de Risco:

«Tandem vero faciemus de te *alboroz*. Illud idem, quo scripsisti, fecisti tu ipse de nobis.» Risco (p. 188) tradujo: «Finalmente haremos de vos lo que se llama *alboroz* y lo mismo que habeis escrito y hecho de nosotros,» sin hacer ninguna observacion. M. Huber (*Gesch des Cid* p. 66): «Finalmente, tú experimentarás nuestra venganza; lo que

nos reprochas es lo que mereces de nosotros» y en una nota (p. 170) dice que no habiendo podido encontrar la palabra *alboroz* en Ducange, no puede indicar cuál sea su verdadera significacion, aunque la cree análoga á *alboroto*, *tumulto*, *sedicion* y *alborozo*. Dos dificultades se suscitan contra esta explicacion: es la primera que no hay la más leve huella del vocablo *alboroz* en el español antiguo y aun, dando de barato por un momento que hubiese existido como sinónimo de alboroto, ¿qué es lo que significaria entonces la frase «haremos de vos un tumulto ó una sedicion? En la traduccion abreviada que dá la *Crónica General* (p. 322, col. 3.) se lee: «E faremos de tí alboras lo que fecistes de nos.» Aquí ya la puntuacion es mucho mejor que en Risco y una de las *o* es una *a*.; cambiemos tambien la segunda y leemos: «Tandem vero faciemus de te, albaraz! illud idem quod scripsisti, fecisti tú ipse de nobis;» finalmente, haremos contigo albarráz lo mismo que como tú escribes, has hecho con nosotros.» Más arriba Berenguer habia dado á Rodrigo el título de Campeador, pero aquí lo traduce porque vé en él un caballero árabe más bien que un cristiano, así que añade, «Dios vengará sus iglesias que tú has violado y destruido!»

Berenguer de Barcelona nos lleva de nuevo á insistir sobre Masdeu y sus críticas.

El autor de los *Gesta* dá constantemente al conde de Barcelona el nombre de Berenger; Masdeu (p 180-183 et passim) pretende que este Berenger jamás fué conde de Barcelona; que esta ciudad no le obedeció un sólo dia, ni bajo la vida de su hermano Raimundo II, ni bajo la de su sobrino Raimundo III; que fué desheredado por su padre; que durante la vida de su hermano, desde 1076 á 1082, fué sólo un pretendiente rebelde; por último, que no fué tutor de su sobrino, probándolo, á su juicio, los diplomas y privilegios de esta época, donde se encuentra siempre el nombre de uno de los dos Raimundos y ni una sola vez el de Berenguer. Por esta circunstancia la *Cancion del Cid*, la *Crónica general* y la del Cid, son ménos absurdas, á su entender, que la historia latina, porque aquellos libros nombran al verdadero conde de esta época, á saber: Raimundo I. ¿Ignoraba Masdeu que Raimundo II, muerto en 1076, habia dividido por su testamento sus Estados entre sus dos hijos Raimundo II y Berenguer, y que éste testamento existen en los archivos de Barcelona (1),

(1) Véase Diago, Hist. de los condes de Barcelona, fol. 129, r.

donde tambien se encuentra la carta en que Raimundo II promete á su hermano Berenguer observar el testamento de su padre? (1) ¿Que existe además en los mismos archivos otra carta de Raimundo II de igual naturaleza (2) fechada el 18 de Junio de 1078? ¿Ignoraba que hay un contrato, fechada en 27 de Mayo de 1079, entre Raimundo II y Berenguer, en el que se precisa el tiempo, durante el cual, habia de habitar cada uno el palacio de Barcelona, á saber: uno desde ocho dias ántes de la Pascua de Pentecostés hasta ocho dias ántes de la fiesta de Navidad, y el otro desde esta fecha hasta ocho dias ántes de Pentecostés (3), y que por un acta de 20 de Junio del mismo año, Raimundo y Berenguer «condes de Barcelona por la gracia de Dios,» dan de mútuo acuerdo á la abadía de S. Pons la mitad del castillo de Peyriac en el Minervois? (4) Que en otra acta del 26 de Junio del mismo año se nombran tambien «Nos duo fratres Comi-

(1) Véase ibid, fol. 132, r.

(2) Ibid f. 132, r. et v.

(3) Diago (f. 132 v.) trae en el original una parte de este documento.

(4) *Hist. gener. de Languedoc*, t. II, p. 250, y Preuves, p. 303.

tes Barchinonenses?» (1) Que en la información hecha en tiempo de Alfonso, rey de Aragón, hácia el año 1170, respecto á la adquisición hecha por los condes de Barcelona, sus predecesores, del condado de Carcasona, se hace mención también de la división de los Estados de Raimundo I, entre sus dos hijos Raimundo II y Berenguer? (2). ¿Que, cuando Raimundo II murió asesinado el 5 de Diciembre de 1082, dejando un hijo, Raimundo III, que en aquella época apenas contaba un mes, Berenguer conservó, no sólo todo el condado, sino que también quedó encargado de la tutela del hijo de su hermano, según resulta de una carta? (3) Que existe un documento del 13 de Noviembre de 1089, por el cual Arnaud Miron de S. Martin se reconoce vasallo del conde Berenguer en su cualidad de tutor de Raimundo III (4) y que en una carta de 1090, éste, que contaba entonces ocho años de edad y su tío Berenguer, se nombran á la vez cón-

(1) Diago, fol. 133 r.

(2) Este documento ha sido publicado por Marca, *Marca Hispan.*, p. 1131, y por D. Vaissette. *Hist. gener. de Langue-*
doc., t. II. Preuves, p. 1 2.

(3) Diago, fol. 134, v.

(4) Diago, fol. 134, v.-135 r.

des de Barcelona? (1) Y por último, no sabía que Ermengaudio de Gerp, conde de Urgel, dá, en su testamento, fechado en 29 de Abril de 1090, el título de conde de Barcelona (2) á Berenguer? Una de dos, ó Masdeu no conocía estas cartas, á las cuales podemos agregar otras (3) muchas, y entonces es muy extraño que un hombre tan poco familiarizado con los documentos tenga la osadía de escribir una historia crítica de España en 20 volúmenes, ó bien ha fingido ignorarlos por ser desfavorables á la historia latina, cuya autenticidad combate, en cuyo caso dá prueba de mala fé. La historia latina tiene verdadera razón al decir que el adversario de Rodrigo era Berenger y no Raimundo. y aunque no precisa la época en que Rodrigo combatió á Berenguer por primera vez, dice al ménos

(1) Diago, fol. 142 v.

(2) Véase el original latino en Diago, fol. 137, v.

(3) El mismo Masdeu confiesa que Urbano II en un breve de 1089, dá á Berenguer el título de conde de Barcelona. M. Bofarull (*Condes de Barcelona.* II p. 108, 141) cita una multitud de cartas que confirman lo que hemos dicho en el texto; con gran pesar no nos era lícito aprovecharnos aquí de este excelente libro porque es posterior á Masdeu y porque para no ser injusto debía limitarme á citar solo las obras que Masdeu hubiese podido consultar. Véase también la carta publicada por Villanueva, *Viaje literario* t. VI, p. 318-320 y compárese p. 208 y 211 del mismo tomo.

que esto ocurrió algun tiempo despues de la muerte de Moctadir de Zaragoza ó, séase, despues del año 1081. Que esta primera guerra tuviese lugar antes ó despues del 5 de Diciembre de 1082, época del asesinato de Raimundo II, poco importa, pues Berenger era conde de Barcelona juntamente con su hermano. Más tarde Rodrigo no podia haber combatido más que á Berenguer, pues el pupilo de éste, Raimundo III, era niño todavía; y que Rodrigo combatió en diferentes épocas al conde de Barcelona, resulta del irrecusable testimonio de Ibn-Bassám.

Siendo tan grande la incompetencia de Masdeu respecto á la historia de España cristiana, fácilmente se concibe que permaneciese completamente extraño á la historia de la España árabe, lo cual desdichadamente no le ha impedido negar todo aquello que le desagradaba. El autor de la historia latina dice, por ejemplo: «Que á la muerte de Moctadir se dividieron sus estados entre sus dos hijos, Mutamin y Alfagib, obteniendo el primero á Zaragoza y el segundo á Dénia (p. XX) Tortosa y Lérida (p. XXXIV).» Masdeu (p. 179) negó este hecho diciendo que Ali-ibn-Modjéhid reinaba entonces en Dénia y que Alfajib no existia. Nada ménos cierto. Moctadir se habia apo-

derado de Dénia en el mes de Chabán del año 468 (1), es decir, en el mes de Marzo del año 1076, y habiendo destronado á Ali-ibn-Modjéhid lo habia llevado consigo á Zaragoza. Dénia le pertenecia, pues. Es muy cierto tambien que repartió sus estados entre sus dos hijos y que uno de ellos, el que llevaba el título de al-Hádjib, recibió á Lérida; así resulta del testimonio del autor del *Kitáb-al-icitifá*, quien atestigua que el señor de Lérida se llamaba al-Hádjib Mondhir, hijo de Ahmed (Moctadir) ibn-Hud, sin decir si Dénia y Tortosa pertenecian tambien á este príncipe, aunque este hecho aparece del relato árabe traducido en la *Crónica General*.

Hé aquí lo referente á las observaciones de más importancia que Masdeu ha presentado á dos ó tres páginas de los *Gesta*. Fácilmente podriamos multiplicar las pruebas de la ignorancia del escritor español; pero preferimos hacer notar que léjos de ser imparcial, se manifiesta casi siempre lleno de prevenciones. Así, despues de haber buscado un vano argumento para combatir la autenticidad

(1) Ibn-al-Abbár (*Script. Arab. loci. de Abbad*, t. II, p. 106); Ibn-Jaldum (apud Weijers, *Loci ibn-Jacanis*, p. 113, y man. t. IV, fól. 27 r.) Nowairi (apud Weijers, p. 114) dice Ramadhán, 473; pero M. Weijers ha hecho ya observar que es un error grave.

dad del contrato de matrimonio de Rodrigo y Jimena, dice (p. 167): que no habiendo estado en Búrgos no ha podido ver el original; pero que tiene por cierto que si lo hubiese examinado, hubiera encontrado en él pruebas de no ser tan antiguo como se pretende. A la verdad que hay sábios que encuentran siempre lo que conviene mejor con su sistema, pero no son estos los que tienen derecho á nuestra consideracion y estima. Es digno tambien de observar la singularidad de algunos principios de la critica de Masdeu. Pretende que el hecho no ha podido tener lugar porque presenta al rey de Castilla (p. 176) ó á los Castellanos (p. 155) bajo un aspecto desfavorable, y ya en su prefacio condena la historia latina porque le parece injuriosa para la nacion española y sus príncipes. Sin otra cosa más que porque no hace honor á la memoria del Cid, condena un relato (p. 221-227-262 etc.) como si los *Gesta* no debiesen contener otra cosa que elogios del Cid! En fin, negándolo todo á tontas y á locas, es llevado á desmentir todos los hechos que no encuentra en las incompletas crónicas del siglo XI: ni las cartas ni las crónicas algo ménos antiguas tienen para él la menor autoridad. Por otra parte pretende que en la Edad Media todo se hiciera como

hoy, ó mejor dicho, de la manera como él hubiese querido que las cosas pasasen; algunas de sus observaciones sobre la paráfrasis y algunos de los comentarios de Risco, son fundados, pues ha embrollado á menudo toda la cronología, por no haber comprendido el texto, segun lo habia observado tambien Mr. Huber; pero en otras se cubre de ridículo, ridículo que pretende arrojar sobre su adversario: así, por ejemplo, Risco (p. 219) habia dicho que la ciudad de Albarracin tomaba su nombre de un príncipe moro, así llamado; aserto que parece á Masdeu extravagante (p. 275), por cuyo motivo invita á Risco á dar noticias más circunstanciadas sobre este punto, pues, segun el, importa á todo el mundo, y en particular á los nacidos en Albarracin y á sus habitantes saber todo lo más posible sobre ese moro «tan notable,» comprometiendo, además, al autor de *La Castilla y el más famoso castellano* á escribir otra obra con este título: *Historia de Albarracin y del albarracinés más famoso*. Quizás habrá gentes á quienes esta broma parezca de buen gusto, pero lo esencial es que Risco tiene completa razon; sobre esto no hemos de insistir, toda vez que sabe hoy todo el mundo que se daba á la ciudad de que se trata el nombre de Santa María de ibn-Razín, para

distinguir la de Santa María de ibn-Hárum, en Algarbe; que ibn-Razín reinaba allí y que su nombre fué corrompido por los españoles en Albarracín. Masdeu hubiera podido aprender esto de Casiri, (t. II, p. 144).

Trabajo nos cuesta concebir el apasionamiento que manifiestan los historiadores modernos por Masdeu, pues á creerlos, sería el modelo del historiador crítico, y no comprendemos como M. Rosseeuw St. Hilaire (t. I, p. 3, *Historia de España*) puede admirar su «vasta erudición,» y como M. Aschbach (*Gesch der Ommaijaden*, p. 6) ha podido decir que su obra debía ser preferida á todas las historias españolas. Masdeu, convenimos en ello, no estaba en absoluto desprovisto de cierto buen sentido y como en sus momentos de ocio había leído, no obstante ser jesuita, ciertos escritos de Voltaire, expresa su manera de ver con cierta verbosidad caústica, á menudo bastante agradable; pero lleno de preocupaciones no poseía erudición bastante, ni amplitud de miras, ni aún quizás la necesaria buena fé para elevarse al rango de un historiador crítico. Vista la reputación de que goza, no hemos querido pазar completamente en silencio sus observaciones; pero fácilmente se comprenderá, por lo que acabamos de decir, que si M. Schœ-

fer (*Geschichte Spaniens*, t. II, p. 397) ha pretendido últimamente «que nada se habrá hecho en tanto no se refute á Masdeu punto por punto, así como él ha atacado á los *Gesta* punto por punto;» no es en modo alguno nuestra intención satisfacer aquí esa exigencia, pues no está en nuestro ánimo el someter la paciencia de nuestros lectores á prueba tan ruda.

La historia latina tomada en su conjunto, como la podemos inspeccionar con ayuda de otros documentos, nos parece digna de confianza, sin que por esto creamos que son enteramente exactos todos los hechos que en ella se relatan; á nuestro juicio no merece ni la ilimitada confianza que le ha confiado la derecha, representada por Risco y M. Huber, ni el desprecio que hacía ella ha manifestado la izquierda, representada por Masdeu y sus discípulos. La verdad se encuentra, á mi juicio, entre estos dos extremos; en el caso presente conviene no ser de la derecha ni de la izquierda, sino del centro, ó mejor, del centro derecho.

El Cid de los *Gesta* no es completamente el Cid de la historia, ni aun el Cid de la poesía; concíbese que el uno no reemplazó al otro de una manera brusca y absoluta, pues una transición semejante es siempre más ó

ménos lenta, siempre gradual. Hay al principio una época en que el prosista cree saber lo bastante acerca de un personaje que ha llegado á ser el héroe de la poesía popular, para poder escribir su historia, su historia verdadera y lo hace con todo candor, con la firme intencion de decir la verdad y atenerse á los hechos y rechazar las fábulas de los cantares populares «sub certissimâ veritate stylo rudi,» (p. LIV). Mas como se escribía muy poco en tiempo del héroe, el historiador, en la mayoría de los casos, recurre á la tradicion, á menudo verídica todavía, pero alguna vez alterada; no siendo ciertamente lo peor el que á su relato se mezclen los cantos populares, pues contra ellos está prevenido, sino más bien las tradiciones ya ménos exactas, descoloridas, confusas, incompletas y áun falsas que allí se deslizan imperceptiblemente, no dándose cuenta el historiador de ello, creyendo siempre que está escribiendo historia, sin saber que no la escribe. Hé aquí lo que ha acontecido al autor de los *Gesta*, cuya narracion es ciertamente historia la mayor parte de las veces; es la biografía del Cid más apróximada á la verdad, pero no es la verdad sola, ni la verdad completa, ni siempre la verdad. El autor no escribió mucho tiempo despues de la

muerte del Cid, como lo prueba el manuscrito de su obra, que es del siglo XII ó principios del XIII, y no el autógrafo, como lo atestiguan las faltas del copista y las lagunas que en él se encuentran (1); pero por otra parte no era contemporáneo del Cid, pues hé aquí como comienza su historia: «Quoniam rerum temporalium gesta immensâ annorum volubilitate prætereuntia, nisi sub notificationis speculo denotentur, oblivioni proculdubio traduntur, idcirco et Roderici Didaci, nobilissimi ac bellatoris viri, prosapiam et bella, ab eodem viriliter peracta, sub scripti luce contineri atque haberi decrevimus» Teme, pues, que los hechos y hazañas de Rodrigo no sean olvidados con el trascurso del tiempo, cuyo temor no seria muy natural en un contemporáneo del famoso héroe. Así el autor no manifiesta en ninguna parte la pretension de haber vivido en tiempo de Rodrigo, y más aún, no pretende estar bien informado de todo lo que le concierne; hablando de su genealogía emplea la fórmula dubita-

(1) Véase p. XXVI, XXXVIII y XLI, (donde debe leerse *Sacarca* en vez de *Salarca*; era un sitio cerca de Zaragoza que se encuentra mencionado en el *Compendio de las vidas de los gramáticos*, por Dhahabi, man. de Leyden, núm. 654, art. sobre Alí-ibn-Ismaíl Chacarki) XLIII.

tiva: “hæc esse videtur,” llegando por último su modestia hasta decir que escribió la historia del héroe todo lo bien que pudo, dada la exiguidad de sus conocimientos “quod nostræ scientiæ parvitas valuit.” Creemos, por tanto, que escribió cerca de cincuenta años despues de la muerte de Rodrigo, hácia el 1150, es decir, en una época en que el recuerdo de los hechos y hazañas del Cid estaban ya un tanto debilitado. Tambien carece á menudo de noticias, pues dice, por ejemplo, que Rodrigo pasó nueve años en Zaragoza, lo cual no es enteramente exacto, y nada habla de lo que hizo durante los tres últimos años de su permanencia en esta ciudad, cuando Mostain ocupaba el trono. “Bella autem et opiniones bellorum, quæ fecit Rodericus cum militibussuis et sociis, non sunt omnia scripta in hoc libro.” Hé aquí su frase, la cual quiere decir que nada sabia á punto fijo sobre esta época, ocurriéndole á menudo no hablar ni una palabra sobre acontecimientos de gran importancia, únicos que podrán dar la clave de otros muy oscuros referidos en su propio libro.

En los *Gesta*, el elemento poético se muestra muy raras veces y no lo hallamos

absolutamente en Lucas de Tuy y Rodrigo de Toledo. Comparan las cortas y prosáicas noticias que suministran estos dos autores con los circunstanciados relatos de la cancion de *Gesta*, aparece claro como la luz del dia que estos cronistas desdeñaron las tradiciones de los legendarios y del pueblo y se limitaron, segun su costumbre, á copiar las noticias del monge silense. Ellos nos consuelan, hasta cierto punto, de la pérdida de la parte principal de la historia de este último, de la cual solo poseemos la introducción, que solo alcanza á la muerte de Fernando, no obstante haberse propuesto el autor escribir la historia de Alfonso VI. El monge de Silos merece completa confianza cuando habla de acontecimientos pasados en su tiempo, y no vacilamos en concederla tambien á los que, á nuestro juicio, se han concretado á copiarlo. En cuanto á los pequeños cronicones latinos solo hechos muy averiguados registran ordinariamente y ninguna razon hay para creer que en esta sola circunstancia haya usurpado la tradicion el puesto de la historia. Los que escribian estas noticias sobre las primeras hojas de un libro, que encontraban en blanco, eran casi siempre clérigos, contemporáneos de los acontecimientos que narraban;

otras personas continuaban estas notas ó bien copiaban las de sus predecesores y añadían las suyas. No hay, por tanto, necesidad de creer que las noticias halladas en un pequeño cronicón que se detiene en tal año del siglo XIII no se escribieron hasta aquel tiempo; pues tales notas son casi siempre más antiguas y aun á menudo de autores contemporáneos.

El *Liber Rerum*, especie de breve crónica española, desde Adam hasta S. Fernando, (1) contiene también algunas noticias sobre el Cid. Sin detenernos en ella porque es un resumen muy descarnado de los *Gesta*, de la canción del Cid, de la leyenda de Cardeña y de un pequeño número de tradiciones, llamaremos la atención sobre un autor contemporáneo del Cid, olvidado ó desdeñado por la mayoría de los historiadores modernos; nos referimos á Pedro, obispo de León, personaje que firma muchas cartas de Alfonso VI en los años 1087-88-95-97 y 1106 (2) y el cual se encontraba este último año, según él mismo refiere, (3) en el campamen-

(1) Véase á Florez (Reynas, t. I, p. 188 que ha publicado una gran parte de esta obra. (*ibid* p. 484 494). Antes de él Sandoval y otros se habían valido ya de ella.

(2) Sandoval, «Cinco Reyes», f. 75, col. 1, f. 79 col. 2, f. 89, col. 2, f. 96, col. 2; Sota, p. 335 col. 2.

(3) Sandoval, f. 95.

to de Alfonso, á la sazón en guerra contra los moros, ha escrito una historia muy corta de este rey de la que Sandoval, cuya obra titulada *Cinco Reyes* vió la luz en 1615, se ha servido también (1) aunque hoy parece perdida. Encerraba algunas noticias sobre el Cid reproducidas por Sandoval.

(1) F. 24, col. 3. «Esto dize D. Pedro obispo de Leon en tiempo de D. Alonso el Sexto, autor mas cierto y grave que largo en su historia» Fol. 37 col. 3. al principio del reinado de Alfonso VI: «Escribió esta historia D. Pedro, Obispo de Leon, hecha por el mismo Rey D. Alonso: pero no dixo todo lo que yo diré.» Fol. 89, col. 2 en el margen: «Este Perlado escribió parte de la historia del Rey D. Alfonso; lo que uve della puse aquí.» Debe deducirse de este último pasaje que Sandoval no poseía esta crónica completa? Fol. 101, col. 1: «Todas estas jornadas y breve relacion de ellas dexó escritas D. Pedro, Obispo de Leon.»

Eia! lætando, populi catervæ,
Campidoctoris hoc carmen auditel
Magis qui eius freti estis ope,
Cuncti venitel

IV.

Despues de haber determinado cuales son las fuentes históricas á que debe acudir el escritor que pretenda dar una nueva biografía del Cid, fáltanos precisar las fechas de los poemas donde se celebran los hechos y hazañas de este héroe.

El mas antiguo de estos poemas es quizás el deque publicó M. Edélestand du Méril un corto fragmento en sus *Poesías populares latinas de la edad Media* (p. 308-314) (1) poema compuesto, segun parece despues de la muerte del Cid, pues el poeta dirige en él la palabra á los que gozaron de la proteccion de este capitán, cuando dice:

(1) El editor (p. 313) pienso qua este poema ha sido compuesto en Lérida y ha caido en este error por la palabra *hoste* que en el verso que cita no significó *enemigo* sino *ejército*, *hueste* en español), (host en antiguo francés; (Alfagib reinaba en Lérida.)

Por lo demás este documento solo pertenece á la poesia por su forma, pues el fondo es histórico.

No acontece otro tanto con la cancion del Cid de Sanchez, publicada recientemente por un escritor aleman, Mr. Clarus, quien en su Historia de la literatura española de la edad media ha hecho de ella un análisis fidelísimo. Este poema no nos parece contener mas que dos ó tres hechos históricos, lo demás es pura poesia. Su asunto principal, como ya lo ha indicado el Sr Wolf, (1) es el matrimonio de las dos hijas del Cid y se divide en tres partes ó ramas, la primera acaba en el verso 1093 con las palabras:

Aquis'conpieza la gesta de *Mio Cid* el de Bibar
y la segunda en el verso 2286:

Las coplas deste cantar aquis'van acabando,
El Criador vos valla con todos los sos Sanctos.

(1) Wiener Jahrbücher, t. 56 p. 240.

Es, como dice el mismo poeta, muy claramente, una *cancion de Gesta*, género de poema muy conocido en España y del que también habla la *Crónica General* (véase por ejemplo f. 225, col. 3).

El solo manuscrito que existe de esta obra es del año 1207 y creemos que la *cancion* se compuso hácia la misma época.

Sanchez y Caymany le atribuyen mayor antigüedad diciendo que, á juzgar por el lenguaje, debe haber sido compuesta hácia mitad del siglo XII, mas basta con recorrer las cartas españolas de esta época (1) para convencerse que el lenguaje de la *cancion* no es en modo alguno de mediados del siglo XII que se parecia mucho más al latin. Por otro lado M. Wolf (véase Wien, Jahrb. t. 56, p. 250-51 apoyado en el verso tan conocido (3755),

Hoy los reyes de España sos parientes son, ha pensado que la *Cancion* es una especie de epitalamio compuesto con motivo del matrimonio de Blanca, con Sancho III de Castilla, en 1151. Esta suposicion nos parece

(1) Véanse los Fueros de Oviedo dados por Alfonso VII en 1145 y publicados por Llorente Prov. vascong., t. IV, p. 96-107 y los fragmentos publicados por M. Yanguas. Dicción. de antig. del Reino de Navarra, t. I, p. 51-55-208, t. II, p. 73-74.

arbitraria, pues en la obra no se nombra siquiera una vez á Blanca y á Sancho. Despues de haber referido que Oiarra, infante de Navarra é Iñigo Jimenez infante de Aragon, ambos personajes completamente fabulosos, se casaron con las dos hijas del Cid, el poeta exclama:

«Ved qual honra cresce al que en buen hora
nacio,
quando sennoras son sus fijas de Navarra é
de Aragon
hoy los reyes despanna sus parientes son!»

Confiesa el mismo Mr. Wolf que aquí se trata no de todos los reyes de España, sino de algunos de ellos. Así el poeta mismo indica qué reyes ha querido designar, los de Aragon y Navarra; y, si se hubiese referido al matrimonio de Blanca con Sancho III, si hubiese compuesto su poema con ocasion de este matrimonio hubiera dicho algo, no poseyendo, como no poseian sus contemporáneos, un libro de la naturaleza del titulado las *Reynas* de Florez, para descubrir allí su pensamiento.

Por lo demás hay en la *Cancion* pocos pasages que permitan determinar con toda la precision apetecible la época en que fué escrita. Haremos notar principalmente uno

solo, tanto más cuanto que así podremos oponer al Sr. Wolf una observacion que él mismo ha hecho. Este eminente conocedor de la poesía románica piensa que el precioso romance del Conde Claros «*Media nocte era por hilo*» fué compuesto en el siglo XIII especialmente porque en él se dice:

Con trescientos cascabeles alrededor del petral,
moda muy en práctica en el siglo XIII,
(1) Esta opinion, en cuyo apoyo cita M. Wolf el artículo *Cascavellus* de Ducange (conviene consultar tambien el artículo *Tintinnabulum*) nos parece enteramente justa. En efecto, en el Mediodía de Francia, donde se decia *cascabel* (2) ó *sonalh*, en el siglo XIII se guarnecieron los petrales de cascabeles. Arnaud de Marsan (*Ensenhamen*, *apud* Raynouard, *Choix*, t. V. p. 44):

E denan al peitral
Bel sonalhs tragitatz
Gen assis é fermatz;
Car sonalhs an uzatje
Que donan alegratje
Ardimen al senhor,
Et als autres paor.

(1) Wiener Jahrbücher, t. 117, p. 132 en la nota.

(2) Véase Raymond, *Lexique roman*, t. II, p. 349.

Aicart del Fossat (*apud*. Raynouard, t. VI, p. 231) en un serventesio (1) sobre la guerra entre Conradino y Carlos de Anjou:

Trombas, tabors, sonaills, genz é peitral,
E cavalliers encoratz de contendre
Veirem en cham. (2)

En un trovador del siglo XII, el célebre Beltran de Born, la palabra *sonalh* se encuentra en el sentido de *campana*, y no en el de *cascabel*. (3) Además tratáse tambien de petrales, guarnecidos de cascabeles, en la *Cancion del Cid* (verso 1516)

E buenos caballos á petrales é á cascabeles
y aunque sea posible que se haya hecho uso de ellos en España á mediados del siglo XII, creemos, sin embargo, que seria muy difícil probarlo.

Pero si no vemos razon alguna para considerar á la *Cancion* anterior á los principios del siglo XIII, tambien es cierto que no es posterior á esta época. Lo que acabamos de observar no es supérfluo, porque en la fecha del manuscrito hay una raspadura despues

(1) Poesía satírica antigua en lengua provenzal.

(2) Estos dos pasages no se citan en el *Lexique roman*.

(3) Véase el *Lexique roman*, t. V, p. 263.

de las dos *C*, y el espacio es tal que podría llenarse con una tercera *C*. También Sánchez es de opinión que se ha raspado una *C*, á fin de que el manuscrito pareciese más antiguo, creyendo que la escritura es del siglo XIV. Más, aún suponiendo por un instante que el manuscrito fuese de 1307, la obra sería, sin embargo más antigua y anterior á la leyenda de Cardeña, copiada de la *Crónica General*, pues en esta leyenda como en los demás escritos del siglo XIV la casaca se llama *gambax* (1), mientras que esta prenda lleva aún el nombre de *belmez* ó *velmez* en la *Cancion del Cid* (vs. 3084, 3648). El lenguaje parece también algo más antiguo que el de las poesías de Gonzalo de Berceo, escritor del año 1220. Pero nos parece también que basta examinar el fac-simile de los cuatro primeros versos del manuscrito, publicado en la traducción española de Bouterweck, (p. 112) para convencerse que estos caracteres largos y estrechos pertenecen al año 1207 y no al 1307. Creemos, por tanto, necesaria adoptar otra conjetura de Sánchez y suponer que el copista ha escrito por descuido una *C* más ó la copulativa *e*, que tachó cuando vió no hacer falta. La *Crónica* rimada publi-

(1) Véase *Crónica General*, f. 361, col. 3.

blicada en 1846 por M. Francisco Michel en los Anales de Viena (*Anzeige Blatt* del tomo 116), según el manuscrito de la Biblioteca Imperial, donde se encuentra á la continuación de la *Grónica del Cid*; la *Cronica* rimada, decimos, aunque trata especialmente del Campeador, no es sin embargo un poema, que tenga á Rodrigo por héroe, es una crónica en verso, donde se trata de muchos guerreros queridos de los castellanos. Esta obra, de la que solo poseemos el principio (el manuscrito se detiene bruscamente en medio de un verso en el relato de la expedición de Fernando y de Rodrigo á Francia) nos parece mucho más antigua de lo que indica su lenguaje y su ortografía, que son del siglo XV. De ello es buena prueba la gran incorrección del texto, lleno de faltas y lagunas, y éstas últimas en líneas que nadie podría desconocer, porque son glosas; (véanse, por ejemplo, los versos 776-778.) Ningun poema español de la Edad Media ha llegado á nosotros en un estado tan deplorable. El único manuscrito del Alejandro es, sin duda, muy defectuoso; pero en comparación con el de la *Cronica rimada* podría pasar por muy correcto.

Otras muchas razones, que exponremos, nos mueven á creer que esta Crónica se

compuso á fines del siglo XII ó á principios del XIII, segun las tradiciones y las canciones populares.

Creemos que el autor ha conservado algunas de estas últimas sin introducir en ella ningun cambio y en el fragmento que queda hemos creído reconocer un canto guerrero y dos romances.

Notemos desde luego que el poeta dice en diferentes ocasiones (valiéndose del presente y no del pretérito) que hay cinco reyes (cristianos) en España. Esto no acontece en la época de que habla, (la de Fernando I), y cuando se recuerda que los poetas de la Edad Media, hablando del pasado, pintan siempre su propio tiempo, es preciso admitir que nuestro autor escribió en una época en que habia realmente cinco reyes en España. Debe, pues, haber vivido en el tiempo en que Leon y Castilla eran reinos separados, es decir entre 1157 y 1230, (los otros tres eran entónces Aragon, Navarra y Portugal.)

Otros dos pasages de la Crónica nos conduce al mismo resultado. En ella se lee desde luego lo siguiente: (verso 546 y siguientes):

A los caminos entró Rodrigo, pessól é mal
(grado);
dequal disen Benabente, segunt dise en el romance;

é passo por Astorga, é llegó á Monteyraglo;
cumplió su romerya por Sant Salvador de
(Oviedo).

Y más léjos, (verso 635 y siguiente):
Metiéronse á los caminos passol (*léase: pessól*
á) mal grado
que disen Benavente, segun dise en el romance,
Passólo á Astorga, é metiólo á Monteyraglo.

Salta á la vista que hay dos versos en el primer pasage y uno en el segundo en que falta la asonancia (*a-o*). Además, Rodrigo ha escogido una direccion muy extraña: vá primero á Astorga; despues á un lugar que, como ahora veremos, está situado al Sud Este de esta villa, y desde allí á Oviedo, al Norte de Astorga, en las Ásturias. En fin, es claro que el renglon “que se llama Benabente en romance” (sabido es que Benavente es una ciudad del reino de Leon y el paso de los peregrinos que se dirigen á Santiago de Compostela,) (1), no está en su lugar y que la palabra Monteyraglo está alterada, porque no se encuentra sitio alguno con este nombre. Una carta de Alfonso VI del 26 de Enero de 1103

(1) Véase *Láborde*, Itinerario de España, t. II, segunda parte, p. 252.

(1) es por extremo apropiado para resolver todas estas dificultades. A ruegos del ermitaño Garcelian, Alfonso y su muger eximieron de todo impuesto á la iglesia y á la posada de San Salvador, situadas sobre la montaña Yrago, donde se albergaban los peregrinos que iban á Santiago. Debe, pues, leerse Monte Yrago, en vez de Monteyraglo; deben tacharse las palabras *de Oviedo*, puesto que no se trata en modo alguno de la catedral de Oviedo, construida por Fruela I y su esposa y consagrada al Salvador, como ha creído el copista, sino de la iglesia de San Salvador, situada sobre la montaña Yrago. Cuando se ha tachado esta glosa, completamente falsa, *de Oviedo*, la asonancia reaparece. Por último, es preciso borrar el renglón «que llaman Benavente en romance.» Si, pues, en los dos sitios en que se encuentra, está fuera de lugar y no forma asonancia, es evidente que fué en su origen una nota marginal destinada á explicar el nombre propio *Monte Yrago*. De esta manera todas las dificultades desaparecen; pero estas glosas y estos descuidos manifiestan que la *Crónica* es mucho más antigua que el manuscrito que de ella poseemos, y, aun se

(1) Citada por Sandoval; Cinco reyes: f. 94, col. 1.

nos figura que su composición se remonta á una época en que Monte Yrago era más conocido y más célebre que Benavente. Esta ciudad es, en efecto, bastante moderna, pues no fué fundada ó poblada hasta Fernando II de Leon (1157-88) (1) y no recibió su *Fuero* sino del hijo y sucesor de Fernando, Alfonso IX, (1188-1203) algun tiempo antes del año 1206 (2). No es nuestro ánimo afirmar que la *Crónica* se escribiese antes de la fundación de Benavente, porque esta ciudad se encuentra nombrada en ella en un verso que sin duda no es una glosa (vs. 693); pero nos parece que fué escrita en un tiempo en que Benavente no era aún una ciudad importante y en que se nombraba á Monte Yrago como una población preferente á aquella.

Creemos que el poema nada encierra contrario á nuestra opinión, pues aunque es cierto que el poeta conocia las armas parlantes de Castilla y Leon (vs. 264), éstas se hallaban ya en uso en tiempo de Alfonso VII (3)

(1) Lúcas de Tuy, (p. 106); Rodrigo de Toledo VII, c. 19.

(2) En este año Alfonso IX de Leon dió á Llanes el Fuero que ántes habia dado á Benavente. Este *Fuero* ha sido publicado por Llorente, t. IV, p. 183-195).

(3) Véase en la crónica latina que lleva el nombre de este rey el poema sobre la conquista de Almería.

y, aún quizás ántes (1), sin contar con que pronto tendremos ocasion de señalar otra circunstancia que confirmará nuestra opinion acerca del tiempo en que fué escrita la *Crónica rimada*, pero antes debemos hablar de las canciones que, á nuestro juicio, ha insertado el autor en su trabajo.

Toda la Crónica á escepcion del principio y de un corto número de trozos de corta extension, que están en prosa, (M. Michel los ha impreso como versos con muy poca oportunidad), están en versos libres cuya asonancia, casi constante es a-o. Però encuéntranse tres fragmentos en que el asonante es masculino. La primera vez (vs. 301 (2) y sigs), está en o en cuatro versos y en a en la continuacion hasta el verso 357. La segunda vez tiene el asonante en a (vs. 372 y siguientes). La tercera (vs. 758 y siguientes) en o. Este último nos parece un canto guerrero muy antiguo y hé aquí por qué:

Despues de referir la fabulosa expedicion á Francia de Fernando I, la *Crónica General* (f. 287, col. 1) añade: «Y á causa de este honor que despues ganó el rey, fué nombrado

(1) Véase Argote de Molina, *Nobleza áel Andalusia*, folio 32 v.

(2) El verso 300 está interpolado.

D. Fernando el Grande (*el par de emperador*), «é por esto dixeron los cantares que pasára los puertos de Aspa á pesar de los franceses.» En el trozo en cuestion se lee realmente, (vs. 758):

«*El buen D. Fernando par fué de emperador;*

y tambien se halla

A pesar de Francesses, los puertos de Aspa pasó.

Es muy digno de observarse que el poeta no dá este trozo como compuesto por él, diciendo por el contrario: «por esta rrazon dixeron: esto es, se dice: el buen rey D. Fernando fué par de emperador, mandó en la vieja Castilla y mandó en Leon,» etc. Cita, pues, este trozo como un canto popular, y nos parece fuera de duda que Alfonso en su crónica ha tenido á la vista *el cantar* conservado en la *Crónica rimada*. Hay además otra prueba de lo que aventuramos y es el empleo del vocablo *jensor*, (vs. 762).

Mando á Portogal, essa tierra jensor.

No hay, que sepamos, más que un ejemplo del empleo de este comparativo provenzal y se encuentra en la *Maria Egipciana* (p. 92, ed. Pidal), obra donde existen tantas pa-

labras antiguas que podría ser más antigua que la *cancion del Cid*. En la *María, jensor* (gensor) tiene el sentido de positivo lo mismo que en el canto guerrero. En las demás partes se encuentra constantemente gentil en las frases de este género (*cancion del Cid*, verso 680):

De Castiella la gentil exidos somos aci.

Romance «Del Soldan de Babilonia:»

Para ir â dar combate á Narbona la gentil.

Por lo demás este canto celebra las expediciones de Fernando y sus barones. (1)

(1) Es preciso subrayar los versos 788 y 789 (asonancia femenina en a, o), y 792, (e, e), que están interpolados por el autor de la *Cronica*, pero creemos que debe conservarse el verso 797,

E Frandes, é Rochella é toda tierra de Ultramar

pues en una composición tan antigua y popular, esta a se pronunciaría ordinariamente poco más ó ménos como o. En la poesía francesa a, o, u y ou, formaban asonancias, (vease el *Gormont*, verso 251-292), así como a y e, (ibidem, verso 112) i y e (ibidem, verso 303) y au y ei (ibidem, verso 10 y 11).

En la composición española la asonancia

E Armenia é Pérsia la mayor

E Frandes, é Rochella, é toda tierra de Ultramar

es la misma que en el *Gormont* (verso 253):

*Jeo te conois assez, Hugon
qui l'autrîr fus asparillans.*

Muy sencillo en su forma, como lo es la *cancion* de los soldados de Aurelio, referida por Vopiscus y lleno de frases corteses y susceptibles de repetirse en coro, nos parece haber sido cantado en las filas de los ejércitos y compuesto despues del año 1157, pues en él se lee lo mismo que en la *crónica*, á saber, que existen cinco reyes en España, (verso 786).

Otro trozo contiene el relato de la muerte del conde D. Gomez de Gormaz, de la llegada de sus tres hijos á Bivar y de la marcha de Jimena á Zamora, donde ruega al rey Fernando que la case con Rodrigo. Más adelante traduciremos este precioso relato. Cuando se conocen los antiguos romances se adquiere la convicción de que este trozo es uno de ellos, en cuyo caso es quizás el más antiguo, y sin contradicción el ménos alterado de todos. Contiene además una glosa muy curiosa, que debe ser del autor de la *Crónica*, pues es imposible suponerla del copista; glosa que confirmará la opinión admitida por nosotros acerca del tiempo en que vivió el autor de la *Crónica*.

Trátase del color de los vestidos de duelo: en una época determinada el duelo era blanco en Italia y Francia, pues el Dante (*Purgatorio* VIII vs. 73 y siguientes) hace decir

á Nino Visconti, famoso juez de Gallura, con motivo de su muger Beatriz, marquesa de Este, casada en segundas nupcias con Galeazzo Visconti:

*Non credo che la sua madre (Beatrice) piú m'ami
Poscia che trasmutó le bianche bende,
Le quai convién che misera ancór brami.*

Mas si en tiempo del Dante usaban los hombres y particularmente las mugeres el color blanco en los duelos, medio siglo más tarde se estiló el color negro. Mateo Villani (l. X., c. 60) cuenta que cuando Bernabos Visconti supo la derrota de S. Rufello en 1361 se vistió de negro en señal de afliccion. En la primera mitad del siglo XII el luto era blanco en Francia; siendo antes negro del mismo modo que en España. Sobre esta materia poseemos un pasage curiosísimo de Pedro el Venerable, abad de Cluny desde 1122 hasta el 1156 en que murió. En una carta dirigida á S. Bernardo, Pedro de Cluny habla de las disputas entre los monges negros y los monges blancos, y refiere: (1) Que Sidoine, arzobispo de Auvergne reprochó á sus contemporáneos el asistir de blanco á los entierros

(1) Veanse las cartas de Pedro el Venerable en la *Biblioteca Cluniacensis* publicada por Marrier y André Du-Chesne p. 839-840.

y de negro á las bodas; aunque entónces la costumbre general, dice el abad, mandaba lo contrario. Cuando me encontraba hace poco en España, añade, he visto, no sin sorpresa, que esta antigua costumbre se conserva aún entre los españoles. En señal de duelo «*ne-gris tantum vilibusque indumentis se conte-gunt.*»

En el antiguo romance se lee, hablando de las hijas del conde D. Gomez de Gormaz, despues de la muerte de su padre (vs. 314)

Paños visten brunitados é velos á toda parte,

despues de este verso hay una línea concebida así:

(entónces la avian por duelo; agora por goso la traen.)

Este pronombre *la* debe, sin duda, entenderse aquí como un néutro y referirse á los *paños brunitados*; si se refiere á los *velos* no hay razon alguna para que el glosador no hubiese escrito *los*; por lo demás los velos por sí solos no eran ni signo de afliccion ni de alegría: creemos, pues, que el glosador ha escrito *la* y no *los* para indicar que esta nota se refiere nó á los velos de que se ha hecho mencion poco antes, sino á los *paños brunitados*, y siendo así, traducimos: entón-

ces se llevaba como duelo; ahora en signo de alegría. De donde resulta que en la época en que el romance fué compuesto, el luto era negro, siendo blanco como en Francia é Italia, cuando se escribió la nota. Pero, cuándo se escribió?

Segun Pedro el Venerable el luto en España era negro en la primera mitad del siglo XII. En el siglo XIV era del mismo color, como resulta de un pasage del arcipreste de Hita, (copla 736) donde se trata de una viuda. El luto era negro tambien cuando se escribió la leyenda de Cardeña, que debe ser más antigua que la *Crónica General* de Alfonso, porque nos parece pertenecer aun al siglo XIII; véase en esta leyenda (1) que despues de la muerte del Cid, su hija doña Sol se vistió de estambrilla, así como sus damas de honor. El infante Sancho de Aragon, su esposo, y los cien caballeros que la acompañaban se vistieron de mantos negros, (*capas prietas*;) se pusieron sombreros hendidos por medio (*capiellas fendidas*) y colgaron los escudos de los arzones de sus sillas, con lo de arriba abajo. Y puesto que Alfonso no hace ninguna observacion sobre este pasage de la leyenda es indudable, por tanto, que en su

(1) Véase *Crónica General*, f. 363, col. 1 y 2.

tiempo tambien era el luto negro; color que se conserva desde entónces. En la segunda mitad del siglo XII era negro en Francia. Despues de la muerte de Raimundo V de Tolosa, ocurrida en 1194, el trovador Pedro Vidal «se vistió de negro, cortó la cola y las orejas á todos sus caballos (1) y se hizo rasurar la cabeza, lo mismo que á todos sus servidores (2), pero se dejaron crecer las barbas y las uñas.» (3) El luto era negro en España en la primera mitad del siglo XII y á partir del XIII; pero, segun la glosa de que se trata, debió haber sido blanco durante cierto tiempo, lo cual no puede haber ocurrido sino despues de Pedro el Venerable y antes de la composicion de la leyenda de Cardeña, esto es, al fin del siglo XII ó á principio del XIII. Esta glosa nos lleva pues á la misma época á donde nos han conducido los otros pasages; de lo cual puede inferirse cuando fué escrita la *Crónica rimada*; parece que hácia el año 1160 los españoles adoptaron de

(1) Tambien en España se cortaba la cola á los caballos en señal de duelo; (véase á Pedro el Venerable (loco laud) y *Crónica de D. Fernando IV* (Valladolid, 1554) f. 36 v.)

(2) La misma costumbre se practicaba en España: (véase á Pedro el Venerable).

(3) Biografía provenzal de Pedro Vidal, *apud* Raynouard *Choix*, t. V. p. 337.

sus vecinos los provenzales ó los árabes (1) la costumbre de llevar el luto blanco y algo mas tarde los provenzales empezaron á llevarlo negro, siendo cierto, que en el siglo XIII fué negro en Francia y en España como lo ha sido siempre despues de aquel tiempo; solamente se continuaba, en estos dos paises, llevando el luto blanco á la muerte de los principes, hasta el año 1498. El segundo romance refiere la conversacion habida entre Don Rodrigo y su padre, despues que este hubo recibido las cartas de Fernando, y su marcha para Zamora.

El resto de la Crónica se compone evidentemente de tradiciones populares en parte contradictorias. Así; Rodrigo está casado con Jimena, cuando hizo prisionero al conde de Saboya que le ofreció su hija en matrimonio. Rodrigo rechazó esta oferta no porque estuviese casado, sino porque no se creia digno de enlazarse con una señora de tan alto nacimiento. Todas las narraciones de la Crónica son por lo demás estremadamente sencillas: el poeta despues de haber modificado algunos detalles en general, piensa como pensaba el pueblo, sin substituir sus propias ideas

(1) Véase mi *Diccionario de los nombres de los vestidos* página 435. Maccari t. II p. 496, 497.

á las ideas recibidas: razon por la que se distingue esencialmente la Crónica de la Cancion.

No parece que Alfonso el Sábio se haya valido de la *Crónica rimada*, aunque haya tradiciones comunes á los dos libros: acaso el rey cronista no la ha recorrido porque desconfiaba del carácter poco histórico de la obra, pero puesto que ha admitido muchas tradiciones que son fabulosas en igual grado, podemos más bien inclinarnos á creer que el espíritu anti-realista que reina en la Crónica es lo que le ha impedido beber en esa fuente.

Es muy incierta la época en que se compusieron los diferentes romances, puesto que no existen manuscritos y además los que los publicaron en el siglo XIV, segun la tradicion oral, los han cambiado y modernizado. El estudio de la versificacion puede servir hasta cierto punto para arrojar nueva luz sobre esta cuestion. Al principio la poesia española no tenia un ritmo regular; procurábase mucho conseguir cierta armonia y se observaba una cesura hácia el medio del verso, pero no se contaban las sílabas. Para convencerse de ello basta fijar los ojos en la Cancion del Cid, la Crónica rimada, la leyenda de Santa Maria Egipcíaca y el libro de los

tres reyes de Oriente. En la Cancion, el número de sílabas del verso varía de ocho á veinte y cuatro, siendo aun mas irregulares todavía los de la Crónica.

El verso de los romances se ha formado asimismo, muy poco á poco. En los dos que se encuentran en la Crónica rimada, donde está tambien el canto de guerra, hay versos completamente regulares, versos de quince sílabas, el metro ordinario de este género de composiciones; pero la mayor parte no lo son de ningun modo, y tomándose todo el trabajo posible nose podria conseguir (á menos de permitirse cambios estremadamente aventurados y no justificados por nada,) reducir estos versos irregulares á regulares; pero por lo demás, hay algunas probabilidades para suponer que la Crónica modificase á su placer versos regulares? que sustituyese á un ritmo bárbaro un ritmo armonioso? que alterase de propósito un verso tal como este:

Vos venis en gruesa mula | yo en un ligero caballo

que se encuentra en el romance «Castellanos y Leoneses» para poner en su lugar este: (Crón. rimada, vs. 16):

Vos estades sobre buena mula gruessa | e yo sobre buen cavallo;

que haya sustituido al verso «Cabalga Diego Lainez.)

Porque la besó mi padre | me tengo por afren-
tado

este: (Crón. rim. vs. 410)

Porque vos la bessó mi padre, | soy yo mal
amansellado?

En verdad esto seria demasiado extraño y es mucho mas natural creer que los versos que se encuentran en la *Crónica* son los más antiguos, (la forma larga de la segunda persona de plural (*estades*) y la antigua palabra *amansellado* (Crón. vs. 553) lo manifiestan por lo demás;) y que no han sido cambiados en versos regulares hasta que se ha fijado el ritmo de los romances. Unase á esto que aun en los modernizados hay todavía versos irregulares; el primer hemistiquio tiene á menudo siete sílabas, en vez de ocho, y el segundo tiene tambien una ó dos sílabas de más. Por otra parte, la irregularidad de los versos en un romance no es una señal cierta de su antigüedad; pues el marqués de Santillana atestigua formalmente, que en el siglo XV la poesía popular no contaba ya las sílabas, (1) y

(1) Infimos son aquellos que sin ningunt orden, regla, ni

poseemos romances del siglo siguiente en que los antiguos versos irregulares han sido imitados. (1) Este indicio por sí solo (al que podrían unirse algunos otros, tales como el cambio del asonante y el empleo de una asonancia masculina en vez de una femenina) no basta para demostrar la antigüedad de un romance; hacen falta otros indicios sacados de su contenido. El estudio de las costumbres, de los trajes y de las modas es de la mayor utilidad para fijar el tiempo en que se compuso; pues de ordinario los poetas de la edad media no pintaban mas que su propio tiempo, único que conocían.

Entre los romances del Cid hay pocos antiguos: el que comienza por las palabras «Cabalga Diego Lainez» es una imitación de un pasaje de la *Crónica rimada* (p. 11): no solo las ideas son las mismas, con la diferencia de que el relato de la *Crónica* es sencillo y enérgico y que el del romance es un poco difuso, sino las asonancias (a-o) son idénticas, habiendo también hasta verdaderos hemistiquios (*Cron.* v. 400).

cuento, hacen estos romances é cantares, de que la gente baja é de servil condición se alegra «Carta al condestable de Portugal» (*Sanchez, colección* t. 1 p. LIV).

(1) Véase Volf, *Prager Sammlung* p. 102-108,

Todos dicen: es el que mató al conde Lozano (1).

Romance:

Aquí viene entre esta gente quien mató al conde Lozano.

Crón. v. s. 403.

al rey besarle la mano.

Romance:

para el rey besar la mano.

Crón. v. s. 405.

Rodrigo fincó los ynojos por le besar la mano.

Crón. v. s. 406, 407:

el rey fué mal espantado.

A grandes boses dijo: Tiratme allá ese peccado.

Romance;

Espantóse de ello el rey, y dijo como turbado:

Quitateme allá Rodrigo, quitateme allá diablo.

Pero los más de estos romances acusan su origen moderno; algunos son del siglo XVI ó XVII: ellos pintan las costumbres de

(1) Resulta de la composición del romance que tal es la lección verdadera. En la edición de M. Michel se lee:

Todos dicen á él que el que (sic) mató al conde Lozano.

Estos tiempos y sus autores han bebido en la *Crónica general* ó en la *Crónica del Cid*, siendo tan amanerados é insípidos que acaso ningun otro siglo presente un número tan considerable de romances verdaderamente malos.

Procuraremos ahora dar una biografía del Cid sacada de las mejores fuentes, muchas de las cuales, convenimos en ello, son árabes; mas si el héroe castellano no se parece en los escritos de sus enemigos á ese ideal de desinterés y lealtad con que los poetas se han complacido en pintarle, ideal que formaría seguramente un extraño y singular contraste con las costumbres del siglo XI, no conviene imaginar, sin embargo, que su carácter haya sido desfigurado por la aversion y el odio. Los árabes honraban la virtud aun en sus adversarios; hacen completa justicia á Alfonso VI; alaban su clemencia y dulzura (1) por más que fuese su más formidable enemigo, y, si han sido severos para Rodrigo es porque merecía realmente el reproche de perfidia y crueldad. Tampoco los antiguos documentos españoles lo juzgan muy favorablemente. Los árabes lo acusan de haber violado las capi-

(1) Véase Maccari t. II. p. 743.

tulaciones en Valencia, pero por el autor de los *Gesta* es por quien sabemos lo que hizo en Murviedro, y amenudo sus compatriotas condenan su conducta mucho más enérgicamente que los árabes mismos. Así; el autor de los *Gesta* dice hablando de su invasion en una provincia de su patria, la de Calahorra y de Nájera: *Ingentem nimirum atque maestabilem et valde lacrimabilem prædam, et dirum et impium atque vastum inremediabili flammâ incendium per omnes terras illas sævisime et immisericorditer fecit. Dirâ itaque et impiâ deprædatione omnem terram, præfatam devastavit et destruxit, eiusque divitiis et pecuniis atque omnibus eius spoliis cum omnino denudavit et penes se cuncta habuit.* «El autor del kitâb al-ictifâ se contenta con decir en esta ocasion: «quemó y destruyó.»

SEGUNDA PARTE.

EL CID DE LA REALIDAD.

Estas son las nuevas de Mio Cid el Campeador.
Cancion del Cid, vs. 3740.

Senhor, ar escontatz, si vos platz, et auyatz
canso de ver' y storia:— — —

que non es ges mesonja, ans es fina vertatz.
testimonis en trac avesques et abatz,
clergues, moines, epestres e los santz honoratz.
Fierabras, vs. 30-34,

Nada más desemejante bajo ciertos aspectos que los dos pueblos que en el siglo undécimo se disputaban los despojos del califato de Córdoba. Los moros vivos, ingeniosos y civilizados, aunque enervados y escepticos, solo vivían para el placer; los españoles del Norte, medio bárbaros aún, pero indómitos y animados del más ardiente fanatismo sólo amaban la guerra, la guerra

sangrienta. Estas dos naciones tan diferentes en apariencia, tenían, sin embargo, en el fondo muchos puntos de contacto; ambas estaban corrompidas y eran pérfidas y crueles; y, si los moros eran por regla general indiferentes en materia de fé, si consultaban á los astrólogos con preferencia á los doctores de la religion y no tenían á ménos servir á las órdenes de un príncipe cristiano, tambien habia muchos caballeros de Castilla á quienes no causaba escrúpulo vivir de augurios, como se decía entónces: (1) tomar musulmanes á sueldo (2) y dirigir las armas contra su religion y su patria bajo la bandera de un reyezuelo árabe ó quemar y saquear los cláustros y las iglesias.

A la larga y á no mediar acontecimientos imprevistos, los moros ménos bravos y aguerridos que sus adversarios estaban llamados á sucumbir. Fernando I les habia yá hecho experimentar terribles descalabros: hábales arrebatado á Viseu, Lamega y Coim-

(1) Véase *Hist. Compost.* (Esp. sagr. t. XX.) p. 401, 416. *Crón. gen.* fol. 263, col. 2. Un relato traducido del provenzal que se encuentra en los *Cento Novelle antiche* (Nov. 32.) principia por esta palabra «Messire En Barral de Baux (1192) gran castellano de Provenza, vivía mucho de anguria, á la usanza española.»

(2) Mon. Sil. c. 83 in fine.

bra, impuesto tributo á cuatro de sus reyes, á los de Zaragoza Toledo, Badajoz y Sevilla y se hubiera apoderado de Valencia á no sorprenderle la muerte. Sin embargo, al dividir su reino entre sus cinco hijos, él mismo destruyó su propia obra. Los moros respiraron entónces pues preveían, y no se equivocaban, que la guerra civil estallaríá en el Norte.

Fernando había dado á Sancho, su hijo mayor, la Castilla, Nájera y Pamplona; á Alfonso, Leon y las Asturias; á García la Galicia y la pequeña parte de Portugal conquistada á los moros; Urraca había recibido á Zamora y Elvira á Toro. Sancho fué el primero que rompió la paz, atacando y venciendo á su hermano Alfonso en la batalla de Llantada, el año de 1068; su victoria, no debió, sin embargo, ser decisiva pues Alfonso conservó sus estados y volvió á restablecerse la paz entre ambos hermanos. Tres años mas tarde volvieron á tomar las armas y señalado día para el combate, estipularon que el vencido cedería su reino. Trabóse la batalla en la frontera de los dos paises, cerca de un pueblo llamado Golpejare, cabiendo la peor parte á los Castellanos, quienes se vieron obligados á abandonar el campo al enemigo; pero Alfonso

prohibió á sus soldados perseguirlos pues se reputaba yá, segun las condiciones del combate, dueño del reino de Castilla. Rodrigo Diaz de Bivar frustró sus esperanzas.

Este Rodrigo, oriundo de una antigua familia castellana, (decíase que era descendiente de Lain Calvo, uno de los dos jueces á quienes los Castellanos habian encomendado, bajo el reinado de Fruela II, (294,5) la composicion amigable de sus diferencias) y cuyo nombre aparece por primera vez en un diploma de Fernando I, del año 1064, (1) se habia distinguido yá en una guerra que Sancho de Castilla se vió obligado á sostener contra Sancho de Navarra. Habia vencido entónces á un caballero navarro en singular combate y esto le habia valido el título de Campeador; (2) á la sazón era abanderado de Sancho ó lo que es lo mismo general en jefe de su ejército (3), porqué eran tales palabras en toda Europa sinónimas en aquella época (4).

(1) Sandoval, *cinco Reyes* fol. 13, col. 3.

(2) *Carmen latinum* p. 309.

(3) El autor de los *Gesta* dice al principio «constituit eum principem super omnem militiam suam» y más adelante «tenuit regale signum Regis Sanctii, confirmado por Pedro de Leon, apud Sandoval, fol. 21, col. 3; fol. 22, col. 3.

(4) Véase Guillermo de Tisro, t. IX. c. 8; Orderico Vital *Capud Duchesne (Rex Norm. scrip)* p. 463, 472 D, 473, 483 B; Jonckbloet, *Guillermo de Orange*, p. 23, 24.

Rodrigo no bien apercibió que el enemigo habia cesado en la persecucion levantó el ánimo abatido de su rey y le dijo, «ufanos con la victoria conseguida los leoneses reposan en nuestras tiendas sin recelar de nada; caigamos sobre ellos al amanecer y los batiremos.» Pareció bien á Sancho este consejo y rehaciendo su ejército, al despuntar la aurora se arrojó sobre los leoneses, dormidos todavía, degollando á la mayor parte y debiendo algunos su salvacion á la huida. De este número fué Alfonso que buscó un asilo en Santa Maria, catedral de la ciudad de Carrion; pero arrancado violentamente de aquel santo lugar, fué conducido á Búrgos como cautivo (1).

Sancho quedó, por tanto, merced al consejo de Rodrigo, dueño del reino de Leon: innegable fué de todo punto el éxito obtenido; mas no basta que el fin sea bueno, sino que se necesita tambien que los medios para conseguirlo sean justos, y, el consejo que Rodrigo dió á su príncipe, no era en el fondo más que una traicion, una violacion de las condiciones estipuladas entre ambos reyes.

Cediendo á los ruegos de Urraca y de

(1) Lucas de Tuy, p. 97, 98; Rodrigo de Toledo, VI c. 16.

Pedro Ansurez, conde leonés, Sancho permitió á su hermano salir de la prision con la condicion expresa de que tomase el hábito de monge. Alfonso lo hizo así; pero muy pronto se escapó del cláustro y fué á buscar un refugio cerca de Mamun, rey de Toledo.

Más tarde, Sancho volvió sus armas contra su hermano Garcia, á quien arrebató sus Estados, y contra sus dos hermanas. Elvira le abandonó á Toro; pero Urraca se defendió valerosamente en Zamora. Prolongábase ya el sitio de esta ciudad, cuando un audaz caballero zamorano, de nombre Bellido Dolfos, salió de la ciudad, y sorprendiendo á Sancho, que paseaba por el campo, le hirió repentinamente con una lanza, y se volvió con tanta priesa como habia ido, (7 Octubre de 1072). Rodrigo, que durante el sitio habia hecho prodigios de valor, (1) vió al asesino de su rey y sin demora se lanzó en su persecucion, estando á punto de matarle cerca de la puerta de Zamora; más Bellido tuvo aún el tiempo preciso para escaparse. El asesinato del rey llevó la consternacion á el ejército. Los leoneses que habian sufrido la dominacion del rey de Castilla de mala voluntad, se apresuraron á

(1) *Gesta*.

volverse á sus casas; los castellanos, por el contrario, permanecieron firmes en sus puestos, y colocado el cuerpo de su rey en un sarcófago, lo trasportaron, haciendo estremecer al aire con sus llantos, al claustro de Oña, donde le dieron sepultura con todos los honores reales. (1)

Cumplida esta triste ceremonia se reunieron en Búrgos los principales castellanos para elegir un nuevo rey; repugnábales dar la corona á Alfonso, ex-rey de Leon, pues comprendian que en tal caso perdian su preponderancia y tendrían que recibir la ley de los leoneses, en vez de imponérsela; pero como no tenían otro príncipe á quien colocar en el trono, fuerza les fué vencer su repugnancia. (2) Declaráronse dispuestos á reconocer á Alfonso, si este juraba no haber tenido participacion en el asesinato de D. Sancho, y se encargó á Rodrigo Diaz que recibiese al rey este juramento. (3) Desde esta ocasion Alfonso tomó ojeriza á Rodrigo; (4) mas como éste era

(1) Lúcas, p. 98 99; Rodrigo, VI, 48, 49.

(2) Lúcas de Tuy, (p. 100): *acum nullus esset sibi de genere regali, quem dominum possent habere, venientes ad Regem Adephonsum, etc.*»

(3) Pedro de Leon (Sandoval, f. 39, col. 1) dice que Alfonso prestó el juramento en manos de doce caballeros castellanos. Sandoval no dice si el obispo habla ó no de Rodrigo.

(4) Lúcas, p. 100; Rodrigo, VI, p. 20, 21.

demasiado poderoso, y por lo tanto, temible. obedeciendo á la prudencia, disimuló sus sentimientos, y queriendo ligarlo á su familia y reanudar al mismo tiempo la buena armonía entre castellanos y leoneses, le hizo desposarse con su prima Jimena, hija de Diego, conde de Oviedo y uno de los principales entre sus antiguos súbditos. (19 Julio, 1074). (1)

Algun tiempo despues, Alfonso encomendó á Rodrigo que fuese á la córte de Motamid, rey de Sevilla. á cobrar el impuesto que este príncipe tenía que pagar. Hallábase Motamid, cuando llegó Rodrigo, en guerra con Abdaláh de Granada, y amenazado de una invasion, pues Abdaláh habia tomado á su servicio á muchos caballeros cristianos, entre los cuales figuraba el conde García Ordoñez, un príncipe de (2) sangre que habia llevado el estandarte real bajo Fernando I. (3) Rodrigo mandó decir al rey de Granada que no atacase á Motamid, porque era aliado de Alfonso; pero los granadinos, despreciando sus ruegos y sus amenazas, llevando á san-

(1) *Gesta: Charta Arrharum.*

(2) Descendía del infante Ordoño, hijo de Ramiro el Ciego y la infanta Cristina. Véase sobre esta familia *Salazar, Casa de Silva*, t. I, pag. 63 y siguientes.

(3) Moret, *Anales de Navarra*, t. I. pag. 758.

gre y fuego cuanto encontraban á su pasó, llegaron hasta Cabra, donde Rodrigo, acompañado de sus caballeros y del ejército sevillano, acudió á presentarle la batalla. Quedaron los granadinos completamente derrotados, y muchos caballeros cristianos, entre los que se hallaba el mismo García Ordoñez, cayeron en poder de Rodrigo, que les quitó cuanto tenían, y á los tres meses les devolvió la libertad. Luego, habiendo recibido de Motamid el tributo y muchos regalos para Alfonso, volvióse á Castilla; mas entonces sus enemigos, y, principalmente García Ordoñez, le acusaron, con razón ó sin ella, de haberse apropiado una gran parte de los regalos destinados al Emperador. (1) Este, que no podia olvidar la traicion de Rodrigo, que le habia costado dos reinos, ni el juramento humillante que se habia visto precisado á prestar en sus manos, dió oído á tales imputaciones y en el año 1081, en que aquél atacó á los moros sin pedirle su consentimiento, lo desterró de sus Estados.

A partir de esta época Rodrigo comenzó á llevar la vida de *condottiere*, y á combatir con su gente, unas veces bajo la bandera de un príncipe moro, otras por su propia cuenta.

(3) Alfonso, como estas cartas lo atestiguan, tomó este título despues de ser establecido en el trono

II.

Despues de pasar algunas semanas en la córte del conde de Barcelona, que parece no quiso aceptar sus servicios, Rodrigo se volvió á Zaragoza, donde reinaba entonces un miembro de la familia de los Beni-Hud, llamado Moctadir, cuya vida habia sido una série no interrumpida de razzias y batallas, y cuyo más obstinado y peligroso enemigo era su hermano mayor Mudhaffar, señor de Lérida, el cual le superaba en instruccion y bravura. Moctadir, queriendo reducirle, llamó al principio en su auxilio á catalanes y navarros, pero abandonado luego por sus aliados, que habian abrazado el partido de su contrario, recurrió á la traicion. Conforme con su hermano en celebrar una entrevista, á donde acudirian ambos solos y sin armas, habia prevenido antes de acudir al lugar de la cita, á un caballero navarro, que

servia en su ejército, para que asesinase á su hermano en el momento en que conversáse con él. Mudhaffar debió solo su salvacion á una buena cota de malla que llevaba siempre bajos sus vestidos, y Moctadir, por su parte, castigó al navarro por su poca destreza, haciéndole decapitar. Despues de una guerra de treinta años, consiguió, por último, apoderarse de su hermano, y en la época en que Rodrigo llegó á Zaragoza, Mudhaffar estaba prisionero en Rueda. Aunque seguro por esta parte, Moctadir tenia aún muchos enemigos á quienes combatir, y como preferia, á ejemplo de sus predecesores, los soldados cristianos á los moriscos, dispuso buena acogida á Rodrigo y á los caballeros que le acompañaban. Al poco tiempo, en Octubre de 1081, murió despues de haber dividido sus estados entre sus dos hijos. Mutamin, el mayor, obtuvo á Zaragoza, y su hermano, el Hadjib-Mondhir recibió á Dénia, Tortosa y Lérida. Tales particiones, (Moctadir debió haberlo previsto) fueron siempre manantial perenne de disturbios y guerras. Tambien los dos hermanos tuvieron pronto serias discordias, y Mondhir se coaligó con Sancho Ramirez, rey de Aragon, y con Berenguer, conde de Barcelona. Rodrigo combatió por Mutamin, que lo consideraba

como su más firme sosten: hacia frecuentes razzias en el país de los enemigos de su dueño, siendo tanto el pavor que les infundia, que llegó á entrar en Monzon, á vista del ejército de Sancho, aunque éste había jurado que no se atrevería á tanto. En otra guerra entre los dos príncipes moriscos, Mondhir y sus aliados, á saber: Berenguer, el conde de Cerdaña, el hermano del conde de Urgel, el señor de Vich, el del Ampurdam, el de Rosellon y el de Carcasona, fueron á poner sitio delante del antiguo castillo de Almenara (entre Lérida y Tamariz), hecho reconstruir y fortificar por Rodrigo y Mutamin, y como comenzase á faltar el agua á los sitiados, Rodrigo, que se hallaba en la fortaleza de Escarpa, de la que acababa de apoderarse, envió emisarios á Mutamin para avisarle del trance casi desesperado en que se encontraba la guarnicion. El príncipe musulman se dirigió á Tamariz, donde celebró una entrevista con Rodrigo, pretendiendo que este atacase al enemigo y le obligara á levantar el sitio; pero el castellano le aconsejó que pagase un tributo á los aliados y no arriesgase una batalla en la que el valor tendria que ceder al número. Mutamin consintió en ello, pero los aliados rechazaron la oferta y entónces Rodrigo, indignado con

aquella presuncion, se decidió á atacarlos no obstante la inferioridad de sus fuerzas. El éxito coronó su audacia, batió al enemigo, se apoderó de un pingüe botin, é hizo prisionero al conde de Barcelona con quien Mutamin concluyó la paz, devolviéndole la libertad cinco dias despues de la batalla.

La vuelta del Cid á Zaragoza fué un verdadero triunfo; el pueblo le acogió con grandes demostraciones de alegría y de respeto y Mutamin le colmó de regalos y honores, llevando su condescendencia con él á tal punto que Rodrigo parecía gozar de la autoridad suprema(1). Este, á pesar de su brillante posicion, no podia olvidar ni un momento á su pátria y en el año 1084 creyó haber encontrado el medio de volver á ella.

El año anterior el gobernador de Rueda se habia insurreccionado contra Mutamin, reconociendo por soberano á su prisionero Mudhaffar, hermano de Móctadir. Este pidió socorros á Alfonso quien le envió, hácia fines de Setiembre (2) un cuerpo de ejército

(1) *Gesta*, p. XX-XXII— compárese el poema latino (p. 313, 315).

(2) El testamento del Conde Gonzalo Salvadores, firmado en el claústro de Oña, lleva la fecha de 5 de Setiembre de 1083, el del Conde Nuño Alvarez, que asistió tambien á estas expediciones es del 14 de Agosto del mismo año. Véase Moret; *Anuales* t. II, p. 15.

mandado por su primo hermano Ramiro, hijo de García de Navarra y por el gobernador de Castilla la Vieja, Gonzalo Salvadores, á quien daban por su bravura el sobrenombre de cuatro-manos, pero muerto Mudhaffar poco tiempo despues, el gobernador de Rueda, que no quería convertirse en súbdito de un monarca cristiano, se reconcilió secretamente con Motamin, concertando con él atraer á Alfonso á una emboscada. A punto estuvo de conseguir su propósito: habiendo acudido en persona á presencia del Emperador le prometió entregarle á Rueda, suplicándole fuese á ella. Alfonso consintió, pero recelando todavía del moro, quiso que Gonzalo Salvadores y otros generales entrasen antes que él en la ciudad. Aun no habian aquellos franqueado las puertas, cuando los moros los destrozaron, lanzando sobre ellos una nube de piedras (9 de Junio de 1084) (1).

La traicion, se habia realizado, pero á me-

(1) Tres pequeños cronicones fijan la traicion del gobernador de Rueda en el año 1084. El epitafio español de Gonzalo apud Sandoval, *Cinco Reyes*, fol. 68, 69) trae la fecha 9 de Junio de 1074 y fué compuesto mucho tiempo despues de la época de que se trata porque el sepulcro ha sido renovado; mas lo que nos parece cierto es que habia un epitafio sobre el primer sepulcro, que la fecha 9 de Junio es exacta y que el autor del epitafio español no ha reparado en la segunda X (era MCXXII) del antiguo epitafio latino.

días solamente; pues Alfonso escapó de la matanza. Irritado y furioso se había vuelto á su campo, á donde vino Rodrigo á encontrarle, con el objeto de probarle que no habían tenido parte alguna en el complot del gobernador de Rueda y con el de intentar al mismo tiempo grangearse de nuevo su voluntad. Alfonso lo recibió honrosamente y le invitó á seguirle á Castilla. Rodrigo accedió á ello, mas observando en el camino que el Emperador le conservaba aun ojeriza, se apresuró á abandonarle y fué de nuevo á ofrecer sus servicios á Mutamin quien, contento con su vuelta, le mandó ir á hacer una correría por Aragon. Rodrigo cumplió su cometido con rapidez extrema, cinco dias le bastaron para saquear un pais de gran extension, y, con tal presteza llevaba á cabo estas correrías que cuando los habitantes de los paises devastados se apercibian de ello y se disponian á tocar á rebato, ya las gentes del Cid iban de retirada. No contento con este resultado, penetró tambien en el territorio de Mondhir, atacó á Morella y habiendo saqueado todo el pais de los contornos, reconstruyó y fortificó á Alcalá de Chisvert. Sancho de Aragon marchó entónces en socorro de Mondhir, y habiendo establecido su campamento en las orillas del Ebro, intimó á Rodrigo para que

sin demora evacuase el territorio de su aliado. Rodrigo se burló de él y le ofreció una escolta para el caso de que quisiese continuar su viaje.

Sancho y Mondhir, irritados con esta respuesta, vinieron á atacarle, quedando por mucho tiempo indecisa la victoria; pero al fin los aliados se vieron obligados á emprender la fuga. Rodrigo los persiguió: diez y seis de sus nobles y dos mil soldados cayeron en su poder, y cuando volvió á Zaragoza, cargado de un botin inmenso, Mutamin con sus hijos salió á su encuentro, acompañado de una multitud de hombres y mugeres, que hacian estremecer el aire con sus gritos de alegría. (1)

Poco tiempo despues murió Mutamin, en el año de 1085. Su hijo Mostain le sucedió, y Rodrigo pasó á su servicio; pero nada sabemos de las expediciones hechas desde 1085 hasta 1088, en que celebró un convenio con Mostain, cuyo objeto era conquistar á Valencia. Desde entónces comienza la parte más interesante de su vida; mas para que pueda comprenderse mejor el papel que desempeñó en esta época, necesario será que hagamos un rápido bosquejo de la historia de Valencia.

(1) *Gesta.*

III.

Después de la desmembración del califato, un nieto del célebre Almanzor, llamado Abdalaziz, que llevaba el mismo sobrenombre que su abuelo, había reinado durante cuarenta años sobre el reino de Valencia. (1) Su hijo Abdalmelic Mudhaffar le sucedió en Enero de 1061; pero cuatro años más tarde, su primer ministro Abu-becr Ibn-Abdalaziz fué engañado y destronado por su suegro Mamun de Toledo, que le hizo encerrar en la fortaleza de Cuenca.

De este modo el reino de Valencia fué incorporado al de Toledo; pero se separó nuevamente de él, después de la muerte de Mamun, ocurrida en el año 1075. Este príncipe tuvo por sucesor á su nieto Cadir, quien siendo demasiado débil para contener sus

vasallos en la obediencia, fué causa de que Abu-becr Ibn-Abdalaziz, que había sido nombrado por Mamun para el gobierno de Valencia, en recompensa del apoyo que le había prestado, se apresurara á declararse independiente y á ponerse bajo la protección de Alfonso VI, á quien prometió pagar un tributo anual: mas el patronato del emperador era precario; pues éste no tenía escrúpulos en vender sus clientes y sus estados, si en ello lograba algún interés, de lo que tuvo ocasión de convencerse Ibn-Abdalaziz cuando, en el año 1076, Alfonso vendió Valencia á Moctádir de Zaragoza en la suma de cien mil monedas de oro, poniéndose en marcha con su ejército para entregarla. Ibn-Abdalaziz, incapaz de defenderse, salió sólo y sin armas al encuentro del monarca, y supo ser tan elocuente, según cuentan los historiadores arábigos, que decidió á Alfonso á abandonar su proyecto y á romper el tratado celebrado con Moctadir (1); pero todo induce á creer que esta elocuencia consistía en buenas monedas sonantes, á ménos que el príncipe no hubiese logrado convencer al emperador de esta verdad; que vender á

(1) Ibn-al-Abbár, *Mis Notices* (p. 172-173).

(1) Ibn-Bassám, man. de Gotha, fol. 10 v.

Valencia equivalía á matar la gallina de los huevos de oro.

Nueve años más tarde, Alfonso vendió de nuevo Valencia á Cadir, á quien, bajo el pretexto de ayudarle contra sus enemigos, habia arrancado poco á poco su oro y sus fortalezas, hasta que este desdichado príncipe, exáusto de recursos, y temiendo un acto terrible de desesperacion, por parte de los suyos, á quienes abrumaba con impuestos, le ofreció por último á Toledo, á condicion de que Alfonso lo volveria á poner en posesion de Valencia. (1) Alfonso aceptó esta proposicion y, el 25 de Mayo de 1085, hizo su entrada en la antigua capital del reino de los visigodos, mientras que Cadir escandalizaba á los musulmanes y se exponia á las rechiflas de los cristianos, espiondo en un astrolábio la hora propicia de su partida. (2) Cuando la creyó llegada se puso en camino; pero en vano llamó á las puertas de muchos castillos, pues no logró hallar un asilo hasta Cuenca, donde residian los Beni-Faradj, que le eran ciegamente adictos, Queriendo antes de todo sondear las disposiciones de Ibn-Ab-

(1) Ibn-Bassám; *kitab-al-ictifa*. (*Script. Arab. loci de Abbad*, t. II, p. 18; Ibn-Jaldum, *Crónica General*, fólio 314, col. 2.

(2) Maccari, t. II, p. 748.

dalaziz, envió á Valencia un miembro de la familia de los Beni-Faradj: este mensajero entabló una negociacion, que no llegó á producir resultado alguno: alarmado con razon del tratado que Cadir habia celebrado con Alfonso, Iba-Abdalaziz buscó y encontró un aliado poderoso en Mutamin de Zaragoza, á quien ofreció su hija para su hijo Mostain. Mutamin, esperando que de este modo su hijo llegaría á ser algun dia dueño de Valencia, se apresuró á aceptar la proposicion, y para dar al matrimonio un esplendor extraordinario, convidó á las bodas á todos los personajes de más elevada categoria de la España árabe, á quienes dió durante muchos dias las más espléndidas y brillantes fiestas (1). Poco despues Ibn-Abdalaziz murió, tras un reinado de diez años (2), dejando dos hijos que, enemigos en vida de su padre á su muerte se disputaron el gobierno, pues ambos contaban con partidarios.

(1) *Crónica General*; *kitab-al-ictifa*; Ibn-Bassám, Ibn-Jacón en su capítulo sobre Ibn-Tahir.

(2) Ibn-Jaldum, f. 27 r.: «Ibn-Abdalaziz murió en 478 (1085) despues de un reinado de diez años y su hijo el cadí Othman reinó en su lugar; *kitab-al-ictifa*, p. 19. La *Crónica General* (f. 314, col. 3) atribuye once años de reinado á este príncipe, la diferencia, como se vé, es tan mínima que apenas merece señalarse.

(1) Un tercer partido quería dar Valencia al rey de Zaragoza: un cuarto á Cadir.

Informado éste por Ibn-al Faradj, que habia vuelto á su lado, de lo que pasaba en Valencia, creyó el momento favorable para ejecutar su proyecto; reunió sus tropas y suplicando á Alfonso que le cumpliese su promesa, recibió de él un cuerpo de ejército mandado por Alvar Fañez, pariente de Rodrigo (2) y uno de los guerreros más valientes de aquella época.

La aproximacion de los castellanos apaciguó súbitamente las disensiones en Valencia, cuya asamblea de notables, temblando de ver saqueada la ciudad por aquellos terribles soldados, se apresuró á deponer á Osman, hijo mayor de Ibn-Abdalaziz, que se habia apoderado del poder, y á enviar algunos de sus miembros, á quienes se unió el gobernador del castillo Abu-Isa Ibn-Labbun, á Serra de Náquera, donde Cadir habia establecido su campamento, para decirle que la ciudad se estimaria dichosa de tenerle por soberano. El rey de Toledo, acompañado de los castellanos hizo su entrada en Valencia, donde fué saludado por las aclamaciones

(1) *Crónica General*; Ibn-Bassám: *Kitab-al-ictifa*.

(2) Véase la *Charta Arrharum*.

de la multitud; pero este entusiasmo estaba muy léjos de ser espontáneo, y era impuesto por el espectáculo aterrador de todos aquellos caballeros cubiertos de hierro, cuyas largas espadas brillaban á los rayos del sol.

Los valencianos tenian que proveer á la manutencion de aquellas tropas, que les costarian seiscientas monedas de oro diarias. Inútil fué decir á Cadir que no habia necesidad de aquel ejército y que le servirian fielmente. Cadir no tuvo la sencillez de creer en sus promesas; sabiendo que lo detestaban y que los antiguos partidos no habian renunciado á sus esperanzas, retuvo á los castellanos, y para poder pagarles gravó la ciudad y su territorio con un impuesto extraordinario, con el pretexto de que habia necesidad de dinero para comprar cebada. Los valencianos murmuraron mucho de este impuesto, que afectaba sin distincion á pobres y ricos, y que dieron en llamar sencillamente «la cebada:» «Dá la cebada,» decian cuando se encontraban en la calle; en la carnicería habia un perro á quien habian enseñado á ladrar cuando se le decia «dá la cebada.» «Gracias á Dios, dijo entónces un poeta, tenemos muchos en la ciudad que se parecen á ese perro. Cuando se les dice «dá la cebada,» ladran como aquél!»

Una desdichada guerra aumentó el descrédito en que habia caido Cadir. Entre los gobernadores de las fortalezas, uno solo, Ibn-Mahcur, gobernador de Játiva, se habia negado, apesar de la órden formal que habia recibido, á venir en persona á prestar juramento al nuevo rey, contentándose con enviarle un mensajero, con cartas y regalos. Cadir, irritado por su desobediencia, consultó á Ibn-Labbun, que habia nombrado primer ministro, sobre el partido que convenia tomar. Ibn-Labbun le aconsejó que no se indispusiese con Ibn-Mahcur y que despidiese á Alvar Fañez y su ejército; pero Cadir, que desconfiaba de su ministro porque habia sido amigo de su predecesor, prefirió seguir los consejos de los hijos de Ibn-Abdalaziz, y reuniendo un gran ejército, marchó contra Játiva, apoderándose sin trabajo de la parte más baja de la ciudad; pero durante cuatro meses sitió en vano el castillo. Entónces descargó toda su cólera contra los hijos de Ibn-Abdalaziz y como la cebada no producía bastante, condenó á uno de ellos á que alimentára el ejército castellano durante todo un mes.

Ibn-Mahcur, sin embargo, habia hecho decir á Mondhir, príncipe de Lérida, Denia y Tortosa, que si queria socorrerle, le cedería

á Játiva y todos sus demás castillos. Mondhir aceptó la oferta y enviando á Ibn-Mahcur su general al-Aisar (1) con refuerzos, reunió las tropas, tomó á sueldo al catalan Giraud de Alaman, baron de Cervellon, y marchó hacia Játiva. A su aproximacion el rey de Valencia emprendió la huida precipitadamente y Mondhir entró en posesion de aquella ciudad. Ibn-Mahcur fué á habitar en Denia y Mondhir lo trató siempre con muchos miramientos.

Cuando Cadir, cubierto de oprobio, volvió á entrar en Valencia, sus habitantes y los gobernadores de los castillos quisieron sacudir la autoridad de este miserable déspota y entregarse á Mondhir, cuyas tiendas estaban ya muy cerca de la capital: mas este proyecto fracasó, pues poco despues Mondhir se volvió á Tortosa, bien que se viese obligado á ir á defender sus propios estados, bien que careciese de dinero para pagar al baron de Cervellon, su principal apoyo. Cadir, libre de su enemigo, pudo comenzar de nuevo sus exacciones. Ya habia arrebatado sumas enormes á los hijos de Ibn-Abdalaziz, á un opulento judio, su mayordomo, y á

(1) En el testo el izquierdo: es facil reconocer aquí el nombre Alisar.

muchos nobles y como nadie se creia seguro de su vida, ni de su hacienda, los valencianos emigraron en masa. Las tierras habian perdido su valor; nadie queria comprarlas; y á pesar de los actos del mas terrible depotismo, Cadir, acosado por Alvar Fañez para que le pagase los atrasos de sus sueldos, se encontró un dia exáusto de recursos: propuso entónces á los castellanos que se estableciesen en su reino, ofreciéndoles tierras estensísimas. Los cristianos consintieron en ello pero, al par que hacian cultivar sus vastos dominios por siervos, continuaban enriqueciéndose por medio de razzias en el país de alrededor. Su tropa habia engrosado con la hez de la poblacion arábiga; una multitud de esclavos, de perdidos y desertores de presidio, cuya mayor parte habian abjurado el islamismo, estaban alistados bajo sus banderas y bien pronto estos bandos adquirieron una triste celebridad con sus inauditas crueldades.

Ellos degollaban á los hombres, violaban á las mujeres y vendian á menudo á un prisionero musulman por un pan, un jarro de vino ó una libra de pescado: cuando un prisionero no podía ó no queria pagar su rescate, le cortaban la lengua, le sacaban los ojos y le hacian despedazar por los perros.

(1) La llegada del rey de Marruecos, Yusuf Ibn-Techufin, el Almoravid, libertó por último á los valencianos de sus sanguinarios huéspedes. Forzado á presentar batalla á la nube de barbaros africanos, Alfonso llamó á Alvar Fañez (2) y cuando aquél fué derrotado en la célebre batalla de Zalláca, dada el 23 de Octubre de 1086, no pudo mezclarse más en los asuntos de Valencia (3); pero entónces los gobernadores de las fortalezas se apresuraron á rebelarse contra Cadir (4), y por su parte, los principes vecinos procuraron destronarle en provecho propio. Mondhir fué el primero en atacarle: habiendo recibido promesas de auxilio de parte de los principados valencianos, reunió tropas en el año 1088 (5), tomó catalanes á sueldo y envió de avanzada á uno de sus tios, que debería pasar por Dénia y á quien habia indicado el dia en que vendria á unirse á él, bajo los muros

(1) *Crónica General*, fól. 315, col. 2,—316, col. 3; *Kitab-al-ictifa*.

(2) *Crónica General*, fól. 319, col. 4: Ibn-abí-Zer, *Carlas*, p. 94, l. 3. Este autor no dice que Alvar Fañez *sitiase* á Valencia, como se lee en la traduccion de M. Torberg.

(3) *Crónica General*, fól. 321, col. 2, Ibn-Bassám.

(4) *Crónica General*.

(5) Esta fecha la trae el *Kitab-al-ictifa* y la *Crónica General*, fól. 330, col. 1 año cristiano 1088; y la era (1127) es Ibn debe leerse 1126).

de Valencia. El tío de Mondhir llegó á la vista de Valencia antes del día convenido y fué atacado por Cadir; pero lo rechazó y le obligó á meterse de nuevo en la ciudad. Muy poco despues se le unió Mondhir, que en el momento de recibir la noticia de esta victoria se encontraba á una jornada de distancia. Cadir no supo que hacerse; quiso entregarse; pero Ibn-Tahir (1), ex-rey de Murcia, que residia entónces en Valencia, lo disuadió de ello; hizo, pues, pedir socorro á Alfonso y á Mostain de Zaragoza. (2)

Este tenia mucha gana, no de socorrer á Cadir, sino de despojarlo, y un capitán valenciano, Ibn-Cannun, le prometió en este momento arreglar las cosas de manera que se le entregase Valencia, asegurándole además que su hermano, gobernador de Segorbe, le cedería esta fortaleza. Prometiendo, pues, á Cadir que vendría á salvarle, Mostain celebró un convenio secreto con el Cid, por el cual debían ayudarse recíprocamente para conquistar á Valencia (3), á con-

(1) *Abenaher*, lé se aquí en la *Crónica General* (fól. 320, col. 3), es decir, *Abennaher*, es claro que debe leerse *Abentaher*.

(2) *Crónica General*, fól. 320 (anotada por error 321) col. 2 y 3; *Kitab-al-ictifa*.

(3) *Crónica General*: *kitab-al-ictifa*.

dicion de que Rodrigo recojeria todo el botín, y que la ciudad sería para Mostain (1). Este último tenia cuatrocientos caballeros á sus órdenes, el Cid tres mil (2). Mondhir, no queriendo esperar su llegada, hizo decir á Cadir que no solo iba á levantar el sitio, sino que deseaba ser su amigo y aliado, á condicion que no entregaria la ciudad á Mostain. El rey de Valencia comprendió muy bien que Mondhir esperaba para apoderarse de su principado una ocasion más propicia; pero aceptó la alianza (3).

Cuando Mondhir volvió á Tortosa (4), y Mostain y el Cid llegaron delante de Valencia, Cadir salió á su encuentro y les dió las gracias por haberlo libertado del sitio. Sin embargo, las esperanzas del rey de Zaragoza no se realizaron, y en vano esperó que se le entregase Segorbe, como Ibn-Cannun le habia prometido. Además fué engañado por su aliado, el Cid, que se habia dejado corromper por los magníficos regalos

(1) *Kitab-al-ictifa*.

(2) *Kitab-al-ictifa*. La *Crónica General* dá á entender tambien que el ejército del Cid era mucho más numeroso que el de Mostain. «El rey de Zaragoza, dice, deseaba tan ardientemente ir á Valencia, que no consideraba si su ejército era grande ó pequeño, ni si el del Cid era mayor que el suyo.

(3) *Crónica General*; compárese *kitab-al-ictifa*.

(4) *Crónica General*.

que Cadir le habia hecho, sin que lo supiese Mostain. Cuando este último le recordó sus promesas le respondió que, si queria apoderarse de Valencia, sería preciso declarar tambien la guerra á Alfonso, pues Cadir no era más que un vasallo de este monarca. Sabia demasiado bien que el rey de Zaragoza, no sería tan inconsiderado que atrajese sobre sí los ejércitos del poderoso emperador (1).

Frustradas sus intenciones, Mostain se volvió á Zaragoza, dejando en Valencia á uno de sus capitanes con una division de caballeros, bajo el pretexto de que deberian ayudar á Cadir; pero en realidad con el fin de tener él siempre auxiliares en Valencia para el caso de que la ocasion de apoderarse de esta ciudad se presentase de nuevo. Luego, queriendo castigar á Ibn-Labbun, que habia prometido entregarle á Murviedro y no habia cumplido su promesa, ordenó á Rodrigo que fuese á asediar la fortaleza de Jericá, perteneciente al señor de Murviedro y que se encuentra en el camino real de Zaragoza á Valencia, á diez léguas de esta última ciudad y á dos de Segorbe. Jericá estaba desprovista de armas y de víveres por la negligencia del gobernador; pero Ibn-Labbun mandó

(1) *Crónica General*, fól. 321, col. 1.

decir á Mondhir que si queria venir en auxilio de Jericá se reconocería su vasallo por esta fortaleza. Encantado con esta oferta, Mondhir vino en auxilio de la plaza y obligó á Rodrigo á levantar el sitio.

Temiéndose entónces que Mondhir consiguiese igualmente sus proyectos sobre Valencia, el Cid aconsejó secretamente á Cadir que no entregase á nadie la ciudad; al mismo tiempo hizo decir á Mostain que le ayudaría á ganar á Valencia, prometiendo lo mismo á Mondhir y por último mandó decir á Alfonso VI que se consideraba su vasallo; que la guerra que él sostenia aprovechaba á Castilla, porque debilitaba á los moros y servía para mantener en pié de guerra un ejército cristiano á espensas de los musulmanes; añadiendo que esperaba estar muy pronto en disposicion de poner á Alfonso en posesion de todo el país. Alfonso se dejó engañar por estas protestas falaces y permitió á Rodrigo que retuviese su ejército (1).

Rodrigo, viéndose con las manos libres, se aprovechó de esta circunstancia para hacer incursiones en los alrededores y cuando

(1) *Crón. gen.* fol. 321. col. 2. La *Crón. del Cid*, véase cap. 134, ha tenido cuidado de omitir este relato poco lisonjero para Rodrigo.

Se preguntaban porqué obraba de este modo, respondía que para tener que comer (1). Enseguida se fué á Castilla (1089) (2) para tratar sus condiciones con Alfonso: (3) el rey le recibió muy bien, le dió algunos castillos y un diploma donde declaró que todas las tierras y todas las fortalezas que Rodrigo quitase en adelante á los moros, le pertenecerian en propiedad, así como á sus descendientes (4). Luego Rodrigo volvió hacia el país valenciano, acompañado de su ejército, compuesto de siete mil hombres. Su presencia era allí muy necesaria, porque mientras se encontraba aun en Castilla, Mostain, que comprendió que, á tener necesidad de contar con el auxilio del Cid, jamás llegaría á apoderarse de Valencia, celebró una alianza con Berenguer de Barcelona. (5). Este

(1) Dezie él que porque hobiese que comer. *Crón. gener.*

(2) Esta fecha la traen los *Gesta* p. XXVI.

(3) *Crónica general.*

(4) *Gesta* p. XXV y XXVI.

(5) Aunque los *Gesta* (p. XXVI) hablan del sitio de Valencia por Berenguer, no hacen mención de la alianza entre él y Mostain. La *Crón. gener.* (fol. 321 col. 3 y 4) se ha servido indudablemente aquí de los *Gesta*, pero contiene tambien detalles que no se encuentran en este libro y que ha tomado de su crónica árabe. En efecto; siguiendo á poco á poco á esta ó á los *Gesta* designa el mismo sitio, el Paig, ora bajo el nombre de Juballa, ora bajo el nombre de Cebolla.

último habia ya sitiado á la capital de Caudir, mientras el rey de Zaragoza mandó construir dos campos atrincherados, uno en Liria, ciudad que el rey de Valencia le habia dado en feudo cuando vino á socorrerlo y otro en Cebolla; contaba además con edificar un tercero en un castillo cerca de la Albufera para que nadie pudiese entrar ni salir en Valencia; pero cuando el Cid se aproximó á esta ciudad, Berenguer no se atrevió á esperarlo y se dispuso á levantar el sitio. Antes de partir, sus soldados se entregaron á insultos y amenazas contra el Cid, que aunque se informó de ellos, no quiso combatirlos, porque Berenguer era pariente de su soberano Alfonso (1). Berenguer tomó el camino de Requena y volvió á Barcelona (2). Cuando el Cid llegó á Valencia prometió á Caudir hacer que se sometiesen á su obediencia los castillos rebeldes, protegerle contra

(1) *Gesta.* Ignoramos de que modo Berenguer, que no estaba casado, era pariente de Alfonso. M. Bofarull (t. II p 147), piensa que lo era por parte de una de las mugeres de Alfonso, casi todas de origen francés, lo mismo que las condesas de Barcelona.

(2) Léase en los *Gesta* p. XXVII que Berenguer fué al principio á Requena, despues á Zaragoza y por último á Barcelona. En la *Crón. gener.* (fol. 321. col. 4) se lee por el contrario que Berenguer prometió al Cid no pasar por Zaragoza. (Compárese *Crón. del Cid*, c. 154).

todos sus enemigos moros ó cristianos, fijarse en Valencia, traer á esta ciudad todo el botin que hiciese y venderlo allí. Cadir en cambio se comprometió con él á pagarle un canon mensual de diez mil dinares (1). Ibn-Labbun de Murviedro compró también su proteccion (2).

Enseguida el Cid hizo una escursión al territorio de Alpuente, donde reinaba entonces Djanáh-ad-daula Abdalláh, y obligó á los gobernadores de las fortalezas á pagar á Cadir el tributo acostumbrado (3). Pero poco despues recibió un mensaje de Alfonso, que poseia en esta época el castillo de Aledo, no lejos de Lorca, y como las tropas que estaban allí de guarnicion hacian muchas veces razzias en el territorio musulman, el rey de Marruecos, Yusuf el almoravid vino á ponerle sitio en el año 1090, acompañado de muchos príncipes andaluces. Alfonso escribió entónces al Cid ordenándole que vi-

(1) El relato árabe traducido en la *general* dice en dos ocasiones que este tributo era de mil dinares por mes; pero creemos que es un error del copista ó del editor y debe leerse diez mil, pues el *kitab-al-ictifa* dice cien mil dinares por año y la *Crón del Cid*, dos mil por semana. (104.000 por año).

(2) *Crón. gener.* Compárese con los *Gesta*.

(3) Véase á Ibn-Jaldum (*Script. Ar. loci de Abbad*, t. II, p. 212).

niese con él al socorro de los sitiados. El Cid respondió que estaba pronto á hacerlo y suplicó al rey que le informase de la época en que se pondría en marcha: luego partió de Requena y se dirigió á Játiva, donde un mensajero del rey vino á decirle que este estaba en Toledo con un ejército de cerca de diez y ocho mil hombres (1). Alfonso le mandó decir también que le esperase en Villena porque contaba pasar por aquel sitio, pero como el Cid no encontró víveres allí, se fué á Ontiñente, (2) teniendo cuidado de dejar tropas en Villena y en Chinchilla para que le hiciesen saber la llegada del rey. Alfonso, sin embargo, siguió un camino distinto del que habia indicado y cuando el Cid hubo sabido que el rey se habia adelantado, lo que le proporcionó un gran disgusto, abandonó á Hellin, donde se encontraba y dejando detrás el grueso de su ejército, llegó con un pequeño número de tropas á Molina (3).

(3) *Gesta*. El autor de este libro se contenta con decir: cum maximo exercitu et cum infinita multitudine militum et peditum; pero Ibn-al-Abbár dá el número que anotamos en el texto.

(2) *Ortimano* en los *Gesta*; compárese la nota de Risco p. 168.

(3) *Gesta*, p. XXVIII.

Alfonso no tuvo necesidad de desenvainar la espada. A su aproximacion Yusuf y los reyes andaluces se retiraron hacia Lorca, (1) pero los enemigos de Rodrigo lo acusaron tambien de traicion para con el rey, suponiendo que habia retardado de propósito su venida, á fin de que los sarracenos destrozasen el ejército castellano. Alfonso dió fé á estas denuncias: retiró al Cid todas las tierras y castillos que le habia donado el año anterior confiscó sus bienes patrimoniales, é hizo poner en prision á su muger y sus hijos. Enterado de estas medidas Rodrigo, envió á uno de sus caballeros para que le justificase con el rey, y ofreció probar su inocencia ó hacerla probar por uno de los suyos en un combate judicial. El rey rechazó la proposicion: pero devolvió á Rodrigo su muger y sus hijos. Este hizo entónces remitir á Alfonso una cuádruple justificacion, cada una en términos diferentes (2). El rey sin embargo no dió su brazo á torcer (3).

(4) *Gesta*, Ibn-al-Abbár.

(1) Estas piezas se encuentran en los *Gesta* p. XXX y XXXIII.

(2) *Gesta*.

IV.

Malquistado nuevamente con Alfonso, y rotos los compromisos que le ligaban al rey de Zaragoza, Rodrigo era ahora gefe de un ejército que solo á él obedecia y que subsistia solo del botin recogido á sus enemigos, para lo cual su gefe les proporcionaba sobradas ocasiones; habiendo partido de Elche, despues de la fiesta de Navidad de 1090, llegó á la fortaleza de Polo, (á ocho léguas N. E. de Alicante,) donde habia un subterráneo lleno de dinero y piedras preciosas, y deseoso de apoderarse de estas riquezas puso sitio al castillo y en pocos dias obligó á la guarnicion á rendirse. Luego, habiendo saqueado todos los pueblos de la redonda, de modo que de Orihuela á Játiva no quedó muro en pie, marchó contra Tortosa, tomó á Miravet (al N. de aquella ciudad) y se estableció en ella. Mondhir, apremiado por las circunstancias,

prometió mucho dinero á Berenguer, conde de Barcelona, si queria venir en su ayuda y desembarazarle del Cid (1) El conde no se hizo rogar demasiado, porque ardia en deseos de vengarse del Cid, que se habia apoderado de las rentas que él sacaba antes del país valenciano. Reunió, por tanto, un gran ejército, y, estableciendo su campamento en Calamocha, en el distrito de Albarracin, fué con algunos de los suyos cerca de Mostain de Zaragoza, que se encontraba entónces en Daroca y á quien deseaba pedir auxilio. Mostain le dió dinero, le acompañó junto á Alfonso para rogar á éste que le prestase ayuda en la guerra que iban á emprender contra el Cid; pero hicieron inútilmente este viaje; el conde de Barcelona volvió á Calamocha sin obtener un solo soldado; Mostain tampoco le suministró ninguno, y aunque no se habia atrevido á negar al conde el dinero que le pedia, tenia empeño en permanecer en paz con todos los príncipes y guerreros de su vecindad, pues en el momento mismo en que Berenguer se aprestaba á ir á atacar al Cid, informó secretamente á éste de los preparativos de su enemigo. Rodrigo, acampado en

(1) Hemos seguido aquí la *Crónica General*, cuyo relato merece indudablemente la preferencia sobre los *Gesta*.

entónces en un valle rodeado de altas montañas y cuya entrada era muy estrecha, le respondió que le daba gracias por su aviso pero que no temia á su adversario y que le aguardaria; por último, la carta en que decia esto estaba llena de injurias contra Berenguer, y para remate el Cid rogaba á Mostain que tuviese la bondad de enseñársela al conde. Mostain obedeció, y entónces Berenguer, herido en lo más vivo, hizo escribir al Cid que tomaría venganza de sus ultrajes; «Tú has pretendido, le decia, que yo y los míos, somos débiles mujeres; si Dios nos ayuda, ya te enseñaremos hasta qué punto te has engañado!.... Sabemos que las montañas, los cuervos, las cornejas, los gavilanes; las águilas, casi todos los pájaros, en una palabra, son tus dioses y que tienes más confianza en sus augurios que en el socorro del Todopoderoso. (1) Nosotros por el contrario, creemos que no hay más que un solo Dios y que nos vengará de tí, haciéndote caer en nuestras manos. Mañana á los primeros rayos del sol nos verás á tu lado; si abandonas entónces tus montañas para venir á medir tus fuerzas con las nuestras en

(1) En la Cancion, Rodrigo vive tambien *de augurios*, como se decia entónces.

la llanura, te tendremos por Rodrigo el Batallador y el Campeador; pero si no vienes, te tendremos por traidor.... No te abandonaremos hasta que te tengamos en nuestro poder vivo ó muerto. Te trataremos de la manera como pretendes habernos tratado, *albarraz!* Dios vengará sus iglesias violadas y destruidas por tí.»

Habiendo oído la lectura de esta carta, Rodrigo le hizo responder al momento. «Sí, decía á Berenguer; te he llenado de injurias, pero hé aquí mis razones: cuando estabas con Mostain en Calatayud has dicho que por miedo á tí, no me habia atrevido á poner el pié en su territorio. Algunos de los tuyos, como Raimundo de Baran, han afirmado lo mismo al rey Alfonso, en presencia de caballeros castellanos; tú mismo, por último, tú has dicho al rey Alfonso en presencia de Mostain que me hubieras echado del territorio del Hagib-Mondhir, si me hubiese atrevido á esperarte, y además que no querias combatir con un vasallo del rey; hé ahí por qué te he dicho injurias: pues bien, ahora no tienes ya pretexto para no atacarme, por el contrario, tú te has hecho prometer una gruesa suma por el Hagib, y te has comprometido con él á arrojarme del país. Cumple tu palabra y ven á combatirme,

si te atreves, Estoy en una llanura, la más vasta que se encuentra en esta comarca, y cuanto te vea te daré tu *sueldo*, como de ordinario.»

Exasperados y furiosos, Berenguer y sus catalanes juraron vengarse. Aprovechándose de la oscuridad de la noche, ocuparon sin ser apercebidos, las montañas que rodeaban el campo de Rodrigo, y al despuntar el día se precipitaron de improviso sobre él. El ataque fué tan súbito que los soldados del Cid apenas tuvieron tiempo para armarse. Su jefe, que temblaba de indignacion y de rabia, los colocó en batalla sin perder un instante; luego llevándolos al combate, cayó sobre los primeros batallones enemigos y los destrozó; pero en lo más récio de la batalla se hirió gravemente cayendo de su caballo. Sus soldados no combatieron con ménos valor y habiendo conseguido la victoria, saquearon el campamento de los contrarios é hicieron prisionero al conde de Barcelona con cerca de cinco mil de los suyos, entre los cuales se encontraba Giraud de Alaman.

Berenguer se hizo conducir á la tienda del Cid y le pidió gracia; Rodrigo lo trató al principio con dureza, no permitiéndole que se sentase junto á él en su tienda, y ordenó á sus soldados que lo custodiasen fuera

del recinto del campamento; pero le suministró víveres en abundancia, así como á los demás prisioneros. Algun tiempo despues aceptó el rescate que le ofrecieron Berenguer y Giraud de Alaman, consistente en ochenta mil marcos de oro de Valencia. Los demás cautivos recobraron tambien la libertad prometiendo rescatarse; cuando estuvieron de vuelta en su pátria reunieron todo el dinero que pudieron, y no teniendo más, ofrecieron en rehenes á sus hijos y sus padres. Enternecido de esta desgracia, Rodrigo tuvo la generosidad de perdonarles su deuda (1).

Séanos permitido ahora por un momento abandonar los libros históricos y tomar de la cancion de *Gesta* un pasaje que se recomienda por su forma dramática y enérgica sencillez (2). Despues de haqer contado que el conde de Barcelona, á quien dá el nombre de Raimundo, habia sido hecho prisionero, el autor continua en estos términos:

A Mio Çid don Rodrigo grant cozinal adobauan:
El conde don Remont non gelo precia nada.
Aduzen-le los comerres, delant gelos parauan:
El non lo quiere comer, a todos los sosanaua.

(1) *Gesta*.

(2) Véase 1023 y siguientes.

Non combré vn bocado por quanto ha en toda Espanna:
Antes perderé el cuerpo e dexaré el alma,
Pues que tales mal-calçados me vencieron de batalla.
Myo Çid Ruy Diaz oïredes lo que dixo:
Comed, conde, deste pan e beued deste vino.
Si lo que digo fizieredes, saldredes de catiuo:
Si-non en todos uuestros dias non veredes christianismo.
Dixoel conde don Remont: comed don Rodrigo, é pens-
[sedes de folgar,
Que yo dexar-me morir que non quiero comer.
Ffasta terçer dia nol pueden acordar.
Ellos partiendo estas ganancias grandes,
Nol pueden fazer comer vn muesso de pan.
Dixo Myo Çid: comed, conde, algo, ca si non comedes
[non veredes christianos:
E si uos comieredes don yo sea pagado,
A uos e dos fijos dalgo quitar-uos he los cuerpos, e dar-
[uos e de mano.
Quando esto oyó el conde yas yua alegrando:
Si lo fizieredes, Çid, lo que auedes fablado,
Tanto quanto yo biua, seré dend marauillado.
Pues comed, conde, e quando fueredes iantado,
A uos e a otros dos dar-uos he de mano;
Mas quanto auedes perdido e yo gané en campo,
Sabet, non uos dare a uos vn dinero malo.
Mas quanto auedes perdido non uos lo daré:
Ca huebos me lo he e pora estos myos vasallos,
Ca conmigo andan lazrados, e non uos lo daré.
Prendiendo de uos e de otros yr-nos hemos pagando.
Abremos esta vida mientras ploguiere al Padre Sancto,
Commo qui yra a de rey e de tierra es echado:
Alegre es el conde e pidió agua a las manos,
E tienen-gelo delant e dieron-gelo priuado.
Con los caualleros que el Çid le auie dados

Comiendo va el conde, Dios, que de buen grado
Sobrel sedie el que en buen ora násco
Si bien non comedes, conde, don yo sea pagado.
Aqui feremos la morada, no nos partiremos amos.
Aqui dixo el conde: de voluntad e de grado.
Con estos dos caualleros apriessa va iantando:
Pagado es Myo Çid que lo esta aguardando,
Por-que el conde don Remont tan bien boluie las manos,
Si uos ploguiere, Mio Çid, de ir somos guisados,
Mandad-nos dar las bestias, e caualgaremos priuado;
Del dia que fue conde non ianté tan de buen grado,
El sabor que dend e non será olvidado.
Dan-le tres palafrés muy bien ensellados,
E buenas vestiduras de peliçones e de mantos;
El conde don Remont entre los dos es entrado.
Ffata cabo del albergada escurriólos el castelano.
Hya uos ydes, conde, aguisa de muy franco,
En grados uos lo tengo lo que me auedes dexado:
Si uos viniere emiente que quisieredes vengalo,
Si me viniere buscar fallar-me podredes:
E si non mandedes buscar o me dexaredes,
De lo uestro o de lo myo leuaredes algo.
Ffolgedes ya, Myo Çid, sodes en uestro saluo:
Pagados uos he por todo aqueste anno:
De venir uos buscar sol non será penssado.
Aguijaua el conde, e penssaua de andar:
Tornando ua la cabeça, e catandos atras.
Myedo yua auiendo que Myo Çid se repintrá:
Lo que non ferie el caboso por quanto en el mundo i ha:

La generosidad de que Rodrigo habia da-
do prueba, conmovió profundamente al con-
de de Barcelona, que hizo decir algun tiempo

despues al Cid que deseaba ser su amigo y
aliado. Rodrigo, que aún le guardaba rencor,
rehusó al principio esta oferta, pero habiéndole
hecho observar sus capitanes, que el conde á
quien habian despojado ya de todo cuanto valia
la pena, no era nada como enemigo y podia,
por el contrario, ser un aliado útil, cedió al fin
á sus consejos y consintió en celebrar un tratado
con su antiguo adversario. Berenguer fué, pues,
al campamento de Rodrigo, y, firmado el convenio,
colocó una parte de su territorio bajo la proteccion
de su confederado (1), lo que equivale á decir que
se hizo tributario suyo.

El principado de Tortosa siguió su ejemplo;
á la nueva de la derrota de su aliado, Mondhir
habia muerto de pena, dejando á un hijo de poca
edad, cuya tutela habia confiado á los Beni-Betyr
(2). Estos comprendieron que tenian necesidad de
la proteccion del Cid y la compraron, mediante un
tributo anual de cincuenta mil dineros. El Cid, mer-

(1) *Gesta*, p. XLI y XLII.

(2) É toviéronlo en guarda unos hijos que dezien de Betyr, fól. 323, col. 2. Como los historiadores árabes no hablan de estos personajes, ignoramos como deben escribirse sus nombres, pues hay muchos propios que se parecen á Betyr.

ced al terror que inspiraban sus armas, gozaba en esta época de una renta muy considerable, pues además de las sumas que le pagaban Berenguer y los Beni-Betyr, recibía cada año ciento veinte mil dinares (1) del príncipe de Valencia, diez mil del señor de Albarracín (2), otro tanto del señor de Alpuente (3), seis mil del señor de Murviedro, otro tanto del de Segorbe, cuatro mil del de Jericá y tres mil del de Almenara. Liria, que pertenecía al rey de Zaragoza y debía pagar dos mil dinares, no satisfacía aún este tributo (4). Sitiaba el Cid esta ciudad en 1092, cuando recibió cartas de sus amigos y de la reina de Castilla (5), en que le decían que sería fácil volver al favor de Alfonso, si quería tomar parte en una expedición que este último había preparado contra los Almora-

(1) Véase más arriba p. 156, nota primera.

(2) La *Crónica General* le llama *Abezay*, debe leerse *Abenhozayl*.

(3) Llamado por error *Abenrazín* en la edición de la *Crónica General*. Debe cambiarse la *r* en *c* y leerse *Abencazín*; así es como la *Crónica* llama además al señor de Alpuente (fólio 324, col. 4) y sabemos por Ibn-Jaldum (*Script. Arab. loci de Abbad*, t. II, p. 212) que los señores de Alpuente se llamaban los Beni-Cásim. Hoy lleva su nombre una aldea cerca de Castellón de la Plana, llamada todavía de Beni-cásim.

(4) *Crónica General*, fólio 323, col. 1 y 2.

(5) Florez (*Reinas católicas*, t. I, p. 169), prueba que la reina Constanza vivía aún en 1092.

vides. Aunque Liria estaba ya á punto de rendirse, Rodrigo creyó, sin embargo, deber seguir el consejo que le daban, y puesto en marcha, se reunió con el emperador en Martos, al O. de Jaén. Alfonso que había salido á su encuentro, lo trató con mucha cortesía, pero al entrar la noche, cuando hubo establecido su campamento en las montañas, se ofendió al ver que Rodrigo colocaba el suyo más adelante, en la llanura. Rodrigo al hacerlo se había guiado solo por motivos de delicadeza; quería proteger al emperador contra un ataque y ser el primero en recibir el choque del enemigo; pero el emperador, lejos de verlo así, creyó hallar en este acto una nueva prueba de la arrogancia del Cid. «Ved, dijo á sus cortesanos, la afrenta que nos ha hecho Rodrigo: en el momento de reunirse á nosotros, decía que estaba fatigado por una larga marcha, y ahora nos disputa el paso y levanta sus tiendas delante de las nuestras!» Los cortesanos, como de ordinario, le dieron plenamente la razón (1).

El éxito de la campaña no fué el más apropiado para mejorar el mal humor de Alfonso: trabado el combate entre Jaca y Granada, sus tropas consiguieron grandes victo-

(1) *Gesta*, p. XLII, XLIII,

rias al principio, pero mas tarde sufrieron una completa derrota y el mismo emperador escapó con trabajo de las espadas enemigas.

En la disposicion de ánimo en que se hallaba, Alfonso imputó naturalmente á Rodrigo la grave derrota que habia experimentado y en su cólera no se limitó á maltratarle de palabra, sino que quiso tambien hacerlo prender. El Cid se escapó sin embargo, aprovechándose de la oscuridad de la noche, y volvió á toda prisa hacia el país de Valencia; pero no reunió todos sus soldados, pues muchos de ellos lo abandonaron para servir al emperador (1).

Alfonso no pudiendo apoderarse de la persona de Rodrigo, resolvió castigarle de otra manera: quiso arrebatarle á Valencia: esta ciudad estaba completamente en poder del Cid, le pagaba tributo y, como se habia esparcido el rumor que el rey Cadir, gravemente enfermo á la sazón, habia dejado de existir, consideraba á Rodrigo como á su soberano (2). Atacar y tomar á Valencia era despojar al Cid la más hermosa de sus posesiones; herirle en la cuerda mas sensible de su amor propio; así lo compren-

(1) *Gesta* p. XLIV.

(2) *Crónica general* fol 323. col. 3; *Kitab-al-ictifa*.

dió muy bien Alfonso y celebrando un tratado con los Pisanos y los Genoveses, que le enviaron cuatro cientos barcos, se aprovechó de la ausencia del Cid, ocupado entonces en sostener al rey de Zaragoza contra el de Aragon, para venir á sitiar á Valencia por mar y tierra, haciendo decir á los castellanos de la provincia que tenian que darle cinco veces el tributo que pagaban á Rodrigo. Este, tan irritado como lleno de asombro, hizo al principio protestas respetuosas; pero viendo que el emperador no hacia caso de ellas, recurrió á otro medio. Partiendo de Zaragoza con su ejército, cayó como el rayo sobre el condado de Nájera y Calahorra y llevando á sangre y fuego todo cuanto encontró al paso, tomó por asalto á Alverite, Logroño y Alfaro. Mientras se encontraba aun en esta última fortaleza, mensajeros del Conde García Ordoñez gobernador de esta provincia (1) vinieron á intimarle, en nombre de su dueño, que permaneciese allí solamente siete dias, al cabo de los cuales

(1) García Ordoñez es llamado conde de Nájera en una multitud de cartas que comprenden desde el año 1086 hast^a 1106 y que han sido publicadas por Sandoval (*Cinco Reyes* folio 45 col. 4, 79, 3; 81; 1; 89; 3: 94; 2 y 3; 95; 1 y 2) Sota (folio 539 col. 2; 540, 1 y 2), Moret (*anales* t. II p. 30, 84) y Llorente (t. III p. 445, 448, 452, 462, 463, 472; t. IV. p. 5.)

vendría el conde á presentarle batalla: como García, segundo personaje del estado por el brillo de su origen (1) por su enlace con la familia real (2) por sus riquezas y eminentes servicios (3) habia sido siempre el implacable enemigo del Cid, este ardía siempre en deseos de castigarlo; por tanto le hizo responder que le esperaría; pero lo esperó en vano. Llegado á Alverite, Garcia que habia mudado de consejo, volvió súbitamente hacia atrás. El Cid permaneció en Alfaro hasta la conclusion del plazo fijado por su enemigo, y, cumplido este, y viendo que no venía, se volvió á Zaragoza, sin esperar la llegada de Alfonso que habia levantado el sitio de Valencia para ir á defender su territorio (4).

La tentativa del emperador tuvo pues mal éxito; en vez de regocijarse con la ape-

(1) Véase mas arriba p. 43 nota 2.

(2) Habia casado con Urraca, hija de Garcia, rey de Navarra y prima hermana de Alfonso (Véase Moret t. II, p. 30 Sandoval, 53, 4; testamento de Estefanía de Sandoval, *catálogo de los obispos de Pamplona* fol. 60.

(3) El emperador le llama á él y á su muger Urraca *gloriæ nostri regni gerentes, alatores gloriæ regni nostri*. (Llorente t. III. p. 463, 472).

(4) *Gesta; Kitab-al-ictifa, Crónicon de Cardeña (España sagrada* t. XXIII p. 372, 373) bajo la falsa fecha era LIII, (año 1073) véase 1130.

tecida toma de Valencia, tuvo que deplorar la devastacion de una de sus propias provincias; devastacion que fué completa, pues el Cid, cuando se ponía á saquear y quemar, no hacia las cosas á medias; Logroño, por ejemplo, fué destruido de cimiento y pasaron tres años sin que el emperador pudiese pensar en reconstruir esta ciudad (1).

(1) Véase la *carta puebla* del año 1098 *apud* Llorente t. III, 470.

cha, que acababa de apoderarse de Denia y de Murcia, (1) prometiendo entregarle á Valencia, si queria prestarle poderoso auxilio contra los empleados del Cid y los soldados de Cadir. Ibn-Ayicha, dando oídos á sus confidencias, le aconsejó hacer ocupar desde luego á Alcira, cuyo gobernador habia sabido ganarse. El general aprobó el proyecto é hizo que uno de sus capitanes tomase posesion de Alcira.

Este acto causó una profunda consternacion entre los cristianos establecidos en Valencia, y creyendo yá que la ciudad caería pronto en poder de los almoravides, emprendieron la huida; el obispo que Alfonso habia hecho colocar allí y á quien se debia pagar mil doscientas monedas de oro anuales, los empleados del Cid y el embajador de Sancho de Aragon se apresuraron á emprender la huida. Ibn-al-Faradj no sabía que hacer; no abandonaba un momento al rey. que aunque curado de su enfermedad, no se atrevía á mostrarse en público. Pero el caso era difícil y Cadir, el más débil de los hombres, no sabia nunca tomar una resolucion; sin embargo como era preciso hacer algo, el rey é Ibn-Faradj resolvieron enviar desde

V.

Poco tiempo despues que el emperador levantó el sitio de Valencia, ocurrieron en esta ciudad acontecimientos gravísimos. Muy descontentos del yugo que el Cid les habia impuesto, los habitantes convinieron en que era preciso aprovecharse de la ausencia del tirano para reconquistar su independencia y anunciaron públicamente su intencion de arrojar á Ibn-Faradj, lugarteniente del Cid. Ibn-Djahláf, que desempeñaba en la ciudad el empleo de cadí, como lo habian desempeñado sus antecesores (1) durante muchos años, estimulaba el descontento. Este hombre aspiraba al poder supremo, pero conociendo que no era bastante fuerte para conseguir su fin sin el socorro ageno, se dirigió secretamente al general almoravid Ibn-Ayi-

(1) *Crónica general* fol. 324. col. 2, Ibn-Abdari t. II p. 251 habla de un Abderraman Ibn-Djahláf, que fué cadí de Valencia, bajo el reinado de Hacám II.

(1) *Cartas* p. 101; *Crón. gener.* fol. 323 col. 3 y 4.

luego sus bienes y riquezas á Segorbe y Olocau y abandonar enseguida la ciudad; pero antes de ejecutar este último plan, quisieron esperar aun á que el Cid, á quien tenían al cabo de todo, viniese en su auxilio. Tres semanas hacia que lo esperaban, cuando un dia escucharon de repente redobles de tambores por el lado de la puerta llamada de Tudela; Ibn-al-Faradj preguntó lo que era, respondieronle que quinientos caballeros almoravides estaban á las puertas: entónces corrió al palacio del rey y guarneció las murallas de soldados.

El rumor habia sido exagerado, no habia quinientos caballeros delante de la puerta de Tudela, solo habia cuarenta (1); mandábalos el capitan Abul-Nair (2) que habia salido de Alcira al principio de la noche.

Sin embargo, como la mayoría de los habitantes estaban mal dispuesta, el peligro no era en modo alguno despreciable. El go-

(1) Ibn-Bassan atestigua tambien que esta tropa era poco numerosa.

(2) Así es como lo llama el autor del *Kitab-al-ictifa*; en la *Crón. gener.* se lee *Aldebaaya*, mas de esta diferencia no se deduce que se contradigan los dos textos; el *Kitab-al-ictifa* no dá mas que el pronombre del capitan y la *Crón. gener.* parece dar su nombre propio, que está algo alterado. Por lo demás hemos seguido el relato de la *Crónica*; el del *Kitab-al-ictifa* difiere un poco.

bierno desconfiaba especialmente de Ibn-Djahláf, cuyas maniobras no habian quedado completamente secretas; quisieron prenderle, pero los soldados que se enviaron con este objeto, encontrando cerradas las puertas de su casa, le gritaron que saliese. El cadí temblaba de miedo y ya se juzgaba perdido, cuando sus conciudadanos vinieron á libertarle; entónces se puso á su frente, y mientras una parte de los insurrectos arrojaba á los soldados apostados sobre las murallas é introducía á los Almoravides por medio de cuerdas, que les arrojaban por encima de los muros, él en persona corrió hácia el palacio, donde hizo detener á Ibn-Faradj; pero en vano buscaron á Cadir: este desdichado príncipe tuvo tiempo para disfrazarse de muger, y llevando consigo sus más preciosos tesoros, habia salido del palacio con sus concubinas, para ir á ocultarse en una casa de pobre apariencia, situada en un barrio poco frecuentado. El palacio fué saqueado y la revolucion se llevó á término sin gran efusion de sangre, pues no hubo más que dos soldados muertos.

Ibn-Djahláf adquirió pronto la certeza que Cadir no habia abandonado la ciudad; lo buscó y habiéndolo encontrado, quiso apoderarse en secreto de las joyas que el

rey había ocultado bajo sus vestidos y que eran de un inmenso valor; pero comprendiendo que, para ejecutar este designio, era lo primero matar al rey, encargó á uno de sus servidores más adictos que lo custodiase y lo asesinase al llegar la noche; sus órdenes fueron fielmente cumplidas: Ibn-Cadir recibió el golpe fatal de Ibn-al-Hadîdî, á cuyos asidientes había expoliado ó dado muerte en otra ocasión (1). Los asesinos llevaron la cabeza de Cadir á su dueño, que la hizo arrojar en un estanque cerca de su casa, pero no le entregaron más que una parte de las piedras preciosas que ambicionaba, puesto que se creyeron con derecho para guardar el resto para sí. El cuerpo de Cadir permaneció en la casa donde se cometió el asesinato hasta el despuntar la aurora; entónces algunos hombres vinieron á tomarle y habiéndole puesto en una camilla, lo cubrieron con una gualdrapa vieja y lo llevaron fuera de la ciudad; luego abrieron una fosa en un sitio, que

(1) Tomamos estas noticias de Ibn-Bassám. Según el *Kitab-al-ictifa* (*Script. Arab. loci*, t. II, p. 17) el faquí Abu-Beer Ibn-al-Hariri (*al-ariri*) fué muerto en un tumulto que estalló en Toledo durante la noche, en la época en que Cadir reinaba aún en esta ciudad; quizás deba leerse Ibn-Ahadidi, en cuyo caso este personaje hubiera pertenecido á la misma familia del asesino de Cadir.

ocupaban ordinariamente los camellos y sepultaron el cadáver sin amortajarlo, como si Cadir hubiese sido un hombre de la nada. (1) (Primera mitad de Noviembre de 1092).

Desde entónces Valencia era una república gobernada por el Djamâa, es decir, por la asamblea de los notables. Córdoba y Sevilla no habían tenido otra forma de gobierno despues de la caída de los Omeyas y se establecía casi siempre en las ciudades de la España árabe cuando el trono estaba vacante; pero rara vez era de duración: ordinariamente se encontraba pronto un miembro del poder ejecutivo, que, merced á su habilidad y á su audacia, conseguía echar á sus colegas y apoderarse del poder supremo; esto es lo que el cadí Ibn-Abbád había hecho en Sevilla y en Valencia Ibn-Djahhâf, presidente de la república, aspiraba á desempeñar el mismo papel (2), pero desprovisto de talento, no lo consiguió. Era un personaje vulgar, pueril, teatral y vano; no pudiendo ser rey, quiso á lo ménos parecerlo; su hotel siempre estaba lleno de secretarios, poetas y guardias, y cuando recorría la ciu-

(1) *Crónica General*.

(2) Ibn-Jacân, en su capítulo sobre Ibn-Tahir, lo atestigua en términos muy formales.

dad á caballo, rodeado de un soberbio cortejo, su ridículo orgullo se encontraba agradablemente lisonjeado por los gritos de alegría que daban las mujeres, puestas en fila para verlo pasar. Estas aclamaciones y estos homenajes eran para él lo más esencial, y le concedía más importancia que á los asuntos del Estado; sin embargo, y apesar suyo se vió muy pronto obligado á pensar en cosas más serias.

Los servidores del rey asesinado habian emprendido la huida; algunos se dirigieron á Cebolla (el Puig) acompañado de los soldados de Ibn-al-Faradj, otros fueron á buscar al Cid en Zaragoza y le contaron lo ocurrido; Rodrigo partió al momento y marchó enseguida hácia Cebolla; todos los emigrados se le reunieron entónces, le juraron fidelidad y se pusieron enteramente á su disposicion; pero el gobernador de Cebolla, vasallo de Ibn-Cásim, señor de Alpuente, figurándose que tambien para él habia sonado la hora de la redencion, se negó á dejar el paso franco al ejercito del caballero castellano. Este se vió, por lo tanto, obligado á sitiario y mientras lo hacia, envió á Ibn-Djahháf una carta, diciéndole en ella entre otras cosas:

«Habeis hecho una accion villana»

jandola cabeza de vuestro rey á un estanque y enterrando su cuerpo en una estercolera. Por lo demás exijo que me deis el trigo que he dejado en mis granjas de Valencia.» Ibn-Djahháf le respondió que el trigo en cuestion habia sido robado. «La ciudad, añadió está ahora en poder de los almoravides; en cuanto á mí estoy dispuesto á ser vuestro amigo y aliado, con tal que querais obedecer á Yusuf-Ibn-Techufin. Ibn-Djahháf, al escribir esta, carta tan importuna como impertinente, habia dado al Cid la medida de su capacidad y de su talento. El castellano declaró que el cadí era un imbecil, incapaz de mantenerse en su elevada posicion, y en su segundo mensaje le juró que vengaria la muerte del rey de Valencia. Despues de esto mandó decir á todos los gobernadores de los castillos cercanos que proveyesen á su ejército de víveres, sin perder un momento, y amenazó con quitarles todo lo que poseyesen á los que se negáran á dar cumplimiento á sus órdenes. Todos se apresuraron á cumplir su mandato, pero el gobernador de Murviedro, Abu-Ibn-Labbun, hombre de gran penetracion, comprendió que hiciera lo que hiciese, el resultado le seria fatal; que si no obedecia, perderia su señorío en el mismo instante, y que si obedecia lo perderia más

tarde. En su consecuencia mandó decir al Cid que se conformaba con sus órdenes y al mismo tiempo ofreció todos sus castillos al señor de Albarracin, á condicion de que éste proveería á su subsistencia. Ibn-Razin aceptó esta oferta con premura, y veinte y seis dias despues del asesinato de Cadir, tomó posesion de Murviedro: hecho esto fué á encontrar al Cid y despues de prometerle que los gobernadores de sus castillos le venderian víveres y le comprarian el botin, aquél, por su parte, se comprometió á no molestar á estos gobernadores.

En el entretanto, el Cid asediaba aun á Cebolla; pero como la plaza no era lo bastante fuerte para poder sostenerse mucho tiempo, y además la guarnicion le habia prometido entregársela, en cuanto pudiese hacerlo decorosamente, pudo enviar dos veces por dia, mañana y noche, *algaras* al territorio valenciano, ordenando á sus capitanes que no se apoderasen mas que de los rebafios y no molestasen á los habitantes de la Huerta, ni á los otros labradores, á quienes debian por el contrario tratar con dulzura y recomendarles el trabajo. Por lo demás el Cid no carecia de nada; vendia en Murviedro el botin que hacia y los víveres le llegaban en abundancia.

Ibn-Djahláf, por su parte, que habia reorganizado la caballería de Valencia, y recibido refuerzos de Ibn-Ayicha, podia disponer de trescientos caballeros, que alimentaba con el trigo de Rodrigo y pagaba á espensas del tesoro y de los bienes particulares del rey asesinado; mas no hacia caso alguno del capitán almoravid Abu-Nacir, á quien nunca consultaba y el cual, movido á despecho, entró en relaciones con los beni-Tahir. El antiguo gefe de esta poderosa familia Abu-Abderraman, ex-rey de Múrcia habia dado yá rienda suelta á su indignacion cuando Ibn-Djahláf hizo asesinar á Cadir (1). Mas tarde, si embargo, habia procurado disimular el odio que sentia hacia Cadir; pero este que sabia muy bien que Ibn-Tahir lo detestaba y lo consideraba además como un rival terrible, habia roto abiertamente con él (2). Abu-Nacir no tuvo pues trabajo en atraerse á los beni-Tahir con quienes se puso á conspirar tan abiertamente, que á Ibn-Djahláf no le cupo duda de que habian jurado su pérdida y estaba ya muy inquieto con esta conspiracion, cuando recibió un mensage del Cid.

(1) Véase los versos de Ibn-Tahir que hemos traducido mas arriba.

(2) Véase mas arriba.

quien, haciendo ahora tres razias diarias por la mañana, al medio dia y á la tarde, no deseaba otra cosa que alejar á los almoravides y sabedor de que Ibn-Djahhaf se habia malquistado con ellos le mandó á decir que, si se daba traza de desembarazarse de ellos de un modo ó de otro, le prestaría su apoyo y los protegería como habia protegido á Cadir. Esta oferta agradó á Ibn-Djahhaf que consultó á Ibn-al-Faradj, lugarteniente del Cid, á quien habia puesto en prision, y cuando este le hubo asegurado que podia contar con la lealtad de Rodrigo, mandó decir al castellano que aceptaba sus proposiciones. Disminuyendo al mismo tiempo el sueldo de sus caballeros almoravides, bajo el pretexto de que necesitaba dinero, esperó obligarlos á que abandonasen á Valencia, en cuyo caso podria colocarse bajo la proteccion del Cid; pero, ligero é inconstante, cambió de parecer en cuanto recibió cartas muy apremiantes de Ibn-Ayicha, que le aconsejaba enviar al sultan Yusuf Ibn-Techofin algunos de los tesoros de Cadir, añadiéndole que si lo hacia podria estar seguro de ser socorrido por un numeroso ejército africano. El cadí, echando sus cuentas pensó que despues de todo valia mas hacer causa comun con los musulmanes que con los cristianos, por lo que propuso á la

asamblea de los notables enviar dinero al monarca almoravid, y, aprobado su designio por mayoría, encargó á cinco personas, entre las cuales se encontraba Ibn-al-Faradj, de llevar á Yusufsu mas considerabilisimas. Evidentemente el astuto Ibn-al-Faradj habia conseguido captarse la simpatía de Ibn-Djahhaf, mas este ultimo notó muy pronto que habia obrado con mucho aturdimiento al concederle su confianza; pues cuando los embajadores hubieron abandonado la ciudad, lo mas secretamente posible, para no caer en las manos del Cid, este, advertido por Ibn-al-Faradj, les hizo seguir la pista por caballeros, que le dieron alcance y le quitaron todo el dinero, que debian ofrecer á Yusuf.

En Julio de 1093, cuando Cebolla se entregó, el Cid marchó contra Valencia con todo su ejército, á fin de estrechar á esta ciudad cada vez mas. Hacia quemar las aldeas de los alrededores, los molinos, las barcas que se hallaban en el Guadalaviar y particularmente todo lo que pertenecia á Ibn-Djahhaf y á su familia, cuando un visir del rey de Zaragoza, acompañado de sesenta caballeros, llegó á su campamento, manifestándole que estaba encargado por Mostain, cuyo único propósito, era hacer una buena

obra, de rescatar los prisioneros musulmanes; pero esto era un falso pretesto y nada mas, y otro era el verdadero objeto de su mision; creyendo amenazados sus estados por la vecindad de los almoravides, Mostain habia visto con placer marchar al Cid contra ellos y le habia suministrado dinero y tropas (1); mas por otra parte no queria abandonar á Valencia, que deseaba para si, y habia ordenado á su visir entablar negociaciones secretas con los valencianos. El visir debia comprometerlos á alejar á los almoravides y á reconocer la soberanía de Mostain, que en este caso le prestaría apoyo contra Rodrigo y contra todos aquellos que intentasen atacarles; con arreglo á estas órdenes, el visir comunicó bajo cuerda al cadi las proposiciones de su dueño; pero fueron rechazadas y el desgraciado diplomático no pareció haber venido al campamento sino para ser testigo de los triunfos del Cid.

Estos fueron rápidos: el segundo dia despues de la llegada del visir, el Cid se apoderó del barrio de Villanueva; poco despues atacó el barrio de Alcudia. Durante el com-

(1) Ibn-Bassâm mas arriba. C. F. *Gesta*: nisi vero tam cito venisse (Rodericus) illæ herbaræ gentes Hispaniam totam usque ad CesarAugustam et Leridam iam præocupassent atque pinnino obtinuissent.

bate, su caballo dió un traspies y lo sacó de la silla, pero vuelto á colocar inmediatamente sobre ella, cayó sobre los moros hiriendo y matando muchos de ellos. Habia apostado una parte de su ejército á la puerta de Alcántara (la puerta del puente) (1), para copar á los moros por aquel lado é impedirle venir en socorro del barrio. Estas tropas consiguieron escalar el muro, y ya creian estar á punto de entrar en la ciudad, cuando los musulmanes asistidos de un gran número de mugeres, los detuvieron lanzando sobre ellos una lluvia de piedra. Cuando los soldados mahometanos que defendian á Alcudia, recibieron aviso de que la ciudad estaba en peligro por la parte del puente, acudieron allí, y trabaron un combate que se prolongó hasta el mediodia, hora en que el Cid se retiró á su campamento, mas por la tarde renovó el ataque con nueva furia y tan impetuosamente que los moros pidieron á grandes gritos el amán (2). El Cid se lo concedió y entónces los habitantes de mejor posicion

(1) El autor del *Kitab-al-ictifa* habla, no recordamos donde, de la torre del puente. En Valencia no habia mas que cuatro puertas grandes. (*bab*). Las pequeñas, tales como la de Alcántara llevaban el nombre de *bordj*.

(2) Comenzaron á llamar paz, paz; puesto que se ha dicho del Cid, *séguroles*, traduccion literal de amanhán.

vinieron á celebrar la paz con él. Durante la noche hizo su entrada en el barrio y apostó allí sus soldados, prohibiéndoles bajo pena de muerte, el causar daño á sus habitantes. Al día siguiente prometió solemnemente á los moros reunidos respetar sus propiedades y no tomar de ellos mas que el diezmo luego encargó á su almorarife, (1), el moro Ibn-Abdus, cobrar las contribuciones á que tenia derecho. Los habitantes de Alcudia le trajeron entonces muchos viveres, de modo que su ejército quedó bien aprovisionado (2).

Dueño de Villanueva y de al-Cudia, el Cid estrechó mas á Valencia: los valencianos no sabian que hacer y ya se arrepentian de no haber aceptado las ofertas de Mostain. No quedándole en aquellas circunstancias otro recurso que hacer con el Cid la paz á cualquier precio, resolvieron ejecutarlo asi y le preguntaron sus condiciones. El Cid les respondió que ellos mismos las fijarian y que con tal que se alejasen los almoravides las cosas serian fáciles de arreglar. Comu-

(1) Esta palabra significa subinspector, intendente; en árabe almuschrife, cf. Quatremere *Hist. des Sultans mamlouks* t. I part. I p. 10 y Weiges en las *Orientalia* t. I p. 417.

(2) *Crón. gener.* Los *Gesta* hablan tambien de la toma de alCudia.

nicada esta respuesta á los almoravides, estos, fatigados de su larga permanencia en una ciudad, donde, mucha personas les miraban ya con malos ojos, declararon no solo que estaban prestos á marcharse, sino que considerarían el día de su marcha como el mas hermoso de su vida. Convínose, pues, en las condiciones siguientes: Los almoravides saldrian de la ciudad con sus haciendas y vidas, sanos y salvos; Ibn-Djahhaf devolvería al Cid el valor de trigo, de que se habia apoderado, le daría además el tributo mensual de diez mil dinares (1) y pagaria lo atrasado y por último se permitiría al Cid tener su ejército en Cebolla (2).

Ajustada la paz en estas condiciones, el Cid se volvió á Cebolla, de la que habia hecho en poco tiempo una ciudad considerable, y no dejó en al-Cudia mas que á su almorarife moro; pues facil es comprender que el tratado se referia á Valencia, y no á los arrabales que el Cid habia conquistado y que eran propiedad suya.

1 Véase mas arriba p. 156

(2) *Crónica General* lóí. 326 confirmado por el breve relato de los *Gesta*.

VI.

Ibn-Djahnâf más que nadie había contribuido á la conclusion de la paz, y despues de los pasos decisivos que había dado no le era posible ya reunirse á los almoravides; vióse, por tanto, muy contrariado cuando supo que éstos tenían la intencion de ir á Valencia y que solo esperaban para ponerse en marcha la llegada del rey. El Cid le mandó decir entónces que le aconsejaba por su propio interés que no lo recibiera en la ciudad, pero Ibn-Djahnâf no tenía necesidad de consejos; comprendia perfectamente que si los almoravides llegaban, estaba perdido; tomó, pues, sus medidas y celebró una alianza con los capitanes almoravides que mandaban en Játiva y Cullera, los cuales, con la esperanza de hacerse independientes, no vacilaron en hacer traicion á su rey. Enseguida los aliados atacaron á Ibn-Maimum, capitán almo-

ravid que mandaba en Alcira, y que, intimado á seguir el ejemplo que le habían dado sus compañeros de armas, rehusó hacerlo. El gobernador, á quien el Cid había confiado Cebolla, los secundó activamente; sitió á Ibn-Maimum en Alcira é hizo segar y trasladar á Cebolla las mieses que aún no habían sido recogidas en los graneros. En el entretanto, un nuevo pretendiente, Ibn-Razin, aspiraba á conquistar á Valencia. Este principe había comprado el apoyo de Sancho de Aragon, prometiéndole mucho dinero y como nó lo tenía, le había dado en fianza la fortaleza de Torralba (1). Habiendo descubierto el Cid este complot, no habló de él á nadie; esperó á que sus soldados hubiesen trasportado á Cebolla todos los granos de Alcira, y hecho esto, les ordenó que se pusieran en marcha sin decirles á donde iban. Los albarracinenses nada sabían de las intenciones del Cid, cuando éste, durante la noche, hizo una súbita irrupcion en su país. El éxito coronó su empresa, cogió un gran número de prisioneros, mató doce caballeros con su propia lanza y alcanzó un gran

(1) La *Crónica general* dice *Toalba*, pero el señor Malo de Molina piensa que debe leerse *Torralba* y que se trata de la Torralba de los Sisones, cerca de Daroca.

botin, consistente en vacas, ovejas y caballos, recibiendo él mismo una herida grave en la garganta; pero por lo demás, no perdió más que dos de sus caballeros. Ibn-Razin desde entonces no pensó más en apoderarse de Valencia ni del castillo de Torralba, que Sancho no se cuidó de restituírle (1).

Pero un enemigo más peligroso aún se aproximaba. En Octubre de 1093, supose que en Valencia se hallaba enfermo el rey Yusuf, que habia confiado á su yerno el mando de su ejército (1), el cual habia ya llegado á Lorca. Los enemigos de Ibn-Djahlháf decian que se alegraban de esta noticia y que muy pronto se vengarian del cadí. Este tuvo miedo é hizo decir al Cid, que continuaba molestando á los albarracinenses, que se apresuráse á volver. Rodrigo volvió á Cebolla, donde tuvo una conferencia con Ibn-Djahlháf, con el gobernador de Játiva y con el de Cu-

(1) El autor de los *Gesta*, p. 49 habla tambien de esta incursion pero sin indicar su verdadero motivo. (Albarracin qui ei venditus fuerat in suo tributo).

(1) La *General* no trae el nombre de este yerno de Yusuf, pero Ibn-al-Jatib (man. G. fól. 98, V.—100, R.) ha consagrado un artículo á Abu-Becr Ibn-Ibrahím, el cuñado de Ali-Ibn-Yusuf Ibn-Techufín, el marido de su hermana. Es probablemente de él de quien aquí se trata. Este personaje no tenia nombre propio; en cambio tenia dos sobrenombres, Abu-Becr y Abu-Yahyá.

llera. Los cuatro pretendieron renovar su confederacion é hicieron escribir una carta al general almoravid, informándole que el Cid habia celebrado una alianza con Sancho de Aragon, de suerte que si el general se atrevia á venir á Valencia, tendria que combatir á ocho mil caballeros cristianos, cubiertos de hierro de piés á cabeza y los mejores guerreros del mundo.

El Cid hizo entonces á Ibn-Djahlháf una demanda singular; por una parte queria mostrar á los almoravides que los valencianos preferian su amistad á la de ellos, y por otra queria experimentar á estos últimos y convencerse de hasta que punto estaban dispuestos á someterse no solo á su voluntad, sino á sus menores caprichos. Pidió pues á Ibn-Djahlháf que le cediese por algunos dias el soberbio jardin de Ibn-Abdalaziz, que se encontraba cerca de Valencia y pasaba entonces por uno de los primeros jardines del mundo (1). Ibn-Djahlháf consintió en ello y con el objeto de recibir dignamente á su huésped, quiso decorar la entrada del jardin, cubrir el suelo de preciosos tapices, estender telas alrededor del palacio y preparar una

(1) Véase á Ibn Hacém en mis *script. arab. locit.* I p. nota

suntuosa comida. En el día fijado esperó al Cid hasta la tarde, pero no vino, y ya había anochecido, cuando mandó á decir que una indisposicion (en la que por lo demás nadie creía) le había impedido cumplir su palabra. Semejante conducta pareció á los ojos de los valencianos, ya indignados porque su cadí hubiese querido ceder al castellano el jardín de sus antiguos reyes, demasiado caballerosa. Los beni-Tahir y las clases bajas estaban furiosos; en el primer momento hubieran querido insurreccionarse contra el cobarde Djahháf, que sufría pacientemente los mas graves insultos; mas bien pronto se impuso el temor que tenían al Cid. Los nobles que temblaban por sus tierras y sus villas, consiguieron aquietar al pueblo y nadie se movió.

El Cid, viendo que los valencianos estaban á su favor, se presentó de pronto en el jardín de Ibn-Abdalaziz y se apoderó del barrio próximo. Como tenía muchos moros entre sus tropas, los habitantes de este barrio no se quejaron mucho de la presencia de sus huéspedes; pero los valencianos vieron, no sin razón, una nueva ofensa en este acto arbitrario y supieron con alegría que el gran ejército almoravid, tan impacientemente aguardado, iba por fin á llegar, pues se había

puesto en marcha hácia Múrcia (1). Ibn-Djahháf, por el contrario, quedó consternado con esta noticia; queriendo justificar su conducta á los ojos de sus conciudadanos, les dijo al principio que el Cid no había pedido el jardín de Ibn-Abdalaziz mas que para descansar allí algunos días y que saldría en cuanto se lo exigieran. Luego, viendo que sus explicaciones no agradaban, les anunció que bien pronto tendrían que consultar entre sí para elegir otro presidente, puesto que él estaba dispuesto á retirarse de la vida pública y á no mezclarse en nada. Inútil es decir que Ibn-Djahháf no tenía en modo alguno intencion de retirarse y que solo procuraba apaciguar al pueblo de un modo ó de otro; pero no lo consiguió. Los valencianos que penetraban muy bien su pensamiento, fueron á buscar á Ibn-Tahir y lo proclamaron presidente de la república, poniéndose en abierta rebelion contra el Cid y cerrando las puertas de la ciudad.

(1) El texto añade aquí: «E que non tardaran tanto fueras por la enfermedad que oviera aquel que era cabdillo de ellos: é que ya era sano; de donde resultaría que el yerno de Yusuf también había estado malo; pero creemos que esto sea una falta del traductor español ó una pequeña adición á su hechura. No había más que Yusuf que estuviese malo, como lo ha dicho antes el autor y lo repite despues. (Fóho 328, col. 4).

Sin embargo, el ejército almoravid avanzaba siempre, y cuando hubo llegado á Játiva, el Cid abandonó el jardín de Ibn-Abdalaziz para reunirse á sus tropas. Por algun tiempo anduvo incierto sobre si esperaría á sus enemigos ó saldría á su encuentro, pero decidido por último á permanecer donde estaba, mandó destruir los puentes del Guadalquivir é inundar todas las llanuras, de modo que los almoravides no podían atacarle sino por un desfiladero muy estrecho.

Grande era la alegría que reinaba en Valencia: los almoravides habían pasado ya por Alcira y una noche muy oscura y que llovía á cántaros, los valencianos pudieron distinguir desde lo alto de las torres los fuegos del ejército auxiliar, que acampaba entonces en Alcacer (1). Esperaban, por tanto, una batalla para el día siguiente y habiendo dirigido al Eterno fervorosas súplicas, resolvieron ir á intentar un golpe de mano al campamento del Cid, en cuanto se trabase el combate.

Los acontecimientos defraudaron sus esperanzas; al día siguiente por la mañana,

(1) *Bacer en la Crónica General*; pero como no se encuentra sitio que tenga este nombre junto á Valencia, el señor Madoz de Molina piensa que se trata de Alcácer entre Valencia y Alcala.

cuando volvieron á las torres para observar los movimientos del ejército, entraron en una incertidumbre cruel de la que no salieron hasta las nueve, hora en que un mensajero vino á decirles que los almoravides no vendrían, pues habían vuelto camino atrás. «Entonces, dice el autor árabe á quien seguimos, los habitantes de Valencia se tuvieron por muertos: estaban como beodos y no comprendían lo que les decían: sus figuras se pusieron negras, como si estuviesen cubiertas de pez; perdieron enteramente la memoria, como si hubiesen caído en las ondas del mar.

La alegría reapareció de nuevo en el campamento de los cristianos; aproximándose á la ciudad insultaban á los de adentro, instándole á que se entregasen, puesto que ya no tenían socorro que esperar. Enseguida, altemperándose á las órdenes de su jefe, que había vuelto al jardín de Ibn-Abdalaziz, se pusieron á incendiar y á saquear los barrios, hecho lo cual, cercaron la plaza por todas partes.

Los valencianos, sin embargo, no desesperaban aún de ser socorridos: Ibn-Ayicha había escrito á los Beni-Tahir que los almoravides no se habían retirado por cobardía, sino por carecer de víveres y porque las

grandes lluvias habian puesto los caminos impracticables; añadiendo que una nueva expedicion se preparaba, y conjurando á sus amigos valencianos á no rendirse. Esta carta, que concordaba con otras recibidas de sus compatriotas, domiciliados en Dénia, bastó durante algun tiempo para sostener el valor de los sitiados y alimentar sus esperanzas; pero éstas eran falsas, y por último se supo que el ejército almoravid se habia vuelto á África. Los gobernadores de los castillos cercanos vinieron entónces á implorar la alianza y la proteccion del Cid, que no tuvo cuidado en rechazarlos y en ordenarles que le enviasen ballesteros y peones. El guerrero castellano no carecia de nada; hacia cultivar los campos de alrededor, y de todas partes acudian al mercado que habia establecido en al-Cudia. En Valencia, por el contrario, la escasez comenzaba á dejarse sentir y como habian perdido toda esperanza de auxilio, una desanimacion sombría se habia apoderado de los ánimos, como lo acredita esta elegía, que por aquella época compuso un poeta de la ciudad:

«Valencia!... Valencia!... [dice] nenieron sobre tí muchos quebrantos et estás en hora de morir; pues si su ventura fuere que tú escapes, esto será grand marauilla á quien quier que te uiere.

«Et si Dios fizo merçed á algun logar, tenga por bien de lo fazer á tí; ca fueste nonbrada alegría et solaz en que todos los moros folgauan, et auien sabor et plazer.

«Et si Dios quisier que de todo en todo te ayas de perder desta vez, será por los tus grandes peccados et por los tus grandes atreuimientos que ouiste con tu soberuia.

«Las primeras quatro piedras cabdales sobre que tú fueste formada, quiérense ayuntar por fazer grand duelo por tí et non pueden.

«Et tu noble muro que sobre estas quatro piedras fué leuantado, ya se estremeçe todo et quiere caer, ca perdido ha la fuerça que auie.

«Las tus muy altas torres et muy fermosas que de lueñe paresçien et conortauan los coraçones del pueblo, poco á poco se uan cayendo.

«Las tus blancas almenas que de lueñe muy bien relunbrauan, perdido han la su beldat, con que bien paresçien al rayo del sol.

«Et tu muy noble rio cabdal Guadalauiar con todas las otras aguas de que te tú muy bien seruies, sallido es de madre et ua onde non deue.

«Las tus açequias muy claras et á las gentes mucho aprouechosas, retornaron toruias, et con la mengua de las limpiar uan llenas de muy grand çieno.

«Las tus muy nobles et uiciosas üertas que enderredor de tí son, el lobo rauioso lles cauó las rayzes et non pueden dar fructo.

«Los tus muy nobles prados, en que muy fermosas flores et muchas auie, eon que tomaua el tu pueblo muy grant alegría, todos son ya secos.

«El muy noble puerto de mar, de que tú tomauas muy grand' onrra, ya es menguado de las noblezas que

»por él te solien uenir á menudo.

»El tu grand término, de que tú te llamauas senhora,
»los fuegos lo áñ quemado et á ti llegan los grandes fu-
»mos.

»A la tu gran enfermedad nol' puedo fallar melesina
»et los fisigos son ya desesperados de te nunca poder
»sanar.

»Valencia!... Valencia!... Todas estas cosas que te
»hé dichas de tí, con grand quebranto que yo tengo en
»el mi coraçon, las dixé et las razoné.»

Estos versos eran la fiel expresion de la opinion pública: todos los ánimos estaban abatidos; cansados de guerrear, preveian que la ruina de la ciudad sería la consecuencia inevitable de la guerra. Ibn-Tahír, presidente de la república, habia perdido casi toda su popularidad: Ibn-Djahháf, por el contrario, que se regocijaba interiormente de los desastres que abrumaban á los valencianos, porque veia en ellos el medio de volver á entrar en el poder y volcar á un rival que detestaba, iba volviendo á ganar poco á poco la confianza y la estimacion del pueblo: no pasaba dia que no dijese á todo el que queria escucharle que los Beni-Tahír eran hombres sin talento, sin capacidad, sin experiencia y los verdaderos autores de todas las calamidades del pueblo. Esta manera de ver iba alcanzando de dia en dia mayor número de adeptos entre todas las clases de la sociedad, y al fin llegó á ser

tan general, que las mismas gentes, que llenas de legítima indignacion habian despreciado y depuesto á Ibn-Djahháf, acudieron á él para implorar su perdon y suplicarle que salvase la ciudad. Ibn-Djahháf les respondió desde luego que nada tenia que hacer con ellos; que habia entrado en la vida privada; que si ellos sufrían, él sufría igualmente; que los temores de ellos eran los suyos y que no podia dar consejos á hombres divididos por espíritu de partido. Luego, tomando poco á poco un tono cada vez más dulce, añadió que si querian olvidar sus discordias y deponer sus ódios, si querian separarse de los Beni-Tahír y hacer de modo que éstos no los extraviasen con sus malos consejos, entónces él se los daría buenos, porque á ellos les constaba como habian vivido cuando él dirigia los negocios públicos y que con la ayuda de Dios, esperaba arreglar las cosas de modo que no tuviesen guerra con el Cid, ni con nadie. Entónces exclamaron todos con voz unánime, que su único deseo era obedecerle, porque, decian: mientras vos nos habeis guiado todo ha marchado bien.

Ibn-Djahháf fué, pues, proclamado de nuevo presidente de la república en Febrero ó Marzo de 1094, pero los partidarios de los Beni-Tahír eran numerosos é influyentes y

se esperaba de ellos una resistencia tenaz. Ibn-Djahnáf tomó las medidas necesarias para reducirlos á la impotencia, é hizo firmar á los habitantes un acta, por la cual se comprometian á pagar al Cid el tributo acostumbrado, á condicion de que éste los dejaría en paz; al mismo tiempo rogó al Cid que se llegase á las murallas y dijese á los valencianos que no escucharía proposicion alguna hasta que los Beni-Tahír hubiesen abandonado la ciudad.

El Cid lo hizo así; pero los valencianos no se atrevieron á arrojar á ciudadanos de tanta consideracion. Entónces Ibn-Djahnáf, despues de conferenciar con sus partidarios más adictos y con Rodrigo, resolvió dar un golpe de mano, y encargó á Tecoronni, uno de sus oficiales, que fuese á prender á los Beni-Tahir, á cuyo efecto puso á sus órdenes un gran número de caballeros y peones. A la-aproximacion de estas tropas, los Beni-Tahír abandonaron su hotel, que no tenia condiciones de seguridad, para refugiarse en el de un faquí, rodeado de altas murallas, donde podian proveer á su defensa hasta tanto que se diese el aviso en la ciudad y viniesen sus partidarios á defenderlos. Tecoronni, no queriendo perder el tiempo en escalar la muralla, mandó quemar las puer-

tas; sin embargo la gente del pueblo baja comenzaba á agruparse: de meros espectadores se convirtieron bien pronto en actores y subiendo al techo del hotel, arrojaron una multitud de piedras sobre los Beni-Tahír que estaban en el pátio, obligándolos de este modo á retirarse bajo los pórticos. Luego derribaron las puertas y mientras el pueblo saqueaba el hotel, los soldados detuvieron á los Beni-Tahír, á quienes Ibn-Djahnáf mandó poner en prision, hasta que, llegada la noche, los entregó al Cid. Al dia siguiente por la mañana la indignacion fué grande en Valencia; pero Ibn-Djahnáf que habia logrado su propósito, no hizo caso de ella.

VII.

Puestas las cosas en vias de arreglo, Ibn-Djahnáf salió de la ciudad para celebrar una entrevista con el Cid. El obispo de Albarra-cin y muchos caballeros, creyendo que les traeria regalos, que no llevaba, salieron á su encuentro y le escoltaron con mucha cortesía hasta Villanueva, donde se hallaba Rodrigo; éste le colmó tambien de atenciones y agasajos y aparentando tenerle el estribo, le abrazó, diciéndole que se quitase el *tailesan*, (1) distintivo de los cadis, y se vistiese el traje real que le correspondia como verdadero soberano de Valencia. Luego, esperando Rodrigo que su huesped le ofreciese algunas

(1) En el texto español hay *capirote*, palabra que designa una especie de gorro que cae sobre las espaldas y á veces llega hasta la cintura y aun mas abajo (véase el diccionario de la Academia española) y responde á las palabras árabes *tala* y *ta-leisan*, acerca de las cuales puede verse mi diccionario de los vestidos entre los árabes p. 254, 262, 278, 280.

joyas de Cadir, trató con él de varios asuntos mas viendo que sus deseos no se lograban, dejando su afabilidad, cambió de tono, prometiendo á Ibn-Djahnáf su amistad y proteccion pero bajo condiciones. De condicion en condicion lo fué llevando á que le cediese todas las contribuciones de la ciudad y del campo, que el Cid haria cobrar por su propio almojarife, reduciendo de este modo á Ibn-Djahnáf á la nada; á menos que un simple cobrador de impuestos como lo habia sido Cadir. Aunque á su pesar, consintió el cadi en estas pretensiones humillantes; pero el Cid entónces le hizo otra nueva y quiso que le entregase su hijo en rehenes. Ibn-Djahnáf palideció al oir estas palabras; pero procurando dominar su emocion, respondió que le entregaría su hijo. «Pues bien. le dijo entónces el Cid, volved mañana para firmar un tratado en que se expresen estas condiciones». Dicho esto, despidió á su huesped: el desdichado cadi volvió á Valencia con el corazon traspasado de dolor. «Ahora veia, dice el autor árabe á quien seguimos, la imprudencia que habia cometido al arrojar á los almoravides de la ciudad y al fiarse en hombres de religion diferente.»

A dia siguiente, el Cid que no veia venir al cadi, le mandó á decir que le esperaba,

pero no conocía á Ibn-Djahláf, quien apesar de sus muchos defectos, tenia sin embargo entrañas de padre. Por satisfacer su orgullo, por gozar, aunque fuese solo de la sombra del poder, hubiérase sometido á las mayores humillaciones; pero su vanidad no llegaba hasta el punto de sacrificar á su hijo, y entregarlo á Rodrigo, á su juicio, era sacrificarlo: por tanto, contestó á este último que prefería perder la cabeza á cederle á su hijo: entónces el Cid le escribió una carta, diciéndole, que puesto que faltaba á su promesa, nunca mas sería su amigo y jamás por nada le daría crédito. Esta desavenencia se hizo más grande cada dia: el Cid mandó á Tecoronni que abandonase la ciudad y se fuese á la fortaleza de Alcalá; Tecoronni, no se atrevió á desobedecer esta orden y partió: al mismo tiempo el Cid llenó de honores á los Beni-Tahir; sus prisioneros, los hizo abastecer de cuanto necesitaban y les prometió su apoyo.

Como era imposible un arreglo, pues ni Rodrigo ni Ibn-Djahláf querian ceder, comenzó de nuevo la guerra, que fué para los valencianos una terrible desgracia. Los soldados del Cid se aproximaban cada dia mas á la ciudad; y al fin se acercaron tanto, que llegaron á apedrearse con las manos, y las flechas tiradas de un lado del recinto de la

muralla, caian al lado opuesto. En la población, el precio de las casas y de los muebles descendía de dia en dia, pues todo el mundo quería vender y nadie comprar. El de los viveres por el contrario aumentaba con una rapidez asombrosa, el *cahiz* de trigo, que en el mes de Octubre costaba solo doce dinares, y eso que estaba ya á muy alto precio, subió sucesivamente á diez y ocho, cuarenta y hasta ochenta dinares. En cuanto á la carne, no la habia: se habian estado alimentando durante algun tiempo con la de bestias de carga; pero agotados estos recursos, comian ahora animales inmundos y aun estos eran necesario pagarlos muy caros; una rata costaba una moneda de oro (1): el alimento se habia hecho tan raro que se buscaba el orujo de uva en los albañales y en las cloacas. De ordinario, una multitud de hombres, mugeres y niños espiaban el momento de abrirse una puerta y entónces se precipitaban en el campamento de los cristianos. Estos los dividian en tres categorias: la primera comprendía los que estaban completamente estenuados, los cuales eran muertos en el acto: la segunda se componia de los que aun no lo estaban del todo y estos eran vendidos á

(1) *Kitab-al-ictifa.*

Los moros de al-Cudia por un pan ó un jarro de vino; por último, había gente que pertenecía á la clase acomodada, y que en su consecuencia disfrutaban de muy buena salud, y á esta la compraban los mercaderes de esclavos, que habían acudido en gran número del otro lado del mar.

Solo Ibn-Djahháf parecía no preocuparse de la general miseria: como los Beni-Tahir estaban fuera de la ciudad, y los otros tres patricios, cuyo poder hubiera podido contrabalancear el suyo, acababan de morir, disfrutaba de una autoridad, que nadie se atrevía á disputarle. Completamente desbordado, imitaba á todos los reyezuelos andaluces, tan indolentes y voluptuosos como espirituales y amantes de la literatura, á quienes Yusuf, el almoravid, había despojado de sus tronos. Rodeados de poetas, discutía con ellos acerca del mérito de los versos que le recitaban: se entregaba á toda clase de placeres y se burlaba de las que venían á quejarse de sus sufrimientos. Se apropiaba los bienes de los que habían muerto de hambre, y tampoco respetaba las posesiones de los desdichados, que arrastraban una vida enfermiza. La prisión y el látigo esperaban á los que se atrevían á oponer alguna resistencia.

Así, los revolucionarios eran víctimas de

todas las plagas. Ibn-Djahháf los oprimía, el hambre los diezmaba, los cristianos les daban muerte; podrían aplicárseles, dice un autor árabe los versos de un antiguo poeta:

Si voy á la derecha el río me ahogará,
si voy á la izquierda el león me devorará,
si voy hacia adelante moriré en el mar,
si voy hacia atrás el fuego me quemará.

El vanidoso tirano comprendió al fin que era necesario hacer algo y resolvió implorar el socorro del rey de Zaragoza, á quien con este objeto le escribió una carta muy humilde, pintándole en ella los horribles sufrimientos de los valencianos; pero temíbase de saber que título se le daría, si el de rey ó de señor; porque si se le daba este último, se le reconocía por soberano. Ibn-Djahháf convocó asamblea para consultarla sobre este delicado asunto. Tres días pasaron deliberando y después de pesar maduramente todo, se resolvió adoptar el título de señor á fin de que Mostain se decidiese más pronto. Ibn-Djahháf quedó muy contrariado con este decreto, al cual se conformó sin embargo, y envió su carta por medio de un hombre que salió de la ciudad secretamente y de noche. Este hombre había recibido del cadí la seguridad de que en cuanto Mostain viese las cartas, le daría vestidos, un mulo y un caballo; pero las

cosas pasaron de otro modo. Mostain que no quería indisponerse con el Cid, dejó trascurrir tres semanas sin hacer caso del mensaje, que no se atrevía á regresar á Valencia, temeroso de que le condenasen á muerte, si volvía sin respuesta: al fin se colocó á la puerta del palacio, donde dió gritos tan lastimosos, que el rey no pudo ya finjir que ignoraba su estancia, y como los que estaban á alrededor le aconsejase que se desembarazase de aquel importuno pretendiente, Mostain mandó escribir á Ibn-Djähhaf una carta que entre otras cosas, decia; antes de hacer lo que me pedís, tengo que ponerme de acuerdo con Alfonso á quien he escrito y que debe proveerme de un cuerpo de caballería. Por lo demás, os invito á que tengais paciencia, á que os defendais bien y me deis de cuando en cuando noticias vuestras.

El mensajero volvió á Valencia con esta carta, que aunque daba pocas esperanzas, parecia aun indicar que Mostain tenia sus miras sobre la ciudad y que si se atrevia ó podia, haria algo por ella.

Ibn-Djähhaf persistió, pues, en su propósito de no entregarse al Cid; hizo un registro en las casas donde creia que habia aún provisiones, se apoderó de cuanto encontró y solo dejó á los propietarios

viveres para medio mes. Cuando se quejaban de esta arbitrariedad respondía: que durante algun tiempo era necesario todavía sobrellevar con moderacion y sin murmurar las medidas impuestas por las circunstancias; que estaba seguro que el rey de Zaragoza vendria en auxilio de Valencia; que este rey se habia puesto ya en camino y que su tardanza era debida á que estaba reuniendo víveres para los valencianos. Luego, no pensando más que en acumular provisiones para sus guardias, continuó sus espoliaciones: algunas veces pagaba lo que tomaba; pero de ordinario no lo hacia, aunque lo hubiese prometido. Los que conservaban víveres, los enterraban; los ricos compraban á un precio enorme yerbas, cueros, nervios, electuarios; los pobres comian carne humana.

Ibn-Djähhaf enviaba todas las noches mensajeros al rey de Zaragoza, quien mantenía sus esperanzas con vanas promesas; tambien habia pedido socorro á Alfonso, el cual le habia respondido que le enviaría á García Ordoñez, con una numerosa caballería, y que él, en persona, iria muy pronto en su seguimiento. Habia encerrado en su carta un billetito, escrito de su mano, que debia ser enseñado á la asamblea de notables y

permanecer secreto para el pueblo, jurándole en él que vendría en auxilio de los valencianos, y diciéndole que los compadecía vivamente por sus privaciones y angustias. Ibn-Djahlháf escribió también á los amigos íntimos del emperador, los cuales le prometieron todos venir en su socorro, en lo que, decían, no debía tener la más leve duda. Uno de ellos le escribió que el emperador quería construir una torre en al-Cudia, queriendo darle á entender, que Alfonso deseaba ganar tiempo á fin de ver el giro que tomaban las cosas. Ibn-Djahlháf, sin embargo, no comprendió lo que esta expresión significaba, y aunque pidió la explicación de ella á su corresponsal, éste, que no quería declarar más su pensamiento, no le respondió.

Por su parte, el rey de Zaragoza envió dos mensajeros al Cid, bajo el pretexto de que iban á llevarle regalos, para suplicarle que usase más clemencia con los valencianos; pero el verdadero objeto de su misión era tener una entrevista con Ibn-Djahlháf. El Cid no les consintió entrar en Valencia; sin embargo, encontraron medio de hacer llegar á Ibn-Djahlháf una carta de Mostain, concebida en los siguientes términos: «Sabed que envío á pedir al Cid que no os oprima tanto,

y para que deje de hacerlo le he ofrecido un magnífico regalo: espero que accederá á mi pretensión y tratará con vos; pero si no quiere hacerlo, estad cierto que entonces os enviaré sin tardanza un gran ejército, que lo arrojará del país: ya os regocijareis; pero que queden estas palabras en secreto.»

El Cid, sin embargo, pensó en buscar á Ibn-Djahlháf, en la misma ciudad, un rival peligroso. Entró, pues, en tratos con un poderoso moro, llamado Ibn-Mochich, y le prometió que si quería rebelarse contra Ibn-Djahlháf lo haría señor de Valencia, haciéndolo reinar hasta Dénia. Ibn-Mochich consultó á sus amigos que lo incitaron á aceptar esta proposición; mas Ibn-Djahlháf se enteró del complot é hizo arrojar también á Ibn-Mochich y á sus partidarios en una prisión y confió su guarda á dos oficiales de su confianza; no obstante Ibn-Mochich y los suyos consiguieron corromperles, diciéndoles que no tenían otra intención que entregar Valencia á Mostain, que era, añadieron, el único medio de salvación. Los prisioneros y los que debían custodiarlos, resolvieron entonces ir por la noche al castillo, tocar los tambores, proclamar al rey de Zaragoza señor de Valencia y detener á Ibn-Djahlháf, en cuanto los habitantes de la ciudad se

reuniesen. Dicho y hecho: corrieron al castillo, tocaron los tambores, é hicieron subir á la torre de la mezquita á un pregonero que anunció que todos los habitantes debían reunirse; pero el pueblo, en vez de acudir quedó sobrecogido de espanto y de temor; nadie sabia de lo que se trataba, ninguno pensó más que en salvar sus casas y las torres. En el primer momento, Ibn-Djahháf experimentó un gran miedo; luego reuniendo sus soldados, recobró animo, marchó sobre el castillo y cayó sobre los rebeldes. Ibn-Mochich se vió abandonado muy pronto de los suyos, que procuraron salvarse con una pronta huida; siendo él el quinto de los detenidos. Ibn-Djahháf lo hizo meter en prision y mandó cortar la cabeza á sus cómplices. Enseguida, queriendo probar á Mostain que lo consideraba como soberano, le envió algunos caballeros para que le noticiasen lo ocurrido y le entregasen á Ibn-Mochich: tambien les ordenó que lé trajesen noticias exactas acerca de las disposiciones del rey, que explorasen á sus cortesanos, y que no volviesen á Valencia, sino acompañados de Mostain.

Entretanto el hambre hacía en Valencia rápidos progresos: habia ya muchas semanas que el trigo no se vendia por *cahiz* ni por

fanega, sino por onzas ó á lo más por libras, y ésta costaba tres dinares. El pueblo estaba tan estenuado, que todos los dias se veían caer por las calles hombres muertos de hambre; alrededor del muro del castillo habia muchos fosos y el que ménos contenia diez cadáveres: el número de los que se entregaban á los cristianos iba sin cesar en aumento: poco les importaba ya ser muertos ó caer en servidumbre; preferible era á sus ojos ser esclavo ó morir de un sablazo á morir de hambre. Sin embargo, los progresos de ésta eran demasiado lentos á los ojos del Cid, que tenia ya prisa de acabar y temia ver llegar á los almoravides. Intentó, pues, tomar la ciudad á viva fuerza, y los patricios llegados de Valencia le afirmaron que al primer asalto se apoderaria de la plaza, puesto que habia muy pocos soldados para defenderla. En su consecuencia Rodrigo reunió sus tropas y dió el asalto por el lado de la puerta llamada la Culebra: todos los sitiados acudieron á ella. Apostados sobre las murallas, lanzaron una verdadera lluvia de flechas y piedras sobre los cristianos y aunque la lluvia era espesa y abundante no hubo flecha ni piedra que cayese en vacio. El Cid y los caballeros que le rodeaban se vieron obligados á refugiarme en una casa de

baños, que se encontraba cerca de las murallas. Entónces los soldados de Ibn-Djahláf abrieron la puerta y haciendo retroceder á los sitiadores, cercaron la casa de banos. El Cid se salió por una puertecita trasera; pero su empresa habia fracasado por completo: se arrepintió amargamente de haberla intentado y de haberse dejado engañar por los patricios de Valencia; así, firmemente decidido á no volver á entrar en este mal camino, volvió á su primera idea de conquistar por hambre la ciudad. Al mismo tiempo tomó sus medidas para llegar lo más pronto posible á su fin. Como para este efecto era necesario multiplicar en la ciudad las bocas inútiles hizo anunciar por un pregonero, que se acercó á las murallas á fin que los sitiados pudiesen oirlo, que todos los habitantes que habian caido en su poder tenian que volver á entrar en la ciudad, pues caso de no hacerlo, serian quemados; y que en adelante, todo el que saliese de Valencia sería quemado tambien.

Esta proclama sembró el espanto entre los moros de dentro y de fuera y no fué una vana amenaza; cada vez que el Cid cogia á un valenciano, lo quemaba vivo, haciendo colocar la hoguera donde los sitiados pudiesen verla. En un solo dia hizo quemar diez

y ocho de estos desgraciados, otros los hizo echar á los perros. Sin embargo, habia siempre valencianos que preferian exponerse á ser quemados ó devorados á morir de hambre, y algunos de ellos consiguieron salvar la vida, porque los soldados del Cid los ocultaban y vendian, sin que lo supiera su jefe; pero eran en su mayor parte muchachos y muchachas, en cuanto á los demás no los querian. Para recoger dinero, los soldados empleaban otro medio; cuando sabian que las jóvenes cautivas tenian parientes ricos, las hacian subir á las torres de las mezquitas situadas fuera de la ciudad, haciendo ademan de ir á precipitarlas de arriba abajo ó de lapidarlas y entónces sus padres las rescataban á condicion que se les permitiera permanecer en al-Cudia.

cadí; así lo hicieron y aquél comprendió muy pronto que no podría resistir por más tiempo á la voluntad del pueblo: desde entonces se manifestó muy humilde y declaró que no se mezclaría más en los negocios públicos, abandonando al faquí la dirección de las negociaciones.

Por su parte el Cid encargó á su almojarife Ibn-Abdus que arreglase las condiciones del tratado. Convinieron en las siguientes: los valencianos enviarían mensajeros al rey de Zaragoza, le suplicarían que viniese en socorro de Valencia en término de quince días, y, si ninguno de los dos llegaba en el tiempo fijado Valencia se rendiría al Cid con estas condiciones: Ibn-Djahnâf conservaría en la ciudad la misma autoridad que en el pasado (1); quedarían seguras su persona y sus bienes, así como su mujer y sus hijos; Ibn-Abdus sería inspector de los impuestos y Muza ejercería en Valencia el mando militar (este Muza había gobernado los asuntos de Cadir mientras vivió, después de la muerte de este rey, había seguido siempre el partido del Cid, que lo había nombrado gobernador de ciertas fortalezas;) la guarnición se compondría de cristianos sa-

VIII.

Las medidas tomadas por el Cid consiguieron su objeto: el hambre llegó á ser tan horrible que los sitiados no tuvieron ya fuerzas para ir á buscar un refugio al campamento de los cristianos; y aun los soldados y parientes de Ibn Djahnâf comenzaron á murmurar. Entonces Abu-Abbâd y algunos otros patricios salieron á buscar á al-Watan (1), faquí muy respetado, «Veis nuestra miseria, le dijeron, y sabéis también que en vano hemos procurado ser socorridos, bien fuese por el rey de Zaragoza, bien por los almoravides: os rogamos que vayáis á hablar á Ibn-Djahnâf y hagáis de modo que nuestro sufrimiento tenga término.» El faquí se lo prometió y les aconsejó que manifestasen una grande indignación hácia el

(1) Aluadhhan.

(1) Es decir, que conservaría el mismo empleo de cadí.

cados de los muzárabes que vivian entre los musulmanes; el Cid moraria en Cebolla; y este no introduciria alteracion alguna en las leyes de Valencia, ni en los aranceles de las contribuciones, ni en las monedas. Regulada así la capitulacion, se firmó enseguida. Al dia siguiente cinco patricios partian para Zaragoza y otros tantos para Murcia, el Cid habia estipulado que cada embajador llevaria, cincuenta dinares solamente: los que iban á Murcia, debia embarcarse en un navio cristianos que los conduciria á Denia, desde donde continuarian su camino por tierra. Los embajadores se embarcaron, pero el Cid habia dado al capitan órdenes de no darse á la vela hasta que él fuese. Cuando llegó hizo registrar á los embajadores para ver si llevaban mas de cincuenta dinares cada uno: les encontró encima mucho oro, plata y piedras preciosas, parte de estas riquezas les pertenecian en propiedad; el resto era de mercaderes de Valencia que tenian intencion de abandonar esta ciudad y querian poner en seguridad sus tesoros. El Cid confiscó todo esto y no dejó á los embajadores mas que cincuenta dinares á cada uno, segun lo convenido.

Habia tregua: los valencianos que aun tenian viveres los vendian, sacando por ellos el mayor precio posible, seguros de que el

sitio acabaria pronto: pasaron sin embargo los quince dias y los embajadores no volvieron; Ibn-Djahlháf procuró persuadir á los habitantes que esperasen tres dias nada mas; pero estos respondieron que ni querian, ni podian hacerlo. Por su parte el Cid les hizo declarar con grandes juramentos que si dejaban pasar un instante, despues del plazo que les habia concedido, no se consideraria obligado á observar las condiciones de la capitulacion. A pesar de todo pasó un dia sin que abriesen las puertas y cuando los que habian arreglado la capitulacion se presentaron delante del Cid, este les dijo que no estaba ya obligado á nada, puesto que el plazo habia concluído. Entonces respondieron que se entregaban completamente en sus manos para que hiciese de ellos lo que fuese su voluntad. Al dia siguiente Ibn-Djahlháf fué á donde estaba el Cid; estos dos gefes, asi como los principales cristianos y moros, firmaron el tratado con los artículos que ya hemos referido. Luego Ibn-Djahlháf volvió á entrar en la ciudad y á la hora del medio dia abrió las puertas. El pueblo enflaquecido por el hambre se reunió; diriase que aquellos desdichados salian de la sepultura, pálidos y consumidos como aparecerán en el dia del juicio final, cuando los hombres salgan de sus se-

pulcros para presentarse delante de la magestad de Dios.

La rendicion de Valencia se verificó el juéves 15 de Junio del año 1094.

A medida que entraban en la ciudad, los cristianos subian á las murallas y á las torres, á pesar de las reclamaciones de Ibn-Djahhaf que les gritaba que violentaban el tratado; los valencianos prestaban á esto poca atencion; lo importante para ellos era suministrarse víveres y se arrojaron ávidamente sobre el pan y las habas que les traian los revendedores de al-Cudia; los que no podian atravesar por medio del gentío, iban á al-Cudia para comprar géneros; los mas pobres cogian las yerbas del campo y se las comian, pero muchas personas murieron á consecuencia de hartarse en vez de haber comido con moderacion.

El Cid subió á la torre mas alta de las murallas y examinó toda la ciudad: los moros acudieron á besarle la mano; los recibió con muchos miramientos y mandó que tapasen las ventanas de las torres que daban á la poblacion, á fin de que ninguna mirada indiscreta pudiesen penetrar en las casas de los moros, cosa que estos le agradecieron mucho. Tambien ordenó á los cristianos, que honrasen á los moros, que los saludasen al

pasar junto á ellos y les cediesen la acera. Los moros, dice un autor valenciano contemporáneo, quedaron muy agradecidos al Cid por el honor que los cristianos les dispensaban, y dijeron que nunca habian visto un hombre tan excelente, ni tan honrado, ni que tuviese una tropa tan bien disciplinada.

Ibn-Djahháf que recordaba la incomodidad del Cid, cuando fué á verle sin ofrecerle un regalo, tomó una gran parte del dinero que habia quitado á los que se enriquecieron vendiendo caro el pan durante el sitio, y lo ofreció al Cid; mas éste que sabia la procedencia del dinero, rehusó su regalo. Enseguida hizo anunciar por un heraldo que invitaba á los patricios de Valencia á reunirse en el jardin de Villanueva, donde se encontraba entónces y cuando llegaron, subió sobre un estrado, cubierto de tapices y alfombras y ordenó á los patricios que se sentasen frente á él y les dirigió este discurso (1):

«Ni yo, ni ninguno de mi linaje ha poseído jamás reino alguno; desde que vi esta ciu-

(1) Los tres discursos del Cid han sido ya traducidos por M. de Circourt (*Hist. des Mores Mudejares et des Morisques*, t. I.) Hemos adoptado la traduccion de este escritor, en general fidelísima, haciendo de cuando en cuando algunas ligeras modificaciones.

dad, la encontré tan hermosa, que me enamoré de ella, la deseé y pedí á Dios que me la diera; ved cuan inmenso es su poder! el día que sitié á Cebolla, solo tenia cuatro panes y ahora me ha hecho la gracia de darme á Valencia y me ha establecido en ella como señor! El me la conservará si me conduzco con justicia y dirijo bien los negocios; si obro con orgullo y malicia, sé bien que me la quitará. Así, vuelva cada uno á su herencia y poséala como antes; el que encuentre su viña ó su jardín libre que se apresure á entrar en él; el que encuentre su campo cultivado, pague el trabajo al que lo cultivó y vuelva á disfrutarlo como lo ordena la ley de los musulmanes. Quiero tambien que los cobradores de impuestos de la ciudad no exijan más que el diezmo, segun es vuestro uso; os recibiré en audiencia dos dias en la semana, los lunes y los juéves; pero si teneis algun asunto urgente, venid cuando querais y os escucharé; pues yo no me encierro con mugeres para beber y cantar, como vuestros señores á quienes jamás lográbais encóntrar visibles. Quiero dirigir todos vuestros asuntos por mí mismo, ser vuestro compañero y protegeros como amigo y como déudo: yo seré vuestro cadí y vuestro visir, y cuando algu-

no se queje de otro, os haré justicia.» Despues de haber hablado así, añadió: «Me han referido que Ibn-Djahnáf ha perjudicado á muchos de vosotros, desposeyéndolos de sus bienes para regalármelos: lo ha desposeido porque habian vendido el pan muy caro. Yo no he querido aceptar semejante donativo, pues si ambicionase vuestros bienes sabria tomarlos sin pedirlos á él ni á nadie; pero Dios me libre de recurrir á la violencia para tomar lo que no me pertenece. Los que han traficado con sus bienes, guarden para sí el provecho, si Dios lo permite; y que aquellos á quienes Ibn-Djahnáf ha quitado algo, que se lo demanden y yo le obligaré á devolvérselo.» Enseguida les dijo: «Habeis visto lo que he tomado á los mensageros que iban á Murcia, eso me pertenece de derecho, porque lo he cogido en guerra y porque habian violado los tratados; pero aun así quiero devolverles hasta el último dirhem y nada perderán. Quiero que me jureis cumplir lo que os ordene, sin separaros un punto de mi mandato. Obedecedme y no faltad nunca á los tratos que celebremos, que todo lo que yo mande se observe, porque os amo y quiero haceros-bien; me compadezco de vosotros y siento que hayais tenido que sufrir tan grandes miserias, el

hambre y la mortandad. Si lo que habeis hecho al fin, lo hubiéseis hecho al principio, no hubiéseis llegado á tal extremo, ni hubiéseis pagado el trigo á mil dinares. En fin, permaneced ahora tranquilos y seguros, porque he prohibido á mi gente que entre en la ciudad á traficar. He puesto en al-Cudia su mercado, por consideracion á vosotros. He ordenado que nadie se detenga en la ciudad; si alguno contraviniese á esta orden, matádle y entregádmelo, seguros de que no se os impondrá ningun castigo; además, les dijo, no quiero entrar en vuestra ciudad, ni morar en ella, pero si establecer en el puente de Alcántara una casa de recreo, á donde vendré á descansar y allí estaré dispuesto, si es preciso, para todo lo que haga falta.»

Cuando los moros oyeron este discurso quedaron muy satisfechos, pues creian en las promesas del Cid. Sin embargo, cuando quisieron volver á tomar sus tierras, los cristianos, que estaban en posesion de ellas les respondieron: «¿como las hemos de devolver si el Cid nos las ha dado en pago de nuestra soldada de este año?» Otros dijeron que las habian arrendado y que tenian pagadas las rentas del año. Los moros muy disgustados esperaron hasta el jueves en que el Cid vino

á juzgar el proceso, como les habia anunciado.

Llegado el jueves, todos se presentaron en el jardin; el Cid se presentó y sentándose en su estrado comenzó á decir cosas que en nada se parecian á lo dicho la primera vez. «Si quedo sin mis hombres, les dijo, me quedaré como un hombre que ha perdido el brazo derecho ó como guerrero sin lanza ni espada. La primera cosa que debo advertiros en este debate es que tomeis las medidas convenientes para que yo y mis hombres estemos bien guardados, pues si bien Dios ha querido darme la ciudad de Valencia, claro está que no ha de haber aquí otro amo que yo; pero si quereis sosteneros en mi favor preciso es que me entregneis á Ibn-Djahnáf: de todos vosotros es conocida la traicion que cometió con el rey de Valencia, su señor, y que le ha hecho sufrir grandes miserias, así como á vosotros, mientras que yo os sitiaba.»

Asombrados los moros de que el Cid no se mantuviese en lo que habia dicho el dia anterior, respondieron que consultarian entre si, antes de decidirse. Treinta patricios fueron á hablar con el almojarife Ibn-Abdus: «te pedimos la gracia, le dijeron, que nos des el consejo mas leal y el mejor que conozcas, porque creemos que estás obligado á hacer-

lo, pues eres de nuestra religion. El negocio sobre que queremos consultarte es el siguiente: el Cid nos ha prometido otra vez muchas cosas y ahora no nos habla ya de ellas y antepone otras razones nuevas. Tú que conoces bien su carácter por haberte empleado en hacernos saber su voluntad, dinos si debemos obedecerle; aun cuando no quisiéramos, tampoco estamos en situacion de oponernos á lo que nos pide.—Nobles señores, les respondió Ibn-Abdus, el consejo es fácil de dar. Vosotros sabeis bien que Ibn-Djahláf ha cometido gran traicion contra su señor; arreglaos ahora para entregarlo al Cid y nada temais; no penseis en otra cosa, pues sé bien que si lo haceis, nada le pedireis en adelante que no os conceda.»

Los moros volvieron donde estaba Rodrigo, diciéndole que consentian en entregarle á Ibn-Djahláf: en seguida tomaron una numerosa tropa de hombres armados y fueron á casa del cadí, echaron abajo las puertas, se apoderaron de él y de toda su familia y lo llevaron ante el Cid, el cual, lo hizo meter en prision con todos aquellos que tomaron parte en el asesinato de Cadir. En seguida dijo á los notables: «Puesto que habeis cumplido mis mandatos pedid lo que querais y lo ejecutaré al momento; pero con una con-

dicion, que moraré en el castillo de la ciudad y quemis cristianos custodiarán todas las fortalezas.» Esto era una nueva infraccion del tratado: los moros se vieron sin embargo obligados á obedecer (1). El Cid hizo conducir á Ibn-Djahláf á Cebolla y darle tortura hasta que estuvo á punto de morir; dos dias despues le trajo á Valencia, y ya preso en el jardin, le ordenó que escribiese de su puño y letra la lista de cuanto poseia. Ibn-Djahláf anotó las sortijas, los collares, los muebles preciosos y las deudas que tenia. El Cid entónces, echando los ojos sobre aquella lista, le hizo jurar á presencia de los cristianos y de los moros mas importantes, que no poseia ninguna otra cosa y que reconocia en él el derecho de condenarle á muerte si alguna se encontrase; y aun no contento con este juramento, y sospechoso de que el asesino de Cadir era mucho mas rico de lo que queria confesar, mandó hacer escavaciones en las casas de los amigos del cadí y amenazó con quitar los bienes y la vida á los que procurasen ocultar las riquezas que Ibn-Djahláf les habia confiado. Por temor al

(1) En el relato siguiente, el manuscrito de la *General* de que disponia Florian de Ocampo aparece incompleto; debe compararse con la *Crónica del Cid* (c. 210;) véanse tambien los textos árabes.

Cid y captarse su voluntad todos se apresuraron á entregar los tesoros que el cadí habia confiado á su custodia y que habia prometido partir con ellos, si escapaba vivo. Aquel ordenó tambien hacer escavaciones en la casa de Ibn-Djahláf y por indicacion de un esclavo, encontraron alli grandes riquezas en oro y piedras preciosas.

En el entretanto, el Cid habia reunido á los notables en el castillo y los habia arengado de esta manera: »Prohombres de la *Djamâa* de Valencia, sabeis como he servido y ayudado á vuestro rey; cuanta miseria he sufrido antes de ganar esta ciudad; ahora que Dios seha dignado hacerme dueño de ella, la quiero para mi y para los que me han ayudado á ganarla, salvo la soberanía de mi señor el rey D. Alfonso. Estais todos bajo mi dominio y podria hacer de vosotros cuanto quisiera y me pareciese mejor: podria quitaros todo lo que poseeis en el mundo, vuestras personas, vuestros hijos, vuestras mugeres; pero no lo haré. Es mi voluntad y asi lo ordeno que los hombres mas distinguidos de vosotros, los que siempre sehan mantenido leales, permanezcan en Valencia en sus casas con sus familias; mas no consiento que tenga cada uno mas que un mulo y un servidor, ni que lleveis armas ni las

guardéis en vuestras casas, y esto en caso de necesidad y con autorizacion mia. Todos los demás, quiero que salgan de la ciudad y vivan en al-Cudia, donde yo estaba ántes. Vosotros tendreis vuestras mezquitas en Valencia y fuera en al-Cudia; conservareis vuestros faquíes, vivireis bajo vuestra ley, tendreis vuestro cadí y vuestro visir, que yá he nombrado, poseereis vuestras herencias, y me reconocereis el derecho de señor sobre todas las rentas y el de administrar la justicia y el de batir mi moneda. Los que quieran permanecer bajo mi gobierno, que permanezcan; los que nó, que se vayan á la buena ventura sin llevarse nada, con sus personas solas, que yo haré poner en seguridad.»

Cuando los notables oyeron este discurso, se entristecieron mucho; mas ya no era tiempo de otra cosa que de obedecer en el mismo instante: los musulmanes empezaron á abandonar la ciudad con sus mugeres y sus hijos, escépto aquellos que el Cid guardaba, y mientras los moros salian, los cristianos de al-Cudia entraban para reemplazarles; el número de los que salieron fué tan considerable que estuvieron dos dias desfilando.

El Cid, dueño ya absoluto de Valencia, no

pensó mas que en castigar cruelmente á quien le habia disputado tan largo tiempo la posesion de la ciudad: resolvió quemarle vivo y mandó abrir una fosa á cuyo alrededor hizo amontonar muchos troncos de leña. Ibn-Djahlháf fué arrojado á esta fosa; encendida la pira, pronunció las palabras «*en nombre de Dios clemente y misericordioso*» y arrimando á su cuerpo los tizones ardiendo, á fin de abreviar su suplicio, exhaló su último suspiro en medio de sufrimientos horribles. Con la sangre aún irritada, el Cid quiso quemar tambien á la muger, á los hijos, á los parientes y á los esclavos de Ibn-Djahlháf; pero los musulmanes y aún sus propios soldados cristianos, prorrumpiendo en gritos de indignacion, le suplicaron perdonase á lo menos á las mugeres, los hijos y los esclavos. Al principio rehusó obstinadamente esta pretension, mas al fin se vió obligado á acceder á ella; los otros fueron quemados sin embargo. Abu-Jafar Battí, literato distinguido, á quien debemos quizás el relato árabe traducido en la *Crónica General*, sufrió la misma suerte, aunque ignoramos por qué motivo.

Ibn-Djahlháf, que durante su vida no habia gozado de gran consideracion, fué elevado, por su atroz suplicio, á la categoría de mártir; aún sus más encarnizados enemigos,

tales como Ibn-Tahir, olvidaron sus antiguos agravios y solo se acordaron de él para colmarle de elogios. (1)

El suplicio de Ibn-Djahlháf ocurrió en Mayo ó á principios de Junio de 1095.

(1) Véase la carta de Ibn-Tahir mas arriba p. 31 y 33.

IX.

Yusuf el Almoravid, queriendo reconquistar á Valencia, hizo sitiar esta ciudad por Mohammed Ibn-Ayícha: el sitio duró solo diez días, al cabo de los cuales el Cid hizo una salida, derrotó á sus enemigos y se apoderó de su campamento.

Rodrigo, viéndose ya con las manos libres, pensó en extender sus dominios: sitió y tomó á Olocau y Serra, dos plazas importantes por su posición, pues situadas en el riñón de las ásperas montañas de Náquera, entre Liria y Murviedro, eran las llaves de esta última ciudad, cuya conquista ambicionaba: también encontró en Olocau las grandes riquezas que Cadir había enviado allí poco antes de su muerte. Hallábase el Cid en aquella época en el apogeo de su gloria y de su poder, y en sus momentos de orgullo los más vastos proyectos cruzaban por su men-

te. Su pensamiento dominante entonces era la conquista de toda esta parte de España, poseída aún por los moros. Un árabe le oyó decir: «*Un Rodrigo ha perdido esta península, otro Rodrigo la recobrará.*» (1) Por lo demás la confianza que tenía en sus fuerzas no era exagerada: todo el mundo le temía y aún los mismos reyes solicitaban su amistad. Pedro de Aragon, que había sucedido á su padre Sancho, en 1094, le propuso una alianza ofensiva y defensiva; oferta que aceptó con tanto más gusto cuanto que los almoravides amenazaban de nuevo las fronteras meridionales de sus estados. Habiendo ido Pedro á Valencia con su ejército, salió de esta ciudad en unión del Cid para ir á establecer su cuartel general en Peñacatel, (entre Játiva y Cullera) que deseaban hacer centro de sus operaciones y donde tenían intención de establecer un gran depósito de víveres. Cerca de Játiva encontraron al ejército almoravid, compuesto de treinta mil hombres, cuyo general Mohammed Ibn-Ayícha creyó oportuno, apesar de sus fuerzas, evitar una batalla: los cristianos pudieron, por tanto, continuar su marcha, y cuando abastecieron á Peñacatel de provisiones, se dirigie-

(1) Ibn-Bassâm, más arriba, p. 27.

ron hácia el S., siguiendo la costa. En Beiren, cerca de Gandia, encontraron á los almoravides acampados en la cima de una montaña, de más de una légua de extension y que dominaba el mar. Los cristianos se vieron atacados por ambos lados, pues una escuadra musulmana secundaba á el ejército de tierra. El peligro era grande, así que vacilaron un momento; pero entónces el Cid recorrió á caballo las filas de sus soldados y aliados «Valor, amados míos, les dijo, batíos bien; que vean que clase de hombres sois; no os intimide el número de vuestros enemigos porque os predigo que Nuestro Señor Jesucristo los hará caer en vuestras manos.» La voz del gefe reanimó el espíritu vacilante de los soldados, quienes, cayendo sobre los enemigos, los desalojaron de sus posiciones con impetuosidad tanta que los pusieron en completa derrota. Cargados de un inmenso botín y orgullosos con su victoria, volvieron entónces á Valencia; mas el Cid les dejó reposar por poco tiempo, porque deseoso de prestar un servicio al rey de Aragon, marchó con él contra la fortaleza de Montornes (1), que se habia rebelado, y lo ayudó á someterla.

(1) En la provincia de Lérida y en el distrito de Cervera. Aun subsisten las ruinas del antiguo castillo.

Vuelto el Cid á Valencia, sus habitantes comprendieron que pronto les llegaría su turno, y, como su señor Ibn-Razin era demasiado débil para prestarles eficaz auxilio, compraron el apoyo de los almoravides, los cuales enviaron al general Abu-l'-Fath (1), que partió de Játiva con algunas tropas, mas apenas entrado en Murviedro, apercibió á lo léjos al Cid y á su ejército, y ora creyese que podría apaciguarle, yéndose á otro lugar, ora que aquella ciudad no era sostenible, la abandonó y se fué á Almenára; Rodrigo entónces marchó contra esta plaza, la tomó despues de un sitio de tres meses y mandó á todos los que encontró allí que fueran á establecerse á otra parte, y despues de echar los cimientos de una iglesia, que pensaba consagrar á la Virgen, fingió volver á Valencia, aunque su plan era otro. «Dios mio, gritó delante de sus capitanes, tú que nada ignoras, tú para quien no hay pensamiento oculto, tú sabes que no quiero entrar en Valencia sin tomar á Murviedro con tu socorro y celebrar allí una misa en honor tuyo!» Y en vez de continuar su marcha hácia aquella ciudad fué inmediatamente á poner

(1) En vez de Abulfatal, como dice el texto de los *Gestas*, debe leerse Abulfatáh.

sitio á Murviedro. Los habitantes de esta poblacion estaban verdaderamente desesperados. «¿Qué haremos?» se preguntaban; si nos rendimos, ese Rodrigo, ese tirano, nos arrojará de nuestras moradas, como á nuestros hermanos de Valencia y Almenára, y, si nos defendemos, moriremos de hambre con nuestras mugeres y nuestros hijos.» Entónces suplicaron al Cid que les concediese una tregua por algunos dias, prometiéndolo rendirse, si no eran socorridos en este intérvalo y amenazando con dejarse matar hasta el último si rechazaba su demanda. Sabiendo Rodrigo que una tregua no les serviría de nada, les concedió una de treinta dias. Los sitiados pidieron entónces auxilio á Ibn-Razin, á Alfonso, á Mostain, á los almoravides y al conde de Barcelona. Ibn-Razin les contestó que debian defenderse cuanto pudieran; que él nada podia hacer por ellos. Alfonso declaró que preferia ver á Murviedro en poder de Rodrigo á que fuese propiedad de un príncipe sarraceno. En cuanto á Mostain, hubiera querido ir á socorrer á sus correligionarios; pero, intimidado por las amenazas del Cid, al par que comprometia á los sitiados á extremar la resistencia, confesaba candorosamente que no se atrevía á pelear contra un héroe invencible, como era Rodrigo. Los almoravides contestaron

que todos ellos querian ponerse en camino y marchar al socorro de Murviedro, á condicion de llevar á su frente al general Yusuf, pues habian tenido ocasion de observar que sus otros generales nada valian; mas como aquél, temeroso de perder los laureles conquistados en Zalláca, no quiso aceptar el mando de un ejército (1), los almoravides no vinieron. El conde de Barcelona, á quien los sitiados habian ofrecido una gruesa suma, declaró á su vez que no se atrevía á atacar á Rodrigo, pero al ménos hizo algo, procurando una tregua á los habitantes de Murviedro, atacando al castillo de Oropesa, que pertenecia al Cid, el cual se mofó de él y lo dejó hacer, y á fé que con razon, pues no bien oyó decir el conde á uno de sus caballeros que Rodrigo se habia puesto en camino para ir á atacarle, levantó el sitio sin querer cerciorarse siquiera de si era verdadera ó falsa la noticia.

Al cabo de treinta dias, el Cid intimó á los sitiados que se rindiesen: éstos se excusaron bajo el pretexto de que aún no habian vuelto sus mensajeros. El Cid estaba seguro que faltaban á la verdad, pero confiado en que Murviedro no se le escaparia, mandó decir á los sitiados: «Pues bien, os concedo

(1) *Kitab-al-ictifa*, f6i. 162, v.-163, r.

un término de doce días más, y esto lo hago para que el mundo sepa que no tengo miedo á ninguno de vuestros reyes; tiempo tienen para venir; que vengan, si se atreven. Mas juro, que si despues de estos doce días no os rendís, os mandaré dar tortura á todos, os decapitaré ú os quemaré a fuego lento.» Transcurridos los doce días, los sitiados pidieron á Rodrigo que aguardase á Pentecostés para hacer su entrada en la ciudad. «Consiento, les dijo, y más os prometo, no haré mi entrada hasta San Juan, aprovechaos de este intérvalo para abandonar la ciudad con vuestras mugeres, vuestros hijos y todo cuanto poseais é iros á establecer donde mejor os plazca.»

Los moros quedaron muy contentos de este mensage, encontrando al Cid mucho más humano, mucho más afable y generoso de lo que se lo habian pintado: Rodrigo mismo se encargó de desengañarlos.

El 24 de Junio de 1098 tomó posesion de Murviedro; su primer cuidado fué hacer cantar un Te-Deum en accion de gracias por su nueva conquista; luego mandó construir una iglesia, consagrada á San Juan. Cumplidos estos piadosos deberes, convocó tres días más tarde á los moros, aún bastante numerosos, que no habian abandonado la

ciudad, y cuando estuvieron reunidos, les dijo: «Quiero que me deis todo lo que habeis hecho trasladar fuera por vuestros conciudadanos, y tanto dinero como habeis mandado á los almoravides para obligarles á combatirme: si no me obedecéis, os juro meteros en la cárcel y cargaros de cadenas.»

Hé aquí de qué manera entendia el Cid la generosidad! Temeroso de que los habitantes de Murviedro se defendiesen como desesperados, si los obligaba á rendirse incondicionalmente, los autorizó á abandonar la ciudad y á llevarse sus bienes; mas, ahora que era dueño, ahora que nada tenia que temer, quiso obligar á los que no pudieron separarse de los lugares en que habian nacido á pagarles una enorme suma! Estas desdichadas gentes no tuvieron con qué satisfacer la codicia del castellano, y entónces éste, despues de despojarles de cuanto poseian, les hizo cargar de cadenas y conducir como esclavos á Valencia. (1)

El Cid volvió tambien á esta ciudad; pero su carrera tocaba á su fin: acaso él mismo lo conocia; así al menos nos inclinamos á creerlo, cuando lo vemos ocupado en edificar

(1) *Gesta* Páginas 52 y 59. Este relato es muy notable porque es de un admirador del Cid.

iglesias, él, que habia quemado tantas cuando vivia de augurios y servia bajo la bandera de un príncipe musulman. En Valencia dió una nueva prueba de su ardiente deseo de reconciliarse con el cielo. Convertida en iglesia la gran mezquita de esta ciudad, le regaló un soberbio caliz de oro y dos tapices de brocado, los mas magníficos que jamás se han visto (1). Aunque enfermo, pensaba todavía en nuevas conquistas, y envió un cuerpo de ejército contra Játiva que queria quitar á los almoravides; estas tropas chocaron contra el ejército de Ibn-Ayicha, que acababa de conseguir cerca de Cuenca una brillante victoria sobre Alvar Fañez, general de Alfonso. Trabado el combate, las tropas del Cid fueron tan desdichadas como los soldados de emperador, y su derrota fué tan completa que pocos soldados consiguieron volver á Valencia.

Así fué vencido este ejército que pasaba por invencible! El Cid recibió con esto un golpe mortal y en el mes de Julio de 1099 murió de cólera y dolor (2).

Su viuda Jimena procuró aún defender á Valencia contra los ataques incesantes de

(1) *Gesta*.

(2) *Kitab-al-ictifa*. El *chron. S. Maxentii vulgo dictum Malleacense* (apud Labbe, *Nova Bibl. M. S. S.* t. II p. 246). La *Chron. Burgense* y los *Anales Compost.* fijan todos la muerte de Rodrigo en el año 1099. Los *Gesta* traen el mes.

los almoravides, y durante dos años lo consiguió; pero hacia el mes de Octubre de 1101, el general Mazdali puso cerco á la ciudad con un gran ejército, y Jimena, despues de sostener el sitio durante siete meses, envió al obispo Gerónimo, nacido en Francia, á la corte del emperador para suplicarle que viniese en su auxilio. Alfonso, conmovido por la suerte de Jimena, se apresuró á socorrerla, y á su aproximacion los sitiadores se batieron en retirada; mas considerándola muy distante para disputarla por largo tiempo á los sarracenos, Alfonso invitó á Jimena y á los compañeros del Cid á abandonar la ciudad. Todos los cristianos salieron entonces de la hermosa poblacion conquistada por Rodrigo Diaz, y no queriendo dejar á los sarracenos mas que escombros, la quemaron en el momento de su partida. Mazdali y sus almoravides tomaron posesion de estas ruinas el 5 de Mayo de 1102.

Jimena hizo enterrar el cuerpo de su esposo, que habia llevado consigo, en el claustro de San Pedro de Cardaña, no lejos de Burgos y mandó decir muchas misas por el reposo de su alma (1), sobreviviendo solo cinco años, pues murió en 1104 (2).

(1) *Gesta*.

(2) Véase Berganza t. I p. 553, 554.

TERCERA PARTE.

EL CID DE LA POESÍA.

I.

Poco despues de la muerte del Cid, la poesía castellana tomó vuelo, y decimos la castellana y no la española porque los poemas populares de que vamos á ocuparnos han sido compuestos casi todos en Castilla. Las otras provincias tenian dialectos diferentes.

En esta poesía la influencia árabe no se deja sentir. Los castellanos, como otros pueblos europeos, han tomado de los árabes un no escaso número de cuentos, novelas y apólogos, pero no los han imitado en la poesía; y, así como no hay nada mas opuesto que

el carácter de estas dos naciones, tampoco hay nada mas desemejante que sus versos. En la poesía de los moros se reconoce el espíritu de una raza viva, ingeniosa impresionable y culta, aunque debilitada por un clima apacible y por las sensualidades de la civilización: íntima y soñadora, gusta perderse en la contemplación de la naturaleza; los bosques, los lagos, las flores, las estrellas, las puestas de sol todo tiene voces para el moro que se complace en esa dulce melancolía que profundiza las heridas del corazón ó las crea, cuando no existen: hija de los palacios y calcada en los antiguos modelos, esa poesía era ininteligible para los extranjeros, aunque hubiesen permanecido mucho tiempo entre los árabes (1), y aún hasta cierto punto para el comun de las gentes. Para comprenderla bien, y apreciarla en todos sus matices y delicadezas es necesario haber estudiado mucho tiempo y seriamente los grandes maestros de la antigüedad y sus doctos comentaristas. Ella es casi exclusivamente lírica, pues los árabes cuando quieren referir, se valen de la prosa; creerian envilecer la poesía si la empleasen en la narración. Aun la llamada popular, cuando no trata de asuntos bur-

(1) Compárese Maccari t. II p. 752, l. 1 y 2.

lescos, como de ordinario acontece, presenta en el fondo el mismo carácter, y si se distingue de la clásica, es más bien por el pensamiento que por la forma.

Una poesía tan erudita y convencional no podia halagar al castellano, aun cuando la hubiese comprendido. Hombre de acción, acostumbrado á las rudas pruebas de la vida campestre, y viviendo en medio de una naturaleza triste y austera, creó una poesía narrativa en armonía con sus propensiones naturales. Los romances cuentan un solo hecho de una manera sencilla, breve y vigorosa: el hecho mismo ha impresionado al poeta y por eso lo cuenta; no describe estela impresión que le ha producido, ni añade sus propias observaciones al relato; léjos de buscar una dición exornada y poética, ni aun parece sospechar que es poeta: el arte de las transiciones le es desconocida, por eso los romances presentan á menudo algo enigmático, porque, dotado el poeta de una imaginación viva, pasa en silencio las circunstancias accesorias, y cuando dá mas de lo que estrictamente hay derecho á pedirle, entonces pinta con un solo rasgo, que habla directamente al corazón y á la fantasía.

En el fondo de estos romances habia casi siempre una idea política: el castellano tam-

bien tenia sus sueños, sueños de grandeza nacional, y ¡cuán audaces eran esos sueños! ¡Cuán arrogantemente creia en ellos el castellano! Lo que habia soñado llegó á ser para él la realidad misma. Fernando I hizo grandes cosas: arrebató á los moros una gran parte de Portugal y estuvo á punto de apoderarse de Valencia ¿pero qué era todo esto en comparación de los altos hechos, que los poetas, que los cantores, le atribuyeron, como le atribuyó á su ejemplo la Crónica Alfonsina? El emperador de Alemania, cuentan, habia exigido que Fernando le reconociese por su soberano y le pagase un tributo anual: el Papa y el rey de Francia habian apoyado esta pretensión: ¿qué hizo Fernando entonces? El antiguo canto de guerra, que se encuentra en la *Crónica Rimada* nos lo dice en pocas palabras:

«A pesar de Francesés, los puertos de Aspa
(passó;
á pesar de reys é de emperadores, á pesar de
Romanos dentro en Paris entró,
con gentes honrradas, que de España sacó»
Fernando consiguió la victoria sobre los Franceses, los Italianos, los Alemanes, los Flamencos, los Armenios, los Persas y los de Ultramar reunidos!

La poesía castellana, estaba, pues, unida á la realidad en cuanto no aspiraba á lo ideal ni á lo infinito; pero no por eso dejaba de imprimir á la realidad misma un carácter poético y realzaba sus colores de modo de que desapareciesen los primitivos: el prisma que se servía, hacía los objetos incognocibles y donde decía, por ejemplo, Fernando, hubiera podido decir con igual razon, Rolando ú Olivero: estos dos nombres pertenecian á una época lejana y casi mítica, Fernando pertenecia á la historia del siglo XI, y el canto guerrero que celebra á sus expediciones es del siglo siguiente; así un tiempo muy corto, relativamente hablando, bastó para transformar á un rey histórico en un rey fabuloso: he aquí un fenómeno muy digno de atraer la atención y particularmente la de España. En ninguna otra parte ha sido metamorfoseado un rey del siglo XVI, como lo fué Fernando, y sin embargo no era este para el pueblo el gran héroe de este siglo; ese gran héroe era el Cid.

Este lo fué ya cincuenta años despues de su muerte. Sobre esta materia poseemos un testimonio irrecusable, el de un biógrafo de Alfonso VII, que escribió poco despues de la muerte de este monarca, es decir, poco despues del año 1157. En el catálogo

que trae este autor de los caballeros que asistieron al sitio de Almería, habla de Alvar-Rodríguez, nieto de Alvar-Fañez y de este último, á quien coloca en la misma línea que á Rolando y Olivero, y por último, queriendo ensalzarlo aún más, añade estas palabras: «el mismo Rodrigo, llamado siempre *Mio Cid*, de quien se dice que jamás fué vencido y que dominó á los moros así como nuestros condes;—este Rodrigo alababa á Alvar y se consideraba inferior á él. Sin embargo, debo confesar y (nunca se juzgará de otro modo) que entre los héroes, *Mio Cid* fué el primero y Alvar el segundo» (1).

Mas por qué el Cid há llegado á ser el héroe de las poesías populares? Diríase que él era poco á propósito para serlo; él, el desterrado que pasó los años mas hermosos de su vida al servicio de los reyes árabes de Zaragoza; él, que asoló de la manera más cruel una provincia de su patria; él, el aventurero cuyos soldados pertenecian en gran par-

(1) Ipse Rodericus, Mio Cid semper vocatus,
De quo cantatur, quod ab hostibus haud superatur,
Qui domuit Mauros, Comites domuit quoque nostros,
Nunc extollebat, se laude minore ferebat;
Sed fateor virum, quod tollet nulla dierum,
Meo Cidi primus fait, Alvarus atque secundus.
Morte Roderici Valentia plangit amici,
Nec valuit Christi famulus ea (eam?) plus retinere.

te á la hez de la sociedad musulmana, y que combatía como soldado de oficio, ora por Cristo, ora por Mahoma, preocupado solo del sueldo que habia de ganar y del botin que tenia que recoger; él, ese Raul de Cambray que robó y destruyó tantas iglesias; él, ese hombre sin fé ni ley, que procuró á Sancho de Castilla la posesion del reino de Leon por una traicion infame; él, que engañaba á Alfonso, á los reyes árabes, á todo el mundo, que faltaba á las capitulaciones y á los juramentos mas solemnes; él, que quemaba sus prisioneros á fuego lento y los hacia despedazar por sus dogos ¿tendrán razon los que piensan que el pueblo, en la eleccion de sus héroes cuida poco de la realidad y que las grandes reputaciones encubren casi siempre un contrasentido ó un capricho?

Lo cierto es que, lo que la moralidad moderna condenaria en la conducta del Cid, ha sido juzgado de otro modo por sus contemporáneos. El sacrilegio en tiempo de guerra era entónces muy comun, y los que incurrian en él, tales como Raul de Cambray y Alfonso el Batallador (1), no perdian por eso su fama. La humanidad con los enemigos de

(1) Véase «Historia Compostelana,» (*Esp. Sagr.*, t. XX, p. 117).

otra religion era, por el contrario, cualidad rara: para los cristianos, los musulmanes apenas eran hombres. «Si alguno, dice Sancho de Aragon en los fueros de Jaca, dados en 1090 (1), si alguno ha recibido en prenda de su vecino (un esclavo) sarraceno, envíelo á mi palacio, y déle su dueño pan y agua, *porque es un hombre y no debe ayunar*, (es decir, morir de hambre y de sed) *como una bestia.*» Esta es sin duda una ordenanza muy humana; pero, cuál sería la idea que se formaban de un musulman, allí donde tales leyes, tales admoniciones eran necesarias? El patriotismo era una virtud completamente desconocida; la lengua no tenia una palabra para expresar esta idea. Un caballero de la Edad Media no combatia por su pátria, ni por su religion; combatia, como el Cid, *para tener de que comer*, fuera á las órdenes de un príncipe castellano, fuera á las de un musulman, y lo que hizo el Cid los más ilustres guerreros, sin esceptuar los príncipes de la sangre, lo ejecutaron ántes y despues que él. Su contemporáneo y enemigo García Ordoñez, segundo personaje del Estado, pasó al servicio de los almoravides despues de la batalla de Salatrices,

(1) *Apud Llorente*, Prov. vascong. t III, p. 436.

en 1106 (1), y dos siglos y medio más tarde otro príncipe de la sangre, D. Juan Manuel, célebre autor del *Conde Lucanor*, combatió al rey con tropas musulmanas. El engaño y la perfidia estaban á la órden del día y bajo esta relacion, los españoles habian aprovechado bien su comercio con los árabes. *Al-harbo jodaton, hacer la guerra es engañar*, habia dicho el profeta de la Meca, y los héroes árabes no se preciaban en modo alguno de veraces; así, el célebre Mohallab, cuyos hechos y proezas tanto admiraban á Rodrigo cuando los oíaleer (2) era apellidado *el mentiroso* y los autores árabes léjos de censurar su mala fé, se expresan en estos términos: «Mohallab, como teólogo distinguido, conocia las palabras del profeta que dicen: Toda mentira será reputada como tal á escepcion de tres, la que se dice para reconciliar á dos personas que están reñidas, la del esposo para con la esposa cuando le promete algo, y la del capitán en tiempo de guerra.» (3) En la España cristiana se pensaba lo mismo y hasta el Cid idealizado, el de la Cancion, es un hombre que recurre á menudo al engaño. Engaña en la

(1) Pedro de Leon, *según Sandoval*, f. 69, col. 1.

(2) Véase más arriba, p. 27.

(3) Ibn-Palikán, Fasc 9, p. 47 y 48.

córte á los infantes de Carrion, cuando les vuelve á pedir sus dos espadas, engaña á dos judíos en Búrgos, Raquel y Vidas, pues habiéndole tomado prestados seiscientos marcos, les dió en cambio dos cofres llenos de arena, haciéndoles creer que en ellos habia dejado sus tesoros y recomendándoles que no los abriesen en un año. Un poeta moderno hace decir á la hija del Cid con esta ocasion:

«El oro de vuestra palabra estaba dentro,»

pero esta no era la idea del viejo juglar, que refiere solamente la aventura para mostrar que el Cid era un hombre sagaz y astuto, pues en ninguna parte dice que su héroe devolviera nunca á los judíos el dinero que les habia cogido.

No debe pedirse al Cid de la realidad esos sentimientos de humanidad, de desinterés, de lealtad y patriotismo que nacieron despues de él. El Cid tenia las ideas y las virtudes de su tiempo: una mezcla de astucia y de audacia, de prudencia y de intrepidez, cualidades que Ibn-Bassám ha dibujado perfectamente y por las cuales llama á Rodrigo, *uno de los milagros del Señor*. Era además el gefe más poderoso del siglo XI y el único que conquistó por sí solo un principado, in-

llamando por esto la fantasía popular; pero lo que más contribuyó á hacerle el ídolo de los castellanos, rebelados casi siempre contra sus señores (1), los reyes de Leon, extranjeros para ellos, fué que combatió contra su soberano, así como Bernardo del Carpio y Fernan Gonzalez, otros dos héroes de sus poesías. Lo demás nada importaba.

Eran aún muy rudas las costumbres para que pudiesen apreciarse las cualidades morales de un orden más elevado. El Cid que vamos á estudiar ahora, el de la *Crónica rimada, Cancionero y Romancero del siglo IX*, tiene para nosotros tan poco atractivo, como el de la realidad. Considerando como una virtud lo que nosotros consideramos como un defecto, los más antiguos poetas castellanos se han complacido en exagerar la fiereza de Rodrigo, haciendo de él un gefe altanero y violento que trata á su rey con abrumador desprecio, y en su ódio hácia la magestad real, han presentado ese rey, á quien daban el nombre de Fernando, como un personaje ridículo que palidecía ante una

(1) *Castella vires (i. e. viri) per sæcula fuere rebelles;*

Inclita Castella, ciens sævissima bella,

Vix cuiquam Regum voluit submittere collum;

Indomite vixit, cæli lux quandiu luxit;

Crónica de Alfonso VIII.

espada y cuya incapacidad era completa. Hé aqui, por ejemplo, lo que se lee en la *Crónica rimada*:

«Quando llegó á Bivar, don Diego estaba folgando,
Dixo: «Omíllome a vos, señor, ca vos trayo buen man-
[dado.

Eabia por vos e por vuestro fijo el buen rey don Fer-
[nando.

Vedes aquí sns cartas firmadas que vos trayo:
que, sy Dios quisiere, será ayna Rodrigo encimado. «
Don Diego cató las cartas é ovo la (*sic*) color mudado.
Sospechó que por la muerte del conde queria el rey
[matarlo.

«Oytme, «dixo,» mi fijo, mientes catedes aca.
Temome de aquestas cartas, que anden con falsedad;
é desto los rreys (*sic*) muy malas costumbres han.
Al rey que vos servides, servillo muy sin arte.
Assý vos aguardat dél como de enemigo mortal.
Fijjo, passatvos para Faro do vuestro tyo Ruy Laines
[está;

e yo iré a la córte do el buen rey está.
E sy a (*sic*) por aventura el rey me matare,
vos e vuestros tios poderme hedes vengar. «
Ally dixo Rodrigo: »E esso non sería la verdat.
Por lo que vos passaredes, por esso quiero yo passar.
Magüer sodes mi padre, quierovos yo aconsejar.
Trecientos cavalleros todos convusco los levat;
á la entrada de Çamora, señor, a mi los dat. «
Essa ora dixo don Diego: »Pues pensemos de andar. «
Metense a los caminos; para Çamora van.
A la entrada de Çamora, al lado duero cay,
armanse los tresientos, e Rodrigo otro tale.
Desque los vió Rodrigo armados, començo de fablar:

»Oytme, «dixo,» amigos, parientes e vasallos de mi pa-
[dre;
aguardat vuestro señor sin engaño e sin arte.
Si vieredes que el alguasil lo quisiere prender, mucho
[apriessa lo matat.
Tan negro dia aya el rey commo los otros que ay es-
[tan.
Non vos pueden desir traydores por vos al rey matar;
que non somos sus vasallos, nin Dios non lo mande;
que mas traydor serya el rey, si a mi padre matasse.
Todos disen a el que el que (*sic*) mató al conde lo-
[sano.
Quando Rodrigo bolvió los ojos, todos yvan derra-
[mando.
Avient muy grant pavor dél e muy grande espanto. (1)

Todos se apearon juntos
Para al Rey besar la mano
Rodrigo solo quedó
Encima de su caballo.
Entónçes habló su padre,
Bien oiréis lo que ha hablado.
—Apeaos, hijo mio,
Besaréis al rey la mano,
Porqu'el es vuestro señor,
Vos, hijo, sois su vasallo. —
Desque Rodrigo esto oyó
Sintióse muy agraviado:
Las palabras que respode
Son de hombre muy enojado.

(1) *Crónica rimada*. Verso 365 al 398 inclusives, y 400 al 403, también inclusives. Apéndice IV al *Romancero general* de D. Agustín Durán. Tomo II, p. 665. Edición del año 1851.—N. del T.

—Si otro me lo dijera
Ya me lo hubiera pagado;
Mos por mandarlo vos, padre,
Yo lo haré de buen grado.—(1)

Rodrigo fincó los ynojos por le bessa la mano.
El espada traya luenga; el roy fué mal espantado.
A graudes voses dixo: «Tiratme alla esse pecado.»
Dixo estonce don Rodrigo: «Querria mas un clavo,
que vos seades mi señor, nin yo vuestro vassallo.
Porque vos la bessó mi padre, soy yo mal amansella-
[do.» (2)

Más tarde, cuando Rodrigo consiguió una victoria y Fernando le pidió la quinta parte del botín: en qué pensais? le respondió: «Se la daré á mis soldados que la han merecido bien.» Entónçes Fernando le suplicó que á lo ménos le cediese al rey moro, que habia hecho prisionero. «De ningun modo, replicó el castellano, cuando un caballero ha hecho cautivo á otro no debe deshonorarlo;» y el rey moro llega á ser su vasallo, y se bate valientemente bajo su bandera, y le paga tributo, como Cadir lo hacía con el Cid de la realidad.

En la continuacion de la *Crónica*, Rodri-

(1) Obra del Sr. D. Agustín Durán, antes citada, t. I, p. 482. Romance 731.—N. del T.

(2) Obra citada del Sr. Durán, loco cit. versos 405 al 410, ambos inclusives.—N. del T.

go es quien lo hace todo: Fernando que le dice: «governad mis estados á vuestro albedrío; no es más que un miserable Juan de las viñas, á quien él tira del hilo.» Obligado por el emperador de Alemania á reconocer su soberanía, Fernando no sabe qué hacer. «Ven que soy jóven y sin conocimientos, esclama, y por eso me tratan con tanta arrogancia. Enviaré á buscar mis vasallos y les preguntaré si debo pagar tributo.» Luego, cuando la batalla vá á empeñarse contra las fuerzas reunidas de Europa, se lamenta como un niño, sin que nadie preste atención á sus quejas y Rodrigo es el que gana la batalla. Más tarde los aliados toman á éste por señor y el papa le ofrece la corona de España; sin embargo, el Cid trata á este último del mismo modo que á su rey, como lo atestigua esté romance: (1).

•A concilio dentro en Roma
El Padre Santo ha llamado.
Por obedecer al Papa,
Este noble rey Fernando
Para Roma fué derecho,
Con el Cid acompañado.
Por sus jornadas contadas
En Roma se han apeado:
El Rey con gran cortesía

(1) A concilio dentro en Roma.

Al Papa besó la mano,
Y el Cid y sus caballeros
Cada cual de grado en grado.
En la iglesia de San Pedro
Don Rodrigo había entrado,
Do vido las siete sillas
De siete reyes cristianos,
Y vió la del rey de Francia
Junto á la del Padre Santo,
Y la del Rey su señor
Un estado mas abajo.
Fuése á la del rey de Francia,
Con el pié la ha derribado;
La silla era de marfil
Hecho la ha cuatro pedazos,
Y tomó la de su Rey
Y subióla en lo más alto.
Habló allí un honrado duque
Que dicen el Saboyano:
—Maldito seas, Rodrigo,
Del Papa descomulgado,
Porque deshonraste un Rey
El mejor y máspreciado. —
Oyendo el Cid sus razones
D'esta manera ha hablado:
—Dejemos los reyes, Duque,
Y si os sentís agraviado
Hayámoslo entre los dos;
De mi á vos sea demandado. —
Allegóse cabe el Duque,
Un gran rempujon le ha dado:
El Duque sin responder
Se quedó muy mesurado.
El Papa cuando lo supo

Al Cid ha descomulgado;
Sabiéndolo el de Vivar
Ante el Papa se ha postrado.
—Absolvedme, dijo, Papa,
Si no, seráos mal contado.

Este romance no es el solo en que el Cid muestra ese carácter altanero é indisciplinado que ostenta en la *Crónica rimada*. Otro que, á juzgar por su forma actual y por las descripciones de las costumbres, no es de los más antiguos, aunque su inspiracion me parece ser de una antigüedad muy remota, está concebido en estos términos:

En Santa Agueda de Búrgos
Do juran los hijosdalgo,
Le tomaban jura á Alfonso
Por la muerte de su hermano.
Tomábasela el buen Cid,
Ese buen Cid castellano,
Sobre un cerrojo de fierro,
Y una ballesta de palo,
Y con unos Evangelios
Y un Crucifijo en la mano.
Las palabras son tan fuertes,
Que al buen Rey ponen espanto:
—Villanos mátente, Alfonso,
Villanos, que no fidalgos,
De las Astúrias de Oviedo,
Que no sean castellanos;
Mátente con aguijadas
No con lanzas ni con dardos,

Con cuchillos cachicuernos,
No con puñales dorados;
Abarcas traigan calzadas,
Que no zapatos con lazo;
Capas traigan aguaderas,
No de contray ni frisado;
Con camiones de estopa,
No de holanda, ni labrados;
Cabalguen en sendas burras,
Que no en mulas ni en caballos;
Frenos traigan de cordel,
Que no cueros fogueados;
Mátente por las aradas,
Que no en villas ni en poblados;
Sáquente el corazon vivo
Por el siniestro costado,
Si no dices la verdad
De lo que eres preguntado,
Sobre si fuiste ó no
En la muerte de tu hermano. —
Las juras eran tan fuertes
Que el Rey no las ha otorgado.
Allí habló un caballero
Que del Rey es más privado:
—Haced la jura, buen Rey,
No tengais d'eso cuidado,
Que nunca fué rey traidor
Ni papa descomulgado. —
Jurado habia el buen Rey,
Que en tal nunca fué hallado.
Pero tambien dijo presto,
Malamente y enojado:
—¡Muy mal me conjuras, Cid!
¡Cid, muy mal me has conjurado!

Porque hoy le tomas la jura
A quien has de besar mano.
Vete de mis tierras, Cid,
Mal caballero probado.
Y no vengas mas á ellas
Dende este dia en un año.
—Pláceme, dijo el buen Cid,
Pláceme, dijo, de grado,
Por ser la primera cosa,
Que mandas en tu reinado:
Por un año me destierras,
Yo me destierro por cuatro.—
Ya se partía el buen Cid
A su destierro de grado
Con trescientos caballeros,
Todos eran hijosdalgo,
Todos son hombres mancebos,
Ninguno allí no había cano,
Todos llevan lanza en puño,
Con el fierro acicalado,
Y llevan sendas adargas
Con borlas de colorado,
Y no le faltó al buen Cid
Adonde asentar su campo.»

Este Cid que desafia á su rey y se burla del papa, tiene tan poco respeto á los santos lugares como el Cid de la realidad: entra por fuerza en una iglesia donde habia buscado asilo un conde á quien perseguia, y saca á su enemigo de detrás del altar. En vano sería pedirle sentimientos elevados ó tiernos; quizás el Cid de la realidad no amó nunca, al

ménos es cierto que su matrimonio fué dictado por la politica, no por la inclinacion; pero por otro lado nada nos autoriza á suponer que tratase á su esposa de la manera que refieren las antiguas poesías castellanas que vamos á presentar, las cuales cuentan la muerte de D. Gomez de Gormaz, padre de Jimena, y son notables por extremo, no solo bajo la relacion del estudio de las costumbres, sino tambien bajo el aspecto artistico:

Asosegada estava la tierra, que non avie guerra de nin-
[gun cabo.

El conde don Gomes de Gormas a Diego Laynes fiso
[daño

fierióle los pastores, e robóle el ganado.

A Bivar llegó Diego Laynes, al apellido fué llegado.

El enbiólos rrecebir á sus hermanos, e cavalga muy pri-
[vado.

Ffueron correr á Gormas, quando el sol era rayado.

Quemaronle el arraval, e comensaronle el andamio,

e traen los vasallos e quanto tiene en las manos;

e traen los ganados quantos andan por el campo;

e traenle por dessorra las lavanderas que al agua estan
[lavando.

Tras ellos salió el conde con cient cavalleros fijosdalgo,
rebtando a grandes boses a fijo de Layn Calvo;

«Dexat mis lavanderas, fijo del alcalde cibdadano,

ca a mi non me atenderedes a tantos por tantos, por
[quanto él está escalentado.»

Redro Ruy Laynes, señor que era de Faro;

»Ciento por ciento vos seremos de buena mente e al
[pulsar. «
Otorganse los omenajes que fuessen y al día de plaso.
Tornanle de las lavanderas e de los vasallos;
mas non le dieron el ganado, ca selo querían tener por lo
[que el conde avia levado.
E los nueve días contados cavalgan muy privado.
Rodrigo, fijo de don Diego, e nieto de Laya Calvo,
E nieto del conde Nuño Alvares de Amaya, e visnieto del
[rey de Leon,
dose años avia por cuenta, e aun los trese non son,
nunca se viera en lit, ya quebravale el corason.
Cuéntasse en los cien lidiadores, que quiso el padre o
[que non.
En los primeros golpes suyos e del conde Don Gomes son.
Paradas estan las bases, e comiensa a lidiar.
Rodrigo mató al conde, ca non fo pudo tardar,
Venidos son los ciento e pienssan de lidiar.
Enpos ellos salió Rodrigo, que los non da vagar.
Prisso a dos fijos del conde a todo su mal pessar,
a Hernan Gomes, e Alfonso Gomes e trajolos a Bivar.
Tres fijas habia el conde, cada una por cassar;
e la una era Elvira Gomes, e la mediana Aldonsa
Gomes, e la otra Ximena Gomes la menor.
Quando sopieron, que eran pressos los hermanos e que
[era muerto el padre,
paños bisten brunitados e velos a toda parte
(estonce la avian por duelo; agora por goso la traen).
Salen de Gormas, e vanse para Bivar.
Viólas venir Don Diego, e a recibirlas sale
»¿Donde son aquestas freyras que algo me vienen deman-
[dar. «
»Desirvos hemos, señor, que non avemos porque vos lo
[negar.

Fijas somos del conde don Gormas, e vos le mandastes
Prissistesnos los hermanos, e tenedeslos acá. [matar.
E nos mugieres somos, que non ay quién nos anpare. «
Essas oras dixo don Diego: »No devédes a mi culpar.
peditos á Rodrigo, sy vos los quisiere dar.
Prometolo yo a Christus, a mi non me puede pesar. «
Aquesto oyó Rodrigo, comenso de fablar:
»Mal fesistes, señor, de vos negar la verdat;
que yo seré vuestro fijo, e seré de mi madre.
Parat mientes al mundo, señor, por caridat.
No han culpa las fijas por lo que fiso el padre.
Dales a sus hermanos, que muy menester los han.
Contra estas dueñas mesura deveedes catar. «
Allí dixo don Diego: »Fijo, mandatgelos dar. «
Sueltan los hermanos: a las dueñas los dan.
Quando ellos se vieron fuera en salvo, comenzaron de
[fablar:
»Quince días possieron de plaso a Rodrigo e a su padre,
que los vengamos quemar de noche en las cassas de Bi-
[var. «
Ffabló Ximena Gomes la menor: »Mesura, »dixo,» her-
[manos, por amor de caridat.
Yrme he para Camora, al rey don Fernando querellar,
e mas fincaredes en salvo, e el derecho vos dará. «
Allí cavalgó Ximena Gomes, tres doncellas con ella van,
e otros escuderos que la avian de guardar.
Llegaba a Samora, do la córte del rey está,
llorando de los ojos e pediendo piedat.
»Rey, dueño so lasrada, e aveme piedat.
Orphanilla finqué pequeña de la condesa mi madre.
Ffijo de Diego Laynes fissime mucho mal;
prissime mis hermanos, é matóme a mi padre.
A vos que sodes rey vengome a querellar.
Señor, por merced, derecho me mandat dar. «

Mucho pessó al rey, e comensó de fablar:

«En grand coyta son mis reynos; Castilla alçarséme ha;
e si se me alçau Castellanos, fferme han mucho mal.»

Quando lo oyó Ximena Gomes, las manos le fué bessar.

«Merced, «dixo,» señor; non lo tengades a mal.

Mostrasvos he asosegar a Castilla e a los reynos otro

[tal.

Datme a Rodrigo por marido, aquel que mató a mi pa-

[dre.]

No cabe engañarse sobre el móvil de Jimena al solicitar del rey, el favor de tomar á Rodrigo por esposo; lo que la llevó á hacerlo no fué un sentimiento de admiracion romántica, sino el deseo de impedir una guerra civil; no queria á Rodrigo, pero con ese desinterés de que solo la muger sabe dar pruebas, se sacrificó, lisonjeándose de que el indómito lidiador se dulcificaría cuando conociese el motivo de su conducta; pero comprendió estos sentimientos Rodrigo? supo apreciarlos? léjos de eso, despues que Fernando lo casó con Jimena, dice:

*«Señor vos me desposaste más á mi pesar que de
grado.*

*Mas prométolo á Cristus que vos non besse la
mano,*

*nin me vea con eya en yermo ni en poblado
fasta que venza cinco lides en buena lid en cam-
po.»*

y se vá á guerrear, á batallar y á dar tajos y cuchilladas, sin preocuparse para nada de Jimena, de quien no vuelve á hablarse más en el relato.

Hicimos mal en decir que el Cid de la poesía del siglo XII, no era más amable que el Cid de la realidad?

II.

Un caballero que sabe batirse mejor que ninguno, protector y gobernador de su rey cuando no le combate, franco y vigoroso de ánimo hasta la rudeza y la brutalidad, inaccesible á todo sentimiento de ternura y capaz de violar un lugar santo, sin escrúpulos de conciencia, tal habia sido el extraño ideal del feudalismo guerrero del siglo XII. Pero cuando los sentimientos comenzaron á depurarse y ennoblecerse, un héroe cuyas cualidades morales estaban tan poco desenvueltas, debió dejar de gustar, y entónces, por la naturaleza de las cosas un Cid más noble, más digno y más leal reemplazó al antiguo. El autor de la cancion de *Gesta* lo ha creado.

En la época en que se escribió, es decir, en el año 1200, los sentimientos caballerescos despertaban y las costumbres habian ya

ganado mucho en dulzura y nobleza. Sin embargo, las masas no eran aún capaces de concebir un héroe tal como el Cid de la cancion de *Gesta*; era necesario para esto un espíritu superior y el autor rebeló claramente estar muy encima de su tiempo. Su poema es una verdadera obra maestra; si no se encuentra en él esa manera franca y viva que encanta y atrae en los recogidos por el compilador de la *Crónica rimada*, presenta en cambio en su tono general algo grave, algo solemne y homérico. El plan está combinado con arte, y, sin embargo, es tan sencillo, tan natural que dos escritores de renombre han tomado este poema, que es casi enteramente una obra de imaginacion, por un relato histórico, y al poeta por un cronista que refiere los acontecimientos sin alterarlos en nada.

El Cid de la Cancion ha conservado algo «del antiguo Cid; es sagaz y astuto, se bate «por tener de que comer,» vive de augurios, pero por lo demás es otro hombre: es buen cristiano, en todas las coyunturas difíciles dirige ardientes súplicas al Eterno; despues de cada victoria, se deshace en accion de gracias; goza tambien de la proteccion divina; cuando transido de dolor se apresta á abandonar un pátria, el ángel Gabriel se

le aparece en sueños para consolarle y predecirle un porvenir venturoso: sirve á su patria y á un rey con entero desinterés. Alfonso ha hecho mal en desterrarle, tal es al ménos la opinion de los habitantes de Búrgos, que esclaman al verle atravesar la ciudad:

«Dios mio que buen vasallo si oviese buen señor!»

El Cid no acusa á Alfonso: achaca su desgracia á los cortesanos y lejos de insultar á su rey, procura desarmar su cólera con una conducta digna y leal. Cuando sabe que se ha puesto en camino para arrebatarle sus conquistas, se las abandona diciendo que no quiere combatir contra su señor. Mientras el Cid de las poesías del siglo XII no deja de repetir á su rey que no es vasallo suyo, este aprovecha todas las ocasiones para asegurar que lo és. En cuanto consigue una victoria envía á Alfonso un magnífico regalo, y cuando el rey agradecido dá al fin su brazo á torcer y viene á visitarle á Valencia, lo recibe con la mas profunda humildad, se arrodilla ante él, besa el suelo que pisa y derrama lágrimas de alegría. Es un modelo de generosidad y de bondad. lo mismo con sus enemigos que con sus soldados. Cuando abandona una fortaleza conquistada, los moros le

despiden con lágrimas en los ojos, asegurándole que sus ruegos le acompañarán por donde quiera que vaya, se conmueve fácilmente, se enternece, se apiada y no considera indignidad dar á conocer sus pesares. Al verse obligado á abandonar el castillo de sus padres llora y cambia palabras verdaderamente tiernas con Jimena enel momento de partir á el destierro:

Antel Campeador donna Ximena fincó los ynoios amos.
Lorau de los oios, quisol besar las manos.
Merçed Campeador, en ora buena fuestes nado:
Por malos mestureros de tierra sodes echado.
Merçed ya, Cid barba tan complida.
Ffem ante uos yo e uestra fijas: ynfantes son e de

[dias chicas.

Con aquestas mys duennas de quien so yo seruida:
Yo lo veo que estades uos en yda,
E nos de uos partir-nos hemos en vida.
Dand-nos conseio por amor de Sancta Maria.
Enclinó las manos en la su barba velida,
A las sus fijas en braços las prendia:
Legolas al coraçon, ca mucho las queria.
Lora de los oios, tan fuerte-miente sospira:
Ya, donna Ximena, la mi mugier tan complida,
Commo a la mi alma yo tanto uos queria:
Ya lo vedes que partir-nostenemos en vida
Yo yre e uos fincarédes remanida.
Plega á Dios e a Sancta Maria, —que aun con mis manos
[case estas mis fijas.
O quede ventura e algunos dias vida!
E uos mugier ondrada, de mi seades seruida.

El Cid de la Cancion como verdadero padre de familia, se preocupa constantemente del matrimonio de sus hijas Doña Elvira y Doña Sol: este matrimonio es su idea favorita y tambien el asunto principal del poema. Dueño de Valencia tenia ya el proyecto de elegir entre sus vasallos dos esposos dignos de ellas, cuando D. Alfonso le propuso los infantes de Carrion, Fernando y Diego

Esto gradesco a Christus el myo sennor:
Echado fui de tierra e tollida la onor.
Con grand ahan gané lo que he yo:
A Dios lo gradesco que del rey he su gracia:
E pidenme mis fijas para los ynfantes de Carrion.

Aunque los infantes eran de elevada alcurnia y gozaban de mucha influencia en la corte, el Cid rehusó siempre aliarse con ellos por creerlos poco apropiados para labrar la felicidad de sus hijas y si consintió en la proposición del rey, fué únicamente por respeto á su soberano. El doble matrimonio se efectuó; pero los hechos vinieron á probar que la antipatía del Cid no era infundada. Los infantes de Carrion, que solo habian pedido la mano de Doña Elvira y Doña Sol por ser estas damas excelentes partidos, eran vanos, orgullosos, pérfidos y aun cobardes, como lo probaron el dia en que el leon del Cid se salió

de su jaula. He aquí esta escena que el antiguo poeta ha pintado de una manera admirable:

En València seye Mio Cid con todos sus vasallos:
Con el amos sus yernos los ynfantes de Carrion.
Yazies en vn escanno durmie el Campeador.
Mala sobreuienta, sabed, que les cuntió:
Salios de la red, e nesato el leon.
En grant miedo se vieron por medio de la cort,
Enhraçan los mantos los del campeador,
E çercan el escanno e fincan sobre so sennor.
Fernan Gonzalez non vió alli dos açasse nin camara abier-
[ta ni torre.

Metios sol escanno tanto ouo el pauor:
Diego Gonzalez por la puerta salió;
Diziendo de la boca: non veré Carrion.
Tras vna viga lagar metios con grant pauor:
El manto e el brial todo suzio lo sacó.
En esto despertó el que en buen ora nació:
Vió cerçado el escanno de sus buenos varones:
Ques esto mesnadas, o qué queredes uos?
Hya, sennor ondrado: rebata nos dió el leon.
Myo Cid fincó el cobado; en pié se leuantó.
El manto trae al cuello, e adelinó para leon.
El leon quando lo vió assi envergonçó:
Ante Myo Cid la cabeça premió e el rostro fincó.
Myo Cid don Rodrigo al cuello lo tomó,
E lieua-lo adestrando, en la red lo metió.
A marauilla lo han quantss que y son.
E tornaron-se al palacion para la cort.
Myo Cid por sos yernos demandó e no los falló.
Mager los estan lamando, ninguno non responde:

Quando los fallaron e ellos vinfeson, assi vinieron sin co-

[lor:

Non viestes tal guego commo yua por la cort.

Mandólo vedar Myo Cid el Gampeador.

Muchos touieron por enbaidos los ynfantes de Carrion.

Habiendo conseguido el Cid una gran victoria sobre Bucar, los infantes que habian recibido una gran parte del botin, volvieron á Carrion, acompañados de sus esposas y de Felez Muñoz, pariente de su suegro. En Molina, el moro Abengalvon, aliado del Cid, los recibió muy cortésmente y les enseñó sus riquezas. Los infantes formaron el designio de matarlo y apoderarse de sus tesoros; pero un moro, que comprendia el español, entendió lo que hablaban y dió aviso á su dueño. Abengalvon reprochó á los infantes la traicion que habian urdido; pero por respeto al Cid, los dejó marcharse sin castigarlos como merecian. Llegado á la selva de Corpés, los infantes pusieron por obra el infame proyecto concebido antes de abandonar á Valencia. Al despuntar el dia ordenaron á todo su séquito ponerse en marchay, quedándose solos con Doña Elvira y Doña Sol, les anunciaron que, para vengarse de los insultos que habian recibido de parte de los compañeros del Cid, con motivo de la aventura del leon, las iban á abandonar en la selva: luego despojan-

dolas de sus vestidos, las azotaron con las correas de sus espuelas. Corrió la sangre y al fin los infantes dejaron á las desdichadas mugeres, sin poder gritar, y espuestas á ser pasto de los búitres y las bestias feroces.

Salváronse sin embargo; Felez Muñoz que recibió, como los demás, órden de partir al despuntar la aurora, intranquilo por la suerte de sus primas, se habia ocultado detrás de una montaña para esperarlas. Vió venir á los infantes descuidados y hablando de lo que habian hecho, y dejándolos pasar, volvió á la selva donde encontró á sus primas casi exánimes: las llamó por sus nombres: al fin abrieron los ojos y cuando volvieron á su conocimiento, las cubrió con su manto, las colocó á caballo y las condujo á un lugar seguro.

Quando el Cid se informó de lo ocurrido:

*una gran hora pensó et comidió,
alzó la mano e lu barbu se tomó
grado á Christus que del mundo es sennor
cuando tal hondra me han dado, los infantes
(de Carrion
por la aquesta barba que nadie non mesó
non la doblarán los infantes de Carrion
que á mis fijas bien las casaré yo.*

En seguida vueltas estas á Valencia, las

abrazó y les dijo sonriendo:

*Venid de mis fijas Dios vos curie de mal
Hijo tomé el cassamiento; mas non osé de-*
(zir al.

*Plegue al Creador que en el cielo está
Que os vea mejor cassadas de aquí adelant.*

Esta súplica fué escuchada; algun tiempo despues dos caballeros de rango mucho más elevado que los infantes de Carrion, se presentaron para casarse con doña Elvira y doña Sol, era el uno infante de Aragon, el otro de Navarra: asi el padre logró que se realizase su voto más ardiente, y contento de ver á sus hijas dichosas, pudo ya morir tranquilo (1).

(1) Este último año M. Damas-Hinard ha publicado un texto muy esmerado de la Cancion del Cid, acompañado de la traduccion, una introduccion y notas. Con gran pesar mio este erudito y concienzudo trabajo ha llegado á mí poder cuando la impresion de este artículo estaba casi concluida.

III.

En la cancion de *Gesta* el carácter del Cid tiene toda la dignidad y el brillo que podia darle la Edad Media: natural era que este héroe tan generoso y tan leal fuese para la nacion el tipo más noble del amor, del honor, de la caballería, de la religion y del patriotismo. El pueblo que lo envidiaba á los nobles, procuró apropiárselo, ya en parte, haciéndolo descendiente de la nobleza por su padre y villano solo por su madre (1), ya por completo, suponiéndolo hijo de un mercader de trapos (2), de un molinero (3), de un labrador (4).

Los poetas posteriores no encontraron nada que añadir al carácter del Cid, y los ro-

(1) *Crónica General.*, fól. 280, col. 1 y 2.
(2) *Crónica rimada*, vs. 869 y siguientes.
(3) *Cancion del Cid*, verso 3389 y siguientes.
(4) Romance «Tres cortes armára el rey.»

manceros del siglo XVI, que no comprendían tampoco la tradición y se engañaban frecuentemente sobre el sentido de las expresiones más usuales (1), disfrazaron completamente al héroe castellano, convirtiéndolo en un galán culto y decididor, como falsearon el tipo de Jimena, suponiéndola una señora romántica y sentimental. Los monges tuvieron más acierto en la ejecución; sus leyendas se distinguen por una sencillez encantadora.

El Cid no era para todos los monges el héroe favorito, como lo fué para los nobles y aldeanos, porque en general aquellos sostenían la dignidad real contra la nobleza. Alguna vez en verdad aparecían poco respetuosos para con los reyes; el lenguaje que el antiguo poeta Gonzalo de Bercé atribuye á Domingo de Silos, cuando habla al rey García, no difiere mucho del empleado por los caballeros en los romances (2). Pero solo en circunstancias excepcionales hablan así; de ordinario estaban en favor del rey que los

(1) Hé aquí un ejemplo: en las composiciones antiguas Gomez de Gormaz es llamado «el conde lozano, el conde vigoroso, robusto,» pero los romanceros modernos han tomado este adjetivo por un nombre propio, el conde Lozano.

(2) «Vida de Santo Domingo de Silos,» copta 127 y siguientes.

protegía contra la nobleza y reconstruía sus claustros saqueados y quemados á menudo por los grandes señores (3). Sin embargo, el Cid llegó á ser el héroe favorito de los monges de un convento benedictino, del de San Pedro de Cardeña. Allí todo recordaba su memoria; allí se encontraba su sepulcro, su bandera, su escudo, su copa de cristal violeta, la cruz que llevaba sobre el pecho, y contenía, según era fama, un pedazo de la verdadera cruz; uno de los cofres que dejó en prenda á los judíos de Búrgos y otras muchas reliquias, más ó ménos apócrifas. No contentos con poseer el sepulcro del Cid, los monges de Cardeña, disputaron á los de San Juan de la Peña el honor de poseer el de Jimena; enseñaban hasta los huesos de esta señora, «pero son tan grandes, dice Sandoval, que causan miedo y parecen más bien los de un hombre que los de una muger.» Pretendieron también que en su iglesia reposaban el padre y la madre del Cid, sus dos hijas, su hijo Diego, su yerno Sancho de Aragón (enterrado en San Juan de la Peña, y no casado con una hija del Cid), su nieto, el rey García de Navarra (enterrado

(3) Véase por ejemplo á Sandoval, «San Pedro de Slouza,» fol. 37.

en la catedral de Pamplona), el obispo Gerónimo, cuyo sepulcro está en Salamanca y por último el conde D. Gomez de Gormaz y su esposa, parientes de Jimena, segun los romances (1). Como se vé San Pedro de Cardeña se hizo un verdadero panteon consagrado á todos los personajes, reales ó fabulosos, que habian tenido algunas relaciones con el Cid de la realidad ó el de la poesía popular; y si este número de sepulcros donde suponian que reposaban individuos enterrados en otra parte, ó que quizás no existieron nunca, no habla muy alto en favor de la buena fé de los monges, prueba al ménos que entre ellos la memoria del Cid era muy respetada, cosa que acreditaron tambien con sus leyendas.

La más antigua de éstas era la del leproso, que se encuentra en la *Crónica rimada* (2), y tambien en la *general*. (3) Hay algunas diferencias entre estos dos relatos; el autor de la *rimada* siguió sin duda la tradicion oral, y la *general* la tradicion consignada en la leyenda de Cardeña; hé aquí el fondo de estas narraciones.

Llegado á un vado, Rodrigo encontró á

(1) Véase Sandoval, «San Pedro de Cardeña,» al fin.

(2) Versos 577 y 579.

(3) Fóllo 281.

un leproso, embarrancado en el fango y rogando á los pasajeros que lo sacasen de allí y lo ayudasen á pasar el rio. Todos huyeron del contacto de este desgraciado; pero el Cid tuvo piedad de él, lo tomó de la mano, lo envolvió con su manto, lo colocó sobre un mulo y lo condujo al sitio donde iba á acostarse. Al acabar el dia lo hizo sentar á su lado y lo invitó á comer con él en la misma escudilla, mientras los otros caballeros, temerosos de que la lepra hubiese caido en sus platos, se apresuraron á abandonar la habitacion. Llegada la noche Rodrigo compartió su cama con el leproso; se acostó con él y se taparon con la misma sábana. A la media noche, Rodrigo fué despertado por un viento muy fuerte, que sintió en sus espaldas. No encontrando al leproso y habiéndole llamado en vano, se levantó y fué á buscar una luz; pero el leproso habia desaparecido. Rodrigo se volvió á acostar dejando la luz encendida; un hombre, vestido de blanco, se acercó á él y le preguntó:—¿Duermes Rodrigo?—No, respondió el caballero, no duermo: pero, quién eres tú que esparces tanta claridad y un olor tan suave?—Soy San Lázaro. Sabe que era yo el leproso á quien has honrado y hecho tanto bien por amor de Dios, y que éste quiere, para recompensarte,

que cada vez que sientas el viento de esta noche, lèves á feliz término todo lo que emprendas. Tu honor crecerá de día en día; moros y cristianos te temerán; serás invencible, y cuando mueras, morirás honrosamente.

Cuando se considera la aversion que los leprosos inspiraban en aquella época, en que se miraba la lepra como un castigo de Dios, es imposible dejar de admirar esta conmovedora leyenda, llena toda del espíritu del Evangelio.

No contentándose con un solo milagro, inventaron otros muchos. Un monge de Cardeña los consignó por escrito bajo el pseudónimo de Abenalfarax (1): hé aquí lo que cuenta:

Cuando el Cid tendido en su lecho, pensaba en rechazar á Bucar, hijo del rey de Marruecos, que marchaba contra Valencia con un grueso ejército, apercibió de repente una gran claridad, sintió un olor suave y vió delante de sí un hombre, con vestidos blancos como la nieve. Era San Pedro:—«Vengo á anunciarte, dijo, que solo te quedan treinta dias de vida; pero Dios quiere hacerte la merced de que tus compañeros derroten la

(1) Véase más arriba.

rey Bucar y de que aún despues de muerto, quedes vencedor en esta batalla. Dios te enviará á Santiago para ayudarte; mas antes harás penitencia de todos tus pecados; por mi amor y por el respeto que has tenido siempre hácia mi iglesia, situada á orillas del Arlanza (1), Jesucristo consiente que se cumpla lo que te pronostico.» El Cid muy alegre con lo que acababa de oír, se levantó para besar los piés del Apóstol, mas este le dijo:—«No te tomes ese trabajo porque nó podrás llegar hasta mí; tén la seguridad, sin embargo, de que todo lo que te he pronosticado, se cumplirá.» Dicho esto, el apóstol se remontó al cielo.

Al dia siguiente por la mañana, el Cid reunió á todos sus caballeros en un castillo y les dijo:—«Solo me quedan treinta dias de vida, estoy seguro de ello, porque hace siete que me persiguen visiones; veo á mi padre Diego Laynez y á mi hijo Diego Ruiz, y cada vez que se me aparecen, me dicen: «Has estado mucho tiempo ahí; ven á reunirme con nosotros en la morada de los bienaventurados.» Ahora bien, sabeis que el rey Bucar viene á atacaros con fuerzas tan considerables que no podreis defender á Va-

(1) San Pedro de Cardeña.

lencia; sin embargo, con la ayuda de Dios los vencereis en batalla campal. Doña Jimena y todos vosotros os salvareis y antes de abandonaros, os diré lo que teneis que hacer.» Cuando hubo acabado de hablar se sintió malo; sin embargo fué á la iglesia de San Pedro, y á presencia de los caballeros, de las damas y del pueblo confesó todos sus pecados y errores al obispo Gerónimo, quien le dió la absolucion depues de imponerle una penitencia. Luego se despidió de todos y vuelto á entrar en el castillo, se acostó para no volver á levantarse. Cada día se sentía más débil y cuando ya solo le quedaban siete de vida, mandó llamar á Jimena y á Gil Diaz, les suplicó que le trajesen el bálsamo y la mirra, que le regaló el sultan de Pérsia, á quien habia llegado la fama de sus expediciones. Tomó una cucharada de estas sustancias, que mezcló en una copa de oro con agua de rosas. Desde entónces no tomó otro alimento que una cucharada diaria de bálsamo y de mirra; su carne se hizo entónces más bella y más fresca, pero sus fuerzas disminuyeron por instantes.

La vispera de su muerte llamó á Jimena, al obispo Gerónimo, á Alvar Fañez, á Pedro Bermudez y á Gil Diaz, y cuando estuvieron todos reunidos alrededor de su lecho, les

habló de este modo:—«Cuando deje de vivir, lavareis muchas veces mi cuerpo y lo ungireis de la cabeza á los piés con el bálsamo y la mirra que quedan en esos botes. Vos, doña Jimena, no griteis cuando exhale el último suspiro, é impedid á vuestras damas que lo hagan, pues conviene que los musulmanes no se aperciban de mi muerte. En cuanto llegue el rey Bucar junto á la ciudad y querais volveros á Castilla, advertídselo á vuestros soldados, exigiéndoles el secreto á fin de que no se entere ningun moro del barrio de al-Cudia, y haced cargar las caballerías con todo lo que merezca llevarse. A tí, particularmente, Gil Diaz, encomiendo este cuidado: luego colocarás mi cuerpo armado de punta en blanco sobre mi caballo Babieca, atándolo de modo que no pueda caerse y me pondrás la espada tizona en la mano: hecho esto podeis combatir al rey Bucar, seguros de vencerle, pues Dios me ha prometido que, despues de mi muerte alcanzaré una gran victoria.»

Al dia siguiente el Cid dictó su testamento y á las seis, cuando sintió su fin aproximarse, suplicó al obispo que le diese el cuerpo del señor, lo recibió con mucha uncion y habiendo pronunciado una corta oracion,

entregó su alma al Eterno. Sus amigos lavaron dos veces su cadáver con agua caliente y una con agua de rosa: luego lo embalsamaron, siguiendo sus instrucciones.

Tres días despues, Bucar levantó sus quince mil tiendas delante de las puertas de Valencia y colocó en la avanzadas, muy cerca de la muralla, un cuerpo de doscientas negras que llevaban la cabeza afeitada, á escepcion del moño, en cumplimiento de un voto. Durante doce días los compañeros del Cid defendieron denodadamente la ciudad, y al décimo tercio, cuando hubieron preparado todo, como su jefe se lo habia ordenado, emprendieron, á media noche, el camino de Castilla. La vanguardia, mandada por Pedro Bermudez, que llevaba la bandera del Cid, se componía de cuatrocientos caballeros: otros tantos quedaron cuidando de las caballerías; detrás venia Babieca, sobre cuyos lomos habia colocado Gil Diaz, por medio de una máquina muy ingeniosa, el cadáver del Cid que, con el escudo al cuello, el yelmo en la cabeza y la espada en la mano, parecia vivo: la cara tenia buen color, los ojos estaban abiertos, la barba peinada con esmero.

A un lado marchaba el obispo Jerónimo, al otro Gil Diaz: cien caballeros escogidos formaban la escolta. Jimena, y sus damas,

acompañadas de seiscientos caballeros, cerraban el cortejo, que empezó á desfilar con solemne lentitud y en profundo silencio.

En el momento de abandonar la ciudad los últimos castellanos salía el sol, y entonces Alvar Fañez, que tenia ya colocados á sus soldados en órden de batalla, cayó sobre la division más próxima á las murallas, que era la de las negras (1), y le mató un ciento antes que tuviese tiempo de armarse y montar á caballo; las demás resistieron sin embargo el ataque de los enemigos, y muy diestras en el manejo del arco, causaron gran estrago en las filas cristianas; pero muerta la que hacia de jefe emprendieron la fuga (2). Los cristianos atacaron el grueso del ejército musulman cumpliéndose entonces la prediccion de San Pedro, pues los moros se creyeron atacados por sesenta mil caballeros vestidos de blanco y mandados

(1) El conjunto del relato indica suficientemente que debe leerse *aquellas moras* en vez de *aquellos moros*.

(2) La leyenda dice sobre esta materia (general fol. 362). «La historia dice que esta negra manejaba el arco turco con una destreza maravillosa y que por esta razon la llamaban en árabe *nugueymat turya* que quiere decir: estrella de los arcos de Turquía. Parece que el legendario que presenta su trabajo como traducido del árabe, ha querido colocar una expresion tomada de esta lengua; sin embargo no la comprendo porque *Nugueymat Alzuraya* no significa estrella de los arcos de Turquía, que en todo caso seria un contrasentido, sino la pequeña estrella de las pleyadas.

por un hombre de elevada estatura, montado sobre un caballo blanco, un estandarte del mismo color en la mano izquierda y una reluciente espada en la derecha.

Espantado de este extraño espectáculo, emprendieron la fuga y mientras la retaguardia del ejército cristiano hizo alto en una gran llanura, las tropas de Alvar Fañez y Pero Bermudez persiguieron á los moros, obligándolos á embarcarse con tanta precipitación que se ahogaron diez mil. Saqueado el campamento enemigo, los vencedores se unieron á sus compañeros y continuaron juntos su camino á Castilla en pequeñas jornadas. Llegado á San Pedro de Cardena, en vez de dar sepultura al cadáver, lo colocaron en una silla de marfil á la derecha del altar, con la cabeza apoyada sobre una almohada de púrpura y cubierto el cuerpo con un traje de la misma tela: la mano izquierda del Cid descansaba en su espada tizona y la derecha en los flecos de su manto: sobre el cadáver se elevaba un magnífico dosel con sus armas y las de Navarra y Castilla. El abad D. García Tellez y Gil Diaz fundaron un aniversario y, cada vez que se celebraba, vestían y alimentaban un gran número de pobres. En el dia en que se festejaba el séptimo aniversario, hallándose desierta la igle-

sia por no haber la numerosa multitud que á ella concurría, y en la que abundaban los moros y judíos, el abad se vió precisado á dirigir su voz á los fieles en la plaza pública. En esta ocasion entró un judío en la iglesia para ver al Cid y encontrándose solo en ella, dijo para si: he aquí el cadáver de este Rodrigo Diaz á quien nadie tocó la barba durante su vida; voy á tirarle de ella á ver lo que sucede; veamos si me hace algo. Mas, cuando iba á ejecutar su designio, Dios envió su espíritu al Cid y entonces la mano derecha del cadáver empuñando á Tizona la sacó un palmo fuera de la vaina. El judío cayó de espaldas dando gritos espantosos; el abad interrumpió su sermón y, precipitándose en la iglesia, seguido de sus oyentes, encontró al judío tendido en las losas sin conocimiento, y fijando los ojos en el cadáver, notó que la mano derecha habia cambiado de postura. El judío á quien volvieron á la vida rociándole la cara con agua, refirió el milagro que habia presenciado, y profundamente conmovido se convirtió á la fé.

A los tres años el cadáver comenzó á entrar en putrefacción y lo enterraron; el féretro fué mudado de sitio en diferentes ocasiones y en la última, en 1541, lo abrieron.

Un olor suave se esparció pronto alrededor y hallaron al lado del cadáver, envuelto en un vestido morisco, una lanza y una espada. Sufrian una gran sequía en aquella época y de muy atrás se venían haciendo rogativas para que lloviese, y en cuanto el sepulcro fué destapado, empezó á caer una abundante lluvia en toda Castilla, no obstante haber mucho tiempo que no caía una gota de agua en algunos distritos: este milagro salvó al país del hambre.

A medida que pasaban los días, el Cid iba ganando opinion de santo en la conciencia popular: los soldados procuraban pedazos de su ataud, creyéndolos poderosos preservativos contra los peligros de la guerra; faltábale solo la canonizacion en forma y esta la reclamó Felipe II. Los acontecimientos de la época obligaron al embajador español á abandonar á Roma de improviso, y las negociaciones quedaron interrumpidas. Es, sin embargo, digno de llamar la atencion que fuera el sombrío y austero Felipe II quien pidiese que se colocara el Cid en el catálogo de los santos: al Cid mas musulman que católico y que aún en su tumba llevaba un vestido árabe; al Cid á quien el poderoso monarca hubiese hecho quemar por sus iniquidades como herético y sacrilego, si hubiera vivido bajo

su reinado; al Cid á quien la nacion idolatraba por considerarlo el campeon de la libertad, de esa libertad que Felipe supo ahogar en España

ESTRACTOS

DEL

SIRADJ-AL-MOLUC.

Ya tuvimos antes ocasion de hablar del manual para uso de los príncipes, compuesto por Tortochi en el año 1122 (1) con el título de Siradj-al-moluc, y como este libro contiene muchas narraciones interesantes para la historia de España, hemos traducido las mas importantes colocándolas en orden cronológico.

(1) Véase el catal. de los man. or. de Copenhague t. II página 109.

I.

UN CAMPEADOR EN EL EJERCITO DE ALMANZOR.

«He aqui lo que me ha contado mi señor el cadí Abu-l-Walíd Bádji.

«Un dia, estando Almanzor en campaña, percibió desde lo alto de una colina á su derecha y á su izquierda, delante y detrás de si, tropas musulmanas que llenaban llanuras y montañas. Dirigiéndose entonces al general llamado Ibn-al-Mochafi: le dijo, y bien, visir, que tienes que decirme de ese ejercito? Digo que es grande y numeroso, respondió: Ibn-al-Mochafi. Y no crees como yo que podrian sacarse con facilidad de el unos mil valientes? Pero viendo que el general permanecia callado le preguntó Almanzor: por qué no contestas á lo que te pregunto? Dudas qui-

zás que halla entre esas tropas mil valientes? Si que lo dudo, dijo entonces Ibn-al-Mochafi. Sorprendido con esta respuesta, Almanzor se calló algunos instantes, pasados los cuales, dijo: Pero por lo menos habrá quinientos.—Nó—Pues bien, dijo Almanzor, que ya comenzaba á incomodarse, dejemoslo en ciento.—No, no hay tantos.—Habrá cincuenta?—Nó.—Tú eres un imbécil, gritó entonces Almanzor, montando en cólera, quitate de mi vista y que no te vuelva á ver.

Luego que las tropas llegaron al riñon del territorio cristiano y se encontraron frente al enemigo, un cristiano armado de punta en blanco, salió caracoleando con su caballo entre los dos ejércitos y gritó: Hay por ahí un mobariz? (1) Un musulman salió á su encuentro; pero fué muerto enseguida con gran contento de los politeistas que prorumpieron en gritos de alegría. Otro y otro despues sufrieron la misma suerte: entonces dijeron á Almanzor: Solo Ibn-al-Mochafi puede libertarnos de ese hombre. Habiéndole hecho venir, Almanzor le rogó que castigase la arrogancia del cristiano. Ibn-al-Mochafi fué entonces á bus-

(1) Es decir un campeador, véase mas arriba p. 76 y siguientes.

car á un soldado de las fronteras. Tenia este una facha desastrada y montaba un caballejo lleno de mataduras. En el arzon de la silla, llevaba un odre. Cuando Ibn-al-Mochafi le suplicó que llevase á Almanzor la cabeza del cristiano, fué á depositar el odre en su tienda, hecho esto, se vistió la coraza y saliendo al encuentro del enemigo, hizo rodar su cabeza á los pocos instantes á los pies de Almanzor. » Este si que es un mozo, dijo entonces Ibn-al-Mochafi. Asi es como entendia yo el valor cuando os dije que en vuestro ejército no habia mil, ni quinientos, ni ciento, ni cincuenta, ni veinte, ni aun diez guerreros valerosos. Almanzor volvió al general á su gracia y le colmó de honores.

Como este relato es parecido al que tradujimos antes, página 66 y 68, hemos creído conveniente reducirlo algo. El general de que aquí se trata parece ser el visir Hichâm, sobrino del primer ministro Djafar-Muchafi, general en jefe de la caballería (1), que en el año 977 se atrajo el descontento de Almanzor, porque adelantándose al grueso del ejército, que volvía de una expedicion contra los leoneses, fué á mostrar en Córdo-

(1) Véase á Ibn al-Abbár en mis *Noticias*.

ba una porcion de cabezas cortadas por otros. Encolerizado Almanzor juró castigarlo, y pocodespues, en Marzo de 978, lo mandó prender y á todos sus parientes, haciéndole matar sin forma de proceso (1), en cuanto llegó á la prision de Estado en Zahra.

(1) Véase á Ibn-Adhâri, t. II, p. 225. —Maccari, t. II, página 62.

UN FAQUI TOLERANTE.

«En tiempo de Almanzor Ibn-abi-Amir, ocurrió en Córdoba un caso extraño: un tal Cásim Ibn-Mohammed-Sonbosí fué (3) acusado de impiedad, y Almanzor le hizo prender con otros literatos, pertenecientes á las clases más distinguidas de Córdoba, sospechosos tambien de libertinaje y ateismo. Mucho tiempo permanecieron en los calabozos; todos los viérnes, terminado el servicio, los ponian á la puerta de la mezquita principal y el pregonero gritaba:—«Que vayan á declarar todos los que sepan algo contra estos hombres.» Presentáronse algunos testigos y el cadí pudo presentar contra Cásim una

(3) En el *Lobb-al-lobab* se halla el nombre relativo Sinbisi; pero el man. *a* trae *alsunbisi* y el man 354 *b alsunbusi*. En el man 70 se halla *alsanbisi*.

denuncia, autorizada por gran número de firmas, en que se le acusaba de materialismo é incredulidad. Llevada á palacio, convocados los faquíes y preguntados acerca de su opinion, declararon que el reo merecia la última pena. Dada esta sentencia ó decreto, á que los árabes llaman fetfa, se mandó comparecer á Cásim, el cual se presentó acompañado de su padre y de sus dos hijos pequeños, vestidos todos de riguroso luto. El anciano, que no podia andar, hacíase conducir en litera llevada por dos hombres y todos lloraban delante de la puerta del palacio; hicieron luego venir al verdugo, llamado Ibn-al-Djondí y le dieron muchas espadas, y mientras las probaba y los niños y su abuelo tenian clavados los ojos en él, vióse llegar al faquí Abu-Omar (1) Ibn-almacwá el sevillano, que venia contra su gusto, habiendo rehusado largo tiempo formar parte del tribunal. Invitado á que emitiese su juicio, dijo:—Una sentencia de muerte no debe darse sino por pruebas tan convincentes que

(1) En vez de Abu-Omar, los tres manuscritos de que nos hemos servido traen Abu-Amr; pero esto es una falta. Abu-Omar Ahmed-Ibn-Abdalmelic ibn-Háchim el sevillano, conocido por el nombre de Ibn-Al-Macwa, escribió por orden de Almanzor un libro sobre las decisiones de Málíc (véase Homaidi, man. de Oxford, f. 56 v., 57 r. y Maccari, t. II, p. 447.

no dejen duda alguna acerca de la existencia del crimen por que se aplica: suponéos que en vez de Ibn-as-Sonbosí, se tratára de una gallina; con qué derecho la matariais?— Más, replicó el cadí Ibn-as-Sarí, (2) aquí, está la lista de los testigos, que he examinado detenidamente, replicó el cadí,—Enseñádmela; dijo entónces el faquí, y cuando la vió, decidme, continuó: en virtud de qué declaraciones creéis que el acusado debe ser condenado á muerte?—Por esta, por aquella y por la de más allá, replicó el cadí, y señaló cinco.—Condenais entónces al acusado al último suplicio porque hay contra él cinco declaraciones?—Sin duda.—Y si no hubiese más que dos, qué haríais?—Lo absolvería; pero como hay muchas, las unas apoyan á las otras; y además me consta que la mayor parte de los testigos son personas fide dignas.—Dirigiéndose entónces al tribunal le preguntó Ibn-al-Macwá:—Creéis que porque haya un cierto número de *columnas* debe derramarse la sangre de los musulmanes? por mi parte no lo creo: no opino, pues, que debe morir el acusado.—Los faquíes se

(2) Este nombre es dudoso. He seguido el man. 70, pero el man. 354 a trae Ibn-al-scharquí y el man. 354 b Ibn-al-scharafi.

fueron pasando poco á poco á su partido, y, seis meses despues, declararon inocente al que antes habian condenado. Los demás acusados quedaron tambien en libertad y la espada volvió de nuevo á la vaina.

«Cuando los faquíes informaron á Almanzor de lo que habian resuelto, éste les dijo:— Al absolver á Ibn-as-Sonbosi habeis *enterrado* al cadí. Deber nuestro es mantener la religion, y no podemos conservar la vida á un hombre que le gusta derramar sangre. Llevaron al cadí á la cárcel y lo soltaron á los pocos dias. —En adelante, el faquí Ibn-Dhacwán les decia con frecuencia, cuando os pregunten por qué sabeis que hay Dios, podeis responder como el otro á quien se hizo la misma pregunta: lo sé porque ha desbaratado mis planes.»

«La expresion de *columnas* empleada por el faquí hablando al tribunal, significa testigos. Dos solos nada prueban contra un acusado; pero segun el faquí, tampoco las declaraciones conformes de muchas personas, tienen ningun valor.»

III.

CONVERSACION DE MOSTAIN DE ZARAGOZA CON UN HERMITAÑO DEL MEDIODIA DE FRANCIA.

En el país de los rumíes que confina con España, habia un cristiano retirado del mundo, que vivia en las montañas y hacía largas peregrinaciones. Este hombre, como digo, llegó un dia á donde estaba Mostain Ibn-Hud (1) quien lo trató con muchas consideraciones y cogiéndolo de la mano le enseñó los tesoros que poseia, es decir, su oro, su plata, sus perlas, sus rubíes, etc., así como tambien las jóvenes de su harem, sus guardias,

(1) Es dudoso si se trata aquí de Mostain I ó de Mostain II. Sin embargo, como el autor en un pasaje que traduciremos más adelante, designa á Mostain II con el nombre de al-Mustain al-saguir, creemos que en este sitio se trata de Mostain I, fundador de la dinastía de los Beni-Hud, (1039-1046).

sus soldados, sus caballerías y sus armas. Pasados algunos días dijo el rey:—Y bien, qué te parece mi reino?—Hermosísimo! le respondió el cristiano: pero me parece que le falta una cosa, tal, que añadiéndosela quedaría perfecto: y sin la que no es más que un engaño.—¿Que cosa es esa?—Hacer un techo tan grande que cubriera todo vuestro reino y tan fuerte que no dejara llegar hasta vos el ángel de la muerte.—¡Dios mio, eso es imposible!—Por qué os alabais entónces de poseer lo que mañana se os puede escurrir de entre las manos?—El que cifra su gloria en cosa perecedera se asemeja al que cree poseer á el fantasma que ha visto en sueños.

IV.

RAMIRO I DE ARAGON.

«En cierta ocasion Moctadir-Ibn-Hud, salió de Zaragoza, ciudad fronteriza de España (árabe) para ir á combatir al tirano Rademiro, (1) príncipe de los cristianos. Cada uno de ellos reunió todas las tropas de qué pudo disponer, y cuando los dos ejércitos estuvieron á la vista, acamparon y se pusieron en orden de batalla. Una gran parte del día duró el combate, tocando la peor parte á los musulmanes que fueron derrotados con gran pesar de Moctadir, quien llamó entónces

(1) Tortochi escribe constantemente *Rademilo* en vez de *Rademiro*, y esta firma se encuentra tambien en otros autores p. ej. en una carta de Ibn-Táhir, copiada por Ibn-Jácán. Los árabes sustituyen á menudo la l á la r, y en el dialecto galaico estas dos letras se permutan constantemente; así se lee siempre en la *Crónica General*, donde algunas particularidades de este idioma se han conservado, *clalo* por *claro*.

á un musulman, llamado Sadáda, el más perito de todos los guerreros de la frontera.—Qué os ha parecido esta batalla? le preguntó.—Muy desgraciada, le respondió; pero todavía tiene un remedio, y dicho esto se fué. Como iba vestido como los cristianos, y por vivir en las cercanías y estar en continua relacion con ellos, hablaba su lengua perfectamente, pudo penetrar en el ejército de los infieles y acercarse á Rademiro, que armado de punta en blanco, tenia calada la visera de modo que solo se le veían los ojos. Sadáda aguardó la ocasion y le dió un lanzazo en un ojo. Ramiro cayó en el suelo boca abajo y Sadáda empezó á dar grandes voces diciendo en romance: —«Cristianos, el rey ha muerto.» Estendiéndose el rumor de la muerte de Ramiro entre los soldados, se pusieron en fuga y se dispersaron. Así permitió el Todopoderoso que los musulmanes obtuvieran la victoria en aquella ocasion.

Creemos que en este pasaje se trata de la batalla de Grados, dada en 1063, de la que hablan tres crónicas españolas. En el fragmento histórico sacado del cartulario de Alaon (*Esp. Sagr.* t. XLVI, p. 327) se lee: «Qui (Ranimirus) cum nobiliter regeret terram, occisus est a Mauris in bello apud Grados.» En una necrología (*ibid.*, p. 344):

«Dum strenue regeret regnum suum, interfectus est a Mauris in obsidione Grados.» Y en los *Anales Toledanos* I: «Murió el rey don Ramiro en Grados. Era MCI.» (1063 de J. C. Creemos, sin embargo, que estos cronistas engañados por un falso rumor, afirmaron que Ramiro murió en esta batalla, pues, á nuestro parecer, el rey solo fué herido, (Tortochi no dice otra cosa), aunque de tanta gravedad que se vió obligado á abdicar en favor de su hijo Sancho. Nada, pues, tiene de extraño que hallándose ya en esta época viejo y valetudinario, (en un privilegio de Leiden en el año 1058 se llama *senex* y tres años más tarde, cuando hizo su testamento en San Juan de la Peña, estaba enfermo) (1) tuviera su herida consecuencias fatales, y que en adelante no se encontrara en estado de gobernar su reino. Por eso vemos que Sancho reinaba aún en vida de su padre, que murió el 8 de Mayo de 1063, como resulta de su epitáfio que está en la sacristía de San Juan de la Peña; pues aún cuando no puede leerse el año ó la era, se lee claramente: «Hic requiescit Ranimirus Rex, qui obiit VIII Idus Maij die V feria.» Ahora bien; co-

(1) Briz Martínez publicó este testamento «Historia de San Juan de la Peña, p. 438 y 439.

mo los *Anales Toledanos* I y la antigua crónica de Ripoll (1) fijan la muerte de Ramiro en el año 1063, y en este año el 8 de Mayo caía realmente en juéves, es seguro que Ramiro murió en la época en que hemos dicho.

Por otra parte, tres cartas del rey de Navarra, Sancho de Peñalen, fechada una en 13 de Febrero de 1063 y las otras en 8 del mismo mes y año, citan entre los reyes de la época, no á Ramiro, sino á su hijo Sancho que reinaba ya en Febrero, tres meses antes de morir su padre (2). En 1061, cuando Ramiro hizo su segundo testamento, no tenía aún la intencion de abdicar, puesto que dijo en él: «Si Dios me devuelve la salud y conservo la vida, quiero poseer mis tierras y mis reinos para servir á Dios, como las he poseído hasta aquí.» Pero herido gravemente por Sadáda se vió obligado á ceder la corona á su hijo.

El error de los cronistas se explica fácilmente; Ramiro abdicó inmediatamente despues de la batalla de Grados (que creemos debe fijarse en el mes de Enero de 1063) y murió cuatro meses más tarde.

(1) *Apud*. Villanueva «Viaje Literario,» t. V, p. 245: «1603. ob Ranimirus Rex.»

(2) Compárese Moret, «Anales de Navarra,» t. I, p. 744, 748; «Investigaciones,» p. 494 y 495.

Tambien debemos observar que el autor de los *Gesta Roderici* se equivocó al asegurar que Rodrigo Diaz (el Cid) asistió á la batalla de Grados, «donde el rey Sancho (de Castilla) combatió á Ramiro, rey de Aragon, lo venció y lo mató. Ya hizo observar el sábio y juicioso Moret que Sancho de Castilla, que comenzó á reinar en 1065, dos años despues de la muerte de Ramiro, no pudo combatirlo, y además que solo se trata de esta guerra en crónicas relativamente modernas, tales como la *General* y la historia del monge de San Juan de la Peña, no hallándose mencionada en Rodrigo de Toledo y Lúcas de Tuy qué hablan muy despacio de Sancho de Castilla.

V.

BATALLA DE ALCORAZ.

En 1094, el rey Sancho de Aragon asediaba á la ciudad de Huesca, perteneciente al rey de Zaragoza, cuando fué herido de muerte por una flecha; mas, antes de exhalar su último suspiro, tuvo aún el tiempo bastante para hacer jurar á sus dos hijos Pedro y Alfonso, que habian de continuar el sitio hasta que se rindiera la ciudad; así se lo prometieron y cuando su padre murió resolvieron no enterrarlo hasta que se entregase Huesca. El sitio duró aún dos años y medio. Sin embargo, Mostain II, habia pedido auxilio á Alfonso VI, que le envió un cuerpo de tropas mandado por García Ordóñez, conde de Nájera. Reunidas éstas á las de Zaragoza se pusieron en marcha para obligar á los aragoneses á levantar el sitio. Entónces, temeroso Pedro de que el cuerpo

de su padre cayese en manos de los infieles, lo hizo llevar al convento de San Victoriano, y habiendo orado fervorosamente, el mártir le reveló que conseguiría la victoria (1). La batalla se dió en Alcoraz, cerca de Huesca, en el camino que lleva á Zaragoza: Tortochí habla de ella en los siguientes términos:

«Cuando Mostain II fué á combatir al tirano cristiano Ibn-Rademiro, cerca de Huesca, uno y otro ejército eran casi iguales en número; cada uno contaba cerca de 20.000 hombres: un soldado que presencié la acción me ha referido lo que sigue (2): En el momento de ir á empeñarse el combate, el tirano Ibn-Rademiro dijo, dirigiéndose á uno de sus guerreros, á quien consideraba mucho por su sagacidad y pericia militar; «quisiera que me dijese cuantos valientes hay en el ejército musulman, quiero decir, de esos guerreros que nosotros conocemos tan bien como ellos nos conocen á nosotros; infórmate de los que los saben y vuelve á decirme los nombres de los que es-

(1) *Annales complut: Annales Toledanos I*, (bajo una fecha falsa), *Gesta Comitum Barcinonensium*, C. 19: Rodrigo de Toledo, VI, c. I. (donde debe leerse «in monasterium,» como se encuentra en los *Gesta Com. Barc.*)

(2) Habiendo abandonado Tortochí la España doce ó trece años antes de la época de que se trata, es en Asia ó en Egipto donde debió encontrar los soldados cuyas palabras refiere.

tán y de los que no están. «Marchó aquel y á su vuelta le nombró siete guerreros. «Bueno, dijo entonces Ramiro; contemos ahora los nuestros.» Se contaron ocho nada más. Alegre y sonriente exclamó el tirano (1); «que hermoso día se prepara!» Trabado el combate, los dos ejércitos pelearon con igual tenacidad, no hubo quien volviera la espalda al enemigo, nadie abandonó su puesto, y la mayor parte, se dejó matar en una y otra fila, sin que un solo soldado se pusiese en fuga, mas, á eso de las cuatro de la tarde, los enemigos, que nos venian observando hacia algun tiempo, nos cargaron todos á la vez y habiendo penetrado en nuestras filas, las rompieron y nos separaron en dos cuerpos. De este modo nos fué imposible resistir, y tras un corto combate, que acabó desventajosamente para nosotros, nuestros generales aconsejaron al sultan que se salvase; entonces nuestro ejército quedó derrotado, dispersos los nuestros y el enemigo se apoderó de Huesca.»

Se dió esta batalla el miércoles 18 de No-

(1) Tortochí pone este relato para manifestar que el éxito de las batallas depende siempre de la bravura de un escaso número de guerreros; quizás hubiera podido escoger un ejemplo mas visible, porque en adelante no vuelve á hablar mas de los ocho héroes aragoneses.

viembre de 1096 (1). Si hemos de creer á la crónica de San Juan de la Peña, García Ordoñez cayó en mano de los vencedores; su cautiverio sin embargo no pudo durar mucho, pues el 19 de Mayo de 1097, acompañó á Alfonso VI en su viaje á Zaragoza (2). Huesca por lo demás, no se entregó á Pedro sino ocho dias despues de lo batalla, el 25 de Noviembre.

(1) «Annales Comptutenses,»

(2) Véase Moret «Annales de Navarra» t. II P. 63, col. 2.

VI.

UN ESCOBAR MUSULMAN.

«Un faquí de Córdoba llamado Ibn-al-Hasár tenia por vecino á un cristiano que le prestaba muy buenos servicios por lo que le decia muy amenudo: «que Dios te conserve la vida muchos años y tenga cuidado de tu persona; que dé frescura á tus ojos;—Lo que te alegra me alegra á mi tambien, lo juro.—Ojalá que mi última hora llegue antes que la tuya.» Nunca le decia mas que esto, pero el cristiano estaba muy contento; en cambio los musulmanes tuvieron que decir, y algunos censuraron al faquí porque hacia votos en favor de un infiel. «Lo que digo no es lo que parece, respondió aquel, Dios sabe lo que digo. Al decir al cristiano: que Dios te conserve la vida muchos años y que tenga cuidado de tu

persona le deseo que Dios le conserve la vida para que pague la capitacion; y *tener cuidado* de su persona significa en mí boca, el cuidado de castigarlo. Al decirle Dios dé frescura á tus ojos, le deseo que Dios detenga el movimiento de sus pupilas (1), cuando le digo lo que te alegra me alegra, quiero decir que la salud es para mí un bien tan precioso como para él; y por último, al decirle ojalá que mi última hora llegue antes que la tuya, le pido á Dios que me haga entrar en el paraiso antes que á él en el infierno.»

(1) El verbo *acarra* significa no solo refrescar sino tambien detener; la frase *acarra Allah ainaca* (que Dios de frescura á vuestros ojos) puede significar tambien que Dios detenga (el movimiento de) vuestros ojos.

LOS NORMANDOS EN ESPAÑA.

Los invasiones de los piratas escandinavos en la península ibérica han llamado desde hace mucho tiempo la atención de los historiadores. Mr. Werlauff, sábio dinamarqués, publicó hará unos veinte años en las «Obras de la Sociedad de anticuarios del Norte» (1) una disertación sobre la materia que nos ocupa, disertación que sirvió de base á la obra publicada en 1544 (2) por el escritor alemán Mr. Mooyer. Mr. Kruse, profesor de la Universidad de Dorpat, reunió en un libro, editado por él en 1851, con el título

(1) *Annaler for Nordisk Oldkyndighed*, años 1836-7, p. 18-64.

(2) *Die Einfälle der Normannen in die pyrenaische Halbinsel. Eine grosztheils aus dem Danischen übersetzte Zusammenstellung der darüber vorhandenen Nachrichten*. Munster et Minden.

de *Chronicon Nortmannorum* (1), los textos latinos referentes á la invasión de 844 y á la de 859, la primera de las cuales ha sido tratada también por el erudito secretario de la Academia de San Petersburgo, el Sr. Kunik, en una obra que vió la luz pública en 1845. (2) Privados, desgraciadamente, estos sábios de los textos arábigos más extensos y curiosos, á escepcion de los dos pasajes de Rodrigo de Toledo en su *Historia Arabum* y de las no muy exactas noticias que han podido hallar en autores tales como Conde y Cardona, fuerza les ha sido contentarse con lo que acerca de esta materia traen Ahmed-Ibn-abî-Yacub, Abulfeda y Maccarí y Nowairi, siendo el Sr. Kunik el único que cita estos dos últimos autores, con referencia á la traducción del Sr. Gayangos, no siempre tampoco al abrigo de la crítica. Nowairi, p. ej. dice que los Normandos fueron á Niebla,

(1) *Chronicon Nortmannorum, inde ab. a. 777 usque ad. a. 879, ad verbum ex Francicis, Anglosaxonicis, Hibernicis-Scandinavicis, Slavicis, Serbicis, Bulgaricis, Arabicis et Byzantinis annalibus repetitum*. Hamburgo y Gotha. (Véase p. 158-164, 253-256.) A pesar de su pomposo título, esta recopilación dista mucho de ser completa y aún los textos más comunes faltan en ella.

(2) *Die Berufung der Schwedischen Rodsen durch die Finnen und Slawen*, t. II, p. 283, -320.

donde se apoderaron de una galera (1), y el autor español tomando un nombre comun por uno propio, ha traducido: «Fueron á Lesla y se apoderaron de Chineba.»

Creemos conveniente, por tanto, dar á conocer aquí aquellos pasajes más importantes que hemos recogido en los autores árabes, relativos á las invasiones de los piratas escandinavos en la península, y los referentes á las expediciones á España que hicieron los normandos afrancesados (de Normandía), expediciones que influyeron acaso en la poesía francesa de la Edad Media.

(1) *Zam djaraja al-madjus ali labalat fasaku schiniya.*

I.

INVASION DE 844.

Hacia ya cincuenta años que los piratas escandinavos, aventurándose en frágiles barquichuelos en los mares de Europa, y saqueando é incendiando las ciudades y ricas abadías en donde quiera que desembarcaban, habian sembrado el espanto en la Frisa, en Holanda, en las islas británicas y en Francia. Ni un solo pueblo, despues de la sangrienta batalla de Fontenai, donde pereció la flor de los guerreros francos, y del repartimiento de la estensa monarquía de Carlo Magno entre los hijos de Ludovico Pio, ni un solo pueblo se atrevia ya á resistir á los paganos, á los llamados lobos, á las feroces bandas de Hasting y de Bjærn, Costilla de Hierro.

El mismo año de la batalla de Fontenai,

Rouen fué quemado por los piratas: Tours escapó por milagro y en Nantes el obispo y su rebaño fueron degollados dentro de la catedral.

Tocóle entónces el turno á España. El año 844, una escuadra normanda que salió del Garóna, despnes de llegar hasta Tolosa, fué arrojada por una tempestad á las playas de Astúrias. Los piratas saquearon la costa cercana á Gijón, y luego desembarcaron en el antiguo faro, llamado hoy Torre de Hércules, y entónces Farum Brigantium (cerca de la Coruña) (1); mas no consiguieron llevar adelante sus extragos, porque el rey Ramiro I envió contra ellos tropas que los obligaron á retirarse y les quemaron setenta barcos.

Fracasada su tentativa contra Astúrias y Galicia, los normandos se dirigieron al Mediodía para atacar las posesiones musulmanas. Los árabes de España habian tenido ya relaciones con los normandos, pero amistosas hasta entónces; pues segun el relato de Ibn-Dihya, copiado por Maccarí (2), Abderraman I envió, por el año 821, un embajador á un rey normando. Era este embajador el poeta Yahyá Ibn-Hacám, apellidado en su ju-

(1) Compárese *Esp. Sagr.* t. XIX, p. 13 y siguientes.

(2) Tomo I, p. 630 y 631.

ventud Gazal (gacela) por su belleza: hábil y galante diplomático supo conquistarse en Constantinopla el favor de la emperatriz, manifestándose su entusiasta admirador, y ganarse las simpatías de la esposa del rey normando (1) con sus ocurrencias y lisongeros versos. Por lo demás, el autor árabe no nos indica la causa que movió á Abderraman á enviar una embajada al rey normando. Mr. Kunik, discurriendo sobre este hecho, congetura con bastante acierto que las intenciones del sultan, á la sazón en guerra contra Francia, serian escitar contra esta nacion á los piratas escandinavos; mas sea de esto lo que quiera, es lo cierto que en esta ocasion los sectarios de Mahoma, en vez de comerciar con los sectarios de Odin y de hacer versos en honor de sus reinas, se vieron obligados á combatir con ellos; tarea que les fué mucho más difícil, como lo probarán los pasages que vamos á traducir. Hé aquí uno de Nowáirí:

RELATO

DE LA INVASION DE LOS POLITEISTAS EN LA
ESPAÑA MUSULMANA.

En el año 230 (18 de Setiembre 844-6 de

(1) En el texto árabe es llamada *Tud*, palabra en que M. Kunik (página 291) ha creído reconocer el nombre germánico *Theoda*.

Setiembre 845) los madjus (los paganos) que ocupaban la parte mas lejana de España (5) invadieron el país de los musulmanes, apareciendo por primera vez en Lisboa, en Dhul-hiddja del año 229 (20 de Agosto-17 de Setiembre 844) permaneciendo en ella trece dias, durante los cuales libraron muchos combates con los sarracenos. Luego fueron á Cadiz y de allí á la provincia de Sidona (6) donde se dió tambien una gran batalla, estableciéndose el 8 de Moharrám (5 de Setiembre) á doce parasangas de Sevilla. Los mahometanos salieron entonces á su encuentro y el 12 del mismo mes fueron derrotados, sufriendo grandes pérdidas: los madjus acamparon á dos millas de Sevilla: los habitantes de esta ciudad salieron contra ellos y los combatiéron; pero el 14 (1.º de Octubre) quedaron derrotados, pereciendo un gran número y cayendo muchos en manos de los madjus que no perdonaron ni á las acémilas. Entrados por fin en

(5) Debemos perdonar á un escritor egipcio esta expresion inexacta. Nowairi hubiera podido decir que los Normandos vivian en Francia porque en aquel tiempo pasaban el verano haciendo algaras en aquel país y el invierno en las islas que prolongan su costa.

(6) Sidona es siempre entre los árabes el nombre de una provincia; solo autores mal informados, como Ibn-al-Hacám, (p. 4, ed. Jones) hacen de él un nombre de lugar.

la ciudad los vencedores permanecieron en ella un dia y una noche y se volvieron á sus barcos; pero, cuando vieron llegar el ejército de Abderraman II, se apresuraron á salirle al encuentro. Los musulmanes resistieron la acometida y trabado el combate, murieron setenta politeistas, huyendo los demás y volviendo á embarcarse, sin que aquellos se atrevieran á perseguirlos.

«Abderraman envió despues otro ejército contra ellos, empenándose una batalla muy reñida en que los sectarios de Odin se batieron en retirada. El 2 rebí 1.º (17 de Noviembre) el ejército musulman se puso en persecucion de ellos y con los refuerzos que de todas partes les llegaban, los atacó de nuevo, estrechándolos por todas partes; los normandos huyeron entonces perdiendo unos quinientos hombres, y cuatro buques que fueron quemados, despues de sacarse de ellos cuanto contenian (1). Los madjus fueron luego á Niebla, donde se apoderaron de una galera, y estableciéndose en una isla cerca de Coria (2), se repartieron el botin. Los mu-

(1) Si se compara con este relato el de Ibn-Adhári, se verá que Nowáiri habla aquí de una batalla dada en la provincia de Sidona.

(2) No nos atrevemos á asegurar que Nowáiri no se equivocase al escribir este nombre, pero es claro que se trata de una isla cercana á Huelva.

sulmanes remontaron el río (1) para atacarles y les mataron dos hombres: los normandos entonces, poniéndose nuevamente en marcha, invadieron la provincia de Sidona, apoderándose de muchos viveres y cogiendo muchos prisioneros; pero, á los dos días de su vuelta, los barcos de Abderraman arribaron á Sevilla, y á su aproximacion huyeron á Niebla, cuyo país saquearon, cogiendo prisioneros: hecho esto, se dirigieron á Ocsonoba (2) y de allí á Béjar; retirándose á Lisboa y abandonando las costas de España, con lo que no se volvió á oír hablar mas de ellos y el país se tranquilizó.

Escuchemos ahora á Ibn-Adharí, página 89, 91 de nuestra edición. Refiriendo este autor la invasión de los normandos cita dos libros *el Báhdjá an-nafs*, que me es desconocido, y *el Dorar al-Calayíd*, es decir *el Dorar al-Calayíd wagherar al-fawayíd* por Abu-Amir (Mohammed Ibn-Ahmed Ibn-Amir) Sálímí (3), que parece haber vivido en el siglo

(1) El Tíato.

(2) Las ruinas de Ocsonoba, ciudad episcopal antiguamente, se encuentran al N. de Faro, en un sitio llamado en la actualidad Estoy.

(3) Véase Ibn-Adhári t. II p. 132 (donde debe leerse Abu-Amir en vez de Abu-amir) Maccari t. I p. 82 (donde debe sustituirse al-salimí á al-saalimí) t. II p. 97, 195, 629, Ibn-al-Abbár, anteriormente t. I y en mis *Noticias* p. 174, 175 y 176.

XI ó XII, y cuya historia, á juzgar por los extractos que se encuentran en muchos autores estaba escrita en prosa rimada, siendo de ella probablemente de donde ha tomado Ibn-Adharí los dos pasajes que se encuentran en su relato.

«En el año 229 (39 de Setiembre 843-17 de Setiembre 844) recibióse en la capital una carta de Wabb-alláh Ibn-Hazm, gobernador de Lisboa, diciendo que los Madjus habían aparecido en las costas de su provincia con cincuenta y cuatro bageles y otras tantas barcas. Abderraman lo autorizó entonces y á los gobernadores de las demás provincias marítimas para que tomasen las medidas que las circunstancias exigiesen.

TOMA DE SEVILLA POR LOS MADJUS
EN EL AÑO 230.

Los Madjus llegaron con unos cien bagales; cubrióse el mar de pájaros de color de sangre, (1) llenaróñse los corazones de los hombres de temores y angustias. Después de desembarcar en Lisboa pasaron á Cádiz, de allí á la provincia de Sidona, y por último á Sevilla; sitiaron y tomaron á viva fuerza esta ciudad, sometieron á sus habitantes á los rudos dolores de la cautividad y de la muerte, y durante los siete días de su permanencia apuró el pueblo el cáliz de la amargura.

Apenas el emir Abderraman se informó de lo ocurrido confió el mando de la caballería al hádjib Isá-Chohaid (1). Los musulmanes

(1) Véase la nota A. al fin del tomo.

(2) Así debe leerse en vez de *ibn-Said*. Ibn-al-Cutia (folio 350 atestigua que el hádjib ó primer ministro durante los últimos años del reinado de Abderraman II se llamaba isa Ibn-Chohaid. Los Beni Chohaid ocupaban un alto puesto entre la nobleza cortesana.

se apresuraron á alistarse bajo sus banderas y á unirse á él tan estrechamente como están unidos la pupila y el ojo. Abdalah-ibn-Colajib, ibn-Wasim (1) y otros oficiales se pusieron también en marcha con la caballería. El general en jefe del ejército estableció su cuartel en el Aljarafe y desde allí escribió á los gobernadores de los distritos ordenándoles que llamasen á sus administrados á las armas. Acudieron estos á Córdoba y el eunuco Nasr los condujo hacia el ejército.

«Sin embargo, los Madjus recibían incessantes refuerzos y, según el autor del libro titulado *Bahdjá an-nafs*, continuaron por espacio de trece días matando á los hombres y reduciendo á esclavitud á las mugeres y niños; en vez de trece el autor del *Dorar al-Calayid*, á quien hemos seguido antes, dice siete días. Tras de varios combates con los musulmanes, los normandos fueron á Capitel (2) donde permanecieron tres días; entraron luego en Caura (3), á doce millas (tres

(1) Este oficial, como de pues veremos, se rindió en la provincia de Sidona.

(2) Hoy *Isla menor*, una de las dos islas que forma el Guadalupe antes de desembocar en el mar.

(3) Caura se encuentra mencionada en Plinio y los árabes pronuncian este nombre de la misma manera que los romanos (Véase el Lob al-lobáb): hoy se dice Coria. Ibn-Haiyán (folio 33) atestigua también que Caura está á 12 millas de Sevilla;

leguas) de Sevilla, degollaron á multitud de personas, despues se apoderaron de Talyáta, á dos millas (media legua) de la repetida ciudad (1) pernoctaron en ella y al dia siguiente de mañana aparecieron en un sitio llamado al-Fajarin: enseguida volvieron á embarcarse, y mas tarde libraron una batalla con los musulmanes derrotándolos y causándoles perdidas incalculables. Los Madjus, vueltos á sus barcos se dirigieron á Sidona, de allí á Cádiz. Despues de enviar el emir Abderraman sus generales contra ellos y de combatirlos con diversa fortuna derrotándolos por último, valiéndose de máquinas de guerra y de las fuerzas venidas de Córdoba, matáronles quinientos hombres y se apoderaron de cuatro de sus barcos que Ibn-Wasin mandó quemar despues de vender todo lo que contenían. Enseguida (2) fueron derrotados en Talyáta, el martes 25 de Safar de este año.

pero los españoles (Véase Caro, *Antigüedades de Sevilla*, folio 116, v., Morgado *Historia de Sevilla*, fol. 40. col. I y el *Diccionario geográfico* del Sr. Madoz, art. *Coria*) solo ponen dos leguas entre Sevilla y Coria del Rio.

(1) Véase acerca de Talyáta, el tomo I p. 404 y nota D. p. 458.

(2) Esta palabra está aquí fuera de su sitio. Segun Nowáiri, la batalla en la provincia de Sidona, de que Ibn-Adhári acaba de hablar, se dió el 17 de Noviembre, seis dias despues de la de Talyata.

(11 Noviembre de 844) pereciendo muchos de ellos, siendo ahorcados algunos en Sevilla, colgados otros de las palmeras de Talyata y quemado treinta de sus barcos. Los normandos que escaparon del degüello volvieron á embarcarse, fueron á Niebla y luego á Lisboa, sin que volviera á oirse hablar de ellos. Habian llegado á Sevilla el miércoles 14 de Moharram del año 230 (1 Octubre de 844) y trascurrido cuarenta y dos dias desde que entraron en esta ciudad hasta la partida de los que consiguieron escapar al filo de la espada agarena. Su gefe habia sido muerto, Dios, para castigarlos por sus crímenes, permitió que fueran degollados y aniquilados apesar de ser muy numerosos. El gobierno cuando los vió vencidos, comunicó esta fáueta nueva á todas las provincias, y el emir Abderraman escribió á los Cinadhjies de Tánjer informándoles de que, con el auxilio de Dios, habia logrado acabar con los Madjus y envióle la cabeza de su gefe y otras doscientas de los principales guerreros normandos.»

Añadiremos á estos pasages el curioso relato de Ibn-al-Cutia, completamente desconocido aún y el más antiguo, porque es del siglo X.

«Abderraman mandó construir la gran

mezquita de Sevilla y reedificar las murallas de esta ciudad, destruidas por los Madjus en el año 230. La aproximación de estos bárbaros sembró el espanto entre los habitantes, que huyeron todos en busca de un asilo, ora á las montañas de los alrededores, ora á Carmona. En todo el occidente hubo una sola persona que se atreviese á combatirlos; en su consecuencia llamáronse á las armas á los habitantes de Córdoba y de las provincias limítrofes, y, cuando estuvieron reunidos, los visires los condujeron contra los invasores. Los moradores de las fronteras habian sido llamados en los momentos mismos en que los Madjus, desembarcados en el extremo occidental, se habian posesionado de la llanura de Lisboa.

»Los visires se establecieron en Carmona con sus tropas, pero era tal y tan extraordinaria la bravura de los enemigos que no se atrevieron á atacarlos hasta recibir los refuerzos de la frontera, que llegaron al cabo con Musa ibn-Casi (1). Mucho costó á Abderraman conquistar el apoyo de este gefe, á quien se vió obligado á mimar y á recordar los lazos de amistad que unian á en-

(1) Véase sobre este renombrado caudillo, descendiente de una familia visigótica, lo que dijimos en el primer tomo, p. 304 y siguientes.

trambas familias, por haber abrazado el islamismo un ascendiente de Muza á instancias del califa Walid y haber llegado de este modo á hacerse su cliente. Muza cedió al fin y marchó al Mediodía con un numeroso ejército, pero llegado á las cercanías de Carmona, colocó su campamento aparte, sin querer reunirse con las demás divisiones de la frontera, ni con el ejército de los visires.

»Estos preguntados por los gefes de las tropas fronterizas acerca de la marcha y movimientos de los enemigos y de un sitio cercano á Sevilla para poder emboscarse sin peligro de ser descubiertos, les respondieron que los Madjus enviaban diariamente destacamentos á Firrich (1), Lacant (2), Córdoba y Moron, y les indicaron la aldea de Quintos Moafir (3), al S. O. de Sevilla, como á pro-

(1) El fuerte, á que daban los árabes el nombre de Firrich, se encontraba al N. E. de Sevilla, no léjos de Constantina. Véase Edrisi t. II. p. 57 de la traduccion del Sr. Jaubert, donde se lee *Firsch*, pero el man. A de París, que hemos confrontado, trae la buena leccion *Firisch*. Véase tambien el *Maracid* en v. *Firisch*.

(2) Dáse el nombre de Lacant, dice el autor del *Maracid*, á dos fortalezas de la provincia de Mérida, una pequeña y otra grande, que están frente á frente. Quizás este lugar, de que los autores árabes hablan muy á menudo, se encontraba en las cercanías de Fuente de Cantos, al N. O. de Sevilla.

(3) Quintos se encuentra nombrado en el *Repartimiento* de Alfonso X, (*apud* Espinosa, *Historia de Sevilla*, fól. 16, col. 2)

pósito para sus planes. Los gefes siguieron la indicacion de los visires y á media noche se emboscaron en la citada aldea, poniendo á uno de los suyos, provisto de un haz de leña, de centinela en la torre de la antigua iglesia.

»Al rayar el dia el centinela avisó el paso de una banda de diez y seis mil Madjus que se dirigian á Moron. Los musulmanes los dejaron pasar y les cortaron la retirada á Sevilla, despues de lo cual los detrozaron.

»Luego los visires siguieron adelante y, entrados en Sevilla, encontraron en ella al gobernador sitiado en el castillo, que se le unió y los habitantes volvieron en masa á la ciudad.

»Sin contar la banda destrozada, otras dos se habian puesto en campaña: una con direccion á Lacant, otra en direccion al cuartel de los Beni-P-Laith, en Córdoba. Así, cuando los Madjus, que áun estaban en Sevilla, vieron llegar al ejército musulman y se enteraron del desastre sufrido por la division que fué á Moron, volvieron á embarcarse precipitadamente, y, remontando el rio hácia el castillo de (1) encontraron á sus cama-

pues se sabe que Moáfir es el nombre de una tribu árabe. Una parte de esta tribu poseía tierras alrededor de la aldea de Quintos.

(1) El castillo de *Alshwak*, como escribe Ibn-al-Cutia, ó

radas, y todos juntos descendieron rioabajo, mientras los habitantes del país los llenaban de improperios y maldiciones, tirándoles piedras. Llegados á una milla más abajo de Sevilla, los Madjus les gritaron:—Dejádnos en paz, si quereis rescatar los prisioneros!—Dejando entónces el pueblo de arrojarles proyectiles consintieron rescatar los cautivos á todo el mundo. La mayor parte de ellos pagaron su rescate; pero los Madjus no quisieron tomar oro ni plata, aceptando sólo víveres y vestidos.

»Despues de abandonar á Sevilla se fueron á Necur donde cogieron prisionero al abuelo de Ibn-I-Salih; el emir Abderraman Ibn-Hacám lo rescató y los Beni-Sálih, agradecidos á este beneficio, conservaron siempre buenas relaciones con los Omeyas (1). Los Madjus saquearon simultáneamente ambas costas, y durante esta expedicion, que duró catorce años, llegaron al país de los Rum y á Alejandría.

»Concluida la gran mezquita de Sevilla

de *Ragan*, como se encuentra en Ibn-Haiyan (fól. 61 v.), era, segun el último autor, el primero que se encontraba remontando el rio á ocho millas (dos léguas) de Sevilla. Las tropas del sultan Abdallah lo destruyeron.

(1) Volveremos á ocuparnos de este pasage, que se refiere á otra invasion de los normandos y contiene errores.

Abderraman soñó que habia entrado en ella y que en el *kibla* (1) estaba el Profeta muerto y envuelto en un sudario. Se despertó muy triste y preguntando á los adivinos la explicacion de aquel sueño, le respondieron que el ejercicio del culto cesaria en la mezquita. Así aconteció cuando los normandos se apoderaron de la ciudad.

»Muchos xeques de Sevilla han referido que los Madjus arrojaban flechas incendiadas sobre el techo de la mezquita, y que las partes del techo donde daban estas flechas se desplomaban. Aun hoy pueden verse las huellas de esos flechazos. Luego cuando los Madjus se apercibieron que de aquella manera no conseguirian sus propósitos, amontonaron leña y esteras de juncos en una de las naves, con intencion de prenderle fuego y esperando que el incendio llegaría al techo; pero un jóven que llegó del lado de *Mihrab* (2) salió á su encuentro, los arrojó de la mezquita y durante tres dias consecutivos, hasta el de la gran batalla, les impidió que volviesen á entrar allí. Los Madjus decian que el jóven que los habia expulsado de la

(1) Llámase así á la puerta de una mezquita que se encuentra hácia el lado de la Meca.

(2) Es la *kibla*, es el sitio donde se tiene el imam.

mezquita era de una belleza extraordinaria. (1)

»Desde entónces el emir Abderraman tomó medidas de precaucion, hizo edificar un arsenal en Sevilla, mandó construir barcos y que se alistasen marineros de las costas de Andalucía, á quienes señaló sueldos muy crecidos, proveyéndolos de máquinas de guerra y de nafto. Tambien cuando los Madjus arribaron por segunda vez en el año 244 (19 de Abril 858—7 Abril 859), bajo el reinado del emir Mohammed, salieron á combatirles á la desembocadura del rio y cuando aquellos se vieron derrotados é incendiados muchos de sus barcos, se retiraron.» (2)

Muy difícil seria reunir en uno solo los tres relatos mencionados, que se contradicen á menudo, cosa muy natural por tratarse no de narraciones contemporáneas, sino

(1) La mezquita de Sevilla fué, pues, salvada por un ángel, así como Tours habia sido salvada algun tiempo antes por San Martín.

(2) A creer al Sr. Gayangos en una nota sobre su edicion de Razi, p. 98, se hallarian en el *Ajbar Machmua* detalles interesantes sobre la invasion del 844 y cita hasta la página, á saber, fól. 77; pero es el hecho que el autor del «*Ajbar*» nada dice sobre los Madjus; el Sr. Gayangos lo habrá confundido con Ibn-al-Cutia, cuya obra se encuentra en el mismo tomo y, habla, de los Madjus en la p. 27.

de tradiciones que no se consignaron hasta el siglo X, pues los árabes de España comenzaron muy tarde á escribir su historia (1). Las divergencias que existen entre estos relatos reconocen tambien otra causa. Segun la exacta observacion de Mr. Kunik, p. 301, los normandos que invadieron las costas de la peninsula no formaban un solo cuerpo obediente á las órdenes de un solo gefe, siendo por el contrario bandas que obraban unas veces de acuerdo, otras separadamente, circunstancia no reparada por los autores árabes, y que explica muchas de las contradicciones de estos relatos.

Notemos tambien que la época en que los normandos aparecieron por primera vez en España, una de esas bandas desembarcó en la costa occidental de África, en el lugar donde más tarde fué edificada Arzilla. El geógrafo Becrí se expresa sobre este punto en los siguientes términos: (2)

«La ciudad de Arzilla es de construccion moderna y debe su fundacion al acontecimiento que vamos á referir. Los Madjus llegaron dos veces á la rada que hoy le sirve de puerto. La primera supusieron haber de-

(1) Véase sobre este punto la traduccion que hemos añadido á nuestra edicion de Ibn-Adhari.

(2) Página 111 de la edicion de M. de Slane.

positado en este lugar inmensos tesoros y dijeron á los berberiscos reunidos para combatirles:—«No hemos venido para haceros la guerra; pero este lugar oculta riquezas que nos pertenecen; si quereis apartáros y dejarnos sacarlas, nos comprometemos á compartirlas con vosotros.»—Los berberiscos aceptaron la proposicion y se retiraron á alguna distancia: los Madjus cavaron un largo espacio de terreno y sacaron de él gran cantidad de mijo podrido. Aquellos, viendo el color amarillo de este grano é imaginándose que era oro, corrieron á quitárselo: los Madjus espantados huyeron á sus barcos. Los berberiscos despues de reconocer que todo su botin consistia en mijo, se arrepintieron de lo que acababan de hacer é invitaron á los normandos á desembarcar de nuevo para coger sus riquezas; mas éstos rehusaron.—«Habeis violado una vez vuestros compromisos, dijeron á los africanos, ningun derecho teneis á nuestra confianza.»—Enseguida partieron y, dándose á la vela para España, vinieron á desembarcar en Sevilla el año 229, bajo el reinado del iman Abderraman-Ibn-Hacám.»

En este pasaje, cuya continuacion daremos más adelante, tratase sin duda alguna, no de toda la escuadra normanda, sino de una banda poco considerable, que des-

pues de abandonar la costa africana, fué á unirse á los normandos, desembarcados en Sevilla. En efecto; esta banda á ser numerosa, no hubiera huido á la aproximacion de los berberiscos: por otra parte, Iba-Adhari atestigua formalmente que los normandos desembarcados en Sevilla recibian continuos refuerzos. Parece, por último, que la tropa de que habla Becrî descubrió un silo, hallazgo de inestimable precio, pues la gran dificultad que á los Madjus se ofrecia durante sus largas expediciones era la de procurarse víveres; lo cual explica, segun vimos ya en el relato de Ibn-al-Cutia, que en Sevilla rehusaran tomar dinero en cambio de los cautivos, y que solo consintiesen en aceptar vestidos y provisiones de boca.

II.

INVASIONES DE 858-861.

La crónica de Albelda (c61) no contiene sobre estas invasiones más que las siguientes palabras: «Bajo el reinado de Ordoño I, los normandos aparecieron por segunda vez en las costas de Galicia, pero fueron destrozados por el conde Pedro.» Sebastian de Salamanca (c. 26) es más explícito, se expresa en estos términos: «En aquel tiempo los piratas normandos aparecieron por segunda vez en nuestras costas; despues arribaron á España (1) y matando, quemando y saqueando, asolaron todas las costas de este país. Atravesandò en seguida el estrecho se apoderaron de Nachor (2), ciudad de la Mauritania, donde

(1) Sabido es que los cronistas del Norte de la península daban el nombre de *Hispania* á la España árabe.

(2) Necur, ó Necor segun la pronunciación africana, era una villa del Riff marroquí á 14 léguas O. S. O. del Cabo Tres Forcas. Más tarde recibió el nombre de Mezzemma.

mataron un gran número de musulmanes. Despues de esto atacaron y despoblaron las islas de Mallorca, Formentera y Menorca; por último fueron á Grecia y despues de una expedicion de tres años, se volvieron á su pátria.»

Ibn-Adhârî, (t. II, p. 99), cuenta esta invasion de esta manera:

«En el año 245 (8 de Abril 859—27 de Marzo 860) los Madjus se presentaron de nuevo en las costas de Occidente con 62 buques; pero las encontraron muy bien custodiadas, porque los barcos musulmanes hacian el crucero desde la frontera de la costa francesa (1) hasta las del lado de Galicia en el extremo occidental. Dos de sus buques se adelantaron; pero, perseguidos por los bajeles que guardaban la costa, fueron capturados en un puerto de la provincia de Beja. Allí se encontró oro, plata, prisioneros y municiones; los demás buques avanzaron costeano y llegaron á la embocadura del rio de Sevilla; entónces el emir (Mohammed) dió orden al ejército de ponerse en marcha, y llamó á las armas para que se engancharon bajo las banderas del hádjib Isâ-Ibn-Hasan.

(1) Trátase aquí de las costas orientales de España.

«Los Madjus, abandonando la embocadura del rio de Sevilla, fueron á Algeciras de la que se apoderaron incendiando su mezquita principal; luego pasaron al Africa y, despojaron á sus poseedores, hecho lo cual, volvieron hacia la costa de España, y, desembarcando en a de Todmir, avanzaron hasta la fortaleza de Orihuela; despues fueron á Francia, donde pasaron el invierno; allí cogieron multitud de cautivos, apoderándose de mucho dinero y haciéndose dueños de una ciudad en que fijaron su residencia y que aun lleva su nombre. Retornaron enseguida hacia la costa de España, pero habian perdido ya mas de cuarenta buques, y en el combate con la escuadra del emir Mohammed, en la costa de Sidona, perdieron otros dos, cargados de riquezas. Los otros buques continuaron su marcha.»

Becrí nos dá noticias acerca de los destrozos que hicieron los normandos en Africa durante esta expedicion: en el principio de su artículo sobre Arzilla despues del pasaje traducido anteriormente, dice: «La segunda invasion de los Madjus se verificó cuando, despues de abandonar las costas de España, fueron impelidos por el viento hacia ese puerto (el puerto de Arzilla) yéndose á pique muchos de sus bajeles en la entrada occidental

de larada, de donde tomó este sitio el nombre, que aun conserva en la actualidad, de *puerta de los Madjus*. Entónces construyeron un *ribat* (1) en el lugar que ocupa hoy la ciudad de Arzilla y allí acudieron de todas partes.» Véase, pues, que Arzilla fué en su origen una especie de ciudadela ó fortaleza, destinada á proteger la costa occidental del Africa contra las invasiones de los normandos.

El segundo pasaje de Becrí (p. 92 ed. de Slane) está concebido en los siguientes términos:

«Los Madjus (Dios los maldiga) desembarcaron cerca de Necur en el año 244 (19 de Abril 858-7 de Abril 859), tomaron la ciudad, la saquearon y redujeron á sus habitantes á la servidumbre, excepto á dos que se salvaron huyendo. Entre los prisioneros se encontraron Ama-ar-rahman (2) y Janula, hi-

(1) «Los *ribats* eran primitivamente cavernas fortificadas que se construian en las fronteras de un imperio, adonde, á más de las tropas que allí se mantenian, acudian gentes piadosas para hacer el servicio militar y obtener de este modo los méritos espirituales á que tienen derecho los que guerrear contra los infieles. Las practicas devotas ocupaban allí sus momentos de ocio.» M. de Slane en el Jour. Asiat. tercera série t. XIII, página 168.

(2) Literalmente «la sierva» del *misericordioso*. Este nombre es, por decirlo así, el femenino de Abderraman II.

jas de Wákif Ibn-Motacim Ibn-Sálih, á quien rescató el imam Mohammed Ibn-Abderraman. Los Madjus permanecieron ocho dias en Necur.» (1)

Este testo es importante por la fecha que en él se encuentra. Becrí coloca la toma de Necur en 244 de la hegira (858 de nuestra era). Ibn- al-Cutia fija la segunda invasion de los normandos en el mismo año y creemos que su expedicion, que duró muchos, comenzó realmente en 858; en segundo lugar; el relato de Becrí sirve para corregir las noticias de Ibn-al-Cutia (véase lo que hemos dicho en la p. 331). Segun este los Madjus se apoderaron de Necur en 844, y cogieron prisionero al príncipe reinante que fué rescatado por el sultan de España Abderraman II, todo lo cual es inexacto; primero, porque Necur no fué tomado en 844 sino en 858; segundo, porque no fué el mismo príncipe quien cayó en poder de los normandos, sino dos princesas parientas suyas (el príncipe Saíd-Ibn-Idris, era su tio segun el uso de Bretaña)

(1) Ibn-Jaldum en su *Historia de los Berberiscos* (t. I página 283 del testo: t. II p. 139 de la traduccion) habla tambien de la toma de Necur por los normandos; pero por un singular anacronismo coloca este acontecimiento un siglo antes en 144, y añade que los normandos fueron espulsados de Necur por los berberiscos Beránis.

las cuales fueron rescatadas, no por Abderaman II, sino por su hijo menor Mohammed.

Volvamos ahora á Ibn-Adhari quien, al decir que los normandos habian ya perdido cuarenta barcos antes de volver á la costa de España, tuvo á la vista sin duda la horrible tempestad sobrevenida á la escuadra normanda á su vuelta de Italia, tempestad de que habla Benito de Sainte Maur. Ibn-Adhari asegura tambien que los normandos invernaron en Francia. El obispo Prudencio atestigua por su parte que pasaron el invierno en Provenza (1). agregando que se establecieron en la isla de Camaria, es decir, sobre el delta ó triángulo, llamado hoy la Camargue, formado por los dos brazos principales del Ródano, cerca de su embocadura, algo más abajo de Arlés; siendo muy de notar que el autor árabe nos enseña que este sitio ha conservado algun tiempo el nombre de los normandos. Posible es, por tanto, que el nombre de los piratas hubiese quedado en la Camargue hasta la época en que Ibn-Adhari escribia, es decir, hasta el siglo XIII; mas, no echemos en

(1) En el año 859. «Piratæ Danorum longo maris circuitu, inter Hispanias videlicet et Africam navigantes, Rodhanum ingrediuntur, depopulatisque quibusdam civitatibus ac monasteriis in insulâ Camariâ sedes ponunt.

olvido que este escritor se limita á copiar literalmente ó á compendiar las crónicas más antiguas. Segun todas las apariencias, en este caso se ha reducido á copiar á Arib, escritor del siglo X, que ha sido su principal fuente.

La invasion de los piratas en la provincia de Todmir (Murcia) ocurrió, á nuestro juicio, en el año 860; al menos en este año es cuando el obispo Prudencio habla de la invasion de los normandos en el Este de España (1). Los cronistas árabes han supuesto ocurrido en un solo año todo lo que sabian acerca de las invasiones de esta época; pero ya vimos que Sebastian de Salamanca atestigua que la expedicion duró tres años y aun quizás duró mas tiempo, como creemos; pues segun los respetabilisimos testimonios de Ibn-al-Cutia y de Becrí, comenzó en el año 858, y segun Prudencio, los normandos pasaron de nuevo en la Camargue el invierno de 860 á 61. Además Hincmar de Rheims parece dar á entender que los normandos que estuvieron en España y reunidos con otros atacaron la Bretaña en el año 862, habian vuel-

(1) «Hi vero Dasi, qui in Rodhano morabantur, usque ad Valentiam civitatem vastando perveniunt; unde, directis que circa erant omnibus, revertentes ad insulam in quâ sedes ponerant, redeunt.»

to poco antes á las costas occidentales de Francia (2).

Al pasaje de Ibn-ad-hari añadiremos el de Nowairi concebido en los siguientes términos:

RELATO

DE LA INVASION DE LOS MADJUS EN LA ESPAÑA
MUSULMANA.

«En el año 245 los Madjus vinieron atacar á España en sus buques, llegaron á la provincia de Sevilla y apoderándose de la capital, tomaron la gran mezquita. Luego pasaron á Africa, despues volvieron á España y huidas las tropas de Todmir, se apoderaron de la fortaleza de Orihuela. Mas tarde, avanzaron hasta las fronteras de Francia y haciendo correrías por este país, obtuvieron un gran botin, cogiendo muchos prisioneros; á su vuelta encontraron la escuadra del emir Mohammed, y empeñando con ella un reñidísimo combate, perdieron cuatro barcos, dos de los cuales fueron quemados, cayendo en poder

(2) «*Refectis navibus, Dani per mare petentes per plures classes se dividunt, et prout cuique visum est, in diversa velificant; maior autem pars Britannos, qui Salomone duce habitant in Neustría, petit, quibus et illi iunguntur; qui in Hispania fuerant.*

de los musulmanes cuanto contenian; entonces los Madjus combatieron furiosamente y un gran número de mahometanos sufrieron el martirio.

«Los Madjus fueron á la ciudad de Pamplona y allí cojieron prisionero al Franco García, señor de esta ciudad, que pagó por su rescate noventa mil dinares.»

Nowairi, al decir que la mezquita de Sevilla fué quemada por los normandos durante esta expedicion, ó la ha confundido con la de 844, ó ha copiado descuidadamente al autor que tenia á la vista. Ibn-Jaldun (folio 9 r.) afirmando poco mas ó menos lo mismo, no ha incurrido sin embargo en semejante error. «Los Madjus, dice, desembarcaron en Sevilla y enseguida en Algeciras, cuya mezquita quemaron. Rodrigo de Toledo que encontró lo mismo en el autor árabe que traducía, tampoco lo entendió puesto que dice: «*Eodem anno sexaginta naves a Normannia advenerunt, et Gelzirat, Alhadra, et Mezquitas. undique deductis spoliis, cœde et incendio consumpserunt.*» Su yerro ha sido de lamentables consecuencias; pues muchos autores, entre otros Mr. Werlaff en vez de decir que los normandos quemaron la mezquita de Algeciras, Aljadhra, tal es el nombre árabe de Algeciras, muchos han escrito, «que

los piratas saquearon la ciudad de Algeciras, la del Alhadra en la Estremadura portuguesa y la de de Mosquitella en Beira.»

Notable es que Nowairí é Ibn-Jaldun digan que los normandos penetraron hasta Pamplona y que cogieron prisionero á García, rey de Navarra (1). Ninguna razon vemos para poner en duda la exactitud de esta noticia que no se encuentra, que sepamos, en ninguna otra parte. Sabido es que los normandos no asolaban únicamente las costas sino que se internaban á menudo; y tambien es sabido, á pesar de la oscuridad casi impenetrable que envuelve á la antigua historia de Navarra, que en esta época, García, hijo de Iñigo, reinaba en aquel país. Segun una carta citada por Traggia (2), este García, hijo de Iñigo, era contemporáneo de Galindo (II) de Aragon, el cual vivia realmente en la época de que se trata, como hemos tenido ocasion de comprobar, estudiando el manuscrito de Meya. Segun otro titulo citado por Moret (3), el rey García hijo de Iñigo, era

(1) En el man. de Leiden de Ibn-Jaldun se lee por error Schaluná, la buena lección benaboluna se encuentra en el manuscrito de París; además Ibn-Jaldun dice que García pagó setenta mil y no noventa mil dinares por su rescate.

(2) En el «Diccionario histórico-geográfico de España» por la Academia de la Historia, t. II, p. 92, a.

(3) «Investigaciones» p. 231.

contemporáneo del obispo de Pamplona Willelindo y de Fortunio abad de Leyre, ambos nombrados por Eulogio de Córdoba, autor de aquel tiempo. Por último, los historiadores árabes (4) traen detalles sobre una expedición que el sultan Mohammed mandó hacer, en el año 860 ó en el siguiente, contra el rey de Navarra, *García hijo de Iñigo*.

Antes de abandonar esta materia, debemos hacer observar que en el único tomo que nos queda de los «Anales de Ibn-Hayyan» se habla tambien incidentalmente de esta invasion, pues al dar el célebre analista árabe la lista de los sublevados contra el sultan Abdalláh, cita entre ellos al renegado Sarabánki (Sadund Ibn-Fath) diciendo entre otras cosas (man. de Oxford, fól. 17 v.): «Bajo el reinado de Mohammed, los Madjus que desembarcaron en la costa occidental de España lo hicieron prisionero y lo rescató un mercader judío creyendo hacer un bonito negocio. Sarabánki pagó algun tiempo á su acreedor el interés de la suma que habia adelantado por él; pero más tarde se fugó y olvidando el préstamo del judío, le hizo per-

(4) Ibn-Adhári, t. II, p. 99 y 100; Nowairí en el año 246, (en el man. de París porque el de Leiden presenta en este sitio una gran laguna); Ibn-Jaldun, fól. 9 r.; Maccari, t. I, p. 223 y 226.

der su dinero. Habiéndose arrojado luego á las montañas comprendidas entre Coimbra y Santander, y que áun llevan su nombre, se entregó al bandolerismo en las tierras de los musulmanes y en la de los cristianos: sucedieronle muchas aventuras, siendo, por último, muerto por mandato de Alfonso III señor de Galicia.»

III.

INVASIONES DE 966—971.

El tratado celebrado en Saint-Clair sur l'Epte aseguró á Rollon y á sus compañeros de armas la posesion de la provincia que habian conquistado en Francia, y á la que se dió desde entónces el nombre de Normandía; pero la paz entre franceses y normandos fué de corta duracion, y en la guerra que los primeros duques tuvieron que sostener contra el rey de Francia llegaron á éstos refuerzos de Dinamarca y Noruega; refuerzos que les era fácil obtener, pero de que les era muy difícil desembarazarse cuando ya no los necesitaban. Así pudo experimentar en 966 Ricardo I, quien tuvo la suerte de que se le ocurriera la idea de enviar á España á sus importunos auxiliares, arrojando de este modo Normandía las sobras de su barbarie sobre la península ibérica.

En guerra contra el conde de Chartres, Thibauld el Tramposo, secundado por Lotario, rey de Francia, Ricardo I, apellidado Sin Miedo, nieto de Rollon, recurrió al rey de Dinamarca, Haraldo Blatand (Haraldo el de los dientes negros) que le habia defendido veinte años antes, y que en esta ocasion le envió un ejército de dinamarqueses paganos. Conducidos por Ricardo, estos valientes y terribles guerreros, remontaron la corriente del Sena devastando horriblemente los países circunvecinos, hasta el punto que el conde y el rey se vieron obligados á implorar la paz. Ricardo, aunque muy propicio á aceptar las ventajosas condiciones que le ofrecian, se creyó obligado á obtener el consentimiento de los daneses, mas éstos que eran señores y no auxiliares se negaron á todo arreglo. — «No queremos paz, ni áun siquiera tregua, gritaron unánimemente, lo que queremos es someter toda la Francia á tu dominio. No quieres, pues bien: la tomaremos para nosotros.» Razones, ruegos, humildes súplicas todo fué inútil: los daneses persistieron tenazmente en su negativa. Entónces los embajadores franceses, á fuer de hábiles y perspicaces, aconsejaron al duque que llamase separadamente á los gefes daneses y procurase atraérselos con promesas y regalos. Si-

guió aquél el consejo al pié de la letra y habiendo logrado persuadir á algunos gefes, los demás tambien accedieron por último á sus deseos; pero á condicion de que les dieran mucho dinero y los guiasen á un país que pudiesen conquistar. Ricardo les aconsejó entónces que fueran á España y les dió por guias á gente de Coutances. (1)

Los daneses al salir de los puertos de Normandia se dividieron, segun costumbre, en muchas bandas. Una fué á atacar las costas occidentales de la España musulmica; hé aquí lo que se lee sobre esta materia en Ibn-Adhári, (t. II. p. 254, 255,) que tomó sus noticias acerca de los Madjus del tiempo de Hacám II, del cronista contemporáneo Aríb, á quien ordinariamente seguia:

«El 1.º de Redjeb del año 355 (23 de Junio 966) el califa Hacám II recibió una carta de Casr abi Danis (Alcacer do Sal) diciéndole que una escuadra de Madjus se habia presentado en el mar de Occidente, cerca de dicho sitio; que los habitantes de toda la costa estaban muy inquietos porque sabian ya de antiguo las costumbres de los Madjus de hacer correrias por España y, por

(1) Dudón de San Quintín (apud Duchesne, *Hist. Normann. Script.*) p. 144 C—131 D.

último, que la flota se componia de veinte y ocho barcos. (En aquel tiempo cada barco contenia cerca de ochenta personas, pudiendo, por tanto, calcularse el número de los daneses en dos mil doscientos cuarenta hombres). (1) Otras muchas cartas llegaron de esta costa con noticias sobre los Madjus, participando entre otras cosas que éstos habian saqueado en todas partes y habian llegado hasta la llanura de Lisboa. Los musulmanes marcharon contra ellos y les presentaron una batalla en la que sufrieron el martirio muchos de los nuestros; pero tambien muchos infieles encontraron allí la muerte. La flota musulmana salió inmediatamente de la rada de Sevilla y fué á atacar á la de los normandos en el rio de Silves. Los nuestros pusieron muchos bajeles enemigos fuera de combate, libertaron á los prisioneros musulmanes que en ellos se encontraban, mataron á un gran número de infieles é hicieron huir á los demás. Desde entónces empezaron á llegar á Córdoba de la parte occidental continuas noticias acerca de los movimientos de los Madjus, hasta que Dios los alejó!!» Y algo más adelante: «En este mismo año Ha-

(1) Dithmar de Mersebourg hablando de la escuadra de Canut en 1016.

cám dió á Ibn-Fotais la órden de llevar de nuevo la escuadra á el rio de Córdoba, (el Guadalquivir,) y construir barcos por el modelo de los normandos, (Dios los confunda), esperando que de ese modo los Madjus tomarian los barcos musulmanes por los suyos y se aproximarian.»

Ibn-Jaldun (fól. 16 v.) copiado por Maccerari (t. I, p. 248) habla tambien de esta invasion, á la que señala una fecha falsa (354 de la Hegira en vez de 355); hé aquí lo que dice: «En este año los Madjus aparecieron en el Occéano y saquearon las llanuras que rodean á Lisboa; pero despues de haber reñido un combate con los musulmanes, se volvieron á sus barcos. Hacám encargó á sus generales que custodiasen las costas y ordenó á su almirante Abderraman Ibn-Romahis darse á la mar sin pérdida de tiempo. En seguida se recibió la noticia de que las tropas musulmanas habian derrotado al enemigo en todos los puntos.»

En Dudon de San Quintin creemos volver á hallar la batalla, dada cerca de Lisboa, de que hablan los cronistas arábigos. Ha venido siendo opinion general que el pasage de que nos ocupamos se referia á una batalla librada en Galicia; pero las palabras de Dudon no se prestan á interpretaciones se-

mejantes. Dice, (p. 151 D. 152 A.): Degollados los aldeanos en todas partes se puso por fin en marcha un ejército español contra los normandos, este ejército fué derrotado y cuando los vencedores volvieron á los tres dias á despojar á los muertos, encontraron que ciertas partes de los cadáveres de los negros (*nigellorum Ætiopumque*) estaban blancas como la nieve, mientras otras partes habian conservado su color primitivo.» «Quisiéramos saber, añade Dudon, cómo explican los dialécticos este hecho, ya que pretenden que el color negro es inherente al Etiópico y no cambia nunca.» A nuestro parecer es obvio que aquí se trata de los moros y no de los gallegos. En los *sagas* del Norte los sarracenos llevan el nombre de *Blamenn*, *hombres negros*, porque en Escandinavia creian que todos los sarracenos eran de este color (1). Los daneses, al despojar á los muertos en el campo de batalla, se maravillaron mucho viendo que, á pesar del color moreno de su cara y de sus manos, los moros tenian la piel tan blanca como ellos

Dudon atestigua, como vimos, que los

(1) Compárese el «Diccionario geográfico» en el tomo XII de los *Scripta. Hist. Islandorum*, en las palabras *Blalandia*, *Mauri*, etc.

daneses consiguieron la victoria en esta batalla, é Ibn-Adharí dá á entender lo mismo; aunque bien se advierte que le cuesta trabajo confesar la derrota de los musulmanes. Más tarde, sin embargo, los normandos sufrieron grandes reveses, pues aunque muy valientes, no era posible que á la larga pudiesen resistir á las excelentes tropas y soberbia marina de Hacân II. La Galicia les ofrecia más probabilidades de triunfo; alguna de sus bandas, segun parece, atacó este país, inmediatamente despues de su partida de Normandia. A lo ménos la crónica de Iria, (c 9), refiere que Sisenando, obispo de Santiago de Compostela, pidió permiso al rey Sancho (muerto hácia fines del 966) (1) para fortificar la capital de su diócesis y tenerla dispuesta contra un golpe de mano de los normandos, que hacian entónces frecuentes correrías por Galicia. Aprobado su proyecto por el rey, hizo rodear á Compostela de murallas, torres y fosos profundos.

Creemos que hacia la misma época próximamente debe fijarse el desastre sufrido por

(1) Tal es la fecha que dá el mongede Silos, (c. 70): Sampiro se engaña cuando fija la muerte de Sancho en 967, pues un título del 19 de Diciembre de 966 (citado por Risco, «Historia de Leon,» t. I, p. 212 y 213) llama á este año el primero del reinado de Ramiro.

una escuadra normanda, cerca de San Martín de Mondoñedo; acontecimiento de que no habla ninguno otro documento y cuyo recuerdo se ha conservado solo por la tradición oral.

El pueblecito de San Martín de Mondoñedo, situado en la costa septentrional de Galicia, cerca de Foz y á tres leguas de Mondoñedo, y que no cuenta hoy día arriba de mil quinientas almas, tuvo sin embargo, el honor de ser durante dos siglos y medio, (desde 866 hasta 1112,) la residencia del obispado de Dumio. A alguna distancia de la villa, en un sitio llamado Murente, se encuentra la capilla del *santo obispo*, peregrinación muy frecuentada por la gente de mar (1); la veneración que disfruta esta capilla debe su origen á una tradición antigua, según la cual, Gonzalo, obispo de San Martín de Mondoñedo, estaba con su clero y fieles en la colina donde se encuentra hoy la capilla y desde donde se divisan muchas leguas de mar, cuando los piratas normandos (2) intentaron desembarcar en la playa. El obispo pi-

(1) Véase Madoz, Diccionario geográfico t. XI p. 493.

(2) La gente del país parece haber nombrado siempre á los normandos; también se ha dicho que los enemigos eran sarracenos; pero parece que esta opinión se ha propalado solo por los eruditos, especialmente por Sandoval.

dió entonces al cielo que se aquiescieran á aquellos bárbaros, y todos sus buques se fueron á pique, excepto uno, el del jefe, que quedó para llevar la noticia del desastre á las demás escuadras. Desde entonces Gonzalo, cuyo sepulcro se enseña todavía en San Martín (1), ha sido venerado siempre como un santo por los habitantes del país. El clero agraviado por el culto que se tributaba á un hombre que no figuraba en el catálogo de los santos, hizo vanos esfuerzos porque desapareciera; pero el pueblo estaba de parte de San Gonzalo, á quien canonizó por su propia autoridad, y el clero, cansado de la lucha, concluyó por consentir lo que no estaba en sus manos evitar.

Por nuestra parte no vacilamos en admitir la certeza de la tradición, en cuanto á su fondo; pues nada tiene en verdad de milagroso, ni de imposible, que una escuadra, víctima de la tempestad, se perdiese en la playa en el momento mismo de estar rezando un obispo. La única dificultad es la fecha; inútil es decir que se ha olvidado enteramente á San Martín y que las hipótesis de los sabios han sido muy poco afortunadas, como ha demostrado Florez. Ciertamente que Gonzalo no

(1) Abierto este sepulcro en 1648 se encontró en él un cayado dorado al lado del cadáver.

vivió ni durante la primera, ni la segunda invasión de los normandos, pues ámbas son anteriores á la época en que San Martín llegó á ser sede episcopal; pero las noticias que de los obispos poseemos son incompletas, no habiendo, segun observa Florez, lugar para Gonzalo mas que entre los años 942 y 969: siendo muy de estrañar que este ilustre autor no haya pretendido colocarle en el año 966, época en que los normandos comenzaron á infestar las islas de Galicia, sin duda porque, al escribir su artículo sobre el dicho obispo, no tuvo presentes los textos relativos á estas invasiones, quedando, á nuestro juicio, fuera de controversia que Gonzalo vivia en aquel tiempo.

La razon que tenemos para colocar el naufragio de la escuadra antes de la época en que los normandos comenzaron su gran expedicion á Galicia, antes del 968, es que Teodomiro, probablemente sucesor de Gonzalo, asistió á la reunion de obispos, celebrado en Navego en 969, y que por tanto debió entrar algun tiempo antes, como observa Florez (1), en el desempeño de su dignidad. Esto no obstante tampoco nos opondríamos á que se fijase el naufragio en 968.

La gran expedicion de los daneses á Gali-

(1) Tomo XVIII p. 106.

cia no comenzó, segun Sampiro (1), hasta el año segundo del reinado de Ramiro III, es decir, el 968 (2), época en que debieron reunirse todas sus bandas, pues los piratas llevaban cien barcos, pudiendo por tanto, evaluarse su número en ocho mil hombres. Llamábase su gefe Gunderedo (nombre que se escribe Gudræd en la antigua lengua del Norte) y Sampiro le dá el título de rey, mas se comprende que era solo un rey de mar un *vikingue*. Este vikingue, pues, devastó cuantos países halló á su paso, y el gobierno no pudo impedirlo, amenazado como estaba de una anarquía feudal. Ramiro III á quien se daba el título de rey era niño todavía y su tía Elvira, que era una religiosa, gobernaba en su nombre; los nobles, no queriendo obedecer á una muger ni á un niño, rompieron los lazos que los unian al trono, declarándose cada cual independiente en el país que gobernaba (3). Los daneses supieron aprovecharse de este estado de cosas y durante año y medio no parece que encontraron en parte alguna resistencia seria; pero, en el mes de Marzo de 970 se aproximaron á Santiago de

(1) C. XVIII. «Esp. Sagr.» t. XIV.

(2) Véase la pág. 353, nota primera.

(3) Mon. Sil. c. 70.

Compostela, y el obispo Sisenando salió á su encuentro, presentándole la batalla el 29, en un sitio que los cronistas llaman Frosnellos. El éxito fué desastroso para el obispo que murió de un flechazo, quedando derrotadas sus tropas, y cayendo, según todas las apariencias, la ciudad de Compostela en poder de los normandos.

Según el manuscrito de la *Historia Compostelana* se libró esta batalla el 29 de Marzo de 968 (Era 1006) (2). Ya hizo observar el erudito Florez que tal fecha es inadmisibles, porque en el mes de Junio de aquel año, Sisenando de Compostela asistió á la reunión de obispos celebrada en Navego, y piensa que en vez de MVI es necesario leer MVIII, (año 970) opinión á la que deferimos con gusto; pero además de esta razón, aún milita otra en favor nuestro, sacada de los *Anales Complutenses*, que dicen: «Sub era MVIII venerunt Lodormani ad Campos.» Difícil sería decir que sitio es este *Campos*, sobre todo tratándose, no de un lugar de poco más ó menos, sino de una ciudad importante, renombrada y conocida de todo el mundo. Todo se aclara leyendo *Compos* en vez de *Campos* y consi-

(1) *Hist. Comp.* c. 6, *Cron. Iriense* c. 11.

(2) *Esp. Sag.* t. XIX p. 151.

derando esta palabra como una abreviatura de *Compostela*, en cuyo caso la crónica de que nos ocupamos trae la verdadera fecha, á saber: el año 970.

Después de la victoria que consiguieron en Frosnellos, los normandos robaron toda Galicia (1) y según Dudon de San Quintín, saquearon é incendiaron en totalidad diez y ocho ciudades.

En el año tercero de su expedición, es decir, en 971, apresuráronse á abandonar á Galicia con el proyecto, no de volver á su país, como piensa Sampiro, sino de ir de nuevo á atacar á la escuadra musulmana. Un pasaje de Ibn-Adhâri, que ahora citaremos, disipa todo género de dudas sobre este punto. Durante su retirada sufrieron rudos descabros. En primer lugar tuvieron que luchar con Rudesindo, pariente del obispo Sisenando, muerto en la batalla de Frosnellos. Rudesindo, á quien la iglesia ha colocado en el catálogo de los santos y que España venera bajo el nombre de San Rosendo, fué al principio obispo de San Martín de Mondoñedo. El año 942 se despojó de su dignidad para consagrarse enteramente á los ejercicios espirituales en un claustro de que

(1) Sampiro c. 28.

era fundador, y allí acudió el gobierno á buscarle cuando Compostela perdió su obispo, pues los consejeros de la regente comprendieron que en las difíciles circunstancias por que atravesaban, Galicia tenia necesidad, no ya de un buen pastor, sino de un hombre cuya influencia y autoridad fuesen lo bastante grandes para restablecer el orden social gravemente trastornado; de un hombre que pudiese reunir en un haz todas las fuerzas de la provincia y volverlas contra los piratas escandinavos. Por lo ilustre de su cuna, (era aliado de la familia real) por sus talentos, por el respeto y veneracion que sus virtudes inspiraban, Rudesindo era el hombre de la situacion. El gobierno le rogó tambien que se encargase de administrar interinamente la diócesis de Compostela. Rudesindo se dejó arrancar, aunque no sin pena, de su apacible soledad, y accediendo á los ruegos del jóven monarca y de los grandes, aceptó el puesto de honor y de peligro que se le ofrecia. El rey lo nombró entónces su lugarteniente en Galicia, invistiéndolo de plenos poderes para hacer cuanto creyese necesario por el restablecimiento de la tranquilidad y por libertar al país de los pillos que lo asolaban. El obispo consiguió formar un ejército, y, puesta su con-

fianza en Dios, lo condujo contra los normandos, repitiendo sin cesar estas palabras del psalmista: «Ellos tienen caballos, ellos tienen carros pero nosotros invocamos el nombre de Dios:» trabado el combate derrotó á los enemigos. (1)

Por su parte el gobierno consiguió tambien poner un ejército en pié de guerra: con-
fió su mando al conde Gonzalo Sanchez, atacó á los daneses y, aún más afortunado que Rudesindo alcanzó sobre ellos una brillante y completa victoria. Su rey Gundredo fué hallado entre los muertos, mas, aunque no dudamos de que los piratas sufrieron gravísimas pérdidas, el testimonio de Ibn-Adhari nos hará ver que exagera Sampiro al asegurar que murió hasta el último de los daneses y que fueron quemadas todas sus naves; debilitados y todo tuvieron fuerzas suficientes para intentar una invasion en la costa occidental de la España musulmana y hé aquí lo que Ibn-Adhari, (tomo II, p. 257) dice sobre esta materia:

«A principios del mes de Ramadhan del

(1) Compárense los *Facta et miracula S. Rudesindi* («Esp. Sagr.» t. XVIII, apéndice n.º XXXII) c. 4 y 6, (super partes *Gallæciæ Regias vices imperando exercebat*) con las disertaciones de Florez sobre Rudesindo (t. XVIII, p. 73-105) y sobre Sisenando (t. XIX, p. 140-165).

año 360 (fines de Junio ó principios de Julio de 971) recibióse en Córdoba la noticia de que los Madjus normandos (Dios los maldiga) habian aparecido en el mar, y se proponian, segun su costumbre, atacar las costas occidentales de Andalucía. El sultan (Hacám II) ordenó entónces á su almirante trasladarse lo más pronto posible á Almería, conducir á Sevilla la armada que se encontraba en aquel puerto, y reunir todas las demás escuadras en las playas de Occidente.»

Como Ibn-Adhâri no vuelve á hablar en adelante de los normandos, es de presumir que los espumadores de mar, intimidados por los preparativos del califa, volviesen á su pátria, y que esta vez los habitantes del litoral quedaran libres de miedo.

Nuestros lectores nos perdonarán que hayamos sido tan prolijos al hablar de esta invasion: la novedad de la materia nos sirve de excusa. En la memoria antes citada, M. Werlauff escribió dos páginas sobre este asunto, pero baste con decir que este sábio que goza de tan merecida reputacion por otros trabajos, no disponia en estas circunstancias de casi ningun documento. no conocia los textos árabes y en cuanto á los latinos, conocíalos solo de referencia, pues no pudo, á lo que parece, consultar la «Es-

paña Sagrada,» donde se encuentran. Privado de esta preciosa coleccion, fuéle tambien imposible aprovechar las excelentes disertaciones del erudito y juicioso Florez, acerca de este período de la historia de Compostela; y, sin embargo, cuando se trata de aquel tiempo, es indispensable haberlas estudiado, porque ellas nos enseñan la necesidad de servirse con circunspeccion de la «Historia Compostelana,» de la «Crónica de Iria» y de la «Vida de San Rudesindo,» cuyos autores se han complacido, por una razon ya explicada, (1), en calumniar á los obispos de esta época. Segun M. Werlauff las fuentes latinas de la historia de España solo se ocupan de las expediciones de que hemos tratado hasta aqui; y, sin embargo, estos documentos hablan de otras muchas invasiones de que nos ocuparemos ahora, y sobre las cuales suministran noticias utilísimas los historiadores del Norte.

(1) Antes p. 22 y 23.

IV.

EXPEDICION DE SAN OLAO.

Entre las ciudades españolas destruidas y saqueadas por los normandos, debe contarse la de Tuy, en la desembocadura del Miño; el testimonio principal respecto á este punto es una carta de Alfonso V, fechada en 29 de Octubre de 1024, en la cual este rey hace donacion de la diócesis de Tuy al obispo de Compostela. (1) En ella se leen estas palabras:

«Post non longum vero tempus, crescentibus hominum peccatis gens Leodemonorum (2) pars marítima est dissipata: &

(1) Esta carta se encuentra en la «Esp. Sagr.» t. XIX, pág. 390 y siguientes.

(2) Esta palabra es sin duda una falta del compilador del cartulario, pues debe leerse «Loordamani,» como tendremos ocasion de ver cuando volvamos sobre esta forma. Por lo demás el mismo error se halla en un titulo de la infanta Urraca, («Esp. Sagr.» t. XXII, apéndice 1, donde se copia en parte el que ahora damos, (tambien se lee allí «Leodemoni.»)

quoniam Tudensis sedes ultima præ omnibus, Sedibus, & infima erat, ejus Episcopus qui ibi morabatur, cum omnibus suis ab ipsis inimicis captivus ductus est, & alios occiderunt, alios vendiderunt, nec non & ipsam Civitatem ad nihilum reduxerunt, quæ plurimis annis vidua, atque lugubris permansit. Postea quidem, prosperante Divina misericordia, quæ disponit cuncta suaviter, ac regit universa, multas quidem ipsorum inimicorum services fregimus, & eos de terra nostra ejecimus, divina gratia adjuvante. Transactoque multo tempore cum Pontificibus, Comitibus, atque omnibus Magnatis Palatii quorum facta est turba non modica, tractavimus ut ordinarem per unasquasque Sedes Episcopos, sicut Canonica sententia docet. Cum autem vidimus ipsam Sedem dirutam, sordibusque contaminatam, & ab Episcopali ordine ejectam, necessarium duximus bene providimus, ut esset conjuncta Apostolicæ Aulæ cujus erat provintia, et sicut providimus, ita concedimus.»

Esta carta nos permite determinar con cierta aproximacion la fecha de la invasion normanda que nos ocupa. Alfonso V, cuando sucedió á su padre Bermudo II, en el año 999, era todavía muy jóven, aunque no

tanto como pretende Pelayo de Oviedo, que solo le concede cinco años, porque es cierto que ya había nacido en 992 (1). Séanos, pues, lícito suponer que contaba ocho años en 999. Ahora bien, como dice formalmente en su carta, que él mismo expulsó á los normandos, es forzoso admitir que tendría edad de poder mandar el ejército, de donde deducimos que la invasión no fué anterior al año 1008, siendo por el contrario posible que fuera posterior.

Las cartas relativas al obispo de Tuy arrojan muy poca luz sobre la materia, pues el obispo Viliulf, que gobernó cuarenta años esta diócesis, firma su última carta el año 999 (2), y aunque ignoramos si tuvo por sucesor inmediato á un tal Alfonso, está fuera de duda que antes de ser destruida dicha ciudad, un Alfonso ocupó su obispado. Así resulta de una carta de 1112, que trata de la invasión de los normandos y en la que se dice que ésta ocurrió poco después de la muerte del referido Alfonso. El nombre del obispo á quien los normandos cogieron prisionero, nos es desconocido.

Nada, por tanto, nos impide creer que la

(1) Véase «Esp. Sagr.» t. XXXVIII, p. 8 y 9.

(2) Véase «Esp. Sagr.» t. XXII, p. 57.

ciudad de Tuy fué saqueada por los normandos hacia el año 1012. Bajo este supuesto nos atrevemos á añadir que lo fué por el famoso vikingue noruego, Olaf hijo de Harald, que reinó más tarde en su patria. Canonizado un año después de su muerte llegó á ser el patron de Noruega y muy pronto le dedicaron una multitud de iglesias, no solo en el Norte, sino también en las Islas Británicas, Holanda, Rusia y aun en Constantinopla.

Era un santo de una especie singular; pirata desde la edad de doce años había invadido ya á Suecia, á la isla de Oesel, á Finlandia y á Dinamarca, cuando llegó á las costas de Holanda. (1) En este país, escitó su codicia Thiel, cuyo comercio estaba entonces muy floreciente, y remontando el Wahal, sin perder momento se apoderó de esta ciudad, cuyos habitantes emprendieron la huida á su aproximación. Los piratas la saquearon é incendiaron; por respeto hacia la religion no quemaron la iglesia de San Walburgo y después de cerrar sus puertas, se contentaron, dice un autor de aquel tiempo, con coger

(1) Verso del scalda contemporáneo Sigvat, en la *Saga Olafs Konungens helga*, ed. Munch et Unger (Cristiania 1853) p. 19.

las vestiduras sagradas, los ornamentos del culto y en una palabra, todos los objetos de valor. Parece, sin embargo, que hubieron de cometer en ella algunas tropelías, porque más tarde el obispo de Utrech, Adelbold, se creyó obligado á reconstruirla.

El año siguiente Olao Haraldsson volvió con noventa bajeles y, derrotando á los holandeses que quisieron oponerse á su paso, llegó hasta Utrech. A su aproximacion los habitantes incendiaron las casas del arrabal, temerosos de que los piratas se ocultasen en ellas; Olao les dió calorosamente las quejas. «No teneis razon ninguna, les dijo, para destruir vuestro barrio, jamás pensé haceros daño alguno; cómo habia de ocurrirme semejante idea cuando teneis un obispo á quien venero como á un santo? Lo único que queremos mis camaradas y yo es que nos dejeis entrar en vuestra ciudad á fin de poder orar en vuestras iglesias y ofrecerle nuestros dones.» Pero los maliciosos habitantes de Utrech, desconfiando de la piedad de los piratas, en la que solo vieron una de esas extratagemas con que los normandos acostumbraban á introducirse en las ciudades para saquearlas luego, respondieron con mucha entereza y cortesía que no podian admitir dentro de sus muros á hombres arma-

dos, y, bien fuera respeto al santo obispo, (como asegura un panegirista de éste), bien que no se creyese en estado de apoderarse de una ciudad tan bien fortificada, como Utrech estaba entónces, Olao desanduvo el camino y se dió nuevamente á la mar. (1)

Inglaterra, donde reinaba el débil é indolente Ezelredo, fué entónces el teatro de sus expediciones. Tomó en union con Thorquel, lugar-teniente del rey de Dinamarca Sven, en el año 1011, la importante ciudad de Cantorberi que faltando á sus compromisos se habia negado á pagar á los daneses el tributo que habia aceptado. «Príncipe gracioso,—cantó más tarde su bardo Otar el Negro,—el mastin ha entrado en el vasto Cantaraborg. Las llamas y el humo jugaron terriblemente con las casas: descendiente de héroes, tú mandabas á la victoria! á mis oidos ha llegado que quitaste la vida á muchos hombres.» (2) En efecto la carnicería fué terrible; el incendio fué, segun un agiógrafo contemporáneo, semejante

(1) Véanse los autores citados por Van Bolhuis, «De Noormannen in Nederland,» p. 191-200.

(2) Saga Olafs, p. 21, ed. de 1833. Véase *ibid* los versos de Sigvat sobre el mismo asunto. Los compiladores de esta Saga cometieron muchos errores hablando de la perma-

al de Troya ó al de Roma bajo Neron. En vano el arzobispo Eusebio, venerado de todos por sus virtudes y su edad, se precipitó delante de los bárbaros, suplicándoles que perdonase á su desdichado rebaño; él, fué víctima de su abnegacion. — Los normandos lo cogieron, oprimieron su cuello para ahogar sus gritos, atáronle las manos, desgarráronle las mejillas con sus uñas, diéronle de puñetazos y puntapiés y despues de esto lo llevaron delante de la catedral para que presenciase la suerte este edificio, adonde se habian refugiado el clero, los monges, las mugeres y los niños. Montones de leña estaban ya acumulados contra las murallás, los normandos les prendieron fuego dando gritos salvajes; muy pronto las llamas tocaron al techo, las vigas inflamadas cayeron, y torrentes de plomo derretido obligaron á los desdichados que allí se albergaban á abandonar la iglesia, y conforme iban saliendo los piratas los iban acuchillando

nencia de Olao en Inglaterra, (véanse á este propósito las excelentes observaciones de M. M. Keyser y Unger, «Olafs saga hins helga, en Kort. Saga,» etc. (Cristiania 1849) p. 98; 104. Es necesario atenerse á los cantos de los Scaldas contemporáneos, que son documentos completamente seguros para la historia.

ante los ojos del obispo

Los normandos que habian metido á este en un inmundo calabozo le perdonaron la vida durante muchos dias, con la esperanza aun de que les pagaria el enorme rescate que le habian exigido; mas, como para contentarlos el obispo hubiera tenido necesidad de espoliar á la iglesia, rehusó hacerlo y su tenacidad exasperó á sus verdugos hasta tal punto que un dia que llegaron de Dinamarca toneles de vino y bebieron con profusion, despues de la comida, no sabiendo que hacer para divertirse, mandaron llamar al anciano. «Oro, obispo, le gritaron de todas partes en cuanto lo apercibieron, oro ó vas á desempeñar un papel que te hará famoso en el mundo.» El obispo, mal inspirado é ignorando probablemente que estaban beodos, tuvo la torpeza de dirigirles un sermon ofreciéndoles el oro de la palabra divina, y amenazándoles con una muerte terrible si se atrevian á atentar á su vida; mas, apenas hubo acabado de hablar, cuando los normandos, rugiendo como bestias feroces, empezaron á tirarle el uno un hueso, el otro una piedra, el de más allá una cabeza de buey. El desdichado anciano cayó al suelo maltratado de la manera mas brutal é inmoble y aún debió dar gracias á Dios cuando un danés, á quien ha-

bia administrado el bautismo, le dió por compasion el golpe de gracia (1).

La iglesia siempre imparcial y equitativa mira á Elfeigio como á un santo, lo mismo que á Olao Haraldsson, uno de sus asesinos.

Algun tiempo despues de la muerte del arzobispo, Olao salió de nuevo á la mar para volver á tomar su antigua profesion y entonces saqueó las costas de Francia, como lo acreditan estos versos de su bardo Ottar el negro: «Joven rey, tu á quien los combates no turban la alegría, tu has podido devastar á Peita (el Poitu). Principe, tu has hecho la prueba de tu escudo pintado en Tuskaland (el país de Tours, la Turena).»

Olao Haraldsson estuvo en España durante esta expedicion, respecto á la cual tenemos de poco años á esta parte un testimonio positivo que se halla en la crónica de Noruega, escrita en una de las Orcadas, y publicada por primera vez en 1850, por un erudito eminente, M. Munsch de Christiania (2). El autor

(1) Osbern, *Vita S Elphegi en Langebek, Script. rer. Danic* tomo II, p. 439 y siguientes. Langebek ha citado en sus notas los pasages de los cronistas ingleses que se refieren á estos acontecimientos.

(2) Ademár (c. 53 en la Recopilacion de Pertz t. IV páginas 139-140, habla sin duda de la misma expedicion, que no debe confundirse con la que de tratan las crónicas de Normandia, como lo han hecho no solo Depping sino aún escritores mas serios

de esta crónica nos enseña (p. 17) que Olao Haraldsson fué á atacar á Bretaña y á España donde consiguió muchas victorias: «*Olavus interim Britones debellat, et usque Hispania partes profectus ibique clarissimos suae victoriae titulos relinquens, rediit in Daniam.*» etc. Ahora bien, como la época de la expedicion de Olao coincide con la destruccion de Tuy por los normandos, no vacilamos en decir que él fué quien saqueó esta ciudad é hizo prisionero á su obispo. Fué la suerte de este menos dura que la del infortunado Elfeigio? Lo ignoramos; pero el obispo debió ser vendido como esclavo ó muerto, pues en Galicia jamás se le volvió á ver.

Hemos dicho que á nuestro conocimiento no ha llegado mas que un solo testimonio que afirme que Olao estuvo en España en esta época; sin embargo hay otros no exentos de valor, y como la crónica de que hemos hecho mérito, aunque inspirada en bue-

tales como los autores del «Diccionario geográfico» que se encuentra en el tomo XII de los «Scripta. Hist. Island.» Esta última expedicion fué hecha por el rey de Noruega Olao Tryggvason (1000) y por el rey de Dinamarca Sven y es anterior en muchos años á la de Olao Haraldsson.

(1) La publicacion de M. Munsch lleva este título: «*Symbolæ ad historiam antiquiorem rerum Norvegarum Christiania, 1850.*»

nas fuentes, no se escribió hasta el siglo XV (1), no será superfluo citar aquellos. Osbern, biógrafo de Elfegio, refiriendo que el cielo castigó cruelmente á los asesinos del santo, dice; que dos de sus bandas marcharon, una en cuarenta buques y otra en veinte y cinco, á países lejanos y desconocidos, donde fueron esterminadas por sus moradores (2). No pudo ser una de esas escuadras la de Olao y uno de esos países *lejanos y desconocidos*, España que apenas era conocida de Inglaterra en aquella época? Convenimos en que la banda de Olao no fué sin duda esterminada, pero fué espulsada al menos por Alfonso V y no debe perderse de vista que al piadoso Osbern le gusta exagerar las cosas cuando cree que vá en ello la reputacion del santo á quien ensalza.

Otro testimonio es mucho mas explícito y probará á nuestro juicio que Olao fué arrojado con su escuadra mas allá de la desembocadura del Miño.

Este testimonio nos lo suministra la saga

(1) M. Munch (p. v.) piensa siempre que la parte principal de la crónica se compuso hacia el año 1300.

(2) *Quadráginta vero, itemque viginti quinque, ad exteras atque ignotas regiones appulsæ, et quasi quæ insidiarum gratias venissent, ab eisdem miserabiliter interceptæ* Recopilacion de Langebek. II. p. 423.

islandesa que lleva el nombre del célebre vikingue: el fondo de este relato (1) se encuentra en la redaccion que consultamos la cual es, segun las curiosas investigaciones de los sabios de Christiania, la mas antigua que poseemos. y data de la segunda mitad del siglo XII, (entre 1170 y 1180); pero existen fragmentos de una redaccion aun mas remota y que parece ser de la primera mitad del siglo XII, es decir, de la época en que comenzó á escribirse la tradicion oral. Los datos por tanto de este saga merecen un examen muy serio, aunque solo sea por su antigüedad y como nombra á los Kalrsar, como el punto mas lejano á que llegó Olao en su espedicion, debemos investigar lo que debe entenderse por esta palabra.

Schæning sospechó si era el Miño, opinion en que no nos detendremos; pues aunque estamos convencidos de que Olao estuvo en ese rio, no vemos razon ninguna justificada para que ledíese el nombre de Kalrsar. En el Diccionario geográfico que forma el tomo XII de los «*Scripta Historia Islandorum*», obra de profunda erudicion, se halla una explica-

(1) Olafs saga edicion de 1849 c. 14-17 ed. de 1853. c. 25 Fornauua Sogur t. IV p. 53-58: t. V. p. 162-163. C. f. *Fagrakinna*, p. 71.

cion enteramente distinta. Los autores de este precioso trabajo traducen (p. 103-104) Kalrsar por las aguas de Carlos y, despues de decir que los normandos tenian la costumbre de cambiar los nombres de los lugares extranjeros en nombres que tuviesen para ellos alguna significacion, piensan que por Kalrsar ó aguas de Carlos debe entenderse el Garona; opinion adoptada por los sabios de Cristiania M. Munch, Keyser y Unger.

Sin negar la exactitud de la hipotesis que sirve de punto de partida á estos eruditos, debemos sin embargo manifestar que el conjunto del relato, al menos á nuestro parecer, no consiente pensar en el Garona. Desde luego el saga dice formalmente que los hombres que viven cerca de Karlsar son paganos é idólatras; y digan lo que quieran los autores del Diccionario geográfico (p. 352) á nosotros nos cuesta trabajo admitir que Olao y sus compañeros, que eran cristianos, aunque muy malos por cierto, considerasen á los habitantes de Bordelés como adoradores de ídolos. En segundo lugar, el país cercano á los Karlsar es evidentemente un *fairy-land* como dicen los ingleses, un país de *encantamento*, si nos es permitido espresarnos así, pues Olao encontró allí dos mónstruos que mató, un javali enorme y una sirena á que los habi-

tantes reverenciaban como dioses tutelares. Ahora bien es verosimil que los normandos colocaran su *fairy-land* en Francia, á orillas del Garona? No lo creemos: Francia donde habian hecho tantas correrías, se parecia demasiado á los demás países cristianos saqueados por ellos para que hubiese podido herir su imaginacion hasta ese punto. Por último, y este argumento nos parece decisivo, el saga dice que Olao esperó en los Karlsar un viento favorable para pasar el estrecho de Gibraltar, luego es evidente que no se trata del Garona, pues ningun hombre, que esté en su cabal razon, esperará en la embocadura de este rio un viento propicio para entrar en el mediterráneo. Debe tratarse por el contrario de una localidad cercana al estrecho de Gibraltar.

A nuestro parecer se refiere á la bahia de Cádiz; allí era donde los buques esperaban ordinariamente un viento favorable para pasar el estrecho; allí donde moraban entónces los paganos, es decir los musulmanes, pues es sabido que todos los pueblos cristianos miraban entónces á los sectarios de Mahoma como idólatras; allí en fin era donde los normandos debieron colocar su *fairy-land*; pues para ellos, Cádiz, donde vivian los singulares *Blamenn* (los negros) estaba al final

del mundo. Los romanos creyeron lo mismo: «*terraram finis Gades*» había dicho Silio Itálico.

Réstanos pues explicar porque los normandos dieron á la bahía de Cadiz el nombre de *karlsar*.

A nuestro parecer este término no quiere decir *las aguas de Carlos*, sino *las del hombre*, *las del hombre grande*, pues la palabra *karl* significa en todas las lenguas germánicas *un hombre grande, fuerte, robusto*, por eso un navío de Olao cuya popa estaba adornada con una cabeza de rey, llevaba el nombre de *karl-hœfus*, *cabeza de hombre, de hombre grande* (1), y traduciéndose *karlsar* de esta manera se explicará fácilmente porque los normandos dieron este nombre á la bahía de Cádiz.

Todo el mundo ha oído hablar de las columnas de Hércules (B) en Cádiz, pero aunque los autores clásicos las nombran á menudo (2) únicamente por los autores árabes, y por los Pséudo Turpin, es por quienes sabemos co-

(1) Saga Olafs p. 38 edición de 1853. *Karlshæfus* cabeza de hombre es también el nombre de un personaje muy conocido en las sagas.

(B) Véase la nota B al fin del tomo.

(2) C. F. Suarez de Salazar. «Grandezas y antigüedades de Cádiz,» p. 149-150.

mo debe entenderse esta expresión. Los árabes conocían muy bien estas famosas columnas que existieron hasta el año 1145 y dieron de ellas descripciones muy detalladas. Eran muchos pilares redondos de piedra muy dura que se encontraban en el mar unos sobre otros; cada uno de estos pilares tenía quince codos de circunferencia y diez de alto, y estaban unidos entre sí con hierro y plomo, midiendo el edificio entero sesenta y aún cien codos de altura, (los geógrafos difieren acerca de este punto). Pero como no tenía puerta, no se podía entrar en él; encima había una estatua de bronce de seis codos de alto, que representaba un hombre con la barba larga, vestido con un cinturón y un manto dorado que le llegaba á media pierna; con la mano izquierda oprimía los panes (1) contra su pecho y en la derecha, estendida hácia el Estrecho, tenía una llave. (2)

Véase, pues, que la muy característica de-

(1) Satiros que reconocían por su gefe al dios Pan. N. del T.

(2) Véase Cazwini, l. II^a p. 370, ed. Wüstenfeld; Dimichki, man. 464, f. 168, v.; Ibn-Iyás, man. 818, p. 361; de Gyangos, t. I, p. 78-79; Turpini, «Hist. de vita Caroli magni,» c. 3, (ed. Reiffenberg, «Cronique rimée» de Philippe Mouskes, t. I, p. 491).

nomination de Karlsâr, *las aguas del hombre*, se explica por sí sola. Ese hombre de nueve piés sobre las columnas de Hércules, esa estatua verdaderamente colosal, debió herir la imaginacion de los normandos y es natural que dieran á la bahía de Cádiz un nombre que, en aquel tiempo, le convenia perfectamente.

Pero quizás conviene que demos un paso más; quizás haya en el mismo saga una vaga reminiscencia de la estatua del hombre grande. Léese allí que Olao cuando se encontraba en la bahía de Cádiz, donde habia combatido á los *paganos* y donde esperaba un viento favorable para atravesar el Estrecho, tuvo un sueño muy notable. Un hombre de un «aspecto magestuoso y formidable» se le presentó y le mandó que no continuase su viage: «Vuélvete á tu país, le dijo, porque reinarás eternamente en Noruega.» Olao creyó que este sueño significaba que reinarian en su pátria él y sus descendientes. Obedeció, pues, el consejo recibido y se volvió. Lo que más nos mueve á creer que hay aquí algun recuerdo confuso de la estatua, es que los autores árabes dan la misma interpretacion á la mano estendida de la figura, diciendo que esa mano estendida significa, «Vuélvete al país de donde has venido.»

Por lo demás damos poca importancia á esta observacion y si se prefiere que sea un ángel el que se apareció á Olao, como lo parece dar á entender en su redaccion del saga Snorri Sturlason, no nos opondremos á ello.

cia, siendo Cresconius obispo de Compostela, es decir, entre 1048 y 1066 (3), se hace indispensable armonizar estos dos testimonios y presumir que el vikingue que invadió á Galicia en tiempo del mencionado obispo, era el danés Ulf.

Por lo demás la *Historia Compostelana* no trae ningunos pormenores acerca de esta correría y cuando dice que Cresconius exterminó á los invasores (1), no debe, á nuestro juicio, tomarse esta expresion al pié de la letra, pues el autor español exajeró los reveses de los normandos, como el autor islandés exajeró sus triunfos.

V.

EXPEDICION DE ULF.

En la historia de los Canutidos (1) se encuentra este pasaje: «Ulf, un *iarl* (conde) de Dinamarca, era un bravo guerrero; fué en calidad de vikingue al Occidente, conquistó y asoló el pais y recogió un botin considerable; por esta razon se le llamaba Galizu Ulf.»

Ya advirtieron los eruditos del Norte que, segun los sincronismos suministrados por el autor de la «Historia de los Canutidos,» este Ulf, de quien habla tambien incidentalmente (2) Saxo Grammaticus, llamándolo Ulvo Galicianus, debió nacer por el año 1000. Ahora bien, afirmando la *Historia Compostelana* que los normandos algazuaron en Gali-

(1) *Knytlínga saga*, en los *Formanna Sogur*, t. XI, p. 302.

(2) Compárese *Esp. Sagr.* t. XIX, p. 194 y siguientes.

(3) Lib. XII, p. 393, ed. Müller y Velschow.

(1) Cresconius—suxæ militiæ circumspecta strenuitate Normanos, qui hanc terram invaserant, funditus extinxit.

VI.

LOS ÚLTIMOS VIKINGUES.

Las invasiones referidas son las únicas de que las crónicas traen pormenores, aunque según los mismos documentos dan á entender, es de suponer que hubo otras. Así Ibn-al-Cutia considera la primera y segunda como una sola expedición de catorce años, de donde parece inferirse que durante este tiempo los piratas no dejaron reposar un instante á las poblaciones de las costas de España. Por otra parte en una fortaleza, mandada edificar por Alfonso III (866-910) para proteger á Oviedo, hay una inscripción (1) donde se lee:

«Caventes, quod absit, dum navalis gentilitas piratico solent exercitu properare, ne

(1) Publicada en la «Esp. Sagr.» t. XXXVII, p. 216; cf. p. 329.

videatur aliquid deperire etc.» La «Crónica de Iria (c. 9) dice también que el obispo Sisnando hizo rodear á Compostela de murallas «propter diram sævamque incursionem Normanorum ad Frandensium (1) prædarum dispendio Gallæciam sæpe afficientium.» Por última una carta de 1112(2) manifiesta que el obispo de Tuy, Naustus (encargado de la custodia de esta diócesis hacia el año 916, es decir, en época en que no se habla en las crónicas de ninguna invasión normanda) se retiró al claustro de Labrugia á causa de las correrías de los normandos. Las crónicas hablan solo de las más importantes.

Esta observación es aplicable especialmente á las posteriores al año 1050 que se prolongaron hasta mediados del siglo siguiente. Durante este período, en que el resto del continente europeo se vió libre de las rapiñas de los piratas escandinavos, las invasiones en España fueron, por el contrario mucho más frecuentes que hasta entonces. De dónde venían estos piratas? Unos

(1) En el capítulo XI este cronista vuelve á decir: «Normani et Frandenses.» Debe leerse *Trandenses*? Los *Thrand* son los noruegos; dábase á la mayor parte de Noruega el nombre de *Thrandheim* (país de los *Thrands*) conservado en el de la ciudad de *Drontheim*.

(2) «Esp. Sagr.» t. XXII, núm. 14.

eran noruegos que iban á tomar parte en las Cruzadas y que creyendo hacer una obra meritoria combatiendo á los infieles, olvidados de que Galicia era un país cristiano, recordaban en cambio con demasiada viveza las mañas de sus antepasados, vikingues como ellos. El mayor número de estos piratas, sin embargo, no venian de Noruega sino de las islas británicas. «Al Norte de Cádiz, dice un autor citado por Maccari, (t. I, p. 104) se hallan las Islas Afortunadas con gran número de ciudades y aldeas, de allí proviene el pueblo llamado de los Madjus, cuya religion es la cristiana; Bretaña es la principal de estas islas y se encuentra situada en medio del Occéano, al Norte de España; en ella no hay montañas ni rios, y sus habitantes tienen que recurrir al agua llovediza para beber y humedecer la tierra.» El autor de la *Historia Compostelana* (lib. 2, c. 23) dice tambien hablando de estos piratas «*Anglici vel Normanigenæ*» y refiriendo una invasion, ocurrida en 1141, les llama simplemente ingleses, *Anglici piratæ*, (l. I, c. 76).

No nos basta, sin embargo, con saber que los piratas de los siglos XI y XII descendian de los Escandinavos (*Normanigenæ*) y venian de las islas británicas, necesitamos precisar esta indicacion que es demasiado vaga; cosa

por extremo difícil, si no tuviéramos otro testimonio que el de la *Historia Compostelana*. Y como los Anglo-normandos, los barones de Guillermo el Conquistador y sus descendientes están fuera de juego, hemos de hacer nuestra eleccion entre los Estadillos fundados por los noruegos en las costas de Escocia, de las Hebridas y en Limerick, Waterford y Dublin, pequeños Estados que subsistieron mucho tiempo despues de la conquista de Guillermo (1). Afortunadamente de este apuro nos saca el autor citado por Maccari, dándonos á entender con bastante claridad, no obstante lo ambiguo de sus frases, que los piratas provenian de un país donde no habia rios ni montañas. Este dato, que tanto llamó la atencion de los orientalistas, y, que en efecto, sería muy de extrañar si el autor, como se ha supuesto, hablase de Inglaterra ó (lo que sería peor) de la Bretaña Armorica, (2) este dato que los árabes tomaron de los mismos Madjus, nos conduce precisamente al único país en que habia entónces vikingues, pues no existian, al ménos segun

(1) Sobre estos pequeños Estados puede consultarse una obra de un sábio dinamarqués de clarísimo ingenio, Mr. Orsay (*Die Danner und Nordmanner in England Schottland und Irland*).

(2) Reinaud *Geographie d'Abulfeda*. t. II, p. 265.

nuestras noticias, en los estados fundados por noruegos, de que hemos hecho mérito. Si este dato, se refiere á las Orcadas es de bastante exactitud, pues de esas sesenta islas solo veinte y nueve están habitadas; todas, si no nos engañamos, carecen de rios, y á escepcion de alguna, como la de Hay, las demás carecen tambien de rocas, siendo por lo general praderas y brezales, donde apenas se vé un árbol que otro. Ahora bien, alli fué donde los noruegos, que no pudieron doblegarse al cristianismo ni á la monarquía, como la entendian Harald Harfagr y sus sucesores, buscaron y encontraron un asilo; allí fué tambien donde las antiguas costumbres de la Escandinavia se conservaron más largo tiempo, merced á la independencia casi absoluta de que se gozaba, pues el rey de Noruega reinaba allí solamente de nombre. El *iarl* de las islas pagaba solamente un tributo y estos *iarls* que eran poderosos, reforzados por los daneses y los noruegos, que habitaban en otras islas al Norte de Escocia, se hallaban en estado de equipar grandes escuadras con las que hacian frecuentes conquistas en Escocia. El *iarl* Sigurd el Gordo y su tio Thorfinn, muerto en 1064, eran célebres vikingues. «Aunque para los vikingues habia comenzado una era

nueva, la cristiana, dice con razon Mr. Worsaae, las Orcadas produjeron todavia, durante más de un siglo despues de la muerte de Thorfinn, hombres, cristianos en el nombre, pero vikingues paganos por su manera de pensar y obrar, entre los cuales figuró en primera línea Swen Asleifsson, que vivia á mediados del siglo XII, en la pequeña isla de Gairsay al N. E. de Mainland, quien no solo tomó una gran parte en las numerosas discordias y revoluciones de que las Orcadas fueron teatro, sino que tambien llevó á cabo expediciones de vikingues contra otros paises. Rodeado de una faccion de ochenta hombres pasaba el invierno en su castillo, viviendo en la abundancia con el botín recogido en la primavera; despues de la recoleccion algareaban por las costa de Inglaterra, Escocia é Irlanda; en el otoño volvia á su isla á traer el trigo, y hecho esto, comenzaba de nuevo sus correrías hasta que el invierno le obligaba otra vez á interrumpirlas.

La historia de los Orcadinos, como ahora veremos, no calla en absoluto acerca de sus expediciones á España, mas frecuentes de lo que aquella dá á entender, como lo prueban los documentos arábigos. Citaremos en primer lugar respecto de esta mate-

ria, un pasage del final del artículo que consagra el geógrafo Edrisi á la isla de Saltes (1), (cerca de Huelva) pasage que se refiere precisamente á las expediciones de los últimos vikingues y que en vano buscariámos en la traduccion del orientalista M. Jaubert, quien lo suprimió diciendo en una nota: «aquí el texto del man. A. contiene un cuento referente á pretendidos adivinos, que nos abstenemos de traducir.» Lo cierto es que por un yerro muy singular, el difunto M. Jaubert creyó que la palabra *Madjus* significaba *adivinos, mágicos* pero hé aquí lo que se lee en el man. A de París, que hemos consultado: «Los Madjus se apoderaron *en muchas ocasiones* de esta isla cuyos habitantes cada vez que oían decir que los Madjus volvían, se apresuraban á emprender la huida y abandonar la isla.» Estas palabras ponen de manifiesto que hau sido muy numerosas las invasiones de los vikingues, quienes, á ejemplo de sus antepasados, formaban á la desembocadura de los grandes rios establecimientos, que les servían de punto de retirada. punto

(1) Saltes ó Chaltich como dicen los árabes era una isleta y no una península, como han creído el Sr. Gayangos y M. Síane. «La isla de Chaltich está rodeada de mar por todas partes» t. II p. 20.

de partida y depósito para el botín (1).

En la obra del Sr. Gayangos se encuentra un pasage aún mas notable (t. I. p. 79) tomado de un geógrafo andaluz que vivía á mediados del siglo XII; hé aquí lo que en él se lee (2).

«Había en otro tiempo en el océano grandes navíos á que los andaluces daban el nombre de *Corcur* (3) con una vela cuadrada delante y otra detrás. Llevaban hombres de una nacion á la cual se dá el nombre de Madjus. Estas gentes eran fuertes, atrevidas y muy experimentadas en la navegacion y cuando desembarcaban en la costa, lo llevaban todo á sangre y fuego, de modo que á su aproximacion los habitantes huían á las montañas, con cuantos objetos de valor poseían. Las invasiones de estos bárbaros eran periódicas y ocurrían cada siete años. El número de sus barcos nunca bajaba de cuarenta,

(1) Aprovechando sin duda el ejemplo de los Madjus, los corsarios andaluces del siglo XII, entre los que se nombran expresamente los de Saltes, hicieron lo mismo durante sus invasiones á la costa de Galicia. Véase *Hist. Comp.* t. I c. 103.

(2) Este pasage es uno de los que el Sr. Gayangos dá como si se encontrasen en Maccari, pero que está tomado de manuscritos de su propia coleccion, la mas rica quizás de las que existen en manos de particulares.

(3) El *navis longa* de los romanos. el *langskisp* de los sagas islandeses.

(1) y algunas veces llegaba á ciento. Estos piratas *devoraban* á todas las personas que encontraban en el mar. Conocian la torre de que he hablado, (2) y, navegando en la direccion indicada por la estatua, se mantenian en disposicion de entrar en todo tiempo en el mediterráneo y asolar las costas de Andalucía é islas accesorias: algunas veces llegaban hasta la costa de Siria: pero, destruida la estatua por órden de Ali-Mamun, segun dijimos, no volvió á oirse hablar mas de esos hombres, ni á verse sus *Corcur* en estos parages, á escepcion de dos que se fueron á pique, uno en Mersa-al-Madjus (el puerto de los Madjus (3), y el otro cerca del promontorio de Trafalgar.»

Aunque poseemos pocas noticias acerca de estas expediciones que, segun el testimonio del autor árabe, ocurrían siempre cada seis ó siete años, daremos sin embargo las que hemos podido recoger en los documentos de la historia del Norte; advirtiéndole que bajo el nombre de piratas comprendemos también á los cruzados de Noruega y de las

(1) Esto es una exageracion.

(2) Las columnas de Hércules.

(3) Ignoramos donde se encontraba ese puerto: el Sr. Galyangos cita acerca de este puerto á Becri, que sin embargo no nombra este puerto en parte alguna.

Orcadas, á quienes los moros segun parece, daban igualmente el nombre de Madjus, y los cristianos de España con toda seguridad, pues la *Historia Compostelana* califica sencillamente de piratas á los cruzados de que tratamos, nombres que, como se verá, les cuadraba á las mil maravillas.

Hablemos en primer lugar de la expedicion del rey Noruego Sigurd, apellidado Jorsalafari (el que ha estado en Jerusalem.)

Cuando el rey de Noruega Magnus Descalzo fué muerto en Irlanda, quedó dividida la Noruega entre sus tres hijos, todos muy jóvenes aún y uno de ellos, que reinó antes en las Orcadas (3), llevaba el nombre de Sigurd; poco tiempo despues algunos cruzados noruegos volvieron á su patria y como era cosa de no acabar nunca cuando se ponian á referir las maravillas que habian visto en Constantinopla y en tierra santa, y el pingüe sueldo que el emperador bizantino concedía á los normandos que servian en su guardia, muchos de sus compatriotas, ardiendo en deseos de ir á Constantinopla y á Jerusalem, rogaron á los reyes, que uno de ellos se pusiese á su cabeza; Sigurd

(1) Saga Magnuss ber fættis (Fornmanna Sögur, t. VII), página 40.

se encargó de conducirlos. El año 1007 se dieron al mar los cruzados con sesenta bajeles é invernaron en Inglaterra, donde el rey Enrique I, hijo de Guillermo el Conquistador, les dispensó una magnífica acogida. En la primavera del año siguiente fueron hacia Galicia, que los sagas llaman la *Jacobsland*, tierra de Santiago, y como, á lo que parece, no tenían prisa de llegar á su destino, resolvieron invernar en ella. El gobernador del distrito donde arribaron se comprometió á proveerles por su dinero de víveres, durante todo el invierno; pero despues de navidad faltó á su promesa. Sigurd tomó una pronta venganza y atacó el castillo del gobernador, (1) el cual no teniendo bastantes tropas para defenderse, emprendió la fuga; Sigurd entonces se apoderó del castillo donde encontró gran cantidad de víveres y muchos objetos de valor que hizo trasportar á sus barcos; luego dirigió sus correrías hacia el Medio día y encontrándose piratas (vikingues, dice el saga) sarracenos, los combatió y les quitó ocho barcos, y por último habiendo atacado á Cintra, de donde los paganos salian en

(1) Se ha sospechado que se trata aquí de Compostela; pero si fuese así, el autor de la *Hist. Comp.* no hubiese dejado de hablar de esta expedición, de la que nada dice.

algaras contra los cristianos, se apoderó de esta fortaleza y pasó á cuchillo á todos sus defensores, «visto que no querian abrazar el cristianismo.»

Despues de la toma de Cintra, Sigurd fué hacia Lisboa, cuya poblacion es mitad cristiana, mitad pagana. Allí dió su último combate, y luego se dirigió á Alcacerdo Sal (Alkassa en el saga) que tomó, saqueó y destruyó mandando matar á los habitantes de esta villa, que no quisieron huir. Navegando de allí hacia el Estrecho, se encontró con una flota de piratas sarracenos, y trabando un combate con ella la derrotó.

Horrible fué el acto de barbarie que llevó á cabo en Formentera, acto cruel que se ha repetido en nuestro siglo, y por el cual Francia al menos no tiene derecho de reprochar á un noruego del siglo XII.

La isla de Formentera era en aquel tiempo un refugio de bandidos: estos habian depositado su botin en una cueva situada en una roca de difícil acceso, y defendida además por una fuerte muralla. Los noruegos procuraron aproximarse, pero los sarracenos se lo impidieron arrojando sobre ellos una lluvia de flechas y piedras, y en son de burla, les enseñaban desde lo alto de la muralla objetos preciosos, poniéndolos de cobardes. Para

castigarles de sus bravatas, Sigurd recurrió entónces á un medio singular que le dió resultado. Mandando arrastrar dos barcas hasta la cumbre de la roca, hizo liar cables á sus popas y proas; luego metió en ellas á todos los hombres que cupieron y las dejó deslizarse, por medio de los cables, hasta encima mismo de la muralla: ya en esta ventajosa posición, los noruegos hicieron llover flechas y piedras sobre las cabezas de los sarracenos, que muy pronto se vieron obligados á abandonar la muralla y á retirarse á la cueva.

El jefe noruego entonces se encaramó con el grueso de sus tropas y penetró en ella; los sarracenos procuraron todavía defenderse tras una segunda muralla, en la misma caverna; pero Sigurd inutilizó sus esfuerzos: mandó llevar una gran cantidad de haces de leña á la abertura de la caverna, y prendiéndoles fuego, formó una inmensa hoguera; los sarracenos murieron todos ahogados ó quemados vivos y sus tesoros cayeron en manos de los noruegos, que en ninguna expedición habían cojido un botín tan pingüe.

Después de librar nuevo combates en Ibiza y Menorca, Sigurd hizo rumbo á Sici-

lia y de allí á tierra santa (1).

Poco después, en el año 1111, el país llamado el Jacobsland por los sagas fué asolado de nuevo por los que se decían cruzados. El autor de la *Historia Compostelana* (L. I c. 76) nos suministra pormenores muy curiosos sobre este punto, siguiendo casi siempre las mismas palabras del cronista.

En la época de que tratamos una terrible guerra civil despoblaba los reinos de Castilla, Leon y Galicia: la heredera de estos estados, Urraca, hija de Alfonso VI, estaba indispuesta con su marido Alfonso el Batallador, rey de Aragon, y los nobles se habían dividido en dos bandos, uno en favor de Urraca y su hijo y otro en favor de su esposo. En este último militaban dos señores gallegos, Pelayo Godesteiz y Rabinat Nuñez, y, como Urraca había encargado al ambicioso pero hábil Diego Gelmirez, obispo de Compostela, que les quitase sus castillos, aquellos se vieron obligados á tomar á su servicio «piratas, que venían del lado de Inglaterra é iban á Jerusalem, gentes sin ninguna piedad (2)», esperando ponerse en estado de asolar con

(1) Saga Sigur bar jorsala fara (Formanna Sögur t. VII) página 74-83; Fagrskinna, p. 159-161.

(2) «Nullus pietatis melle condita.»

su ayuda el interior de las tierras y las costas;» sus esperanzas no fueron vanas «los ingleses hicieron de improviso una correría por la costa, degollaron á los unos, despojaron á los otros de todo cuanto poseían y, como si hubiesen sido moabitas, (sarracenos) obligaron á muchos cargados de cadenas á pagar su rescate, y aún no paró en esto pues nos quedan que decir cosas que harán estremecer de horror: ciegos de codicia violaron las iglesias, se apoderaron sacrilegamente de los objetos sagrados y de las personas que encontraron en ellas.» Santiago los castigó por esto: la armada del obispo, que había recibido orden de ir á atacar un castillo de la costa, perteneciente á los enemigos de la reina, encontró y asaltó la de los piratas en el momento en que estos acababan de destruir una iglesia y trasportaban el botín á sus barcos. Los gallegos les quitaron tres buques, y, cojiéndoles gran número de prisioneros, continuaron su marcha.

El obispo Diego Gelmirez se alegró mucho de esta victoria; mas, cuando vió á los prisioneros gimiendo y derramando lágrimas, se apiadó de ellos, y, dirigiéndose á sus marinos, les dijo: «Sabeis, hermanos míos, que la quinta parte del botín me pertenece de derecho, pues bien renunció á ella si que-

reis cederme á los prisioneros.» Los marinos consintieron sin dificultad: entónces el obispo libertó á los cautivos despues de hacerles jurar que no harían mas correrías á países cristianos.

El cronista nada mas nos dice; pero es de presumir que los piratas, recobrada su libertad, se unieran á sus camaradas y continuarán juntos su camino á tierra santa.

Estos cruzados, segun ellos se llamaban, estos sacrilegos, que saqueaban las iglesias, estos *moabitas*, en una palabra, venían sin duda de las Orcadas, cuyos habitantes no eran cristianos mas que de nombre, y aun quizás sea posible nombrar á su gefe. Eralo á mi juicio el iarl de las Orcadas Hacon Paalsson (hijo de Pablo), hombre turbulento y pérfido, que dueño de la mitad de las Orcadas, estuvo al principio en guerra con su primo hermano Magnus, poseedor de la otra mitad; y, luego, concertando con él una entrevista para arreglar sus diferencias, lo hizo matar del modo mas atroz, sacándole de la iglesia donde estaba (1). De esta manera vió cumplirse Hacon la profecía, que lejos de su morada de Suecia, le había hecho un

(1) Magnus que al morir dió pruebas de grande abnegacion de si mismo llegó á ser el patron de las Orcadas.

adivino pagano, de que cometería un abominable crimen y reinaria en todas las Orcadas. Pero el adivino le había pronosticado también que haría un largo viaje hacia el mediodía, y bien Hacon estuviese interesado en el cumplimiento de esta parte de la profecía, bien su espíritu inquieto no le permitiese permanecer en las Orcadas, es lo cierto que fué en peregrinación (por mar probablemente) primero á Roma y después á Jerusalem (1). En vista de lo espuesto creemos que este hombre que era vikingue, (2) que consultaba á los adivinos paganos, que «no conocia la piedad,» segun la expresion de un un saga, tan poco respetuoso con los lugares santos que hizo arrancar á su primo de detrás de un altar, este hombre, casi pagano en fin, puede muy bien haber sido el impío pirata que destruyó tantas ciudades en Galicia durante su peregrinación á Jerusalem: la única dificultad es la fecha; la de la muerte de Magnus anda en opiniones: algunos la fijan en el año 1104, pero Torfinn, que ha consagrado una larga disertación á este asunto, (3) se decide por el

(1) Orkneyinga saga, p. 100-104; 124-134, 138; Magnus helga saga, p. 442-444, 484 y siguientes, véase especialmente p. 492 y 494.

(2) Orkneyinga saga p. 96.

(3) Véase sus Orcadas p. 84 y 86.

año 1010: si este cálculo es exacto, y también que Hacon fué á Jerusalem *algunos años* después de la muerte de su primo, como se lee en los sagas, entónces no pudo haber estado en Galicia en el año 1111. Pero es sabido que la cronología de los sagas es estremadamente inexacta, y por nuestra parte creemos que en esta circunstancia su testimonio tiene muy escaso valor.

Nos contentaremos con observar de pasada que los noruegos asistieron á la toma de Lisboa en 1147, (1) y nos detendremos en el viaje que hizo á Jerusalem otro iarl de las Orcadas, Ronald, (2) el cual se encontraba en Noruega el año 1150, cuando volvió á su patria un noble guerrero de este país, Eindridi el Joven, que había servido mucho tiempo en la guardia del emperador bizantino. Los relatos de este guerrero despertaron en los noruegos y en los compañeros del iarl el deseo de visitar las comarcas lejanas del mediodía y del oriente, y Ronald consintió en ser el jefe de la expedición, para la cual se estuvieron haciendo durante más de dos años grandes preparativos, en las Orcadas y en

(1) Véase Wilken, Geschichte der Kreuzzüge t. III p. 269. nota II.

(2) Propiamente Röggnvald; pero á causa de la eufonia, hemos dejado á este nombre su forma escocesa.

Noruega, El año 1152 partió por último de las Orcadas con una escuadra de quince buques; mas, en vez de ir directamente á Jerusalem dieron un largo rodeo; pues Ronald, habiendo oído hablar de la bella Ermengarda, vizcondesa de Narbona que en circunstancias muy difíciles gobernaba sus estados con tanta gloria como sabiduría y que reunía á las gracias de una muger amable los talentos de una política y el valor de un caballero (1), queria hacer una visita á esta muger extraordinaria, de la quien su trovador Peire Rogier ha dicho: «El que no la ha visto no puede imaginar que exista una belleza semejante.» (2) Ronald por tanto remontó la corriente del Garona hasta Tolosa, y de allí fué por tierra á Narbona. (3) donde la preciosa vizcondesa le dispensó una acogida muy lisonjera; durante muchos dias

(1) Véase sobre Ermengarda, *Hist. General de Languedoc*, t. III. p. 89.

(2) Raynouard, *Choix des poésies des troubadours*, t. III p. 38.

(3) Tal debió ser la ruta que siguió Ronald; pero el Orkneyinga saga no lo dice y solamente habla de Narbona, como de una ciudad marítima. También Torfæus, (véanse sus Orcadas, p. 123,) se encontró muy embarazado con este pasaje, pues ni comprendía como Ronald había ido á Narbona antes de ir á Galicia, ni ha sabido donde colocar la Narbona del saga. La mención de Ermengarda no deja duda ninguna sobre este punto.

consecutivos dió á Hacon y á su cortejo magníficos festines, á los que se dignó asistir una vez rodeada de las damas de su corte. La gracia de sus maneras, la elegancia de su traje, su afabilidad, el encanto de su voz y sobre todo sus blondos cabellos, finos como la seda, que caían sobre sus espaldas, todo esto causó una impresión profunda en el ánimo del joven Iarl, y cuando ella le hubo ofrecido una copa de oro llena de vino, su entusiasmo le inspiró un poema muy galante en loor de su patrona. Habiéndole insinuado algunos que pidiese la mano de la hermosa dama, Ronald respondió que deseaba cumplir su peregrinación primero y mas tarde vería lo que había de hacer; pero Ermengarda podía contarle ya entre el número de sus adoradores, y, si los trovadores la cantaban en el dulce idioma de la Provenza. Ronald y sus escaldas la cantaban también, á cada momento, en el varonil idioma de los hijos del Norte.

Después de abandonar á Narbona, se embarcaron de nuevo y fueron á Galicia, donde tenían intención de pasar el invierno. Desembarcaron en ella cinco dias antes de la fiesta de Navidad y exigieron víveres, bajo promesa de pagarlos. Los habitantes hubiesen rechazado esta pretensión de muy buena

gana, vista la esterilidad del país; pero intimidados por el gran número de sus importunos huéspedes, no se atrevieron, y les suministraron víveres; y, rogaron á Ronald que en cambio de este servicio los libertase de un señor extranjero, que los abrumaba con impuestos y á quien el saga daba el nombre de Gudifreyr. Era este, añade, un hombre inteligente que, merced á sus largos viages, hablaba muchos idiomas; pero por lo demás era duro y avaro: y como los gallegos cedían de antemano á Ronald todo el botín que se recogiese, el iarl se dejó fácilmente persuadir de que debía prestarles socorro. Como el castillo era difícil de tomar resolvieron quemarlo, y para ello los orcadinos apilaron contra sus murallas grandes montones de leña. El castellano, no contando con soldados suficientes para rechazar á los sitiadores, púsose á idear una traza para salvar, ya que no la vida de los que estaban á sus órdenes, al ménos la suya, y creyendo encontrarlo, se vistió con un traje de mendigo y descolgándose por medio de cuerdas desde lo alto de la muralla se pasó al campo de los orcadinos, finjiéndose francés. Hablando en este idioma, que era de los extranjeros el que mejor comprendían sus enemigos, se apercibió desde luego que estaban divididos en dos

bandos; uno que guiaba Ronald y otra Eindridi, aquel noruego que servía en la guardia del emperador birantino; y dirigiéndose después á este, diciéndole que el señor del castillo daría con gusto sus tesoros al que quisiera salvarle la vida, el asunto se arregló muy pronto sin que lo supiese el iarl. Eindridi prometió al castellano sustraerlo á sus enemigos, y por su parte, el castellano se comprometió á recompensarlo generosamente.

Vuelto el señor á su fortaleza, los orcadinos prendieron fuego á la leña amontonada, y mientras las llamas se propagaban á la muralla y Ronald, disparando flechas contra los sitiados, improvisaba versos en loor de Ermengarda, Eindridi hizo apagar el incendio por la parte cuyo ataque le estaba confiada, y salvó al señor del peligro. El castillo fué tomado y mucho de sus defensores degollados: pero los vencedores quedaron muy disgustados de no encontrar ni al castellano ni sus riquezas. Las sospechas recayeron en Eindridi; mas como todo habia ocurrido en medio de un humo espesísimo, no pudo probarse su perfidia.

Después de la cuaresma abandonaron á Galicia, y siempre en dirección al Estrecho, no dejaron de invadir con frecuencia el ter-

ritorio sarraceno (1).

La expedición de Ronald, verificada ocho años después de la destrucción de la estatua de Cádiz, es decir, en la época en que el autor árabe, citado antes, fija el fin de las invasiones de los Madjus, parece haber sido la última. En adelante los orcadinos, aunque siguieron algún tiempo siendo vikingues, tuvieron demasiado que hacer en su casa y en sus inmediaciones, para poder emprender expediciones lejanas.

(1) Orkneyinga saga p. 238-296; Saga Inga Haraldssonar (Fornmanna Sögur t. VII) p. 231.

VII.

ESPEDICIONES DE LOS NORMANDOS DE FRANCIA.

Aunque los noruegos, á quienes Carlos el Simple habia cedido una provincia de su reino, adoptaron pronto la lengua, costumbres y leyes de sus súbditos franceses, conservaron, sin embargo, su carácter distintivo. Acostumbrados al cambio y á las aventuras, no podian avenirse á la vida monótona que hacian en su nueva patria. Piratas por naturaleza, y amigos de enriquecerse con el botín, miraban lo que poseian con ojos despreciativos; su ambición era conquistar tesoros y reinos con la punta de su espada y como sabian soportar el calor y el frío, la sed y el hambre, las fatigas y las privaciones, abandonaban alegremente á Normandía para ir á realizar sus sueños á países lejanos (1) To-

(1) Estquippe gen^{er}is, spe alias plus lucrandi, patrios agros

do el mundo ha oído hablar de sus brillantes expediciones por Italia. Pero las que hicieron á España merecen ser mejor conocidas de lo que son, y vamos á presentar los datos que acerca de ellas hemos podido recoger.

Segun la crónica de Ademar, los normandos llegaron á Cataluña, en el 1018, bajo el mando de Rogerio. Entrados al servicio de Ermesinda, que gobernaba entónces el condado de Barcelona, en nombre de su hijo menor, pelearon contra muchos príncipes sarracenos y entre otros Muset, es decir, Mojehid, príncipe de Denia y de las Baleares, el mayor pirata de su época, destructor de Pisa en 1012 y dueño de Cerdeña durante mucho tiempo. Un día que Rogerio, casado con una hija de Ermesinda, solo tenía á su lado cuarenta hombres, cayó en una emboscada y se vió cercado de improviso por quinientos enemigos. Su hermano bastardo fué muerto; pero él y los suyos se defendieron con el mayor valor, y, dejando tendidos en el campo á mas de cien enemigos, volvieron á su campamento sin que los sarracenos se atrevieran

vilipendens; quæstus et dominationis avida;—laboris, inedia, algoris, ubi fortuna expedit, patiens. «Gaufredus Malaterra, Hist. Sicula, L. I c. 3 (Muratori, Script. rer. Italic. t. V, p. 530.

á perseguirlo (1). Quién era este Rogerio? Segun Marca (2) debeleerse Ricardo porque en el año 1018 el duque de Normandia se llamaba Ricardo II y no Rogerio. Semejante opinion no nos parece plausible; los duques de Normandia estaban demasiado encumbrados para entrometerse en tales expediciones. El erudito M. Bofarull (3) parece muy inclinado á rechazar todo el relato de Ademar, fundado en que no se encuentra en las crónicas españolas ó árabes y en que ningun título habla de una hija de Ermesinda; pero el sabio archivero del Catálogo sabe mejor que nosotros que, cuando se trata de la historia de la edad media, esto es, de una historia cuyas fuentes son muy incompletas, debe recurrirse lo menos posible á argumentos deducidos del silencio de las crónicas y de las cartas. En las crónicas normandas de Orderico Vital y de Guillermo de Jumiéges hállanse algunas líneas que, si no confirman todos los detalles suministrados por Ademar, ponen al menos fuera de duda la permanen-

(1) *Ademar*, en Pertz, *Monum. Germ.* t. IV, de *Script.* p. 104 y 103. En este pasage hay un cuento popular que creemos deber pasar en silencio porque hemos hablado ya de él en el t. I página 82.

(2) *Marca hispanica* p. 429.

(3) *Condes de Barcelona* t. I p. 124.

cia de Rogerio en España, esplicándonos al mismo tiempo quien era este personaje. Orderico Vital (1), hablando de un caballero normando que hizo voto de pobreza y fué además director de un hospicio en las fronteras de Babiera y de Bohemia, dice de pasada que este personaje era pariente de «Rogerio de Toeni, apellidado el español.» En otro lugar (2) lo llama Rogerio de España. Guillermo de Jumiéges, por su parte, dice que Rogerio de Toeni, abanderado, es decir, general en jefe de la Normadía, caballero orgulloso y de gran poder estuvo en España y se distinguió en muchas expediciones peleando contra los sarracenos. Ahora bien, como la época en que vivía este Rogerio es la de que habla Ademar, es evidente que se trata de la misma persona; pues era en efecto de la familia de los señores de Toeni y de Conches, la cual descendía á su vez de Malehuche, tío de Rollon, que desempeñó un papel muy importante en la historia de Normandía. Este mismo Rogerio de Toeni fué quien, cuando el duque Roberto el Diablo fué muerto en Nicea, después de su vuelta de Jerusalem, (1035), se negó á reconocer al hijo bastardo de Roberto, Guiller-

(1) En la recopilacion de Duchesne p. 475 C.

(2) P. 686, B.

mo (el Conquistador.) Poco despues fué vencido y muerto por Rogerio de Beaumont (1).

Los normandos hicieron tambien otra expedicion á España que solo nos es conocida por las crónicas árabes.

Es bien sabido por las latinas que la fortaleza de Barbastro en Aragon, baluarte de Zaragoza, cayó por segunda vez en poder de los sarracenos en 1065; pero estas crónicas apenas indican que el año anterior los cristianos babian quitado á los moros la ciudad de Barbastro. Ibn-Hayyan, historiador cordobés de aquel tiempo, trae por el contrario noticias estensas y curiosas sobre el sitio y toma de dicha ciudad en 1064, siendo para nosotros la de más importancia que nombra á la nacion que conquistó la fortaleza. Este nombre propio está alterado en los manuscritos de Maccari, que cita una parte del pasage de Ibn-Hayyan (2), y trae *Al-ardemelisch* acabado en sin ó en schim: tambien el Sr. Gayangos en su traduccion compendiada de Maccari, trae *Al-ardemelis*, y en una nota de este pasage propone que se lea *Alaradimir* lo que, si hubiéramos de creerlo,

(1) Guillermo de Jumieges, loco laud, y Orderico Vital página 468, A.

(2) Véase la edicion de Leiden de Maccari t. II p. 749.

significaría Sancho I, hijo de Ramiro. Mas, como los manuscritos de Ibn-Basâm, donde el pasage de Hayyan se encuentra copiado íntegro, trae el uno *Djysch Alordomanyyn* y el otro *Djysch Alordomanyyn* nos hemos convencido que debe pronunciarse *Alordomani* y traducir *elegército de los normandos*. En efecto Ibn-Adhari, hablando de la invasion de los daneses en 971 (1) los nombra igualmente. *Al Madjus alordomanyyn*, al Madjus alordomani y los cronistas latinos de España dan tambien á los piratas escandinavos el nombre de *Lordomani* (2). Por otro lado el autor del *Holal* dice que los conquistadores de Barbastro venian de Francia y hay tambien en el relato de Ibn-Hayyan, en la poesía francesa de la edad media y aún en las crónicas normandas, pruebas ciertas de que Barbastro fué tomado por los normandos, como demostraremos mas adelante. Lo que ahora nos cumple hacer en primer término, es traducir el interesante relato de Ibn-Hayyan, debiendo advertir que seguiremos el texto que se encuentra en Ibn-Basâm y no en Maccari, pues este último autor como digimos en una breve nota colocada en

(1) Véase más arriba p. 363.

(2) *Chron. Albeld.* c. 59, 60; comparese mas arriba p. 366 nota II.

la edicion de Leiden, cita este pasage de una manera por extremo inexacta. (1)

(2) Para esta traduccion hemos tenido a nuestra disposicion dos manuscritos el de Ghotá (A) y el del Sr. Gayangos (B) confrontado por Mister Wright: como este último sabio tiene la intencion de publicar todos los fragmentos de Ibn-Hayyan que existen en Europa, hemos creído poder dispensarnos de dar el texto de este relato.

RELATO DE LA TOMA DE BARBASTRO Y DE LA
RECUPERACION DE ESTA CIUDAD POR LOS
MUSULMANES.

«Hé aquí lo que dice Ibn-Hayyan sobre este punto. En el año 456 el enemigo se apoderó de Barbastro, la fortaleza mas importante de la Barbitania (2) entre Lérida y Zaragoza, las dos columnas de la frontera superior; de Barbastro, venerable madre donde el islamismo habia florecido desde las conquistas de Muza Ibn-Nosair; la que durante siglos habia disfrutado de una prosperidad continua mientras otras ciudades se arruinaban; la de fértil territorio y de fuertes murallas; la que edificada en las orillas del Ve-

(1) Antiguo nombre de Sobrarbe. «Quod modo dicitur Superarabium, olim vocabatur territorium Bartitanum. *Fragm. hist. ex cartulario Alaonis.* (Esp. Sag. t. XLV p.1

ro (1) era el baluarte de los habitantes de la frontera contra los ataques de los enemigos; la que estuvo trescientos sesenta y tres años en poder de los musulmanes, y en la que echó mas profundas raices la religion musulmica. Asi, que cuando un mensajero de desdicha vino de improviso á Córdoba á principio del mes de Ramadhan del referido año (mediados de Agosto 1064) á participarnos la caída de esta ciudad, la noticia hirió nuestros oidos como un trueno, exasperó los corazones hasta el delirio, é hizo temblar toda la tierra de España de un extremo á otro. Desde entonces no se habló de otra cosa que de este triste acontecimiento, y todo el mundo creia ya que, dada la disposicion de ánimo de príncipes y faquies, la misma Córdoba correria bien pronto la misma suerte (2).

«Refiramos ahora la terrible calamidad que asoló á Barbastro. El ejército de los normandos sitió largo tiempo esta ciudad y le dirigió vigorosos ataques. El príncipe Yussuf Ibn-Solaiman Ibn-Hud, (3) á quien perte-

(1) El man. A. dice Naro y el man. B. Maro, debe leerse Baaro.

(2) Omitimos las consideraciones que dá Ibn-Hayyan aquí respecto á los faquies y príncipes de aquella época, pues aunque interesantes, nada tienen que ver con los normandos.

(3) Es decir Modhafar de Lérida.

necia, viéndola en tan grave riesgo, la abandonó á su suerte, y los habitantes se encontraron reducidos á sus propias fuerzas. Hacía ya mas de cuarenta días que duraba el sitio y los sitiados comenzaron á disputarse los escasos víveres que poseían. Enterados los enemigos, redoblaron entónces sus esfuerzos y consiguieron apoderarse del arrabal. Cerca de cinco mil caballeros entraron en él; los sitiados, entre quienes comenzaba á cundir el desaliento, se fortificaron entónces en la ciudad, y se trabó un encarnizado combate en que perecieron quinientos cristianos; (1) pero el Todopoderoso quiso que una enorme y durísima piedra de un muro construido por los antiguos, cayese en un canal subterráneo, tambien de construcción antigua, que llevaba á la ciudad el agua del río, y lo obstruyese enteramente. Entónces los soldados de la guarnición, temerosos de morir

(1) El conde Ermengaudío de Urgel parece haber sido uno de este número. *Gesta Comitum. Barc. c. VII:* «Successit ei Ermengaudus filius eius, qui dictus fuit de *Barbastre*, eo quia in obsidione *Barbastrensis* castrí, quod á Sarracenis adhuc detinebatur, plurimum laboravit, et eo anno quo captum est castrum, scilicet incarnationis Christi M. L. X. V. mortuus est.» En lugar de 1063, el autor debió decir 1064. Esta misma falta se encuentra en la crónica de Ripoll (*Villanueva t. V p. 245*). La Marca (p. 433) ha confundido este Ermengandío de Barbastro con Ermengandío de Córdoba.

ahogados de sed, ofrecieron entregarse, estipulando que conservarían solo la vida y entregarían sus bienes y familia á los enemigos de Dios. Estos le concedieron lo que pedían; pero violaron su palabra, pues apenas salidos los soldados de la ciudad, los degollaron á todos, excepto al gefe Ibn-At-Tawil, al cadí Ibn-Isa y á un pequeño número de personas notables. El botín que los infieles cogieron en Barbastro fué inmenso. Cuéntase que á su general en gefe, comandante de la caballería de Roma, le cupieron en parte, cerca de mil quinientas jóvenes y quinientas cargas de muebles, ornamentos, vertidos y tapices, y tambien que en esta ocasión, cincuenta mil (1) personas fueron muertas ó reducidas á esclavitud.

«Los infieles se establecieron en Barbastro y allí se fortificaron.

«Un número incalculable de mugeres, cuando abandonaron la fortaleza en que se ahogaban de sed, se arrojaron al agua y bebieron inmoderadamente, cayendo muertas en el mismo instante. En general la calamidad que sobrevino á esta ciudad fué tal, que es necesario renunciar á describirla con todos sus horribles pormenores. Según me

(1) Cerca de cuarenta mil, dice el autor del *Holal*.

han referido, acontecia á menudo que alguna muger rogaba á los infieles desde lo alto de las murallas, que le diese un poco de agua para ella ó para su hijo, y entónces recibia esta respuesta: «dame lo que tienes, échame alguna cosa que me guste y te daré de beber.» Ella obedeciendo arrojaba al soldado lo que tenia, vestidos, adornos ó dinero y al mismo tiempo le tiraba un odre atado á una cuerda que el soldado le llenaba de agua, y de este modo podia la infeliz aplacar su propia sed ó la de su hijo. Pero cuando el general en gefe se enteró de esto, prohibió á sus soldados dar agua á las mugeres de la fortaleza; «tened un poco de paciencia, les dijo, y prontos caerán los sitiados en vuestro poder.» En efecto muy pronto estos se vieron obligados á entregarse para no morir de sed, pero obtuvieron el aman. El gefe sin embargo sintió gran inquietud cuando vió lo numerosos que eran, y, temiendo que por recobrar su libertad se entregasen á un acto de desesperacion, ordenó á sus soldados que, espada en mano, aclarasen sus filas. Muchos de ellos, cerca de seis mil, á lo que se dice, fueron muertos entónces. Luego el rey (1) hizo cesar el

(1) Los árabes dan á menudo el título de rey á simples ge-

degüello y dió orden á los habitantes de la ciudad de salir con sus familias. Todos se apresuraron á obedecer, pero fué tal la muchedumbre que se agolpó á las puertas, que muchos ancianos, mugeres y niños quedaron ahogados. Muchas personas por evitar toda demora y llegar lo mas pronto posible donde hubiese agua, se dejaron descolgar por medio de cuerdas de lo alto de las almenas de las murallas y cerca de setecientos (entre notables y bravos guerreros) prefiriendo morir de sed á ser degollados, se quedaron en la ciudad.

«Cuando los que escaparon á la espada y no murieron ahogados en el tropel se reunieron en la plaza, cerca de la fuente principal, donde esperaban su suerte con indecible ansiedad, se les hizo saber que todos los que poseyesen una casa tenian que entrar en la ciudad con su familia. Se empleó hasta la fuerza para obligarlos á ello, y al entrar de nuevo en la ciudad, sufrieron casi tanto como al salir pues el gentio fué tambien inmenso. Despues, vueltos los habitantes á sus moradas con sus familias, los infieles, obedeciendo las órdenes de su gefe, (1) dividieron todo

fes cristianos y á los cronistas españoles les sucede lo mismo cuando hablan de gobernadores ó generales musulmanes.

(1) «De su sultan,» dice el texto.

entre ellos, segun las convenciones fijadas de antemano. Cada caballero á quien tocaba una casa, recibia además todo lo que habia dentro, mugeres, niños y dinero y podía hacer del dueño cuanto se le antojase: se apoderaba tambien de cuanto este le enseñaba, obligándole con torturas de toda especie á no ocultarle cosa alguna. A veces los musulmanes morian en el martirio, lo que era realmente una dicha para ellos, por que el que sobrevivia tenia que experimentar dolores mucho mas graves aun, pues los infieles, por un refinamiento de crueldad, se complacian en violar las hijas y mugeres de sus prisioneros ante sus mismos ojos. Los desdichados, se veian obligados á presenciar, cargados de cadenas estas escenas horribles, vertiendo abundantes lágrimas y sintiendo despedazarse su corazon. La suerte de las mugeres empleadas en los trabajos domésticos, no era mejor, pues los caballeros, cuando no las querian, las abandonaban á sus pajes y criados para que estos dispusieran de ellas á su albedrio. Imposible es referir todo lo que los infieles hicieron en Barbastro. Tres dias despues de la toma de la ciudad, fueron á cercar á los que se encontraban en la parte mas elevada de la ciudadela, quienes casi desconocidos por la sed, se rindieron des-

pues de haber obtenido el aman, siendo en efecto perdonados por los infieles; pero cuando abandonaron á Barbastro para dirigirse á Monzon, la ciudad mas próxima de las que estaban en poder de los musulmanes, se encontraron con caballeros cristianos, que no habiendo asistido al sitio é ignorantes de que estos desdichados estaban en libertad, los degollaron á todos, á escepcion de algunos que en número muy reducido consiguieron escaparse por la huida. Deplorable fué en verdad el fin de esta tropa; Dios lo habia querido así!

«Cuando el rey de los Rumies se decidió á abandonar á Barbastro, y volverse á su país, eligió entre las jóvenes musulmanas, las casadas que se distinguian por su belleza las doncellas y los muchachos mas graciosos, muchos miles de personas que llevó consigo para regalarlos á su soberano, dejando en Barbastro una guarnicion de mil quinientos caballeros y dos mil peones.

«Antes de concluir este relato sobre el que deben meditar mucho los hombres de juicio, contaré una historia singular, ligada con él, que dará idea de lo que hemos creído deber omitir, y á los hombres inteligentes una nocion precisa de las desgracias que tambien nosotros debemos temer. He aquí

lo que me ha escrito uno de mis correspondientes de la frontera. Despues de la toma de Barbastro, un mercader judio vino á esta ciudad desgraciada para rescatar del cautiverio á las hijas de un sugeto importante que escapó del degüello. Sabiase que estas damas habian tocado en el reparto a un conde de la guarnicion; he aquí ahora lo que el judío me ha contado: «Llegado á Barbastro hice que me indicasen el domicilio de este conde y me dirigí á él; me hice anunciar y lo encontré vestido con los mas preciosos trages del antiguo dueño de la casa y sentado en el sofá que aquel ocupaba de ordinario. El sofá y toda la habitacion se hallaba aun en el mismo estado en que quedó el dia en que su dueño se vió precisado á abandonarla. Nada habia cambiado ni en los muebles ni en el decorado; alrededor del conde y sirviéndole habia muchas lindas muchachas con el cabello levantado. Saludándome el conde me preguntó el motivo de mi visita: le informé de él y le dije que estaba autorizado para pagar una gruesa suma por el rescate de algunas de las jóvenes que allí se encontraban. Entónces se sonrió y me dijo en su lengua: —Si vienes á eso vete en seguida: no quiero vender á ninguna de las que están aquí; pe-

ro te haré ver las prisioneras que tengo en mi castillo y te enseñaré cuanto quieras.— No es mi ánimo, le respondí, entrar en vuestro castillo; me encuentro aquí perfectamente y sé que, gracias á vuestra benévola proteccion, nada tengo que temer. Decidme cuanto quereis por algunas de las que están aquí; vereis que no escatimo el precio.—¿Qué tienes que ofrecerme?—Oro muy puro y telas preciosas y raras.—Me hablas de esas cosas como si yo no las tuviera.— Luego dirigiéndose á una de las criadas de que hablé, —Madja, dijo, (queria decir Bahdja, pero como era extranjero, estropeaba este nombre de esa manera) enséñale á este pícaro judío algo de lo que se encuentra en ese cofre. La muchacha obedeciendo sacó del cofre talegos llenos de oro y de plata y una multitud de estuches y los colocó delante del cristiano, y eran en tanto número, que casi lo ocultaban á mi vista.—Acerca ahora uno de esos fardos, —añadió el conde, y la muchacha trajo tantas piezas de seda, de filadif y de brocados preciosos, que me quedé deslumbrado y estupefacto. Conocí bien que lo que yo tenia que ofrecer era nada en comparacion con aquellas riquezas. —Tengo tantas cosas de esas, dijo entónces el conde, que no me cuido de ellas; pero

aunque no las tuviese, y quisieran darme todo eso en cambio de mi querida, que es la que ves, no la cedería, te lo juro, porque es la hija del antiguo dueño de esta casa, hombre muy considerado entre los suyos; por esta razón la he hecho mi manceba, sin contar además que es de peregrina hermosura y que espero que me dará hijos. Sus antepasados hicieron lo mismo con nuestras mugeres, cuando eran los dueños; la suerte ha cambiado y ahora nos toca á nosotros tomar la revancha. —Luego indicando á otra jóven algo más alejada, continuó:—Ves esa muger cuya belleza quita el sentido? pues bien, era la cantadora de su padre, un libertino que, cuando se embriagaba, gustaba de escuchar sus cantares. —Luego, llamando á la muchachá, la dijo chapurreando el árabe: (1)—Toma tu laud y cántale á nuestro huésped alguna de tus canciones.—Ella tomó entónces su laud y se sentó para templar, y yo veía rodar lágrimas por sus mejillas y que el cristiano las enjugaba furtivamente. Enseguida se puso á cantar versos que yo no comprendí (2), y que, por consi-

(1) El conde no hablaba árabe sino cuando se dirigía á las jóvenes: con el judío hablaba en francés.

(2) Este pasage, que ya citamos más arriba, prueba, á nuestro parecer lo que hemos dicho, á saber: que ordi-

guiente, el cristiano comprendía ménos aún; pero lo que me causó más estrañeza fué que éste no dejaba de beber mientras ella cantaba, y que manifestaba una gran alegría como si comprendiese las palabras del aire que lo muchacha entonaba.

«Cuando acabó me levanté para irme persuadido de que no conseguiría mi objeto. Iba, pues, á ocuparme de mis negocios de comercio, pero mi asombro no conoció límites, cuando ví el inmenso número de mugeres y la enorme cantidad de riquezas que estaban en manos de esas gentes.

Ibn-Hayyan refiere más adelante la recuperación de Barbastro por Moctadir de Zaragoza, á quien su aliado Motadhid de Sevilla envió un refuerzo de quinientos caballeros. El combate fué encarnizado por ambas partes; pero habiendo perdido los cristianos cerca de mil caballeros y cinco mil peones (de lo que puede deducirse que la guarnición normanda de Barbastro había sido reforzada por los españoles) los musulmanes quedaron por dueños, no siendo más humanos que fueron los normandos; pues excepto los niños y algunos gefes que

nariamente los extrangeros, aunque hayan permanecido mucho tiempo entre los árabes, no comprenden la poesía de este pueblo.

se rescataron, pasaron á cuchillo á cuantos encontraron en la plaza. La noticia de este acontecimiento, de que los musulmanes se alegraron mucho, llegó á Córdoba uno de los primeros días del mes de Mayo del año 1065. (1)

El sitio y la toma de Barbastro por los normandos causó en Córdoba, como vimos, inmensa sensación, no solo por ser Barbastro una fortaleza de gran importancia, sino por ser los sitiadores de una nación mucho más implacable que la española. Esta conquista, con la que los normandos adquirieron riquezas fabulosas, debió encontrar mucho eco en Francia, pues aunque sus crónicas no hablan de ella la poesía ha conservado su recuerdo. *Barbastre* es el grito de guerra de un caballero francés (2) en la *batalla de Aleschans*, rama del Romance de Guillermo el de la Nariz cortada. *Li sièges de Barbastre* es el título de un romance caballeresco, que existe en la Biblioteca imperial, romance que es la sexta rama del de Aimeri de Narbona, primera rama á su vez del ya citado

(1) En 1101 Barbastro fué recobrado por Pedro de Aragon y desde entónces esta ciudad ha estado siempre en poder de los cristianos.

(2) Vs. 5404, ed. Jonkbloet «Guillaume d'Orange, chansons de geste de los siglos XI y XII.»

de Guillermo el de la Nariz cortada, cuyo autor, en cuanto puede juzgarse por un breve análisis de su obra (1) ha tratado la historia con exajerada libertad. Por este motivo en vez de estudiar su trabajo preferimos llamar la atención de nuestros lectores sobre el jefe de los normandos, á quien Ibn-Hayyan dá el título de general en jefe de la caballería romana,» y el cual era, segun procuraremos demostrar, uno de los héroes más renombrados de la poesía francesa de la Edad Media, Guillermo el de la Nariz cortada.

Por este nombre confundieron los trovadores á una multitud de héroes del mismo y aun de diferente nombre, entre los cuales era el más antiguo y principal el conde ó duque de Tolosa ó Aquitania, contemporáneo de Carlo Magno, que se distinguió por su firmeza y valor cuando los sarracenos de España invadieron el mediodía de Francia.

Mi excelente amigo Mr. Jonkbloet, en la erudita introducción que hizo á su preciosa edición de una parte del Romance de Guillermo, trata muy por extenso de este personaje y de otros muchos que los poe-

(1) En «l'Historie litteraire de la France,» t. XX, página 706-709.

mas han confundido con él, pero prestando poca atención al elemento normando, no obstante que éste forma uno de sus rasgos más distintivos, como digimos en otra parte (1), no ha conseguido encontrar en la historia el verdadero Guillermo, el de la Nariz cortada, el cual era normando y vivió en el siglo XI.

Notemos primero con Mr. Jonkbloet que no hay equivalente provenzal para el apellido *au cort nés* y que en el gran poema provenzal sobre la guerra contra los Albigenses la forma que pertenece al Norte de Francia se ha conservado donde el poeta dice;

*Senhors, remembre vos Guilhelme al cort nés,
Co ab seti d'Aureuca sufrit tan desturbiers.*

Guillermo el de la Nariz cortada, era pues un héroe del Norte de Francia. Veamos si nos es posible encontrarlo en la historia.

El mismo romance facilita nuestra indagaciones. Una de sus ramas, la titulada «*Le Couronnement de Louis*» enteramente de origen normando, á nuestro juicio, nos dice el punto donde Guillermo acostumbraba resi-

(1) En un artículo sobre la publicación de Mr. Jonkbloet que ha aparecido en la revista holandesa titulada de «*Gids*» (de *Guide*) año de 1844, t. I, p. 776-826.

dir. Explicado el origen del apellido del conde, el trovador añade, que Luis, después de coronarse en Roma, volvió á «*Mosterel sor mer*», en donde ya esperaba vivir tranquilo. Este lugar, citado por el cronista Benito de S. Mauro de muchas maneras (*Mosterol, Mosteroel, etc.*) y llamado *Monasterium* en latin; es por lo tanto Montreuil sur Mer, ciudad del departamento del Paso de Calais. El conde de Montreuil (mejor dicho de Ponthieu,) era propiamente un féudo que provenia de la casa de Capeto; pero cuando Araul de Flandes lo arrebató al conde Herluin, hacia el año 943, este, que habia implorado inutilmente el auxilio de su soberano Luis el Grande, se colocó bajo la protección del duque de Normandía, Guillermo, el de la Larga espada, merced al cual, fué vuelto á poner en posesión de su condado que, á partir de esta época, se consideró como un féudo procedente de Normandía (1).

Segun el poema, Guillermo residía en Montreuil, era conde de dicha localidad y en su consecuencia vasallo del duque de Normandía; así lo indica él mismo en el romance, pues cuando el duque Ricardo

(1) Véase los autores que cita Fr. Michel notas sobre Benoit t. I p. 483, 484.

quiere colocar á su propio hijo en el trono de Francia, grita lleno de indignacion (1).

Ge te deffi, Richar, toi et ta terre!
En ton servise ne vueill ore plus estre!

Este Guillermo de Montreuil, (que así conviene llamarlo,) estuvo al servicio del papa, segun el poema, conforme con la historia en este punto. El italiano Leon, obispo de Ostia, lo cita entre los normandos que combatieron en Italia. Orderico Vital trae tambien noticias muy detalladas de él y de su familia, haciéndonos saber que llegó casi en la misma época que los hijos de Tancredo de Hauteville y que, entrado al servicio del papa y hecho general en jefe (2) de las tropas romanas, sometió como tal al dominio de aquel la Campania que se habia sublevado. Tambien cita Orderico dos de los papas bajo quienes sirvió Guillermo, á saber: Nicolás II y (1058-1061) y Alejandro II (1061-1075) y como este ocupaba la sede pontificia en la época de la toma de Barbastro creemos poder afirmar que el jefe á quien Ibn-Hayyan dá el título de «general en jefe de la

(2) Li Coronemens Loys, vs. 1594.

(1) «Romani exercitus Princeps militæ factus, vexillum Sancti Petri gestaus.»

caballeria de Roma, era Guillermo el de la Nariz cortada, conde de Montreuil.

Y no nos se objete que Orderico no menciona el apodo de Guillermo, circunstancia nada estraña, pues ni los historiadores graves citan tales apodos, ni era natural que el monje de S. Evrul, lleno de respeto hacia Guillermo que como todo los miembros de su familia, habia colmado de beneficios á su cláustro, fuese á llevar su desagradecimiento al punto de aplicar á su protector el ridículo apodo con que era conocido en los romances, apodo verdaderamente infamante, pues en aquella época se consideraba una deshonra tener cortada la nariz, bien fuese á consecuencia de condena judicial, bien de un combate. (1)

Si, pues, nuestro raciocinio es exacto como creemos, el relato de Ibn-Hayyan es de inmenso valor para Francia; y, merced á él y á los pasages de Orderico, desatendidos hasta aquí, poseemos ya datos fidedignos de un héroe cuyas espediciones han sido tan celebradas por los trovadores, y cuya misma existencia andaba aun puesta en tela de juicio.

Otra espedicion normanda será ahora objeto de nuestro estudio. Acaso haya quien

(1) Véase Jonckboet, t. II, p. 112, 113.

imagine que los normandos, ocupados con sus expediciones á Italia, la conquista de Inglaterra, dos años años despues de la toma de Barbastro, y por último, con las cruzadas en que tomaron tanta participacion, no tendrían tiempo para ir á guerrear con los moros de España; mas no fué así, y á principio del siglo XII los encontramos en la península, y á uno de ellos fundando un principado en Cataluña.

Hallábase entónces Yusuf el Almoravid en el apogeo de su poder, dueño de los tronos de casi todos los reyezuelos andaluces podia arrojar contra la España cristiana en un momentó dado todas las fuerzas de la Mauritania y de la España musulmica. Uníase á esto que los cristianos acababan de perder en el Cid, á uno de sus mas valientes defensores, que el general Mazdali asediaba á Valencia. Todo hacia presagiar que Jimena no podria sostenerse mucho tiempo en esta ciudad, y, si este baluarte de la España cristiana por el lado del Este caia en poder de los infieles, el condado de Barcelona y el reino de Aragon corrian gran peligro: mas aún, los Almoravides posesionados de Fraga, (1) estaban ya á sus puertas.

En tal estado de cosas, el rey de Aragon,

(1) Desde 1093. Cartás p. 101.

Alfonso el Batallador, buscó aliados y se dirigió á su primo hermano Rotrou, conde de Mortagne ó del Perche, (1) acabado de llegar á su patria de vuelta de la primera cruzada en que habia tomado parte con su soberano Roberto de Normandia. Como Alfonso prometia á todos los que viniesen á ayudarle un gran sueldo, y aun excelentes tierras á los que quisieran establecerse en su reino, Rotrou y otros muchos normandos se pusieron en marcha hacia Aragon. Allí combatieron denodadamente contra los sarracenos; pero los aragoneses llevando su ingratitud al estremo, pretendieron degollarlos con la aprobacion de su rey. Afortunadamente para los normandos no taló quien los informase del complot fraguado contra ellos, y engañados é irritados se volvieron á Francia. Los sarracenos se apresuraron á aprovecharse de su partida, y redujeron á Alfonso á tal estremo, que lo obligaron á su pesar á implorar de nuevo el socorro de su primo, á quien prometió reparar las ofensas que le habia hecho, jurándole dar tierras á cuantos las quisieren. Cediendo á sus ruegos, y olvidandogenerosamente sus

(1) La madre de Alfonso y la de Rotrou eran hermanas. Véase Marca Hispan. p. 433 y 436.

agravios, el conde de Perche trajo á Aragon un numeroso ejército, reclutado en Normandía y otras provincias de Francia. Esta vez los auxiliares encontraron en Aragon excelente acogida y prestaron también á los que les daban alojamiento grandes servicios: despues de arrojar al enemigo de las fronteras, que habia invadido, hicieron á su país teatro de la guerra.

Veinte años combatieron á los sarracenos, á juzgar por las fechas que se encuentran en Orderico Vital, el cual dá sobre estas espediciones, noticias muy confusas. Al cabo de este tiempo la mayor parte de ellos, tales como Rotrou del Perche, Silvestre de Saint-Karilef y Reinaud de Bailleul, se volvieron á Francia; algunos sin embargo se quedaron en España donde habian recibido tierras; siendo el mas notable de estos Roberto de Culei que llegó á ser príncipe de Tarragona y á quien se dió el sobrenombre de Bordet ó Burdet. (1)

En tiempo de la conquista musulmana en el siglo VIII, la ciudad de Tarragona quedó completamente arruinada y los esfuerzos hechos por el papa Urbano II, á quien el conde Berenguer la dió con todo

(1) Orderico Vital p. 890-891.

su territorio, fueron inútiles para sacarla de su decadencia. En vano le devolvió su antiguo rango de metrópoli; en vano confirmó los ventajosos privilegios que el conde habia concedido á los futuros habitantes; en vano prometió á los que quisiesen reconstruirla y establecerse en ella las indulgencias solo concedidas de ordinario á los que iban en peregrinacion á Jerusalem, todo fué inútil; su sucesor, Pascual II, tuvo que declarar en 1108 inhabitable á Tarragona (1), y veinte años despues toda la ciudad y aún la catedral estaban llenas de hayas frondosas y de encinas seculares (2). Los catalanes se acobardaron ante las dificultades de esta gran empresa y los enormes gastos que exigia; pero lo que ellos no hicieron, lo llevó á cabo el caballero normando Roberto Bordet. Por un acta firmada el 14 de Marzo del año 1128 (3) el arzobispo Oldegario, nacido en el mediodía de Francia, donó en féudo á Roberto y á sus descendientes el principado de Tarragona, recibido por él (salvo la soberanía de la Santa Sede) del condado de Bar-

(1) Véase «Esp. Sagr.» t. XXV, p. 112.

(2) Orderico Vital, p. 892.

(3) La edicion más correcta de esta acta es la que se encuentra en Villanueva. «Viaje Literario,» t. XIX, Apéndice núm. III.

celona; reservándose únicamente la jurisdicción eclesiástica y los diezmos. Roberto, por su parte, se comprometió á reedificar la ciudad y á defenderla; y, poniendo en seguida manos á la obra, arrancáronse los árboles, edificáronse casas en su lugar, y, para poner á la ciudad á salvo de un golpe de mano, construyéronse buenas murallas «compuestas de piedras de mármol blanco y negro, de tan singular belleza,» que segun se expresa un geógrafo árabe (1), escitaba la admiracion de los viajeros. Concluidos los primeros trabajos, Roberto fué á Roma para pedir al papa, de quien era entónces subvasallo, la ratificación de la donacion de Oldegario. Obtenido su deseo, se dirigió á Normandía para comprometer á alguno de sus amigos á establecerse en Tarragona, quedando durante su ausencia su jóven y bellísima esposa Sibila encargada de velar por la ciudad. En efecto, todas las noches se la veia armada de coraza con una varilla en la mano, recorrer las calles y las murallas, exhortando á los soldados á estar prevenidos contra los engaños ó los ataques súbitos del enemigo. «Grandes elogios merece, esclama el cronista á quien seguimos, esa jóven velando con tanta fide-

(1) Edrisi, t. II, p. 235.

dad y amor por los intereses de su esposo, y gobernando el pueblo de Dios con tanta piedad, asiduidad é inteligencia!»

En adelante, Roberto Bordet, príncipe ó conde de Tarragona (que de ambas maneras era llamado) se distinguió muchas veces en las guerras contra los sarracenos, y de este modo adquirió nuevos títulos al reconocimiento de los catalanes (1). Por desdicha la gratitud con los extrangeros era entónces una cosa muy rara en España, como demasiado tuvieron que experimentar Roberto y su familia.

Mientras Tarragona, áun en ruinas, situada en las fronteras de Cataluña, se hallaba continuamente expuesta á los ataques de los sarracenos, el conde de Barcelona y el arzobispose apresuraron á aceptar los servicios del caballero francés; pero durante los veinte años que siguieron á la donacion de Oldegario, las cosas cambiaron de aspecto y el conde, dueño ya de Lérida, Fraga y Tortosa, comenzó á maravillarse de que hubiese en sus estados un principado que sin depender de él, hubiese dejado de ser provincia fronteriza. Daba muchísima importancia á la posesion de este principado

(2) Orderico Vital, p. 892 y siguientes.

no solo por los recuerdos que evocaba el nombre de Tarragona, capital de la mayor de las tres provincias de España bajo la dominación romana, sino porque él mismo contaba con hacerla capital de sus estados (1) en cuanto la obtuviese. Por su parte, el arzobispo, es decir, Bernardo Tord ó Torts, encargado de la diócesis en 1146, comprendiendo que su predecesor Oldegario había partido de ligero al dar á un aventurero normando tan extenso y hermoso territorio, buscó un medio de anular esta donación; pero como hombre prudente y hábil, procuró no violentar ni precipitar el asunto, y para ello comenzó por confirmar la referida donación por un acta fechada el 9 de Febrero de 1148, (2) donde al par que se conservaban cuidadosamente las mismas expresiones del acta primitiva, se intercalaban frases que cambiaban por completo el contenido.

Oldegario, como dijimos, se reservó solo

(1) Tarragona, quæ caput totius regni mei fore dinoscitur... Quia civitas illa sicuti maior est dignitate omnibus regni mei civitatibus... (Carta de Alfonso de 1170. «Marca Hisp.,» Pruebas, núm. 455.)

(2) Impreso en Villanueva, t. XIX; Apéndice, núm. VIII. Algunos de los documentos que citamos según Villanueva, se hallan también en la «Marca Hispanica.»

la jurisdicción eclesiástica y los diezmos, Bernardo, por el contrario, llamó á sí la quinta parte de todos los impuestos y de todas las multas; permitiendo á Roberto tener en la ciudad un horno y un molino, á condición de tener él también los suyos.

Confesamos que nos cuesta algún trabajo explicarnos porqué el príncipe Roberto cedió al arzobispo una gran parte de sus derechos; pero nos sorprende aún más que tres años más tarde, accediendo á las pretensiones del arzobispo, no enteramente infundadas, le diese todo su principado. El mismo Roberto no negaba que existía un acta firmada por él, su esposa y Guillermo, su hijo mayor, en la cual cedía su principado al arzobispo, quien, añadía, le había engañado al hacerle suscribir el documento. (1) En punto á actas, la gente de iglesia, preciso es confesarlo, llevaba en aquel tiempo inmensas ventajas á los legos, pues éstos no se hallaban en estado de leer por sí los documentos á cuyo pié se les hacía poner una cruz; y aún cuando hubiesen podido hacerlo, tampoco los hubiesen comprendido, por estar redactados en una lengua muerta, desconocida para ellos.

(1) Acta judicial, *apud* Villanueva, núm. XXIII.

En el mismo mes en que se ventilaban ésta y otras importantes cuestiones ante la corte del conde de Barcelona, el arzobispo Bernardo, completamente resuelto á desembarazarse de los extranjeros, con el consentimiento del papa, de sus sufragáneos y de los canónigos, donó al conde, segun dicen, la ciudad de Tarragona y su territorio, haciendo muchas reservas en su propio interés (1). En cuanto al principe Roberto, su nombre no aparece en esta donacion, y solo se menciona donde el arzobispo dice que dona Tarragona al conde «*propter malorum hominum illam perturbantium inquietationem.*»

Tenia el arzobispo derecho de hacer esta donacion? Lo hubiera tenido, á no dudar, si Roberto le hubiese cedido realmente su principado; mas éste negaba la cesion, y esta á decir verdad, no tiene trazas de verosímil. Si pues Roberto no habia hecho donacion de Tarragona al arzobispo, éste no podia disponer de ella en favor de un tercero. El caballero francés habia recibido Tarragona como féudo hereditario, y segun el derecho feudal, no po-

(1) Acta del mes de Agosto de 1154; en Villanueva, núm. XXII.

dia ser desposeido de ella sino á causa de felonía, de la cual el arzobispo no se atrevió á acusarle. Podemos decir, por tanto que la donacion de Bernardo era un documento de ningun valor; siendo lo más notable que el mismo conde jamás se atrevió á hacer uso de él, aunque su corte declaró por una sentencia la validez del acta en virtud de la cual Roberto cedia su principado al arzobispo.

Algun tiempo despues Roberto murió dejando tres hijos, Guillermo, su sucesor, á quien parece tenia confiado el gobierno durante sus últimos años (1), Roberto y Berenguer, los cuales por ser considerados extranjeros, como su padre, heredaron todos los inconvenientes de la posicion de aquél. El arzobispo, es cierto, juzgó prudente guardar silencio de allí en adelante acerca de la referida donacion; pero de concierto con el conde de Barcelona, pretendió que Roberto y su muger, (que cambió su nombre de Sibila en el de Inés) habian cedido al conde dos terceras partes del principado y que esta cesion se habia verificado en la iglesia de Santa María de Tarragona á presencia de él

(1) Esto es lo que me parece resultar del acta de 1154; Villanueva núm. XXIII).

arzobispo, y de muchos testigos, á quienes nombró, añadiendo que Roberto é Inés habían dado, segun costumbre en aquel tiempo, una piedra en señal de recuerdo. También esta vez, por extraño que parezca, pareció tener alguna razon el arzobispo, pues muchos personajes de elevada categoria aseguraron bajo su juramento que decia la verdad. Sin embargo, Inés y sus hijos negaron siempre esta donacion, y citados ante la córte del conde de Barcelona, no quisieron comparecer, recelosos probablemente de la imparcialidad de los jueces. (1)

Durante la tramitacion de este negocio murió el arzobispo Bernardo, en Junio de 1163, dejando por sucesor á Hugo de Cervelló, hombre ardiente y fogoso, que se indignaba de ver marchar el proceso con tanta lentitud. Por su parte, Alfonso, rey de Aragon y conde de Barcelona, que entró en posesion del condado en 1162, cansábase también de esperar. En su consecuencia, la córte del conde, oidas las partes y sentenciando sin ulterior recurso declaró buena y válida la cesion de las dos terceras partes del principado, hecha por Roberto y su esposa (2).

(1) Villanueva, números XVI y XXIV.

(2) Villanueva, núm. XXVIII.

Guillermo se sometió á esta sentencia, pero sus relaciones con el rey no mejoraron, como prueba una carta que éste le dirigió (1), diciendo entre otras cosas: «Yo y toda mi córte estamos muy asombrados de tu atrevimiento, y sobre todo de la manera como tratas todos los dias á los habitantes de Tarragona, que no pueden salir de la ciudad sin ser despojados y aún muertos por tí y los tuyos. Posées una tercera parte de Tarragona y arruinas á las otras dos: te ordeno que al recibir ésta repares en treinta dias todos los daños que has causado; si no daré toda la ciudad con tu castillo al arzobispo, con tanto más motivo, cuanto que ya te he mandado antes que pongas en su poder la ciudad y su territorio.... Si quieres obedecerme quedaré contento y te consideraré como un honrado y leal vasallo; pero si no á nadie podrás echar la culpa de lo que sobrevenga.»

Por último, Guillermo fu citado de nuevo, no se sabe por quien, ante la córte del conde de Tortosa, adonde acudió para no volver más.

El arzobispo, á la sazón en Tamarite, es-

(1) Marca Hisp., núm. 453; una parte de esta carta habia sido publicada ya por Pons de Ycart, «Grandezas de Tarragona» fól. 52.

taba furioso contra él: un dia que dós sobrinos suyos vinieron á pedirle dinero, les dij: «Ah! ¿creeis que voy á regalaros? mientras ese extranjero, ese Guillermo de Tarragona, mi enemigo mortal, esté vivo, nada os daré. ¿No habrá nadie que quiera vengarme de ese hombre?» Los dos jóvenes se estremecieron de horror al oir estas palabras, y resolviendo advertir en seguida á Guillermo del peligro que le amenazaba, ordenaron montar á caballo á uno de sus servidores, llamado Pedro de Figuerolas, y le dijeron: «Corre á rienda suelta hácia Vellalbin, saluda de nuestra parte al anciano Bernardo de Castellet y recomiéndale que diga á Guillermo de Tarragona que esté alerta y viva prevenido, pues á no hacerlo puede darse por muerto; porque hemos oido á nuestro tio pronunciar palabras que presagian un acontecimiento funesto.» El mensagero se puso inmediatamente en marcha, pero mientras galopaba hácia Vellalbin, el arzobispo hizo jurar á otros sobrinos suyos, que matarian al rey, de quienes eran enemigos personales. Ellos cumplieron su juramento y asesinaron á Guillermo en Tortosa.

Este asesinato exasperó á la familia normanda sobre todo encarécimiento. Guillermo fué vengado, y el arzobispo expió con su pro-

pia vida la muerte de su víctima (17 de Abril de 1171). El rumor público acusaba á Roberto de este asesinato; pero en una carta dirigida más tarde á Alfonso, por Berenguer, confesó éste que él era el asesino de Hugues de Cervelló (4). Para escapar á las persecuciones de la justicia, se refugió con toda su familia en la isla de Mayorca, que aún estaba en poder de los sarracenos. Muerto poco despues su hermano Roberto, dirigió una humildisima carta á Alfonso, suplicándole le enviase á Tarragona á su sobrino, llamado Guillermo, como su padre; pero sus ruegos fueron inútiles y aun cuando el mismo Alfonso hubiese querido acceder á esta pretension, el papa lo hubiese impedido indignado ya contra los normandos, que acababan de asesinar á Tomás Becket, arzobispo de Cantorbery. Alejandro III pensaba que aquella raza impia se proponia matar á todos los arzobispos, y firmemente decidido á no perdonar tan abominables crímenes, dirigió á Alfonso y á al diócesano de Tarragona carta tras carta, amenazándoles con poner el condado en entredicho si nó eran castigados de una manera ejemplar el asesino, su madre,

(4) Carta de Berenguer. «Marca Hisp.,» núm. 436: compárese el epitáfio de Hugues en Villanueva, p. 159.

á quien se acusaba de instigadora del crimen, y toda la familia (1); pero Alfonso no tenia necesidad de que lo estimulasen y estaba muy contento de haber encontrado un medio de desembarazarse de aquellos extranjeros á quienes detestaba. Así que hizo desterrar perpétuamente desus estados y confiscarle los bienes á Berenguer, á su madre y á toda la familia (2). Más tarde, sin embargo, Guillermo II, llamado de Aguilon, título que llevó su padre, supo ganarse el favor de Pedro II, rey de Aragon y conde de Barcelona, á quien cedió todos sus derechos al condado de Tarragona, recibiendo de él en cambio, en 1206, la tercera parte de la ciudad de Wals y otros muchos señoríos, de este principado, como Picamoxon, Espinaversa, Pontegaudi, Riudoms y Monroig, poseidos ántes por Guillermo I. Su hijo, Guillermo III, tomó una gran parte en la conquista de Valencia, y recibió en recompensa de sus servicios, grandes dominios en el país valenciano. Sus descendientes, los Aguilon, barones de Pétrès, se distinguieron por su valor, no solo en España, sino tambien en las dos Sicilias, en

(1) Cartas del papa, «Marca Hisp.,» números 437, 438, 439, 460; Villanueva, núm. XXIX.

(1) Epitáfio de Hugues.

Alemania, en Hungría, en Gueldre, en Francia, en los estados berberiscos, y por último, en casi todas las partes donde la casa de Apsburgo llevó sus armas, tan frecuentemente victoriosas. (1)

Todo induce á creer que los normandos hicieron otras muchas expediciones á la península, especialmente en la primera mitad del siglo XI; pues las crónicas latinas, escritas en España en esa época, son estremadamente descarnadas, y los analistas normandos no hablan casi nunca de las expediciones lejanas no relacionadas directamente con la historia de su país.

*Car qu'il firent n'ou il alèrent
Ne saveir où il s'arestèrent
N'ai à dire, kar n' afiert mie
Al estoire de Normandie,*

dice en alguna parte Benito de S. Maur. Por eso sin las crónicas italianas casi nada sabriamos de las conquistas que los normandos hicieron en Italia. Unase á esto que en lo concerniente á la época en que sus expediciones á España deben ser mas frecuentes, solo tenemos, á decir verdad, una sola crónica normanda muy breve y muy

(1) Escolano, «Historia de Valencia, p. 534-543.»

incompleta por cierto, la de Guillermo de Jumiéges.

Si nos es lícito suponer que los normandos hicieron frecuentes expediciones á España, creemos que estas circunstancias sirven para resolver un problema singular de la literatura francesa. En ella las canciones de gesta del ciclo Carlovingio versan casi todas sobre las guerras contra los sarracenos de España, es decir, sobre una materia que, á lo que parece, era solo de interés secundario para los franceses del Norte. En nuestra opinion, los normandos crearon las canciones como crearon tambien el espíritu caballeresco y la poesía romántica; pues así como los francos y los galos romanizados no era una nacion poética, la Normandía lo era, y para convenirse de ello, basta ojear sus crónicas donde es muy fácil reconocer el espíritu de los sagas; sabido es tambien que los reyes y gefes del Norte gustaban de rodearse de poetas y que Rollon y sus sucesores, los *iarls* de Rouen, como los llama un autor islandés, conservaron este uso. Tambien fué en Normandía donde tuvo su nacimiento (1) la

(1) Puede consultarse sobre esta materia una interesante memoria de M. Gisle Brynjulfsson: *De l'ancien roman français et de l'influence exercée sur son développement par les Normands*, en las *Mémoires de la Société royale des antiquaires du Nord*, años 1845-49, p. 358 y siguientes.

poesía romántica, llena de reminiscencias escandinávicas y con el sello de esa afición á la vida aventurera y errante, inseparable, siempre del carácter normando; en Normandía fueron compuestas las canciones de gesta mas notables, tales como la de Rolando, las mejores ramas del Guillermo el de la Nariz cortada; allí era por último donde debían interesarse mas que en ninguna otra provincia del Norte por las campañas contra los moros de la península ibérica.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ULTIMO.

NOTAS DEL TRADUCTOR.

NOTA A. (p. 324).

Con el objeto de que nuestros lectores puedan comparar la traducción del texto de Ben-Adharí sobre la entrada de los Madjus en Sevilla, hecho por el señor Dozy, con la que del mismo texto hizo el entendido arabista español, Sr. D. Francisco Fernandez y Gonzalez, en su libro *Historia de Al-Andalus*, por Ben-Adharí de Marruecos, Granada 1862, p. 177-78, nos hemos decidido á poner ésta en el apéndice, y en el texto, página 324 á 327, la del Sr. Dozy, indicando ahora las ligeras variantes que existen entre ambas con letra cursiva ó una pequeña nota al pié.

ENTRADA DE AL-MAGOS EN IXBILIA AÑO 230

Habian salido al-magos *en cerca de ochenta* (1) embar-

(1) Por una equivocacion, yerro ó descuido de que no nos damos cuenta hemos traducido *unos cien barcos*, en vez de *cerca de ochenta*, que es como dice el texto francés, completamente igual en este punto al texto español del Sr. Don Francisco Fernandez y Gonzalez. Hacemos esta aclaracion para que no se vean diferencias donde realmente no existen. Ni se achaque á los reputados orientalistas un descuido nuestro.

caciones que así llenaban la mar de aves de *color blanco* (1) como llenaban los corazones de angustias y quebranto,» y habiendo arribado á Ixbona se dirigieron despues á Cádiz y á Xidhona, avanzando en fin á Ixbilia donde hicieron alto «y desembarcaron» hasta que la entraron por fuerza permaneciendo en ella siete días, y con muerte y esclavitud aniquilaron la gente de ella;» bebieron con ellos la copa de la muerte las gentes de Ixbilia, y llegando la noticia al emir Abdurrahman, dió el mando de la caballería á Isa-ben-Said Al-Hagib (2); y partieron con la caballería Abdul'ah-ben-Coleib y Aben Guasim y otros, acampó con los Xarifes, y escribió á los gobernadores de la cora *para que huyese la gente*, (3) y fueron á

(1) El Sr Dozy trae *«vaiseaux d'un rouge foncé* (Recherches t. II, edic. de 1860 p. 279) frase que hemos traducido (véase la p. 324 de este tomo) *pájaros de color de sangre* creyendo que en ella se aludia á la ferocidad de los normandos; el señor Fernandez y Gonzalez parece referirse á las velas de los barcos que son blancas. Como no tenemos á nuestra disposición el texto árabe no podemos explicar como desearamos la causa de esta variante, hija al parecer de una diferencia de interpretación de sentido.

(2) Aquí hay un párrafo en el Sr. Dozy que no encontramos en la traducción del Sr. Fernandez y Gonzalez y que dice así: *Les musulmans l'empresserent d'accourir sous les drapeaux de ce general y de se reunir á lui aussi etroitement que la paupiere est reuie a'l'œil.* Véase nuestra versión p. 324 y 325 de este tomo.

(3) El Sr. Dozy no habla de que las órdenes dadas por el general en jefe á los gobernadores fuesen *para que huyese la gente* sino *para que llamasen á sus administrados á las armas*» il ecritt aux armes, gouverneurs des districts pour leur ordonner d'appeler leur administrés aux armes. Véase el citado tomo II de Recherches p. 279, 280 y la p. 325 de este tomo.

parar á Córdoba *huyendo* con ellos Nasr Al-Fati; y se reunieron á los Al-magos *naves á las naves*, y se pusieron á matar hombres y á cautivar mugeres y coger niños, y esto por espacio de trece días. Refiérese de esto en el Behaget-en-nefs, aunque en el libro de las *Perlas de los Collares*, se dice que siete días como se refirió anteriormente.

Despues de haber ocurrido entre ellos y los musulmes sangrientas batallas se dirigieron á Captil, donde permanecieron tres días, y entraron á Cora á doce millas de Ixbilia, dando muerte á crecido número de musulmes; luego entraron á Talieta á dos millas de Sevilla é hicieron noche allí y aparecieron al rayar la aurora en un lugar llamado Al-Fagerin, despues caminaron en sus barcas y trabaron pelea con los musulmes, que fueron puestos en fuga, quedando muertos de ellos lo que no podria contarse, despues volvieron á sus barcas y se dirigieron enseguida á Xidhona y de allí á Cádiz, y estos despues que envió el emir Abdu-r-rashman á sus alcaides y procuró resistirlos, y le rechazaron y se emplearon máquinas de guerra contra ellos y se reunieron los auxilios de Córdoba contra ellos, y tuvieron que huir los Magos y murieron de ellos cerca de quinientos infieles, y les fueron apresadas cuatro naves, y mandó Aben-Guasim quemarlas y vender lo que contenian de botin. Despues tuvo lugar contra ellos una batalla en la alquería de Talieta, dia mártres á cinco por andar de Safar de aquel año, en que murieron crecido número de hombres de su parte, siendo quemadas de sus naves treinta y colgados en Ixbilia crecido número de Al-Magos, pues se les colgó en troncos de palmeras *que habia en aquella ciudad*; (1) con

(1) El Sr. Dozy loc. cit. p. 284, dice: *d'autres furent pendus á Seville, d'autres encore le furent aux palmiers qui se trouvent á Talyáta.*

esto se embarcaron los demás en sus naves y caminaron para Yebba, de donde partieron despues para Al-Isbona, quedando suspendida la noticia de ellos. Fué su desembarco en Sevilla, día miércoles á catorce noches andadas de Almuharram del año 250, y tráscurrieron desde su entrada, cuarenta y dos días, y fué muerto su amir y les dió muerte Dios, y los precipitó en el abismo y fué dispersada su muchedumbre y número crecido en vindicta de Al-lah y en castigo y en remuneracion por lo que ganaron y en suplicio» y cuando mató Dios á su amir é hizo desaparecer su número, y hubo victorias sobre ellos, escribió el amir Abd-ru-rahman á quien habia en Tauja de Sanagies, haciéndoles saber lo que hiciera Dios con los Magos, y lo que descendió sobre ellos de venganza y destrucción y le envió la cabeza de su amir y doscientas de sus varones esforzados.

NOTA B. (PAG. 380.)

SOBRE LAS COLUMNAS DE HÉRCULES.

El Sr. Dozy trae este erudito y curioso apéndice acerca de las columnas de Hércules, de que no queremos privar á nuestros lectores:

«Los detalles suministrados por los geógrafos arábigos acerca de las columnas de Hércules, puede servir para corregir y explicar el pasaje de Isidoro de Beja (c. 36) que trata de la llegada de Muza á España, dice así en la edición de Florez:

«Dum per supranominatos missos (1) Hispania vastaretur, et nimium non solum hostili, verumetiam in-

1) Los berberiscos bajo Tariq. 2) Suprimimos

testino furore confligeretur, Muza et ipse ut miserri-
mam adiens gentem per Gaditanum fretum columnas
Herculis pertendentes, et quasi fumi (variante: *tomi*) in-
dicio portus aditum demonstrantes, vel claves in manu
transitum Hispaniæ præ sagantes, vel reserantes, iam
olim male direptam, et omnino impie adgressam per-
ditans penetrat.»

Para restablecer el sentido y la rima, leemos de esta manera:

«Dum per supranominatos missos Hispanie vastaretur,
et nimium, non solum hostili, verumetiam intestino
furore confligeretur,

Muza et ipse, *miserriamas* adiens *gentes*,
per columnas Herculis (2), *brachium* (3) protendentes,
et quasi *tumi* (4) indicio portus aditum demonstrantes,
vel *clave* in manu transitum Hispaniæ præ sagantes, (5)
vel reserantes,

las palabras *Gaditanum fretum* que son una glosa y en-
redan el sentido de la oracion. 3) Esta palabra es
necesaria para comprender el sentido. «Brachia in mare
protendens» se halla en Ovidio (Metam. XIV, vs. 490.)
La leccion *protendentes* única buena, se encuentra en
una edicion más antigua de Isidoro. 4) Segun el
geógrafo citado por el Sr. Gayangos, la estatua tenia
los dedos cerrados, á escepcion de uno solo que estaba
en posicion horizontal. Es por tanto evidente que el
vocablo usado aquí por Isidoro debe significar un dedo.
En efecto, creemos reconocer en ella la palabra gó-
tica *thuma*, *pulgar*, este vocablo es cierto no se halla
en Ulfilas, traductor que no habla en ninguna parte de
pulgar, pero por analogia *pulgar* seria *thuma* en el idioma
gótico; pues el anglo-sajon y el antiguo frison tienen
realmente esta forma. Además este vocablo (*tumme* en
sueco) existe aun en todas las lenguas germánicas.

5) En la baja latinidad decíase *præ sagare* en vez de
præsagire. Véase Ducange.

iam olim male direptam,
et omnino impie adgressam,
perditans penetrat.»

Hé aquí ahora el sentido de este pasaje: «Muza vino á España pasando cerca de las columnas de Hércules; la estatua que estaba encima de estas columnas tenía «el brazo estendido» parecía indicar con el pulgar la entrada del puerto de (Cádiz); la llave que tenía en la mano parecía pronosticar que el enemigo entraría en España ó estar abriendo la puerta de este país.»

En Isidoro se vé que la estatua tenía una llave en la mano y que la mayoría de los escritores árabes afirman lo mismo; sin embargo, el geógrafo citado por el Sr. Gayangos dice formalmente: «En la mano derecha tenía un baston. Algunos autores sostienen que era una llave, pero están en un error. Muchas veces hemos visto la estatuas nunca pudimos descubrir más que un baston en el objeto de que se trata; además personas enteramente fidedignas que vieron la estatua en el suelo me han asegurado que era un baston corto de cerca de doce palmos, con dientes en el extremo como una almohaza. Los Pséudo Turpin tampoco hablan de unallave (*clavis*), sino de un baston, *clava*. El pasaje de Cazwini, citado en el texto, prueba que estos autores tienen razon, no obstante que los otros tampoco están equivocados. Cazwini dice que en el año 400 de la Hegira, (1009 ó 1010 de nuestra Era) se cayó la llave que la estatua tenía y fué llevada al señor de Cénta, se pesó y pesaba tres libras. Es cierto, por tanto, que la estatua tuvo una llave en la mano hasta el año 1009, y que cuando se cayó fué reemplazada por un baston; circunstancia que puede servir tambien para fijar la época en que escribió el Pséudo Turpin, el cual, puesto que sólo conoció el baston, debió escribir mucho

después del año 1010. Efectivamente, multitud de razones, que fuera prolijo enumerar, me inducen á creer que este autor no escribió á principios del siglo XI, como ordinariamente se ha pensado, sino hácia el 1100.

El almirante Alí-Ibn-Isá-Ibn-Maimun, que se sublevó en Cádiz, hizo destruir las columnas de Hércules en el año 1145, y habiendo oido decir á los gaditanos que la estatua era de oro puro (tal era lá opinion general en la Europa cristiana, como puede verse en el Pséudo Turpin) mandó bajarla al suelo. Pero cumplida su orden sufrió un gran desengaño, pues era de bronce, con sólo una ligera capa de oro. Así y todo el oro valía doce mil dinares.

El lector perdonará que nos hayamos detenido tanto en las columnas de Hércules, si considera que los datos recogidos sirven para explicar un pasaje de Isidoro y el relato de una saga islandesa. Además nadie se había ocupado aún de identificar la torre de que tratan los geógrafos árabes con las columnas de Hércules y reinaba aún mucha confusion acerca de este punto. El Sr. Reinaud, v, 9, ha escrito (Geografía de Abulfeda, t. II, p. 269): «En los alrededores de Cádiz sobre un montecillo existia un templo consagrado á Hércules ó al ménos á la divinidad fenicia correspondiente á aquel Dios. Una estatua colosal atraía desde léjos las miradas etc. El Sr. Reinaud ha confundido aquí las columnas de Hércules que estaban en el mar y no en una colina (rasaja fi al maan) *sólidamente construidas en el agua* dice Ibn-Tyes) ó al ménos en la playa (*in maris margine*, Pséudo Turpin) con el templo de Hércules, tampoco situado en un montecillo, sino en la isleta llamada Heracléum en otro tiempo y hoy Sancti Petri. La estatua de encima de las columnas nada tiene de comun con el templo de

Hércules y la imágen no es, seguramente, ni la de este dios ni la de ningún otro dios, pues el rasgo característico del culto del Hércules fenicio en Cádiz era, precisamente, la ausencia de toda estatua, como decía Lilio Italico:

Sed nulla effigies simulacrave note Deorum.

Puede consultarse con fruto sobre esta materia la obra publicada en 1610 por Suarez de Salazar con el título *Grandezas y antigüedades de la isla y ciudad de Cádiz*. Libro aunque antiguo, hecho con esmero.

Por último, en muchos lugares se encuentran torres semejantes. En España había una, cerca de Tarragona y otra cerca de la Coruña (*Torre de Hércules*), que parecen construidas por los fenicios y tenían por objeto, según la opinión muy plausible de los geógrafos árabes, servir de guía á los barcos que se aproximaban á las costas.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS COMPRENDIDAS EN ESTE TOMO.

	Páginas
Prólogo del traductor.	V
El Cid según los documentos modernos.	I.
Introducción.	id.
Primera parte.—Las Fuentes.	7.
Segunda parte.—El Cid de la Poesía.. . . .	124.
Extractos del Siradj-al-moluc.	292.
I. Un campeador en el Ejército de Almanzor.	295.
II. Un faquí tolerante.	297.
III. Conversación de Mostain de Zaragoza con un hermitaño del mediodía de Francia.	300.
IV. Ramiro I. de Aragón.	305.
V. Batalla de Alcoraz.	368.
VI. Un escobar musulmán.	312.
Los normandos en España.	314.
I. Invasión de 844.	317.
II. Invasiones de 858-861.	336.

III. Invasiones de 969-971.	349.
IV. Expedicion de San Olao.	366.
V. Expedicion de Ulf,	384.
VI. Los últimos vikingues.	386.
VII. Expediciones de los normandos de Francia.	409.
Notas del traductor,	455.

FIN DEL INDICE

DEL SEGUNDO Y ULTIMO TOMO.